CARLA VEGA

Mil estrellas y tú



Click EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Primera parte

Mamá
Capítulo 1. Sopa de Letras
Capítulo 2. Los clásicos nunca fallan
Capítulo 3. El factor sorpresa de la noche
Capítulo 4. El papel de asesina no acaba de encajar conmigo
Capítulo 5. El amarillo, al fin y al cabo, puede tener su encanto
Capítulo 6. A veces un cojín puede ser el arma perfecta
Capítulo 7. Echar la vista atrás y recordar puede ser terrorífico
Capítulo 8. Misterio resuelto
Capítulo 9. Un horrible aroma familiar
Capítulo 10. Respira profundo
Capítulo 11. Un comienzo

Capítulo 12. Querer volver atrás
Capítulo 13. Estrellas de Navidad
Capítulo 14. Tanto leer te hace culta
Capítulo 15. ¿Es tanto pedir…?
Capítulo 16. Más, por favor
Capítulo 17. «Dependienta»
Capítulo 18. ¿Cómo dejas escapar algo que llevas buscando tanto tiempo?
Capítulo 19. Sentirte arder
Capítulo 20. Reflejo
Capítulo 21. Solo por amor
Capítulo 22. Promesa
Capítulo 23. Aguanta el equilibrio
Capítulo 24. Miradas afiladas
Capítulo 25. Dolorosas caricias
Capítulo 26. «Te quiero»
Capítulo 27. ¿Una verdad a medias es una mentira?
Capítulo 28. Embriagadora soledad
Capítulo 29. Efímera noche
Capítulo 30. Dar el primer paso
Capítulo 31. Levantarse con el pie derecho
Capítulo 32. Tu lugar en el mundo

Segunda parte

Papá
Capítulo 33. Los versos de la vida
Capítulo 34. Los cimientos de una muralla
Capítulo 35. Romper con todo
Capítulo 36. El archivo de los corazones rotos

Capítulo 37. Hey Jude
Capítulo 38. La ceguera de la felicidad
Capítulo 39. Lágrimas y decisiones
Ana
Capítulo 40. Alza tu voz, violeta, poderosa, brillante
Capítulo 41. No consigo entenderte
Capítulo 42. Al final todo se desvanece, como una estrella fugaz
Capítulo 43. Todo se tuerce
Capítulo 44. Navidad
Capítulo 45. El juego de Alan
Capítulo 46. ¿Verdad o reto?
Capítulo 47. Un mañana, o tal vez no
Capítulo 48. Nunca fue mi intención
Capítulo 49. ¿Qué debo hacer?
Capítulo 50. Un poco más cerca de ti
Capítulo 51. El mundo y yo
Capítulo 52. Un principio y un fin
Capítulo 53. Lucha o ríndete
Capítulo 54. La complejidad de las palabras
Capítulo 55. Un dulce movimiento
Capítulo 56. Un jarrón y muchos recuerdos
Capítulo 57. Empuña y escribe
Capítulo 58. Bajo un manto de estrellas y fresnos

Tercera parte

Capítulo 59. Cuando ya no queda nadie
Capítulo 60. Un último verso
Abuelo

Capítulo 61. No estoy bien, solo lo parece
Capítulo 62. Punto final
Capítulo 63. Ser valiente
Capítulo 64. El abrazo de la soledad
Capítulo 65. Un cielo pardo
Egan
Capítulo 66. La verdad
Capítulo 67. ¿Por qué?
Capítulo 68. Borrón y cuenta nueva
Capítulo 69. El eco del dolor
Capítulo 70. Las cuerdas de una melodía
Capítulo 71. Un nuevo amanecer
Capítulo 72. Una perla blanca
Capítulo 73. Epílogo
Alan

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Click Ediciones

MIL ESTRELLAS Y TÚ

Carla Vega



A todas las estrellas que un día pensaron en rendirse
y hoy brillan con más fuerza.

No debemos tener miedo a equivocarnos, hasta los planetas chocan, y del caos nacen estrellas.

CHARLES CHAPLIN

Primera parte

Mamá

Quiero que sepas que he aprendido a no culparte de muchas de las cosas de las que a veces te culpé. Nunca me imaginé siendo madre, jamás me vi a mí misma dándole consejos a mis hijos, ni tan siquiera preparándoles el desayuno antes de llevarlos a la escuela.

Supongo que no es una tarea fácil y por eso no puedo echarte encima todo el peso de mi decisión.

Siento habértelo puesto tan difícil estos años, no era mi intención, no era consciente de lo que hacía, aunque intento pensar que no era nada fuera de lo común para una chica de mi edad.

De verdad, siento que no pudieras comprenderme a pesar de que llevo mucho tiempo intentando convencerme de que lo intentaste insistentemente hasta que me diste por perdida.

No te faltaba razón entonces, yo también me he dado por perdida. Al final, es por eso por lo que te escribo esta carta.

Acepté tus críticas, tus adjetivos hacia mí, digerí todos aquellos actos que, poco a poco, nos iban alejando, incluso camuflé las huellas que dejaste en mi piel. Todo esto pensando en que me lo merecía y, al mismo tiempo, buscando la manera de complacerte.

No es justo, no es justo, mamá, que una niña, una persona, tenga que aprender a lidiar con la soledad y el rechazo a una edad tan temprana.

Pero te perdono y, aunque a veces quise reprimir ese sentimiento, te quiero.

Eres mi madre. Espero que ahora tú aceptes mi decisión y que luches por recordarme.

Capítulo 1

Sopa de Letras

¿Hasta qué punto merece la pena seguir luchando por alcanzar la felicidad?

Cuando era pequeña, se levantaba por las mañanas con la esperanza de que el nuevo día que el sol anunciaba fuera un poco mejor. En su lista de metas por cumplir estaban la sonrisa de sus padres, poder pasar un rato jugando con su hermana, escuchar música con su abuelo y, por la noche, dormir sin que ninguna pesadilla pudiera acecharla.

Ahora, lo primero que hace cuando abre los ojos y los rayos del sol opacados por las nubes la deslumbran, es sumergirse en una ducha lo suficientemente larga como para arrancar de sus músculos agarrotados todo el rastro de sudor y malestar que persiste sobre su cuerpo tras una noche intranquila.

Un café negro para combatir el cansancio que no podrá quitarse de encima en todo el día.

Un poco de su música preferida para llenar el silencio ensordecedor de una casa vacía.

Unos minutos acariciando a su gata sin nombre, buscando consuelo en su cálido pelaje.

La única meta que le queda a Melody es salir pronto de casa para llegar a tiempo al trabajo, después de una larga caminata por las

frías calles de Liverpool, renuente a conducir en medio de la helada mañana.

La librería en la que pasa todas las mañanas, menos los domingos, Sopa de Letras, la espera puntual con las puertas cerradas a primera hora. Saca las llaves de su bolsillo, se toma un momento para encontrar la que necesita y abre el candado que cierra la entrada a la tienda. Al entrar, inspira profundamente, llenando sus pulmones con el aire impregnado de una fragancia que le recuerda a algodón de azúcar y a libros nuevos, un aroma que parece pertenecerle exclusivamente a este rincón del mundo.

Allí deja pasar las horas enfrascada en nuevas lecturas y atendiendo a los clientes. Disfruta de ello como de una vía de escape, un refugio donde puede ser ella misma en medio del bullicio del exterior.

Tres horas y media después, se repite una y otra vez: «Solo falta media hora y se acabó la jornada». La opción de leer durante ese tiempo queda descartada porque ya ha terminado el libro que tenía entre manos y no quiere comenzar uno nuevo, sabiendo que tiene un libro recién comprado esperándole en casa. Sin embargo, la impaciencia termina por ganar la batalla y, dejando atrás el mostrador, se dirige a la estantería de ciencia ficción y fantasía a buscar el libro que desea.

Está tan concentrada observando los lomos de los libros, uno por uno, que cuando la campana sobre la puerta suena, indicando que alguien ha entrado en la tienda, se sobresalta y da un pequeño brinco del susto. Varias voces comienzan a oírse por toda la librería.

—¡En un momento estoy con vosotros!

Se apresura a salir de entre las estanterías y se dirige hacia la entrada, donde se encuentra con un grupo de cinco personas. Tres chicas están mirando al techo, repleto de puntos de libro que

cuelgan de relucientes cintas rojas y señalan hacia uno con una caricatura del *Hobbit*. Dos chicos hablan entre ellos, ambos tienen el pelo castaño y los ojos marrones, pero las diferencias son notorias. El que está a la derecha le saca una cabeza a su compañero, tiene la piel bronceada, como si se hubiera tostado al sol, un rostro de rasgos muy marcados y un cuerpo musculoso. En cambio, el otro luce una espesa capa de pelo perfectamente ondulado que le cae en espirales, cubriéndole la nuca y la frente y haciendo que su piel pálida resalte junto a sus ojos color caramelo.

La primera en acercarse a Melody es una de las chicas. Una melena pelirroja le reposa sobre los hombros y tiene un estilo hippie que no es común ver por la ciudad.

—Hola. —La chica le dirige una sonrisa de medio lado—. Estamos buscando *El retrato de Dorian Gray,* ¿lo tenéis?

—Lo más probable es que sí. Si lo tenemos, estará en la sección de lecturas clásicas.

Melody los acompaña a una de las cuatro primeras estanterías y les indica que deben buscar el título del libro por orden alfabético. Después de esto, da media vuelta y se dirige de vuelta hacia el mostrador.

Se entretiene mirando de vez en cuando al grupo deambular entre los pasillos, desconcertada cada vez que mira la hora y ve que en pocos minutos tendrá que cerrar, no sin antes dejar todo limpio y a punto para que cuando Tamara, su jefa, llegue por la tarde, no ponga el grito en el cielo.

Alcanza a oír un nombre, Susie, dirigido hacia la chica pelirroja.

Al final, con un resoplido, se deja caer sobre una silla y se limita a esperar mientras tararea una canción, dejando que la melodía llene el espacio y su mente.

Capítulo 2

Los clásicos nunca fallan

Melody

Cinco minutos, solo quedan cinco minutos para poder cerrar Sopa de Letras e irme a casa. De no ser por las estruendosas risas que se oyen de vez en cuando y el constante murmullo entre los pasillos de las estanterías, habría jurado que se habían marchado de la tienda.

Llevo un rato repiqueteando los dedos sobre la hucha de donativos y me ha dado tiempo a analizar todos los puntos de libros que cuelgan del techo de la tienda y adivinar a qué película o libro pertenecen.

—Cóbrame el libro.

El chico de altura imponente ha salido tras una de las estanterías y se ha acercado al mostrador. Le cojo el libro que me tiende, parece que han encontrado lo que buscaban.

—Creía que era para… ¿Susie?

—Y lo es, pero le debía un pequeño favor, así que ya ves.

Asiento con la cabeza algo cohibida cuando compruebo que no va a despegar sus ojos de mi rostro, y me limito a leer el código de barras y a guardar la pequeña edición en una bolsa de papel.

—¿Cansada de trabajar? —me dice, dibujando una sonrisa de medio lado.

Aflojo mis facciones y le devuelvo la sonrisa.

—Por suerte —compruebo el reloj digital en la pantalla de mi teléfono, aunque sé exactamente la hora que es— en cinco minutos puedo irme.

—No te entretengo, entonces. —Me entrega el dinero justo y se lo agradezco.

Me revuelvo algo incómoda y asiento sin saber muy bien qué más decirle.

—Por cierto, soy Alan —dice, mientras me extiende una mano.

—Melody. —Cojo su mano y la estrecho.

Se oyen voces por detrás del cuerpo de Alan y me inclino hacia la izquierda para ver quiénes se acercan, ya que su cuerpo me obstaculiza la vista.

Susie, sus dos amigas y el otro chico que había visto cuando los cinco habían entrado en la tienda, vienen hablando hacia el mostrador.

—Es increíble que de entre todos estos libros no me haya podido comprar ninguno. —Ahora habla una chica realmente atractiva de pelo lacio y rubio y unos grandes ojos grises en su cara redonda.

—No es que no haya ningún libro que te guste, es que a todos les encuentras una pega y no te decides por cuál coger —le contesta la otra chica.

Esta es más alta, probablemente un par de centímetros o tres más que yo, tiene una piel del color del chocolate negro y un despampanante pelo afro del mismo color decorado con mechas rubias californianas.

Alan aprovecha el momento para entregarle su libro a Susie y esta lo abraza como respuesta.

Una sonrisa se escapa de mis labios.

—Gracias por venir —digo, intentando darles a entender que se pueden marchar ya.

—A ti por conseguirme el libro, de verdad, un día más sin llevar el libro a clase y me bajan un punto de la nota de la asignatura —exclama Susie con los ojos abiertos de par en par.

Me río ante el comentario y niego con la cabeza mientras observo como se dirigen hacia la puerta. Antes de irse, Alan se gira hacia mí:

—Nos vemos, Melody.

Le dirijo una sonrisa y acto seguido salen por la puerta. Me quedo mirando a través del cristal que muestra la calle a la que da la librería, viendo cómo se alejan y cómo, de forma graciosa, el chico de pelo rizado le da golpecitos en el brazo a Alan mientras los dos se ríen.

Los observo hasta que giran la esquina y desaparecen, entonces vuelvo a recordar que ya debería haber plegado, por lo que en pocos minutos lo dejo todo medianamente limpio, apago las luces de la librería, me pongo la gruesa chaqueta negra que traía y me recoloco bien el gorro antes de salir. El frío me golpea con fuerza la cara y las manos y me doy prisa en cerrar la puerta con llave y empezar a caminar en dirección a mi casa. Debería considerar lo de coger el coche para venir al trabajo, al menos durante esta época del año, si no quiero acabar resfriada, sin poder ir al trabajo y, por ende, sin cobrar durante una semana como mínimo.

…

Mi casa, como cada tarde, vuelve a estar vacía a excepción de mi gata, que duerme tranquilamente enfrente de la pequeña chimenea para absorber el calor que desprende. Yo, en cambio, estoy sentada en el sofá, acurrucada y envuelta en una suave manta azul cielo para entrar en calor mientras pienso en lo que puedo hacer para pasar la tarde y que no sea lo mismo de siempre, leer.

La sensación de inquietud que me acompaña se me hace agotadora e insufrible, así que intento tener la televisión puesta o reproducir alguna de mis listas de canciones favoritas. Ahora mismo los únicos ruidos que se oyen en casa son el de las ruedas de los coches que pasan por la carretera a la que da la ventana del salón, el crepitar suave del fuego en la chimenea, la lavadora dando vueltas sin parar advirtiéndome de que en poco tendré que tender la ropa y, por último, el suave ronroneo de mi gata.

Ana, mi hermana mayor, debería haber llegado a casa de la universidad hace unos veinte minutos, puesto que siempre aparece a esta hora para cambiarse y quedar con sus amigos o ir a algún club nocturno.

Pienso en ella, en lo comprometida que siempre ha sido con sus estudios, en la buena relación que mantiene desde hace años con sus amigos y en lo poco que me parezco yo a ella, a todo lo que representa.

Me avergüenza aceptar que siempre tuve celos de ella. Ana siempre se ha llevado la atención y el cariño de mis padres, nunca se ha tenido que espabilar para aprender sobre la vida o conseguir méritos propios, se lo han dado todo masticado. Los cuentos de buenas noches, las muñecas nuevas del mercado, una bicicleta por su cumpleaños número diez, los abrazos y los besos de mis padres y, sobre todo, las sonrisas sinceras que le regalaban cuando sacaba buenas calificaciones o simplemente por ser ella.

Ana, la chica de larga melena dorada y los preciosos ojos verdes de mi madre, cinco centímetros más alta que yo y delgada como una de las modelos que salen en los programas de televisión.

Nunca ha sido complicado para ella destacar frente a un pelo castaño y los ojos marrones oscuros heredados de mi abuelo.

Sencillamente, hubiera sido mucho más fácil ser ella.

Mi teléfono comienza a vibrar encima de la mesita de centro que hay en el comedor, me levanto y veo su nombre inscrito en la pantalla.

Reprimo el torbellino de pensamientos que me hacen sonrojarme al leer el nombre de Ana y descuelgo.

—¿Melody? —Su voz suena quebrada, como si estuviera a punto de llorar.

—¿Pasa algo?

Nadie contesta al otro lado de la línea durante unos segundos.

—¿Estás bien, Ana?

—No tengo cómo volver a casa, ¿puedes venir a buscarme?

—Seguro que le puedes pedir a alguno de tus amigos que te traiga.

—No. —Suena apresurada y le noto un tono de desesperación en la voz, como si tuviera mucha prisa por largarse de ahí lo antes posible.

—Vale… Dime por lo menos la dirección, si no, no podré saber dónde irte a buscar.

—Saint George, el bar al que veníamos alguna vez de pequeñas a comer con el abuelo.

—Vale, dame diez minutos y estoy allí.

Una vez que digo esto, la llamada se cuelga. Me pongo los zapatos, doblo la manta en la que estaba arropada y me dirijo hacia el garaje, donde lo primero que veo es mi Fiat 500 aparcado justo enfrente de la puerta.

Resignada por tener que conducir, me encamino hacia él y, tras comprobar que está un poco recubierto de polvo, entro.

El asiento se me hace incómodo después de largas semanas sin haberlo utilizado.

Cuando llego a Saint George aparco justo enfrente de la puerta de la entrada y diviso a Ana, que está mirando en dirección al aparcamiento mientras se pasa las manos por los ojos, y un chico alto y con el pelo recogido en un moño se aleja de ella dándole la espalda.

No puedo evitar preocuparme y a la vez sentir mucha intriga por lo que ha pasado, al fin y al cabo es mi hermana mayor, solo nos llevamos tres años y me importa lo que le pasa, y más si le pueden hacer daño. Le doy al claxon para que sepa que estoy y, cuando mira en mi dirección, levanto la mano y la saludo.

—Gracias.

La observo detenidamente. Lleva la melena desordenada, como si se hubiera tirado de los pelos, y, bajo los ojos, tiene dos manchas negras, signo de que se le ha corrido el maquillaje.

—¿Ha pasado algo? —le pregunto.

Verla así me encoge el corazón.

—Nada que debas saber.

—No seas así, he venido a buscarte, creo que lo mínimo es que me des una explicación. —Respiro hondo dos veces para calmarme —. Al menos dime si te encuentras bien, por favor.

—Estoy bien, Melody, gracias por venir a buscarme. —Habla como si enumerara la lista de la compra. Me recuerda mucho a un niño pequeño cuando se le dice que pida perdón por algo que ha hecho y lo hace obligado.

—Vale.

Corto la conversación. Ella no quiere hablar del tema y yo no me veo con la suficiente fuerza como para seguir soportando sus evasivas.

El camino de vuelta a casa se me hace mucho más largo de lo que en realidad es a causa de la tensión que hay en el coche por el

silencio creciente entre mi hermana y yo.

Me esfuerzo por pensar en cualquier cosa que me distraiga del movimiento frenético que han adoptado las manos de Ana.

Y pienso en Alan y en Susie, en su amistad y en el anhelo que guardo en un rincón de mi corazón por construir algún día una relación de ese tipo con alguien más. Nunca he tenido una amistad duradera, esas personas con las que se supone que conectas y te sientes como si estuvieras en casa cuando estás con ellas. Siempre he formado parte de relaciones de las que vienen y van, de las que llegan a tu vida para enseñarte algo o para darte alguna lección, pero nada más.

Mis ojos se apartan de la carretera para fijarse de nuevo en mi hermana, en su expresión ausente y su respiración acelerada.

Un pinchazo en el pecho me dice que, hoy por hoy, la única persona con la que me gustaría compartir esa amistad y esa privacidad es la chica que está sentada a mi lado, aunque parece que, después de todo, bajo esa fachada perfecta se está formando una tormenta gris que amenaza con derrumbar sus cimientos.

Capítulo 3

El factor sorpresa de la noche

Lo último que he sabido de Ana desde ayer por la tarde después de que la fuera a buscar al bar es que se encerró en su habitación en cuanto llego a casa y no volvió a salir durante lo que quedaba de día, a pesar de la insistencia de mis padres para que bajara a cenar.

Decidí decirles que estaba demasiado cansada y que me quería ir a dormir. Nuestra relación nunca ha sido la mejor, siempre me he sentido como la oveja negra de la familia y ellos corroboraban mi posición. Cuando estábamos los cuatro en la mesa, su atención era para Ana. Sin embargo, sabía que esa noche todas las miradas iban a ir dirigidas a mí.

Por la mañana no la había visto. Mis padres, como cada día, se habían ido a trabajar temprano y mi hermana, al ser sábado, aún debía de estar en la cama durmiendo. Yo, sin embargo, también trabajo los sábados, solo tengo como día festivo el domingo.

—Te arrepentirás de la decisión que estás a punto de tomar —me dice mi madre, realmente enfadada.

—¡No me voy a arrepentir de nada porque no estoy tirando mi vida por la borda, como no paras de decirme!

—Melody, escucha a tu madre. —Mi padre interviene con un tono de cansancio, agotado ya de esta discusión.

—Escúchame bien, Melody. —Mi madre pone los brazos en jarra y me mira fijamente a los ojos—, dejar de estudiar es lo peor que puedes hacer. ¿Quieres acabar viviendo debajo de un puente? Es eso, sí, estoy segura de que es eso, porque si no, no veo el motivo por el que quieras dejar de estudiar.

—No quiero. —Me tranquilizo y hablo con lentitud, respirando de manera pausada—. Simplemente, aún no he encontrado mi vocación y no voy a empezar una carrera que no me guste para perder el tiempo.

—Fíjate en tu hermana, Ana está muy feliz estudiando Medicina, siempre tuvo claro lo que quería hacer con su vida. ¿Tanto te cuesta? De verdad, Melody, ¿tanto te cuesta dejar de tener la cabeza metida entre libros todo el día y centrarte por una vez en el mundo real?

—Sí, eso. —Mi padre vuelve a intervenir.

—No me comparéis con Ana, yo no soy ella y lo sabéis perfectamente. —Miro primero a mi padre, queriéndole decir con la mirada que no ayuda en nada con sus intervenciones, y luego miro a mi madre, dejándole claro que no quiero seguir con la discusión.

—¡Vale! Bien, entonces, ¿qué es lo que quieres hacer?

—Trabajar.

No me lo pienso. Creo que, si decido no estudiar, al menos durante un año, lo mejor que puedo hacer es encontrar un trabajo y ganarme un sueldo para ahorrar en un futuro.

—Perfecto, pero si quieres ser una adulta tan rápido, trabajarás como es debido. Yo misma te buscaré un trabajo.

Después de todo, trabajar en Sopa de Letras no es ni mucho menos un castigo, ya que mi madre en realidad no acabó de escogerme el trabajo. Tamara, mi jefa, es una muy buena amiga

suya desde que eran adolescentes y, un día, mientras cenaban juntas, mi madre le comentó que me estaba buscando un empleo, así que Tamara insistió en que podía trabajar en la librería.

Supongo que mi madre, ante la insistencia de Tamara, no pudo negarse, y a las dos semanas de la discusión que habíamos tenido empecé a trabajar.

Ya llevo seis meses aquí y aún no me he parado a pensar en lo que quiero hacer con mi futuro, ni siquiera sé si el curso que viene iré a la universidad. No hay nada en particular que me llame la atención y tampoco hay algo que se me dé extremadamente bien como para querer estudiarlo.

Estoy ordenando algunos papeles donde se documentan los importes de los libros que nos han llegado esta semana a Sopa de Letras cuando mi móvil comienza a sonar. Lo miro y veo que es mi madre, la tengo agregada por su nombre, Margaret. Antes de descolgar reviso que nadie se vaya a acercar al mostrador, puesto que la tienda está bastante llena.

Parece que no, así que le doy al botoncito verde.

—Hola, mamá, ¿cómo estás?

—Bien. Esta noche vendrán a cenar unos amigos, te quiero en casa a las ocho preparada.

—¿Los conozco? —preguntó intentando hacer memoria de los muchos contactos de mis padres.

—No. Por cierto, arréglate un poco.

—Vale…

—Una cosa más.

—Dime, mamá.

—Los invitados vendrán con sus dos hijos, una chica y un chico de tu edad, me parece, compórtate. Nos vemos luego.

—Vale, adiós.

…

Me miro en el espejo y reviso que esté presentable para la cena. Después de estar rebuscando en mi armario durante más de media hora, he decidido ponerme un vestido blanco con rayas gruesas verticales azul marino que me llega hasta la mitad del muslo y va atado a la cintura con un pequeño y fino cinturón negro. Para acabar de complementarlo me he puesto unas medias del color de mi piel para que queden naturales y unos botines negros con un poco de plataforma que me hacen ver mucho más elegante.

Mi pelo cae sobre mis hombros en definidas ondas y llevo rímel (que le he cogido «prestado» a Ana del baño) y un poco de pintalabios granate mate para darle vida a mi cara.

Llaman a la puerta de mi habitación y voy a ver quién es. Detrás encuentro a mi hermana. Va realmente guapa. Se ha puesto un vestido ajustado marrón que hace que su larga melena dorada brille como el aceite al sol y lleva un collar de pequeños diamantes verdes que hacen juego con sus ojos.

—Emmm, hola, Melody. —Su mirada está fijamente clavada en mí y se retuerce las manos de una manera muy extraña y rápida.

Está rara, se lo puedo ver en la cara.

—Ana —digo, sorprendida, en realidad no me esperaba que fuera ella la que estuviera detrás de la puerta—. ¿Necesitas algo?

—Yo…

—¡Ana! ¡Melody! Venid ya al salón, han llamado a vuestro padre y los invitados están a cinco minutos de casa.

A Ana se le contrae la cara, se da media vuelta y se va dando largas zancadas hacia el salón. Me da la sensación de que quería decirme algo.

Me dirijo hacia donde están todos los miembros de mi familia. Mi madre y mi padre están al lado de la puerta, uno al lado del otro, preparados para que en cualquier momento llamen al timbre y puedan abrir en menos de dos segundos para no hacer esperar a los invitados. Mi hermana, por otro lado, se ha sentado en el sofá que queda justo enfrente de la puerta, recta y con las piernas cruzadas.

Me voy a sentar al lado de ella cuando mi padre me dice:

—Cariño —odio que me llame así, se supone que usas ese apelativo cariñoso con las personas a las que quieres—, mejor siéntate en el sillón de la esquina.

Guardo silencio unos segundos y, después, asiento.

El sillón está situado de tal manera que hasta que no entras en la casa y te adentras unos pasos no se puede ver. Los tres estarán a la vista de los supuestos amigos que vienen a cenar esta noche, mientras que a mí no me verán hasta que no hayan entrado.

Pasan los minutos y empiezo a pensar que los invitados han sido sensatos y han decidido cenar en su casa o en cualquier sitio menos aquí, ya que se atrasan diez minutos, y me estoy empezando a estresar al sentirme tan marginada en este sillón. De hecho, estoy a punto de preguntar por ellos cuando el timbre suena, advirtiéndonos de que al fin han llegado.

Mi madre adelanta a mi padre y abre la puerta dejando pasar a una mujer y a un hombre que parecen tener la edad de mis padres, y a una chica que, según mi madre me ha dicho, debe de ser de mi edad.

—¡Susan, James! Qué alegría teneros aquí. ¿Desde cuándo no nos veíamos? ¿Desde agosto? —Mi madre abraza a la mujer y después le da dos besos al hombre.

Mi padre repite las mismas acciones.

—Sentimos muchísimo el retraso, hemos tenido unos problemillas en el camino. —Susan se dirige a mis padres.

—No pasa nada, mujer —exclama mi padre—, entrad, no os quedéis en la puerta. Esta es mi hija mayor, Ana. —Ahora se dirige a mi hermana—. Ana, te presento a Susan y a James, unos amigos del trabajo.

—Es un placer. —Mi hermana les sonríe, mirando en mi dirección, y mi padre la sigue con la mirada.

—Y ella —me hace un gesto para que me acerque. Me levanto del sillón y voy hacia donde están todos— es mi hija menor, Melody.

Lo primero que pienso en cuanto los veo es que tienen dinero, bueno, supongo que por eso son amigos de mis padres. Susan es una mujer alta y esbelta de grandes ojos azules y media melena castaña perfectamente peinada y cortada, y James un hombre robusto con el pelo corto ondulado, vestido de traje y corbata.

—¡Madre mía! Daniel, Margaret, habéis hecho un buen trabajo con vuestras hijas, miradlas, están hechas unas mujeres preciosas.

— No me hagas hablar —mi madre le dice con tono de regañina a Susan—, ¿has visto a la mujercita que tienes a tu lado?

—Por supuesto. —A la mujer se le ensancha la sonrisa y James abraza por los hombros a su hija.

—Melody, Ana —dice—, esta es nuestra hija, Claudia, si no calculo mal creo que debe de ser de tu edad, Ana.

Claudia es una chica de veintiún años, pero parece mucho más joven, y su estatura no ayuda a que se la vea mayor. Tiene una piel blanca muy pálida y ojos color miel que se asemejan a los de un gato pardo. Sin embargo, lo que llama más mi atención es su cabeza, llena de tirabuzones y ondulaciones de tono castaño que, según me parece, ha sacado de su padre.

Sus facciones me resultan familiares.

—Hola. —Claudia habla con una voz tímida y parece encogerse al soltar las palabras.

—Encantada —dice mi hermana.

—¿Cómo estás?

—Bien, gracias. —Claudia se sonroja un poco y me sonríe de medio lado—. ¿Y tú…?

—Bien.

Al decir esto se forma un silencio incómodo entre las dos que parece extenderse al resto del salón.

Intentando zafarme de ese intercambio de miradas silencioso, miro en otra dirección y me encuentro con mi madre, la cual me observa con cara de desagrado, como si me recriminara por ello.

Quiero evitar su mirada lo más rápido posible, así que hablo con rapidez a Susan y James:

—Creía entender, por lo que me dijo mi madre, que teníais otro hijo.

No he pasado por alto que a casa solo han entrado Susan, James y Claudia, cuando se suponía que esperábamos un invitado más.

—Sí. —Susan sonríe y hace un gesto de desesperación con la mano—. Justamente por eso nos hemos retrasado. Egan llegará un poco más tarde, si no os parece mal, se ha empeñado en venir por su cuenta.

Mi madre sacude la mano, quitándole importancia a ese pequeño inconveniente y, fundiéndose en una conversación que no entiendo sobre su trabajo, las dos se alejan hacia el patio trasero, dejándonos solas a las tres chicas.

Capítulo 4

El papel de asesina no acaba de encajar conmigo

Llevamos veinte minutos esperando a que el hermano de Claudia llegue a casa para poder cenar. En el fondo me sabe mal por mi madre, se había esmerado muchísimo en preparar la cena justo a tiempo para que cuando llegaran James, Susan y sus hijos la comida estuviera recién hecha. A este paso la vamos a tener que recalentar cuando Egan decida llegar.

Mis padres y los de Claudia continúan en el patio trasero hablando, supongo, de los temas que deben de hablar los adultos. Ana, Claudia y yo, en cambio, estamos en el salón, sentadas en el sofá. El ambiente es un poco tenso, mi hermana parece estar ausente y Claudia y yo nos dedicamos a mirarnos de vez en cuando y regalarnos una sonrisa.

—Me gusta mucho el azul de las rayas de tu vestido —suelta Claudia, rompiendo el silencio.

—Gracias —digo sonriente—. El vestido me lo pongo muy poco, no es mucho de mi estilo.

La chica se ríe y pone los ojos en blanco.

—A mí me gusta mucho el color verde, es mi favorito. ¿Sabías que es uno de los colores representantes de Virgo, mi signo?

La verdad es que no entiendo nada de signos zodiacales, pero parece que Claudia se está esforzando por mantener una

conversación y abrirse a mí, así que me inclino hacia delante y le presto atención.

—La verdad es que no sé mucho de eso.

— Bueno… al menos sabes cuál es el tuyo, ¿no?

—¿De qué?

—Digo que si sabes cuál es tu signo, tonta. —Se ríe mientras me da un golpecito en el hombro.

—Soy Libra, eso sí lo sé.

—Bien —entrecierra los ojos y pone cara de estar pensando en algo—, entonces tu color debe de ser el naranja o el amarillo.

Borro rápidamente la cara de decepción que se me ha quedado en la cara.

Y, como un milagro caído del cielo, se oye el motor de un coche en la calle y, seguidamente, unos golpes en la puerta anunciando que el hermano de Claudia ha llegado, por fin.

Mis padres y los suyos salen con prisa de detrás de la casa y abren la puerta de la entrada, dejando ver a un chico muy blanco de piel, un poco más alto que yo, de pelo castaño y ondulado y unos ojos iguales a los de Claudia. Sí, sin duda son hermanos.

Lo observo durante unos segundos y, cuando algo parece revolverse en mi estómago, reparo de nuevo en todas sus facciones.

Es el chico de la librería.

Egan es el mismo chico que estaba ayer junto con las otras chicas y Alan en Sopa de Letras buscando el libro de *Dorian Grey*.

La sorpresa me golpea fuertemente en la cara. ¿Cómo puede ser? Definitivamente, el mundo sí que es un pañuelo.

Me levanto rápidamente del sofá a la vez que mi hermana y Claudia y me escondo detrás de la primera para evitar que Egan me vea en primer plano. Me muero de la vergüenza, hubiera sido mucho

más fácil que el hermano de Claudia hubiera sido cualquier otro chico de Liverpool.

Cuando entra por la puerta, sus padres le sonríen con una cara que me parece que es de «te la has ganado, señorito», y el primero en hablar es mi padre:

—¡Egan! Te estábamos esperando, pasa, hombre, pasa, no te quedes ahí parado.

—Lo siento, no pretendía llegar tan tarde.

Por el rabillo del ojo lo observo mientras dice esas palabras con una sonrisa tímida, se nota a leguas que sabía de sobra que iba a retrasarse esta noche.

—¡Egan! —Claudia se abalanza sobre él y le da un abrazo y luego parece que le dice algo al oído, demasiado bajito como para que pueda oírlo estando tras la espalda de Ana.

El chico mira hacia donde está mi hermana y mientras tanto yo me concentro en imaginar que soy invisible, esperando que, de tanto suplicarlo, se haga realidad. Mi madre parece notar que Egan ha mirado en nuestra dirección y se apresura a presentar a mi hermana, centrando toda la atención del chico en Ana.

—Egan, cariño, esta es Ana.

Egan la mira y se balancea sobre sus pies como pensando en lo que puede decir.

—¿Qué tal?

—Bien, gracias. —Ana pone su típica cara de chica buena mientras, con la mano, se pasa unos mechones de pelo por detrás de la oreja, dándome un codazo en toda la cara al hacer ese gesto y provocando que suelte un grito que alerta a todos. Todos se giran hacia mí, incluido el chico al que estaba intentando evitar.

—Podrías tener un poco más de cuidado, Ana —digo, molesta.

Ella me lanza una mirada fulminante y decido salir de mi escondite para presentarme a Egan. Me acerco unos pasos hacia él.

—Soy Melody, la hermana pequeña de Ana —anuncio mientras acaricio la parte de mi cara dolorida.

Oigo por detrás como Claudia empieza a reírse, y juraría que puedo sentir las miradas asesinas de mi madre y de mi hermana sobre mi espalda.

—Egan. —Él mantiene las cejas alzadas por la sorpresa y la boca entreabierta, sin saber qué decir.

Le tiendo la mano para saludarlo y él me la acepta. De cerca es mucho más atractivo que desde la espalda de mi hermana. Observo con detenimiento todos sus rasgos, comparándolos con los de Claudia. Mientras que a ella le aportan un toque tierno y amable, a él le dan un aire salvaje y pícaro. El pelo revuelto, su postura decidida y erguida… Egan no impone de la misma manera que Alan, recuerdo, más bien todo él grita que es un granuja.

Los cuatro más jóvenes pasamos la cena en silencio escuchando las diferentes conversaciones que tienen nuestros padres. Egan y Claudia están sentados enfrente de mí y Ana a mi lado. Apenas ha tocado la comida durante toda la noche.

—Melody —mi padre me llama desde la otra punta de la mesa. Lleva una gran sonrisa en la cara—, ve a buscar el postre, anda.

—Voy.

Claudia se levanta de un salto de la silla, trastabillando un poco con una de las patas de esta.

—¡Yo te ayudo!

—No, ya lo hago yo.

Egan acaba de ofrecerse a ayudarme a sacar el postre y de repente vuelvo a sentirme nerviosa, igual que cuando ha aparecido por la puerta y lo he reconocido.

Apenas lo conozco y, sin embargo, mi cuerpo sufre este tipo de reacciones extrañas cada vez que percibo que se va a acercar a mí.

—Sí, mejor que vaya a ayudar tu hermano —dice Susan, y Claudia se vuelve a sentar en la silla con la cara roja.

Por el tono con el que lo dice parece que sea una clase de castigo para su hijo tener que ir a ayudarme en la cocina, supongo que es una reprimenda por haberse empeñado en venir él solo a la cena y, para rematar, haber llegado tarde. Me lo quedo mirando, parada delante de la mesa, sin saber qué hacer.

—Muy bien, vamos.

Andamos en silencio hasta la cocina, yo en cabeza y él detrás de mí e, incluso, si no fuera por la sensación de alerta que siente mi cuerpo cuando Egan está presente, juraría que se ha quedado en el comedor y estoy yendo sola hacia la cocina.

Cuando llegamos noto que se queda parado en el marco de la puerta, sin saber muy bien qué hacer.

—Bueno… y ¿qué hay de postre? —pregunta.

—Bizcocho de limón con una bola de helado de nueces. Es tradición siempre que vienen invitados a casa.

—Vaya, me ofende pensar que somos unos meros invitados. —Cruza los brazos y se le dibuja una sonrisa traviesa en los labios.

—Me parece que hasta ahora no nos conocíamos.

Da unos pasos hacia delante y se apoya en la isla de la cocina.

—No estoy de acuerdo con eso, ¿me recuerdas?

Sus ojos parecen arder por un momento, volviéndose más cálidos y mucho más profundos al acercarse a mí.

—Encárgate de sacar el helado del congelador y coger una cuchara de esos cajones de ahí —decido cambiar de tema, los nervios están aumentando con el curso que está tomando la conversación—, yo sacaré el bizcocho del horno.

Cojo un trapo de cocina y lo saco con cuidado de no quemarme. Su intenso aroma mezclado con el del limón envuelve la cocina entera y me hace recordar aquellas tardes en las que mi abuelo me preparaba lo mismo para merendar, mi comida favorita.

Ahora simplemente se hace en casa cuando vienen visitas.

Saco un cuchillo y empiezo a cortar el bizcocho en cuadros iguales mientras se me hace la boca agua y, de repente, siento un cuerpo demasiado cerca de mí, pegado a mi espalda. Me doy la vuelta rápidamente, sin pensarlo dos veces, y veo que Egan pega un salto hacia atrás con una expresión de terror grabada en el rostro.

—¡Joder! ¿Pretendías matarme o qué?

¿Qué? ¿Qué cojones está…? Mierda. El cuchillo. El cuchillo en mi mano. No me había dado cuenta de que llevaba el cuchillo en la mano cuando me he girado hacia él.

—¡Perdón, perdón! No lo he hecho queriendo, de verdad, pero me has asustado, ¿se puede saber qué hacías pegado a mi espalda?

—Estaba mirando lo que estabas haciendo, tranquila —me sonríe, ya se le ha pasado el susto—, ya tengo el helado y la cuchara.

Me enseña el bote de helado y la cuchara, me hago a un lado de la isla para que deje las cosas y pongo los trozos de bizcocho en platos pequeños.

—Ves poniendo cucharadas de helado por encima, no sé, no pongas muy poco, pero tampoco te pases.

—Sí, jefa.

Los dos nos reímos ante su comentario y continuamos haciendo el trabajo en silencio. Cuando acabamos, nos quedamos mirando nuestro trabajo, satisfechos. La verdad es que no se parecen ni mucho menos a los que hacía mi abuelo, estos más bien tienen un aspecto un poco abstracto.

No quiero volver a la mesa con mis padres. Noto como las pulsaciones de mi corazón, antes un poco aceleradas, al igual que mi respiración, cesan, sumiéndome en un estado de calma que no estoy acostumbrada a experimentar cerca de personas a las que apenas conozco.

Me acerco al cajón donde están los cubiertos y saco dos cucharas soperas. Le doy una a Egan y acerco el bol de helado de almendras.

—¿Quieres? —Creo que Egan puede leer claramente la inseguridad en mi cara al darle el cubierto, ya que se queda callado unos segundos y, finalmente, acaba asintiendo mientras me sonríe.

—Me has leído la mente.

Algo dentro de mí me impulsa a abrirme un poco más.

—¿Te digo un secreto? —Egan entrecierra los ojos mientras se mete una cucharada de helado en la boca y hace un gesto con la cabeza indicándome que sí.

Aflojo el tono de voz.

—Parecías un niño pequeño asustado cuando me he girado con el cuchillo.

Intento reprimir la risa al ver su cara de decepción al escuchar lo que le he susurrado, pero no puedo y acabo soltando una fuerte carcajada. Egan se pone serio de golpe y deja la cuchara de helado encima de la isla.

—¿Te digo un secreto? —repite igual que yo.

—Dime.

Acorta la distancia que había entre nosotros y se inclina hacia el lado derecho de mi cara para hablarme al oído. Me he quedado inmóvil, no me esperaba que se acercara tanto y, por si fuera poco, siento un hormigueo que me recorre de punta a punta el cuerpo.

—Tú parecías una psicópata cuando has estado a punto de matarme con un cuchillo.

Un escalofrío me recorre el cuerpo al sentir su aliento en mi oreja.

—No exageres, tan solo te hubiera hecho un rasguño. —Introduzco una cucharada de helado en mi boca intentando adoptar una mirada inocente.

Nuestras miradas se encuentran. Sus ojos color avellana me llaman.

Cuando creo que está a punto de abrir la boca, alguien nos interrumpe.

—¿Chicos? ¿Por qué tardáis tanto? —Claudia aparece detrás de la puerta.

—Justo ahora íbamos.

Egan dice eso rápidamente, coge algunos platos y sale de la cocina, yo cojo los postres que han quedado sobre la isla y sigo a Claudia hasta la mesa donde mis padres nos esperan con cara de impaciencia.

Dejo los platos sobre la mesa y me siento en mi sitio.

—Vaya, el helado está todo derretido. ¿Qué has hecho, Melody? —Mi madre me mira con una ceja enarcada.

—Yo…. Es que, verás —¿y ahora qué le digo?—, resulta que cuando hemos sacado el helado del congelador ya estaba así… Y, sinceramente, yo creo que el congelador no congela bien.

Me he puesto roja, como cada vez que miento, lo sé porque siento un calor intenso en las mejillas.

—¿Que el congelador no congela bien?

—Sí, eso…

—Margaret, Melody tiene razón, cuando hemos sacado el helado ya estaba así, por eso hemos tardado tanto, estábamos intentando solucionarlo.

Egan dice las últimas palabras mirándome a mí y luego se gira de nuevo hacia mi madre.

—Oh, ya veo, no te preocupes, cariño, el sabor es el mismo.

James prueba un bocado del bizcocho y se le ilumina la cara.

—¡Está riquísimo!

Y yo estoy a punto de darle el primer bocado al mío cuando veo que Egan me guiña el ojo disimuladamente para, después, sonreír y empezar a comerse su postre.

Capítulo 5

El amarillo, al fin y al cabo, puede tener su encanto

No recuerdo nada de lo que he soñado esta noche. Ayer estaba demasiado cansada cuando Egan, Claudia y sus padres se fueron de casa, así que en cuanto salieron por la puerta me fui directa a mi habitación, me puse uno de los pijamas más abrigados que tengo para el invierno y me metí en la cama. Cogí el sueño de inmediato. Sin embargo, sé que no he pasado una buena noche y el sudor frío que recorre mi rostro y las sábanas completamente revueltas de la cama me indican que estoy en lo cierto. Aunque no puedo recordar mi sueño, sí recuerdo con exactitud la voz de una persona que repetía mi nombre una y otra vez, hasta que me he despertado.

Melody, Melody, Melody…

El sonido era música para mis oídos, era armonioso, pero a la vez me perturbaba y me perseguía como un susurro molesto detrás de la oreja.

Melody no era el nombre que mis padres tenían pensado ponerme cuando se enteraron de que iban a tener otra hija, ellos preferían llamarme Jazmín, como la madre de mi padre, que había muerto en un terrible accidente de coche. Pero mi abuelo no estaba de acuerdo, y después de insistir durante meses a mis padres, decidió que iba a llamarme Melody. No le fue nada difícil decidirlo: le apasionaba la música, se pasaba el día escuchando canciones de su

época por la radio y cuando esta se quedaba sin pilas, cogía alguno de sus muchos vinilos y lo reproducía una vez detrás de otra.

Decía que la música es algo esencial para la vida y por eso me llamo así.

El abuelo está sentado en el sofá del salón, toqueteando la radio para averiguar por qué ha dejado de sonar. Lo más probable es que las pilas se hayan gastado y, aunque he intentado decírselo muchas veces, me ignora porque está enfadado, porque la radio ha dejado de retransmitir justamente cuando sonaba una canción que, según me cuenta, bailaba en las fiestas durante su juventud.

No me molesta que me ignore, sé que él es así. Mi abuelo me ha cuidado desde que tenía cinco años, siempre me ha gustado venir a su casa a pasar el rato, y lo conozco como a la palma de mi mano, al igual que él a mí. Hemos aprendido a respetar nuestros espacios personales y a saber comprendernos mutuamente, es como una especie de pacto que hemos formado. Pero, por mucho que me divierta ver como se empeña en arreglar ese trasto a golpes, me está poniendo nerviosa porque estoy intentando estudiar para un examen de lengua que tengo dentro de dos días y no hay manera de que me concentre con todo ese jaleo.

—Abuelo.

—Un momento, déjame, que casi lo tengo, en mi época le dabas unos buenos golpes a un trasto que no funcionaba y enseguida volvía a estar como nuevo. —Su pelo marrón está todo revuelto y sus ojos oscuros como la noche se centran en la radio.

—Me parece que son las pilas, que ya no funcionan, tienes que cambiarlas por unas nuevas.

—Tonterías —me suelta, perdiendo la paciencia.

El abuelo le da un golpe contra el reposabrazos del sofá y, milagrosamente, la radio comienza a funcionar. Primero se oye una

voz entrecortada y después, poco a poco, el ritmo de una canción típica de los sesenta.

—Oh, Melody, escucha esta canción, ¿no es preciosa?

—Sí que lo es.

—A tu abuela le encantaba. A veces, cuando estábamos juntos y la escuchábamos, yo le cambiaba la letra y en los momentos en los que el cantante dice el nombre de la chica a la que va dirigida yo cantaba Jazmín a todo pulmón. No sabes la de rato que tu abuela pasaba diciéndome que así estropeaba la letra, pero yo sabía que le encantaba, lo veía en sus ojos.

—Tendrías que haber dejado que mis padres me pusieran su nombre, abuelo, así cada vez que escucharas mi nombre te acordarías de ella.

El abuelo se levanta y se dirige hacia mí.

—Melody, tu abuela fue una mujer feliz que logró muchas cosas en su vida, construyó una familia, consiguió en el trabajo de sus sueños y pudo ver crecer a su hijo. —Me coge de las manos y las envuelve entre las suyas—. Hija, ella ya vivió su vida, ahora te toca vivir a ti la tuya, desde cero, con un nombre que sea solo tuyo. Llevar su nombre supondría vivir por ella, en su memoria, y por mucho que nos duela, el pasado es eso, pasado, y se debe quedar allí donde está.

Me levanto de la cama como puedo, no me funciona el cuerpo y me duele todo. Lo primero que hago es abrir las persianas para que entre luz por la ventana, pero está nublado, un montón de nubes tapan completamente el cielo y lo tiñen de un color grisáceo.

La casa huele a beicon y a lo que parecen ser huevos fritos. El domingo es el único día de la semana en que mi familia entera está en casa, los cuatro juntos.

Me estoy recogiendo el pelo en una coleta alta para intentar domar un poco todos mis enredos cuando noto una vibración encima de la mesita de noche.

Me acerco al teléfono, lo desbloqueo y veo que tengo un mensaje de Claudia. Había olvidado que ayer, antes de que se marcharan de casa, me pidió mi número para poder hablar de vez en cuando. Por un momento me vi reticente a hacerlo, sin embargo, cuando sus mejillas adoptaron un color rojizo y advertí que era una oportunidad para comenzar una amistad, acepté.

Claudia_ 9:30
Holaaaa.
Esta tarde mis padres se van fuera de Liverpool durante unas horas, si quieres vente a mi casa y hacemos algo.

El corazón se me acelera cuando me doy cuenta de que podría ser la primera vez en mucho tiempo en que puedo tener planes con alguien que no sea de mi familia. Trago saliva y, después de meditar bien mis palabras, contesto.

Yo_ 9:32
Me encantaría.
Te parece bien a las cinco?

Entusiasmada, me pongo mi batín rojo para entrar en calor y bajo hacia la cocina, donde están mis padres y Ana preparando el desayuno. Ana está poniendo los platos encima de la isla y mis padres están juntos friendo huevos, yo cojo los vasos del armario, los pongo en la isla y me siento en el alto taburete a mirar el mensaje que acabo de recibir de Claudia:

Claudia_ 9:45
Vivo justo al lado del restaurante Bons Plans,

es la única casa amarilla de la zona, no te perderás.
A las cinco me va bien.

—Esta tarde he quedado con Claudia, la hija de James y Susan, voy a ir a su casa.

Mis padres y Ana se han sentado en sus taburetes y me miran con cara de sorpresa.

—¿Por qué? —pregunta mi madre con voz soñolienta.

—Me ha ofrecido ir a su casa a pasar el rato.

—Me parece bien. —Mi padre se mete un gran trozo de huevo en la boca y sigue hablando—. Los Miller son una familia muy respetable, mientras te juntes con sus hijos y no con cualquiera, haz lo que quieras.

—¿Cogerás el coche para ir hasta allí? —pregunta Ana.

—Tenía pensado ir andando.

—Podrías cogerlo y así, de paso, me llevas al centro comercial, tengo que comprarme una chaqueta nueva.

—No lo sé, Ana, sabes que no me gusta mucho coger el coche…

—¡Melody! —El grito de mi madre me hace saltar sobre el taburete—. Por muy respetable que sea la familia Miller, si no eres capaz de hacer el papel de hermana no harás ningún plan hasta que te comportes como debes.

¿Papel de hermana? ¿Se puede saber desde cuando Ana se ha comportado como una hermana conmigo?

—Muy bien.

…

Espero impaciente a mi hermana frente a la puerta de su habitación.

—Ana, llegaré tarde si no sales ya, ¡date prisa! —La puerta se abre de golpe y sale mi hermana, enfadada.

—Joder, ya estoy.

Cuando sale, me quedo extrañada al verla. No viste con su habitual elegancia de siempre, sino que esta vez ha optado por un conjunto de chándal negro que no encaja para nada con ella. A su lado, con mi falda marrón tejana de botones y una sudadera blanca, parece que hayamos intercambiado los papeles.

Salimos en dirección al garaje y antes de que se cierre la puerta Ana grita:

—¡Nos vamos, mamá!

—¡Pásalo bien, cariño!

Sí, yo también intentaré pasármelo bien, mamá.

En el coche no hablamos. Ana vuelve a mover las manos de esa forma extraña de la otra noche cuando hablábamos y mira por la ventanilla todo el rato sin mover ni un segundo la cabeza.

Paro en un semáforo en rojo, ya solo nos faltan cinco minutos hasta la casa de Claudia y puedo comenzar a sentir los nervios trepando por las puntas de mis dedos.

—Yo me voy a bajar aquí, Melody.

Estamos en medio de una avenida y lo único que hay por aquí son algunas tiendas, cafeterías y el hospital.

—El centro comercial está a dos minutos de la casa de los Miller, te puedo dejar justo al lado si quieres.

—Da igual, me apetece andar.

—Pero si me has hecho coger el coche para que…

Ana se baja del coche y cierra de un portazo, dejándome con las palabras en la boca. Lleva unos días bastante inestable, se comporta de una manera extraña y lo peor es que no puedo saber lo que le pasa ni ayudarla, porque no tenemos ni la más mínima relación.

Llego a casa de Claudia rápidamente. Encontrar un sitio para aparcar no ha sido tan difícil como esperaba, de hecho, lo he podido dejar bastante cerca.

Enorme y amarilla son las palabras perfectas para describirla. Claudia tenía razón en cuanto a que localizaría su casa rápidamente, es probablemente la que más destaca en toda la manzana.

Llamo al timbre y espero ansiosa a que me abran.

—Ya estás aquí. —Claudia ha sido quien me ha abierto la puerta —. Estaba acabando de recoger mi habitación, pero no pasa nada.

Se pone a un lado para dejarme pasar y entro al interior. Grande se queda corto para describir el tamaño y la majestuosidad de la casa donde viven los Miller. Nada más entrar hay un pequeño recibidor con un gran perchero repleto de abrigos de algunas de las marcas de ropa más caras y, más adelante, un inmenso salón rodeado de unos grandes ventanales que van desde el suelo hasta el techo y hacen que toda la sala esté iluminada. Una gran chimenea de ladrillos marrones decora el centro del salón, amueblado con dos grandes sofás de cuatro plazas de piel del mismo color y una mesa redonda de cristal justo en medio, además de los diversos muebles y estanterías que rellenan los restantes huecos.

—Madre mía, esto es increíble.

—¿Tú crees? Para mí es demasiado grande, de pequeña me perdía por algunos rincones. No me acostumbré hasta que fui un poco mayor. —Se sonroja al decirme esto.

—Bueno, yo aún me perdería a propósito para que no me encontrara nadie.

Claudia se ríe ante el comentario.

—Vamos a mi habitación, he sacado algunos DVD que tenía guardados, podemos ver una película, si quieres.

—Sí, claro.

Entramos en el salón y nos dirigimos hacia una puerta que hay en el lado derecho. Da a unas amplias escaleras de mármol gris que suben en forma de caracol hacia la planta de arriba. Ya en el piso superior me encuentro con un largo y ancho pasillo que tiene algunas puertas a los lados y una justo en la pared del final.

—Esta es la habitación de Egan, la suya es como dos veces la mía, le gusta tenerlo todo siempre a lo grande.

La puerta de la habitación de Egan es de un color marrón oscuro, con un pomo dorado desgastado. Repaso con detenimiento cada uno de sus detalles, intentando imaginar cómo será su dormitorio por dentro, guardando la respiración al imaginarlo ahí dentro, escuchándonos.

—Pasa. —Claudia abre la puerta de su cuarto y me indica con la mano que entre.

La habitación debe de ser más o menos como la mía de grande, pero al mismo tiempo es completamente diferente. El suelo está lleno de jarrones de distintos tamaños repletos de altas plantas verdes y flores de todos los colores. Por las paredes trepan unas enredaderas hasta el techo. Todos los muebles son de color aguamarina y, sorprendentemente, el colchón de la cama está sobre un gran palé de madera.

—Es preciosa, Claudia. —Ella se ríe y niega con la cabeza.

—He dejado encima de la cama las películas, escoge la que más te guste, yo ya las he visto todas.

Sobre el colchón hay diferentes DVD de todo tipo de películas, entre ellas *Dirty dancing*. La cojo sin pensarlo y se la enseño a Claudia, emocionada.

—Un clásico, me gusta.

—¿La vamos a ver aquí o en el salón?

—Oh, no, la veremos aquí. Antes me ha llamado mi hermano y me ha dicho que lo más probable es que venga con sus amigos a casa más tarde.

En un primer momento, me siento extrañamente aliviada al saber que nos encontramos las dos solas, sin embargo, un nudo se instala en mi garganta cuando valoro la posibilidad de que esos amigos sean los mismos que vinieron a Sopa de Letras hace unos días.

—Ah, ¡qué bien!

Capítulo 6

A veces un cojín puede ser el arma perfecta

La película ya está a punto de acabar y las primeras notas de *The Time of My Life* comienzan a dejarse escuchar. Hemos bajado las persianas de la habitación de Claudia y apagado todas las luces para verla como si estuviéramos en un cine. Además, hemos preparado dos boles repletos de palomitas de colores y hemos sacado de la nevera una botella de Coca-Cola para nosotras dos solas.

Me paso una mano disimuladamente por las mejillas para borrar algunas lágrimas que se me han escapado. Esta parte de la película siempre ha sacado a relucir mi parte más sensible. Esperaba poder contenerme esta vez, sin embargo, cuando Claudia me ve, sé que no ha sido así.

—Todos deberíamos vivir en una película para poder tener un final feliz.

—Esto no pasa en la vida real.

Los últimos acordes de la canción se ven interrumpidos por un fuerte portazo que viene de la parte de abajo de la casa y unas voces que cada vez se oyen más cerca. Claudia se estira sobre el colchón, coge el mando de la televisión y pausa la película.

—Vamos a saludarles, yo no suelo juntarme mucho con ellos, pero seguro que te caen muy bien.

—Vale, espera.

Cojo los dos boles casi vacíos de palomitas que hay sobre la cama y pongo uno dentro del otro, dejándolos en un rincón del suelo, me pongo los zapatos que me había quitado para estar más cómoda y me levanto.

Salimos de la habitación y, con un gran alivio, veo que el pasillo está vacío.

Nos acercamos a la puerta que da a la habitación de Egan, detrás se oyen voces de bastantes personas. Claudia me mira y me hace un gesto con las manos indicándome que llame a la puerta. Le digo por señas que ni hablar y le señalo a ella y después a la puerta queriéndole decir que lo haga ella.

Al final, Claudia me empuja hacia la puerta y soy yo la que acaba dando tres golpes tímidos, esperando en lo más profundo de mí que hayan sido tan flojos que hayan pasado inadvertidos. Las voces no cesan, pero sí que bajan de tono.

Un chico imponente de hombros anchos y gran altura abre la puerta. Alan.

—Hola, Claudia. —Alan saluda con la mano a la chica y luego me mira a mí—. ¡Pero bueno, mira quién está aquí! —Acaba de abrir de par en par la puerta y se une al grupo de chicas que hay dentro, sin descontar a Egan—. Adivinad quién está en casa, Melody, la chica que trabaja en la librería.

—Hola, Alan. —Le sonrío, sintiéndome arder las mejillas.

—¿Cómo has acabado en casa de Egan?

Claudia avanza dos pasos hasta ponerse a mi lado.

—Melody es hija de unos amigos de la familia, ayer cenamos en su casa y la conocimos. La he invitado a casa a pasar el rato.

—Joder, va a ser verdad que el mundo es un pañuelo.

Sí, Alan, yo pensé exactamente lo mismo.

El chico entra de nuevo en la habitación y nosotras lo seguimos.

—¿Ya los conocías? —Claudia me pregunta en un susurro antes de entrar y yo le contesto de la misma manera.

—Los conocí en la librería donde trabajo, Susie buscaba un libro para clase.

Claudia no se equivocaba al decir que la habitación de su hermano es el doble de grande que la suya, de hecho, yo hubiera dicho que incluso lo es aún más. Las paredes están pintadas de un color azul oscuro, adornadas con diferentes CD de diversos grupos de música. En una de ellas, concretamente en la que está empotrado un gran escritorio, hay una guitarra eléctrica y otra acústica colgadas de unos ganchos de metal. En el suelo, justo al lado de la cama, descansan un amplificador Marshall y unos cascos para escuchar música.

Egan está sentado encima de su cama con las piernas cruzadas y me mira con esa sonrisa que ya advertí ayer. Tan solo encuentro el valor para devolverle la sonrisa a modo de saludo. Alan se sienta en la silla del escritorio y las tres chicas en el suelo, sobre unos cojines.

Egan se pone de pie y empieza a hablar:

—A ver, la chica rubia se llama Amelia, ella —señala en dirección a Susie— es Susie y la chica que está en medio es Ruby. —Esta última también iba con ellos cuando vinieron a Sopa de Letras, la reconozco inmediatamente por sus mechas californianas y su espeso pelo afro.

—Solo soy la chica rubia, ya veo.

—Bueno, os estaba presentando. Chicas, ella es Melody. —Mira en dirección a Alan y se dirige a mí—. Y creo que a Alan ya lo conoces.

—Encantada.

—¡Melody! Me alegra volver a verte. —Susie se levanta de su sitio y se acerca a mí para darme un abrazo. Casi me trago un mechón pelirrojo ante su embestida—. Mañana empiezo a leer en clase *El*

retrato de Dorian Grey, espero no haber cogido la editorial que no era, ¡ay, madre, no me fijé en eso!

Me río con su comentario, realmente se la ve muy buena persona y sobre todo tiene una personalidad muy pura y transparente.

Amelia se acerca, coge por los hombros a Susie y la aparta de mí.

—La estás ahogando, Susie, déjala respirar. —Se coloca bien su melena rubia (gesto que me recuerda mucho a Ana) y me da dos besos en las mejillas—. Encantada de conocerte, Melody.

—Igualmente. —No estoy acostumbrada a los besos, hace mucho que nadie me da uno, ni siquiera como saludo, por lo que me quedo quieta sin saber qué hacer.

—Yo soy Ruby. —Se acerca y me da un abrazo al que correspondo, y después se aleja con sus amigas, parece que ella sí que ha pillado que me incomodan un poco este tipo de saludos.

—Sentaos aquí si queréis. —Egan nos señala la cama, donde se ha vuelto a sentar.

Miro a Claudia esperando que diga algo, pero en vez de eso va hacia la cama y se sienta. Egan se acerca a su hermana y da unos golpecitos a su lado, indicándome que me siente allí.

Procuro no hacerlo demasiado cerca, todo esto me está pareciendo un poco incómodo y mi cuerpo aún reacciona de la misma manera que la noche anterior en mi casa.

—¿Cuántos años tienes? —Amelia se apoya sobre sus codos esperando mi respuesta.

—En septiembre cumplí los dieciocho.

—Oh, entonces eres un año mayor que nosotras tres. Los mayores del grupo son Egan y Alan, ellos también tienen tu edad, aunque bueno, hay veces que se comportan como si tuvieran cinco años.

—No la asustes, Amelia —le dice Alan, riéndose.

Me río con todos y me fijo en que Alan me mira. Desvió la mirada rápidamente y la centro en el amplificador Marshall que está tirado en el suelo.

—¿Tocas la guitarra? —Egan mira hacia las guitarras que están colgadas en la pared.

—Desde que tenía ocho años.

—Vaya, se te debe dar realmente bien.

—No es que me guste presumir, pero no te lo voy a negar.

Clava sus pupilas en las mías, provocando que el estómago me dé un vuelco y que, por alguna razón, me sienta tentada a contestarle en vez de morderme la lengua como mi subconsciente me pide que haga.

—Ya veo, me apuesto diez peniques a que esperas triunfar en alguna banda.

—¿Solo diez peniques?

—¿Y bien? —Los demás se ríen mientras Egan me reta con la mirada. Noto como sus ojos se clavan en mí, puedo sentirlo.

—Estoy en primer año de Medicina. —Los demás estallan en carcajadas ante la cara de tonta que se me ha debido de quedar con su contestación.

Miro hacia ellos para decirles que no me hace gracia haber perdido cuando me vuelvo a encontrar con la mirada de Alan. Me mira a los ojos y después comienza a bajar los suyos por mi torso hasta llegar a las piernas. Sin pensarlo, las miro yo también e, inconscientemente, pongo mis manos donde acaba la falda que llevo puesta y tiro de ella hacia abajo, sintiéndome expuesta e incómoda ante el repaso que le está dando a mi cuerpo y que parece que no quiere terminar.

—Melody. —Me giro y veo a Egan, que me mira esperando a que le conteste a algo.

—Perdón, no te he escuchado. —Se ríe y pone los ojos en blanco.

—¿Qué esperabas, que tuviera una figura del cuerpo humano en mi habitación?

—No lo sé, no me lo esperaba, fíjate en todo esto.

—Bueno, tengo mis hobbies.

Todavía puedo notarlo. Miro por el rabillo del ojo a Alan y, efectivamente, sigue teniendo sus ojos clavados en mis piernas.

—Ya veo… Egan ¿tienes algún cojín?

Tira su brazo hacia atrás y me pasa un cojín marrón que tenía sobre la almohada.

—Ten, ¿para qué lo quieres?

Lo coloco justo encima de mis muslos, tapando mi falda por completo, y agarro con fuerza el extremo del cojín para que no se mueva de su sitio.

—Quería ponerme cómoda.

Después de eso pasamos la última hora jugando a un videojuego en la habitación de Egan. Antes de que se fueran Alan y las demás, Susie me ha pedido mi número de teléfono y me ha dado a seguir en mis redes sociales. Las demás también me han agregado a sus contactos.

Nos despedimos de ellos en la puerta y pienso en que debería irme yo también.

—Creo que yo también voy a irme a casa.

—¡No puedes irte aún, Melody! Tenemos que acabar de ver la película.

—¿Cuál estabais viendo? —Egan se mete en la conversación y nos mira con una ceja enarcada.

—Estábamos viendo *Dirty dancing* en la habitación de tu hermana, nos quedaba poco de la película cuando habéis llegado a casa.

—Pues entonces vamos a acabar de verla, ¿no?

—¿Estás seguro? Te has perdido casi toda la película.

—Melody, Claudia es una friki de *Dirty dancing,* me sé toda la película de memoria.

—Vale, pero en cuanto se acabe me voy a casa, además, vuestros padres seguro que están a punto de llegar.

—Muy bien —dicen los dos hermanos a la vez, y no puedo evitar reírme.

Subimos de nuevo a la habitación de Claudia y nos sentamos de la misma forma en la que estábamos en la habitación de Egan. Claudia retrocede hasta el momento exacto en que la conocida canción vuelve a reproducirse, haciendo que *The Time of My Life* suene de nuevo al volumen máximo.

Me sorprendo cuando Claudia se pone a cantar la parte de la canción que se está reproduciendo y Egan y yo comenzamos a reírnos mientras vemos como desafina en alguna palabra.

Now with passion in our eyes
There's no way we could disguise it secretly

So we take each other's hand
Because we seem to understand the urgency
Just remember…

Egan también comienza a cantar las palabras de Bill Medley, y Claudia continúa con las de Jennifer Warnes.

You're the one thing
I can't get enough of
So I'll tell you something
This could be love because…

—Canta.

Así de sencillo. Su mirada me traspasa el alma y de repente tengo ganas de pasármelo igual de bien que ellos cantando una canción que, de tantas veces que he visto la película, me sé de memoria. Empiezo flojo, apenas un susurro sale de mis labios, pero poco a poco, al ver que ninguno de los dos me va a juzgar, comienzo a soltarme y acabamos los tres cantando a todo pulmón el estribillo de *The Time of My Life*.

I've had the time of my life
No I never felt this way before
Yes, I swear it's the truth
And I owe it all to you

Cuando la canción termina, Egan me mira con una gran y sincera sonrisa en la cara. Le devuelvo la mirada y me pierdo en sus ojos pardos.

—Voy al baño, ahora vuelvo.

Claudia sale de la habitación y cierra la puerta dejándonos solos.

—Me debes diez peniques.

—Ya… bueno, es que resulta que no llevo nada de dinero encima.

—Estabas segura de que ibas a ganar, ¿eh?

—Supongo.

—Está bien, te doy otra oportunidad.

—Bueno, tal vez no haya acertado en eso, pero sí que puedo decirte que ayer, cuando viniste a casa y te disculpaste por haber llegado tarde, supe que en realidad no entraba en tus planes llegar lo que se dice muy puntual.

—Anoto no volver a mentir delante de ti.

—Te lo agradecería, la verdad.

Los dos comenzamos a reírnos y termino observándolo más tiempo del debido.

—Aun así, me debes diez peniques.

—¿Y cómo se supone que te los voy a dar?

—Fácil. Tienes mi número de teléfono, cuando tengas diez peniques me avisas y me los traes.

Me revuelvo incómoda en el sitio, sintiendo una nueva presión en el pecho. Me imagino regresando a esta casa en unos días, a él frente a mí esperando unos peniques que ahora me arrepiento de haber mencionado.

—Muy bien, pero algún día me lo devolverás.

Recojo mis cosas de la habitación de Claudia cuando esta regresa y los dos me acompañan a la puerta principal para despedirse de mí.

—Gracias por invitarme, Claudia.

—Estoy deseando que vengas otro día.

—Oh, no te preocupes por eso, Melody me debe diez peniques y los traerá expresamente.

—Lo que tú digas…

—¡Ey! Un trato es un trato.

Avanzo unos pasos y yo misma cierro la puerta, emprendiendo el camino hacia mi coche. Por suerte no está muy lejos y no tengo que caminar por las calles oscuras y frías. Cuando llego, enciendo la calefacción y aprovecho para cerrar los ojos e inspirar profundamente.

Hacía tiempo que no me sentía así, que no me sentía tan acogida en un lugar.

Rememoro cada instante de esta tarde. Claudia poniendo el DVD en su televisor, Egan animándome a cantar, los remolinos que se han formado en mi estómago cuando nuestras miradas han conectado, Alan repasando mis piernas de arriba abajo.

Vuelvo la vista al frente, buscando borrar esa imagen, y arranco el motor.

Capítulo 7

Echar la vista atrás y recordar puede ser terrorífico

Pienso en llamar a Ana para saber si ya ha acabado de hacer sus compras en el centro comercial. Puede llegar a tirarse horas sin encontrar nada que le guste lo suficiente como para comprárselo.

Cojo el teléfono, marco su número y espero a que coja la llamada. El buzón de voz salta, así que vuelvo a llamar, haciendo mi último intento de contactar con ella antes de irme a casa.

Nada.

Probablemente haya quedado con alguno de sus amigos y por eso esté pasando de mí completamente, no me debería sorprender. Aunque estos días hemos interactuado un poco más que de costumbre, no me debo habituar y he de que recordar que si me ha hablado ha sido solo por interés propio y no con el fin de tener una relación de hermanas.

Al llegar a casa ya son pasadas las nueve de la noche y no me sorprende encontrarme con todas las luces de la casa apagadas, solo se puede ver una tenue luz que sale de la habitación que utilizamos como almacén colándose por el espacio de separación que hay entre el suelo y la puerta. Todo está en completo silencio, por lo que me quito los zapatos en la entrada y los dejo bien puestos en un rincón, con cuidado de no hacer ningún ruido. Camino de puntillas lentamente, para no despertar a mis padres, hasta la

puerta del almacén, y me paro un momento al oír un ruido que proviene de dentro.

Me siento como una espía en mi propia casa.

Me acerco despacio a la puerta y pego mi oreja a la fría madera para intentar oír mejor. No tardo en reconocer la voz de mi hermana al otro lado de la puerta, ¿qué hace en el almacén? Pongo atención y me concentro en escuchar lo que está haciendo, no sería la primera vez que se trae a algún chico a casa cuando se piensa que todos estamos dormidos, y si esta vez ha pasado lo mismo, la he pillado con las manos en la masa.

—¿Me estás escuchando? —La voz de Ana suena enfadada y al mismo tiempo desesperada—. No tengo mucho tiempo para hablar, ¿me puedes decir algo?

Sus palabras me dejan saber que no hay nadie en casa aparte de mi hermana y mis padres, está hablando por teléfono.

—¡Claro que aún no lo he hecho! Te he llamado para avisarte —se hace el silencio en el almacén durante unos segundos y mi hermana vuelve a hablar—, aún no he decidido lo que voy a hacer, pero si es que sí, será decisión mía.

Se oye como si Ana le acabara de meter una patada a algo que había tirado por el suelo y continúa:

—Intenté hablar contigo ayer, pero no quisiste escucharme, quería decírtelo antes de hacerlo. —Silencio otra vez—. He tenido que ir yo sola a comprarlo, lo mínimo que puedes hacer es dejarme el tiempo que necesite para hacerlo. No quiero discutir más, ya te diré algo.

Oigo unos pasos que se dirigen hacia la puerta del almacén y me escondo rápidamente detrás de una columna para que Ana no me vea cuando salga. Si descubre que he estado escuchando la conversación, se me puede caer el mundo encima.

La puerta se abre y la luz ilumina el pasillo. Ana sale en dirección a su habitación, por suerte no me ha visto.

Espero unos minutos para salir de mi escondite, asegurándome de que Ana no vuelve a buscar algo al almacén. Asomo la cabeza y entrecierro los ojos esperando así ver un poco mejor entre toda la oscuridad que envuelve la casa, también agudizo los oídos tratando de escuchar algo que me indique que alguien viene hacia mí. No hay nadie.

Salgo y, de puntillas, avanzo sigilosamente hasta mi habitación, rezando por dentro para que nadie me oiga. Abro la puerta, enciendo la luz y la cierro lentamente con cuidado de no dar un portazo.

¿Con quién hablaba mi hermana? Tal vez con el chico de ayer, ese que llevaba el pelo recogido en un moño cuando fui a buscarla a Saint George, pero si algo sé seguro ahora es que no son imaginaciones mías, a Ana le ocurre algo. Lo sé porque si la conversación que estaba teniendo hace un rato no hubiera sido importante, no se hubiera molestado en esconderse en el almacén para hablar por teléfono, simplemente se hubiera quedado en su habitación y no se habría preocupado por si alguien la escuchaba.

Mi móvil vibra en el bolsillo trasero de mi falda. Lo desbloqueo y me quedo sorprendida al ver que he recibido un mensaje de Alan.

> Alan _ 21:35
> Qué tal te lo has pasado esta tarde,
> dependienta?

Sonrío cuando veo «dependienta» grabado en la pantalla y, por un momento, tal vez porque estoy muy emocionada porque alguien muestre un poco de interés en mí, olvido lo incómoda que me ha hecho sentir esta tarde cuando no me quitaba la vista de encima.

Yo _ 21:35
Muy bien, de verdad.
Habéis sido todos muy amables conmigo,
gracias.

Alan _ 21:36
Oh venga, ¿quién te ha caído mejor?
Con total confianza.

Yo _ 21:36
Seguro que estás esperando a que
diga tu nombre, verdad?

Alan _ 21:38
Tal vez.
Pero no te preocupes.

Me quedo mirando la pantalla sin saber muy bien qué contestar y, cuando veo que Alan está escribiendo de nuevo, siento un gran alivio.

Alan _ 21:39
Has estado mucho más en casa de Egan y
Claudia
después de que nos fuéramos*?*

Yo _ 21:39
Terminamos de ver una película que había
comenzado
con Claudia antes de que llegarais

Ha leído el mensaje y ya no ha vuelto a contestar, pero aun así le subo un poco el volumen al móvil por si me llega otro mensaje. Me pongo el pijama y me arropo bien bajo la gran colcha que cubre mi cama.

Estiro el brazo hacia la mesita de noche y enciendo el móvil para ver si tengo algún mensaje. Nada. Tal vez me conteste más tarde,

pero estoy agotada y el mundo se apaga cuando cierro los párpados.

La luz me ciega la vista durante unos instantes. No sé dónde estoy ni de dónde proviene esa luz blanca tan potente que me hace querer cerrar los ojos con todas mis fuerzas para protegerme, aunque no puedo. Lucho por cerrar mis párpados. Es imposible, como si alguna fuerza invisible me impidiera hacerlo. De repente, la iluminación comienza a menguar notablemente hasta que apenas quedan unos pequeños reflejos que rebotan en un espejo que hay frente a mí. Me puedo ver reflejada en él, todo mi cuerpo, de pies a cabeza, estoy sentada en una gran silla de metal que, por su antigüedad y por la humedad que hay en el sitio en el que me encuentro, parece que se está empezando a oxidar.

Hago el intento de levantarme de la silla, pero en cuanto lo hago, noto una presión en las muñecas que me lo impide. Bajo la vista y se me abren los ojos de par en par al ver que dos anchas y gruesas tiras de piel marrón me envuelven las muñecas y me atan con fuerza a los reposabrazos de la silla.

Los nervios empiezan a brotar por los poros de mi piel, la sensación de estar atrapada y retenida comienza a agobiarme y siento que en cualquier momento me va a dar un ataque de ansiedad si no me libero, así que empiezo a forcejear y a tirar fuerte hacia arriba, como si así pudiera lograr romper las resistentes tiras de cuero.

Estoy empezando a hiperventilar cuando una fuerza inexistente me hace levantar la cabeza y me la retiene con decisión para que mire hacia el espejo en el que antes me he visto reflejada. Pero ahora este ha cambiado su forma y es una amplia pantalla de tela en la que se está empezando a reproducir un vídeo. Intento mover

mis pupilas en busca del proyector que está reproduciendo la cinta, pero parece que mis ojos también han sido paralizados.

De repente una melodía muy familiar para mí se empieza a oír, envolviendo poco a poco toda la estancia y haciéndose cada vez más fuerte y reconocible. La canción que mi abuelo cantaba una vez detrás de otra siempre que estaba con él, esa que le dedicaba a mi abuela cuando aún estaba en vida me golpea fuertemente los sentidos y se introduce en mí de una manera arrolladora. Los recuerdos, los sentimientos, la añoranza, todo choca contra mí de forma tan abrumadora que empiezo a notar que me escuecen los ojos mientras las lágrimas se acumulan en ellos, y no puedo cerrarlos para evitar que se derramen y rueden por mis mejillas.

En la pantalla se empiezan a reproducir imágenes de cuando era una niña pequeña, tal vez tendría unos cinco años. Le he hecho un dibujo a Ana, en el que aparece ella con las dos coletas que siempre llevaba como peinado y su vestido preferido azul turquesa, que le gustaba ponerse los sábados por la noche para salir a dar un paseo. Se lo doy contenta y entusiasmada, he tardado mucho tiempo en hacer que la niña del dibujo se pareciera a Ana y solo quiero ver cómo se ilusiona al ver el regalo que le he hecho. Lo coge, me da un beso en la frente y lo clava con una chincheta en el trozo de corcho que tenía encima de su cama.

Las imágenes cambian a gran velocidad y se detienen en otra escena, esta concretamente de unos días después de haberle dado el dibujo a mi hermana.

Voy a su habitación a pedirle que juegue conmigo con sus muñecas, siempre me han gustado mucho más que las mías, pero no me atrevo a cogérselas porque me da miedo que se enfade conmigo. La puerta está entreabierta y veo como mi madre está en la habitación con Ana haciendo limpieza. Sostiene en sus manos una

gran bolsa negra de basura y en ella las dos van tirando todas aquellas cosas que Ana ya no necesita. De pronto veo que Ana coge el papel donde había hecho mi dibujo. Mis manitas agarran con fuerza en borde de la puerta de la habitación y mi respiración se acelera al ver cómo lo arruga hasta hacerlo una pelota y tirarlo dentro de la bolsa.

Mi madre no dice nada, ninguna de las dos lo hace.

Otra vez las imágenes pasan a gran velocidad. Me siento como cuando tenía cinco años en el momento en el que Ana tiró mi dibujo sin importarle lo más mínimo. La impotencia me invade completamente al no poder hacer nada para detener mis recuerdos y el cuerpo me tiembla ante la necesidad de salir huyendo.

La música, que nunca ha dejado de sonar, adquiere de repente un ritmo más rápido, hasta que las imágenes se detienen en un recuerdo que me deja sin respiración y multiplica todas las lágrimas que brotan de mis ojos. Lloro con fuerza y mi cerebro parece no hacer otra cosa que repetir en mi subconsciente:

—No, por favor, por favor.

Mi abuelo está allí, tumbado en la cama del hospital con una radio entre las manos, yo estoy a su lado, sentada en el borde del colchón.

—Mira, Melody, esta es la canción que le encantaba a tu abuela. Cuando el cantante nombraba a Jude yo…

—Tú cantabas Jazmín a todo pulmón en su lugar, a la abuela le ponía muy nerviosa, pero en el fondo le encantaba que hicieras eso.

Es una historia que me ha contado tantas veces que acabo contándola yo por él. No quiero que haga esfuerzos.

—Mira, abuelo, dame. —Le cojo la radio de entre las manos y sintonizo una cadena en la que reproducen canciones de los setenta.

—No, no, deja eso, apágalo.

—Pero…

—Canta conmigo, Melody.

No lo aguanto más, no puedo seguir viendo esto. Si esa escena continúa reproduciéndose, siento que me voy a desmayar en cualquier momento por el esfuerzo del llanto y por el sentimiento de tristeza y vacío que siento en el pecho.

—¡Basta! —grito con fuerza, desesperada y temblorosa.

Cuando me despierto, lo hago de tal manera que debo cerrar los ojos debido al mareo por el brusco movimiento de cabeza que he hecho al incorporarme.

Hacía algunas semanas que no tenía ningún sueño de este tipo, sucesiones de recuerdos que me atormentan y me hunden poco a poco, cada vez más. Esas imágenes, esas escenas que se mostraban en la pantalla son momentos que me marcaron en la vida y que hicieron cambiar mi manera de pensar y de actuar. Con tan solo cinco años me di cuenta de que hay veces que no puedes recibir la misma cantidad de amor que tú das a los demás, simplemente te tienes que conformar con lo que tienes y esperar a que llegue alguien que te demuestre el mismo amor o más del que tú tienes para ellos, así de fácil.

Esa persona ya estaba en mi vida en ese entonces, solo que no lo supe hasta que fui un poco más mayor para darme cuenta. Mi abuelo lo era todo: mi madre, mi padre, Ana, mi amigo, mi confidente y sobre todo mi vía de escape. Su música y su manera de ser, testaruda y a la vez comprensible y amable, fueron las cosas que construyeron una parte de lo que soy yo ahora.

El último recuerdo de mi sueño, ese recuerdo, es algo que no puedo rememorar estando consciente. No puedo. Perder a alguien que forma parte de ti es como perderte a ti mismo. Hay personas

que logran reencontrarse con el tiempo y luego estamos las que cerramos con llave el vacío que nos ha dejado esa persona en lo más profundo de nuestro corazón, para mantener su presencia con nosotros, para no permitirnos nunca olvidar.

La alarma de mi teléfono empieza a sonar y, aturdida, la apago. Son las siete y media de la mañana y Sopa de Letras me espera.

Reúno fuerzas para levantarme y prepararme un café con la esperanza de que, durante el camino y la jornada, pueda conseguir despejarme.

Después de ducharme, paso por mis piernas la falda verde de algodón que he cogido de entre el montón de ropa de mi armario y observo mi reflejo en el espejo. Repaso el dobladillo de la falda con la punta de los dedos mientras recuerdo la mirada de Alan en ese mismo punto ayer por la tarde.

Termino por dejarla de nuevo en su lugar, sustituyéndola por unas mallas de cuero negras forradas con algodón.

Cuando termino, me despido de mi gata acariciándole el suave lomo blanco y salgo al exterior. Las calles vuelven a estar vacías, salvo por los padres que llevan a sus hijos a la escuela, y el tiempo hiela con fuerza todos los huesos de mi cuerpo, haciéndome tiritar.

Reviso la hora en el teléfono y compruebo que Alan ha contestado a mi último mensaje.

Alan _ 8:45
Perdón, ayer me quedé dormido con el móvil encendido.

Yo_ 8:47
No pasa nada, yo no tardé en quedarme dormida.

Alan _ 8:50

Por cierto, mañana por la tarde hemos quedado los del
otro día para ver una película, aún no sabemos dónde, pero
si quieres vente.

Yo _ 8:52
Me gustaría, gracias.
¿A qué hora habéis quedado?

Alan _ 8:53
Nosotros sobre las cinco estaremos en el centro comercial,
nos vemos allí?

Yo _ 8:53
Sí.

Guardo el móvil con dedos temblorosos en el bolsillo de mi chaqueta y cojo una bocanada de aire.

Respiro.

Una sonrisa se dibuja en mis labios.

La pesadilla de esta noche se transforma en un mero recuerdo algo difuso.

Respiro.

Capítulo 8

Misterio resuelto

La mañana en la librería no se me había hecho tan larga como esperaba. Mi cabeza no dejaba de darle vueltas a lo que me había propuesto Alan, ir mañana por la tarde a ver una película con sus amigos. Había accedido muy rápido. Sabía que a Egan y a Claudia les había caído bien, y a Alan también, por descontado, pero a los demás solo les había visto dos veces y, pese a que se comportaron muy bien conmigo cuando coincidimos todos en casa de los Miller, no puedo estar segura de si solo fueron simpáticos con el objetivo de quedar bien o si de verdad están interesados en conocerme.

Las personas somos así, fingimos delante de los demás durante un período de tiempo para no quedar mal y después nos olvidamos de ellos o los criticamos a sus espaldas. Algo cruel y sucio pero cierto.

Por otro lado, también he estado dedicando bastante tiempo a pensar en Ana. Somos tan diferentes y tan distantes la una de la otra que no me sorprende que nunca hayamos congeniado ni nos hayamos entendido, pero después de todo por nuestras venas corre la misma sangre y creo que eso hace que tenga alguna especie de vínculo con ella, el cual me grita constantemente que algo le pasa. No sé si es algo grave o no y, a menos que hable con ella del tema, no lo sabré, pero me he fijado en sus gestos, el movimiento rápido y continuo de sus manos, apenas come, está muy dispersa y en lo que

parece ser su mundo…. Y todo esto sin olvidar que el día en que los Miller vinieron a cenar a casa quería contarme algo, algo importante, pues lo pude percibir, pero nos interrumpieron y ella aprovechó para irse corriendo.

Cierro con fuerza la puerta de Sopa de Letras, hay que engrasarla, lleva unos días que se queda encallada. Ya fuera, en la calle, me arrepiento de no haberme puesto otro par de calcetines en los pies. El frío aplastante que anuncia el comienzo de diciembre choca tan fuertemente con mi cuerpo que me provoca escalofríos, uno detrás de otro, y una tiritona constante.

Por las calles la gente va igual de abrigada que yo. Intento pensar en otra cosa que no sea en que me estoy congelando, pero me es imposible y, repetirme el mantra de «no hace frío» sin descanso no funciona para nada.

A través de las ventanas de los restaurantes por los que voy pasando puedo ver a la gente comer sopas y todo tipo de platos que humean delicadamente, y otras toman un café para entrar en calor. Me imagino en uno de los dos sofás de piel de los Miller con una buena taza de café con leche, enfrente de la enorme chimenea de ladrillos marrones.

Debería pensar en acceder a llevarle los diez peniques a Egan.

Tal vez tendría que hacerlo, y no porque me guste admitir que perdí o que me gusta estar en su compañía, simplemente porque sería una buena excusa para volver a pisar esa impresionante casa.

Al fin llego a la mía. Al cerrar la puerta me doy cuenta de que no estoy sola, lo sé porque hay algunas luces encendidas y estoy convencida de que yo las apagué antes de irme al trabajo esta mañana. Nadie ha entrado a robar, de eso estoy segura, ya que la puerta estaba cerrada con llave. Dejo la chaqueta, los guantes y el

gorro a un lado de la entrada y voy hacia el salón, la habitación que más cerca me queda.

Al entrar veo que no hay nadie pese a que las luces están encendidas, pero al pasar la mirada por la habitación me doy cuenta de que sobre el butacón donde me senté la noche en la que Claudia, Egan y sus padres vinieron a cenar, hay una bolsa de papel blanca. Voy hacia ahí y la cojo. Es una bolsa de la farmacia, de esa en la que mis padres compran los medicamentos cuando nos ponemos enfermos.

—¿Hola? Ya he llegado a casa.

Grito para que quien sea que esté en casa me oiga desde donde esté, pero nadie contesta.

—¿Mamá, papá?

Nada.

Voy a la cocina, si hay alguien en casa puede que esté comiendo allí. Cuando entro, lo que veo es otra sala vacía a excepción del móvil de mi hermana, que destaca por su llamativa funda color rosa, sobre la isla.

—Vale, Ana, sé que estás en casa, tengo tu móvil.

Como veo que no va a contestar, decido ir hasta su habitación a buscarla personalmente. Una parte de mí se resignó hace mucho tiempo a no tener una relación de hermanas como me hubiera gustado, pero ¿ni siquiera saludarme cuando llego a casa? Más aún cuando, a juzgar por la hora, Ana todavía debería estar en la universidad.

Subo a la planta de arriba y voy directa a su habitación, tiene la puerta cerrada, como de costumbre. Toco tres veces y no me da tiempo de decir su nombre cuando sale, cerrando rápidamente la puerta tras de sí.

—¡Melody!

—¡Ana! —le contesto de la misma forma, vuelve a tener ese comportamiento extraño.

—¿Qué haces en casa?

—¿Qué hago en casa? Hace media hora que he acabado la jornada en la librería. Te iba a preguntar lo mismo, ¿hoy no tienes clases?

—Yo… claro que sí, pero… —Se le van los ojos hacia mis manos y se le abren de par en par al ver la bolsa de la farmacia, no me había dado cuenta de que aún la llevaba encima—. Dame eso.

Tira de ella con brusquedad, rompiendo una de las tiras de papel, y la estrecha contra su pecho.

—¿Es tuya?

—Sí.

—¿Te encuentras mal?

—Sí, sí, la cabeza, la barriga…. Por eso no he ido a clase.

—Ah, bueno, si es eso, creo que aquí hay algún medicamento para cuando te encuentras así. ¿Has mirado en el botiquín?

—Yo… eh… —Repentinamente, se pone más recta de lo que va normalmente y empieza a dirigirse hacia las escaleras dando largas pero lentas zancadas—. Joder, joder.

—¿Qué estás….?

Ana comienza a bajar las escaleras a gran velocidad y no puedo hacer otra cosa más que seguirla.

Le piso los talones hasta la cocina y llego al mismo tiempo que ella, sintiendo como el aire escasea en mis pulmones. En un visto y no visto se pone delante de una pequeña papelera que hay en una de las esquinas y se queda allí parada, repitiendo ese movimiento que hace con las manos.

—Escucha, Ana, no entiendo lo que estás haciendo, pero deberías tranquilizarte. Llevas unos días en los que pareces un poco

estresada.

—Estresada…, disculpa, había olvidado que estaba hablando con una chica que no hace nada más con su vida que trabajar en una patética librería. —Intenta sonar cruel con lo que me dice, como siempre, pero esta vez puedo notar algo distinto en su voz.

Nervios.

—No estamos hablando de mí, Ana. Estás desviando la conversación.

—¿Has mirado en la basura? —Así, sin más, suelta esa absurda pregunta por su boca.

—¡Pero cómo voy a mirar en la basura! Mira, creo que te está dando un ataque de nervios o algo, Ana. Mírate las manos, tranquilízate. Te voy a hacer un té, ¿vale? —Separo uno de los taburetes de la isla—. Siéntate aquí, en un momento lo hago.

—No, no, estoy bien.

Al mismo tiempo que dice esto se acerca aún más a la papelera y apoya ambos brazos en la encimera, haciendo una especie de barrera.

—¿Qué hay en la papelera, Ana?

—Nada, nada de nada. —Intenta echarse hacia atrás, pero no puede.

—Claro que sí. —Voy hacia ella y cojo sus brazos en un intento de moverla de su sitio, pero ella se sujeta con más fuerza a la encimera y se ancla al suelo.

—¡Melody! ¿Eres idiota o qué te pasa?

Cansada de este juego, paso uno de mis pies entre sus piernas, separándolas, y empujo la papelera hacia mí mientras forcejeo con mi hermana. Una vez que la tengo a mi alcance, la cojo rápidamente antes de que pueda quitármela, le doy la espalda y miro en su interior. Hay algunos papeles arrugados y entre ellos uno que parece

un recibo de compra. Lo cojo con dos dedos y leo lo que hay impreso en él.

¿Qué….?

—Ana, ¿qué es esto?

Dejo la papelera en el suelo y me giro hacia ella. Cuando la encaro, dos gruesas lágrimas caen por sus mejillas.

—¿Desde cuándo sabes que…?

Un test de embarazo. En el recibo pone claramente que lo que ha comprado ha sido un test de embarazo. No puede… Esto no le puede estar pasando a ella.

—¡Aún no sé nada! —Mi hermana rompe en llanto—. Llevo toda la mañana intentando hacerlo, pero no puedo.

—Yo… Lo siento, no tendría que…

Entre el llanto, Ana me interrumpe.

—Mírame, Melody, soy patética, no soy capaz de hacer un estúpido test.

Las manos ahora se le mueven y tiemblan frenéticamente, de un lado a otro, arriba y abajo. Y el llanto va empeorando, tiene la cara roja y llena de puntitos a causa del esfuerzo.

No puedo verla así, noto como mi corazón se rompe en pedazos y como algo se empieza a desmoronar dentro de mí. Me acerco a ella y la abrazo fuertemente, a lo que ella me corresponde después de unos segundos en los que se queda inmóvil.

Me acerco a su oreja mientras le acaricio el pelo, intentando que su respiración se tranquilice y deje de llorar, y le susurro:

—Lo haremos juntas.

—No tienes por qué hacerlo, no me debes nada —me dice mientras llora, ahora un poco más tranquila.

—No es cuestión de deberte algo, eres mi hermana y no te pienso dejar sola en esto.

Rompe el abrazo en el que aún estábamos envueltas para mirarme directamente a los ojos y con una débil voz dice:

—Gracias.

—No tienes que dármelas. ¿Dónde lo has dejado?

—En mi habitación.

La cojo de la mano sin decirle nada y la guío de nuevo hacia arriba. Entramos en la habitación y, efectivamente, el test de embarazo está sobre su cama.

—Yo te espero aquí si quieres, si necesitas algo avísame.

—Yo… quiero que me acompañes.

—Está bien.

Vamos hacia el baño que está dentro de la misma habitación. Ella se sienta en el inodoro y yo le doy la espalda, esperando impaciente mientras golpeo el suelo con mi zapato. ¿En qué momento hemos llegado a esto? ¿Qué pasará si el test da positivo? Y lo más importante, ¿cómo reaccionarán nuestros padres?

Pero la pregunta que verdaderamente azota mi cabeza es: ¿por qué le ha tenido que pasar esto a ella? A mi hermana, a Ana, la chica perfecta, la chica que se va a graduar en Medicina con las notas más altas, la que conquista y logra todo aquello que se propone. Solo tiene veintiún años, tiene una vida entera por delante y no se merece que pongan ninguna traba en su camino, incluso aunque no haya podido estar nunca para mí ni me haya querido.

Ahora soy yo la que llora, por ella y por todo lo que llevo encima.

—Ana, tienes que seguir adelante, por ti, por mí, debes lograr lo que yo nunca podré hacer, por favor. —Las últimas palabras me salen en un susurro casi imperceptible. No tengo fuerzas para hablar.

—Ya está.

Espero a que se suba los pantalones mientras me seco las lágrimas. En cuanto acaba, me doy la vuelta y le cojo la mano libre.

Nos quedamos mirando el aparato en silencio, le tiembla la mano.

Una carita sonriente aparece en el test y se me corta la respiración.

—Ana, puede ser un error. A veces estas cosas se equivocan. Podemos comprar otro.

Mi hermana se sienta sobre la tapa del inodoro en silencio. No llora, y tampoco habla, tan solo se mantiene callada.

Al final, después de unos cinco minutos de silencio que se me hacen eternos, habla.

—No es un error, todo encaja perfectamente. —Su voz es neutra, incluso sombría, como si por fin se hubiera dado cuenta de lo que significa y comporta el resultado que acaba de salir en el test—. Puedes preguntar si quieres.

—Ana, ¿quién es el padre?

Capítulo 9

Un horrible aroma familiar

—Ana, ¿quién es el padre?

Se queda unos segundos mirando el test que tiene entre las manos.

—Se llama Matt, cuando viniste a buscarme a Saint George discutí con él y por eso te llamé.

—El chico del moño…

—¿Lo conoces? —Me mira, intrigada.

—No, no, lo vi ese mismo día, estaba de espaldas.

Ese día Ana se veía realmente mal, había estado llorando, eso era obvio, y en cuanto llegamos a casa se encerró en su habitación y no volvió a salir en todo lo que quedaba de día.

Mi hermana se levanta, se va de nuevo hacia su cuarto, se tumba en la cama y abraza a un pequeño peluche en forma de estrella contra su pecho. La habitación ahora parece mucho más pequeña y tétrica. Las paredes, de una tonalidad gris claro, las percibo de un color cercano al negro y siento que se estrechan cada vez más, asfixiándome.

Me falta el aire.

En cuanto salgo del baño voy directa a una de las ventanas que dan a la calle y las abro de par en par, dejando que el frío viento de invierno me envuelva y me haga volver a la realidad para pensar en cómo llevar la situación y poder ayudar a mi hermana. Una vez que

respiro profundamente, me siento en el suelo, apoyando la espalda en una de las gruesas patas de la cama, incapaz de mirar a mi hermana directamente a la cara por mucho tiempo más.

—No sé qué decir.

—Yo tampoco —susurra.

Después de pensarlo un poco, decido que debería hacerle varias preguntas. Si no pregunto sobre el tema me va a ser imposible entenderlo todo y poder ayudarla. Pero, por otro lado, no quiero atormentarla a preguntas, así que opto por dejar que me lo cuente ella misma.

—Puedes contármelo, si quieres, claro.

—Hace un mes y medio que no me viene el período —se para un momento y respira hondo— y me preocupé porque ya sabes, Matt y yo habíamos…. Bueno, llevamos saliendo seis meses y ya te lo puedes imaginar. El viernes le dije de ir a comer al bar al que íbamos siempre con el abuelo porque quería explicárselo. No estaba segura, Melody, pero necesitaba hablar con él y que me apoyara.

Comienzo a entender lo que Ana intenta decirme, por cómo la vi cuando se marchó del bar, está más que claro que la cosa no fue muy bien.

—Le dije que, tal vez, alguna de las veces en que nos habíamos acostado nos olvidamos de tomar precauciones o simplemente algo no salió bien. —Me giro hacia ella y se pone el peluche en la cara y suelta una especie de quejido amortiguado por la estrella—. Se empezó a poner muy nervioso y solo miraba la puerta como si quisiera salir huyendo de allí, así que le dije que no se preocupara, que lo más probable era que se me hubiera retrasado el período.

Se queda callada, como si estuviera poniendo en orden sus recuerdos.

—Y… —le animo a seguir.

—No le convenció y me echó la culpa de todo ¡Ni siquiera me había hecho el maldito test aún! Me dijo otras cosas pero, no te ofendas, no te las voy a contar, y me agobié tanto que salí del bar y te llamé.

—Pero ayer por la noche, cuando llegué a casa, te oí hablando con él por teléfono en el almacén…

—¿Me estabas espiando? —No suena tan enfadada como intenta aparentar—. Da igual. Ayer, cuando fuiste a casa de los Miller, no fui al centro comercial, tenía pensado ir al hospital para que me hicieran una revisión. —Por eso las cosas no me cuadraban y estaba tan extraña…—. Pero, en cuanto entré por la puerta y olí ese aroma, el típico que tienen todos los hospitales, me entró miedo y decidí ir a una farmacia a comprarme el test yo misma.

—Ana, lo siento mucho, de verdad.

—No tienes idea de lo horrible que fue tener que hacerlo yo sola, sin él. ¡Joder, Matt también forma parte de esto! Por la noche lo llamé, no quería que nadie me oyera.

Su mirada acusatoria me rompe por dentro.

Oigo que empieza a llorar otra vez y lo entiendo, si yo estuviera en su lugar ni siquiera sé si sería capaz de contarle a alguien todo lo que ella me ha explicado. Me levanto del suelo para verla, está dándome la espalda, acurrucada en una posición fetal. Su cuerpo sube y baja de una manera descontrolada por el llanto. Me subo lentamente a la cama y me tumbo a su lado.

Sé que necesita a alguien, tengo experiencia en ello.

Me acerco y, con cuidado, le paso un brazo por encima de los suyos y cuando veo que no hace ademán de apartarse, la estrecho contra mí.

En un movimiento rápido le aparto el pelo que tapa su oreja y le susurro:

—Tienes que intentar volver a hablar con él.

—Me da miedo, ¿y si decide que no quiere saber nada del tema? —me responde de la misma manera.

—Eso no lo vas a saber hasta que no lo intentes.

—Tengo que pensármelo.

Le acaricio el brazo para intentar suavizar lo que le voy a decir.

—No es por meterte presión, en serio, es lo que menos quiero ahora mismo, pero no vas a poder ocultarlo durante mucho tiempo, ni a él ni a nuestros padres, ¿lo sabes, verdad?

—Ya.

Se hace el silencio en la habitación durante un buen rato. Ana continúa llorando y yo, aparte de acariciarle el brazo y la cabeza y abrazarla, ya no sé qué más hacer. No sé qué se supone que hay que hacer cuando tu hermana se encuentra en estas condiciones y, mucho menos, cuando se trata de un problema como este. Cierro los ojos intentando imaginarme la reacción de mis padres al enterarse de que Ana está embarazada. ¿Qué harán? ¿La ayudarán en el proceso, le negarán la palabra y se olvidarán de ella o le harán deshacerse del bebé que está creciendo dentro de ella?

—¿Has pensado en el aborto?

—No lo sé, si lo hiciera nadie tendría porque saberlo, ni Matt, ni mamá ni papá, ni siquiera mis amigos.

—Esa es una decisión que debes tomar tú sola.

—Lo sé —suelta un largo suspiro—, necesito pensarlo a solas y tener un rato para mí misma, ahora.

Me alejo de ella y voy hacia la puerta sin mirar atrás de nuevo.

—Gracias por todo, de verdad.

Una lágrima cae por mi mejilla y la borro rápidamente.

—Eres mi hermana mayor, siempre voy a estar ahí.

Aunque tú decidas no estarlo.

Cierro la puerta y estoy a punto de ir hacia mi cuarto cuando oigo como Ana me llama desde su habitación. Abro la puerta y asomo la cabeza para escuchar lo que quiere decirme.

—Serás la primera en saber mi decisión.

Se me anegan los ojos en lágrimas al ver que mi hermana me considera un punto al que agarrarse en uno de sus peores momentos y, aunque no es la mejor situación, esta es la primera vez que de verdad siento que hemos podido conectar como hermanas.

No le digo nada y cierro la puerta despacio. El hambre se me ha quitado en cuanto he sabido lo que le sucedía a Ana y, ahora mismo, lo único que deseo es darme una buena ducha con el agua hirviendo para olvidarme de todo, al menos por unos instantes.

Ya en el baño, me quito la coleta que llevaba mal hecha desde esta mañana y me despojo de la pesada ropa. Me meto debajo de la ducha y dejo que las gotas ardientes caigan sobre mí, primero sobre mi pelo y después por todo el cuerpo, los brazos, el abdomen, las piernas, los pies. Tarareo la canción que cantaba con mi abuelo día sí día también mientras cierro los ojos y viajo a un pasado donde las cosas, pese a la complicada relación que he tenido con la vida, eran mejores, mucho menos tumultuosas.

Cuando termino, me envuelvo en una fina toalla blanca, con las prisas por desconectar de todo lo que estaba sucediendo me he olvidado de coger algo de ropa, ni siquiera me he llevado al baño la ropa interior. Salgo corriendo hacia mi habitación con tal de no mojar mucho el suelo al ir descalza y, una vez estoy dentro, cierro la puerta.

Me siento en el borde de la cama, agotada, ni siquiera tengo fuerzas para ir hacia el armario y sacar algo de ropa. Entre la noticia arrolladora de que Ana está embarazada y que he estado casi

cuarenta y cinco minutos dándome una ducha con el agua ardiendo, me muero por echarme a dormir y no despertar hasta mañana.

Rindiéndome ante todo y sin importarme que aún me resbalen algunas gotas por el cuerpo desnudo, gateo por la cama y me estiro en ella, sintiendo como los ojos se me cierran poco a poco y la habitación se va volviendo cada vez más oscura.

…

Un frío insoportable me despierta de golpe, siento un sabor horrible en la boca y pequeños pinchazos en la cabeza después de una siesta de…. Me levanto rápido de la cama para mirar la hora en el móvil y se me cae al suelo la toalla que me envolvía, me había olvidado de que iba desnuda.

Maldigo mentalmente.

Al fin recojo la toalla, me la pongo por encima como puedo y miro la hora, son las seis de la tarde. Instantáneamente, se me viene a la cabeza Ana, me siento como si la hubiera dejado tirada cuando más me necesitaba. Jamás duermo por las tardes y justamente cuando lo hago porque no puedo más, es el día en el que mi hermana se entera de que está embarazada.

Me pongo un chándal por encima y unas bambas deportivas y salgo de mi habitación. Cuando llego a la puerta de la de Ana dudo en entrar directamente o en llamar antes de hacerlo. Al final espero un momento para ver si oigo algo a través de la puerta, pero solo hay silencio.

Abro y veo que mi hermana sigue en la misma posición fetal en la que la había dejado antes y me acerco a ella.

—Ana, ¿cómo estás?

No contesta.

Apoyo una rodilla en el colchón y asomo mi cabeza por encima de su cuerpo, está dormida. Tiene la cara llena de manchas rojas y unas grandes ojeras adornan sus ojos, signo de que ha estado llorando durante un buen rato hasta dormirse.

Cojo una manta de uno de sus armarios y la extiendo por encima de ella para que no coja frío, y apago la luz, que se había dejado encendida.

—Descansa —susurro una vez he acabado.

No me atrevo a darle un beso en la sien, en su lugar le acaricio el suave pelo y en silencio salgo de la habitación cerrando la puerta y procurando no hacer mucho ruido.

A falta de algo que hacer durante la tarde, ya que Ana está dormida y no podemos hablar sobre la decisión que ha tomado o que espero que haya estado meditando, escojo como último recurso hacer lo que acabo haciendo la mayoría de los días, leer. Busco entre todos mis libros pendientes el de la portada negra que empecé en la librería, justo el día que conocí a Alan y los demás.

Bajo a la sala de estar, sabiendo que tarde o temprano acabaré allí como siempre, y al notar el frío que hace, opto por sentarme encima de la grande y peluda alfombra blanca, justo enfrente de la chimenea. Dejo el libro a un lado y dedico un tiempo a prender fuego a la leña apagada, no tarda mucho en arder. Es precioso el fuego, el calor que desprende, sus formas irregulares y su danza constante siempre me han embelesado y maravillado de una manera incomprensible. De hecho, de pequeña, cuando uno no acostumbra a juzgarse por las anomalías que hace, solía sentarme aquí, en el mismo sitio sobre la alfombra, y disfrutaba de mirar cómo una llama se entrelazaba con otra e iluminaba el oscuro fondo de ladrillos de la chimenea de un cálido naranja rojizo.

Solía soñar que era una superheroína que tenía en sus manos el control del fuego y con un solo movimiento de mi muñeca podía encender miles de velas y en un cerrar y abrir de ojos derretir la espesa nieve de invierno.

Mi gata me saca de la ensoñación en la que estaba sumergida subiéndose a mis piernas. La acaricio mientras escucho su tranquilo ronroneo y después continúo leyendo el libro por la parte donde lo había dejado.

…

Una hora, dos horas, dos y media…. Cada media hora he subido a la planta de arriba para ver si Ana seguía dormida y, efectivamente, aún lo estaba. En la última media hora hasta he pensado en tomar sus pulsaciones, pero, después de mirar atentamente su cuerpo, he visto que la manta que tiene puesta por encima subía y bajaba lentamente, señal de que respiraba, menos mal.

Después de un rato, cuando siento que los ojos me escuecen por tenerlos fijados durante tantas horas sobre el papel, oigo como unas llaves se introducen en la cerradura de la puerta principal de casa, mis padres deben de llegar de trabajar. Me levanto apresurada para que no me vean tirada en el suelo y dejo el libro encima de una silla.

—¿Cómo os ha ido en el trabajo? —Llegan de la calle con las orejas y la nariz rojas por el frío que hace, dejando entrar un violento viento que hace temblar el fuego de la chimenea.

—Que bien sienta estar en casa. —Mi padre se frota los brazos para entrar en calor.

—Sí que estás simpática hoy…. —Ignoro las palabras de mi madre.

—¿Y bien?

Sus ojos me examinan un breve momento.

—La verdad es que muy bien, hemos firmado un contrato muy importante que nos va a generar mucho dinero.

—Así es, así es —mi padre va hacia el salón, sentándose en el sofá y abriendo un periódico por la mitad—, todo va según lo planeado. —De repente parece que se da cuenta de algo—. ¿Dónde está Ana? No ha venido a saludarnos.

—Ana está… está durmiendo desde hace unas horas, ha llegado agotada.

—Pobre niña mía, con tanto estudiar. —Mi madre me mira justamente a mí al decir eso—. Normal que llegue tan cansada, todavía recuerdo cuando yo cursaba mi carrera como ella, había momentos en los que pensé en dimitir.

Esto último lo dice como para ella misma, como reprendiéndose por haber pensado en rendirse alguna vez.

—¿Has preparado algo para cenar, Melody?

La verdad es que no había pensado en la cena, ni en general en la comida. Todavía tengo el estómago cerrado.

—Déjalo, Daniel, está claro que no ha hecho nada. Bueno, no te preocupes. Melody, irás a comprar comida china, aún no es muy tarde y eso animará a tu hermana.

Asiento con la cabeza, resignada.

Subo a mi habitación para ponerme un par de calcetines más antes de salir y me peino un poco con los dedos enfrente de un pequeño espejo que tengo encima del escritorio.

Cuando bajo, ya preparada, mis padres no están en el salón ni en la cocina y veo que me han dejado unos billetes encima de la mesa. Los cojo y salgo de casa, no sin antes decir, aunque sepa que no me van a contestar:

—¡Ahora vuelvo!

Capítulo 10

Respira profundo

Llevo cinco minutos en la cama, tapada de tal manera que si alguien me estuviera viendo desde fuera, solo podría percibir un pequeño bulto debajo de las capas de mantas que me cubren el cuerpo. Intento recordar el sueño que tuve anoche, solo recuerdo que sentía frío, uno denso e inquietante. Odio cuando no consigo unir las piezas del puzle que forman los sueños, la sensación de no recordar lo que rondaba por mi mente hace apenas unos segundos me estresa, siempre lo ha hecho.

…

Me entretengo más de lo debido delante de la puerta de Ana mirándome las puntas de mis botines negros, las cuales sobresalen al final de la larga y vaporosa falda de flores granates que llevo puesta. Juego un poco con ella pensando en si ha sido una buena idea pasarme por su habitación para ver si está bien, aunque como cada mañana, no he oído ningún ruido y dudo si aún continúa durmiendo. Ayer por la noche no me dijo nada de su decisión y yo no la presioné. Nuestro comportamiento fue como el de siempre, el que habíamos tenido durante todos estos años, una total y absoluta indiferencia. Pensé que lo más probable es que se debiera a que mis

padres estaban en casa y temía que se enteraran, así que no le di muchas vueltas.

Finalmente, le doy tres golpes a la puerta y espero retorciéndome la falda a que esta se abra. Cuando veo que nadie me va a abrir, decido hacerlo yo misma.

La habitación está impoluta, como siempre, ni una mota de polvo decora los muebles que recorren toda la estancia. Los cuadros colgados en la pared están perfectamente rectos y el escritorio despejado, solo hay en él el iPad de Ana, perfectamente colocado en el centro del mueble. La cama está hecha, las sábanas completamente estiradas y las almohadas bien colocadas.

No está en casa.

La mañana transcurre sin que sea muy diferente a las demás, tal vez la única diferencia es que hoy Tamara se ha pasado por Sopa de Letras y me ha ayudado un poco con la faena, colocar algunos libros nuevos, sacar el polvo a las estanterías y atender a algunos clientes mientras yo entretenía a unos niños en la sección de infantil al tiempo que sus padres se decidían por algún libro de la sección de recetas culinarias.

La vida monótona de Liverpool poco a poco me va consumiendo, al igual que una cerilla prendida. Al principio esta arde con alegría, como cuando era más pequeña y me encantaba descubrir sitios nuevos de la ciudad, observar los grandes edificios, maravillarme con los impresionantes monumentos y observar el mar infinito que se extendía bajo mis pies. Pero después la cerilla va perdiendo fuerza, la llama cada vez se hace más débil, hasta que se apaga y no queda rastro de ella, solo el calor ardiente de la madera, señal de lo que una vez fue. Mi vida aquí durante estos dieciocho años ha sido prácticamente así, la ilusión por las cosas de una forma u otra se ha ido desvaneciendo hasta convertirse en nada, simplemente me

queda el anhelo de algo diferente, de experiencias nuevas y de, tal vez, un cambio de aires.

Una y media del mediodía.

Tres de la tarde.

Cuatro y cuarto de la tarde.

En cuarenta y cinco minutos debo estar en el centro comercial y Ana no ha aparecido por casa. No he hablado con ella desde ayer, pero después de estar pensándolo mucho rato he llegado a la conclusión de que lo más lógico es que necesite estar a solas durante un tiempo y, como haría yo en su lugar, huir de todo hasta lograr aclarar sus pensamientos. Le voy a dar espacio, está decidido.

Antes de salir de casa, cojo diez peniques que tenía sobre la mesita de noche y me los guardo en el bolso.

El centro comercial está atestado de gente y de cada tienda sale un aroma diferente. Me marea tanto contraste de olores. Esto no es lo mío, es lo de Ana. Todo está decorado con adornos navideños y por los altavoces ya suenan villancicos clásicos que me hacen recordar esas Navidades en las que sentía alguna ilusión por abrir los regalos de debajo del árbol.

Ahora que lo pienso, Alan no me dijo en qué parte del centro comercial iban a quedar y no acabaría nunca si decidiera empezar a buscarlos por toda la estancia. Pienso en escribirle a Susie, es fácil hablar con ella, pero al entrar en mi lista de contactos veo el número de Egan y un atisbo de adrenalina me recorre el cuerpo al pensar en la sensación que podría volver a sentir si le llamara y me contestara.

Mantengo mi dedo sobre la pantalla, justo encima del «Egan», sin llegar a tocarla, hasta que, con el dedo un poco tembloroso, clico el botón verde de llamar y me llevo el móvil a la oreja esperando que descuelgue.

—¿Diga? —Me atraganto al oír su voz a través del aparato.

—¡Egan! Soy Melody.

Por favor, que no note el nerviosismo en mi voz.

—Justo ahora estábamos pensando en llamarte. Alan nos dijo que te había invitado a venir esta tarde.

—Sí. Ya estoy en el centro comercial, ¿dónde estáis vosotros?

—Acabamos de llegar, estamos en la segunda planta.

—Vale, voy para allá.

—Te esperamos enfrente del árbol de Navidad, no hay pérdida, literalmente está justo en el centro de la planta.

—Hasta ahora.

Cuelgo antes de que me pueda contestar.

¿Y si lo he dejado con la palabra en la boca?

Me recrimino mentalmente mientras subo por las escaleras mecánicas y busco entre la gente el árbol de Navidad que me ha dicho Egan. Cuando me giro, lo veo allí, imponente, un abeto inmenso de un verde reluciente justo en el centro, de tal altura que su copa llega a la segunda planta. Largas luces de colores y otras blancas lo envuelven iluminando cada rama, cada hoja, centenares de bolas de todas las tonalidades posibles y las diferentes figuritas navideñas que cuelgan de él. A sus pies hay cajas de cartón de todo tipo de tamaños, envueltas como regalos, y en los laterales, unos grandes altavoces reproducen las famosas melodías navideñas. A su lado están ellos esperándome.

Respiro.

Me acerco rápido porque no quiero hacerles esperar mucho más, aunque por dentro todo en mí grita que vaya más despacio, que respire y me tranquilice antes de presentarme allí y tenerlos a todos enfrente, pero no puedo. Cuando llego, veo que Claudia no está entre ellos, genial.

—¡Melody! —Susie y Ruby exclaman a la vez y se acercan a mí seguidas por los demás.

Saludo a cada uno de ellos: un abrazo a Susie y Ruby, dos besos a Amelia y un saludo mudo con la cabeza a Egan.

—Dependienta, has venido. —Alan se acerca y me mira con una sonrisa en la cara.

—Ey, Melody, ¿te has traído algo de dinero? —Ruby me mira con esa mirada feroz y llena de espontaneidad que tiene.

—Sí, iremos a ver una película, ¿no?

—Tenemos un plan mucho mejor. —Alan me empuja por la espalda y nos dirigimos todos hacia la salida del centro comercial.

—Ir al cine está sobrevalorado, nosotros cuando no tenemos nada mejor que hacer o no nos gusta ninguna de las películas de la cartelera vamos a este sitio.

—Es increíble, todo es tan retro y colorido…. —Susie parece estar hablando con ella misma, pero aún no sé a dónde estamos yendo.

—Alguien le podría explicar a donde la estamos llevando, está empezando a poner cara de susto —dice Amelia mientras se mira en un pequeño espejo de mano y se retoca el maquillaje.

—Digamos que es como una especie de bar que alquila salas durante algunas horas —apunta Egan, intentando encontrar las palabras para describir el lugar.

—¿En serio? Nunca había oído hablar de él.

—Ya, bueno, es que desde fuera parece eso, un simple bar, pero en la parte trasera está lo bueno.

—¿Cómo lo averiguasteis?

—El dueño es un amigo de mi familia. —Amelia habla a duras penas mientras se pasa un brillo por los labios.

—Melody, te encantará, ya lo verás. Puedes alquilar cualquier película y después, en la sala que nos den, la ponemos y podemos

pasar allí la tarde si queremos. —Ruby me rodea los hombros y me hace girar una esquina, que da a una calle solitaria por la que nunca había pasado.

—Ya hemos llegado.

—Con razón poca gente sabe dónde está esto, nunca había pasado por aquí.

Alan abre la puerta y la aguanta para que pasemos.

—Exacto, eso es lo bueno, más para nosotros.

Por fuera es lo que había dicho Egan, un simple bar con la pintura de la fachada cayéndose a trozos y sucia por la humedad, y por dentro más de lo mismo. La verdad es que no le veo lo impresionante al lugar, se trata de un simple bar con bastantes años echados encima que no parece tener nada interesante.

—¡Ranjit, ya hemos llegado! —Amelia guarda por fin su maquillaje en el bolso y espera apoyada en la barra.

—¡Id hacia la parte de atrás!

Pasamos por lo que parece que es un marco del cual han arrancado la puerta y del que ahora cuelgan unas gruesas tiras en forma de cortina. Al otro lado hay una pequeña habitación rodeada de cinco puertas y, en el centro de esta, una taquilla parecida a esas de los videoclubes, donde se encuentra un hombre indio al que rápidamente asocio con el nombre que había dicho antes Amelia, Ranjit.

—Hola, chicos, señoritas, ¿cómo estáis? Amelia, querida, ¿cómo están tus padres?

—Muy bien todos, Ranjit.

Susie empuja a un lado a Amelia y, muy feliz, exclama.

—Ranjit, te presento a Melody, una amiga, es la primera vez que viene.

«Amiga».

—Encantada —le digo, sonriente.

—Bien, pues entonces os voy a dar la película de la semana. —Ranjit se agacha y saca un DVD.

—Perfecto, estaremos el mismo rato de siempre. —Ruby se acerca y coge el DVD.

—En ese caso, serán treinta libras y podéis pasar a la sala número tres.

Pagamos todos la parte que nos corresponde y después de darle las gracias al hombre una vez más vamos hacia una puerta que tiene grabado el número tres en un color rojizo.

La sala es algo diferente, algo que no había visto nunca, pero que me deja impresionada nada más poner un pie en el suelo de mármol, que se asemeja a un tablero de ajedrez gigante. Hay diferentes pufs repartidos por toda la estancia, algunos rojos, otros azules, un sofá rectangular blanco está justo en el centro y un par de mesitas redondas se encuentran a ambos lados de este para dejar la comida y las bebidas en ellas. En la pared de enfrente veo una gran pantalla, esa que tienen todos los cines y que increíblemente, pese a su gran tamaño, ha entrado en esta habitación.

Los demás se dejan caer sobre los pufs y se tiran encima del sofá, yo me quedo mirando el lugar, vacilante, pensando en dónde sentarme y con quién. Finalmente, elijo un puf azul que ha quedado libre y está cerca del sofá. Ruby se levanta de su sitio y se acerca al reproductor, pone la película que hemos escogido antes en la taquilla y apaga las luces, dejándonos completamente a oscuras hasta que la pantalla se ilumina y la película da comienzo.

Capítulo 11

Un comienzo

Tal vez ha pasado una hora y cuarto desde que todos se han quedado callados mientras miran la película con atención. Yo, por mi parte, me he dedicado a observarlos a cada uno más detenidamente.

A Ruby le gusta pasarse la mano por su pelo afro cada pocos minutos para comprobar que lo lleva bien puesto, a Susie se le nota en la cara cada emoción que siente con la película, Alan se comporta normal, pasivo, y Amelia, quien por cierto está sentada en el sofá junto a Egan, mira su móvil disimuladamente entre algunos cojines, porque se ve a la legua que se aburre.

—Yo me voy fuera a dar una vuelta y a ver si encuentro alguna tienda interesante.

—Vamos, Amelia, no seas aguafiestas. —Ruby le tira un par de palomitas que tenía en la mano y la mira con cara de tristeza, muy exagerada. Amelia se pasa las manos por el pelo con asco.

—Esto es un aburrimiento. Además, vosotros podéis quedaros, no os estoy obligando a veniros conmigo.

—Shhhh. —Susie se pone un dedo en la boca y mira con impaciencia a Amelia.

—Vale, vale, ya me voy. —Coge su abrigo de encima del sofá y se dirige hacia Egan—. ¿Tú que vas a hacer?

—Acabar de mirar la película, está claro.

—Genial. —Amelia bufa poniendo mala cara y sale en menos de diez segundos por la puerta mientras todos devuelven su atención a la pantalla.

Suelto el aire que se había acumulado en mis pulmones cuando he oído la respuesta de Egan. Por un momento, la idea de que los dos se fueran juntos había removido algo en mi interior, alertándome. Sin embargo, cuando Amelia desaparece por la puerta, una idea poco típica de mí se me pasa por la cabeza.

Lo observo, tan sereno, con esa posición que desprende un aire de picardía que fácilmente estoy asociando con su manera de ser. Me da miedo que sienta que alguien lo está mirando fijamente y se gire y me vea con los ojos clavados en su cuerpo, por eso pienso rápido en tomar una decisión.

El lugar donde estaba Amelia ha quedado vacío y podría aprovechar para sentarme a su lado. No le doy más vueltas y, con los nervios a flor de piel, me levanto del puf y me voy allí.

—Hola. —Me mira, sus ojos pardos brillan con el reflejo de la pantalla.

—Hola. —Apenas me sale un susurro de la boca.

Pasan unos segundos en los que ninguno de los dos dice nada y al final decido hablar, tan solo un poco.

—El sofá es mucho más cómodo, con razón no te has movido de aquí en todo el rato.

Egan se ríe mientras niega con la cabeza y Susie nos hace callar de la misma manera que lo ha hecho antes, dirigiéndonos una mirada asesina. A mí eso me hace reír más fuerte y me tapo rápidamente la boca ocultando mi sonrisa.

En un movimiento que no veo venir, Egan me coge la mano y la aparta de mi boca a la vez que se acerca hacia mí. Percibo su aroma, que me parece menta mezclada con una fragancia que solo

puedo describir como suya y que me envuelve y me aturde. En cuanto separa mi mano de mi cara, aparta rápidamente la suya y la pone sobre su regazo, como si estuviera avergonzado.

—Perdón.

—¿Por qué te disculpas?

¿Por qué me disculpaba? Solo me había reído, pero su presencia tan cerca de mí y la vergüenza de haberme reído delante de todos cuando la sala estaba en completo silencio me hicieron sentir incómoda.

—Supongo que… —siento mis mejillas arder—, pues… por no dejaros oír la película. Sí, mejor vuelvo al puf, no quería molestar.

—Pero que dices… —De repente siento que pasa su brazo por encima de mis hombros y me atrae hacia él—. A mí no me estás molestando —me hace un gesto con la cabeza hacia los demás—, y a ellos no les hagas ni caso.

Me acaba de rodear con el brazo. Tranquila, Melody, que no se note que te va el corazón a mil por hora.

—Yo, yo…

A él se le dibuja una sonrisa de medio lado en la cara ante mi tartamudez.

—No te recordaba tan vergonzosa, de hecho el domingo en mi casa cuando cantabas no lo parecías en absoluto. —Siento como gira la cabeza hacia mí, pero yo no puedo hacer más que mirar hacia la pantalla, incapaz de volverme y encontrarme sus ojos tan cerca de los míos.

—Las personas cambian.

—O simplemente te pone nerviosa estar conmigo. —Ahora me giro bruscamente, nuestras caras a pocos centímetros de distancia, su aroma atrayéndome con fuerza. Es tentador, pero no estoy dispuesta a que me lean con tanta facilidad.

—De eso nada, no te creas tan importante. —No es mi intención, pero se me escapa una risita al decir esto.

—Deja que me permita ese lujo.

—Te crees muy listo, ¿no? —Levanto ambas cejas en forma de juego.

—Es mi especialidad, ya lo irás viendo.

—Tienes muy seguro que voy a volver a quedar contigo… con vosotros.

—Tienes que hacerlo, a todos les has caído muy bien.

—Entonces, convénceme.

Lo haría de todos modos, por una vez en mucho tiempo o puede que en toda mi vida siento que si me esfuerzo puedo llegar a encajar, podré lograr sentirme completa.

—¿Y cuánto tiempo tengo para hacer eso exactamente?

—Lo que queda de tarde.

—Reto aceptado, entonces. —Egan se acomoda mejor a mi lado, haciendo que nuestros hombros choquen y sin dejar de rodearme con su brazo.

Parece que se queda pensando un rato.

—Tengo el motivo perfecto para que volvamos a quedar. —Se le dibuja una sonrisa de suficiencia en la cara—. Aún me debes los diez peniques, no sé si te acuerdas.

Mis ojos se van directamente hacia mi bolso, el cual he dejado tirado en el suelo junto con mi chaqueta. Claro que me había acordado de los diez peniques, pero no estaba segura de si dárselos esta tarde o aceptar su propuesta de ir a su casa expresamente para ello.

Pienso en no decirle nada de momento.

—Así no me convences mucho, me hace pensar que solo quieres que nos veamos para que te dé el dinero que te debo.

—Es uno de los motivos, por supuesto. —Me llevo una mano al corazón fingiendo dolor haciendo que Egan se ría—. Pero en serio, ¿te lo has pensado aunque sea?

—Pues resulta que ni siquiera me había acordado de los diez peniques.

Nos quedamos mirándonos en silencio. Me concentro tanto en su rostro pálido y salpicado por algunas pequeñas pecas que las voces de los protagonistas de la película quedan en un segundo plano en comparación con nuestra respiración, la cual puedo oír con perfección, la suya mucho más pausada que la mía.

Volvemos a estar en la misma situación que en la que nos encontrábamos en la cocina de mi casa el día que él y su familia vinieron a cenar. Solo nuestras miradas, nada que justifique el hecho de que no pueda apartar mis ojos de los suyos pese a que los nervios me arañan por dentro.

—Me lo pensaré.

Egan no contesta, solo me mira con una mirada juguetona y pícara, me regala una sonrisa de medio lado y vuelve su atención a la película.

El tiempo a su lado transcurre lentamente, no en el mal sentido como cuando te aburres y sientes que los minutos no pasan, sino de una manera distinta. Puedo apreciar la sensación de estar rodeada por su brazo y el placer de olvidarme de todo lo que me atormenta día sí día también, ya que mi mente parece eclipsarse con su presencia y mi cerebro activa todos mis sentidos para poder experimentar mejor la sensación.

Mi mirada se va hacia los pufs repartidos delante de mí. Egan aparta la suya rápidamente y se centra en la pantalla.

…

Finalmente, las luces de la sala se encienden cuando los créditos se reproducen en la pantalla. Me duele todo el cuerpo por no haber cambiado de postura en todo lo que restaba de película, pero ha sido por un buen motivo.

—Muy bien, fuera, fuera, vamos, tengo que cerrar. —Nos giramos y vemos a Ranjit con la mano en el interruptor, haciéndonos gestos para que nos demos prisa y nos marchemos.

—¡Ya vamos, ya vamos! —Ruby estira los brazos hacia el techo y bosteza sin taparse la boca. Me río sin disimulo.

Recojo mis cosas del suelo y me abrigo para salir a la calle.

—Nos vemos, Ranjit. —Alan se despide del hombre con la mano y Susie también se despide—. ¡Hasta luego!

Yo simplemente le sonrío cuando paso por su lado y nos marchamos.

El cambio de temperatura me hace encogerme bruscamente bajo mi chaqueta y me empiezan a temblar las manos en un total descontrol. Las meto dentro de los bolsillos y me balanceo hacia delante y hacia atrás para ver si así se me pasa un poco el frío. No funciona.

—¿Alguien sabe dónde está Amelia? Hace bastante rato que se ha ido y no me ha dicho nada.

Egan saca el teléfono. Me parece que está revisando si le ha llegado algún mensaje nuevo.

—Me ha enviado un mensaje diciéndome que se iba a su casa y que se ha comprado un «vestido espectacular». —Hace comillas con los dedos y pone cara de disgusto cuando lo dice.

Todos empezamos a reírnos y aprovecho para disimular el temblor que tengo por todo el cuerpo.

—Nosotras nos vamos ya para casa. —Susie entrelaza su brazo con el de Ruby y me pasa una mano por el pelo, despeinándome—. ¡Nos vemos otro día, Melody!

—Adiós —me despido de ellas con la mano y después hago un intento por peinarme el pelo.

—¿Has venido en coche? —Alan se acerca a mí, abrazándose a sí mismo por el frío.

—No, no, he venido andando.

—Te puedo acompañar a casa, o un trozo del camino si prefieres. —Egan se pone al lado de Alan y me sonríe.

Estoy a punto de contestarle que no hace falta cuando Alan vuelve a hablar:

—Tranquilo, tío, tú vives mucho más lejos y te vas a congelar con esa chaqueta que llevas puesta. ¿Nadie te ha dicho que estamos en diciembre?

—Mira por donde, las luces de Navidad no me habían dado ninguna pista de ello, Alan.

—Yo la acompaño.

Al fin hablo, ya que parece que nadie tiene en cuenta mi opinión.

—No hace falta, de verdad, tú mismo lo has dicho, hace un tiempo horrible.

Alan me pone una mano en el hombro.

—No hay más discusión, además me pilla de camino, no hay problema.

—Bueno, pues entonces si vas hacia el mismo sitio, vale.

—Genial. —Alan le choca la mano a Egan, haciendo ese típico saludo que se hacen los chicos—. Nos vemos mañana, tío.

Cuando voy a despedirme de Egan no sé qué hacer exactamente. Sabía que el momento de despedirnos y de marcharnos a casa llegaría en algún momento y me había mentalizado para ello. Iba a

verlo a él y de hecho a todos los demás dentro de poco, de eso estaba segura.

—Supongo que ya nos veremos.

—El viernes quiero mis diez peniques, no te queda más remedio.

—¡Oye! Ni siquiera has logrado convencerme de que era buena idea quedar con vosotros algún otro día —digo con un poco de resignación, pero sé que en mis ojos se refleja la gracia que me hace el asunto, porque Egan sonríe y niega con la cabeza.

—Vamos, no te hagas la ofendida, además Claudia estará en casa y empieza a ponerse histérica con todo lo de la fiesta de Navidad… Estoy seguro de que estará encantada de que la ayudes a preparar las cosas. —Se mete las manos en los bolsillos delanteros de su vaquero y levanta ambas cejas con signo de suficiencia.

—Pero…

—Sí, bueno, nos vemos —y así, sin más, da media vuelta y empieza a alejarse en dirección contraria a nosotros. Pero no me puedo quedar callada ante la idea de que cree que lo tiene todo bajo control y la gente a su disposición, así que grito lo suficientemente alto para que pueda oírme.

—¡Iré, pero solo porque estará Claudia!

Egan se gira, se lleva dos dedos a la cabeza y me hace el típico gesto de despedida.

—Vaya, ¿a qué ha venido todo eso? —No se me había pasado por alto la presencia de Alan justo detrás de mi espalda.

—¿Vamos? —Le indico con la cabeza el camino, incapaz de sacar las manos de los bolsillos, y empezamos a andar—. El otro día, cuando estuvimos en casa de los Miller, me aposté diez peniques con Egan y perdí, ¿te acuerdas? Pues bien, parece que se ha tomado en serio la apuesta.

—No me jodas, a veces puede ser un verdadero pesado y aún no lo has conocido en sus mejores días.

Me río con el comentario y lo miro divertida, entonces me viene una pregunta a la cabeza.

—Por cierto, Egan ha dicho algo sobre que Claudia está preparando una fiesta para Navidad. ¿A qué se refería?

—Claro, no sabes nada sobre las tradiciones de la familia Miller. Todos los años por Navidad organizan una cena a la que invitan a amigos del trabajo, familiares y, bueno, Egan nos deja ir.

—Parece divertido. —La verdad es que nunca he ido a ninguna cena por Navidad ni a ningún evento parecido, por lo que supongo que debe de ser algo emocionante.

—En realidad no lo es, al menos no la cena. —Levanto una ceja como signo de interrogación—. Creo que puedes imaginarte que cenar con personas ajenas a tu familia, a las que no conoces de nada y que se pasan el rato hablando sobre trabajo no es especialmente divertido.

—Si lo miras desde ese punto de vista…

—Nuestro momento llega después, cuando la gente empieza a irse a su casa y el señor y la señora Miller se van de bares con algunos de sus amigos más íntimos. Ya no vuelven en toda la noche.

—Y por supuesto montáis una fiesta —acabo de concluir.

Se pasa una mano por su corto pelo, un poco despeinado por el aire, y sonríe con entusiasmo.

—Exacto, y es eso lo que verdaderamente está empezando a preparar Claudia.

—Me parece un poco exagerado comenzar a preparar una fiesta para finales de diciembre cuando apenas estamos a principios de mes —digo abriendo los ojos e intentando imaginarme cómo de

grande debe de ser esa fiesta para requerir tantos días de preparación.

—Bueno, antes solo estábamos nosotros, el grupo, y hacíamos como una especie de botellón, ya sabes, pero este año Claudia ha querido invitar a unas amigas suyas, y estas, por lo visto, han difundido la noticia de que va a haber una gran fiesta en su casa, así que entiendo que esté estresada.

Me río imaginándome a Claudia de todos los colores, preocupándose por el color del que deben ser los vasos para el alcohol.

—Me lo creo.

Seguimos el camino en silencio, que interrumpo de vez en cuando para indicarle por donde debemos girar, ya que se ha empeñado en acompañarme hasta casa al ver la oscuridad que hay en la calle. De hecho, calculo que nos deben de quedar apenas cinco minutos para llegar. Entonces vuelve a hablar:

—Así que Egan y tú, ¿eh? Amelia debe de estar realmente celosa.

—¿Qué?

Su acusación, si se puede llamar así, me pilla totalmente por sorpresa, ¿a qué ha venido? Antes, hablando sobre el tema de la apuesta entre Egan y yo, no ha hecho ningún tipo de comentario.

Asiento lentamente ante la insinuación de que entre ellos dos ocurre algo.

—Salta a la vista que pasa algo entre vosotros.

—¿Tú crees? —De repente siento como opresión en la parte baja del abdomen y me empiezo a poner nerviosa.

Apenas soy consciente de la contestación que le he dado, mi cerebro va a mil analizando cada segundo que he pasado junto a Egan, intentando encontrar algo que me dé indicios de que hay algún tipo de conexión entre nosotros.

—¿Eso es un sí?

Al final decido ponerme un poco a la defensiva cuando veo que no sé cómo manejar la situación, y mucho menos mis sentimientos, e ignoro su pregunta, incapaz de contestarla.

—¿A qué viene tanto interés?

—Solo pregunto porque Amelia lleva detrás de Egan desde que teníamos por lo menos quince años y no estaba seguro de si lo habías notado.

Siento sus palabras como un gran golpe bajo que me hace encogerme un poco en el sitio. Me quedo mirando al frente sin decir nada durante unos segundos, pensando en lo que me ha dicho. No sé por qué, pero lo he interpretado como una amenaza, no especialmente directa, pero sí como si estuviera intentando marcar el territorio de Amelia en cuanto a Egan, cosa que, aunque me cueste admitirlo, entiendo, puesto que ella estaba mucho antes que yo.

Sin embargo, ni siquiera yo sé exactamente qué me pasa con Egan o que pasa entre los dos. ¿Es que yo no veo algo que los demás sí ven? Por eso decido que no quiero problemas con el que puede ser mi grupo de amigos y menos aún tener algún lío amoroso o, peor, pertenecer al típico triángulo que aparece en la mayoría de los libros que suelo leer.

—No te preocupes por ella, entre Egan y yo no hay nada.

—Tranquila, no era ninguna acusación ni nada por el estilo.

Pues justamente ahora que lo dice, yo sí lo he sentido así. No quiero pensar que ha sido un poco grosero en la forma de hacerme estas preguntas, pero sí es verdad que me ha dejado algo desanimada y me siento desinflada, como un globo que acaba de perder todo su aire.

Cuando levanto la mirada, la cual tenía clavada en la acera, me doy cuenta de que ya estamos en mi casa.

—Hemos llegado.

Alan suelta un silbido y pone cara de asombro al ver la construcción.

—Tela con la casa que tienen tus padres.

—Ya, bueno, es bastante bonita. —Al mismo tiempo que digo esto no puedo evitar pensar en que las personas que hay dentro no lo son en absoluto, o al menos no me dejan apreciar esa parte de ellas.

—Ni que lo digas.

Se queda enfrente de mí, observándome con esos ojos que hace unos días me recorrían de arriba a abajo de una forma estremecedora. Hago que esos pensamientos se borren de mi cabeza.

—Gracias por acompañarme, ha sido un detalle.

—A tu servicio, dependienta.

Hace un movimiento con el cuerpo como si fuera a hacer una especie de reverencia al decir sus últimas palabras, pero, cuando se inclina, no me da tiempo a reaccionar al notar como deposita sus labios sobre mi sien, dándome un beso.

Me quedo helada en el sitio mientras veo como se aleja, pensando: «¿Por qué no te has apartado?».

Capítulo 12

Querer volver atrás

«La vida es un arco iris que incluye el negro».

YEVGENY YEVTUSHENKO

Ordeno el interior de mi armario mientras hago una lista mental de cosas que debo hacer hoy con urgencia.

En primer lugar, tengo que hablar con Ana sobre la decisión que ha tomado en cuanto a su embarazo.

Me he cansado de que me ignore como si nada hubiera pasado y de que esquive mis miradas cada vez que quiero preguntarle si está bien. Para mí no es fácil entablar con ella una relación que ya antes era inexistente, pero estamos hablando de su salud y me preocupa.

Después, he pensado en llamar a Claudia para preguntarle sobre la fiesta de Navidad de la que me habló Alan hace dos días.

En un principio pensé en no decirle nada, pero después de darle bastantes vueltas, me parece que no sería correcto presentarme el viernes en su casa sin siquiera avisarle, además, no me disgusta la idea de preparar una fiesta junto a ella, es algo que sin duda nunca he hecho.

Y, por último, debo montar en mi habitación un pequeño árbol de Navidad de plástico que tenemos guardado en el almacén.

Cuando llegué a casa después de pasar la tarde viendo una película con Egan y los demás, me encontré con que mis padres y probablemente mi hermana ya habían montado un gran árbol de Navidad. No es de plástico sino de verdad, precioso y de un verde luminoso, decorado con tonalidades rojas que le dan un aspecto cálido.

Cuando lo vi, con dolor en el pecho, me prometí que haría esto.

Media hora después ya he logrado organizar todo el desorden que había montado hace apenas unas horas con mi armario, me quedo mirando su interior, satisfecha, y suspiro.

Estoy pensando en el siguiente paso que debo dar para tachar una tarea de la lista mental de cosas que tengo que hacer durante el día, cuando oigo cuatro débiles golpes en mi puerta. Inmediatamente, elimino la primera al abrir y ver a Ana parada delante de mí. Luce un rostro cansado, pequeñas pero marcadas y profundas ojeras negras debajo de los ojos y, esta vez, no va maquillada como de costumbre, por lo que su piel se ve mucho más pálida que normalmente.

—¿Puedo pasar? —Miro mi habitación unos instantes, no estoy acostumbrada a dejar que la gente entre.

—Sí. —Medito bien mis palabras antes de hablar—. Estos días has estado muy callada, como si quisieras evitarme.

—He tenido muchas cosas en las que pensar, Melody.

Ana se sienta en la silla que tengo enfrente del escritorio y yo me quedo de pie sin saber muy bien qué hacer.

—Ya lo sé, solo pensaba que sabías que podías contar conmigo para cualquier problema que tuvieras.

—Ya te dije que serías la primera en escuchar mi decisión, solo que no te dije cuándo. —Creo que me pongo pálida al escuchar oír

contestación y me siento en el borde de la cama esperando a que eso que acaba de decir signifique lo que estoy pensando.

—Entonces, ya la has tomado…

Veo como la piel de mi hermana empieza a adquirir un tono verdoso y gira la cabeza bruscamente hacia otra parte, cualquiera donde no se pueda encontrar con mi mirada.

—Tranquila, Ana, respira hondo, así, coge aire, uno, dos, tres… y expúlsalo. —Ana me escucha y empieza a imitarme con una respiración mucho más temblorosa que la mía, la cual está débilmente afectada por los nervios que me carcomen por dentro.

Por fin parece calmarse un poco y, todavía sin mirarme, habla:

—¿T-te acu-cu-erdas cuando u-una vez, cuando é-éramos más pequeñas, el abuelo nos llevó a un parque de atracciones?

—Claro, sí, ese día nos montamos por primera vez en una montaña rusa.

Ana se levanta de un bote de la silla y se mueve de un lado a otro por la habitación, repitiendo ese movimiento tan impulsivo con las manos.

—Sí, sí, la montaña rusa. —De repente se para, dándome la espalda y mirando hacia la puerta—. El abuelo nos dijo que jamás debíamos confiar en nadie. —Las palabras salen atropelladas de su boca y yo no logro entender lo que está tratando de decirme.

—No entiendo a dónde quieres llegar con esto, Ana, de verdad, quiero ayudarte, pero si no eres más clara conmigo no sé cómo hacerlo. —Se hace el silencio en la habitación y la tensión en el aire se puede cortar con un cuchillo. Como veo que no va a contestar, continúo—. ¿En quién no puedes confiar, Ana?

—En nadie, absolutamente en nadie.

—Te refieres a Matt… —Estoy a punto de decirle que ese chico es un capullo y no se merece su interés si ha decidido ignorar el tema

del embarazo, a su posible futuro hijo o hija, cuando Ana suelta un fuerte bufido y me contesta con un tono bastante elevado.

—No estoy embarazada, Melody, ya no.

—¿Qué…? Espera, ¿cómo que ya no? ¿Has abortado? ¡¿Has abortado y no me has dicho nada, no me has pedido ayuda, un soporte?! —No me doy cuenta de que empiezo a gritarle a mi hermana, desesperada por entender por qué ha decidido dar ese paso tan importante sola, sin pedirme apoyo, más aún cuando sabía que lo tenía, tomara la decisión que tomara, hasta que se gira hacia mí bruscamente, con una cara extremadamente seria y una lágrima rodando por su mejilla.

—¡No me grites! Por favor —la voz se le rompe al decir esto último—, fue involuntario.

No hablo, en vez de eso le hago un débil gesto con la cabeza, indicando que continúe.

—Anteayer empecé a… sentí un líquido entre las piernas y, cuando me miré, vi que era sangre. —Siento como la respiración se me corta y las lágrimas se empiezan a acumular en mis ojos—. Me asusté mucho, sabía que algo no iba bien, tú no estabas en casa y….

No, no, no, no, no.

Voy hacia ella rápidamente y le cojo la cara entre las manos. No puedo evitar llorar a mares y sentirme tremendamente culpable por no haber estado allí cuando me necesitaba. La culpa me golpea con fuerza y noto que se me encoge el corazón al no saber qué hacer para remediar el daño que he hecho.

—Lo siento mu-muchísimo Ana, yo… debería haberme quedado en casa ese día y haber estado por ti, preguntarte cómo estabas, pero sabía que necesitabas tu espacio y por eso pensé… pensé que lo mejor sería que te dejara en paz y no te molestara, lo siento tanto, de verdad…

—Fui al hospital a que me hicieran una revisión y comprobaran que todo iba bien, pero —las palabras parecen atascársele en la garganta y traga saliva antes de continuar— me dijeron que había sufrido un aborto involuntario, Melody.

—Madre mía, siento no haber estado allí, sé lo mucho que odias los hospitales y el hecho de no haberte acompañado… Yo, de verdad, no sé qué pensar. —La abrazo fuertemente y siento sus dos brazos al lado de su cuerpo, sin responder a mi abrazo, pero me da igual, necesito hacerlo, demostrarle de alguna manera que me arrepiento de todo corazón de no haber estado allí.

Al final me aparta un poco de su cuerpo y me mira a los ojos.

—Escucha, creía haber tomado una decisión antes del aborto, Melody, no lo iba a tener. No estaba preparada para enfrentarme a algo tan grande como tener un bebé, los estudios, mamá, papá, Matt… Eso fue inesperado.

Me seco algunas lágrimas de la cara con las mangas de mi camisa y le devuelvo una débil sonrisa, como la que ella me está dando.

—Entonces, ¿estás bien ahora?

—Sí, tranquila.

—Pero igualmente tuviste que afrontarlo tú sola, no sé cómo puedo arreglar eso…

—Mira, lo mejor que puedes hacer es vivir tu vida, yo seguiré con la mía y así todo será como antes, sin preocupaciones.

Siento como si un balde de agua fría cayera sobre mí. No me puedo creer que esté insinuando que volvamos a ignorarnos como lo hacíamos hasta ahora, a fingir que no somos hermanas y que no vivimos en la misma casa.

—¿Te refieres a que así, si las dos hacemos como que no existimos la una para la otra, nos ahorramos comportarnos como dos hermanas que se preocupan?

—Algo así, sí.

—Tienes que estar bromeando. —Me alejo de Ana lo máximo que puedo, hasta acabar en la otra punta de la habitación, y me llevo las manos a la cabeza.

—Te agradezco de verdad que me hayas querido ayudar con esto, en serio, pero no exageres, siempre ha sido así y hemos logrado sobrevivir, las cosas no tienen por qué cambiar ahora.

Vale, ahora las lágrimas que caen de mis ojos se intensifican y esta vez no tienen mucho que ver con que no haya estado ahí para Ana en uno de los momentos más difíciles que puede que vaya a vivir en su vida. Esta vez son causadas por la impotencia de la situación, porque una vez más me demuestren, sin una pizca de piedad, que no significo nada para las personas a las que quiero y que mucho menos les importe cómo me puedo sentir yo respecto a eso.

—¿Sabes Ana? Pensaba que, pese a que no había sido la mejor situación de todas, esta vez podríamos intentar ser una familia, darle una oportunidad a nuestra relación como hermanas, pensaba que habíamos llegado a un punto en el que podíamos llegar a confiar la una en la otra.

—Vamos, no…

—No, me equivocaba. —Levanto ambas manos, indignada, indicándole que me deje hablar—. Tienes razón, no sé cómo se me había pasado esa idea tan estúpida por la cabeza, menuda idiota que soy, ¿verdad? —Mi voz va cargada de sarcasmo y sé que ella lo percibe claramente, porque da unos pasos hacia atrás cuando comienzo a acercarme muy enfadada y, sobre todo, dolida—. Quiero que salgas de mi habitación.

Señalo con la mano la puerta y ella mira hacia ella como intentando comprender lo que le estoy diciendo.

—Melody, tienes que entender que somos muy diferentes, siempre lo hemos sido y sinceramente creo que es demasiado tarde para intentar construir una relación entre nosotras y arreglar las cosas.

—No todo es imposible, a veces las cosas parecen más difíciles de lo que en realidad son, ¿sabes? —Apenas puedo decir esto, con mi débil hilo de voz lo suficientemente alto como para que Ana pueda oírlo. Siento mis mejillas empapadas y los ojos me empiezan a escocer después de estar llorando todo este rato sin parar.

Ana vuelve a girar su cara, evitando mi mirada, y me dice:

—Entonces mejor no intentarlo, ¿vale?

—Por favor, vete.

Observo en silencio cómo mi hermana sale de la habitación cerrando la puerta tras de sí, dejándome completamente sola, temblando por la rabia, la impotencia, la tristeza y la decepción después de, una vez más, haber pensado que merecía la pena volver a intentar ser feliz, a sentirme querida por alguien.

Lo peor de todo es que, pese a la discusión que hemos tenido, no puedo evitar recriminarme el hecho de haber decidido quedar con «mis nuevos amigos» en vez de quedarme en casa y haber podido ayudar a mi hermana porque, después de todo, sé el odio que le tiene a los médicos y a los hospitales en general y lo difícil que ha tenido que ser para ella enfrentarse a esa situación sola. Me hubiera gustado agarrarle de la mano y decirle un «todo va a estar bien, no te preocupes» y también un «te estaré esperando aquí mismo, no pienso moverme».

—Joder.

No me va a ayudar mucho maldecir en voz alta, pero así puedo descargar un poco todas esas sensaciones que se me arremolinan dentro.

—¡Joder!

…

He decidido poner el pequeño árbol de Navidad en una esquina, al lado de la cama, en el suelo. Decorarlo no ha sido ni mucho menos como esperaba que fuera, no después de la discusión que he tenido con Ana hace apenas unas horas y el sabor amargo que se me ha quedado en la boca después de estar llorando la mitad de ese tiempo.

No ha quedado mal. Lo he iluminado con unas diminutas luces de led blancas que tenía guardadas en uno de mis cajones del escritorio, y de las ramas he colgado algunos adornos navideños que hice a mano en la escuela cuando era más pequeña.

En la punta he puesto una pequeña estrella plateada de porcelana que me regalo mi abuelo en la última Navidad que pasamos los dos juntos. Jamás la he perdido de vista, e incluso cuando no estamos en época navideña siempre la tengo adornando alguna estantería o en mi mesita de noche.

—¡Vamos, ábrelo!, ¿a qué esperas!? —le digo a mi abuelo entregándole un pequeño regalo envuelto lo mejor que he sabido en un papel verde.

Hemos venido a pasar la comida de Navidad a casa de mi abuelo y debo decir que es el mejor plan que podrían haber hecho mis padres, no se me ocurre mejor manera de pasar estas fiestas que con él, especialmente este año, pues se encuentra un poco pachucho y el peso de los años le empieza a hacer mella.

—Ya voy, ya voy. ¿Qué es esto?

No logro aguantar mucho sin estallar en carcajadas al ver el gesto de extrañeza de mi abuelo después de abrir el paquete que le he dado.

—Son pilas, abuelo, para que cuando deje de funcionar la radio puedas ponérselas y seguir escuchándola.

El hombre se las lleva al pecho, abrazándolas, y se le dibuja una sonrisa enorme en la cara.

—¿Cómo lo has sabido?

—Oh, vamos, porque soy tu nieta favorita y lo sé todo sobre ti.

—Igual que yo lo sé todo sobre ti, Melody. —Me guiña un ojo de forma juguetona y mira a nuestro alrededor revisando que nadie nos esté prestando atención—. Pero escúchame bien, hay verdades que a veces es mejor mantener en secreto.

—Lo sé, pero esta es una que no puedo ocultarte.

—¿Ah, no? Y dime, ¿de qué se trata?

Saco de detrás de mi espalda un regalo rectangular y ancho envuelto en un papel rojo navideño (este, mucho mejor preparado que el anterior) y se lo pongo sobre las piernas.

—No pensarás que ese era mi verdadero regalo de Navidad para ti, ¿verdad?

—No tenías por qué hacerlo, Melody, ya estoy muy mayor para caprichos, ¿qué más me has podido regalar?

—Ábrelo y descúbrelo.

Con sus manos temblorosas rompe el papel en miles de trocitos, al igual que un niño pequeño desesperado por ver lo que hay dentro. Finalmente, extrae de entre todo el papel deshecho un vinilo negro con una ilustración en blanco en el centro.

—¡Los Beatles! Cariño, no tenías por qué hacerlo…

Parece que está a punto de soltar alguna lágrima de felicidad, pero si hay algo que a mi abuelo no le falta es su orgullo, y sé que

no derramará ni una sola gota delante de mí.

—Claro que sí, no digas tonterías, además, ¿has visto el disco que es?

—Por supuesto que lo he visto, aquí dentro está la canción de tu abuela Jazmín.

—Lo sé, el otro día me dijiste que se te había rayado el vinilo y sé lo importante que es para ti, así que… aquí lo tienes. —Le sonrío con fuerza y le doy un abrazo mientras él me envuelve con sus brazos.

—Muy bien, me toca a mí ahora. Tapate los ojos, que no te vea haciendo trampas.

—Qué nervios. —Me río mientras me tapo los ojos con una mano y extiendo la otra.

Siento como deja algo un poco pesado y frío en la palma de mi mano y al instante sé que se trata de algo frágil, así que contengo la respiración por miedo a que se me caiga y se rompa.

—Abre los ojos.

Oigo su voz cálida y me destapo los ojos, impaciente por ver mi regalo.

—¡Oh, abuelo! Esto es precioso, ¿cómo… dónde la has conseguido?

En mis manos tengo una preciosa estrella plateada de cinco puntas. Es de porcelana y está adornada con algunos brillantes dorados que la recorren entera. Es preciosa y delicada, es perfecta.

—Eso no importa. Mira, ¿ves esa perla blanca que hay justo en el centro? —Estaba tan emocionada que ni siquiera me había dado cuenta de ese pequeño detalle—. Hay mil ejemplares como esta, a simple vista pueden parecer idénticas, pero en realidad cada una tiene una perla diferente, son únicas.

—Abuelo…

—Esta estrella, Melody, es única, como tú. Tenlo presente siempre y recuerda que todas las estrellas, por mucho que se parezcan entre ellas, son distintas, especiales a su manera.

—Lo recordaré, te lo prometo.

—La fortaleza no siempre se ve a simple vista.

Cuando miro mi estrella recuerdo lo mucho que me gustaban los abrazos de mi abuelo y las frases que me decía, hace tiempo que no recibo ninguna de las dos cosas y noto el vacío que eso crea en mi interior.

Es hora de tachar la última cosa que tengo que hacer antes de que se acabe el día. Ya casi es de noche y tengo que llamar a Claudia y avisarle de que el viernes iré a su casa a ayudarla con la preparación de la fiesta de Navidad.

Descuelga la llamada en el segundo toque.

—Hola, Claudia.

—¡Melody, cómo estás!

—Bien, aquí liada. —Oigo como manda callar a alguien—. ¿Y tú?

—Igual que tú, la verdad.

—Perdón, ¿estás ocupada? Si quieres te llamo más tarde o ya mañana, no quiero molestarte.

—No, no, tranquila.

—Vale, bueno, en realidad es rápido lo que tengo que decirte. Es sobre la fiesta de Navidad que estás planeando.

—¡Vaya, que bien, sabes lo de la fiesta! Tenía pensado decírtelo más adelante, cuando ya estuviera todo más preparado.

Me río y niego con la cabeza al oír su tono de voz, parece un poco avergonzada.

—No te preocupes, el otro día Egan lo mencionó y me invitó el viernes a vuestra casa, dice que necesitas ayuda con todo.

Se hace silencio al otro lado del teléfono.

—Espera, espera, ¿Egan te ha invitado a casa? —Empiezo a reírme al escuchar su tono resignado al hablar de Egan y, siendo sincera, necesitaba esto, el sentirme un poco mejor después del día que he pasado.

—Entonces, ¿te parece bien que vaya el viernes y te ayude?

—Es perfecto, porque parece que cierta persona que vive en esta casa no piensa mover un dedo para ayudarme.

—Tú tranquila, ya lo convenceremos.

—Lo que tú digas…

Continuamos hablando durante un rato más hasta que nos despedimos después de que Claudia me oiga bostezar y me aconseje que me vaya a descansar.

Antes de ir a dormir reviso un poco las redes sociales, ya acurrucada en mi cama entre las mantas, y veo una publicación que ha colgado Susie. Es una fotografía en blanco y negro donde aparecen ella y Ruby abrazándose con una gran sonrisa en la cara, y detrás se ve un precioso arco iris atravesando el cielo, que es el único elemento con color que hay en la imagen.

Es curioso que de entre todos los colores que tiene el arco iris y los sentimientos que estos transmiten, yo solo pueda ver el gris y el negro como un reflejo de mi vida y de lo que soy.

Capítulo 13

Estrellas de Navidad

Esta mañana la librería está más abarrotada que de costumbre. De hecho, apenas en dos horas he vendido más de la mitad de los libros que solemos vender en una sola jornada durante un día normal. Como siempre, estoy sola trabajando y no es una tarea fácil, pues no puedo cobrar a clientes, ayudar a buscar los libros que otros me piden y reponer estanterías a la vez.

Probablemente, mi aspecto no sea el más adecuado a causa del estrés, yendo de un lado a otro de la tienda cargada de libros formando una pila entre mis brazos y gritando: «¡En un momento estoy con usted!», cada vez que un cliente se queja de que lleva diez minutos esperando a que le atiendan.

Tan solo espero que Tamara tenga esta tarde la misma cantidad de trabajo que yo y se dé cuenta de que es muy difícil llevar este cargo sola.

—Perdona —oigo que alguien me llama mientras ordeno algunos libros por orden alfabético en la sección de terror—, necesito ayuda para encontrar una autobiografía.

Me giro cargada con algunos libros en los brazos. Un hombre bastante robusto con una barriga muy grande que hace que los pantalones queden más bajos de lo normal me examina con una mirada impaciente. Tiene un aspecto muy desaliñado, una barba mal cortada y espesa le rodea la barbilla.

—Claro, puede mirar en esas estanterías de allí atrás —le indico con la cabeza la estantería que tengo justo a mis espaldas—, al final de todo verá la sección que busca.

—¿Crees que soy imbécil? Se puede leer claramente en el cartel de la estantería que allí pone que esa es la sección de novelas históricas.

Respiro y me repito una vez detrás de otra que no es la primera vez que tengo que hacer frente a un cliente de este tipo.

—En ningún momento he insinuado eso señor, pero si sigue las instrucciones que le he dado verá que al final del todo hay otro cartel que indica la sección de biografías.

—Está bien, ya que por lo visto tú no me vas a ayudar, me gustaría hablar con la encargada.

—Pues siento decirle que en estos momentos yo soy la única trabajadora que está aquí, si quiere hablar con la encargada tendrá que venir por la tarde.

Sé que debo mantener la calma en casos como este, es una de las normas básicas que me dijo Tamara cuando empecé a trabajar en Sopa de Letras, pero no puedo tolerar que un cliente me insulte o recrimine mi faena.

—Bien, pues no pienso irme de aquí sin mi libro.

—En ese caso, busquemos ese libro rápido para que no tenga que estar mucho más de lo debido en la tienda, ¿no?

—Vaya, es lo primero sensato que sueltas por esa boquita tuya.

Inspira, espira, inspira, espira…

—Ya… Dígame el nombre del autor o autora del libro y, en cuanto acabe de colocar estos de aquí, le ayudo a encontrarlo.

—Ah, no, no voy a estar esperando aquí de brazos cruzados a que acabes de colocar todos esos libros. Tengo otras cosas más

importantes que hacer aparte de estar mirando aquí cómo haces tu trabajo, ¿sabes?

—Exacto, señor, estoy haciendo mi trabajo y no puedo dejarlo a medias solo porque usted no tenga un poco de paciencia.

Uno, dos, tres…

—¡Ya me estoy cabreando! ¡Haz el favor de buscar mi maldito libro!

—Escúcheme bien —inspiro con todas mis fuerzas para no acabar gritándole a este hombre y llevarlo hasta la puerta a rastras—, creo que en ningún momento le he faltado al respeto, así que haga el favor y no me lo falte a mí.

—Claro, lo que tú digas… —Me mira furioso y debo admitir que tengo que hacer un gran esfuerzo para no dar unos pasos hacia atrás y alejarme de ese hombre.

—¿Cuál es el nombre del libro, entonces? —Trago la saliva que se me empieza a acumular en la garganta y espero impaciente a que me conteste al ver que arruga las cejas, solo quiero que se largue de la tienda ya.

—No lo recuerdo.

—¿Qué?

—Que no sé cuál es el nombre de la maldita autobiografía, ¿lo entiendes ya?

Suelto los libros de golpe sobre un carrito para transportarlos que tengo al lado y me dirijo hacia él con el enfado notoriamente tatuado en mi cara.

—Perfecto, pues en ese caso no tengo manera de ayudarle, lo siento mucho, de verdad.

Sé que podría hallar otra manera de encontrar el libro que busca, pero la oportunidad de que se vaya de una vez por todas se abre ante mí como un gran ventanal.

—A mí no me hables así, se supone que tú debes obedecer a los clientes.

—Oh, verá…

Estoy a punto de jugarme el puesto en Sopa de Letras diciendo un improperio bastante ofensivo delante de toda la tienda cuando oigo la campanita de la puerta, anunciando que alguien ha entrado en la tienda.

Inclino mi cabeza hacia un lado y me entra un hormigueo en la parte baja del abdomen al ver que es Egan. Inmediatamente, siento la necesidad de esconderme en cualquier parte de la librería donde no me pueda ver y siento que se me va a caer la cara de la vergüenza al pensar en que está a punto de verme discutir con un hombre que me supera tanto en altura como en anchura.

No me doy cuenta de que he dejado mi mirada clavada en él hasta que sus ojos me miran directamente, amables y cálidos, y me sonríe de medio lado con su aire fanfarrón y atrevido.

Concentro mi mirada en la cara del hombre tan enfadado que tengo delante de mí en una posición bastante amenazadora. Parece que va a empezar a echar humo por la nariz en cualquier momento. No sé por qué, pero de repente me parece mucho más atractiva la idea de seguir peleando con este hombre que la de mantenerle la mirada a Egan.

—Pensaba que tendrías menos trabajo hoy.

—Hola, Egan. —Egan se coloca tranquilamente al lado del hombre con el que mantengo una discusión, sin percatarse de la escena.

—¡Eh! —El hombre barbudo chasquea dos dedos delante de mi cara para que le preste atención—. Tú y yo estamos manteniendo una conversación.

Miro a Egan, avergonzada por la situación, y le contesto:

—Creo que no. Si no sabe lo que está buscando, no puedo ayudarle.

—Menuda zorra…

Al instante veo como Egan, a quien la cara hacía ya unos segundos que se le había tornado seria e inexpresiva, se pone delante de mí, separando ligeramente los pies en el suelo y devolviéndole la mirada amenazadora e intimidante al hombre que me acaba de insultar.

—¿A quién te crees que acabas de llamar zorra, imbécil?

—No me digas, tú eres el chico al que le gusta actuar como un héroe, ¿no?

—Lárgate de la tienda.

Los músculos de mi cuerpo se tensan al ver cómo el hombre no tiene intenciones de hacerle caso a Egan, así que hago lo único que se me pasa por la cabeza en ese instante. Con las manos temblorosas, saco mi móvil del bolsillo trasero del pantalón y finjo marcar un número de teléfono en la pantalla.

—Hola, ¿hablo con la policía? Estamos teniendo un problema en mi librería… Sí, le estamos pidiendo a un hombre con un comportamiento muy agresivo que salga de la tienda y… —Paro en cuanto veo que el hombre palidece y retrocede en dirección a la puerta principal.

Y así, sin más, el hombre sale de Sopa de Letras como si el diablo le pisara los talones.

—¿Estás bien? —Egan se acerca a mí y puedo ver claramente la preocupación grabada en sus ojos. Siento otra vez el hormigueo en mi vientre, esta vez mucho más intensificado.

—Sí, tranquilo. —Mis mejillas arden—. Gracias por ayudarme, ese hombre era un gilipollas.

Egan ser ríe y mete ambas manos en los bolsillos de su pantalón.

—No te había oído decir ningún insulto hasta ahora, es interesante. —Creo que me pongo aún más colorada cuando levanta ambas cejas, chinchándome—. Tienes la cara roja, ¿seguro qué estás bien?

—Sí, sí, me pongo roja cuando me enfado. —De ninguna manera le iba a decir que me había ruborizado por su mera presencia—. Ya llevábamos un buen rato así cuando has llegado.

—¿Vienen muchos clientes como él a la librería?

—No todos son así de…, bueno, ya sabes —le indico con la cabeza la puerta refiriéndome al hombre que se acaba de largar—, normalmente la gente es más civilizada.

Egan se ríe y ver su sonrisa me hace reír a mí también. Mis hombros se destensan después de la discusión.

—¿Y qué haces en Sopa de Letras? Pensaba que estarías en la universidad preparándote para ser un gran médico —le digo en tono burlón mientras sigo con la tarea de colocar bien los libros.

—Me he tomado un día libre, mis padres no tienen por qué enterarse. Y está claro que he venido a recordarte qué día es hoy.

—¿Ah, sí? Refréscame la memoria entonces, porque no lo recuerdo bien.

—El antepenúltimo día de la semana, Melody.

—Vaya, qué perspicaz.

—Lo sé. —Egan se acerca un poco más a mí, haciendo que se me congelen los brazos sobre un libro que iba a poner en su sitio—. Es viernes y ya sabes lo que eso significa.

Pienso en su gran casa amarilla y el hecho de que esta tarde vaya a estar allí, pagando mi apuesta.

—Que llega el fin de semana, lo sabía, sí, gracias.

—¿Sabes?, hay veces en las que no logro entenderte. —Se apoya en una de las estanterías, a mi lado, y cruza los brazos sobre su

pecho—. En algunos momentos pareces la chica más tímida que he conocido, teniendo en cuenta que Claudia es mi hermana, y otras veces pienso que de verdad disfrutas poniéndome de los nervios.

—Vaya… —Lo escruto con la mirada intentando adivinar si eso que ha dicho le molesta o me lo está diciendo solo para ponerme a mí más nerviosa aún—. No sé si eso es bueno o no.

—Lo es, créeme. Me dan ganas de saber más sobre ti —por milésima vez creo que se me corta la respiración al escuchar sus palabras y creo que él se da cuenta—, y sobre todo de averiguar todos los insultos que puedes llegar a decir.

—Oh, tengo un gran repertorio guardado, ya los irás descubriendo.

—Bueno, los diez peniques, esta tarde, a las cinco en mi casa.

Sin más, se separa de la estantería y comienza a andar hacia la puerta de la librería, dejándome con la palabra en la boca.

—¡Oye! ¿Siempre vas a irte así, sin más?

Egan se gira, ya con una mano en la puerta, y se ríe.

—Sí, es otra de mis cualidades.

Y cuando estoy por abrir la boca para despedirme, ya se ha ido.

…

El mediodía pasa a gran velocidad, como si el día tuviera ganas de que llegaran las cinco de la tarde para poder pagar mi deuda. Y lo agradezco, ya que de esa manera no voy a tener que ver ni a mis padres ni a Ana hasta por lo menos la cena.

Con esa idea en mente, voy hacia mi coche y arranco.

La gran casa amarilla de los Miller finalmente se encuentra justo delante de mí. Me ajusto bien la chaqueta, comprobando que no sobresalgan por debajo los extremos de la sudadera que llevo

puesta, y subo los dos escalones que separan el suelo de la acera de la casa.

Sujeto impaciente la tira de mi bolso, esperando a que dentro oigan el timbre.

—¡Mira a quién tenemos aquí! —Susan es la que abre la puerta y me da un repaso de arriba a abajo. No la esperaba a ella, así que le regalo una sonrisa—. Espera, no me lo digas, tengo que recordar tu nombre. Sí, sí, tú eres una de las hijas de Daniel y Margaret…

—Soy…

—¡No! Ya lo tengo. Ana, ¿verdad?

Siento sus palabras como una bofetada, pero me limito a negar con la cabeza.

—Casi, yo soy la pequeña, Melody.

—Oh, Melody. Vaya, te ves más mayor para tu edad, os parecéis muchísimo.

En nada, ni siquiera tenemos los ojos del mismo color, señora Miller.

—Alguna vez nos lo han dicho.

—Ahora que lo pienso, me vas a ahorrar un viaje a tu casa. Me hubiera gustado ir yo misma, pero estos días estoy muy ocupada, ya sabes, se acerca la Navidad y hay muchas cosas que preparar.

—Claro.

Susan se pone a un lado y yo entro en la casa. Está muy diferente a la última vez que vine. Los muebles siguen en su sitio, nada de eso ha cambiado, lo distinto es que todas las estancias están decoradas con adornos navideños de todos los colores. En el salón hay un gran árbol parecido al que tenemos nosotros en casa y de la chimenea cuelgan cuatro calcetines rojos con el nombre de cada miembro de la familia.

Los muebles están decorados con guirnaldas de un verde intenso con algunas bolas rojas y otras doradas, y en las mesas o en cualquier superficie plana puedo ver algún tipo de figurita navideña, desde un Santa Claus cargando un saco de juguetes hasta un muñeco de nieve con una gran zanahoria naranja como nariz.

—Ven por aquí.

La señora Miller me guía por un pequeño pasillo hasta que llegamos a la cocina, la cual, como toda la casa, es enorme y lujosa. Por el camino, aunque todo está maravillosamente adornado y hay cosas que ver por todos lados, no he podido evitar pasar mi mirada por los rincones de la planta baja buscando a alguno de los dos hermanos. No los he visto.

—Esta mañana he hecho galletas de chocolate y frutos secos. —Susan coge un trapo y abre el horno, dejando escapar un dulce olor a galletas que hace que se me haga la boca agua.

—Seguro que están deliciosas.

—Gracias, cielo. Había pensado en llevarle algunas a tus padres como cada año. ¿Podrás hacerlo tú por mí?

—No hay problema, así me podré comer una por el camino, pero no se lo diga a mis padres —bromeo. Hablar con la señora Miller es mucho más agradable que mantener una conversación con mi madre.

Siento una extraña liberación al poder conversar con alguien a quien apenas conozco.

—Por supuesto —me dice mientras me guiña un ojo y hace como que se cierra la boca con una cremallera.

Nos reímos juntas hasta que parece acordarse de algo.

—Mírame, te estoy entreteniendo aquí cuando seguro que Claudia te está esperando.

Empieza a andar en dirección contraria, saliendo de la cocina, e intuyo que tengo que seguirla, así que lo hago. Me lleva hasta las enormes escaleras de caracol que suben a la planta de arriba y siento como se me abre la boca al verlas. El pasamanos en forma de espiral está completamente envuelto en luces doradas, no queda un solo hueco vacío. Parecen miles y miles de estrellas, todas ellas agrupadas creando una imagen reluciente y preciosa.

—Ha quedado bonito, ¿verdad?

—Es precioso, señora Miller. Parecen estrellas.

—Esa es la intención. Tienes buen ojo, mis hijos dicen que no pueden ver el parecido, yo creo que es bastante obvio.

Me sonríe de una manera muy tierna y yo le devuelvo la sonrisa sintiendo un agradable calor por dentro que se asemeja a comodidad, una sensación que pocas veces puedo experimentar en casa.

—Claudia está abajo, esperándote.

—¿Abajo? —¿Es que la casa aún es más grande?

La señora Miller abre una puerta blanca en una esquina en la que no había reparado hasta ahora y veo unas escaleras que descienden hacia abajo.

—Es el sótano. Dios sabe lo que harán estos dos aquí cuando no estamos en casa James y yo —Niego con la cabeza y me río al ver como gira los ojos, mostrando cansancio—. Tú ve, cuando vayas a irte recuerda coger las galletas, te las dejaré en un táper sobre la encimera.

—No me olvidaré, muchas gracias.

—De nada, cielo.

Me da un apretón en el hombro antes de irse y me quedo sola a los pies de la escalera. Cuando me acerco a la puerta que da al

sótano, oigo una débil melodía que viene de abajo y el sonido de lo que parecen ser algunas cajas arrastrándose por el suelo.

Juraría que oigo a Claudia soltar un insulto y me apresuro a bajar a ayudarle, seguro que ya voy tarde, otra vez.

Capítulo 14

Tanto leer te hace culta

Cielo… Creo que es el apelativo más cariñoso que me han dicho nunca, quitando aquellas veces en las que mi abuelo me llamaba «cariño» y olvidando definitivamente esos «cariños» de mi padre que no tienen nada que ver con el significado de la palabra. Es curioso cómo una palabra, cinco letras, puede hacernos experimentar todo tipo de sensaciones. El hecho de que Susan se haya referido a mí así me ha hecho sentir cómoda, de alguna manera. Creo que incluso querida.

Cielo… Una palabra puede tener tantos significados, contener tantas verdades… Puede tener el poder de hacernos evocar decenas de emociones distintas y, al fin y al cabo, todo depende de quien la transmita y de las intenciones con las que la utiliza. Para mí, «cielo» tiene dos significados. El primero, decidido en este mismo momento, creo que puede referirse al amor que necesito que alguien me dé, puede que me recuerde a las estrellas que, a su vez, me hacen recordar el día en que mi abuelo me regaló la estrella que ahora corona mi árbol de Navidad… El cielo podría ser mi abuelo, el hecho de que lo eche de menos cada día un poco más.

Cielo… Significa para mí algo confortable y cariñoso, algo dulce y amable. Me hace ver o, mejor dicho, me hace tener esperanzas de que aunque en mi casa sea simplemente Melody, la chica que no estudia, la chica que trabaja en una patética librería, la hija

infravalorada, en otro lugar, otro hogar, puedo ser todo aquello que yo quiera ser sin ser juzgada, empezar de cero, sentirme apreciada y permitirme darme otra oportunidad.

«Esta estrella, Melody, es única, como tú. Tenlo presente, siempre, y recuerda que todas las estrellas, por mucho que se parezcan entre ellas, son distintas, especiales a su manera…».

—Mancha, no te quieres ir, ¿verdad?

—¿Qué te ha hecho el pobre espejo?

Al llegar abajo veo a Claudia sentada en el blanco suelo de mármol en posición india. Lleva el pelo recogido en un moño desordenado y, con un trapo empapado en agua, frota con fuerza un gran espejo que cubre parte de la mitad de una de las cuatro paredes del gran sótano.

Creo que esta parte de la casa, dejando a un lado la habitación de Claudia, es la que más me gusta de todas. Probablemente es igual o más grande que el salón y la cocina de mi casa juntos. El mármol bajo mis pies se extiende por toda la habitación y las paredes son de piedras grises que dan un aspecto cálido y rústico al ambiente. Enfrente hay una larga barra de bar y, detrás de ella, una gran nevera, la cual tiene al lado dos estanterías, que cuelgan con cuerdas de la pared, repletas de botellas y todo tipo de licores y vinos.

—¡Dios! Me has dado un susto de muerte. —A Claudia se le ha caído el trapo empapado al suelo y me mira con una mano en el pecho, alterada.

—Perdón, pensaba que me habías oído bajar las escaleras.

Se levanta y baja el volumen del altavoz que hay en una esquina.

—Estaba peleándome con una estúpida mancha que hay en el espejo. Este sitio es un desastre, casi nunca lo utilizamos.

—¿Nunca bajáis aquí?

—Pocas veces. Egan y yo somos los que más lo usamos, ya sabes, cuando nuestros padres no están…

Claudia se pone roja al decir esto y se da media vuelta para coger el trapo del suelo y empezar de nuevo a limpiar.

—Ya veo… —Miro alrededor y me doy cuenta de que sí, es verdad, este sitio necesita una limpieza, está lleno de polvo y de cajas.

—Hay que aprovechar cuando no están nuestros padres en casa. Además, si no hago travesuras ahora —dice haciendo comillas con los dedos—, ¿cuándo las voy a hacer?

—Tienes razón, tenéis suerte de tener esto —le digo, haciendo un gesto con la mano, señalando todo el sótano.

—Supongo que sí.

—¿Sabes qué? —le quito el trapo de entre las manos, arrodillándome en el suelo—. Mejor me encargo yo de esto o acabarás rompiendo el espejo. Trae mala suerte.

Claudia se ríe y con la cabeza me indica que tengo razón. Se sacude un poco las mallas negras y se dirige hacia una gran pila de cajas de cartón que hay amontonadas justo en el lado contrario a donde yo estoy.

—Va a ser lo mejor. Mientras, yo iré subiendo estas cajas arriba para hacer sitio.

…

He perdido la noción del tiempo mientras limpiamos y hablamos de nuestras películas favoritas y de la comida que más odiamos y cantando algunas canciones. He averiguado bastantes cosas sobre ella, como que odia toda la comida que sea de color verde, que su

película preferida desde que era apenas una niña es *Mary Poppins* y que para nada compartimos los mismos gustos musicales.

—Pues la verdad es que ahora mismo necesitaría un poco de ayuda de esa Poppins tuya. He barrido ya dos veces el sótano entero y aun así sigue saliendo polvo. Creo que se me van a caer los brazos.

—Vamos, no exageres, Melody, si apenas llevamos… —Claudia mira la hora en su móvil y se le abren mucho los ojos—. Anda, ¡pero si ya han pasado casi tres horas desde que has llegado!

Cansada, me paso una mano por el pelo apartándome algunos mechones rebeldes de la cara y apoyo la escoba en una pared.

—Nos merecemos un descanso, ¿no?

—Ya lo creo. Voy arriba a por algo de comer, ¿quieres algo en concreto?

—Tranquila, lo que traigas estará bien.

Me quedo mirando como sube rápido las escaleras, de dos en dos, hasta la primera planta y veo como desaparece al cruzar la puerta.

Entonces recuerdo algo a Egan.

Egan, Egan, Egan.

Madre mía, llevo aquí casi tres horas encerrada en un sótano con su hermana, cuando en un principio había sido él el que me había dicho que a las cinco de la tarde quedábamos en su casa.

Comienzo a sentir las manos sudorosas y la garganta todavía más seca de lo que ya estaba.

Con prisas y sin pensármelo mucho, como haría normalmente, sin darme tiempo a notar los nervios que me han comenzado a trepar por las piernas hasta el estómago, cojo el móvil y le escribo un mensaje.

Yo _ 19:40

Lo siento!
Llevo desde las cinco de la tarde encerrada
en el sótano limpiando con tu hermana.

Egan_ 19:41
Pensaba que te habías olvidado.

Yo _ 19:41
No, no, no. De verdad, ahora le diré a Claudia
que por hoy ya he tenido suficiente.
¿Dónde estás?

Egan _ 19:41
¿Te ha tenido hasta ahora limpiando?? Joder,
mira que aún quedan unas semanas para
Navidad…
En mi cuarto, obviamente.

Yo _ 19:42
Sí, creo que mañana voy a tener agujetas en
los brazos.
Pues, obviamente, podrías haber venido a
ayudarnos.

Egan _ 19:42
Eso es cosa de Claudia, es ella la que quiere
hacer esa fiesta y la que ha invitado a media
universidad.
Yo estoy ocupado con otras cosas.

Yo _ 19:43
¿Estudiando el cuerpo humano, doctor?

Egan_19:43
No exactamente.

Justo en ese momento, Claudia aparece de nuevo con un paquete de palitos de pan con chocolate y me da unos cuantos.

—Hoy hemos avanzado bastante, ¿no te parece?

—La verdad es que no está nada mal, ahora, al menos, parece un sótano en condiciones.

—Sí. —Me río y me como los palitos que me ha traído—. Entonces me parece que yo me voy a ir yendo…

—¿Has hablado con Egan? Después de todo había sido él el que te había invitado y yo te he tenido aquí encerrada toda la tarde.

Lo dice tan tranquila y con una sonrisa tan natural en la cara que me siento una estúpida cuando me doy cuenta de que, a juzgar por el calor que siento en mis mejillas, me he sonrojado delante de Claudia al mencionar a su hermano.

—Bueno, eh… yo, yo tenía pensado subir un momento ah-hora a su habitación a saludarle…

—Tranquila. —Me pone una mano en el hombro de manera tranquilizadora y me regala una gran sonrisa con una mirada divertida—. Pero antes de que te vayas, tengo que contarte una cosa —Claudia levanta ambas cejas de una manera juguetona y yo la miro extrañada—. Seguro que te parece muy interesante.

Impaciente por subir y ver a Egan, asiento con la cabeza y me dejo llevar por la curiosidad.

—Claro, cuéntame.

—Alan. —Así, sin más, dice su nombre y yo levanto una ceja intrigada.

—¿Alan?

—Lo que has oído. —Claudia me regala una sonrisa tímida y abre mucho los ojos como intentando que yo capte lo que me está diciendo.

—No entiendo a qué te refieres…

—Alan y yo solemos hablar bastante, es uno de los amigos de Egan con los que más me relaciono. —Asiento con la cabeza

escuchando atentamente—. Y, el otro día, hablando de una cosa y de otra, salió tu nombre y… adivina qué me dijo.

—¿Qué?

—Me dijo que le habías parecido muy guapa.

Ana es guapa, Amelia y Ruby son guapas… Pero yo, bueno, ni siquiera me lo he llegado a plantear. Siempre he tenido muy claro que en todo voy un paso o varios por detrás de mi hermana, así que ¿por qué no iba a ser así en eso también?

—No puede ser.

—Muy bien, y dime, ¿por qué no iba a ser posible? —Pone los brazos en jarra y me mira levantando una ceja.

—Simplemente, no lo es, ya está. Además, no nos conocemos apenas y yo, yo…

—Melody, no es algo tan raro que alguien se fije en ti, ¿sabes?

—Pero…

—Pero, ¿qué?

Me parece que, aunque lo intento, no consigo asimilar las palabras de Claudia.

Alan…

¿Qué se supone que debe hacer uno cuando su corazón no responde de la misma manera en la que lo hace otro? ¿Abrirle las puertas y dejarle entrar para darle una oportunidad, o hacerse caso a uno mismo y dejar las cosas claras para no formar una montaña de un granito de arena?

Además, en cuanto Claudia ha dicho su nombre, no he podido evitar pensar en Egan.

—¿Me has visto? Es decir, creo que no soy la más indicada para decir esto, pero él no me conoce de nada, simplemente le gusta la idea que tiene de mí en su cabeza, y eso teniendo en cuenta que te haya dicho que le gusto, porque es muy diferente parecerle atractiva

a una persona a que de verdad esté interesada en mí. Cuando te gusta alguien no solo te fijas en su aspecto físico, sino que valoras y admiras su alma con las imperfecciones que esta lleva dentro. —Cojo aire para respirar. Claudia me mira con los ojos muy abiertos—. Esa parte de mí aún no la ha conocido, yo no le he dado la oportunidad de hacerlo y él no lleva el suficiente tiempo en mi vida como para intentarlo. Por no mencionar que estoy llena de imperfecciones en todos los sentidos en que uno puede estarlo, Claudia.

Cuando termino, siento una mezcla de sensaciones en mi cuerpo que no me había dado cuenta de que habían ido creciendo dentro de mí hasta ahora. La voz me ha temblado lo suficiente como para hacerme saber que mi discurso no está respaldado con un carácter sólido y estable, sino que mis inseguridades se han visto reflejadas en cada palabra que he dicho,

También puedo sentir cómo un calor abrasante trepa por mi pecho: rabia, decepción conmigo misma… pues todo lo que he dicho es cierto y me quema por dentro.

—Sien-ento mucho si te ha sentado mal que no te escuchara cuando intentabas contestarme. —Claudia se acerca a mí, pero se mantiene quieta, con la cara roja y mirando hacia el suelo—. Pero creo que debes permitirte sentir, aunque no sea con Alan, permítete fijarte en alguien, aunque no sea de manera sentimental, sino por experimentar. Y deja a un lado todas esas inseguridades, Melody. Mírame a mí, creo que esta es una de las pocas veces que he hablado tanto con alguien que no sea de mi familia o amiga de toda la vida, necesito abrirme a cosas nuevas, experimentar. ¿Por qué crees que no me he quejado al saber que mis amigas han invitado a media universidad a la fiesta? Porque tengo que darme una oportunidad y abrirme, cambiar, o al menos intentarlo.

—Lo sé, y te agradezco que te hayas querido abrir a mí para intentar ayudarme.

—Egan me da charlas constantemente sobre esto, intenta ayudarme con mi timidez, y sé que aunque no lo demuestre mucho, se siente orgulloso de mí al ver que estoy conociendo a alguien que no es de mi grupo cerrado de amigas de siempre y que estoy dispuesta a dejar que personas desconocidas vengan a la fiesta solo con el fin de intentar socializar un poco. Así que, bueno, creo que le tengo que dar las gracias por inspirarme a decirte el discurso que te acabo de soltar. —Claudia se ríe y sacude la cabeza negando—. Y se supone que yo soy la hermana mayor…

—Gracias. —Me acerco un poco más y antes de replanteármelo le doy un rápido abrazo al cual ella no responde con muchas fuerzas.

—Bueno… Entonces, ¿no te interesa ni siquiera un poco Alan?

—Creo que Alan es una buena persona y me encantaría conocerlo mejor y llegar a ser buenos amigos, pero…

—Pero ya está, ¿no?

—Sí.

Siento un gran alivio cuando Claudia me sonríe y entonces sé que la conversación ha terminado. Pero, antes de empezar a subir las escaleras hacia la primera planta, le hago una última pregunta.

—¿Qué le vas a decir? Es decir, supongo que le querrás dar alguna contestación de mi parte.

—Aún no lo sé, pero tranquila, le dejaré claro que tú quieres ser su amiga. Además, no te comas tanto la cabeza pensando en esto, tú misma lo has dicho, apenas os conocéis.

—Tienes razón, sí.

—Por cierto —Claudia se ríe y me dirige una mirada juguetona—, no se te dan mal las palabras.

Pongo una mano en la barandilla y subo tres escalones pensando en lo que le puedo contestar. No es la primera vez que me lo dicen, bueno, mi abuelo me decía muchas veces que tenía una gran capacidad para expresarme y transmitir emociones, aunque claro, él no sabía que eso solo lo podía hacer con él, que con las demás personas mis sentimientos quedaban atrapados en alguna parte donde no podían ser escuchados y, a decir verdad, tampoco yo estaba muy interesada en que los oyeran.

Le doy vueltas a la contestación y al final, si saber si eso tiene mucho que ver, contesto.

—Supongo que será de tanto leer.

Capítulo 15

¿Es tanto pedir…?

Pistantrofobia
El miedo de volver a confiar en las personas a causa de las experiencias que has vivido en el pasado.

Muchas veces he sentido esa sensación de no estar preparada para algo. Cuando era pequeña pensaba que no estaba preparada para quitarme los ruedines de la bicicleta y, cuando crecí, creía que no lo estaba para dormir por primera vez fuera de casa. Cuando tenía doce años, pensaba que no estaba preparada para leer delante de todos mis compañeros de instituto ese poema por el cual me dieron el primer premio. Con quince años, sentía que no estaba preparada para dar mi primer beso y, con dieciséis, con dieciséis, sabía que no estaba preparada para despedirme de mi abuelo.

Creo que nunca he tenido la sensación de estar preparada para algo.

Miro cada detalle de la puerta oscura que tengo delante, prestándole especial atención al pomo desgastado y dorado. Lo acaricio con la yema de los dedos pensando en si debo entrar o no. Debo hacerlo, me digo, le he dicho que subiría a su habitación y me parece oír el tintineante sonido de los diez peniques dentro de mi bolso.

Es de ser una hipócrita, pienso, acabar de decirle a Claudia que una persona no puede sentir nada por otra, o al menos no con la certeza de saber qué son esos sentimientos, sin apenas conocerla, solo por haberla visto un par de veces y haber intercambiado unas pocas palabras y, aun así, estar sintiendo esa sensación en el estómago, ese nudo en la garganta y ese temblor en la mano que tiene el pomo de la puerta agarrado. Todo por alguien que no conozco, por una imagen idealizada que tengo de una persona en mi cabeza, ¿o no es eso?

¿Acaso estoy dispuesta a sentir algo por alguien? ¿A querer conocer a alguien como algo más que simples amigos? No. No puedo. ¿Y si algo sale mal o le hago daño a esa persona? ¿Y si no soy lo suficientemente fuerte como para poder compartir todo lo que siento con alguien? ¿Y si hundo nuestra relación por mis inseguridades?

Mi solución no se encuentra en la frase «sola se está mejor», yo sé de primera mano que eso no es cierto, o al menos no de una manera indefinida. Pero ¿qué me queda aparte de pensar en que tal vez, aun sin hacer nada, el destino hará que alguien llegue a mi vida y rompa de tal forma mis esquemas que me haga ser una persona nueva?

Tener fe, supongo y, mientras tanto, pensar en un «tal vez mañana…».

Finalmente, giro el pomo de la puerta pensando en que, si voy a hacer algo, debo hacerlo sin darle muchas vueltas. Cuando entro, noto como si mis pies se quedaran clavados en el suelo y presiono fuerte la tira del bolso que cuelga de mi hombro mientras inspiro fuertemente al ver a Egan sentado sobre su cama, con las piernas cruzadas, mientras pasa una púa reluciente por las finas cuerdas de la guitarra eléctrica que antes estaba colgada en la pared.

—Los Rolling Stones.

—Has llegado. —Egan deja de tocar en el instante en el que abro la boca, dejando la habitación en un completo silencio.

—Perdón, te he interrumpido, tendría que haber llamado antes de entrar en tu habitación. Lo siento.

—Empiezo a pensar que perdón es tu palabra favorita. —Noto que me sonrojo al oírlo y le muestro una diminuta sonrisa. Es cierto que normalmente pido perdón por todo, lo hago como una costumbre.

—Yo también empiezo a pensarlo.

Egan sonríe con la boca cerrada y me indica la silla de su escritorio con la cabeza.

—Puedes sentarte, si quieres.

Me siento en la blandita silla y me quedo observando la habitación sin saber muy bien lo que decir. Un ambiente tenso se cuela en el espacio, como si no supiéramos lo que decir o hacer en vez de estar en un silencio incómodo.

—Pensaba que estabas estudiando cosas relacionadas con los médicos y eso.

—No dije eso en ningún momento.

—También es cierto.

Y otra vez vuelve el silencio incómodo. A Egan no parece importarle mucho, pues se coloca bien la guitarra entre las piernas, deja la púa a un lado, sobre el colchón, y comienza a tocar pequeños acordes con los dedos sobre las cuerdas. Lo escucho atentamente, dejando que la música me envuelva y me haga pensar que no es para nada incómodo el hecho de que estemos los dos en silencio y sin dirigirnos la palabra pese a que me encuentro en su dormitorio.

No consigo descifrar la canción que está tocando, aunque no sé si eso se debe a mi anticuado gusto musical.

—¿Compones tu propia música? —Egan levanta la cabeza y enarca una ceja acompañando el gesto de una mirada de picardía.

—Qué va. Me gusta más tocar canciones que ya están escritas. —Se pasa una mano por el pelo, despeinando los rizos que ahora le caen más desordenados sobre su frente—. Lo de componer nunca ha sido lo mío.

—¿Nunca has tenido curiosidad por probar a crear tus propias melodías? —le pregunto muy curiosa. Si a mí se me diera bien tocar algún instrumento, estoy segura de que me pasaría el día experimentando con los acordes y notas esperando a ver lo que surge.

—Lo máximo que hago algunas veces es tocar mis propias versiones de algunas canciones conocidas, pero supongo que algún día me gustaría intentarlo.

—¿Puedo escuchar alguna?

Egan se ríe mientras niega con la cabeza, se levanta y cuelga la guitarra en el lugar donde estaba la última vez que entré en su habitación.

—Algún día.

—Oh, vamos, no me digas que te da vergüenza. Estabas tocando hace un momento delante de mí.

—Créeme, yo no tengo vergüenza. Simplemente, es una manera de dejarte con la intriga.

—Por favor, no te pienses que voy a estar suplicándote cada día para que me toques la guitarra, no te lo tengas tan creído. —Le sonrío y observo como una chispa se enciende en sus ojos al reírse.

Egan se mueve hasta mi lado y abre uno de los cajones del escritorio y rebusca en él, sacando algunos papeles y bolígrafos que tenía desperdigados allí dentro.

—¿Ni siquiera un poco de intriga por saber qué canción voy a tocar?

—Suelo tener bastante paciencia, no te preocupes.

Ahora se dirige hacia su armario y comienza a abrir algunos cajones, dejándome ver algunas prendas de ropa, todas de diferentes colores, desde los más claros pasando por el granate hasta los más oscuros.

—Por fin. —Egan coge algo pequeño del interior del cajón y en un momento vuelve a dejarlo todo como estaba antes.

—¿Qué es?

Pregunto, sintiéndome algo entrometida.

Egan se da la vuelta y me enseña un paquete rojo de tabaco. Saca un cigarrillo de su interior y se acerca a la ventana.

—No te imaginaba fumando. —Lo observo sacar un pequeño mechero del bolsillo trasero de su tejano y encenderse el cigarrillo.

—¿Cómo me imaginabas, entonces? —Fuma una calada y expulsa lentamente el humo por la boca mientras observa los dibujos que hace este en el aire antes de salir por la ventana.

—La verdad es que no lo sé. No sé mucho de ti, apenas hace unas semanas que nos conocemos, ¿sabes?

—Venga ya, yo sí que he pensado bastante en cómo eres.

—¿Y có-cómo soy exactamente? —Se me cortan las palabras al hablar. ¿Ha estado pensando en mí últimamente? ¿Qué pasa si la imagen que tiene de mí no es nada acorde con cómo soy en realidad?

—Pues no es muy difícil leerte, Melody. Por ejemplo, sé que cuando te pones nerviosa se te sonrojan las mejillas, y no porque estés enfadada, como me dijiste, lo que me lleva a la conclusión de que no eres muy buena mintiendo. Me he fijado en que no eres de las personas que se pasan el rato hablando, tú eres más de

observar. Analizas a las personas, sus gestos, su manera de hablar y de actuar, lo sé porque cuando estamos todos juntos, en vez de participar en la conversación, te dedicas a analizarnos a cada uno de nosotros.

Siento como un dardo se clava en el corazón, hiriéndome.

Soy transparente.

Más transparente de lo que pensaba.

Noto un nudo en el estómago con cada palabra que dice y me hace pensar que tal vez, y solo tal vez, no soy tan invisible para los demás como pensaba.

—Creo que eso te hace una persona interesante, y eso me lleva a otra conclusión, y es que probablemente en tu cabeza siempre se estén formulando pensamientos que no dejas entrever. Eso es lo que me intriga más de ti, que muchas veces no sé en lo que estás pensando, como ahora. Además del hecho de que no acabo de entender si eres una chica tímida o simplemente te reservas para aquellas personas con las que tienes más confianza.

Confianza. Algo que ahora mismo no tengo con nadie. No conozco lo suficientemente bien a una persona como para poder tener total confianza en ella, nunca sé si me va a traicionar o a fallarme en cualquier momento.

El cigarrillo se le ha consumido hasta la mitad cuando acaba de analizarme y, cuando calla, se lo lleva a la boca y vuelve a darle dos caladas seguidas antes de expulsar todo el humo, esta vez directamente hacia la ventana, dándome la espalda. Aprovecho para recorrerlo con la mirada y me doy cuenta de que a pesar de su complexión más bien delgada, a juzgar por las curvas que hace su camisa ajustada y por su espalda marcada, lo más probable es que bajo toda esa tela haya un cuerpo tonificado y trabajado.

Noto que me comienzan a arder las mejillas en el instante en el que me doy cuenta en lo que estoy pensando y en el hecho de que también acabo de percatarme de que Egan me ha prestado atención durante los últimos días en los que hemos estado juntos. Si con tan solo el poco rato que hemos pasado el uno con el otro ha conseguido adivinar todo eso sobre mí, ¿qué más puede llegar a deducir si decido pasar más tiempo junto él y sus amigos? No quiero que vea la persona que soy en realidad, las paredes que se derrumban poco a poco pero sin cesar dentro de mí.

—¿Ves? Te has sonrojado. —Egan vuelve a mirarme con una gran sonrisa confiada en la cara que demuestra que está en lo cierto.

Me llevo las manos rápidamente a la cara, tapándome las mejillas antes de darme cuenta de que debo de estar haciendo el ridículo y comportándome como una niña pequeña. ¿A quién quiero engañar? Egan me ha leído de arriba abajo como si fuera un libro abierto.

—La verdad es que soy ambas cosas, tímida y reservada, tal vez un poco más la última que la primera, nunca se me ha dado muy bien confiar en las personas. —Agarro una ondulación de mi pelo y la estiro. Un gesto que asocio rápidamente con el nerviosismo.

—Piensas que te harán daño si confías en alguien, ¿no?

—No lo pienso, lo sé. La práctica hace al maestro. Además, nunca he sentido, o al menos no desde hace mucho tiempo, que pudiera confiar precisamente en alguien.

—Yo también me guardo ciertas cosas solo para mí.

Egan le da la última calada al cigarrillo y lo apaga en un rincón de la ventana antes de tirarlo a la calle, entonces vuelve a sentarse en su cama, esta vez en el borde y mucho más cerca de mí. Coloca los codos sobre sus piernas y apoya la cabeza en ambas manos. Nuestros pies apenas están a unos centímetros de rozarse.

—¿Alguna que revelar? —le pregunto, imitando su posición, dejando mi vista clavada en sus ondulaciones y pequeños rizos castaños. Solo desvío mi mirada a sus ojos un momento para comprobar que en ellos se puede ver una pizca de curiosidad y puede que de recelo.

—Solo si tú me cuentas algo que solo te guardes para ti a cambio.

—Trato hecho.

Respondo casi sin pensármelo, con la única idea en mente de conocer algo de Egan que el resto no sepa, aun sin plantearme la posibilidad de que, al revelarle alguno de mis secretos, descubra algo que no le guste de mí y decida distanciarse.

—Fumar —dice alzando ambas cejas y mostrándome una tímida sonrisa de medio lado.

Creo que nunca había visto una sonrisa tan tierna, una inseguridad tan inocente plasmada en el rostro de una persona.

—Pero si te has fumado un cigarrillo ahora mismo. No creo que eso cuente como algo muy íntimo.

Pienso en que tal vez me ha tomado el pelo. ¿En serio? No entiendo como fumar, algo que de hecho acaba de hacer delante de mí, puede ser un aspecto en su vida que deba guardarse para él.

—Nadie sabe que fumo. De hecho, creo que si alguien lo sabe, probablemente sea mi madre, aunque nunca me ha dicho nada.

—¿Ni siquiera Alan o Claudia? —Me quedo mirándolo con los ojos abiertos de par en par. Hay algo que no entiendo, si es cierto que nadie lo sabe, ¿por qué no se ha molestado en ocultarlo conmigo?

—No. No es algo que me guste hacer delante de mis amigos, la verdad es que no me gustaría escuchar la opinión que tienen respecto a eso.

—Conmigo no has dudado en hacerlo…

—Eres una persona nueva en mi vida y no siento la presión de que me puedas juzgar por fumar… Ya sabes, probablemente los conozco a todos ellos desde que apenas éramos unos críos y estoy casi seguro de que si se enterasen de que fumo no tardarían en echármelo en cara y darme consejos sobre cómo puede afectarme en mi vida. —Egan se saca el mechero que había vuelto a guardar en el bolsillo trasero del pantalón y comienza a encenderlo y a apagarlo con el pulgar, fijando su mirada en la pequeña llama que sale de él. Yo lo imito—. Joder, no necesito que nadie me dé sermones, y mucho menos ellos.

Absorbo cada palabra que ha dicho Egan y le presto especial atención al hecho de que ha dicho que cree que no le voy a juzgar. Y está claro que no lo pienso hacer. Además, si ha sido su decisión no explicarle a nadie que fuma, yo no me pienso entrometer si él cree que es lo mejor para él, sé con exactitud ese miedo que se siente cuando crees que te van a juzgar por todo lo que hagas, cuando te analizan y te observan constantemente para sacar a la luz cualquier defecto que tengas, cualquier punto débil.

—Estás muy seguro de que no te voy a juzgar o no se lo voy a decir a nadie, especialmente a Claudia. —Quiero saber por qué confía tanto en mí, qué es lo que ha hecho que decida que yo soy una buena persona para esconder su secreto.

—No sé, supongo que es lo que siento. Cuando te miro no veo que seas una persona a la que le guste ir contando los secretos de los demás y me da la sensación de que antes de juzgar a alguien lo observas todo con detenimiento para asegurarte de que lo que piensas es cierto.

—Tienes razón.

—Además —Egan vuelve a hacer saltar una llama del mechero—, está bien contárselo a alguien y poder fumar delante de una persona

sin presiones, te quitas un peso de encima, supongo.

—No sé qué decir. —Miro las puntas de mis zapatos, avergonzada, y a la vez supongo que halagada por todo lo que ha dicho, no estoy ni mucho menos acostumbrada a esto, además, siento que me vuelven a arder las mejillas. En mi vida me había sonrojado tantas veces seguidas—. Creo que eres la segunda persona que me confía un secreto, no sabes lo que eso significa para mí.

—¿Ah, sí? ¿Cuál ha sido la otra? —Se echa hacia atrás apoyando los brazos detrás de su espalda y me dirige una mirada llena de su típica picardía.

—No me gusta hablar de eso. —Le sonrío tímidamente y él asiente dándome a entender que no pasa nada.

Creo que mi abuelo se llevó casi todas mis primeras experiencias, él cumplió el papel de confidente a la perfección. Mi abuelo era todo oídos, siempre estaba dispuesto a escucharme y prestaba atención a todo lo que le contaba, como si cada palabra que soltara por mi boca fuera en cierta manera importante o digna de recordar.

Mi abuelo me confesó muchos secretos a lo largo de mi vida, aunque siempre tuve la ligera sospecha de que nunca llegaba a contarme las cosas de cabo a rabo, que detrás de sus palabras siempre había un mensaje oculto, ya fuera con intenciones de que así lo fuera o no.

—Te voy a decir uno de los secretos más importantes de la vida, Melody.

—¿Por qué es un secreto, abuelo?

—Porque lo escondemos y guardamos de tal forma que parezca que lo sea, cariño.

—Entonces yo también lo guardaré para que nadie lo encuentre.

—Bien. La vida consiste en vivir como si fuéramos a morir mañana y por eso, por eso debes sonreírle a las desgracias, llorarle a las victorias y no enfocarte solo en conseguir tu sueño, sino también en buscar cada día otros distintos y otras metas para poder tener siempre un impulso que te ayude a continuar. ¿De qué sirve tener solo un sueño? La capacidad que tenemos las personas para soñar es infinita, no nos deberíamos limitar a uno solo, ¿no crees?

En ese entonces yo tenía catorce años y no me era difícil adivinar el trasfondo que tenían todos los «secretos», o más bien consejos que me daba mi abuelo. Los apuntaba mentalmente y recordaba cada uno de ellos como si la vida me fuera en ello. Otras veces, si lo que me decía me parecía fascinante, lo apuntaba en una pequeña libreta que tenía guardada en el cajón de mi escritorio, para que quedara, de alguna manera, permanente. Y es que probablemente fueron las cosas de más valor que mi abuelo me dio nunca.

—Bueno… —continúo—. ¿Entonces fumas muy a menudo?

—Que va, normalmente suelo fumar cuando me estreso o estoy nervioso por algo. En época de exámenes me vuelvo un fumador compulsivo.

Egan se ríe de una manera que me hace encogerme en el sitio, y la verdad es que no sé muy bien por qué, pero me gusta ese sonido.

—¿Estás nervioso ahora? ¿O estresado? —le digo muy curiosa mientras hago girar la silla en la que estoy sentada. Supongo que si fuma ahora será por alguno de esos dos motivos y la verdad es que no quiero ser causa de ninguno de ellos, o al menos creo que no del segundo.

Egan vuelve a revolverse el pelo con la mano y después se acaricia la nuca echando la cabeza hacia atrás.

—Ninguno de los dos —suelta demasiado rápido como para que acabe de creérmelo—. Te toca contarme algo tuyo, ahora.

Paro de girar en la silla en cuanto dice eso y siento como se me colapsa la mente al intentar pensar en algo que contarle que no me haga quedar como una completa desgraciada. Es decir, no quiero ni me veo con ánimos de explicarle algún momento dramático de mi vida, y tampoco quiero parecer que no confío en él lo suficiente como para no confesarle algo, no después de que él se haya mostrado totalmente abierto a fumar delante de mí sin habérselo explicado a nadie antes.

Me rebano los sesos pensando en algo, cualquier cosa que guarde solo para mí y que no sea lo suficientemente vergonzoso como para que Egan cambie la opinión que tiene de mí en este momento.

Una imagen de hace algunos meses en la que estoy escribiendo sobre un papel que tengo sobre las piernas se me viene a la cabeza.

Tal vez… lo peor que puede pasar es que piense que soy una romántica, pero en realidad, una parte de mí se aferra a la esperanza de que no me va a juzgar, no una persona que tiene su propio concepto de lo que es el arte.

Además, sí, es una faceta de mí que nadie conoce, ni siquiera mis padres o mi hermana me han pillado alguna vez haciéndolo, por lo tanto, es una cosa solo mía.

—Bueno… Hay una cosa…

—No se lo voy a contar a nadie, confía. —Egan me mira como diciendo «vamos, puedes hacerlo», y alza la comisura de sus labios.

Y, no sé por qué, eso me tranquiliza en cierta manera y me hace pensar que, tal vez, y solo tal vez, no sea tan malo revelarle mi pequeño secreto a alguien.

—Me gusta escribir —digo apenas en un susurro y casi sin separar los labios.

Levanto los ojos hacia Egan y me lo encuentro con una mirada extrañada y una ceja enarcada.

—Verás, sé que los dos sabemos que tengo un oído muy agudo para la música, pero, de verdad, no he entendido ni una palabra de lo que has dicho.

Maldigo mentalmente mientras la vergüenza logra adueñarse por completo de mí.

—Que me gusta escribir.

Esta vez lo digo sin apartar la mirada de sus grandes ojos, sintiendo que me sonrojo y se me forma un nudo en la garganta al no saber lo que me va a decir.

—Eres una artista. —Sonríe acercándose un poco más a mí.

—No, tú eres el artista, yo simplemente escribo idioteces cuando no tengo nada más que hacer.

—¿Y qué crees que es un artista sino? Si cualquier cosa que tiene que ver con el arte hace funcionar tu vida y te apasiona, muestras toda tu alma en cada nota que tocas, bueno, en tu caso en cada palabra que escribes, eso te hace ser tu propio artista.

Me quedo callada unos segundos que me parecen eternos minutos meditando lo que me ha dicho, hasta que decido darle la vuelta un poco al tema.

—¿Sabías que además de buen guitarrista eres muy filosófico? Me ha dicho un pajarito que das muy buenos consejos.

Egan abre los ojos, me parece que un poco avergonzado, y niega con la cabeza.

—En primer lugar, mi nota más alta en filosofía fue un cinco, y muy justo, por cierto. Después, no quiero saber quién te ha dicho eso, pero ya me hago una idea y, por último, ¿qué clase de historias escribes?

Me río ante la pregunta. Lo mío no son las historias, sino las palabras sueltas, las frases irregulares y cortas. Los poemas son la manera más fácil que he encontrado de plasmar mis emociones.

—Más bien escribo sentimientos. Los poemas tienen algo especial.

Inconscientemente, me retuerzo las manos, recordando que hay una montaña rusa de nervios que recorre todo mi cuerpo, y a su vez es un gesto que me recuerda mucho a Ana.

Me esfuerzo por eliminar ese pensamiento de la cabeza, ella dejó clara la relación que quería que ambas mantuviésemos y no pienso permitir que se introduzca en mi cabeza justo en este momento.

A Egan se le van los ojos hacia mis manos, que por alguna extraña razón, por mucho que intento pararlas, tiemblan débilmente contra mis piernas. Se estira hacia mí, las coge suavemente y las separa, manteniéndolas en las suyas durante unos segundos.

A mí me recorre una sensación de electricidad y él no aparta la mirada de mis manos, incluso cuando habla:

—No te voy a juzgar, siéntete tú misma conmigo. Para eso están los amigos.

Y de repente sus rizos son más perfectos y sus ojos más claros que de costumbre y también más hipnotizantes. Sus labios son más rosados y uniformes, su nariz más perfilada y su rostro de una extrañeza perfectamente perfecta.

Es irónico, nuevamente, que justo cuando sale de sus labios la palabra «amigos», me dé cuenta de que en este momento esa palabra, con él, me parece incorrecta. Me retuerce por dentro y a la vez enciende dentro de mí una llama que, curiosa, crece por saber el nombre de ese sentimiento que no había conocido antes.

Es irónico que, aunque mi cabeza me grite «corre y retrocede, no te precipites, no lo conoces», sepa con exactitud que el resto de mi cuerpo desea acariciar las manos que sostienen las mías.

—Lo sé, quiero ser más abierta, créeme, pero es algo que me cuesta.

—No pretendía forzarte a nada. —Egan me suelta y vuelve a despeinarse.

—No lo haces.

Nos quedamos mirándonos un rato, y aunque todo me dice que me tendría que sentir nerviosa porque estamos observándonos fijamente sin decir una palabra, siento una extraña tranquilidad que me reconforta.

Al final, después de lo que me parece una eternidad, a Egan se le dibuja una sonrisa en la cara y la picardía le vuelve a teñir los ojos.

—Pues yo sí que estoy impaciente porque me enseñes uno de tus poemas.

—Ni lo sueñes, eso sí que no.

Una cosa es decirle que de vez en cuando me gusta escribir poemas, y otra muy diferente es que esté dispuesta a enseñarle uno.

—Oh, vamos… Hagamos un trato.

—¿Qué clase de trato?

—Cuando yo te enseñe una de mis versiones con la guitarra, tú me enseñarás uno de tus poemas.

Lo pienso en silencio mientras recorro su rostro con la mirada, analizando su expresión. Noto esperanza en sus ojos, pero sin olvidar el aire juguetón en ellos, eso nunca.

—Me parece un trato justo. Y…. en cuanto a eso —saco del bolso los diez peniques y extiendo la mano para que los coja—, tus diez peniques.

—Gracias, te sienta bien la derrota, Melody, ¿lo sabías?

—¿De verdad? Vaya, tendré que dejarme vencer por ti a menudo, entonces.

Egan se ríe de manera ronca, haciendo que se me dibuje una sonrisa en los labios.

—Muy bien, entonces la próxima apuesta será sobre….

Lo corto rápidamente levantando una mano y poniéndome de pie.

—Ni lo sueñes, el próximo que me va a deber algo vas a ser tú, Egan.

Me imita y se levanta de su sitio. Cuando se pone en pie mete las manos en sus bolsillos traseros y se balancea un poco hacia delante y hacia atrás sin saber qué decir.

—Debería irme ya a casa, mis padres se van a enfadar si llego muy tarde.

—¿Quieres que te acompañe? Es tarde ya y vives bastante lejos, te puedo llevar en coche.

Entonces recuerdo que al final me he obligado a venir en coche hasta la casa de los Miller para no congelarme de frío y una sensación de alivio me inunda.

—No, he venido en el mío, pero gracias.

Vamos hasta la puerta de su habitación y le sonrío, él me devuelve la sonrisa. Mis piernas parecen moverse solas hacia fuera en cuanto Egan abre la puerta y, cuando lo miro por última vez antes de irme, le digo un débil «adiós» al que él contesta con un asentimiento de cabeza.

No me espero a ver como cierra la puerta, sino que, un poco desorientada y con un calor que se extiende por mi pecho de una manera extrañamente agradable, bajo las escaleras y me dirijo a la cocina a coger el táper con las galletas que ha hecho la señora Miller para nosotros y pruebo una para deleitarme.

¿Es tanto pedir? ¿Es tanto pedir sentir este sentimiento sin miedo a que las cosas se puedan torcer en cualquier momento, sin miedo a que me claven un cuchillo por la espalda?

Capítulo 16

Más, por favor

Egan

¿En qué estaba pensando? Egan se apoya contra el marco de la puerta de su dormitorio cuando Melody desaparece por las escaleras. No puede quitarle la mirada de encima hasta que sus pasos dejan de resonar sobre los escalones.

Debería haber sido menos lanzado, menos… él, piensa.

¿Cómo se le ha ocurrido pedirle que le explique algo tan íntimo? Ha podido ver en los ojos de la chica el debate interno que ella misma estaba teniendo en su cabeza para decidirse si abrirse a él o no. Una persona que no conoce de nada. Alguien que podría no merecer la pena.

Y, sin embargo, lo ha hecho. Ha confiado en él.

Una sonrisa se escapa de sus labios y, por mucho que se esfuerza por hacerla desaparecer, tan solo consigue acentuarla, porque hubiese sido más fácil que Melody se hubiese negado y así evitar que, sea lo que sea que esté creciendo en el interior de su corazón, se extienda. No obstante, no ha sido así.

Y ahora tan solo le apetece fumarse un paquete entero de tabaco.

Porque sí, Melody ha dado en el clavo, estaba nervioso. Esa chica le pone demasiado nervioso. Ni siquiera se había parado a pensar en

lo que estaba haciendo antes de coger un cigarrillo y llevárselo entre los labios cuando ella ha entrado en la habitación.

Ha sido el aroma a vainilla que ha inundado la estancia el que lo ha impulsado a hacerlo. O tal vez ese pequeño rizo de pelo que se ondulaba sobre su mejilla, o esos ojos oscuros que han recaído sobre su guitarra.

No sabe exactamente qué es lo que lo ha movido a hacerlo. Tal vez el conjunto de todas esas pequeñas cosas, su mera presencia. Pero, por una vez, se ha sentido él mismo en mucho tiempo, sin miedo a ser juzgado, sin miedo a sermones monótonos y repetitivos que en tantas otras ocasiones ya ha escuchado.

Hay algo en ella que le infunde confianza.

Y supone que eso es, finalmente, lo que le ha conducido a ser simplemente Egan.

Algo ha cambiado en su interior, lo sabe por el pulso acelerado de su corazón que persiste aun estando a solas, por las molestas cosquillas que rezuman en su estómago, por sus ojos, buscando con la mirada aquellos rincones en los que Melody ha estado apenas hace unos minutos. Por la necesidad de nicotina en las venas.

Finalmente cae en la tentación y disfruta del sabor amargo en su boca antes de expulsar una pequeña nube de humo.

Inclina la cabeza hacia atrás y cierra los ojos, rememorando el tacto de sus manos unidas.

No sabe por qué ese mero recuerdo, ese pequeño contacto de piel, le parece tan satisfactorio… tan estimulante. Sin embargo, la sonrisa que todavía no ha podido borrar de la comisura de su boca le confirma algo.

Está más que dispuesto a dejar que vuelva a ocurrir.

Capítulo 17

«Dependienta»

«Para que cualquier cosa suceda, primero hay que hacer algo».

ALBERT EINSTEIN

Melody

Pensándolo bien, puede que mi abuelo no haya sido el único que me haya confesado algún secreto. Después de todo, Ana me confesó el estado en el que se encontraba, algo que no le había explicado a nadie a excepción de su novio, dadas las circunstancias. Pero, cuantas más vueltas le doy, más caigo en la cuenta de que mi hermana, al fin y al cabo, solo me dijo que creía que estaba embarazada cuando yo, después de perseguirla desde su habitación hasta la cocina, encontré en la papelera el recibo de la farmacia que demostraba claramente que lo que había comprado era un test de embarazo.

Eso, finalmente, me hace pensar que no he acabado de mentirle a Egan diciéndole que él es la segunda persona que me confiesa un secreto, al menos no de una manera forzosa.

El camino a casa es silencioso a pesar de la música de la radio, puede que sea una de las cosas por las que no me gusta coger el

coche, todo está muy silencioso allí dentro teniendo en cuenta que casi nunca me acompaña nadie.

Cuando llego a mi casa, todo está a oscuras a excepción de la ventana que comunica una parte del parking con la cocina, señal de que mis padres, y con suerte, mi hermana, ya están cenando. Siento como los músculos del cuerpo se me tensan al imaginarme las pesadas miradas de reproche de mis padres una vez que entre por la puerta, la desaprobación grabada en la cara.

Me lo he buscado, al fin y al cabo, debería haber llegado antes a casa, ayudado a preparar algo para cenar, puesto la mesa e interpretado el papel, una vez hubiéramos estado cenando, de la chica muda que no habla, la que simplemente escucha.

Ya dentro, me saco la chaqueta y el gorro y los cuelgo lo más cuidadosamente posible, intentando no hacer mucho ruido, en el perchero. Cuando me acerco a la cocina, oigo las risas de mis padres, así que espero unos segundos, respirando profundo, antes de entrar.

—Mira quién se ha dignado a llegar a casa.

Mi madre me mira con esa mirada que llevaba rondando por mi mente desde el primer momento en que he bajado del coche, y mi padre no tarda en imitar la mirada de resignación de ella y cruzar los brazos sobre su pecho. Ana simplemente me observa y vuelve a girar la cabeza, metiéndose una cucharada en la boca.

Yo dejo las galletas que me ha dado la señora Miller sobre la mesa.

—Solo son las nueve menos cuarto, pensaba que tardaríais un poco más en cenar, como siempre.

—Ese es tu problema, que piensas demasiado, Melody. —Mi madre escupe con veneno esas palabras y yo simplemente me limito a apretar los labios para no decir nada.

—Ni siquiera eso, Margaret, si pensara algo sabría que tiene que estar en casa para ayudar, puesto que es la única que no hace nada.

Miro a mi padre decepcionada y a la vez con un creciente enfado subiendo por mis entrañas. Puede que no sea una estudiante de diez como mi hermana, o que ni tan solo estudie ni tenga un trabajo exitoso que me convierta en una de las personas más adineradas de la ciudad, pero por lo menos me esfuerzo cada día.

Lo hago.

Por seguir adelante.

—Lo siento, papá, pero eso no es cierto. —Aprieto ambos puños al lado de mi cuerpo, conteniendo la rabia—. De hecho, creo que es bastante obvio que ayudo en casa, teniendo en cuenta que me dejáis la mayor parte del día sola y, cuando no estoy aquí, os recuerdo que trabajo de lunes a sábado en Sopa de Letras.

—Por favor, hija, a eso no se le puede llamar trabajo.

—Soy buena en lo que hago —digo más bien en un susurro, intentando convencerme de que al menos se me da bien mi trabajo.

—Te recuerdo, jovencita, que estás viviendo de nosotros, no de tus propios méritos. —Contengo las lágrimas en mis ojos, la vista se me nubla casi por completo, pero logro ver cómo mi madre, por lo bajini, mueve los labios—. Si es que algún día tienes alguno.

Eso me destruye, me rompe a pedazos y me hace querer salir corriendo de allí, encerrarme en mi habitación y encogerme bajo las sábanas esperando que sea un nuevo día y la rutina me despeje de todo.

—Eso no es cierto, os recuerdo que desde el primer momento en el que comencé a trabajar en la librería os habéis desatendido completamente de mí, solo soy la chica de los recados, la que limpia la casa y la vaga que no hace nada, ¿no?

—¡¿Cómo te atreves?! —Mi madre se levanta de la silla de un salto, completamente sincronizada con el fuerte golpe que da mi padre en la mesa, lleno de enfado—. No pienso tolerar que nos hables así bajo este techo, no a tus padres, ¿te ha quedado claro? Nosotros te damos un sitio donde dormir, comida y, si tuvieras las mismas aspiraciones que tiene tu hermana, te pagaríamos los estudios, pero claro, eso no, ¿verdad, Melody?

Es imposible contener más tiempo las lágrimas, que empiezan a bajar por mis mejillas, humedeciéndome la cara. No lo aguanto más, no los aguanto a ellos y no aguanto estos sentimientos que me llenan cada vez que estoy en su compañía y me echan en cara lo inútil que soy.

En cuanto mi madre se acerca peligrosamente a mí, sé que mi padre y mi hermana quedan automáticamente en un segundo plano, esta discusión es entre mi madre y yo.

Entonces estallo, no lo soporto más, no quiero más humillaciones ni reproches de mi familia.

Entonces grito.

—¡Haz el favor de no compararme con Ana ni una sola vez más!

Mi madre da un paso atrás, impactada, como si sus esquemas se hubieran desmoronado esperando que me agachara como tantas otras veces en las que me ha amenazado. Yo, por mi parte, fijo la mirada en su torso, incapaz de dirigirla a sus ojos.

—No recuerdo un momento en el que me haya sentido en familia estando con vosotros, jamás. Nunca he recibido un trato amable de vuestra parte, ni siquiera una sonrisa sincera. —Apenas puedo hablar, así que me las apaño balbuceando entre el mar de lágrimas —. Solo existo para cuando os interesa, para compararme con Ana, eso no es justo.

—Será mejor que te calles… —Mi madre se pone roja y por el rabillo del ojo veo como las dos personas que siguen sentadas a la mesa están blancas, pálidas.

—No puedo, mamá, ya no. Creo que jamás me he sentido querida por vosotros —y entonces rompo a llorar con todas mis fuerzas, la respiración se me corta y la visión se me nubla completamente. Soy incapaz de ver cualquier cosa, simplemente todo son manchas borrosas. Miles de recuerdos se me vienen a la mente, todos de esa persona—. Solo me quería el abuelo y ah-ahor-a est-tá muerto y yo, yo…

Y entonces siento la mano de mi madre en mi mejilla, girándome la cara y robándome la respiración durante unos segundos, haciéndome callar de golpe y que las lágrimas me salten de los ojos.

Reprimo el miedo que me azota por dentro.

Respira.

Uno, dos, tres.

Inspira.

Cuatro, cinco, seis.

Espira.

El fuerte golpe me ha pillado por sorpresa. Cuando me tranquilizo, me paso las manos por los ojos para secar las lágrimas y después me toco la mejilla dolorida y palpitante. Sé con exactitud que debe estar igual de roja que mi madre. El picor de la mano sobre mi piel escuece.

—Jamás en tu vida vuelvas a mencionar a tu abuelo, y mucho menos delante de tu padre, ¿ha quedado claro?

Agacho la cabeza perdiendo todo el valor que había conseguido reunir hace unos instantes, ya es imposible recuperarlo, después de ver como todos me juzgan con la mirada, después de ese bofetón que amenaza con ser algo mucho mayor.

—Sí. —Apenas me sale un susurro.

—Sube inmediatamente a tu habitación, no te queremos ver el pelo por aquí, ninguno.

Esquivando los ojos de mi madre, echo un último vistazo a mi padre y a Ana, quienes en cuanto coinciden con mi mirada giran rápidamente la cabeza y continúan comiendo.

Camino derrotada hasta las escaleras que suben a la planta de arriba y, antes de subir el primer escalón, me seco las lágrimas para poder ver mejor.

Entonces vuelvo a oír las voces de mis padres.

—Daniel, tira inmediatamente esas galletas a la basura.

—No me digas que son las mismas galletas que nos da siempre Susan por Navidades.

—Parece que esta mujer no capta las indirectas, son asquerosas.

—A mí me gustan. —La voz de mi hermana se hace presente en la conversación.

—Cariño, no son buenas para tu cuerpo, si quieres galletas tenemos algunas de avena en el armario.

—Claro, mamá.

—A propósito, Margaret, cariño, esta mañana he recibido un mensaje de James, que nos invita a la cena que organizan cada año por Navidad. —Mi padre vuelve a intervenir.

—Bien, cuanto más cerca estemos de su núcleo más íntimo de amigos, mayores serán nuestros beneficios en el trabajo.

Sin querer escuchar más de su conversación e incapaz de oír una sola palabra impregnada con esa indiferencia que parece salir de forma natural de las bocas de mis padres, subo a mi habitación lo más rápido que puedo y cierro cuidadosamente la puerta para que no se den cuenta de que lo he oído todo.

Aquí dentro me permito llorar sin tapujos y sin miedo a que me juzguen. Me tiro a la cama y me enredo entre las mantas que la cubren tratando de sentirme más reconfortada, pero es inútil. Tantas veces se ha repetido esta escena que ya me parece una ridícula rutina, pero esta noche me he atrevido a expresar mis pensamientos, o al menos hasta que mi madre me ha dado un bofetón del que estoy segura que me quedará una marca que durará varios días.

Probablemente paso una hora así, sola en mis pensamientos y en la oscuridad de mi cuarto, hasta que reúno fuerzas para levantarme, me desvisto y me pongo un pijama. Después vuelvo a tirarme sobre el colchón y me arropo entre las sábanas.

Buscando cualquier cosa que logre despejarme la mente, cojo el móvil y comienzo a mirar las redes sociales, pasando el pulgar por la pantalla mientras observo las últimas publicaciones.

Continúo hasta que veo una de Alan. En ella se le ve a él y a otros tres chicos en un parque que apenas está a dos manzanas de casa. Los tres se columpian y gritan como niños pequeños jugando y me río sola viendo esa imagen una vez detrás de otra. Entro en su chat y me quedo pensando un rato, ¿y si le escribo? Hace tiempo aprendí que para entablar una amistad con alguien tienes que colaborar para que las cosas surjan y exista un mínimo de relación. Si quiero comenzar a relacionarme con personas y establecer una amistad «real» entre Alan y yo, estaría bien que diera un paso para conseguirlo, esta vez moviendo las fichas yo primero.

Finalmente, me trago la vergüenza y comienzo a teclear.

Yo_22:45
Por lo que veo, te ha gustado mi barrio.

Espero mirando la pantalla impaciente a que Alan se conecte. Al fin lo hace.

Alan_22:50
Aburrida en casa?

Yo_22:50
Más bien agotada, ha sido un día muy largo.

Alan_22:52
No me digas, yo que te iba a proponer que te
vinieras aquí con nosotros…

Yo_22:53
Ya, claro, y de paso que me corten la cabeza
mis padres, ¿no?
No, gracias.

Alan_22:53
Oh, vamos, no tienen por qué enterarse.

Yo_22:54
Ya voy en pijama, lo siento.

Comienzo a ponerme algo nerviosa. Una parte de mí me recuerda que ya estoy metida en la cama, que ya he montado suficiente escándalo en casa por hoy, pero la otra me empuja a pensar en cualquier manera de salir de mi habitación sin que mis padres se enteren y despejarme con Alan haciendo algo que nunca he hecho, escaparme.

Alan_22:56
Ponte el abrigo y sal, nadie te va a juzgar.

Yo_22:56
Ya claro, y de paso salgo con las zapatillas de
ir por casa.

Alan_22:57
Venga va, y así te presento a mis colegas.
Cámbiate si quieres, pero no te rajes, tus padres

no se tienen por qué enterar.

Lo pienso durante unos instantes y…. bufo. Tanto mis padres como Ana ya deben de estar durmiendo en sus habitaciones, inconscientes de lo que hago y dejo de hacer. Me levanto rápidamente de la cama y me pongo un conjunto de chándal cómodo y unas zapatillas.

Yo_22:59
Bueno vale, ya voy.
En menos de 10 min estoy allí.

Bajo rápidamente a la planta de abajo de la forma más silenciosa que puedo, me pongo la chaqueta y cojo las llaves, lo último que querría ahora es olvidarme las llaves de casa y no poder entrar después, esa sería mi sentencia a una muerte segura.

La calle está solitaria, a excepción de algunos coches que pasan a gran velocidad por la carretera, y el silencio se me hace agradable, cosa un tanto extraña, ya que en casa se empieza a hacer insoportable, pero una vez me encuentro fuera, agradezco que el barullo de gente cese y envuelva el ambiente de una tranquilidad casi absoluta.

Es cierto que el parque en el que están Alan y sus amigos se encuentra muy cerca de mi casa, de hecho, tan solo dos calles más allá.

Se me revuelve el estómago al pensar en esos tres chicos que estaban con él. Puede que si hubiera alguna chica me sintiera menos intimidada, o no.

Al llegar, el parque está casi igual de solitario que las calles, a excepción de la silueta de una persona sentada en un banco, dándome la espalda. Repaso con la mirada todo el lugar, no hay nadie.

Me extraña no encontrar a ninguno de los tres chicos con los que Alan estaba hace apenas unos minutos, así que me acerco lentamente a la persona del banco, rezando internamente porque sea Alan y no ningún desconocido.

…

—Ya he llegado. —Reconozco de inmediato los anchos hombros de Alan al acercarme.

—Buenas noches. —Se gira hacia mí y me deja un lugar en el banco donde sentarme.

Me quedo mirando el espacio vacío a su lado durante unos segundos y después le sonrío y me siento, abrazándome con los brazos para entrar en calor.

—Pensaba que estabas con unos amigos.

—Ya… Se han tenido que ir hace unos minutos, les ha surgido una emergencia.

—¿A todos? —Abro los ojos un poco intrigada ante la coincidencia.

—Esos cabrones son como culo y mierda, van juntos a todas partes.

Me río ante el comentario brusco hacia sus amigos y niego con la cabeza.

—En ese caso me podrías haber avisado y no habría hecho falta que te quedaras aquí solo esperándome, ya nos hubiéramos visto otro día.

—Está bien, tranquila. Además, no me apetece volver a casa aún.

—Ah, pues entonces ¿qué hacíais aquí los cuatro?

Alan se pasa la mano por la cabeza apenas despeinándose el pelo cortísimo que le cubre.

—Bueno, esos tres se estaban fumando un porro, este sitio está bien para hacerlo a estas horas de la noche, no suele pasar nadie, ni siquiera la policía, y yo… pues simplemente les he acompañado. —Alan se encoge de hombros y me mira expectante.

La verdad es que no me habría sorprendido que él también admitiera que fuma, después de todo.

—En realidad, si te soy sincera, no estaba preparada para conocerlos, por ahora. —Me sonrojo un poco al decirlo.

—Demasiadas personas de golpe, ¿no?

—Ni te lo imaginas, tal vez no parece que sea para tanto, pero mi lista de conocidos ha crecido considerablemente.

Alan se ríe conmigo, es agradable escuchar nuestras risas en medio de tanto silencio y tranquilidad. Siento como los huesos y los músculos de mi cuerpo se relajan y mi respiración parece acompasarse.

El ligero viento sacude mi pelo formando ondas irregulares alrededor de mis hombros, y me lo coloco peinándome con los dedos, procurando no alborotarlo demasiado.

Me fijo en Alan a mi lado, parece tranquilo observando el oscuro cielo tapado por algunas nubes grises de formas cambiantes.

—Echaba de menos hacer esto.

Lentamente suelta aire de la boca formando una nube de vaho que acaba danzando sobre nuestras cabezas.

Repito su gesto y al final acabamos los dos formando pequeñas nubes de vaho alrededor de nuestros cuerpos, cosa que me hace pensar que parecemos dos críos pequeños pasándonoslo bien con algo tan simple como expulsar aire por nuestras bocas.

—Yo también, solía jugar a esto cuando era más pequeña.

—Me refería a estar en mitad de la noche sentado, mirando el cielo.

Lo observo nuevamente, sigue teniendo su mirada clavada en el oscuro cielo.

—Es muy tranquilo —termina.

—Casi demasiado para ser verdad.

Me mira, haciendo que nuestras miradas coincidan, y sonrío tímidamente.

—Sí.

—Algunas veces, sobre todo en verano, cuando mis padres no están en casa o duermen, salgo al jardín, me tumbo en una de las butacas y me quedo mirando las estrellas durante horas.

—Tienes suerte, yo vivo en un piso en el que apenas cabemos seis personas, con suerte tenemos una pequeña galería donde está la lavadora.

Alan se ríe cuando acaba de decir eso y yo me uno a él, aunque de una manera mucho menos alegre.

—¿Seis?

—Tengo tres hermanos.

—No tenía idea.

—Tranquila, mi padre vive en Bélgica y mi madre llegó aquí apenas cuando yo tenía tres años y estaba embarazada de Lucy. Después de unos años mi madre se casó con mi padrastro y, ya ves, ahora somos seis en la familia.

Lo analizo unos segundos sin saber muy bien lo que decir, en ningún momento he podido notar que se sintiera afectado o incómodo al explicarme todo eso, pero no sé si es porque guarda muy bien sus emociones o porque este tema no le afecta.

—Lo siento.

—No tienes por qué, mi padre era un capullo, se dedicaba al tráfico de drogas y, como imaginarás, él también las consumía.

Siento que es demasiada información en muy poco tiempo y no sé cómo sentirme al respecto, nuevamente me siento agradecida de que se exprese tan abiertamente conmigo, pero a la vez me pregunto cómo ha sabido que yo era la persona adecuada para explicarle su pasado sin tapujos.

Creo que a mí me hubiera costado mucho explicarle a alguien a quien apenas conozco que mi padre es un drogadicto y que además trafica con sustancias prohibidas.

—Entonces me alegro de que te alejaras de allí con tu madre.

—Gracias, supongo —dice, regalándome una gran sonrisa.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —La verdad es que ahora empiezo a encajar algunas pequeñas piezas, o eso creo.

—Claro, dime.

—¿Por eso no fumabas con tus amigos?

—¿Sabes? Eres más inteligente de lo que pensaba, dependienta.

—Gracias… Supongo.

Nos quedamos en silencio un rato sin saber muy bien qué decir. Alan vuelve a dirigir sus ojos al cielo, aunque no se me escapan algunas miradas que me echa de reojo.

El frío me cala los huesos y decido levantarme y caminar en círculos delante del banco, como una boba.

—En realidad, tiene que ser divertido vivir con cinco personas en un piso tan pequeño —le digo alzando ambas cejas, intentando chincharle.

—Tiene sus momentos, sin duda, pero ni te imaginas lo estresante que puede llegar a ser cuando quieres tu espacio.

Me río abiertamente con él, esto es más agradable de lo que pensaba a pesar de todo.

—Oh, vamos, no puede ser tan malo.

—Créeme, sí que lo es, más aún cuando quiero meter a alguna chica en casa.

Su mirada me penetra el alma con la intensidad que dirige hacia mí, haciendo que se me corte un poco la respiración y esté a punto de olvidarme de pestañear.

El recuerdo de Claudia explicándome que Alan le había dicho que yo le parezco muy guapa me viene a la mente inmediatamente. ¿Alan habrá pensado en mí como en una de las chicas que cuela en su casa? ¿Entrará en sus planes que yo sea una de esas chicas?

Trago saliva e intento calmar mis nervios inminentes sentándome en un columpio que se encuentra apenas a unos pasos del banco y me mezo lentamente.

—¿Es un problema que se te presenta muy a menudo? —le pregunto con una sonrisa de medio lado, intentando que no parezca una pregunta muy seria.

—Me temo que eso no te lo puedo decir, dependienta. Te llevarías una gran decepción sobre mí.

—La verdad es que no sé cómo interpretar eso, Alan. —Los dos comenzamos a reírnos mientras él niega con la cabeza.

¿Eso que se supone que significa? ¿Qué lleva a tantas chicas a la cama que teme que salga de aquí escandalizada o que ocurre menos veces de las que le gustaría?

Continúo columpiándome, sintiendo como el sueño se va apoderando poco a poco de mí.

—Al final ha estado bien la noche, gracias por animarme a salir, lo necesitaba.

—No hay problema, siempre que te quieras escapar, dependienta, avísame. —Me guiña un ojo para después sonreír ampliamente.

—Lo tendré en cuenta, mientras tanto me iré a la cama, que estoy agotada.

—Está bien, yo me quedaré un rato más aquí, avísame cuando llegues a casa.

—Muy bien. Buenas noches, Alan.

—Buenas noches, dependienta.

Me despido con la mano y comienzo nuevamente el camino hacia casa.

Mientras camino pienso en el contraste de vidas entre Alan y yo. Él, que vive con cinco personas en un piso diminuto, pide a gritos privacidad. Yo, que vivo con tres personas más en casa, empiezo a estar cansada de sentirme tan sola en mi hogar. Podríamos hacer un intercambio, pienso, podría vivir en su piel durante un día, aunque sea, y así sentirme dentro de una familia.

Cuando llego a casa intento ser lo más sigilosa posible y finalmente, cuando ya estoy tumbada en la cama y el sueño a punto de apoderarse de mí completamente, recuerdo a Alan.

Yo_24:01
Ya estoy en casa.

Alan_24:03
Descansa dependienta.

Capítulo 18

¿Cómo dejas escapar algo que llevas buscando tanto tiempo?

Alan

Si alguien sabe de preocuparse por una persona que ha demostrado que ese sentimiento no era reciproco, es Alan.

Habían pasado demasiados años desde la última vez que vio a su padre, demasiado tiempo como para recordar su rostro con nitidez. Ni siquiera aquella foto archivada en uno de los álbumes que su madre coleccionaba, la única en la que él aparecía y que aún conservaba, lo retrataba con exactitud.

En el momento en el que se hizo la fotografía, giró la cabeza para mirar hacia otro lado, por lo que su cuerpo sale en movimiento y, por ende, borroso.

Ahora, Alan aprovecha la tranquilidad de la noche para repasar el borde desgastado de la fotografía bajo la oscuridad de su dormitorio.

¿Se acordará de él?

¿Alguna vez habrá pensado en salir a buscarlo?

Todo pasó muy rápido, las discusiones entre sus padres crecieron junto a él como si se tratara de la continua banda sonora de su vida, hasta que un día todo cambió.

Debían de ser las tres de la madrugada cuando su madre lo levantó de la cama entre susurros y besos en las mejillas. Un par de maletas se encontraban en la entrada del pequeño piso en el que vivían.

«Vamos a jugar a un juego», susurró mientras se llevaba los dedos a los labios.

Hacer el menor ruido posible mientras salían a hurtadillas del que hasta el momento había sido su hogar. Pasó demasiado rápido, piensa a menudo, tanto que apenas tiene recuerdos de lo sucedido después, aunque no sabe si eso se debe a que estaba tan cansado que no pudo ser consciente de lo que verdaderamente estaba pasando o a que, ahora, tiene la mente tan nublada y dispersa después de un par de horas fumando con su pandilla de amigos que le resulta inútil esforzarse por recordar qué fue lo que sintió en ese momento.

Sea como fuere, hay algo que ahora tiene claro.

El sentimiento nunca ha sido tan real para él como ahora, cuando sabe que tiene la mente más despejada que nunca. Cuando cree que todos sus pensamientos son coherentes y que el mundo se ha puesto en su contra.

Lo echa de menos, sí. Le hubiese gustado tener a su padre a su lado; sin embargo, no puede evitar saborear la ira cada vez que su rostro aparece en su cabeza.

Porque no luchó por volver a él.

Porque cuando estuvieron juntos, nunca supo demostrarle su amor.

A veces piensa que llegó a amar cada parte que le aterrorizaba de su padre.

Y, después, se esfumó de su vida como la hoja que es arrastrada por el viento y no vuelve nunca al árbol al que antes pertenecía.

Le queda su madre, piensa. La quiere, claro, pero también se odia por eso. ¿Cómo puede quererla después de apartarlo de su padre sin explicarle lo que realmente estaba sucediendo?

Sabe que lo hizo por su bien, por el bienestar de ambos. Sin embargo, eso no ha impedido que, en la mayoría de ocasiones, la haya culpado por sentirse perdido, incompleto.

Lo separó de algo que, aunque doliera, había formado parte de él, y ya solo puede sentir vacío.

Por eso, ahora que ha conocido a Melody no puede dejar de pensar en ella.

En lo que representa para él.

Entre ocho mil millones de personas que hay en el mundo es posible que, a lo largo de tu vida, no encuentres a nadie con quien realmente te sientas identificado. Alguien que parezca ser la otra mitad que sabes que siempre te ha faltado. Un igual que te hace sentir menos solo, menos incomprendido.

Por ese motivo, Alan supo, en el momento en el que vio a Melody, que ella era su igual, y el encuentro que han tenido en el parque, hace lo que ahora le parece una eternidad, tan solo ha conseguido confirmar ese nuevo conocimiento.

Puede ver el dolor en sus ojos como un reflejo de lo que se esconde en su interior, en el de ambos.

Así que, sí, tiene una firme idea de lo que debe hacer ahora. Cualquier cosa para mantenerla a su lado, para poder sanar de una vez por todas.

Capítulo 19

Sentirte arder

Alexitimia
Incapacidad de expresar tus emociones o sentimientos verbalmente.

Melody

Las sábanas se me pegan a las extremidades por el frío sudor que recorre mi cuerpo cuando me despierto a causa de la molesta alarma.

Siento todos y cada uno de mis músculos agarrotados, clamándome que descanse durante unos minutos más antes de levantarme y comenzar el nuevo día. No obstante, los recuerdos de lo que sucedió un rato antes de mi escapada nocturna hacen que mi cuerpo se active completamente y, de un salto, me pongo en pie, preparada para salir corriendo de casa.

En cuanto mis pies tocan el frío suelo, me mareo levemente por el brusco movimiento y me llevo una mano a la cabeza para calmar el fuerte pinchazo que poco a poco se extiende hasta mi mejilla.

Mis dedos finalmente acaban rozando esa zona de mi piel, que escuece y, rápidamente, los aparto de ella. El recuerdo de mi madre abofeteándome aparece ferozmente en mi mente y me impulsa a ir con pasos ligeros hacia el baño.

—Joder…

Mi imagen frente al espejo me asusta de tal manera que, inconscientemente, doy un paso hacia atrás como si quisiera alejarme de la chica que se ve reflejada.

Mi mejilla está cubierta por un extenso morado que crece hasta llegar a la parte inferior de mi ojo, cada vez menos azulenco, causando una leve inflamación que deforma casi por completo el lado derecho de mi cara.

No es tan grave como si me hubieran pegado un puñetazo, pienso.

Me acerco lentamente hacia el espejo para observar mejor la imagen, se puede distinguir débilmente la marca de algunos dedos de mi madre y, para empeorar la situación, la luz amarillenta que emiten las pequeñas bombillas que cuelgan del cristal hace que mi rostro se vea tremendamente peor y que mis ojos hinchados y rojizos por las lágrimas acumuladas me hagan ser dolorosamente consciente de lo que en realidad pasó anoche.

Clavo mis uñas fuertemente en las palmas de mis manos, intentando liberar la rabia que empiezo a sentir creciendo en mi interior. Quiero gritar, arañarme el cuerpo, la cara, mi mejilla dolorida, romper el espejo que se encuentra a apenas unos centímetros de mí para así borrar por completo mi propio reflejo.

Los odio.

Sobre todo a mamá.

Aumento la presión contra mi piel, sintiendo el primer pinchazo de dolor y escozor, pero no me alivia, no me hace alejarme de todo, de la realidad, simplemente hace que la imagen de la mano de mi madre en mi cara se incruste cada vez más en mi cabeza.

Respira.

Lo intento, de verdad que lo intento. Me concentro en expulsar todo el aire que tengo en los pulmones y en tomar una gran bocanada que me tranquilice, pero soy incapaz, y un extraño resoplido acaba saliendo de mi boca mientras la presión de mis uñas contra la piel se hace todavía más presente.

Es inútil, no puedo y, al final, en un arrebato, acabo llevando mi mano a la zona azulada de mi cara y tiro de ella con fuerza, como si quisiera arrancarme esa parte de mí por completo.

Lo único que acabo consiguiendo es que un intenso dolor estalle por toda la zona derecha de mi cara y que las lágrimas que inundaban mis ojos salgan disparadas y comience el escozor en la zona cada vez que se deslizan sobre ella.

Pierdo el control, lo noto en cada fibra de mi piel, en el cosquilleo que recorre las puntas de mis dedos pidiéndome a gritos que me arañe el cuerpo, que mis manos presionen tan fuertemente mis muslos y mis bíceps que acaben grabando en ellos pequeñas marcas rojas.

Cierro los ojos pensando en todas las veces que, encerrada en mi cuarto o en el baño, lo he hecho, lo cual solo empeora las cosas, pues el hábito hace que el acto sea algo mucho menos complicado, tan solo unos pequeños movimientos, despejar la mente, centrarme en sentir el dolor que me causo a mí misma para, así, después, poder abrir los ojos que han permanecido todo el rato cerrados y sentirme mucho más aliviada.

Pero no puedo, mejor dicho, no debo.

Una vocecita en mi cabeza me grita que no lo haga, que intente con más fuerza normalizar mi respiración, que me relaje.

Vuelvo a intentarlo, agarro con fuerza el lavabo hasta que mis nudillos se vuelven blancos y, después, un leve grito apenas audible acaba saliendo de mis labios, dejándome completamente exhausta.

Acabo apoyando mi espalda en la pared de enfrente del espejo y me deslizo al suelo permitiéndome sentir cómo el frío destensa mis músculos.

No puedo hacer otra cosa más que abrazar mis piernas y hacerme una especie de ovillo mientras de mis labios sale inconscientemente la melodía de la canción de mi abuelo y me repito como si fuera un estúpida mantra las mismas palabras: lo has conseguido.

…

Mientras conduzco por las carreteras de Liverpool pienso en que esta debe de ser una de las pocas veces en las que he cogido el coche por gusto, sin tener que pensármelo demasiadas veces, pues aunque he invertido el tiempo que normalmente utilizo para desayunar por las mañanas maquillándome la cara con la intención de ocultar el moratón y hacer que la inflamación pase desapercibida, no me atrevo a salir a la calle arriesgándome a que alguien perciba lo que intento ocultar.

Además, llegaba tarde y me alegra poder decir que el silencioso trayecto me está ayudando a tranquilizarme y a pensar que tal vez me podría haber ahorrado el espectáculo de esta mañana, debería aceptar las cosas tal y como son, de esta manera sería mucho más fácil coexistir con las personas que me rodean.

Cuando aparco cerca de Sopa de Letras, salgo del Fiat y antes de encaminarme hacia la puerta de la tienda, compruebo en el retrovisor que el maquillaje continúe haciendo su función.

Parece que funciona.

No es para tanto.

Separo las uñas de mi piel, las cuales había incrustado en un acto reflejo.

Solo pido una cosa, que ni a Egan ni a nadie que conozca se le ocurra presentarse en la librería durante mi jornada, ni siquiera a Tamara, por mucha ayuda que necesite al ser sábado.

…

—¿Eso es todo?

El cliente me mira impaciente.

—Sí, claro, disculpe. Aquí tienes.

—Gracias.

—Que pase un buen día.

Llevo toda la mañana perdiendo la noción del tiempo y quedándome embobada sin pensar en nada en concreto. No quiero estar aquí, solo quiero que la hora y media de jornada que me queda termine con urgencia y así pueda marcharme de una vez por todas a casa para ponerme hielo en la mejilla y, tal vez, tomarme una aspirina, pues los pinchazos de dolor cada vez son más constantes.

Al fin la tienda se ha quedado completamente en silencio, no hay nadie.

Las estanterías están en orden y limpias, la mesa de juegos para los niños casi ordenada y el suelo barrido (aunque más tarde tendré que darle otro repaso), así que solo me queda sentarme en la silla de detrás del mostrador y dejar que pase el tiempo.

Saco el móvil del bolsillo trasero de mis tejanos y lo enciendo, tengo varios mensajes de texto sin leer en la bandeja de entrada. La verdad es que no se me había pasado desapercibida la vibración del móvil durante la mañana cada vez que me llegaba un mensaje, pero he estado demasiado ausente u ocupada como para acordarme de mirarlo.

Cuando veo los últimos mensajes recibidos se me seca la boca y, por primera vez en el día, me siento un poco viva, real.

El nombre de Egan en la pantalla me arranca una sonrisita de los labios y noto un ligero cosquilleo en el vientre que me hace querer darme prisa por saber qué me ha dicho.

Mi dedos viajan velozmente por la pantalla hasta su chat y, cuando leo sus mensajes, comienzo a sentir que el corazón se me acelera de una manera tan estúpida que me quiero dar golpes contra el mostrador para quitarme la ridícula sonrisa de la cara, pues el hecho de estirar mis labios hace que la mejilla me arda con más intensidad.

No obstante, eso queda en un segundo plano, solo puedo pensar en un «se ha acordado de mí».

Egan_11:02
Esto Es Solo Para Decir:
Me he comido
las ciruelas
que estaban
en la heladera
y que
seguramente
habías apartado
para el desayuno.
Perdóname,
estaban deliciosas,
tan dulces
y tan heladas.

Egan_11:02
Algunos médicos también escriben poemas.
Es de William Carlos Williams.

Quisiera estallar en carcajadas, de verdad, pero hay dos motivos que me lo impiden. El primero es que creo que si hago el mínimo intento de reírme, la mejilla me dolerá de una manera que no creo ser capaz de soportar. La segunda es que me he quedado completamente en blanco al leer ese poema.

Por dentro…, por dentro todo son emociones que no puedo describir ni expresar. Emociones que se arremolinan en mi interior, haciéndome aún más consciente de este momento, de este mensaje.

Solo puedo limitarme a sentir el agradable calor que poco a poco se me está haciendo familiar cuando se trata de Egan y estrujarlo con todas mis fuerzas, como si fuera la única ancla que me mantiene estable en una realidad lejos de la que vivo en casa.

Yo_12:05
Lo has buscado expresamente??

…

Parece que la aspirina ha surtido efecto y lo cierto es que mi mejilla está mucho menos inflamada que cuando he llegado a casa y, lo mejor de todo, los pinchazos insoportables han desaparecido.

Estoy tumbada en el sofá, con los pies apoyados en el reposabrazos, sin saber muy bien qué hacer. No me apetece leer. Hoy es uno de esos días en los que el bloqueo lector se apodera de mí de una manera arrolladora. Apenas he intentado leer el primer párrafo de mi lectura actual y mi mente ya estaba divagando y rememorando todo lo que pasó anoche, y cuando no estaba pensando en lo desastrosa que es mi vida, no podía evitar entrar en el chat y comprobar si Egan me había contestado al mensaje.

Lo mejor de todo: estoy sola. Mis padres en el trabajo, mi hermana en la universidad y yo con la única compañía de mi gata,

que se encuentra tumbada en el suelo a los pies del sofá.

Verla tan tranquila, ausente, sin la menor preocupación por nada me hace entrar en paz a mí también. Le acaricio el lomo suavemente, no quiero molestarla y que se aleje. Su pelaje blanco a menudo se parece a una blandita nube, pero ahora, por la postura en la que está y con su tranquila respiración, que hace que su cuerpo suba y baje ligeramente, tengo la impresión de que es una copia exacta de una bola de algodón.

Después de un rato decido levantarme a prepararme un café, pues el sueño comienza a apoderarse de mí y lo que menos quiero ahora es que cuando lleguen mis padres a casa me encuentren dormida en el sofá. Dar pie a una nueva discusión es lo que menos necesito en estos momentos.

No he dado ni dos pasos hacia la cocina cuando mi móvil comienza a vibrar indicándome que tengo una llamada entrante.

Al mirar la pantalla veo el nombre de Alan y siento una pizca de emoción y curiosidad por saber por qué me está llamando.

Finalmente, acabo descolgando la llamada justo antes de que termine y oigo su voz a través de la pantalla:

—Ey, dependienta, ¿qué tal?

—Hola, Alan, bien, ¿y tú?, ¿pasa algo?

Lo cierto es que no sé muy bien por qué Alan ha decidido llamarme, el primer pensamiento que se me viene a la cabeza es que ha pasado algo y quiere contármelo.

—Nada realmente, estaba aburrido y te he llamado para saber cómo estaba mi dependienta favorita. —Escucho su risa después de esas últimas palabras y lo cierto es que me la contagia, haciendo que me duela un poco la mejilla.

—Ah, bueno, me siento halagada, debes de conocer a muchas dependientas, supongo.

—No tantas como me gustaría, pero estoy seguro de que tú eres mi favorita.

Vale, está demasiado… ¿amable? Pero me da igual, la verdad es que me está sirviendo de mucho esta llamada, estoy comenzando a despejarme y además, esta faceta de Alan no me acaba de disgustar, es divertido.

—Gracias, supongo.

—¿Te has sonrojado? —Alan suelta de golpe con un retintín en la voz que evidentemente hace que me sonroje ante la pregunta.

—Claro que no.

—Sí, sí, lo que tú digas…

Me quedo en blanco sin saber muy bien qué decir, no estoy muy segura de querer continuar con lo que parece ser este tonteo, pero aún menos me apetece introducir la conversación en uno de esos momentos incómodos en los que nadie habla.

—¿Qué estabas haciendo? —finalmente digo.

—Pues hace poco he llegado a casa después de salir a correr un rato y ahora estaba tirado en la cama. —Se ríe después del comentario.

—Que envidia, al menos tú has sido mucho más productivo que yo.

—Deberías venirte un día a correr conmigo.

La simple idea me horroriza. El deporte nunca ha sido lo mío, especialmente correr. De hecho, mi profesor de educación física más de una vez tuvo que hacerme parar en sus clases de atletismo por miedo a que me pasara algo.

—Ni en sueños, eso sería lo último que haría, apenas duro dos minutos seguidos corriendo.

Sus carcajadas me hacen reír a mí también. Me alegra que la tensión que por mi parte sentía al principio de nuestra relación se

haya acabado disipando y también me alegra que esto pueda llegar a ser una amistad reconfortante.

—Muy bien, entendido, nada de correr.

—Trato hecho.

—Entonces… ¿Qué hacías?

—Pues justo ahora me había levantado del sofá para…

Alan me interrumpe dejando las palabras en mi boca.

—No lo digas, que lo adivino. Estabas… —se calla un momento pensando en qué decir y después de unos segundos vuelve a hablar — yendo a buscar un libro para leer.

—Has fallado. —Me río y él lo hace conmigo.

—Vale, a ver, no me tomes por un mal pensado, pero ¿ibas al baño?

—¿Qué? No —definitivamente esta llamada ha animado mi tarde —, te quedan dos intentos, ni uno más.

—Vale, déjame pensar…

Justo en ese momento recibo una notificación que lleva el nombre de Egan.

Inconscientemente, la conversación con Alan pasa a un segundo plano cuando leo el mensaje que me ha enviado. El cosquilleo en mi vientre aparece con fuerza de nuevo, una sensación que últimamente empiezo a asociar con Egan y los nervios que parecen acumularse en mi garganta.

Egan_17:18
Las clases en la uni dan para mucho, son
jodidamente aburridas.
Me diste qué pensar con lo de que te gusta
escribir poemas
y me ha entrado la curiosidad.

No sé si lo que esperaba como contestación es otra señal de que Egan sigue pensando en mí y puede que de una forma más que relacionada con la amistad, pero si algo es seguro, y eso ya me llena de una extraña pero acogedora satisfacción, es que puedo afirmar que, aunque sea en uno de los momentos donde está tremendamente aburrido, Egan ha estado pensando en mí.

Estoy a punto de contestarle cuando una voz irrumpe en mis pensamientos.

—¿Melody? ¿Sigues ahí?

Maldigo mentalmente, el mensaje de Egan me había hecho desconectar por completo y la llamada con Alan se me había olvidado. Me siento mal al instante, no es justo que Alan quiera mostrar un poco de interés por construir una nueva relación de amistad, que muy en el fondo necesito, y yo le dé la espalda por un simple mensaje.

—Sí, sí, lo siento, me he despistado.

—Tranquila, te estaba diciendo que apuesto que estabas yendo a por un café.

—¡Bingo! De hecho, me lo voy a hacer porque con la llamada me has entretenido y al final me he quedado a mitad de camino.

Aprovecho para contestar el mensaje de Egan, no quiero que vea que he leído el mensaje y piense que no le voy a contestar.

¿Qué debería decirle?

Tal vez…

Yo_17:24
Bueno, siempre que te aburras y te acuerdes
de mí
puedes enviarme un poema de algún
científico con el sueño frustrado de ser escritor.

Cierro el chat rápidamente avergonzándome inmediatamente del mensaje que le acabo de enviar a Egan… pero en realidad ahora mismo no hay otra cosa que me haga más ilusión que la posibilidad de que vuelva a enviarme otro poema.

—Listo. No sabes lo que necesitaba este café, la tarde se está haciendo demasiado larga.

—A mí en realidad demasiado corta, esta noche me espera una cena con mi familia, todos bien juntitos.

—Y eso no está bien, ¿por qué…?

—Digamos que el novio de mi madre y yo no tenemos muy buena relación.

—Vaya, lo siento mucho.

—Tranquila, por lo menos ahora veo más feliz a mi madre, eso ayuda a sobrellevar las cosas.

De repente, un pinchazo de tristeza se apodera de mí, como si me hubieran clavado una daga sin previo aviso. Conozco bien la sensación de no llevarte bien con tus padres, de no poder sentirte a gusto con ellos, aunque en su caso sea con su padrastro.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco tengo muy buena relación con mi padre, bueno, en realidad no tengo buena relación con nadie de mi familia.

Su risa inunda la llamada, aunque esta vez con un tono mucho más leve.

—Vaya, resulta que somos las ovejas negras de nuestras familias.

—Estoy completamente de acuerdo, sin duda.

Como si me hubieran oído, recibo una nueva notificación en el móvil. Esta vez, cuando lo miro, es de mi madre, la cual me dice que esta noche ceno sola en casa, parece que mi padre y ella van a llevar a Ana a cenar fuera.

Respira hondo, Melody.

Cierro fuertemente los ojos intentando tranquilizarme, comienzo a sentir que me escuecen y no quiero ponerme a llorar, una vez más, porque mi familia no es capaz de incluirme en sus planes, y mucho menos quiero romperme mientras estoy en una llamada con Alan.

—Te deseo suerte entonces para esta noche, yo al menos ceno sola, mis padres y mi hermana cenan fuera.

Intento decirlo con el tono más alegre posible, como si en realidad no me destrozara saber que para ellos soy invisible.

Me digo a mí misma que mis sentimientos son contradictorios, pues cuando estoy con ellos lo último que quiero es someterme a la presión de estar todos juntos alrededor de una mesa, sin embargo, cuando hacen planes sin mí, sin consultarme, sin tenerme en cuenta, no puedo evitar sentir que el vacío en mi interior cada vez se hace más grande.

—Qué cabrona, ¿intercambiamos los planes para esta noche?

—Lo siento, pero no, creo que sería un poco violento.

Nos reímos unos segundos, lo que esta vez me ayuda a animarme un poco, y después nos quedamos en silencio.

No le doy mucha importancia, mientras tanto cojo una cuchara del cajón y remuevo con cuidado el café humeante mientras me dirijo de nuevo al sofá.

Cuando estoy a punto de sentarme, la voz de Alan vuelve a inundar la llamada.

—Yo… Melody, me gustas mucho.

Sin querer, hago un movimiento más fuerte del debido con la muñeca y unas gotas de café acaban salpicando a mi gata, que continuaba tirada sobre la alfombra y acaba de salir corriendo del salón.

«Melody, me gustas mucho…».

¿Alan ha dicho lo que creo que ha dicho? Sus palabras me toman por sorpresa, la garganta se me seca de golpe y me siento rígida en el sofá, sin saber muy bien qué decir.

—Melody, ¿estás ahí?

Le doy un sorbo corto al café para aclararme la garganta e intento contestar con lo primero que se me viene a la cabeza.

—Perdón, es que no sé si he oído bien lo que me has dicho.

Idiota, idiota, idiota.

—Bueno, la verdad es que aunque no nos conozcamos mucho, estos días me he estado fijando en ti y… creo que me gustas; en realidad, definitivamente me gustas.

Instantáneamente pienso en Claudia, ¿le habrá dicho algo a Alan sobre la conversación que tuvimos las dos en el sótano de su casa?

Joder, joder, no quiero que esta amistad que estaba empezando a formarse se estropee por culpa de la contestación que le vaya a dar a Alan, no quiero mentirle, no quiero ser dura con él, pero no puedo evitar pensar en Egan en estos momentos, cosa que me deja más claro que los sentimientos que tengo por este último cada vez son más sólidos, algo que comienza a aterrorizarme, pero que, sin embargo, confirman el hecho de que no puedo corresponder a Alan.

—Yo… Alan, verás…

—Lo sé, lo sé, es muy pronto y tal vez decirte esto por teléfono no ha sido lo más indicado, pero no he podido aguantarme.

—Es que creo que todavía no nos conocemos lo suficiente como para comenzar algo, además, creo que por ahora solo te puedo ver como a un amigo.

—Lo entiendo, Melody, no quiero meterte prisa, solo te pido que me des una oportunidad.

Los nervios comienzan a invadirme, ¿qué debo contestarle? La pura realidad es que no quiero darle una oportunidad, porque

aunque me cueste admitirlo, estoy comenzando a sentir algo por su mejor amigo, y esta llamada y su confesión no han hecho más que ayudarme a darme cuenta de mis sentimientos.

—Creo que deberíamos ir poco a poco, comenzar como amigos y ver cómo van sucediendo las cosas, ¿no crees?

Intento decirlo con el tono más tranquilo y dulce que puedo en estos momentos, no quiero herirlo, por supuesto que no, más aún cuando se está comportando tan bien conmigo.

—Está bien, pero quiero que sepas que acabaré conquistándote.

—Alan, de verdad que…

—Lo siento, tengo que irme, hablamos más tarde.

—Vale, está bien, pero…

—Adiós, dependienta.

Y cuelga sin dejar que termine de contestarle. No quiero que se haga ilusiones conmigo, apenas acabo de aceptar que comienza a gustarme Egan, el hermano de una de las chicas que se está convirtiendo en una verdadera amiga para mí, como para ahora decidir abrir un poco más mi corazón.

No quiero volver a sufrir. La cabeza comienza a dolerme, pues no dejo de rememorar la conversación que acabamos de tener. Solo quiero que las cosas sigan siendo normales como hasta ahora, solo quiero acabar de intentar integrarme completamente en el grupo y aclarar mis sentimientos por Egan.

Me tomo el café bastante rápido sin apenas saborearlo y subo a darme una ducha para intentar despejarme.

Alan me ha dicho que le gusto, y a mí me gusta su mejor amigo.

Capítulo 20

Reflejo

La tarde pasó de ser aburrida a una montaña rusa de emociones y sentimientos. La declaración de Alan, darme cuenta de que realmente estoy comenzando a sentir algo por Egan…

Lo cierto es que, aunque no me guste estar en compañía de mi familia, ahora, mientras espero a que llegue la pizza que he pedido para cenar, no desearía otra cosa que oír los comentarios absurdos de mi madre y mi padre y los cotilleos universitarios que le cuenta Ana a alguno de sus amigos mientras habla por teléfono.

Desearía que mi abuelo estuviera presente para poder hablar con él, para poder desahogarme con la esperanza de que me diera alguno de sus consejos, o simplemente me abrazara y me dijera que todo va a estar bien.

Leer hasta que el repartidor ha llamado al timbre ha sido la mejor opción, pues de lo contrario, hubiera estado pendiente todo el rato del teléfono para ver si había recibido una contestación de Egan.

Le pago lo correspondiente y, después de una mirada un poco insultante por parte del repartidor, le doy algo de propina antes de cerrar la puerta.

La pizza huele deliciosa, de hecho creo que ahogar mis penas en ella va a ser lo más acertado que haré hoy y eso me arranca una sonrisa, que nuevamente me recuerda la inflamación de la mejilla, la

cual he maquillado un poco para que mis padres no vean el moratón en el caso de que lleguen a casa antes de que me haya acostado.

Rememorar el golpe de mi madre es muy duro, no solo por el acto mismo, sino porque recordar ese momento conlleva recordar esos muchos otros que se asemejan entre ellos.

Al principio no me lo tomaba tan mal, dolía, evidentemente, un golpe dado por alguien de tu familia o alguien que quieres siempre duele mucho más, pero intentaba pensar en que era algo normal, algo puntual que solo sucedía cuando hacía algo realmente mal.

Asumía que me lo merecía, que era mi castigo por haberla cagado.

Pero con el paso de los años fui dándome cuenta de que simplemente hay personas que no logran ser aceptadas por los que la rodean, que por mucho que luche por querer formar parte de algo, en este caso de mi familia, no me abren las puertas de sus corazones.

…

Son casi las nueve de la noche y aún no tengo noticias de mis padres o de mi hermana, aunque a decir verdad, no espero que lleguen hasta bastante más tarde.

He aprovechado la ocasión para disfrutar del salón a solas y ver una película que hacía mucho tiempo que no veía, pero que desde siempre ha sido una de mis favoritas.

He visto *El club de los poetas muertos* tantas veces que he perdido la cuenta. Recuerdo que la primera vez me gustó tanto que no tardé en volver a verla a los pocos días con mi abuelo, no podía esperar a que él también la viera y me dijera que le había parecido.

Le encantó.

Desde entonces, siempre que pasaba alguna tarde en su casa, mientras merendábamos bizcocho de limón y ya nos habíamos aburrido de jugar a las cartas, nos poníamos a verla, viviéndola como si fuera la primera vez.

Supongo que es por eso por lo que todavía me gusta tanto, por el mero hecho de que al verla, por mucho que duela, el recuerdo de mi abuelo se hace más fuerte, me ayuda a recordar los buenos momentos que pude compartir con él.

…

El sonido del timbre me despierta de un fuerte susto. La película ha terminado hace un buen rato y el cansancio se ha apoderado de mí, de manera que estaba dormida en el sofá.

Rápidamente, me froto los ojos para despertarme e intentar que no se me note la cara de cansancio, apago la televisión y compruebo que todo está en orden, no quiero que mis padres puedan sacarle ninguna pega a algo de la casa.

Una vez está todo en su sitio, me dirijo con prisa hacia la puerta, no quiero hacerles esperar, y abro sin pensármelo dos veces.

Describir las emociones que se acumulan en mi interior al ver quién se encuentra en el porche de mi casa me resulta complicado, pues unas se mezclan con las otras, provocándome muchos sentimientos que me acaban desorbitando y haciendo que me cuestione muchas cosas.

—Hola, Melody.

—Alan, ¿qué haces aquí?

Ni siquiera sé por qué Alan sabe donde vivo hasta que el recuerdo de aquel día en que me acompañó a casa me viene a la mente.

—Lo siento, ¿quieres que me vaya?

—No, no, pasa, mis padres aún no han llegado de la cena.

Su altura y su musculado cuerpo se ven mucho más grandes dentro de casa, especialmente por la iluminación amarillenta de las luces. Su presencia impone, como si gritara por todo lo alto que está aquí presente.

—¿Qué haces aquí? —vuelvo a preguntar, mirándole esta vez a los ojos en busca de una respuesta.

—De verdad que lo siento, pero no aguantaba ni un puto segundo más con el novio de mi madre.

—¿Y te has largado de la cena? —La sorpresa se graba en mi rostro sin poder evitarlo. Yo jamás podría hacerle eso a mis padres, no porque no lo haya pensado muchas veces, sino por el miedo a las consecuencias.

—Sí, además, después de la conversación que hemos tenido esta tarde…, no podía sacármela de la cabeza, bueno, a ti no podía sacarte de mi cabeza, así que he venido.

Me quedo muda sin saber qué contestarle. Una cosa era intentar afrontar sus palabras a través de una llamada, donde parece que el mundo te da unos segundos extras de tu tiempo para poder pensar en qué contestar, y otra muy diferente era tener al chico que hace apenas unas horas me ha dicho lo que siente por mí delante de mí.

—Yo… yo… Alan, no sé si ha sido muy buena idea que vinieses. —Me da miedo esta situación, no sé cómo manejarla. Siento como el corazón se me acelera y mi cabeza empieza a dar vueltas intentando procesarla—. Además, mis padres pueden llegar en cualquier momento y no creo que les guste encontrarte aquí, a solas conmigo.

—No tardaré en irme, te lo prometo, pero deberíamos aclarar las cosas, ¿no crees?

Su mirada me traspasa con una sutileza que hace que se me erice el vello del cuerpo.

Se lo debo, desde que lo conozco siempre ha intentado acercarse a mí y hacerme sentir cómoda en su compañía, ahora no puedo simplemente pedirle que salga de mi casa, mucho menos cuando me ha dicho que le gusto y ha venido expresamente para hablar las cosas en persona.

Admiro su coraje por ello.

—Está bien, pero vayamos arriba a hablar… Ya sabes, por si llegan mis padres.

Había pensado en salir al jardín, un buen golpe de aire frío me hubiera ido fenomenal para aclarar mis ideas y ayudarme a pensar, pero realmente el tiempo es muy frío esta noche, así que le pido que me siga y subimos hasta mi habitación.

Es la primera vez que un chico entra en mi cuarto, probablemente lo más personal e íntimo de lo que disponga en estos momentos.

Su mirada recorre cada rincón con parsimonia, como si quisiera grabar cada detalle en su memoria y, cuando sus ojos se posan sobre la pila de libros, se acerca cuidadosamente, pasando sus dedos por cada uno de los lomos, haciendo que se me instale un extraño nudo en el vientre sin saber muy bien por qué.

Finalmente, acaba fijando su mirada en mi cama, la cual aguanta durante unos largos segundos que me hacen preguntarme qué se le debe de estar pasando por la cabeza en ese instante.

—Puedes sentarte, si quieres.

Ahora es a mí a quien mira y me sonríe ampliamente.

—Vale.

Yo, sin embargo, me quedo de pie para así poder disimular los nervios que me recorren las piernas de arriba a abajo.

—Alan.

—Melody.

Los dos decimos nuestros nombres a la vez haciendo que inmediatamente después nos quedemos en silencio con una sonrisa en los labios.

—Perdón —me disculpo—, tú primero.

—No, no, ¿qué querías decirme?

—Emm —bien, es el momento de hablar—, lo que quería decirte es que hacía mucho tiempo que nadie me decía que siente algo por mí y supongo que eso, en cierta forma, me ha hecho sentir viva. —Su sonrisa aumenta a medida que voy hablando, lo que me hace aún más complicado continuar—. Pero…

—Hay un «pero». —Sus labios vuelven a una línea recta y me parece ver como el brillo que hasta hace unos segundos iluminaba su mirada se apaga.

—Pero supongo que el problema de hacer sentir viva a una persona es que también avivas sus sentimientos y, en cierta medida, le haces darse cuenta de las cosas.

—No lo acabo de entender, dependienta.

Su expresión emana confusión y un poco de tristeza, aunque hace un leve intento de mostrar buena cara.

—Lo que quiero decir es que creo que siento algo por otra persona y es por eso por lo que esta tarde no he podido responderte diciendo que yo siento lo mismo por ti.

—Ya veo…

Los nervios empiezan a atascarse en mi garganta y las palmas de mis manos comienzan a sudar. Apenas sé cómo estoy hablando, solo sé que no le quiero hacer daño.

—No quiero herirte, Alan. Eres una de las personas que más ha intentado acercarse a mí desde que os conozco y me da miedo que esto pueda acabar con nuestra amistad, o al menos, la que estábamos formando. Pero no puedo mentirte.

Cuando acabo, espero una respuesta por su parte, algo, lo que sea que me haga saber que lo comprende, o no, pero necesito algo.

No obstante, tras unos segundos en silencio, sus manos se cierran en puños, con tal presión que sus nudillos se tiñen de un color blanco y, de repente, Alan comienza a llorar.

Unas lágrimas se derraman por sus mejillas lentamente, haciendo que el corazón se me encoja y que los nervios que sentía hasta hace un momento se disipen.

Sin demorarme me acerco a su lado, me siento en la cama y lo abrazo con la intención de poder proporcionarle algo de consuelo.

Sus sollozos hacen que su cuerpo se mueva al mismo tiempo que el mío y, buscando tranquilizarlo, acaricio su corto pelo con las puntas de mis dedos lo más suavemente que puedo.

—Lo siento, Alan, no quería hacerte daño.

Sus sollozos son su respuesta y sin poder evitarlo, las lágrimas comienzan a acumularse en mis ojos.

Hago un gran esfuerzo por no derramar ni una gota, no quiero hacerle sentir peor, pero el sentimiento arrollador de saber que siempre acabo haciendo daño a la gente me carcome. No quiero ser la causa de ese llanto, no puedo.

Solo se me vienen imágenes a la cabeza de todas esas veces en las que mis padres o mi hermana me han hecho llorar y sentirme devastada.

Puede que sea una de las peores sensaciones que puede experimentar una persona, sentirse devastada, abandonada por las personas en las que quieres confiar.

Por eso no puedo ser yo la causa de las lágrimas de Alan, no puedo permitirme saber que he hecho llorar a alguien, pues no puedo evitar igualarme a mi familia.

—Dependienta —su voz ronca rompe el silencio que se había formado y le abrazo un poco más fuerte para animarle a continuar—, no es solo por esto.

—Entonces cuéntame, puedes hablar conmigo.

Me separo de él, quedándome a su lado. Ya no brotan lágrimas de sus ojos y me mira con una profunda tristeza que vuelve a hacer que se me forme un nudo en la garganta.

—Estoy muy jodido, he venido aquí porque no soporto al inútil de mi padrastro. La tiene tomada conmigo, ¿sabes? Da mucho miedo, especialmente cuando mi madre y Lucy no están en casa.

—Lo siento mucho, Alan, debe de ser muy duro para ti.

—Estoy cansado de sus golpes, de no poderle decir nada a mi madre porque, por una vez, la veo feliz, aunque no acabo de entender por qué. Y en cuanto a Lucy, ella no ha conocido otro padre más que él…

—¿Tu padrastro te pega, Alan?

Su mirada se torna oscura y seria, como si el mero pensamiento o recuerdo le perturbara, haciendo que unas inmensas ganas de llorar me coman por dentro.

—Más de lo que me gustaría.

Y rompo en llanto, no de esos escandalosos en los que dejas liberar todas tus emociones, sino en uno de esos silenciosos que te devoran por dentro.

Resulta muy duro ver a alguien que está siendo maltratado por un familiar. Quiero abrazarlo, acariciarlo, hacerle sentir que no está solo en este momento, en este instante, me gustaría gritarle que le comprendo, que sé lo que se siente al ser tan gravemente rechazado por alguien.

Pero no puedo, hay algo dentro de mí que me manda guardar silencio y simplemente me limito a dejar que las lágrimas rueden por

mis mejillas.

Lo veo derrumbado sobre mi cama, manteniendo los puños cerrados, su pierna tambaleándose de un lado a otro. Me veo reflejada en él, mis uñas clavándose en las palmas de mis manos, mis piernas temblando.

—Te entiendo, Alan.

—No lo creo, dependienta.

Nuestras miradas conectan y, pese a que sus ojos están completamente rojos, puedo ver como desesperadamente busca algo de consuelo.

—Alan, de verdad que lo entiendo.

Y así, sin más, veo que en su mirada se dibuja un matiz de entendimiento, como si de verdad hubiera captado mi mensaje.

Puede que su situación sea mucho más grave que la mía, al fin y al cabo intento convencerme de que mi caso es la típica etapa juvenil en la que te sientes incomprendido por todo el mundo, esa etapa donde buscas desesperadamente un lugar en el que sentirte a gusto, pero, pese a esto, siento que puedo comprender cada uno de sus sentimientos.

Mis lágrimas cesan y noto como mi respiración se va tranquilizando poco a poco a medida que una sensación de confort se va instalando en mi interior.

Y es que es tremendamente desgarrador sentir como un acto tan cruel y triste puede unir a dos personas.

—Siéntate a mi lado.

Cuando lo hago, le cojo de la mano, acariciando sus nudillos con la intención de calmarlo, quiero que sepa que puede contar conmigo.

—Siempre que quieras desahogarte o huir de una cena familiar, puedes contar conmigo.

Alan me sonríe mientras con la otra mano se seca las lágrimas que aún caían de sus ojos.

—Gracias, dependienta.

Su expresión lo dice todo, puedo ver reflejado en sus facciones el agradecimiento que intenta demostrarme y no puedo evitar volver a sentir ese pinchazo en el pecho. Nadie debería sufrir lo que Alan está viviendo, nada es suficientemente justificable.

—¿Puedo hacer algo por ti ahora?

En la comisura de sus labios se dibuja una sonrisa tímida y sus ojos parecen recuperar el brillo natural que tenían antes de derrumbarse.

—¿Entiendes por qué me gustas?

—La verdad es que no lo acabo de comprender, Alan…

—Es muy sencillo, Melody. Apenas sé nada de ti, pero siento que tú me puedes comprender, siento que en el fondo somos iguales.

No puedo evitar pensar en que, tal vez, esté en lo cierto. Yo también he sentido esa sensación cuando Alan me ha expresado sus sentimientos. Ha sido como encontrar una imagen de mí misma en la que, pese a las diferencias, me puedo sentir identificada.

—Yo también lo creo.

Las palabras salen en forma de un susurro de mi boca, pero son suficientemente claras como para que a Alan se le borre por completo la expresión de tristeza que aún guardaba en su rostro.

—Por favor, dame una oportunidad. Deja que tú seas mi refugio y yo seré el tuyo.

Refugio.

Suena de lo más tentador. El hecho de poder refugiarte del mundo, de las personas que no son lo suficientemente valientes como para comprenderte, de aquellas personas que, aunque lo intenten, se quedan en la mitad del camino.

Me gustaría refugiarme de mi casa, de mi madre, de mi padre y de Ana. Poder abrir los ojos y no ver a nadie más que a mí misma, vivir en mi propio mundo.

—Llevo mucho tiempo buscando un refugio.

—Ya lo has encontrado, dependienta.

—No quiero hacerte daño, Alan.

—Si decides intentarlo conmigo, no lo harás.

Sin embargo, no puedo. No puedo prometerle a Alan que mi corazón puede llegar a ser suyo. Puedo prometerle mi confianza, ese refugio que pide a gritos, pero no más.

Cada vez que intento imaginarme junto a Alan como algo más que amigos, la imagen de Egan aparece en mi cabeza como una daga punzante.

Me he pasado la vida escondiendo mis sentimientos a todo el mundo, pero jamás me los he negado a mí misma. Los he vivido y sufrido en silencio, pero los he abrazado con los brazos abiertos.

Por eso, no puedo simplemente ignorarlos, hacer como si no existieran.

—Ya te he dicho que siento algo por otra persona.

Alan se zafa de mi mano, que aún sujetaba la suya, y se levanta de la cama. Comienza a dar vueltas por la habitación mientras cruza los brazos por detrás de su cabeza.

—¿Crees que con el tiempo podrías sentir por mí lo que sientes por esa persona ahora?

—¿Qué me estás pidiendo?

—Ya sabes lo que te estoy pidiendo, Melody.

Me encojo en mi sitio. Noto como el cuerpo se me pone ligeramente rígido y una extraña sensación de frío me recorre las puntas de los dedos.

No quiero prometerle eso. No puedo.

—No puedo prometerte eso, Alan. Yo…
—He pensado en suicidarme.

Capítulo 21

Solo por amor

Alan

Lo había hecho. Por fin lo había hecho. Creía haber encontrado la respuesta a ese sentimiento asfixiante que le envolvía cada vez que pensaba en su dependienta.

Está convencido de que la quiere, ¿qué otra cosa puede ser ese sentimiento que lo domina?

Quiere llevar el control de cada uno de sus movimientos, asegurarse de que todos y cada uno de ellos giran en torno a él, a ellos.

Para él, eso debe de ser el amor, el verdadero.

Un sentimiento tan fuerte que hace que sea imposible concentrarse en algo más que no sea ella cuando están separados, tan poderoso que lo hace enfurecer cuando piensa en que Melody podría desaparecer de su vida igual de rápido que ha aparecido.

Eso es el amor, sí, está seguro.

Verla le hace sentir seguro… a salvo.

Y no ve el momento de hacérselo saber. En su interior tiene la certeza de que esa es la única manera de mantenerla a su lado, de asegurarse de que no la perderá.

Sin embargo, aunque ha llegado a la conclusión de que presentarse en su casa en plena noche no ha sido una gran idea o,

al menos, no la más acertada, cree que de no haberlo hecho sus palabras no hubiesen surtido el efecto que buscaba.

Se ha declarado a ella hace apenas unas horas y, rápidamente, se ha dado cuenta del error que ha cometido al hacerlo.

Así que aquí está, en el dormitorio de Melody, esperando una respuesta de parte de la chica a la que acaba de dejar perpleja, sin habla.

¿Ha hecho lo correcto?

No lo sabe, tan solo es consciente de que, cuando Melody ha confesado sentir algo por otra persona, no ha podido evitar experimentar como todas sus esperanzas de sentirse comprendido se esfumaban, se le escapaban entre los dedos.

Así que ha recurrido a la única baza que le quedaba disponible: llegar a ella a través del dolor.

Le da igual que la chica que le gusta sienta pena por él.

Está dispuesto a ello si con eso logra mantenerla a su lado.

Hablarle de la relación que tenía con su padrastro, sin duda, ha sido una buena forma de llamar su atención. Nunca se había sentido cómodo ante su presencia, siempre lo había dominado el recelo cuando estaba junto a él, cuando veía que es la persona con la que su madre ha escogido rehacer su vida, olvidarse del pasado que ambos compartían.

En cierta medida, lo culpa por ello. Por hacer que su madre haya superado algo que él nunca podrá olvidar. O al menos, eso es lo que piensa día sí, día también.

Sus continuas discusiones, unas iniciadas por uno, otras por el otro, les hicieron en ocasiones llegar a las manos. Momentos en los que la ira dominaba el cuerpo de ambos y no encontraban otra forma de desfogar su frustración que no fuera a través de la agresión física.

Él nunca se quedó rezagado en ninguna de sus peleas.

Aunque eso no le aseguraba salir victorioso de ellas.

Pese a ello, pese a todo esto, ha habido momentos en los que ambos pudieron convivir sin llegar a odiarse, aparentar ser el padre y el hijo que, por un capricho del destino, están destinados a ser.

O al menos a actuar como tal.

«¿Tu padrastro te pega, Alan?».

«Más de lo que me gustaría».

Bien, no ha sido del todo sincero, pero tampoco ha mentido, simplemente ha decidido ocultar una parte de la verdad, evitando mencionar todas aquellas veces en las que él le devuelve cada uno de sus golpes, o aquellas en las que es él mismo quien inicia el enfrentamiento.

Pero ha conseguido captar la atención de Melody, ablandar su corazón.

Y, no obstante, parece no ser suficiente para que ella le prometa estar junto a él de la manera en que él desea.

Ella es única entre millones, no puede arriesgarse a que otra persona la aleje de su lado. Tiene que ser de él, sigue siendo una idea firme en su cabeza.

Así que ahora intenta convencerse de que las últimas palabras que le ha dirigido no tienen tanto peso como ha parecido cuando han salido de sus labios.

¿En qué momento se le ha ocurrido decir que ha pensado en suicidarse?

¿Piensa en la muerte? A menudo, especialmente después de sentir cómo la hierba corre por sus venas.

¿Ha pensado en ciertos momentos que sería una buena solución a todos sus problemas? En repetidas ocasiones. Sin embargo, lo ve como una idea fantasiosa que ni siquiera le parece posible alcanzar.

Por lo que, ¿a qué ha venido esa confesión devastadora?

No lo sabe, pero se esfuerza por asumir el papel que él mismo se ha impuesto, el de una persona que se ha rendido, que no tiene esperanzas.

Y, mientras tanto, mientras observa las mejillas húmedas de Melody, se autoconvence de que todo lo que está haciendo es por amor.

Solo por eso.

Capítulo 22

Promesa

Melody

De nuevo un susurro lo suficientemente alto como para que resuene entre las paredes de mi cuarto.

Suficientemente claro como para que me hiele la sangre que corre por mis venas.

Suficientemente aterrador como para que, nuevamente, vuelva a aparecer el nudo en mi garganta y se me humedezcan los ojos.

Suficientemente cruel como para que, sin darme cuenta, mis piernas se dirijan hasta donde se encuentra Alan y mis manos tomen su rostro a modo de súplica.

—No vuelvas a pensar eso, Alan, por favor.

—Lo he intentado, pero es como una voz en mi cabeza que me repite esa idea en los momentos en los que estoy más jodido.

—Esa voz no puede ser más fuerte que tú.

—De verdad que lo intento, dependienta.

Su voz lleva consigo un matiz serio, sin ningún tipo de expresión que me diga lo que está sintiendo en estos momentos. Es como si Alan hubiera abandonado mi cuarto, como si su presencia se hubiera desvanecido.

—¿Qué pasa con tus amigos, con Egan, con Ruby, Amelia, Susie y Claudia?

—Ellos no siempre pueden estar ahí para mí.

—Las veces que hemos estado todos juntos te he visto cómodo con ellos, ¿no lo estabas?

—Eres la única que puede ayudarme, Melody.

El hecho de que no haya contestado a mi pregunta se me olvida de un momento a otro en el instante en que dice que yo soy la única que puede ayudarle.

—¿Cómo?

—Ya lo sabes.

Observo su cuerpo rígido, sus brazos estirados a ambos lados de su cuerpo. Su mirada y su rostro sin ningún tipo de expresión.

¿En qué momento he pasado de ser invisible a convertirme en el ancla de una persona? ¿Cuál ha sido el momento en el que, literalmente, la vida de una persona ha sido puesta en mis manos?

Quiero ayudarle. No puedo permitir que Alan se haga daño a sí mismo. Me imagino a mí misma en el rincón del baño, clavándome las uñas y arañándome hasta que las gotas de sangre recorren mi piel.

No puedo imaginarme a Alan haciendo algo así, incluso algo peor que eso.

No puedo permitir que alguien muera por mi culpa.

Siento como si la palabra «muerte» me persiguiera, como si, después de la muerte de mi abuelo, una parte de ella se hubiera quedado conmigo.

—Está bien, démonos una oportunidad.

—¿De verdad?

En ese momento parece como si la presencia de Alan volviera a hacerse latente en la habitación.

—Si esa es la manera en la que puedo ayudarte a alejar esos pensamientos de tu cabeza, lo intentaré.

—¿Seremos tú y yo? ¿Nadie más?

—Aún no puedo responderte a eso. No puedo hacer como si mis sentimientos no existieran.

—Lo sé. —Sus manos ahora acarician las mías, las cuales todavía están sobre sus mejillas.

—Comencemos por conocernos más, como amigos, ¿vale?

—Vale, pero prométeme que lo intentarás.

Quiero gritarle que no es tan fácil, pero reprimo ese pensamiento. No quiero herirlo más. Ni siquiera sé qué es lo que verdaderamente quiero, solo sé que debo ayudar a Alan, cueste lo que cueste, supongo.

Me da miedo prometerle eso y no ser capaz de cumplirlo, no ser lo suficiente fuerte.

—Sí, claro.

…

Alan se marchó un cuarto de hora después de eso. Estuvimos un buen rato abrazados. Solo podía limitarme a acariciarle la espalda en círculos mientras pensaba en qué hacer para hacerle sentir mejor.

Cuando nos despedimos, me dio un beso en la frente y se marchó.

Cerré la puerta y no pude evitar llorar rememorando todo lo que había pasado esa tarde. Pensando en que tal vez había hecho una promesa que no podría cumplir.

Lo iba a intentar, por mucho que doliera.

Mis padres y mi hermana llegaron una hora más tarde. Decidí encerrarme en la habitación, fingiendo que ya estaba dormida. No tenía las fuerzas suficientes para afrontarlos.

Ahora, no sé qué hacer más que dar vueltas en la cama. El frío cala mis huesos y, por mucho que me enrollo entre las sábanas, no puedo zafarme de él.

Al final, acabo cerrando los ojos con el objetivo de no pensar en nada, de desconectar mi mente durante unos minutos para así intentar conciliar el sueño.

Cuando comienzo a notar el peso del cansancio en los párpados, la vibración de mi móvil hace que vuelva a abrir los ojos.

Alan_24:07
Buenas noches, dependienta.

Yo_24:07
Buenas noches, Alan.

La pesadez de la tristeza vuelve a acariciar mi cuerpo, pero esta vez de una manera más tenue, como una vieja amiga a la que poco a poco vas aceptando.

Voy a dejar de nuevo el móvil en la mesita de noche cuando recibo una nueva notificación.

Egan_24:10
La verdad es que no se me ocurre ningún otro
científico que haya escrito algún poema que
valga la pena.
Pero ahí va uno:
«Hay almas a las que uno tiene ganas de
asomarse,
como a una ventana llena de sol». García Lorca.

Yo_24:12
«Dice estar muerto pero llora con ciertas canciones y se conmueve al filo de un libro. Él no está muerto, solo está infinitamente roto». Edgar Allan Poe.

Y las lágrimas vuelven.

Capítulo 23

Aguanta el equilibrio

Sueño con Lorca, con cómo me mira mientras escribe uno de sus poemas frente a mí. Detrás del escritorio de madera, deja de escribir con su pluma para mirarme a los ojos y decirme que soy la musa que siempre había buscado para su poesía. Después, continúa escribiendo con esa típica iluminación en su mirada que no indica más que otra cosa que la palabra «inspiración».

Parece que me paso horas observando cómo plasma palabras en tinta negra sobre la hoja de papel hasta que un ruido me despierta.

Por un momento, cuando abro los ojos, lo único que veo es oscuridad, hasta que mi vista se acostumbra y observo como la tenue luz de la luna y las farolas de la calle se filtran a través de mi ventana.

De nuevo ese golpe que parece venir de fuera de mi habitación vuelve a repetirse. Esta vez más agudo.

Aunque los párpados me pesan, decido levantarme e ir a mirar qué es lo que pasa. Con sigilo, abro la puerta de mi cuarto, cuidando de no despertar a nadie, o al menos intentando que mi presencia no se note.

La puerta de la habitación de Ana está cerrada y, aunque por un momento pienso en mirar si está bien, decido que no es buena idea que me encuentre en su habitación a estas horas de la noche.

Miro a ambos lados del pasillo, dándome cuenta de que la puerta del baño está entreabierta y la luz escapa por el pequeño hueco.

Camino hacia allí y, a medida que me acerco, oigo con más claridad un ruido proveniente de dentro.

Me asomo a la puerta sin moverla, lo suficiente como para ver quién se encuentra en el interior del baño.

Mi hermana está arrodillada en el suelo frente al inodoro, vomitando y sollozando.

Solo puedo ver la mitad de su rostro, pero expresa con total claridad que algo no va bien.

—Ana.

Finalmente entro en el baño, no puedo dejar a mi hermana sola después de verla así.

—Vete, Melody.

Me arrodillo detrás de ella y le sujeto el pelo justo antes de que vuelva a expulsar todo lo que tiene dentro.

—No me voy a ningún lado.

Un sollozo es la única respuesta que recibo de su parte antes de que se siente y apoye la espalda en la bañera.

—¿Estás segura de que has terminado?

—Creo que sí.

Sus ojos, que parecen idos y muy apagados, se clavan en el suelo, sumergiéndonos a las dos en el silencio.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. —Ni siquiera parpadea cuando me contesta.

—Vamos, Ana, no me mientas.

Parece que saca las fuerzas suficientes para bufarme y, cuando pienso que va a volver a cerrar la boca, las palabras salen disparadas.

—Tenía hambre y he bajado a la cocina a por algo, supongo que estaría en mal estado o no me ha sentado bien y no me ha dado tiempo a llegar a mi habitación.

Acaricio levemente su pierna y después me levanto y mojo una toalla para colocarla en su frente y en su nuca.

—¿Quieres que vaya a avisar a papá y mamá?

—¡No!

Su grito me pilla por sorpresa, pierdo el equilibrio y caigo de culo al suelo. Ana se ha puesto más roja de lo que estaba antes e, inevitablemente, me fijo en su mano, la cual, nuevamente, tiembla sin control.

Esta vez decido actuar e intento parar la sacudida cogiéndola entre mis manos.

—Ana, tranquila, no les avisaré si no quieres.

—Gracias —dice en un susurro y, de nuevo, esquivando mi mirada.

Dejamos pasar los minutos esperando a que se le pasen las ganas de vomitar de nuevo.

—¿Crees que puedes volver ya a tu habitación?

—Creo que sí.

—Venga, vamos. —Me levanto y le extiendo mi mano para ayudarla a levantarse.

—No hace falta, puedo yo sola.

—Claro.

Aunque se niega a que la acompañe a la cama, no le hago caso y termino acompañándola hasta la puerta de su cuarto.

—Si vuelves a encontrarte mal, solo tienes que llamar a mi puerta.

—Recuerda lo que hablamos. Buenas noches.

Y cierra la puerta antes de que pueda responderle. El recuerdo de aquella tarde en la que me dijo que cada una debería vivir su vida por separado, sin preocuparnos la una por la otra, se hace presente. Lo siento como un puñal en las costillas y hace que me falte el aire.

Una sensación que estoy empezando a interiorizar.

—Buenas noches —acabo diciendo más para mí que para Ana.

…

El fin de semana había llegado con rapidez y mi turno en Sopa de Letras había pasado sorprendentemente rápido. De hecho, el único momento bochornoso fue cuando le propuse a Tamara la idea de contratar a alguien más que nos ayudara con la tienda.

Su contestación fue un no rotundo y acabó alegando que tal vez debería buscar a otra dependienta que se quejara menos.

—Por favor, Tamara, no lo hagas. Me encanta este trabajo y, si lo pierdo, mis padres me matarían.

Supongo que debió de ver mi mirada aterrorizada y lo único que hizo fue comenzar a reír, para después decirme que estaba bromeando, pero que aun así no iba a buscar a nadie más.

Igualmente, he decidido que no volveré a preguntar acerca de este tema.

Durante estos días he hablado un par de veces con Alan por teléfono y finalmente acordamos que hoy por la tarde nos veríamos. Hemos pensado en ir al parque en el que estuvimos la otra noche.

Estoy nerviosa.

Alan insiste en que esto es una cita pese a que yo le he repetido un centenar de veces que acordamos comenzar como amigos y que, poco a poco, veríamos cómo van yendo las cosas.

Sin embargo, me repito una y otra vez que si he accedido a esto es porque él me necesita y ahora no puedo echarme atrás.

En cuanto a Egan, no hemos vuelto a hablar desde la noche en la que me envió aquel poema de Lorca, supongo que no habrá vuelto a pensar en mí.

Y, por lo que respecta a Ana, no hemos interactuado más. No, desde que a la mañana siguiente de lo sucedido le preguntara que cómo se encontraba y volviera a ignorarme como lo hacía anteriormente.

Cuando llego a casa, pongo a recalentar un táper con comida que ha sobrado de la noche anterior y, mientras espero a que el plato esté listo, recibo una notificación que me avisa de que Egan me acaba de añadir a un nuevo chat.

Al ver su nombre escrito en la pantalla, no puedo evitar volver a sentir un revoloteo en el estómago y ni mucho menos puedo evitar que se me dibuje una sonrisa en los labios.

El grupo se llama «Quedamos?», y veo que están todos dentro del chat, incluida Claudia.

Amelia_13:30
Habéis visto que han puesto una pista de
patinaje sobre hielo??!!

Ruby_13:31
Sii!! Fui el otro día con una amiga.

Amelia_13:31
Anda que avisas.

Ruby_13:32
Vamos, no te pongas celosa mujer…
Susie_13:32

Yo no me pongo celosa, no me gusta la idea de patinar sobre hielo.

Egan_13:32
Vamos chicos, hace mucho que no quedamos todos juntos, yo veo bien lo de ir a patinar.

Amelia_13:33
Gracias, Egan.

Acompañado de este mensaje, Amelia le envía un emoticono de un beso, algo que, aunque no quiera, me borra un poco la sonrisa de la cara.

Alan_13:34
Pero si no hace tanto que nos vimos.

Quiero decir que a mí sí que me apetece quedar, me encanta la idea. Hace años que no patino sobre hielo, pero aun así es un recuerdo que guardo con mucho cariño.

Sin embargo, no digo nada porque recuerdo que Alan y yo hemos quedado esta tarde.

Egan_13:34
Vamos tío, no seas un aguafiestas.

Susie_13:35
Yo sí que no pienso ir.

Ruby_13:35
Y si te sobornamos?

Susie_13:36
Bueno vale, entonces sí.

Me río por lo fácil que ha sido convencer a Susie de ir a la pista de patinaje cuando recibo una llamada de Alan.

—Hola, Alan.

—Dependienta, ¿tú quieres ir a patinar con ellos?

—Bueno… a ver… La verdad es que estaría bien hacer algo juntos, y hace mucho que no patino sobre hielo… —Me quedo callada esperando una respuesta por su parte.

—¿Prefieres estar con estos en vez de quedar conmigo? Teníamos planes, Melody.

Noto como se me seca la garganta ante lo que ha dicho y busco las palabras intentando decirle que en ningún momento esa era mi intención.

—Yo no he dicho eso, Alan.

Se hacen unos segundos de silencio en la llamada hasta que Alan finalmente vuelve a hablar.

—Bueno, ¿sabes qué? Da igual, vayamos con todos a patinar si lo prefieres.

—¿Estás seguro?

—Haría cualquier cosa por ti, dependienta.

No sé muy bien qué contestar a eso, así que intento pensar rápido.

—Míralo por el lado bueno, es una oportunidad para intentar sentirte a gusto con todos.

—Supongo.

Cuando cuelga la llamada, me siento bien. Pienso en que salir esta tarde con todos puede ser una oportunidad para hacerle abrir los ojos a Alan y que se dé cuenta de que no está solo.

Además, una sensación de alegría se acumula dentro de mí al pensar en que esta tarde veré a Egan.

Yo_15:43

Egan_15:44
Genial. Claudia dice que ella también viene.

Finalmente, acabamos acordando que nos veremos cerca de las siete de la tarde, cuando la noche ya se ha cernido sobre el cielo y se encienden las luces de Navidad que ya decoran las calles.

Pensaba en ponerme un vestido que me encanta, rojo con unos detalles en negro y falda larga; sin embargo, la idea de caerme y hacer el ridículo mostrando mi ropa interior hace que finalmente opte por un conjunto mucho más calentito: tejanos anchos y una sudadera de algodón.

Las calles en esta época del año son preciosas. Si no fuera por el frío, podría pasarme horas contemplando cómo brilla cada una de las bombillas que cuelgan de los balcones de las casas.

Por esto mismo he decidido aparcar mi Fiat en una zona un poco alejada de donde se encuentra la pista de patinaje, quería disfrutar de las luces y el ambiente festivo.

El recuerdo de las Navidades que pasaba junto con mi abuelo, las veces que parábamos en alguna cafetería a tomar chocolate caliente o cuando simplemente disfrutábamos escuchando los villancicos que la gente cantaba en las grandes plazas se adueña de mí, haciéndome sentir vacía.

Al llegar, distingo a Amelia a lo lejos. Su melena rubia y la gruesa chaqueta rosa que lleva puesta la hacen inconfundible entre el resto de las personas que forman una cola en la taquilla para comprar sus entradas.

—¡Melody, estamos aquí!

Ruby me saluda con la mano para que me dirija hacia donde ellos se encuentran. De hecho, cuando llego, después de que Susie me dé

un abrazo, me doy cuenta de que ya están todos a excepción de Alan.

—¿Has visto a Alan mientras venías? —pregunta Egan.

—No.

Egan me sonríe e, instantáneamente, siento que me arden las mejillas. Es absurdo, simplemente me ha preguntado por Alan, y yo, con su simple mirada y sonrisa, ya siento de nuevo esa sensación en el estómago.

Le sonrío de vuelta hasta que dirige una de sus manos a su mejilla, señalándola, para después vocalizar sin emitir ningún tipo de sonido: «Te has puesto roja».

Es entonces cuando, sin pensarlo, aparto rápidamente la mirada de sus ojos, intentando centrar mi atención en otra cosa que no sea pensar en lo ridícula que debo de estar quedando en estos momentos.

—Me gustan tus zapatos. —Claudia me sonríe tímidamente.

—Gracias, son de tu color favorito, ¿no? —Recuerdo que Claudia me dijo que le encantaba el color verde.

—Sí. —Ahora su sonrisa parece mucho más sincera, sin la timidez anterior.

—¡Ya estoy aquí!

Veo como a Claudia se le abren ligeramente los ojos, me giro y me encuentro a Alan justo detrás de mí.

—¿Qué hay, dependienta? —dice al mismo tiempo que coloca una de sus manos en mi hombro.

En ese instante, y sin ser muy consciente de ello, miro a Egan en un acto reflejo. Sus ojos se enfocan en la mano de Alan.

—Ya era hora, guapo. Has llegado justo a tiempo.

Amelia lo mira con cara de enfado mientras avanzamos hacia la taquilla.

…

Los patines me aprietan un poco los pies, creo que he cogido una talla más pequeña de lo debido, pero, la sensación de estar de nuevo sobre ellos me llena de alegría y, es que, por primera vez en bastante tiempo, me siento bien rodeada de personas y me alegro de estar haciendo esto en vez de quedarme encerrada en casa sin hacer otra cosa que no sea leer.

—Creo que me estoy arrepintiendo de hacer esto, chicos.

Susie parece realmente preocupada sobre los patines.

—¿No habías patinado nunca antes?

Me mira preocupada antes de contestar.

—De muy pequeña, pero te puedo asegurar que no fue una buena experiencia.

—Si quieres puedo ayudarte.

—Si, bueno, pero ¿y si me caigo y sin querer te arrastro a ti conmigo y tú chocas con otra persona y…?

—Susie, de verdad, no es para tanto. —Amelia la corta y le muestra una mirada impaciente.

—Tranquila, Susie, te prometo que haré lo posible para que no te caigas.

—Gracias, Melody.

Susie me lo agradece con una sonrisa y se sienta junto a Ruby en un banco para atarse bien los patines a los pies. Detrás de ella veo como Egan, con el ceño fruncido, habla con Amelia, y puedo alcanzar a oír tan solo el nombre de Susie saliendo de sus labios.

—¿Sabes?, ahora que lo pienso, a mí tampoco se me da muy bien patinar.

Alan se acerca a nosotras mientras se pasa la mano por la nuca.

—¿Tú tampoco has patinado nunca? —Ruby le pregunta con una expresión muy graciosa marcada en su cara.

—La verdad es que no recuerdo haberlo hecho. —Ahora Alan se dirige a mí—. Podrías enseñarme a patinar.

Puedo ver grabada en sus ojos lo que me parece una expresión de insinuación, como si detrás de sus palabras escondiera algo.

—Yo… le he dicho a Susie que le ayudaría.

—Vamos, dependienta, no seas así.

—Supongo que puedo ayudaros a los dos…

—Tranquila, Melody, ayudo yo a Susie.

Ruby se levanta de su sitio y le ofrece su mano a la pelirroja.

—Vamos, Susie, si esperamos a estos petardos se nos acabará el tiempo en la pista.

Apenas puedo decirle «gracias» a Ruby antes de que se aleje en la pista cogida de la mano de Susie. Me sabe mal no poder ayudarla a patinar, se lo había prometido.

—Genial, ¿vamos?

Alan se dirige a mí con una gran sonrisa en la cara, contagiándomela.

—Vamos.

…

—Vale, Alan, lo mejor va a ser que intentes entrar tú solo a la pista y ver si te mantienes en pie por ti mismo.

Estamos en la entrada a la pista esperando a que Alan se decida a dar un paso hacia delante de una vez.

—No estoy muy seguro…

—Ya que veo que no os decidís, dejadme pasar, chicos.

Amelia nos zafa a un lado con su hombro y pasa a la pista, moviéndose espectacularmente bien sobre el hielo.

—No le hagas caso, Melody, poco a poco te acostumbrarás a su humor de perros.

Egan se para junto a nosotros con los brazos cruzados y esta vez le habla a Alan.

—Vamos tío, ¿tienes miedo? —dice esto y seguidamente se posa sobre el hielo y avanza un poco hacia nuestra derecha.

—Oye tío, no me toques los huevos. —A Alan se le frunce el ceño y noto cómo aprieta la mandíbula.

—Ha sido solo una broma —digo para intentar tranquilizarlo.

—Lo sé, pero a veces se pasa de gracioso.

—Bueno, pues entonces no le hagas caso.

Finalmente, acabo posándome sobre el hielo y le indico a Alan con una mano que avance.

Sorprendentemente, se le da bastante bien esto de patinar. Pese a que al principio ha perdido un poco el equilibrio, ahora se mueve con soltura. De hecho, parece mentira que nunca antes haya pisado una pista de hielo.

—Cualquiera diría que no sabes patinar.

—Esto es solo la suerte del principiante.

Y no acaba de decir eso que las piernas se le cruzan y pierde el equilibrio hasta tal punto que, por poco, cae de bruces al suelo.

—No he dicho nada.

Alan me mira en forma de burla y me empuja un poco, pero por suerte consigo agarrarme a uno de los barrotes que rodean la pista y me mantengo en pie.

—Eso es jugar sucio.

—¿Eso crees?

Nos reímos un poco mientras le insto a aumentar la velocidad para alcanzar a los demás, que se encuentran por delante de nosotros.

—Vamos, si vamos un poco más deprisa los alcanzaremos.

—¿Puedo darte la mano?

Alan alza su brazo y yo paro en seco ante su propuesta. Hay una parte de mí que se encoge en mi interior ante ese gesto. Me incomoda el hecho de darle la mano a Alan sabiendo que Egan está a solo unos pasos de nosotros.

Sin embargo, el miedo de hacer daño a Alan me carcome por dentro desde que me expresó sus sentimientos, y me aterroriza pensar que el mero gesto de negarle la mano pueda empeorar su situación.

Finalmente sujeto su mano, sin que nuestras pieles se toquen por completo al estar cubiertas por los guantes, y él entrelaza nuestros dedos.

En ese momento siento como las extremidades se me tensan ligeramente, y desvío mi mirada hacia nuestras manos entrelazadas.

—Te has puesto rígida.

De nuevo, siento mis mejillas arder. Esperaba que mi reacción hubiera sido menos obvia.

—No creo que sea la manera más cómoda de patinar, podemos perder el equilibrio.

¿De verdad, Melody?

Vale, tal vez debería haber escogido mejor mis palabras.

—He pensado que es una forma romántica para comenzar bien nuestra primera cita.

Lo miro con cara de incrédula. Parece que mi insistencia de no forzar nuestra relación no han dado fruto, pues Alan continúa

persistiendo en que debemos tener una cita, la cual parece que está ocurriendo en este mismo instante.

—¿No dijimos que empezaríamos como amigos, sin prisas?

—No recuerdo haber dicho eso.

Me lo quedo mirando con los ojos abiertos, pero, él ni siquiera me dirige la mirada.

—Lo hemos hablado algunas veces por teléfono, Alan.

Es entonces cuando parezco captar su atención y me mira directamente a los ojos con una mirada que me parece que guarda cierto rencor.

—Oye, ¿de verdad vas a joder este momento?

Suelto su mano, zafándome de su agarre. ¿Por qué me habla así? Parece estar molesto conmigo, lo noto en su mirada y en la expresión de su cara, también en sus movimientos al deslizarse sobre el hielo, los cuales parecen ser más agresivos ahora.

No sé cómo, pero acabo sacando fuerzas para contestarle.

—No intento joder nada, solo te estoy pidiendo ir más despacio.

Siento como si Alan me fulminase con la mirada, provocándome un nudo en la garganta. Sus ojos se clavan en mí, atrapándome y haciendo que las personas que giran alrededor de nosotros en la pista desaparezcan o más bien se tornen manchas borrosas que se mueven a gran velocidad.

—Deja que ayude a Alan un rato.

Claudia aparece como un milagro caído del cielo, haciéndome volver a la realidad. No estoy segura de que haya notado la tensión que estaba creciendo entre nosotros cuando ha llegado, pero supongo que el silencio incómodo que se crea en el ambiente le da algún indicio.

—Quiero enseñarte un truco que he aprendido. —Claudia mira a Alan sonriendo al mismo tiempo que sus mejillas se sonrojan.

—Todo tuyo.

Y así, sin que les dé tiempo a contestarme, doy media vuelta lo más rápido que puedo y me alejo de ellos sintiendo aún la mirada de Alan anclada en mi espalda.

Capítulo 24

Miradas afiladas

Desde un extremo de la pista observo a Claudia con Alan, parece mucho más cómoda en su compañía, incluso menos tímida de lo normal. Tal vez Alan debería abrir los ojos y darle una oportunidad a aquello que realmente vale la pena.

—¿Ya te has cansado?

Egan se apoya en la barandilla mientras se remueve el pelo con las manos.

—He perdido el equilibrio y esto es lo más cercano que he encontrado para agarrarme —miento mientras le muestro una sonrisa fingida.

—Bueno, solo nos quedan unos cinco minutos antes de que nos echen, ¿vienes?

Egan me coge del brazo y tira de mí de nuevo hacia el centro de la pista lentamente, esquivando a todas las personas que van en el sentido contrario a nosotros.

—No me has dado opción. —Los dos reímos y, después, nos quedamos mirándonos sin perder aún la sonrisa de nuestros labios.

—Te echo una carrera.

—¿No creerás que puedes ganarme?

—No lo creo, es una realidad.

Me acerco hacia él buscando intimidarlo, cosa un tanto complicada teniendo en cuenta que es más alto que yo y que su

presencia hace que mi cuerpo reaccione de una manera en la que no está acostumbrado a hacerlo.

Él, como respuesta, se acerca de la misma forma, bajando ligeramente la cabeza para conectar su mirada directamente conmigo.

—Me gusta el color de tus ojos. —Me deja sin respiración pero contesto repentinamente.

—Los tuyos son mucho más bonitos.

Conectamos de una manera que no sabría describir, el silencio reina entre nosotros, pero es agradable, como si las palabras no fueran necesarias en este preciso instante.

Y cuando mis ojos, sin que pueda controlarlos, bajan hasta sus labios, Egan se aleja al tiempo que grita con fuerzas:

—¡Las he visto más rápidas!

Tardo unos segundos en reaccionar, pues me había quedado anonadada ante la poca distancia que nos separaba. Pero, cuando me doy cuenta de lo divertido de la situación, la alegría trepa dentro de mí y me impulsa a salir disparada detrás de Egan.

—¡Eres un tramposo!

Apenas va unos cinco metros por delante cuando unas chicas se cruzan por su camino y debe detenerse antes de llevárselas por delante, acrecentando mis esperanzas de llevarle ventaja.

—¡Y yo los he visto más rápidos! —digo mientras rodeo a las chicas que se encuentran enfrente de Egan.

Con agilidad logro dejarlo atrás en poco tiempo, llenándome de satisfacción por mi victoria y por poder revivir de una manera tan especial aquellas veces en que mi abuelo me enseñaba a patinar sobre el hielo.

El frío aire, afilado como un cuchillo, choca contra mi rostro, pero resulta tan reconfortante que la discusión o, más bien, el

malentendido con Alan desaparece de mi mente.

De lejos oigo como las voces de Susie y Ruby me animan a ganar a Egan, al cual abuchean y llaman «lentorro».

—¿Qué decías?

Egan de nuevo se encuentra a mi lado. Sus rizos continúan perfectos, tan solo un poco alborotados por el viento y el movimiento al desplazarse por la pista, además, tiene las mejillas ligeramente rojas a causa del frío.

De hecho, me quedo tan concentrada observando sus rasgos que no soy consciente de que me ha alcanzado y, mucho menos, de por dónde estoy yendo, pues en un cerrar y abrir de ojos Egan me agarra del brazo al mismo tiempo que, entre carcajadas, me grita:

—¡Cuidado!

Me empuja de una manera tan repentina hacia el lado derecho que apenas me da tiempo a reaccionar antes de notar cómo mi espalda choca con una de las barandillas que rodean la pista de patinaje.

En realidad, tampoco soy consciente de que, a causa del impulso, Egan ha acabado estrechamente pegado a mí, aprisionándome contra la barra de metal. Sus carcajadas no cesan, contagiándomelas mientras solo soy capaz de analizarlo detenidamente. Nuestros pechos están completamente pegados, tan solo separados por los gruesos abrigos de invierno y, a causa del brusco movimiento, una de mis piernas ha quedado trenzada entre las suyas.

Poco a poco, encontrándome con la realidad de la situación en la cara, mi respiración se va acelerando cada vez más, al igual que los latidos de mi corazón, los cuales me martillean constantemente el pecho.

En la tensión repentina de su cuerpo noto que algo semejante le está pasando a él. La risa va cesando hasta que solo quedan unas sonrisas dibujadas en nuestros labios. Y, al mismo tiempo, nuestras miradas vuelven a encontrarse entrelazadas, al igual que antes de comenzar la carrera.

—Por poco acabas en el suelo.

—Gracias.

Apenas me salen las palabras articuladas de la boca, es como si mi cuerpo hubiera dejado de funcionar racionalmente ante su contacto.

—Tienes…, espera.

Egan alza su mano y, con una delicadeza que me sorprende, aparta unos mechones de pelo que tenía sobre la mejilla. Sus dedos me acarician lentamente mientras que sus ojos siguen anclados en los míos, y mi respiración, al igual que la suya, se acelera un poco más.

Finalmente, coloca los mechones despeinados detrás de mi oreja, pero, para mi sorpresa, no aparta la mano, sino que la ahueca un poco más justo por debajo de mi mandíbula, manteniéndola ahí durante unos segundos.

—Yo…

—¿Sí?

Mi voz suena esperanzada. La simple idea de pensar en que los dos hemos sentido exactamente lo mismo en este instante, hace que las mariposas revoloteen con fuerza en mi interior.

—¡El tiempo ha finalizado! Vayan despejando la pista por la salida de la izquierda lentamente.

Justo cuando Egan estaba haciendo el ademán de decir algo, el vigilante rompe todas mis esperanzas, pues noto como el chico que

está despertando en mí estos sentimientos se separa rápidamente y, con la cabeza, me indica que lo siga hasta la salida.

No obstante, siento que las mejillas me arden después de lo sucedido. Es probable que Alan o las chicas nos hayan visto, y no quiero sentirme avergonzada ante ellos.

Por suerte, cuando nos encontramos todos ya con los reconfortantes zapatos puestos, nadie hace ningún comentario, lo que me tranquiliza de inmediato, a pesar de la penetrante mirada de Alan, la cual relaciono con lo sucedido antes de que Claudia me sacara de esa incómoda situación.

En la acera, junto a la cabina donde se venden los tickets para poder patinar hay una pequeña caravana a modo de cafetería. Después de las insistencias de Susie y de las quejas constantes de Amelia acerca del frío, al final todos accedemos a tomar un chocolate caliente en una de las mesas que forman parte del establecimiento.

La verdad es que las cinco libras que me he gastado en la bebida han merecido la pena, pues lo cierto es que yo también sentía que todos los huesos del cuerpo se me estaban quedando petrificados.

—Egan, ¿sabes que eres mi hermano favorito?

Egan mira a Claudia con una ceja enarcada, mientras que a todos se nos escapa una risita ante su confesión.

—Que yo sepa, soy tu único hermano.

—Por eso eres mi favorito.

—¿Qué quieres, Claudia?

—Necesito agua después de tanto dulce, ¿me puedes comprar una botella?

Claudia pone lo que me parece que son ojos de perrito degollado al mismo tiempo que se encoge de hombros y las mejillas se le tiñen de un cálido rosado.

Mientras tanto, aprovecho el momento para darle otro sorbo al chocolate, y entonces me topo con la mirada analizadora de Alan, el cual está sentado justo al otro lado de la mesa. Inconscientemente, el vaso se queda paralizado entre mis labios, y soy incapaz de tomar una sola gota de la bebida, pues el vello de la nuca se me eriza al observar cómo a Alan se le tensa la mandíbula al mismo tiempo que sus ojos viajan a Egan y, después, vuelven a estudiarme a mí de una manera que me sobrecoge en el asiento.

El reproche es patente. Tal vez sí haya visto lo que ha pasado antes en la pista de hielo.

Los nervios se me ponen a flor de piel, necesito salir de aquí, sentir como me libero de la reprobación constante de Alan, que no le hace falta expresar con palabras, pues resulta evidente por sus gestos y su mirada.

—Está bien, pero me deberás algo.

—Yo no te pienso dar ni un penique.

La conversación entre ambos hermanos llama de nuevo mi atención, quitándome ese estado de ensoñación en el que me había quedado.

No se me pasa por alto la mención a los peniques que ha hecho Claudia, como si fuera una directa referencia a la apuesta que hice días atrás con Egan. De hecho, parece que no soy la única que lo interpreta así, pues en el momento en el que Claudia dice esas palabras, Egan se gira hacia mí, dirigiéndome una sonrisa de medio lado que hace que un dulce calor se extienda por mi columna vertebral.

—Yo te acompaño, tío. Aprovecharé para ir al baño.

Y, aunque la sensación agradable aún continúa dentro de mí, siento como esta, poco a poco, se va extinguiendo al ver que Alan se levanta y camina detrás de Egan con paso firme.

—Por fin solas, chicas, tanto hombre me acaba agobiando.

Amelia pone cara de exasperación al mismo tiempo que le da un sorbo a su chocolate.

—No me creo que tú estés diciendo eso.

Ruby habla con extrañeza en la voz y al mismo tiempo con cierta gracia.

—Bueno, adoro a Egan —sin darme cuenta ejerzo más fuerza de la debida en el vaso que sujeto con la mano— y Alan es mi amigo, pero a veces llegan a ser un incordio.

—Ahí te doy la razón. —Ruby levanta la mano con intención de chocar los cinco con Amelia, la cual se lo piensa durante unos largos segundos antes de responder al gesto, aunque este parece una caricia más que otra cosa.

—Llevamos demasiado tiempo sin hacer nada todas juntas —dice Susie.

—Sí. —Claudia entra en la conversación—. Además, ahora está Melody.

Con una sonrisa le agradezco la intervención. Poco a poco, me siento cada vez más cómoda con todos ellos y lo cierto es que la idea de hacer algo las chicas solas suena bastante divertido. Más allá de quedar con algunas compañeras de clase cuando estudiaba para hacer algún trabajo conjunto, nunca había hecho un plan fuera de las obligaciones escolares de «solo chicas».

—Estaría bien hacer algo.

Me siento un poco cohibida al hablar mientras todas me observan, pero enseguida se me pasa cuando Susie exclama:

—¡Noche de chicas!

—¡Sí! Hace mil años que no hacemos eso. —Ruby señala con entusiasmo.

—Muy bien, pero ¿dónde dormimos? En mi casa no cabemos todas.

Después de que Susie diga esto, todas nos quedamos en silencio. Me encantaría poder decir que son bienvenidas a dormir en la mía, pero dudo mucho que mis padres lo permitan y, si fuera así, no me gustaría que las chicas conocieran mi núcleo familiar.

—A ver… —Claudia me mira mientras comienza a hablar y yo asiento con la cabeza para animarla a seguir—. No creo que mis padres tengan ningún problema con dejaros pasar una noche en casa, además, mi habitación es suficientemente grande.

Instintivamente, mi mano viaja hacia la de Claudia, apretándosela como gesto de agradecimiento. Por lo que me dijo en su sótano, sé que está haciendo un gran esfuerzo por intentar superar su timidez y creo que esta es una muy buena forma de comenzar.

—Gracias —me susurra para que solo pueda oírla yo.

—Pero la idea es que no haya chicos. —Amelia dirige su mirada hacia Egan, el cual se encuentra pidiendo la botella de agua de Claudia.

—Ah, no te preocupes. Será como si no estuviera, tiene la entrada a mi habitación completamente prohibida.

Todas estallamos en carcajadas y me alegro de sentirme tan cómoda estando rodeada de nuevas personas.

—¿De qué os reís tanto? —pregunta Alan dirigiéndose hacia mí al mismo tiempo que curva una de sus cejas.

—Cosas de chicas —le contesto.

Lo cierto es que no quiero seguir dándole vueltas al mal rollo incipiente que está naciendo entre nosotros dos esta tarde, así que le hablo alegre y entusiasmada por el plan.

—¿Yo no estoy invitado?

—¿Y yo?

Egan lo cuestiona una vez llega a la mesa y deja su bebida delante de Claudia.

—Ninguno de los dos —dice Claudia girando la cabeza hacia Egan —. Entonces, ¿el viernes a las siete?

—Perfecto —dice Ruby antes de estallar en carcajadas ante la mirada extrañada de los chicos.

…

El frío se intensifica cuando están a punto de dar las nueve y, aunque no quiero que la preocupación me incomode en este instante, lo cierto es que no me gustaría llegar tarde a casa y que se repitiera lo de la otra noche, no quiero volver a sentir la palma de mi madre sobre mi mejilla.

—Yo me voy a ir ya, se ha hecho tarde.

—¿Tus padres te hacen estar en casa tan pronto? —inquiere Amelia con un poco de suficiencia.

—No, pero los sábados tengo turno en la librería y estoy reventada.

Le dirijo una tensa sonrisa a la rubia mientras me levanto del banco en el que aún estábamos sentados. No estoy cansada, ni mucho menos, estar con ellos estas horas me ha hecho sentirme viva, querer que el día no se acabe… Pero no puedo decir que tengo miedo a llegar a casa más tarde de lo debido, no puedo.

—Melody tiene razón.

Egan se levanta de su sitio al tiempo que pasa su mirada sobre mí y después la deja caer sobre Amelia.

—La semana que viene tengo exámenes, debería ponerme a estudiar mañana si no quiero suspender.

—A ti no te hace falta estudiar para aprobar, guapo. —A Amelia se le iluminan los ojos y su voz desprende un tinte de tonteo que hace que me incomode y me oprima por dentro.

—Lo sé, pero lo haré igualmente —dice Egan mientras se aleja de la mesa—. Te acompaño, Melody.

Y, así, sin más, la sensación de opresión que me habían creado las palabras de Amelia hace un momento se disipan en un abrir y cerrar de ojos, más aún cuando veo por el rabillo del ojo como esta le dirige una mirada acusadora a Egan mientras él viene hacia mí.

—Yo también me voy ya.

De un bote, Alan se levanta del banco y en un instante está de pie junto a mí, al mismo tiempo que le regala una sonrisa, a mi parecer muy forzada, a Egan.

—¿En serio, chicos? —dice Susie con un poco de tristeza.

—¿Alguno más piensa irse? —Ahora el fastidio es notable en la voz de Amelia.

Nadie contesta, dando a entender que las chicas se quedarán un rato más.

—¿Claudia? —pregunta Egan a su hermana.

—Me quedaré un rato más, te aviso cuando vaya a llegar a casa.

—Está bien, nos vemos, chicas.

Nos despedimos escuetamente de todas, esta vez evitando abrazos y besos, y nos encaminamos con rapidez hacia la salida de la plaza en la que se encuentra la pista de patinaje para entrar en calor.

Es extraño caminar entre ambos chicos, me siento intimidada, además de incómoda. Parece irónico: a mi derecha aquel con el que se supone que estoy intentando tener algo, construir una relación amorosa en la que, aunque me duela, no creo y, a mi izquierda, el que hace que los nervios no me desaparezcan desde el momento en

el que estamos juntos, la persona que últimamente no puedo sacar de mi cabeza.

Me siento mal al hacer esto, me siento mal por el simple hecho de que los dos estén caminando a mi lado, ignorantes, creo, del conflicto que estoy librando en mi interior en este mismo instante.

—He venido en coche, aunque lo he aparcado un poco lejos. Pero, si queréis, os puedo acercar a casa.

—No hace falta, he venido con el mío, pero te acompaño.

—Gracias.

Lo cierto es que me iba a negar por cortesía, pero el simple hecho de poder pasar más rato a su lado ha hecho que el impulso hablase por mí.

—Qué galante, Egan —espeta Alan.

—¿Algún problema?

Los dos chicos aminoran la marcha para mirarse con lo que me parece que es recelo. Enseguida, noto como la tensión crece a nuestro alrededor, pillándome en medio, literalmente, de la situación.

En vez de contestar, Alan se queda callado pero anclado en su sitio, tensando los músculos de sus hombros. Parece que pasan minutos eternos en los que ninguno de los dos dice nada, simplemente se lucha una batalla de miradas cada vez más feroces que amenazan con estallar en algún momento.

Necesito salir de esta situación con urgencia, así que intento decir algo para que me dirijan la atención esta vez a mí.

—¿No se supone que sois amigos?

—¿Por? —El primero en hablar es Alan, aunque en su tono tosco de voz noto aún resquemor, esta vez hacia mí, al igual que sus ojos, que me abrasan la piel cual llamas encendidas.

Sin haberle dado ningún tipo de orden a mi cuerpo, mis pies trazan unos pasos hacia atrás hasta que mi espalda choca con lo

que intuyo que es el pecho de Egan. Siento como si todo mi cuerpo se tensara y encogiera ante el ligero tacto de las manos de Egan sobre mis hombros. Él me aparta cuidadosamente hacia su lado, al tiempo que me dedica una media sonrisa.

—Sí, pero últimamente está un poco… tenso.

Inmediatamente, me siento mal ante las palabras de Egan. ¿Tenso? Tal vez Alan se comporta distinto por la situación en la que se encuentra, por todo lo que me ha contado, y que el resto ignoran.

No es culpa de Egan, pienso, él no tiene ni idea de lo que le pasa a Alan.

—¿De verdad, tío? Eres tú el que mete las narices constantemente en lo que no le corresponde.

Joder.

—Exactamente, ¿de qué me estás hablando? —Egan cruza los brazos sobre su pecho y tensa la mandíbula, marcando mucho más ese rostro que parece esculpido por los mismísimos dioses.

Céntrate, Melody.

—Ya vale, chicos.

Mi voz acaba saliendo en algo que se asemeja más a un chillido que a un reclamo, sin embargo, parece que funciona, pues ambos relajan sus cuerpos y me inspeccionan como si se acabaran de acordar de que durante todo este tiempo yo he estado aquí.

—Lo siento, Mel. Lo mejor será que me vaya.

No soy consciente de lo que realmente dice Egan desde el momento en el que «Mel» sale a través de sus rosados labios ligeramente hinchados y cortados por el frío. Ha sido tan… perfecto, tan bonito, ha sido como si sus palabras me atravesaran por completo ahuecándose en mi pecho para, después, emanar una ola de calor que me deshace por dentro.

Mel…

—Sí, será lo mejor.

Recobro la conciencia de nuevo cuando oigo la contestación de Alan y percibo en los ojos avellana de Egan un deje de picardía en tanto que se gira hacia mí con esa expresión que comienzo a asociar con él: una mezcla de ternura y amabilidad con un matiz granuja.

—Nos vemos el viernes en mi casa —dice, y parece más una pregunta que una afirmación.

—Sí.

Y el aire desaparece entre nosotros en el momento en el que su rostro se acerca al mío, lentamente, pero con decisión, haciendo que el frío del ambiente se esfume y sea sustituido por una inmensa ola de calor que me sobrecoge por su inesperada presencia.

Cuando sus labios apenas están a tres centímetros de los míos, gira ligeramente la cara y los acaba depositando en mi mejilla, la cual debe de estar tan roja en estos instantes como toda yo, pues siento cómo me arde y palpita ante su contacto.

La sonrisa que puedo ver dibujada en sus labios antes de que se acabe de separar por completo de mí hace que, por una última vez, la respiración se me corte, y noto un inminente frío en cuanto su cuerpo se aleja del mío.

Ha sido como si el mundo dejara de moverse por un instante y, enseguida, todo volviera a recuperar su curso, como si nada lo suficientemente importante hubiera sucedido.

Antes de irse, Egan le alarga la mano a Alan para realizar ese saludo que otras veces les he visto hacer. Alan se queda mirando fijamente la mano de Egan durante unos largos segundos y, después, le da un fuerte apretón, tanto que sus nudillos, ahora descubiertos de los guantes, se tornan blancos.

—Adiós, tío.

La tensión se palpa en la brisa que empieza a soplar, es notable cuando caminamos hacia mi coche, aparcado ahora demasiado lejos para mi gusto, pues ni las preciosas luces de colores que adornan las calles pueden hacer desaparecer la incomodidad del ambiente. Es como si volviera el Alan de la pista de hielo que me miraba con rencor y desdén, aunque esta vez, sumidos en el silencio, no me atrevo a levantar la mirada del suelo para observarlo.

El destello rojo del Fiat que veo a apenas dos calles de distancia me llena de una reconfortante satisfacción, solo quiero llegar a casa y alejarme de esta tensión que comienza a asfixiarme.

Cuando llegamos al coche, Alan decide hablar.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—No entiendo a qué te refieres.

Una sonrisa de suficiencia se dibuja en su rostro mientras enarca una ceja como queriendo decir: «¿En serio, Melody?».

—Sí, lo haces. Egan y tú os estáis volviendo muy cercanos.

Alan da un paso hacia mí, haciéndome retroceder como acto reflejo, y mi espalda choca contra la fría puerta del coche. Ya no es la simple tensión lo que me incomoda, es eso que percibo en su mirada, en su caminar hacia mí, en su rostro tenso y levemente contraído. Necesito salir de lo que parece ser una jaula creada por mi coche y su cuerpo.

—Bueno, es un buen amigo. Y también es el tuyo, Alan.

Eso último lo digo más para convencerme a mí que a él, pero igualmente afronto sus ojos, más oscuros que normalmente. No quiero crear un conflicto entre ellos. Desearía que Egan y yo no hubiéramos patinado juntos en la pista de hielo, que sus labios no hubieran besado mi rostro.

No, no es cierto.

Desearía que Alan no hubiera presenciado nada de eso, que hubiera sido algo íntimo, si es que para Egan alguna de estas cosas ha significado algo semejante a lo que ha sido para mí.

—Me prometiste que seríamos tú y yo, Melody.

No acabo de descifrar si las emociones que veo dibujarse en su rostro son tristeza o enfado, pero por el tono de su voz sé que sus palabras van cargadas de un gran reproche.

—Sabes que no es tan fácil como eso…

—¿Él es la causa por la que yo no soy tu primera opción? —Da un paso más hacia mí, envolviéndome con un aroma a pino y canela.

Joder, Melody, piensa. No puedo decirle que Egan es la persona en la que pienso justo antes de dormir, que es el motivo por el cual se me dibuja una sonrisa en los labios cada vez que leo uno de esos poemas que me envía cuando piensa en mí.

No quiero herirlo más de lo que parece que ya está. Por mi culpa, todo por mi estúpida culpa, por pensar que tal vez podría vivir una historia romántica parecida a las que describen los innumerables poemas que me he aprendido de memoria.

—Alan, no es lo que…

—Tranquila, ya lo he pillado, no hace falta que digas nada más.

Su repentino movimiento hacia atrás, apartándose del coche, me hace volver a respirar y pensar con más claridad, aunque es inevitable ver como la situación, o más bien la conversación, se enfila cada vez más hacia un precipicio.

—Ni siquiera me has dejado acabar de explicártelo.

—No quiero escuchar tus excusas, joder, Melody.

Alan se aferra las manos al corto flequillo que le cubre ligeramente la parte superior de la frente, tirándose de él al mismo tiempo que inspira profundamente.

El silencio reina entre los dos. Él, sumido en su desesperación y yo incapaz de soltar una sola palabra, pues mi cuerpo se niega a reaccionar, quiero gritarle, decirle que no me hable así, que nunca he querido hacerle daño, pero no puedo. La impotencia, poco a poco, se va convirtiendo en unas inmensas ganas de llorar que me hacen apretar fuertemente los dientes para evitar que las lágrimas rueden por mis mejillas.

—No vas a volver a juntarte con él.

Abro los ojos por el impacto de sus palabras. No puedo creer lo que está diciendo, que me esté ordenando semejante cosa.

Sin saber cómo, encuentro fuerzas para contestarle.

—No puedes darme órdenes, Alan —siseo con la esperanza de que mis palabras le queden claras.

—Me duele verte con Egan.

—Pero…

—¡Joder! —grita, haciendo que una pareja de ancianos voltee hacia nosotros durante unos instantes—. ¿Puedes hacer el favor de dejar de pensar en ti?

—Lo siento, no quería…

Una lágrima acaba derramándose sin que pueda controlarla, pues en realidad no puedo controlar nada de mi cuerpo. Su grito me ha encogido por dentro, como si mi subconsciente me hubiera abandonado.

—No llores, no es justo —dice mientras me acaricia la mejilla, secándome una nueva lágrima—. Soy yo el que está jodidamente mal, el que te dijo que pensaba en quitarse la vida constantemente…

Sus palabras se pierden en el aire, creando un ambiente todavía más tenso, hasta que vuelve a dirigirse a mí.

—¿Eso quieres que haga?

—¡Por dios, Alan, claro que no!

Ahogo un grito en cuanto me doy cuenta de la gravedad de todo esto, al abrir los ojos y advertir que yo sola me he metido en la boca del lobo, que me he propuesto arreglar algo que tal vez no tiene arreglo, o si lo tiene, tal vez no me corresponde a mí repararlo.

No me perdonaría jamás que el nombre de Alan pasara a ser simplemente un recuerdo por no haber podido encontrar la forma de darle el soporte que necesita. Ni siquiera sé cómo podría seguir respirando.

—Pues si no quieres que eso pase, aléjate de él. Es lo único que te pido.

Ahora acuna mi cara con las dos manos, mientras que su mirada conecta directamente con la mía con un aire de ternura que solo consigue revolverme más el estómago por dentro.

Quiero gritar.

Quiero decirle que me arrepiento de todo, de haberle dicho que haría lo que fuera para ayudarle.

Quiero borrarle esa estúpida sonrisa de la cara.

—Vale.

Capítulo 25

Dolorosas caricias

> «La soledad es peligrosa. Es adictiva. Una vez que te das cuenta de cuánta paz hay en ella, no quieres lidiar con la gente».
>
> CARL JUNG

Dejar a Alan en su casa fue una tortura realizada con lentitud y precisión. Todo un trayecto en silencio, sin miradas, sin palabras, sin señales (a pesar de su presencia) de que él se encontraba justo sentado en el asiento del copiloto.

Solo una cosa me dejaba bien claro que Alan seguía ahí conmigo. O más bien un gesto. Su mano apoyada en mi muslo derecho, realizando trazos irregulares a lo largo y a lo ancho con una parsimonia extremadamente asfixiante.

Pensé en decirle que apartara su mano de mi pierna en cuanto su dedo pulgar comenzó a dibujar círculos persiguiendo las costuras de mi pantalón justo al entrar en el coche, pero mi subconsciente me lo impidió. No quería más miradas afiladas, más gritos tajantes.

Cuando llegamos al gran bloque de hormigón raído y se despidió de mí dándome un beso en la mejilla, justo como hizo Egan, en el mismo costado, me sonrió, como si nada hubiese pasado, como si nuestra relación siguiera intacta.

Pero todavía lo noto. En el coche, estacionada justo delante de mi casa, incapaz de entrar, aún noto su presencia en todas partes: en el olor a pino que ha inundado el pequeño espacio que me envuelve, en la ligera deformación en el asiento, señal de que ha estado ahí hace apenas diez minutos.

Aún siento el ardor del recuerdo de su mano sobre mi muslo, como se acercaba peligrosamente hacia mi ingle para después bajarla hacia mi rodilla. Un ciclo eterno.

Lucho por quitarme la imagen, la sensación de la cabeza, pensando en cualquier otra cosa, pero no puedo. Sus palabras, sus ojos calculadores me persiguen.

No quiero volver a sentir su mano en mi cuerpo, no quiero.

Joder, no quiero.

Y de nuevo, el escozor de mis ojos no aguanta las lágrimas que salen desesperadas, como si llevaran deseando derramarse desde hace horas. Aislada entre el sonido de mi llanto y mi respiración entrecortada, en lo único que puedo pensar es en hacer desaparecer la quemazón que siento en mi pierna, en el lugar que he dejado que Alan tocara.

No puedo pensar en otra cosa que en hacerlo desaparecer, necesito deshacerme de esa sensación, pitar el claxon hasta que las manos me duelan por la presión, golpear el volante, gritar con la esperanza de que nadie me oiga.

Pero no es suficiente, nada de eso hará que la posesión que ha mostrado Alan esta tarde desaparezca en un abrir y cerrar de ojos.

Desesperada y con un nudo en la garganta miro a mi alrededor, las calles están solitarias y no divisó a nadie cerca de las ventanas, a través de las cuales se ve la iluminación del interior de las casas.

Rápidamente, sin pensármelo mucho para no arrepentirme, me desabrocho el botón de los vaqueros y los deslizo hasta que quedan

a la altura de mis rodillas, recibiendo el choque frío del entorno con agradecimiento por calmar el pálpito.

No lo hagas, Melody.

Aparto mi voz interior a un lado, dominada por el ansia y la desesperación.

Apenas veo mi pierna a causa de mi vista nublada por el llanto, pero, sin embargo, sé con exactitud los puntos que Alan ha acariciado y no tardo en dirigir mis uñas hacia la zona.

Los rasguños son cada vez más profundos, no puedo pensar en otra cosa que no sea hacer desaparecer esa sensación de opresión e impotencia a través del dolor.

«Me prometiste que seríamos tú y yo, Melody».

No puedo darle lo que quiere, él no es la persona… Él no….

—¡Joder!

Poco a poco, puedo ver a duras penas como mi muslo comienza a enrojecerse mientras aprieto el volante con mi mano para obviar el dolor que me estoy causando, despejarlo y centrarme en continuar.

Ya basta…

Quiero parar, pero no puedo, soy incapaz, es algo… adictivo y extrañamente reconfortante. Resulta ser el único momento en el que despojo de mí toda la frustración y la rabia que se me acumula.

Finalmente, cuando siento unas gotas de sangre manchar las puntas de mis dedos, me detengo.

Ha sido horrible. Esto es horrible, pero al mismo tiempo es… liberador.

Deprisa, me seco las lágrimas que aún empapan mi cara y después, con un pañuelo que saco del interior del reposabrazos, limpio las gotas de sangre que brota de las heridas que me he provocado.

La rozadura del pantalón me hace morderme el labio como acto reflejo, con tanta fuerza que lo más probable es que mañana por la mañana me levante con una herida.

Finalmente, cuando termino de calmarme, arranco el coche en dirección al parking, al tiempo que rezo para que mis padres decidan pasar de mí esta noche.

Hay momentos en los que desearía quedarme eternamente sola, con la comodidad de mi única presencia.

Capítulo 26

«Te quiero»

Tapo el moratón de mi pierna con mis pantalones campana de cuero favoritos. Hoy es un día especial, lo presiento.

Llevo toda la semana esperando a que llegara la noche de chicas. Creo que necesitaba algo así, pasar horas haciendo cualquier cosa de poca importancia, pero que me distrajera de todo lo que me rodea.

Además, el hecho de que esta mañana, mientras trabajaba en Sopa de Letras, Egan me haya enviado un poema, no ha hecho más que avivar mis esperanzas de verlo esta noche en casa de los Miller.

«Podría decirte tantas cosas…
Pero si te fijas en la forma
en la que te miro,
ya deberías
saberlo
todo».

Pablo Pérez Rueda

Esta última semana ha sido dura, pues, por mucho que me recriminaba cada vez que el nombre de Egan venía a mi cabeza, no podía evitar que instantes después volviera a estar pensando en él. Y tengo miedo de que esta ensoñación en la que poco a poco me estoy sumiendo haga enfurecer a Alan de nuevo.

Estos días me ha estado visitando todas las mañanas al trabajo, a excepción de hoy, que ha tenido que irse de caza con su padrastro por obligación. Antes de que dieran las nueve de la mañana, Alan ya me estaba esperando con una gran sonrisa en la puerta de la librería y no se iba hasta tres horas después, cuando debía llegar a casa para ayudar a su madre a hacer la comida.

Su presencia ha llegado a ser exasperante en algunos momentos, pero por suerte la semana ha sido ajetreada en la tienda, por lo que los clientes me mantenían ocupada.

Por lo menos Alan no me ha vuelto a acariciar como la otra noche y, para mi sorpresa, el nombre de Egan no salió de su boca ni una sola vez hasta ayer antes de irse, cuando sus palabras me recordaron la situación en la que me encontraba y la imposición que me dejó clara el sábado anterior.

—Recuerda lo que te dije sobre Egan; si mañana lo ves, pasa de él.

Después, me dio un beso en la mejilla y se marchó.

Ahora, después de una larga caminata cargada con la bolsa en la que llevo mi ropa para esta noche y mañana, llego a la gran casa de los Miller. El cálido color amarillo me da la bienvenida y observo que la señora Miller ha debido de colgar luces que caen en forma de cortinas en los dos balcones que dan hacia la calle principal.

Me aferro fuertemente a la tira de la bolsa que pende de mi hombro, dibujo una sonrisa en mis labios y, finalmente, doy tres golpes en la puerta.

…

—¡Vamos! ¿Cómo puedes tardar tanto?

—Ya voy, ya voy…

Ruby no para de meterme prisa mientras me cambio de ropa y me pongo el pijama detrás de la puerta del armario de Claudia. Por las prisas, acabo pisando el dobladillo del pantalón y tropiezo, y para no caer he de agarrar el picaporte de la puerta que me esconde.

—Ruby, como sigas insistiendo, me vas a matar.

Parece que mi tono exasperado le divierte y comienza a reírse con fuerza, sumándose la que creo que es Susie.

Finalmente, me pongo unos calcetines calentitos y me dirijo hacia las chicas, que están sentadas en el suelo comiendo de un bol lleno de galletitas saladas.

—Ahora sí, Melody —dice Ruby mientras da unos golpecitos a su lado indicándose que me siente—. No podemos comenzar una fiesta de pijamas sin ir en pijama.

Me río ante la sencillez de su lógica y miro hacia mi móvil, el cual no ha dejado de vibrar desde hace un buen rato. Alan me ha enviado al menos unos diez mensajes y me ha hecho dos llamadas perdidas.

Acerco con un movimiento rápido el móvil hacia mí y levanto la vista para comprobar que las chicas no me están prestando atención. Se encuentran rebuscando en un gran neceser que Claudia ha sacado de debajo de la cama, lleno de pintaúñas.

La verdad es que no quiero que me vean hablar mucho con Alan, pues no me apetece que lleguen a imaginarse algo que vaya mucho más allá de lo que realmente hay entre los dos, aunque ni yo misma lo sé exactamente.

Además, necesito esta noche para mí, para librarme de todo tipo de presiones, incluido Alan.

Yo_22:27
Estoy con las chicas. Tranquilo, no me voy a olvidar de ti, pero voy

a desconectar un rato del móvil.

Apago la pantalla debatiéndome en sí habré escogido bien las palabras. No creo que a Alan le siente mal, ¿no? Tal vez no le dé importancia. Tal vez se enfade.

—El rojo seguro que te queda genial, Melody.

Susie me da el pequeño bote al mismo tiempo que abre con los dientes otro de color verde esmeralda.

No me voy a comer la cabeza más, se acabó pensar en Alan y en las consecuencias de no contestar inmediatamente a sus mensajes o llamadas. «Ya tendrás tiempo de solucionarlo más tarde», me digo a mí misma al tiempo que le quito el pintaúñas de la boca a Susie y lo abro ayudándome de mi camiseta.

—Trae, te vas a quedar sin dientes.

…

—No, en serio, Amelia, ¿desde cuándo llevas coladita por Egan? —pincha Ruby mientras se mete un puñado de galletas en la boca.

—Chicas… que es mi hermano…

Claudia se ha puesto roja desde hace un buen rato, especialmente desde que Ruby y Susie han comenzado a hablar de sus últimos romances.

—A ver, tampoco es algo que no supieras.

—Eso no lo hace menos incómodo.

—Egan y yo siempre hemos sido muy cercanos —dice Amelia mientras hace el intento de no fastidiar sus uñas francesas—. Pero últimamente está más… más distante.

Un escalofrío me recorre la espalda al oír lo que dice Amelia. Lo cierto es que esta conversación me estaba formando un nudo en la garganta, quería esconderme nuevamente detrás del armario de

Claudia y no salir de ahí hasta que acabaran de hablar del supuesto lío amoroso entre Egan y Amelia.

—¿Crees que hay alguien más? —inquiere Susie, despeinándose su corto y rojizo pelo.

—Supongo. —Amelia se encoge de hombros y me dirige una fugaz mirada—. Pero no os preocupéis, lo cierto es que estoy conociendo a alguien.

—¡¿Qué?!

Susie se pone de rodillas de un salto, abriendo los ojos de par en par.

—¡No nos has dicho nada!

Ruby le da un golpe a Amelia en el hombro y esta pone los ojos en blanco.

—Lo estoy haciendo ahora. Y sí, se llama Nick, bueno, Nicholas.

Ahora es ella la que se pone colorada al hablar del chico que le gusta, tal vez es la primera vez que la veo avergonzada.

—Qué monos, ya le llamas «Nick»".

La verdad es que Susie parece mucho más ilusionada por Amelia que la misma rubia, aunque por un momento, mientras nos hablaba de ese chico, he podido ver en sus ojos un brillo especial, ese que se dibuja en la mirada de las personas cuando hablan de algo que verdaderamente les importa y les ilusiona. Esa chispa que he captado sin duda grita que a Amelia le gusta verdaderamente Nicholas.

—Me alegro mucho, Amelia —digo sin poder evitar una sonrisa y la inesperada sensación de alivio.

—Y yo —interviene Claudia.

—Gracias, chicas.

Me gusta mucho más esta versión de Amelia, una que parece no estar todo el tiempo pretendiendo ser perfecta, dejando atrás ese

comportamiento un tanto grosero e incluso agresivo a un lado.

Después del interrogatorio, el silencio reina en la habitación, y no porque no tengamos nada sobre lo que hablar, sino porque estamos demasiado ocupadas comiendo y bebiendo todo lo que Claudia había preparado antes de que llegáramos.

Se nota que se ha esforzado en que todo esté perfecto, o al menos, en hacerlo lo mejor posible. Hasta ha hecho el intento de cocinar las mismas galletas que su madre me dio para mi familia la última vez que estuve aquí, aunque hay que decir que esas son difíciles de superar.

—Entonces —dice Ruby después de dar un trago a su té de limón —, ¿quién crees que es la chica por la que Egan ya no está interesado en ti?

Me atraganto con mi Coca-Cola sin poder creer lo que le acaba de preguntar Ruby a Amelia. Hasta yo he recibido el impacto de sus palabras como una bofetada.

—Sin ofender —termina de decir.

Amelia le enseña el dedo corazón a Ruby con una expresión en el rostro que la manda a freír espárragos, pero, instantes después, la sustituye por una sonrisa de medio lado y una mirada suspicaz.

—En primer lugar, tu amabilidad me conmueve y, en segundo lugar, tengo mis sospechas.

—Cuenta, cuenta.

Susie se quita las gafas, dejándolas a un lado y espera impaciente la respuesta de Amelia.

—¿De verdad? ¿Acaso no hay más chicos de los que podamos hablar? —Claudia pone los ojos en blanco y nos mira a todas con cara de fastidio.

Yo encojo los hombros queriendo decirle que no puedo hacer nada. Y aunque hay una parte de mí que se muere de la curiosidad

por saber lo que piensa Amelia, sobrecogida por el atisbo de esperanza que comienza a arremolinarse dentro de mí, lo cierto es que no me importaría que la conversación tomara una dirección totalmente opuesta. Estar hablando constantemente de Egan no me ayuda en nada a querer dejar de pensar en él en todo momento. De hecho, solo hace más real el hecho de que, apenas a unos pasos atravesando el pasillo y esa puerta negruzca, se encuentra él, ignorante, o no, de todo lo que estamos diciendo.

—¿De Alan? —Siento como si me dieran un puñetazo en el estómago, cortándome la respiración—. Yo creo que no.

Claudia se ruboriza y con un fugaz movimiento se lleva su vaso a los labios. Parece que quiera esconderse detrás del plástico.

Su nombre es como un golpe de realidad que me recuerda que, tal vez, si no quiero causar ninguna discusión, debería decirle que todo va bien.

Cojo el móvil fingiendo que no me importa lo más mínimo lo siguiente que puedan decir y pienso que los ojos se me van a salir de las órbitas al ver casi treinta mensajes de Alan reclamándome que le diga algo y tres llamadas perdidas.

o_22:41
Perdón, estábamos pintándonos las uñas, no
he podido coger el teléfono.
Te prometo que todo está bien.

Me doy una bofetada mental al ver la respuesta que le he enviado a todos sus mensajes, pero no tengo ni fuerzas ni ganas para afrontarlo.

—Vale… —Inconscientemente, me llevo las uñas a los dientes—. Comienza por "Me" y termina en "lody".

—¡Amelia! —exclama Claudia y le tira una servilleta a la cara.

No soy consciente de que mi mano se ha quedado petrificada en mi boca y tampoco de cómo me están mirando en este momento Ruby y Susie.

Me dirigen unas sonrisas traviesas y los entusiasmados golpecitos que da Susie a su vaso me indican que está a punto de estallar.

—¡Lo sabía!

—Pensaba que me estaba volviendo loca… —dice Ruby mientras me empieza a hacer cosquillas en el vientre.

Estallo en carcajadas y ahogo un grito al no ver venir a Ruby. Sus manos se mueven tan rápido que por un momento olvido cuál es el motivo por el que me está dando un ataque de cosquillas.

Solo cuando termina y respiro un par de veces para recuperar el oxígeno, soy capaz de recobrar la consciencia.

—¿A qué te refieres?

—Melody, todas vimos la escenita de la pista de patinaje.

El recuerdo de la discusión entre Egan y Alan se me viene a la mente como si se tratara de un incómodo destello, fugaz y chocante.

—¿Qué escenita? —decimos al mismo tiempo Claudia y yo, la cual me mira con una ceja enarcada.

Amelia, Susie y Ruby ríen frente a la cara de tontas que debemos tener en este momento las dos.

—¡Prácticamente, acabasteis empotrados en la barra de la pista, chica! Por no hablar de vuestras miradas…

En otro momento, tras las palabras de Ruby, hubiera temido que Amelia se lanzara hacia mí para tirarme de los pelos, pero, ahora, al verla asentir con una sonrisa pícara en la boca, me doy cuenta de que lo único que cabe en mi cabeza en este instante es la creciente vergüenza que trepa en mi interior y hace que las mejillas me comiencen a arder.

¿Tan obvio fue? Alan lo vio, aunque pensaba que simplemente era por su necesidad de estar vigilándome en todo momento. Pero ahora me percato de que simplemente he sido estúpida al creer que ninguna se había dado cuenta.

Además, esto me confirma, creándome una sensación reconfortante y una chispa de emoción en el cuerpo, que realmente sí que había pasado algo entre los dos ese día. Puede que incluso Egan sintiera exactamente lo mismo que yo.

—¡Ruby! —exclama Claudia por segunda vez en la noche.

—Solo digo la verdad —dice mientras se ríe y levanta las manos en señal de paz.

—No pasó nada, simplemente resbalamos.

Atisbo por el rabillo del ojo cómo Claudia se levanta y comienza a rebuscar algo entre los cajones de su cómoda.

—A mí no me importa, es todo tuyo.

Realmente siento como si las mejillas me palpitaran al oír lo que me dice Amelia. Comienza a hacer calor de repente en la habitación, demasiado.

—¡Madre mía, Melody! —exclama Susie con una gran sonrisa de felicidad en la cara—. Tienes la bendición de Amelia, yo de ti no me lo pensaba dos veces.

—Pero, yo…

—Ya vale, la vais a marear a la pobre. Si tanto queréis hablar de mi hermano, sabéis donde está su cuarto. Si no, tengo bastantes cintas de karaoke que creo que os gustarán.

Claudia me sonríe mientras deja en el suelo un puñado de cintas distintas. Cuando vuelve a mirarme, le digo gracias con los labios, recibiendo como respuesta un guiño.

—¡Me pido esta!

Y así, Susie comienza una sesión de karaoke que se acaba alargando hasta la una de la madrugada.

…

El sonido de mi móvil me persigue con un martilleo constante. Cientos de mensajes resonando en mi cabeza, un sinfín de llamadas que no terminan nunca. Pienso que me voy a volver loca si no hago callar el aparato, pero el molesto sonido que emite me atrapa cual garras que te asfixian por la garganta.

Finalmente, alargo el brazo y logro alcanzarlo, lanzándolo todo lo lejos que mi fuerza me lo permite, pero acaba cayendo apenas a unos tres centímetros de mis pies, es como si mi brazo hubiera perdido toda su fuerza. Me siento débil.

Y, a pesar de ver como la pantalla se hace añicos, el sonido persiste, cada vez más fuerte y estruendoso.

—Haced el favor de silenciar el maldito móvil.

La voz soñolienta de Susie me levanta de un bote del lado de la cama que Claudia me había dejado para dormir. El sueño, o más bien la pesadilla que estaba teniendo, quedan en un segundo plano al oír el verdadero sonido que me indica que estoy recibiendo una llamada.

En un primer momento, pienso en mis padres, incluso en mi hermana, temiendo que haya pasado algo. Así que me levanto con cuidado de no despertar a nadie, pues todas las chicas están durmiendo, y me dirijo hacia la pantalla reluciente que ilumina un trocito de la habitación a oscuras.

Cuando lo alcanzo, la llamada acaba de terminar, dejando la pantalla iluminada, en la cual puedo ver que son las tres menos cuarto de la mañana. Maldigo mentalmente, mañana tengo que

madrugar para ir a Sopa de Letras, pero mis maldiciones se convierten en pensamientos agónicos cuando leo el nombre de la persona que me está llamando nuevamente.

Antes de descolgar, salgo de la habitación de puntillas lo más silenciosamente que puedo a pesar de no ver absolutamente nada por la falta de luz. En el pasillo, la única iluminación que percibo es una claridad natural que proviene de una diminuta terraza con la cual conecta. Hasta entonces no había advertido su presencia, pues se esconde en el recoveco de una de las esquinas del pasillo.

Descuelgo y, antes de hablar, me cuelo por el pequeño espacio que dejo abierto hacia el exterior.

El aire frío me congela hasta los vellos del cuerpo, envolviéndome en un ambiente con olor a incertidumbre y compasión.

—¿Alan?

Apenas soy consciente del cansancio que cargo hasta que mi voz soñolienta atraviesa el espacio sumido en el silencio. Mi titiritero y el repiquetear de mis dientes son lo único que me acompañan.

—¿Dónde mierdas estás, Melody?

Joder, joder, joder…

Respiro profundamente evitando cualquier pensamiento negativo antes de contestar con toda la calma que soy capaz de recopilar.

—Ya lo sabes, Alan. ¡Además, son las tres de la mañana!

Mi exasperación acaba saliendo en las últimas palabras que le digo, pero no puedo tolerar que me hable así, a estas horas y en estas condiciones.

—¿Crees que no me he dado cuenta? ¡Llevo horas esperando una llamada, un mensaje tuyo!

Sus gritos a través del teléfono sustituyen el frío del exterior por uno mucho más agresivo que envuelve mis huesos y me hace

temblar como nunca. Rezo para que nadie nos oiga, que oigan sus gritos, a pesar de estar separados por una pantalla.

—Lo siento, me quedé dormida y olvidé responder a tus mensajes…

Y es entonces cuando me doy cuenta de que he cometido un error. No tendría que haber admitido que sabía que me había estado escribiendo y llamando sin parar durante toda la noche y, a pesar de que en algunas ocasiones le he contestado, sé que eso no va a ser suficiente.

—¿Sabías que te estaba escribiendo y no has podido dignarte a contestarme?

Su respiración entrecortada y descontrolada me hace querer dar marcha atrás en el tiempo, rectificar mis palabras. Solo quiero volver a la cama de Claudia, ahogarme entre sus sábanas y despertarme como si nada de esto hubiera pasado.

—Ha sido sin querer, lo juro.

Intento sonar calmada, pero sé que puede percibir los nervios en mi voz en cuanto su risa se oye a través de la llamada, irónica y punzante.

—Que lo juras, dices. Empiezo a creer que no puedo confiar una mierda en tus palabras, dependienta.

—¿Qué quieres decir?

—Dime, ¿te lo pasas bien con Egan? ¿Disfrutas ahora que no puedo estar allí para alejarte de él?

Me clavo las uñas en la palma de mi mano libre en busca de aliviar el escozor de mis ojos.

—No he estado con él, ni siquiera lo he visto.

Sueno desesperada, patética, intentando que confíe en mí.

—Comienzo a ver cómo eres realmente Melody… Falsa, además de mentirosa. Te gusta jugar con mis sentimientos, ¿crees que soy

imbécil? ¿De verdad piensas que soy un jodido imbécil?

—Jamás he dicho eso, Alan, y lo sabes muy bien.

Una lágrima silenciosa rueda por mi mejilla, porque, aunque sus palabras me duelen, sé que estoy jugando con sus sentimientos. Comienzo a pensar que tiene razón, no soy más que una mentirosa conmigo misma, ocultándome mis sentimientos, una mentirosa con Alan, por no plantarle cara y decirle que es a Egan a quien no puedo sacar de mi cabeza.

No solo estoy jugando con sus sentimientos, sino que también lo estoy haciendo con los míos. No me importa acabar más rota de lo que ya estoy si con eso puedo ayudarle, pero temo acabar mucho peor si Alan continúa atacándome de esta manera cada vez que decido mirar por mí misma.

—Me estás matando, Melody…

Su respiración entrecortada me advierte de que está llorando y un pinchazo de dolor me encoge el pecho al saber nuevamente que el motivo de su dolor soy yo. Comienzo a llorar, esta vez con más intensidad, pero lo hago en silencio, sin querer demostrarle que yo también siento que me empiezo a marchitar por dentro.

Inspiro con fuerza hasta que creo que mi voz se puede oír con normalidad.

—Por favor, Alan. De verdad que no te he mentido. —Más lágrimas ruedan por mi mejilla y, por un momento, pienso que voy a ser incapaz de pronunciar las siguientes palabras—. Me dijiste que no me acercara a Egan y no lo he hecho, porque me importas.

—Ellos te van a alejar de mí, ya lo están haciendo.

No quiero pensar en lo que quieren decir sus palabras, no me puedo permitir imaginar que sus intenciones son prohibirme también juntarme con sus amigos, los cuales ahora también se están convirtiendo en los míos.

—Son mis amigos, y también los tuyos.

Irónicamente, esta conversación se me hace idéntica a la discusión que acabó con la prohibición de Alan, que terminó con la imposibilidad de acercarme a Egan siempre que él estuviera delante.

—Eres egoísta, dependienta. Te lo dije el otro día, pero solo eres capaz de actuar en tu beneficio, ¡permitiendo esto!

Su voz suena frenética, desquiciada y estoy segura de que si Alan estuviera aquí mismo, delante de mí, hubiera temido con todas mis fuerzas que sus manos se acercaran más de lo debido a mi cuerpo.

—¿Qué estoy permitiendo?

El silencio es su única respuesta a mi pregunta. De hecho, no oigo su voz hasta que una vibración suena en mi móvil.

—Míralo tú misma.

No sabría cómo describirlo, tal vez instinto o superstición, tal vez solo se tratase de una sensación de advertencia que hace que todo mi cuerpo se ponga alerta mientras alejo la pantalla de mi oreja y entro en el chat de Alan, donde hay una imagen.

Por un instante pienso que estoy cayendo al vacío, cuestionándome en qué momento me he acercado lo suficiente a la barandilla de la terraza como para caer en picado al frío suelo de la calle.

Siento mis músculos agarrotados y el temblar de mi mano solo hace que acerque más la imagen a mis ojos, los cuales, inundados de lágrimas, son incapaces de enfocar bien lo que tienen delante.

Puedo ver la muñeca de Alan cubierta de gotas resecas. Cortes irregulares, algunos más superficiales que otros, se extienden sobre su piel desgarrada y rojiza.

—Alan…

Ni siquiera sé qué decir. Solo puedo llorar, solo puedo concentrarme en el sonido de mi respiración acelerada. Yo he

causado esto, yo soy esos cortes en su cuerpo. Yo tengo la culpa, por ser una egoísta. Él tenía razón… Él….

—¿Has visto lo que has hecho, dependienta?

—Yo no… Por favor, Alan, para, detente.

Suplico, pero sé que no me está escuchando, pues aún no he terminado de hablar cuando vuelvo a oírlo.

—No llores ahora, preciosa. Estás mucho más guapa cuando no lo haces. Pero, pensándolo bien —dice, esta vez perdiendo el nerviosismo en su voz e intercambiándolo por una pasividad espeluznante—, esto me lo has hecho tú, tú has hecho cada uno de estos cortes, tú has provocado esta sangre. Así que, bueno, tal vez merezcas ahogarte un rato más entre tus lágrimas.

Y es como si sus palabras tuvieran un efecto mágico en mí, como si una obligación penetrara en mi cuerpo. Comienzo a ahogarme, luchando por poder respirar con normalidad, por alcanzar algo de oxígeno para mis pulmones. Las lágrimas se arremolinan en cada hueco de mi rostro, rebasando mi barbilla y deslizándose por mi garganta. Apenas puedo respirar y, aterrada y desesperada, me obligo a toser para después recoger todo el aire que había expulsado.

Funciona.

Debería dejar de arañarme el lado de la muñeca en el que Alan se ha cortado.

Pero funciona.

—No quería hacerte daño.

Consigo decir a pesar de la dificultad.

Me imagino cogiendo un objeto punzante y rasgando cada centímetro de su piel sin compasión, lenta y dolorosamente, sintiendo la culpa de lo que estoy haciendo. Me horrorizo al ver lo que he hecho en la imagen.

—Ya me lo has hecho.

—Déjame ayudarte, por favor, Alan.

El silencio reina entre los dos durante unos instantes.

—Dime que me quieres e ignoraré lo que has hecho esta noche. Olvidaré todo el daño que me has causado.

Es inútil pensar que no quiero decir esas palabras, pues, aunque sé que es cierto, ¿qué otra opción me queda? ¿Ser responsable de lo que pueda llegar a hacer Alan? ¿De lo que puedo llegar a hacer yo? No quiero decirlo, no lo siento, vuelvo a ser una mentirosa con los dos, pero sobre todo conmigo misma.

—Te quiero, Alan.

—Te quiero, dependienta.

Capítulo 27

¿Una verdad a medias es una mentira?

Alan

No comprende el rumbo de sus acciones. Ni de sus palabras. Tan solo se deja guiar por el hambre interior que le impulsa a hacer y decir todo cuando está en su mano para mantener a Melody a su lado.

Ha llegado un momento en el que todo se ha vuelto confuso, difuso.

Está convencido de que, si ahora mismo observara su propio reflejo, tan solo podría ver una imagen distorsionada de él mismo.

No comprende en quién se está convirtiendo.

Y, al mismo tiempo, se siente más él que nunca. Completo, poseedor del control de su vida y de lo que quiere.

Se siente poderoso, capaz de lograr aquello que se proponga.

De hacer cualquier cosa para conseguir lo que desea.

Incluso fingir que los cortes que se encuentran en su muñeca, causados en una de sus habituales discusiones con uno de sus colegas tras haber estado fumando, son en realidad heridas que él mismo se ha provocado como método de autodestrucción.

No importa, piensa.

Cuando por fin sea correspondido por la chica a la que quiere, nada de esto tendrá ninguna importancia. Todo quedará en el olvido,

un pasado que ninguno de los dos querrá volver a mencionar.

Y lo único que pervivirá será su propia versión de los hechos.

Capítulo 28

Embriagadora soledad

Melody

El sabor metálico en la boca me aturde durante unos instantes y me recuerda que debo dejar de clavar mis dientes en los labios si no quiero acabar de perforarlos. No había podido hacer otra cosa desde que Alan había cortado la llamada más que sellar mis labios para no dejar escapar el triste sonido de un llanto.

Apenas habían pasado unos minutos, pero para mí había sido una tormentosa eternidad, parecía que el tiempo se hubiera detenido, que el mundo se había quedado paralizado a la espera de mi siguiente acto.

Me llevo los dedos a la boca al sentir un espesor caliente en ella. La sangre emborronada en mi pulgar me recuerda a la muñeca de Alan, dolorida y magullada. Siento el ardor de sus cortes en mi propia carne, el sonido del rasgar de la piel atravesando mis oídos.

Quiero ahuyentar esa sensación, esa quemazón que me recorre todas las extremidades, pero, al mismo tiempo, pienso que, si supiera lo que siente Alan por dentro, entonces podría llegar a comprenderlo.

Si pudiera experimentar el dolor que él mismo se ha causado, tal vez y solo tal vez sabría cómo ayudarlo.

No pienses en eso.

Necesito alejarme de esos pensamientos, apartarlos todo lo posible de mi cabeza antes de que pueda hacer algo de lo que me arrepienta.

Avanzo sin saber muy bien en qué momento le he dado órdenes a mis pies para que se muevan hasta la barandilla más cercana que delimita el balcón en el que me encuentro, y apoyo mis manos en la fría vara de metal, que me envía escalofríos a través de la piel.

El ambiente es tan frío que el contacto con el helado metal se convierte en ardor cuando mis dedos se clavan con fuerza en él. La calle está solitaria, no es de extrañar, nadie saldría a estas horas y menos con esta temperatura.

Se respira paz, demasiada, hasta un punto en el que llega a ser incluso inquietante.

La soledad me envuelve como una vieja amiga, pero esta vez, en vez de encogerme ante el peso de su presencia, dejo que me acaricie como quien anhela un contacto reconfortante y familiar.

Siento su presión sobre mis hombros, cómo, poco a poco, me empuja hasta que la fina tela de mi pijama choca con la barandilla.

Mis ojos, inevitablemente, aterrizan en los sucios y oscurecidos adoquines de la calle, duros y fríos.

Siento su susurro en mi oreja, o más bien, calado en mi subconsciente, animándome a acercarme un poco más, a extender mi cuerpo por encima del metal para apreciar mejor el eslabón que separa la acera de la carretera iluminada tenuemente por los semáforos.

Sería muy fácil sucumbir a sus dulces caricias, adentrarme un poco más en la oscuridad. Es aún más fácil ignorar la tensión de mi cuerpo y dejar caer mi peso hacia el abismo.

Cierro los ojos pensando en qué habrá más allá de lo que nuestros ojos alcanzan a vislumbrar, en si mi abuelo estará allí,

esperando a que decida reunirme de nuevo con él. Sería tan agradable, la promesa de la felicidad.

Necesito volver a abrazarlo y que me diga que esto solo ha sido una pesadilla, que ya no tengo que tener más miedo a derrumbarme.

Pero dos gotas caen sobre mis mejillas, sorprendiéndome, pues no me había dado cuenta de que estaba llorando. Abro los ojos y veo que no son lágrimas lo que está comenzando a empapar mi piel, sino tímidas gotas que comienzan a caer del cielo, ganando cada vez más intensidad.

Es entonces cuando soy consciente de la posición precipitada de mi cuerpo y de lo que apenas unos segundos atrás estaba pensando. Me horrorizo de mí misma, pero al mismo tiempo no puedo evitar pensar que no me sorprenden para nada las ideas que hasta hace un momento cobraban forma en mi mente.

Retrocedo bruscamente buscando a tientas con la mano la manilla de la puerta con la intención de volver al interior de la casa, buscando huir de mí misma y de la soledad que aún me susurra al oído que todavía no es demasiado tarde.

Capítulo 29

Efímera noche

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué haces tú aquí?

—Ir a mear, teniendo en cuenta que es mi casa.

Egan está parado frente a la puerta del baño de donde sale la suficiente luz amarillenta como para iluminar el pasillo al completo. Sus rizos están más despeinados que de costumbre, señal de que hasta hace poco estaba durmiendo, y bajo sus ojos se marcan levemente un par de finas ojeras oscuras.

Por un instante veo una chispa en su mirada que me enciende, haciendo que mi corazón comience a latir cada vez más rápido. Veo recelo en sus ojos mientras me repasa de arriba abajo, dejándome clavada en el sitio hasta que su mirada viaja hasta mi rostro, es ahí cuando la duda desaparece y la sustituye algo que parece una llama de preocupación.

—Lo siento, me has asustado.

—¿Has estado llorando?

Me recrimino mentalmente al darme cuenta de que debo de tener un aspecto horrible. Probablemente, mis ojos están inyectados en sangre, debo de tener unas ojeras profundas y el labio hinchado por la presión de mis dientes.

Esto no puede estar pasando, no ahora, no cuando hace unos minutos estaba pensando en cuánto tiempo tardaría en caer desde

el balcón.

—He tenido una pesadilla, necesitaba tomar el aire.

Me llevo las manos al pelo y me coloco algunos mechones de forma que puedan tapar un poco mi cara con la intención de ocultar mi aspecto, tan deplorable.

Egan se queda en silencio, aún con un deje de preocupación en sus ojos, y se acerca a mí con largos pasos hasta que solo quedamos separados por unos escasos centímetros.

—Tal vez debería irme a casa, esto es vergonzoso.

Soy incapaz de sostenerle la mirada, ya que creo que si le miro a los ojos comenzaré a llorar otra vez.

—No vas a irte sola a ninguna parte, Melody, y menos a estas horas de la madrugada.

Lleva sus manos hacia mis brazos y acaricia la tela del pijama transmitiendo calor, ni siquiera me había dado cuenta de que estaba temblando de frío hasta que he dejado de hacerlo bajo su contacto.

—Estás helada, ¿cuánto llevabas fuera?

—La verdad es que no lo sé. —Había perdido totalmente la noción del tiempo.

—Ven, te daré algo para que entres en calor.

Egan me coge de la mano, su tacto cálido contra mi piel congelada se siente como una explosión de sensaciones, y tira de mí suavemente en dirección a su habitación. En un primer momento, aferro mis pies al suelo incapaz de seguirlo, pues sé que esto no está bien, no debería ir al cuarto de Egan, no a estas horas y, mucho menos, en estas condiciones. Pero después, al ver el hoyuelo que se le marca en la mejilla cuando me dirige una sonrisa, dejo que me guíe hasta el interior de su habitación.

Un aroma a menta me envuelve junto con la sensación de paz que me transmite su cuarto, alumbrado solamente por una pequeña

luz de mesa. La cama está deshecha y revuelta y mis ojos se clavan en el lugar en el que Egan debe de dormir cada noche.

—Es la sudadera más gruesa que tengo.

Me pasa una forrada sudadera azul marino y me la pongo aún con la mirada perdida en las sábanas revueltas.

—Gracias.

—Mel, ¿por qué tengo la sensación de que no solo has tenido un mal sueño?

Esta vez sí que me fijo en él, ahora luce mucho más sereno, aunque percibo cómo tensa la mandíbula mientras me escruta con la mirada, como si quisiera desentrañar lo que verdaderamente ha pasado.

Por un momento siento miedo de que lo averigüe, pero es imposible.

—Supongo que no estoy pasando por mi mejor momento y las cosas se acaban acumulando…

—Hasta que estallan —termina de decir por mí.

En mis labios se dibuja una sonrisa, es fácil hablar con Egan, no sentirme juzgada mientras me expreso. Decido tirar un poco más de esa seguridad que me envuelve aquí, entre estas cuatro paredes y él.

—Sí, hasta que ya no lo puedes aguantar. Pensaba que no te iba a ver esta noche.

Me acerco a una de las guitarras que cuelgan de la pared y acarició sus cuerdas sin llegar a emitir ningún tipo de sonido.

—Claudia me dejó bien claro que ni se me pasara por la cabeza molestaros.

Suelta una risita ronca que me envía un chute de electricidad, tensando todos mis músculos.

—Tenía muchas ganas de que esta noche saliera bien, se ha esforzado mucho. —Me giro hacia él, se ha sentado en el borde de la cama con las piernas abiertas—. Hasta nos ha machacado en el karaoke.

Otra vez esa risa, esa vibración en mi pecho.

—Me alegro de que Claudia te haya conocido. —Me mira con una intensidad ardiente—. Me alegro de haberte conocido.

—Ahora puedes fumar tranquilamente delante de alguien—digo con la intención de evitar esta tensión electrizante que se está formando a nuestro alrededor.

—Y es todo un alivio.

Su tono irónico y característica picardía inundan la habitación, haciendo que me olvide de todo lo que ha pasado esta noche. Ese es el efecto que deduzco que tiene Egan en mí, la capacidad de transportarme a un sitio en el que no me hace falta nada más que estar con él, en el cual las preocupaciones desaparecen y solo queda ese sentimiento punzante en el corazón que, muy lejos de hacerme daño, me empuja a querer estar lo más cerca posible de su cuerpo.

Y es justo eso lo que sucede, pues en pocos segundos me encuentro extremadamente cerca de él, casi entre sus piernas. La diferencia de altura hace que sus rizos rocen mi pecho, haciendo más notable mi respiración acelerada.

—Yo también me alegro de haberte conocido, Egan —digo en un susurro.

No entiendo lo que estoy haciendo, solo sé que necesito que este instante dure para siempre, o al menos lo suficiente como para recuperar fuerzas y afrontar el día de mañana.

Sus manos viajan hasta mi cintura, ejerciendo un punto de presión perfecto que me sostiene ante el temblor de mis rodillas. Su

tacto arde en mi piel pese a la tela que nos separa, pero así de fuerte es esta conexión.

—Quédate esta noche conmigo, Mel. Por favor.

Su voz ronca hace que sus palabras apenas sean un susurro entre sus labios, pero llegan a mí como puñaladas dolientes que me devuelven a la realidad.

—Esto no está bien, debería volver con las chicas.

Sé que tendría que salir corriendo de esta habitación, probablemente de esta casa si quiero evitar meterme en más problemas. Si Alan me estuviera viendo ahora mismo, si nos pillara, estoy segura de que sus gritos lo acabarían dejando afónico.

Lo imagino entrando en el cuarto de un portazo, abalanzándose sobre nosotros, llenando el ambiente de un aroma a veneno y celos.

Pero él no está aquí, está muy lejos. No nos puede descubrir.

—¿El qué no está bien? ¿Esto? —Egan coge un mechón de mi pelo y lo enrosca en su dedo—. ¿O esto?

Suelta delicadamente el tirabuzón que ha formado y me acaricia la mejilla tan sensiblemente que su tacto apenas roza la superficie de mi piel en brasas.

—Tu hermana me odiaría.

Cierro los ojos ante su caricia. Como si esa fuera mi única preocupación, pero es la única probable verdad que puedo utilizar como excusa para huir de una situación de la que no quiero escapar.

—Si no quieres, no tendría por qué saberlo.

Está tan cerca que puedo sentirlo, puedo sentir mis emociones luchando por salir a la luz y abrirme a él de una manera que no he hecho nunca. Sé que Egan puede ofrecerme eso que tanto anhelo, pero que todavía no entiendo lo que es. No tengo ninguna duda de que quiero estar con él y, saber que él siente lo mismo solo hace más claro ese sentimiento.

Pero la verdad acostumbra a ser traicionera, ¿y si Egan también lleva la cuenta de las chicas que cuela en su habitación?, ¿y si yo solo soy una más? Estoy tan eclipsada por él que ni siquiera me había planteado esa posibilidad.

—¿Esto es solo un juego para ti?

—Claro que no, siento si te estoy presionando. Mi última intención es forzarte a hacer algo que no quieres, Mel.

Retira sus manos de mi costado, dejando una sensación fría en su lugar. El brillo ámbar de sus ojos desaparece, al igual que la sonrisa que antes tenía dibujada en la cara.

—Solo quiero saber que puedo confiar en ti, Egan. No estoy acostumbrada a esto —señalo el espacio que nos separa—, no quiero que me hagan más daño.

Un destello de dolor cruza sus ojos, tan fugaz que me parece haberlo imaginado.

—Desde que me apuntaste con un cuchillo —ese aire juguetón vuelve a él— soy jodidamente incapaz de dejar de mirarte, Mel. Solo hago que buscar excusas para estar cerca de ti, los diez peniques, los poemas…

Y sé que ya estoy perdida, que por mucho que mi subconsciente me recuerde que esto va en contra de lo que le prometí a Alan, no puedo ignorar el dulce calor que se extiende por mi pecho, las mariposas que revolotean en mi estómago, las ganas que tengo de besarlo ahora que me ha confesado sus sentimientos hacia mí.

—Esa noche casi te mato —digo con una gran sonrisa en la cara —. No puedo pensar en nadie más desde ese día.

Una lágrima rueda lentamente por mi cara, pero esta vez de alivio. Por una vez siento que las cosas pueden salir bien, siento que tengo a alguien que se preocupa por mí y que podría llegar a quererme.

Pero, aunque no fuera así, con esto sería suficiente.

Egan me acerca de nuevo a él, esta vez colándome entre sus piernas, y pone ambas manos sobre mi nuca, acariciándola con los pulgares.

—Voy a quitarte esa tristeza de los ojos, lo juro.

Sé que las promesas son difíciles de cumplir y fáciles de resquebrajar, últimamente lo he podido experimentar en primera persona. Pero confío en Egan, no me queda más remedio y es algo que me nace de dentro.

—Confío en ti.

Se levanta de su sitio para nuevamente cogerme de la mano y dirigirse hacia el lado derecho de la cama.

—No tenemos mucho tiempo, pero duerme hoy conmigo. —Un deje de esperanza matiza sus palabras.

No dejaría escapar este momento ni aunque quisiera, no cuando tenemos la oportunidad de estar solo los dos, sin la mirada de nadie sobre nosotros. Lo alcanzo con los brazos rodeando su cuello, percibiendo un leve olor a tabaco que no había percibido antes. Es adictivo y soy incapaz de apartarme.

Cuando sus manos reposan sobre mi espalda, lo abrazo acomodando la barbilla en el hueco de su clavícula, su aroma me embriaga. Necesitaba esto, necesitaba un abrazo de alguien al que sé que le importo.

—Todo va a estar bien. —Su respiración pausada y su caricia me aseguran su promesa.

—¿Lado izquierdo o derecho?

Nuestras risas son lo único que se oye en la gran casa de los Miller, y es maravilloso.

—Te doy el privilegio de escoger.

Me tumbo en el lado izquierdo, envolviéndome en la calidez de las sábanas mientras él se coloca a mi lado, abrazándome por la espalda. No sé cómo voy a ser capaz de volver a dormir sola después de esto, solo tengo la certeza de que queda muy poca noche para disfrutar de este momento.

—Eres la primera chica que duerme en mi cama.

Su susurro me hierve el corazón.

—Eres la primera persona por la que siento esto, Egan.

Bostezo sin poder evitarlo, apenas recordaba el cansancio que tenía antes de salir al balcón.

Lo último que siento son sus labios sobre la piel desnuda de mi hombro y después sobre mi mejilla.

—Buenas noches, Mel.

—Buenas noches.

Capítulo 30

Dar el primer paso

Jamás me hubiese imaginado que la culpa pudiera llegar a pesar tanto. Ahora, cubierta por las sábanas de la cama de Egan y con su brazo rodeándome la cintura, soy consciente realmente de dónde me encuentro, en su habitación, iluminada por los primeros rayos de sol que se cuelan por la ventana, cargada de un aroma a menta y una calidez que me nubla los pensamientos.

Merezco sentirme así, carcomida por la realidad de todo esto, de que estoy traicionando a Alan, ahora más que nunca, cuando he decidido que quiero que este sea mi refugio, esta habitación, Egan. Solo hemos dormido el uno junto al otro, ni siquiera hemos llegado a rozar nuestros cuerpos, nuestros labios no han estado a punto de besarse. Pero, aun así, creo que es el momento más íntimo que he vivido en mi vida.

Me giro para quedar cara a cara con él. Dormido, la inocencia parece brotar de una piel cubierta de pecas que le dibujan trazos imperfectos. Sus largas pestañas le rozan ligeramente las mejillas y sus labios entreabiertos me llaman a acercarme cada vez más, tentándome a acariciar cada rincón de su rostro y, cuando me harte, de su cuerpo.

Sin embargo, algo me dice que debería salir rápidamente hacia la habitación de Claudia antes de que las chicas se despierten y se den cuenta de que no estoy ahí.

Una sensación de asfixia me envuelve mientras me dirijo a pasos ahogados hacia la habitación donde me imagino a Claudia con una mirada indignada hacia mí, haciéndose una idea de donde he podido haber pasado la noche. También me imagino a las chicas chinchándome y tirándome de la lengua para que les diga la verdad.

No obstante, cuando entro rezando por ser lo más silenciosa posible, todas están donde las vi la última vez, durmiendo. El aire se escapa de mis pulmones en un soplido, todavía no estoy preparada para contarle a Claudia los sentimientos que tengo por su hermano y, si se hubiera dado el caso, no habría tenido el suficiente valor como para darle una excusa barata de por qué no estaba en su cuarto.

Pero no tengo tiempo de pararme a pensar en lo que podría haber pasado o lo que podría pasar, ya que he de cambiarme e ir a Sopa de Letras para tenerlo todo listo antes de que los primeros clientes comiencen a llegar.

Me desenredo el pelo y me pongo unos tejanos ajustados y un jersey a rayas acompañado de un chaleco negro.

Solo voy a avisar a Claudia de que me tengo que marchar al trabajo, pues no quiero despertar a todas las chicas, y menos a estas horas.

—Claudia —susurro.

—Mmmm.

Se me escapa una risa por lo bajo al verla incapaz de abrir los ojos.

—Me tengo que ir al trabajo.

—Muy bien.

Me da unos golpecitos en el hombro y su voz soñolienta me indica que tal vez no es consciente de que está hablando conmigo.

—Gracias por esta noche.

La habitación se queda en silencio al no recibir respuesta por su parte, pero decido no insistir más. Recojo mis cosas y salgo con la intención de alejarme lo máximo posible de esta casa, para ver si así puedo dejar atrás la culpa con ella. Pero no puedo.

Soy incapaz de irme sin despedirme de Egan, la persona que me ha abrazado durante toda la noche, la que me prometió, en otras palabras, que me arreglaría por dentro. Y estoy dispuesta a dejar que lo haga.

De nuevo, frente a la oscura puerta, vuelvo a sentir los nervios recorriendo cada fibra de mi piel, alentándome a dar un paso hacia delante. Es sencillo, simplemente tengo que entrar, acercarme a él y decirle que me tengo que marchar. Con suerte, estará igual de dormido que su hermana y apenas se dará cuenta de que he estado ahí.

No obstante, su cama revuelta y vacía es lo único que me recibe cuando decido entrar en la habitación. Avanzo dos pasos, mirando a mi alrededor, buscándolo, pero aunque este cuarto destaque por su gran tamaño, no hay sitio en el que pueda estar y no haya visto ya.

Me empieza a doler la cabeza, tal vez esto sea una señal para que salga de una vez de casa de los Miller, para no tentar más a la suerte.

Así que, ignorando el pinchazo de dolor que siento en el pecho mientras me dirijo hacia la planta de abajo, me autoconvenzo de que Egan no se tomará mal que literalmente haya salido a hurtadillas de su cama y, después, de su casa.

O al menos comienzo a pensar que tengo razón hasta que lo encuentro apoyado en la puerta principal con los brazos cruzados sobre su pecho.

—¿Siempre te despiertas tan guapa?

—No me has visto recién levantada.

Sus ojos me escanean el rostro, como si buscara algo que no está bien en mí. Un destello de preocupación brilla en sus ojos. Un dragón revolotea sobre mi pecho.

—He ido a despedirme a tu habitación, pero no estabas.

Me acerco hacia la puerta acortando la distancia que nos separa.

—Deberías ser más silenciosa si quieres salir a hurtadillas de mi cuarto. Además —saca unas llaves del bolsillo trasero de sus tejanos —, hoy te llevo yo al trabajo.

Sus labios se curvan en una sonrisa que me desarma por completo. Me gustaría hacer desaparecer el espacio que hay entre nosotros, acariciarle las mejillas y besarlo despacio, con miedo a que los segundos transcurran demasiado rápido.

Me gustaría experimentar esa clase de miedo que te promete la felicidad.

Pero, y qué pasa con Alan ¿y si me está esperando en la puerta de la librería cuando lleguemos? ¿Y si me ve bajándome de su coche o descubre algo más en nuestras miradas?

¿Sería capaz de descubrir todo lo que pasó anoche con tan solo ver la forma en la que miro a Egan?

—No quiero molestarte, Egan. La librería no está tan lejos andando.

—No es ninguna molestia, Mel. Y —abre la puerta principal de la casa, tras la cual se ha desatado una tormenta fría y densa—, a no ser que te encante caminar bajo la lluvia, aceptarás pasar unos minutos más conmigo.

No puedo evitar sonreír ante sus palabras, acercarme un poco más a él, admirar la mezcla de menta y tabaco que lo envuelve.

—No lo sé… Caminar bajo la lluvia está infravalorado y unos pocos minutos más a tu lado me saben a poco.

—Podemos recorrer Liverpool las veces que quieras —su mano rodea mi cintura y se acerca a mi oído para susurrarme—, pero no me haré responsable de que llegues tarde.

—Entonces, cuanto antes salgamos, mejor.

Me guía, aún con su mano en mi cintura, hacia una pequeña puerta de color marfil que nos conduce hacia un garaje parecido al que mis padres tienen en casa. La única diferencia es que, en el lugar en el que acostumbraría a estar mi Fiat y, en ocasiones, el coche de mi padre, nos dan la bienvenida un Audi de color negro y un Mercedes plateado que me roba el aliento.

Su risa ronca al ver mi cara de sorpresa me recuerda el precipitado interés que tiene mi familia en la posición económica de los Miller. Me revuelvo en el sitio incómodo.

Acabamos sentándonos en el Audi, soy incapaz de evitar observar cualquier detalle de su interior que me dé alguna pista de cómo es Egan en su intimidad. Una chaqueta oscura tirada en los asientos traseros junto a unos apuntes de Medicina con el título *Anatomía General*.

Me ruborizo al darme cuenta de la clase de anatomía que se me viene a la cabeza.

—¿En qué piensas?

Sus ojos fogosos me incitan a imaginar cómo sería la anatomía de su cuerpo frente al mío. Su sonrisa de medio lado y el hoyuelo marcado en su mejilla me hacen cuestionarme si no podrá saber exactamente en qué estoy pensando en este preciso instante.

—En nada.

—¿Has podido desayunar antes de salir?

Las gotas de lluvia se incrementan a medida que el coche se adentra en las calles de la ciudad, ahora grisácea y sumergida en una espesa niebla que dificulta la visibilidad.

—La verdad es que no, ¿y tú?

—Tampoco. ¿Crees que puede dar tiempo a parar y coger unas magdalenas? Conozco un sitio donde las hacen riquísimas.

Veo el brillo de la emoción de un niño grabada en sus ojos y lo cierto es que no me importaría llegar más justa que habitualmente con tal de seguir observándolo unos minutos más.

—Claro, pero yo invito.

—Ya veremos.

Egan termina dejando el coche sobre la acera, frente a un pequeño establecimiento de dulces, Marila, pues las calles están tan concurridas a estas horas que ha sido imposible encontrar un sitio en el que aparcar.

—Voy a buscarlas, no tardo nada.

—¡Espera!

Saco diez libras del bolsillo de mi chaqueta y se las doy antes de que salga del coche.

—Eres una cabezota, Melody.

Solo me da tiempo a responderle con una amplia sonrisa antes de que cierre la puerta y, corriendo, entre en la panadería.

Aprovecho el momento a solas para escribir a Alan. No puedo evitar pensar en él, en su constante presencia a mi alrededor, sintiendo como una espinita, que al principio era inofensiva, se clava cada vez más en mi piel reclamando atención.

Yo_ 08:34
Buenos días. ¿Hoy vendrás a Sopa de Letras?

Espero impaciente una contestación, sintiendo como un nudo se va formando en mi garganta. Necesito saber que Alan va a estar allí, esperándome como cada mañana, aparentando ser un cliente más. Necesito saberlo, pues de esa manera el golpe será más llevadero, sabré lo que me espera, podré intentar asimilar la incómoda

situación que se dará en cuanto me encuentre al lado de los dos chicos.

Pero nada. Pasan los minutos y no recibo ninguna respuesta.

Llega Egan con una bolsa que huele espléndidamente bien, y nada.

Me trago los nervios junto con el primer bocado de la magdalena.

—¡Está buenísima!

—Te lo dije.

Esperamos en el sitio hasta que ambos terminamos el desayuno improvisado y, cuando Egan da el último bocado, volvemos de nuevo hacia la carretera, cada vez más cerca de la librería, cada vez más cerca del momento que en estos minutos he deseado que no suceda.

Finalmente, encontramos estacionamiento a dos calles de la librería e inevitablemente acabo observando sus manos ancladas en el volante, analizando el movimiento de su brazo cuando viaja hacia el cambio de marchas.

Debe darse cuenta de mi mirada. Siempre lo hace.

—¿Has conducido alguna vez un automático?

—No, me va más lo clásico.

Egan me tiende su mano, suspendiéndola en el aire e, ignorando el cosquilleo creciente en las puntas de mis dedos, acabo entrelazándolos con los suyos.

—Relaja el brazo —dirige nuestras manos hacia el cambio de marcha y lo sujeta, dejando mi mano sobre la suya—. La «R» es marcha atrás, la «D» sirve para ir hacia delante —acabamos colocando el coche en su sitio—, la «N» es el punto neutro, aunque ahora no lo necesitamos y, por último, la «P» sirve para aparcar.

Las palabras parecen perderse en algún rincón, demostrando que a veces el silencio puede hablar de una forma más esclarecedora

que mil palabras gritadas. No hace falta nada más que nuestras manos aún ancladas en el cambio de marcha para saber que, llegados a cierto punto, tan solo es necesario callar, observar y dar el primer paso.

No puedo descifrar el momento exacto en el que mi espalda se separa del respaldo del asiento y, poco a poco, mi cuerpo se va inclinando hacia el suyo. Tampoco puedo averiguar el segundo en que sus ojos viajan hasta mis labios y su mano me acaricia la mejilla.

Solo ahora, cuando nuestros rostros están tan cerca que sus pestañas acarician mis mejillas, percibo el magnetismo de nuestros cuerpos, la fuerza con la que se atraen, la tensión que dejamos flotando en los centímetros que nos separan.

Todo esto sería perfecto, el cumplimiento de un anhelo que ni siquiera sabía que guardaba, si no fuera porque mis ojos se centran en el salpicadero del coche, donde unos grandes y parpadeantes números rojos me anuncian que solo faltan cinco minutos para que den las nueve de la mañana.

—Mierda, Egan.

Me separo bruscamente de él y comienzo a abrocharme el abrigo con prisas.

—¿Qué pasa?

—Llego tarde, muy muy tarde.

Algo en su expresión parece hacer «clic» cuando ve mi cara de desesperación, pero la sonrisa pícara que se dibuja en sus labios no hace más que aumentar mis nervios.

No debe ser buena la acumulación de tantos sentimientos intensos en un solo instante.

—No creo que te despidan por llegar un poco tarde, ¿no?

—No quiero comprobarlo.

—Vale, espera.

Egan sale en un abrir y cerrar de ojos del coche y abre la puerta del copiloto mientras sujeta un paraguas que inclina para que salga sin mojarme, aunque la tormenta acaba por empapar mis botas en cuestión de segundos.

Me rodea por los hombros para acercar mi cuerpo más al suyo hasta tal punto que nuestros pechos chocan y comenzamos a caminar hacia la librería.

Siempre había creído que la lluvia tenía el poder de esconder cosas, de esconder secretos. Bajo la tormenta, las lágrimas se camuflan con las pequeñas gotas de agua que caen del cielo, los maltrechos garabatos dibujados en el barro de los coches desaparecen, el cielo azul queda arropado por densas nubes grises, el sol termina siendo opacado e incluso las estrellas a veces desaparecen.

Pero nosotros también nos escondemos de ella, bajo paraguas, debajo de algún techo que cubra nuestras cabezas. Y en ese momento, a apenas unos metros de Sopa de Letras, no puedo hacer otra cosa más que buscar en cualquier recoveco de las calles a Alan protegiéndose de la lluvia.

—Justo a tiempo.

—Gracias, Egan, de verdad que no sé cómo agradecértelo.

Me acerca más a él, y quedamos prácticamente recogidos en un abrazo. Me hace reír ese movimiento inesperado y el contacto de su cuerpo con el mío.

—Podrías agradecérmelo volviendo a sonreír así.

Sus dedos acarician la comisura de mis labios.

—¿Con una sonrisa basta?

—Solo con eso es suficiente, pero puesto que parece que no te acaba de convencer, tengo una sorpresa para ti.

—No me digas, ¿puedes darme una pista?

—Solo te voy a decir que mañana tienes que estar lista a las cuatro de la tarde, pasaré a buscarte. De lo demás me encargo yo.

—Vamos… una pista, solo una…

—¿No llegabas tarde al trabajo?

—No eres justo, Egan.

Intento hacer, fracasando por completo, un puchero con la intención de darle pena y sonsacarle algo de información, pero no sirve de nada.

—La vida es injusta, Mel.

Sus ojos brillan bajo unos rulos de su pelo.

—Lo sé, pero aun así estoy deseando que sea mañana.

—Pues, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Sujeto contra mi pecho las llaves de la librería e ignoro el vacío que siento cuando comienzo a separarme de Egan en dirección a la puerta, y estoy segura de que de no ser por sus dedos entrelazándose con los míos, habría comenzado la jornada puntual, de no ser por la fuerza de su brazo atrayéndome hacia él de nuevo, ese vacío se hubiese hecho todavía más grande.

De no ser por sentir sus labios chocando con los míos, no hubiera podido experimentar lo que es arder por dentro, sentir que te encuentras a un pie de perder el control de todo y, al mismo tiempo, más segura que nunca de lo que estás haciendo en ese instante.

Al principio nos encontramos con una necesidad que ambos necesitábamos desplegar, pero después de unos segundos el beso se torna más lento, delicado, más profundo. Nuestros labios se acarician en una sincronía perfecta y su mano en mi nuca me insta a ponerme de puntillas y profundizar el beso.

Tal vez este momento pueda convertirse también en mi refugio.

Tal vez todo lo que tenga que ver con Egan pueda ser parte de él.

Al final nos separamos por la falta de aire y nuestras respiraciones entrecortadas. Tiene los labios hinchados y ligeramente rojizos, sus mejillas parecían arder igual que las mías.

—Ahora sí, nos vemos mañana, Mel.

Por un instante creo que, si vuelve a dirigirme esa mirada granuja y esa gran sonrisa, no podré contenerme y volveré a lanzarme sobre sus labios.

—Hasta mañana, Egan.

Él se aleja a paso apresurado hacia su Audi, yo me adentro en la calidez de la librería, incapaz de borrar la sonrisa de mi cara, incapaz de hacer calmar los latidos de mi corazón.

El silencio me recibe con los brazos abiertos. Me siento llena, me siento eufórica o, más bien, casi, pues siento que falta algo a mi alrededor que rompe con la rutina establecida durante los últimos días, siento que falta alguien.

Noto como una herida en mi muñeca se desgarra.

Capítulo 31

Levantarse con el pie derecho

Egan

Ni siquiera el café negro que se ha hecho en cuanto ha llegado a casa puede borrar el sabor de los labios de Melody sobre los suyos. La sensación de tenerlos encima, la posibilidad de volver a sentir su contacto mañana. Y, en el fondo, eso le gusta.

—¿A qué viene esa sonrisa de tonto que tienes en la cara?

Claudia se acerca a su hermano y se sienta en uno de los taburetes que rodean la isla de la cocina, frente a él. Tiene el pelo despeinado y demasiado enredado. Todavía lleva puesto el pijama de motivos navideños.

—Estoy contento.

—¿Has salido? —pregunta esta vez, analizándolo de arriba abajo.

Egan le da un sorbo a su café y asiente con la cabeza, aún con la taza entre los labios.

—¿Y vas a decirme dónde has ido? Es sábado, tú nunca madrugas los sábados.

Una parte de él quiere explicárselo todo a su hermana, desde el momento en el que se encontró a Melody en plena noche hasta esta mañana, cuando se han besado antes de despedirse. Pero le ha prometido a Melody, se ha prometido a sí mismo, que no lo haría.

Aunque no se imagina mantener lo que sea que está surgiendo entre Melody y él en secreto por mucho tiempo. Especialmente con Claudia. La realidad es que no le preocupa ocultárselo al resto de personas, sus amigos, sus padres… Puede vivir con ello.

Sin embargo, su hermana mayor es otra historia completamente distinta.

Siempre han sido un libro abierto el uno con el otro. Nunca han existido secretos entre ellos, jamás se ha dado la circunstancia en la que alguno de los dos no estuviese para el otro en los momentos complicados.

—No podía dormir sabiendo que cinco chicas podían estar rondando por la casa. —Egan sonríe y le da un puntapié a su hermana—. Por cierto, ¿dónde están?

Sabe que ha aprovechado la oportunidad para cambiar de tema y, aunque le duela, espera que haya funcionado y Claudia deje de hacer preguntas a las que no puede dar una respuesta.

—Todavía duermen, me da pena despertarlas.

Su hermano asiente y la observa sintiendo una mezcla de preocupación y orgullo por ella. No puede evitar eliminar todos los recuerdos de Claudia, derrumbada días tras día después de llegar de la escuela y, con el tiempo, del instituto.

—¿Ha ido todo bien? ¿Has disfrutado?

Melody le ha dado a entender que Claudia se lo ha pasado bien con las chicas, sin embargo, necesita escucharlo de la boca de su hermana para cerciorarse de que es cierto.

—Sí…, la verdad es que lo necesitaba.

—¿Hablar de vuestros rolletes? Claro, lo entiendo. —Decide quitarle un poco de hierro al asunto.

Él siempre ha sido así. Buscando llenar los silencios incómodos con algún comentario burlesco o fanfarrón, esperanzado en aliviar

esa tensión que, a veces, solo él es capaz de percibir.

En un principio esta manera espontánea y chulesca de actuar comenzó como un método algo arriesgado para intentar animar a su hermana los días en los que la veía más decaída de lo normal. No soportaba verla llorar, oírla hablar con sus padres de lo mal que lo pasaba en la escuela, de lo mucho que se esforzaba por hacer amigos.

Pronto descubrió que hacer reír a Claudia en esos momentos era una buena manera de alejarla de todo lo que le hacía daño. Al menos por unos minutos, pero era suficiente. Él era pequeño y necesitaba ver como su hermana reía. No soportaba verla tan triste… siempre.

Y así, con el tiempo, esas ocasiones puntuales en las que sacaba a relucir su faceta más espontánea acabaron convirtiéndose en su día a día. No sabe en qué momento su personalidad comenzó a basarse en eso, en querer ver bien a las personas que lo rodean. En ser siempre el que saque una sonrisa de las bocas de aquellos que no tienen fuerzas para hacerlo por sí mismos.

Y aunque odia el motivo por el cual comenzó a ser así, ahora se siente completo, satisfecho de ser como es.

—¡¿Qué?! ¡No tienes ni idea de lo que hablamos! —Y, ahí está, esa sonrisa que buscaba, sus mejillas teñidas de un rojo adorable.

—Lo que tú digas…

Egan le da el último trago al café que todavía se mantenía humeante en la taza y se dirige hacia el fregadero.

—¿Has visto a Melody? Ha tenido que irse temprano a trabajar.

La pregunta le pilla por sorpresa, tanto que la taza se le escurre entre los dedos. No obstante, consigue alcanzarla antes de que se le acabe de escapar de las manos.

—Nos hemos cruzado antes de que se marchara —termina afirmando, negándose a mentirle más a su hermana.

—Bien.

—Sí —contesta, todavía demasiado concentrado en limpiar la taza como para girarse hacia Claudia.

—¿Crees que debería despertar a las chicas?

—Puedo ayudarte, podríamos tirarles unos vasos de agua encima y después…

—Ni en tus mejores sueños, Egan —lo interrumpe Claudia antes de que pueda continuar.

—Vamos, con mi encanto seguro que se despiertan de muy buen humor. —Su sonrisa le arranca una carcajada a su hermana.

—Es un no rotundo. —Claudia se baja del taburete y comienza a dirigirse hacia las escaleras que conducen a la segunda planta—. Es más, ni se te ocurra acercarte a mi habitación, quedas avisado.

Egan alza ambas manos en señal de rendición hasta que Claudia desaparece de su vista.

Sonríe satisfecho.

Todo parece ir bien. Ha dormido con la chica que, desde hace unos días, no puede sacarse de la cabeza y ha sido una de las cosas más íntimas que ha hecho en la vida con otra persona. La ha besado y ha sido correspondido. Nunca le había sentado tan bien dejarse llevar por sus instintos más primitivos.

Esto, lo que está ocurriendo entre ambos, es diferente a todo lo que ha conocido. Y le aterra y atrae al mismo tiempo.

Pero le parece perfecto, todavía más después de saber que su hermana, poco a poco, está comenzando a dejar atrás ese miedo opresor a conectar con nuevas personas, a abrirse al mundo.

La ve más feliz, cohibida por los nuevos cambios, pero feliz.

Y, en este instante, no puede pedir nada más.

Capítulo 32

Tu lugar en el mundo

Melody

Las horas en Sopa de Letras pasan lentas por la falta de clientes y el papeleo que Tamara me mandó ordenar hace algunos días, pero, sobre todo, siento que el tiempo se ha estancado con cada minuto que transcurre y Alan no aparece por la puerta con su habitual caminar decidido y su apariencia ruda.

También lo noto cada vez que enciendo la pantalla de mi móvil para comprobar que no me haya llegado algún mensaje suyo mientras atendía a algún cliente o estaba ocupada con otras cosas.

Pero nada.

Por otro motivo totalmente diferente también siento que el día ha decidido hacerse más largo a la espera de mañana, cuando Egan vendrá a recogerme para lo que creo que puede ser nuestra primera cita. Parece que el mundo se ha empeñado en alargar las horas hasta que llegue ese momento como reprimenda por decidir darme una oportunidad a mí misma.

El calor del recuerdo de los labios de Egan sobre los míos hace aún más difícil mantenerme cuerda entre estas cuatro paredes, evitando sonrojarme ante el mero recuerdo de ese beso.

No obstante, es una tarea imposible, pues siento mis mejillas arder de nuevo.

El cliente que tengo enfrente me mira de una forma extraña y me lo tomo como una advertencia para bajar de las nubes y volver al trabajo.

…

Debería sentir mariposas en el estómago por lo ocurrido esta mañana, pero lo único que puedo sentir en estos momentos, una vez acabada la jornada, es la horrible sensación de asfixia y un enorme nudo en la garganta que me está sacando de mis casillas.

Lo único que puedo hacer ahora mismo es tomar fuerzas con cada paso que doy de regreso a casa e intentar encontrar una posible respuesta a por qué Alan no ha venido esta mañana, justo unas horas después de la llamada que tuvimos de madrugada, inmediatamente después de que atentara contra él mismo.

Otro escalofrío me recorre el cuerpo.

Noto cómo un sudor frío comienza a empapar mi sien.

Pues la única respuesta a todas las preguntas que se están formando en mi cabeza es demasiado horrible como para siquiera llegar a imaginarla.

Pero el sentimiento de culpa que llevo arrastrando desde que he abierto los ojos esta mañana no me ayuda en nada a evitar montar escenarios imaginarios de todo lo que podría haber pasado después de que colgamos la llamada.

Llego a casa y me detengo ante la gran fachada, tragando saliva. El recuerdo de la noche en la que me confesó lo que sentía y me rogó ayuda vuelve a mí como una ráfaga de viento que te impulsa bruscamente hacia atrás.

Tomo una decisión en menos de un segundo y me dirijo a pasos urgentes hacia el garaje, me subo al coche y arranco, haciendo un

esfuerzo por recordar las calles que recorrí la tarde en que llevé a Alan a su casa.

Finalmente, después de algunas equivocaciones y varios minutos extra de trayecto, acabo llegando al edificio que ya había visto antes. Los ladrillos maltrechos y desconchados se apilan en innumerables plantas que suben hasta grandes alturas, y en la fachada aún se pueden ver pequeños fragmentos de pintura naranja que, con el paso tiempo, se ha ido desprendiendo y perdiendo la vitalidad de su color.

Ni siquiera he pensado en avisar a Alan de que me iba a presentar en su casa y apenas recuerdo bien a qué número del telefonillo llamó antes de que la pesada puerta de la entrada al bloque se abriera y desapareciera de mi campo de visión.

Ya es demasiado tarde para enviarle un mensaje, ni siquiera ha respondido al último que le envié; sin embargo, creo recordar que su casa debería estar a la altura de la decimocuarta planta.

Presiono el botón rogando que por favor no me haya equivocado.

—¿Diga?

La voz de una mujer se oye al otro lado del telefonillo, un nudo se instala en mi estómago.

—Hola, yo… em…. ¿Vive aquí Alan?

—Soy su madre.

—Oh, genial. —Siento el alivio recorrer mis venas—. Soy una amiga suya… Yo… el otro día se dejó en la librería en la que trabajo una… una cosa, sí. He venido a traérsela.

Me doy ánimos mentalmente para creer que no he quedado como una tonta con la patética excusa que le acabo de dar a la madre de Alan.

—En ese caso, pasa.

En cuanto un fuerte timbrazo suena, me apresuro a resguardarme en el calor del rellano principal del edificio. Un olor a rancio y a lo que parece lejía inunda mis fosas nasales unos segundos después de que la puerta se cierre con un fuerte golpe. Sujeto con fuerza la correa del bolso que cuelga de mi hombro y comienzo a subir escaleras en dirección al piso de Alan, pues un cartel de advertencia en la puerta del ascensor me advierte de que está fuera de servicio por avería.

Termino llegando al lugar indicado, asfixiada y con las piernas agarrotadas, en mi vida había subido tantas escaleras de una vez.

La madre de Alan me espera en la puerta con una gran sonrisa plasmada en la cara. Me paso, nerviosa, un mechón de pelo por detrás de la oreja, y me obligo a avanzar hasta ella. Ahora, lo único que importa es que Alan esté bien, no hay tiempo para dejar a relucir los nervios que comienzan a marearme.

—Hola, guapa, soy Erin, la madre de Alan.

—Encantada, yo soy Melody.

—Pasa, no te quedes ahí. La casa está un poco desordenada, espero que no te moleste.

—No pasa nada… Erin, ¿puedo llamarte así? La culpa es mía por haberme presentado sin avisar.

Erin me da un apretón amable en el hombro y me deja pasar al interior de su hogar.

—Claro que sí, guapa, y no te preocupes, los amigos de Alan siempre son bienvenidos.

La madre de Alan debe rondar unos cuarenta y pocos años, su peculiar belleza lo demuestra, sin embargo, toda ella luce un aspecto cansado. Su corta melena rubia deja entrever algunas canas y guarda ese tipo de ojeras permanentes que hunden incluso las

miradas más especiales. En su caso, sus ojos azules como el cielo parecen haber perdido toda su intensidad.

Su cuerpo, ligeramente encorvado, quizá refleja el tremendo esfuerzo de llevar adelante una familia de, ni más ni menos, seis personas.

Un pinchazo de compasión me ablanda ante la imagen de Erin, pero al mismo tiempo comienza a inquietarme, pues su frágil imagen me hace cuestionarme si debería dejar notar mi preocupación por Alan.

Decido que por el momento no voy a mencionar nada que tenga que ver con el pellizco de terror que siento por la salud de su hijo.

—¿Está en casa? He intentado hablar con él, pero no ha habido manera.

Su sonrisa parece tranquilizarme de alguna forma.

—Probablemente sea porque ha silenciado su teléfono, siempre lo hace cuando sale a cazar con su padre.

Varias preguntas comienzan a inundar mi cabeza en cuestión de milésimas de segundos. ¿Su padrastro le ha vuelto a obligar a que le acompañe a cazar?

—Creía que a Alan no le gustaba.

—Hace años la idea no le hacía mucha gracia, pero, ya ves, ahora es él el que muchas veces insiste para que John le acompañe.

Recuerdo una de las llamadas nocturnas en la que Alan me dijo que jamás le había gustado ir de caza con su padrastro, un hombre que, por encima de todas las cosas, es todo lo contrario a lo que debería ser la figura de un padre.

De alguna forma me siento traicionada. No entiendo por qué tendría que haberme mentido sobre algo así.

Me quedo en silencio sin saber qué contestar. Esta información me ha dejado totalmente desconcertada.

—¡Qué tonta! No te he ofrecido nada, ¿te gusta el té?

—Yo… No hace falta, de verdad.

—Insisto, no voy a estar tranquila hasta que te vea con algo caliente entre las manos, fuera hace un frío horrible.

—Está bien, un té es perfecto.

—Genial, ponte cómoda, enseguida vuelvo.

Erin se adentra hacia una habitación que intuyo que es la cocina y yo me quedo quieta en la sala de estar, sin saber muy bien qué hacer.

El piso de la familia de Alan parece extremadamente pequeño, no me imagino a una familia grande como la suya conviviendo entre estas paredes. La sala de estar comparte espacio con el comedor, y los muebles, al igual que las sillas y el pequeño sofá, tienen un aspecto desgastado y anticuado. Las paredes están cubiertas de fotos familiares y algunos cuadros con pinturas que no reconozco.

También hay enmarcados algunos dibujos hechos, sin lugar a dudas, por los miembros más jóvenes de la familia.

—¿Quién eres?

Me llevo la mano al pecho en cuanto una voz infantil suena detrás de mi espalda. Cuando me giro, una niña extremadamente menuda y que debe rondar los cinco años me observa intrigada con sus grandes ojos, idénticos a los de su madre.

Mis pulsaciones vuelven a su lugar y tomo una gran bocanada de aire.

—Hola, bonita. Soy Melody, ¿y tú?

—Ava.

Nos quedamos en silencio. Ava parece analizar cada parte de mi cuerpo como si estuviera en busca de algo y yo mantengo el impulso de morderme las uñas ante la incomodidad de la situación. No estoy acostumbrada a relacionarme con niños pequeños y ha quedado

demostrado que tampoco se me da bien mantener una conversación con ellos.

—¿Eres amiga de mamá?

—No, no. Soy amiga de Alan.

—Papá y Alan se han ido. Me han prometido que me traerán las flores más bonitas que encuentren.

—Vaya, ¿cuáles te gustan más?

A la pequeña se le dibuja una gran sonrisa en la cara, dejando a relucir la falta de una de sus palas, y sus ojos brillan ante la pregunta.

—Me gustan las de color amarillo, son mis favoritas.

—A mí también me gustan las de ese color.

—¡Ava! ¿Qué haces fuera de la cama?

Erin aparece con una taza a rebosar de té entre sus manos, sorprendida por ver a su hija hablando conmigo.

—Pensaba que papá y Alan habían vuelto, mami.

Su madre me da la taza humeante mientras niega con la cabeza y sonríe al mismo tiempo y después, se dirige a su hija y la coge en brazos.

—No pasa nada, peque, pero estás ardiendo —le toca la frente durante unos segundos—, y lo mejor es que descanses.

—Pero no me gusta estar en la cama.

A Ava se le comienzan a aguar los ojos en un cerrar y abrir de ojos.

—Lo sé, pero si no mejoras no podrás volver al cole.

—¡Yo no quiero volver al cole!

—¿Ni siquiera para ir de excursión el lunes a Newsham Park?

Ava parece recordar de inmediato ese pequeño detalle y en un instante, las lágrimas que hace un momento parecía que iban a desbordarse, desaparecen.

—Voy a la cama, tengo que estar buena para el lunes, mami.

—Así me gusta, peque.

Erin le da un beso en la frente a Ava y la baja al suelo. Ella sale corriendo en dirección a su dormitorio.

—A esa edad ni siquiera la gripe los agota.

—Mi hermana de pequeña era clavadita a Ava.

Me guía hasta el sofá y nos sentamos la una al lado de la otra. Tomo un sorbo del té y disfruto del calor que recorre mi cuerpo inmediatamente después.

—Entonces sabes bien lo que es convivir con hermanos.

Pienso en la inexistente relación que hay entre Ana y yo. Decido seguirle el hilo a Erin.

—Sí, aunque Alan me dijo que erais una gran familia.

—Lo somos, sin duda. Aquí los momentos de descanso nunca existen, al menos para mí.

—Debe de ser duro.

Su mirada me confirma que, efectivamente, lo es. Pero aun así sus labios se curvan en una sonrisa orgullosa.

Una pizca de envidia me nubla el juicio durante unos segundos.

—Por supuesto, pero los quiero con todo mi corazón, y al final del día eso es lo importante.

Me encantaría responderle, decirle que la entiendo a la perfección, que sé lo que es sentir que una madre te quiera con ese fervor. Pero ni siquiera sabría por dónde comenzar, ni siquiera encuentro las palabras para inventar una mentira tan grande como esa.

—¿Y dónde están los demás?

—Lucy, la mayor después de Alan, ha quedado con unas amigas, está creciendo a pasos agigantados, y Richard, el más pequeño, está

con mi madre. La pobre se ha ofrecido a entretenerlo para darme un respiro.

Sonrío como respuesta y aprovecho el silencio que se forma para terminar el té antes de que se enfríe.

Sé que no debería meter el dedo en la llaga en cuanto a la situación de Alan, ni siquiera sé si su madre está enterada de ello. Pero, al verla y saber lo mucho que quiere a sus hijos, no puedo evitar un gran sentimiento de culpa al ocultarle información.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, dime.

—¿Cómo se encuentra Alan?

—Está bien, igual de gruñón que siempre, aunque es algo normal en él. ¿Por qué, pasa algo?

Me debato en contarle lo que sucedió anoche y explicarle todo lo que Alan me ha dicho que siente o fingir que es una preocupación meramente superficial, simplemente curiosidad.

Pero la verdad es que me da miedo la reacción que pueda tener Alan al averiguar que le he contado algo tan importante de su vida privada a su madre. Tal vez ella esté al tanto de todo y yo simplemente esté formando una montaña a partir de un granito de arena, pero no quiero arriesgarme.

No puedo volver a ver el reproche en la mirada de Alan ni volver a sentirme devastada tras sus palabras crueles dirigidas hacia mí.

«Me estás matando, Melody…».

—No… Solo lo he notado raro estos últimos días.

Me siento fatal haciendo esto, y la chispa de emoción en los ojos de Erin solo hace que el sentimiento aumente.

—Yo también lo he notado distinto desde hace un tiempo, aunque creo que no es por nada malo.

—¿Ah, no?

—Creo que puede haber una chica, pero que esto quede entre nosotras.

De nuevo vuelvo a sentir un mareo punzante que hace que por un momento mi visión se torne borrosa. Rezo porque Alan no le haya hablado de mí, que simplemente sea pura intuición de madre o que al menos no sepa el nombre de esa chica. Chica que podría ser yo y que, si fuera así, complicaría mucho las cosas, pues ahora mismo me tendría cara a cara y solo me haría sentir peor por Egan, por nosotros.

Cuando veo que va a volver a hablar, me preparo para la bofetada de sus palabras.

—Tal vez la conozcas, es muy cercana a Alan.

—Tal vez.

Intento templar los latidos de mi corazón. No lo acabo de conseguir.

—Se llama Claudia. De vez en cuando Alan la invita a pasar el rato.

Claudia. La hermana de Egan. La chica tímida y amable a la que alguna vez he descubierto mirando a Alan con un brillo en los ojos que dista mucho de la palabra «amistad». Creía que tan solo eran imaginaciones mías, que simplemente Claudia era más cercana a Alan o que, si existía algún sentimiento que fuera más allá, no sería recíproco.

Y es que el comportamiento de Alan deja claro que no lo es. No puede serlo, no después de decirme que quiere intentar tener una relación conmigo, no después de asegurar que yo soy su principal punto de apoyo, que ha visto en mí una viva imagen de él.

Me niego a aceptar que haya jugado de esta manera tan cruel conmigo, que esté jugando con ambas al mismo tiempo. Soy incapaz

de imaginar que me mantiene literalmente en la incertidumbre del filo entre la vida y la muerte cuando en realidad hay alguien más.

—Creo que la conozco.

Siento cómo un peso horrible que no consigo descifrar comienza a hundirme por dentro, cómo unas increíbles ganas de vomitar luchan por doblegarme. Debo de estar poniéndome pálida, pues la cara de Erin se torna sería y una expresión de preocupación le cruza el rostro.

—¿Te encuentras bien, guapa?

—Yo, eh… Debería irme, al fin y al cabo, Alan no está aquí.

—Puedes esperarlo si quieres, no creo que tarden mucho en llegar.

Estoy a punto de contestarle que no hace falta cuando la voz de Ava suena desde su habitación.

—¡Mami! No me encuentro bien…

—Un momento, Melody. Voy a ver a Ava.

—Sí, sí…

Me quedo sola, sentada en el sofá y sintiendo cómo la impotencia se va adueñando de cada fibra de mi piel. Incapaz de seguir estática en esa posición haciendo ver que no ha pasado nada, que no acabo de descubrir una faceta nueva y para nada agradable de Alan, me levanto de un bote y comienzo a andar de arriba abajo por el pequeño espacio.

Y me detengo cuando, sobre el televisor, veo un diploma certificado en cacería a nombre de Alan.

Los ojos comienzan a escocerme.

Mi respiración se entrecorta.

Clavo las uñas en la palma de mi mano.

No puedo evitar pensar en Egan, en todo lo que siento por él, en lo que siente él por mí y en cómo Alan se ha asegurado de impedir

algo entre nosotros sin saber que hay un «nosotros». Siento arcadas al imaginarlo diciéndome por teléfono que no me acerque a Egan, que eso podría acabar con él, mientras Claudia está a su lado.

Intento borrar esa supuesta imagen de mi cabeza.

No puedo.

—Parece que se ha quedado dormida, la pobre.

—Tranquila, Erin. Agradezco mucho tu amabilidad, pero voy a irme. Además, Ava está enferma y lo que menos necesitas es alguien que te distraiga.

—Me sabe mal que no hayas podido ver a Alan.

—Tranquila. —Rebusco en mi bolso cualquier cosa que darle y hacer ver que es lo que Alan se dejó en la librería. Veo mi cargador —. Ten, esto es lo que olvidó.

—Gracias, le diré que has estado aquí.

Me acompaña hasta la puerta y, antes de irme, me da dos besos.

—Me ha gustado conocerte, Melody.

—Igualmente, Erin.

…

Apenas recuerdo de dónde he sacado las fuerzas para realizar el camino de regreso a casa. Tengo el estómago revuelto y unas horribles ganas de vomitar que no me han abandonado desde que el nombre de Claudia salió de la boca de Erin, desde que vi el diploma de caza en honor a Alan colgado como si se tratara de un trofeo.

La cabeza me da vueltas y parece que algo dentro de mí se retuerce fuertemente, ansiando salir. Por eso, al llegar a casa, todavía vacía a excepción de mi gata, he ido corriendo hacia el baño y me he encerrado allí.

Llevaré más de un cuarto de hora acuclillada frente al inodoro, a la espera de arrojar todos estos nervios, que comienzan a hacerse bola, aunque lo cierto es que he perdido la noción del tiempo y lo más probable es que lleve mucho más tiempo tirada en el suelo.

La sensación comienza a hacerse asfixiante e insoportable. Siento que me ahogo, que el aire me abandona por momentos y que necesito respirar, de alguna manera, pero sé que hasta que no saque de dentro de mí la enorme pared que me bloquea no voy a ser capaz de hacerlo.

Cierro los ojos, me inclino más sobre el retrete y respiro profundamente unas cuantas veces, rezando para que de una vez por todas pueda vomitar lo poco que tengo en el estómago, concretamente la magdalena que he desayunado esta mañana con Egan.

El recuerdo, por mucho que lo haya disfrutado esta mañana, solo consigue revolverme más el estómago y actúa como un choque brusco contra mi cuerpo que acaba por robarme el aliento.

Necesito salir de aquí, de la opresión que yo misma estoy creando.

Finalmente, ansiosa por sentirme aliviada de una vez y mareada por la pesadez que siento en la sien, me rindo y acabo introduciendo dos de mis dedos en la garganta. No hace falta esperar mucho, unos segundos después estoy arrojando hasta la última gota de esperanza que mi cuerpo podía albergar.

Pensaba que de ahora en adelante las cosas podrían mejorar, que me había hecho un hueco en la vida de unas personas a las que les podía importar, que por fin estaba en la vida de Egan, tal y como llevaba deseando desde el primer momento en que lo vi.

Pero ahora, rasgándome la garganta de nuevo con los dedos para volver a vomitar y vaciarme por completo, no puedo hacer otra cosa

más que ser consciente de que, a cambio de mi apoyo y mis esfuerzos por querer ayudar, solo he conseguido mentiras, reproches, dolor y la horrible sensación de empezar a creer que me estaba perdiendo a mí misma por el camino.

La última vez que me obligo a vomitar acabo arrepintiéndome, pues no hay nada más que mi cuerpo pueda rechazar, y acabo sintiendo el horrible escozor de la bilis subiendo por la garganta.

Me derrumbo en el suelo, incapaz de hacer nada más, tan solo recojo las fuerzas suficientes para hacerme un ovillo en busca de un consuelo que nunca llega.

Y espero.

No sé muy bien a qué, pero me limito a esperar como si la solución a un problema al que todavía no le pongo nombre pudiera llegar en cualquier momento.

Espero.

Pero no llega.

Ni siquiera sé si existe y, si lo hiciera, tal vez no sabría identificarla.

…

Decido quedarme donde estoy durante las próximas dos horas, he acabado encontrando un estado de calma entre las frías baldosas del suelo del cuarto de baño. Simplemente, me he limitado a contener los retortijones que me daba el estómago para no volver a vomitar y a luchar por concebir algo que antes me salía con total normalidad: poesía.

Hace demasiado tiempo que no abro el cuaderno en el que antes plasmaba cada uno de mis sentimientos en forma de versos y, ahora, más que nunca, después de tanto tiempo, tengo una

imperiosa necesidad de gritar con todas mis fuerzas todos los remolinos de emociones que comienzo a reunir.

Pero no soy capaz. Ni siquiera puedo unir más de dos frases seguidas antes de rendirme y comenzar a divagar sobre todo lo que ha pasado en estas últimas semanas.

Todos los recuerdos, las palabras de Egan, las miradas punzantes de Alan, se me han venido encima como si quisieran aplastarme, como si me quisieran consumir por completo.

En otras circunstancias habría salido corriendo a casa de mi abuelo y, este, esperándome con un tajo de bizcocho de limón, me hubiera escuchado hablar sobre todo esto hasta que me quedara sin voz, tan solo interrumpiendo de vez en cuando para darme algún consejo.

Consejos que ahora no puedo deducir, pues no está, nunca más estará a mi lado para levantarme de cada tropiezo o para animarme para que lo haga por mí misma.

El ruido de las llaves en la cerradura de la puerta principal parece devolverme toda la energía que había perdido durante las últimas horas. Me levanto rápidamente, ignorando el fuerte pinchazo en la sien que siento ante el brusco movimiento, y me apresuro a lavarme los dientes con ansia, antes de que mis padres me descubran con el penoso aspecto que tengo.

Acabo poniéndome un poco de vaselina roja en los labios, que han quedado destrozados y resecos, y aprovecho para esparcir un poco sobre las mejillas, para camuflar el horrible color lechoso que me tiñe la piel.

Como nueva. Casi.

Solo hace falta que mis padres no se fijen en que tengo los ojos más hinchados de lo normal.

Unos minutos después acabo bajando al salón, forzando una sonrisa, pero cuando llego tan solo veo a mi padre, sentado en el viejo butacón de la esquina y sujetando un vaso lleno de alcohol. Sobre la mesita central, una botella de brandy es lo único que acapara el espacio.

Mi padre rara vez bebe, de hecho podría contar con los dedos de las manos las veces que lo he visto con una copa entre las manos. Y todas porque ha salido frustrado por temas del trabajo.

—Hola, papá.

—Melody, estás aquí.

Su mirada cae en su bebida y cambia el vaso de mano repetidas veces.

—He acabado la jornada hace unas horas.

—Tienes razón.

Nos quedamos en silencio, uno de esos que sí son incómodos, de los que deseas salir huyendo. Pero algo no anda bien, esta no es la faceta habitual de mi padre.

—¿Mamá y Ana no han venido contigo?

Su semblante se contrae durante unos segundos para, después, volver a adquirir esa mirada perdida y centrarla en las puntas de sus zapatos de charol.

—Han tenido que ir a hacer unos recados.

—Ah, vale.

Silencio.

Le da un trago demasiado largo a su vaso y lo acaba terminando.

Se levanta hacia la botella y lo vuelve a rellenar con una parsimonia inquietante.

Debería irme.

—Papá, ¿estás bien?

—Por supuesto.

Sus ojos, por primera vez desde que he bajado, se posan sobre mí durante unos segundos, los suficientes para saber que me está mintiendo.

—¿Ha pasado algo en el trabajo? Si es eso, seguro que se soluciona.

—No ha pasado nada, Melody.

Vuelve a quedarse con el vaso vacío y, cuando intuyo que va a volver a rellenarlo, me acerco hacia la botella de brandy y la alejo de su alcance.

—Voy a guardar la botella.

—Sí, será lo mejor.

Me doy la vuelta en dirección a la cocina cuando siento como vuelve a desplomarse en el sillón y profiere un largo suspiro.

—Melody, ven aquí.

Los músculos se me tensan en cuanto oigo sus palabras. No sé qué he hecho mal, ni siquiera sé si tengo fuerzas para soportar alguna de sus reprimendas, aunque estoy mucho más acostumbrada a las de mi madre. A ella la conozco mucho más, he aprendido a averiguar por dónde van a ir sus palabras y sus gestos. Puedo adivinar en su mirada el grado de enfado que le causo.

Con mi padre la historia es distinta. Él es el que se queda a la espalda de su mujer y se limita a observar. El que no media palabra hasta que simplemente es necesario que intervenga para mostrarle apoyo a mi madre.

Por eso, cuando me giro hacia él, no puedo averiguar en sus ojos empañados por el alcohol lo que se me viene encima.

—Siéntate.

Me señala el sofá con un gesto de cabeza y yo me siento en el extremo más alejado de él. Parece que no le importa.

—¿Cómo estás tú?

Sus palabras me pillan desprevenida. Me esperaba cualquier cosa menos eso, menos una muestra de ¿afecto?

—¿Qué?

—Que cómo te encuentras… ¿Eres feliz?

Obvio la última pregunta por razones que no hace falta explicar, sería demasiado duro y deprimente explicarle a mi padre cómo me siento verdaderamente, que cada día me desinflo un poco más.

—Estoy bien.

—Ya…, el trabajo supongo que también va bien.

—Sí, me gusta.

—Te gusta… No te pareces en nada a tu madre o a Ana, siempre con las ideas claras y focalizadas en el futuro.

Me gustaría responderle ante lo que me ha parecido un reproche, pero lo cierto es que tiene razón.

—Has salido a él, igualita. Eras su preferida.

—¿Hablas del abuelo?

—Sí. Solía decirme que te veía perdida, como si no encontrases tu lugar en el mundo.

Sé que sus palabras están controladas por el brandy que aún tengo sobre el regazo, pero eso no hace que duelan menos y tampoco puede evitar que los ojos comiencen a escocerme.

—¿Lo has encontrado ya? Tu lugar, digo.

—No creo que mi lugar esté cerca de todo esto. —Señalo con las manos el espacio que nos rodea.

Asiente y se afloja la corbata anudada a su cuello.

—¿Lo echas de menos?

—Cada día, papá.

—Yo también, Melody.

Me trago las ganas de romper a llorar viendo el reflejo de dolor en la expresión de mi padre. Nunca ha hablado de él desde que se fue

y ahora que lo hace puedo ver que siente el mismo dolor que yo, que la pérdida de su padre le dolió infinitamente.

—Él era tu lugar en el mundo, hablabas del abuelo a todas horas, insistías en que te llevásemos a su casa cada vez que te alejabas de él… Lo preferías antes que a nosotros. Y ahora que no está, te has quedado sola.

La verdad puede ser más demoledora que cien mentiras descubiertas.

Lo odio por decirme la verdad, una verdad que ya conocía, pero que no estaba lista para escuchar y, mucho menos, de boca de mi padre. Las lágrimas saltan de mis ojos con la misma facilidad con la que el sol sale cada mañana y se esconde todas las noches.

—Ya estamos en casa.

La voz de mi madre me hace reaccionar y me limpio las gotas de mis mejillas ante la atenta mirada de mi padre, que solo la desvía cuando ella entra en el salón.

—¿Qué haces con una botella de alcohol, Melody?

—Nada, ahora la iba a guardar.

No le doy tiempo a que me conteste y la esquivo con prisas, saliendo del salón sin mirar a dónde voy, simplemente con la idea de huir y evitar a toda costa quedarme encerrada en la misma habitación que ellos, y mucho menos en estas condiciones y después de la dolorosa conversación que acabo de tener con mi padre.

De hecho, estoy a punto de dejar caer la botella de brandy al suelo cuando choco con Ana.

—Lo siento, no te había visto.

—Ve con más cuidado la próxima vez.

Ella se aleja de mí y sube las escaleras en dirección a la planta de arriba. La sigo con la mirada hasta que oigo la puerta de su cuarto cerrándose.

Normalmente, hubiera pensado que es una persona insoportable, que disfruta con cada palabra hiriente que me dice. Pero hoy, después de ver con claridad su rostro, solo puedo pensar en que mi hermana, en algún momento de estas semanas, se ha roto.

Pues solo alguien que ya está totalmente roto puede identificar en los ojos de otra persona un vacío tan profundo como el que nos une.

Segunda parte

Como si no fuera suficiente su desgracia, se enamoró.

OSCAR WILDE

Papá

Aun habiendo vivido junto a ti estos dieciocho años, me ha sido imposible acabar de conocerte como me hubiera gustado. Eres mi padre y siento que me he quedado a unos pocos pasos de poder llegar a conectar contigo de la manera que siempre quise.

Para mí eres la persona que miraba desde las sombras, pero que siempre estaba ahí.

Me hubiera gustado hacerte tantas preguntas… Conocerte, pero los dos parecíamos estar cerrados en banda a arriesgarnos a dar un paso más allá.

Ahora he averiguado que nos parecíamos más de lo que creíamos. Siempre me pregunté de quién había heredado mi peculiar gusto por la música para la edad que tengo, hasta que te descubrí escuchando algunas de mis canciones favoritas. Al caminar tienes la costumbre de cerrar en un puño la mano derecha, aunque yo hago lo mismo con la izquierda.

Tiendes a evitar los problemas, como yo, aunque en mi caso ellos logran llegar hasta mí, pese a mis esfuerzos.

Pero, sobre todo, has querido con la misma intensidad que yo a la persona que más he querido en toda mi vida. La persona a la que ambos hemos perdido y que nos unía con un hilo invisible.

Papá, yo te hubiese entendido, habría llegado a estar orgullosa de ti.

Somos como una de esas historias que se quedan a la mitad, que jamás llegan a concluir.

Siento no tener fuerzas para seguir escribiendo mis próximos pasos. A veces se pierde la inspiración y, cuando no te quedan fuerzas para seguir

luchando por la historia que has comenzado, con dolor, la terminas abandonando.

Te quiero, eres mi padre. Siempre lo has sido.

Capítulo 33

Los versos de la vida

A Melody probablemente le llevaría toda la vida aprender a quererse, pero ahora, mientras se muerde las uñas a causa de la ansiedad, encerrada en su dormitorio a la espera de un mensaje de Alan, está demasiado lejos de empezar a hacerlo.

Los últimos días se le echan encima como furiosas olas de mar que rompen contra un castillo de arena para, después, no dejar rastro de él. Se siente viva, el chico que le gusta le corresponde, se han dado un beso bajo la lluvia como cualquier protagonista de un poema romántico hubiera deseado.

Una parte de ella se siente como el personaje principal de una historia, la suya propia. Piensa, dejándose llevar por la imaginación, que el poeta que esté escribiendo los versos de su vida, sea quien sea, está decidido a conducirla hacia un final feliz.

Pero, de inmediato, el amable sabor de sentirse en las nubes es sustituido por uno agridulce que se ve traducido en una familia que siente que la ha abandonado, una madre que por alguna razón la detesta, un padre que no se atreve a mirarla a los ojos y conocerla, una hermana que se niega a querer formar parte de su vida.

Representa, especialmente, a una persona que ha llegado a su vida por movimientos del azar, o eso piensa ella, y la ha puesto patas arriba. Siente que no solo debe soportar el peso de su propia vida, sino que también debe procurar mantener la de Alan.

Lejos de creer que todas sus promesas han surtido efecto, o que al menos han podido reconducir las intenciones de Alan lejos de la posibilidad del suicidio, cada vez está más segura de que la que está perdiendo todas sus fuerzas es ella.

No lo culpa, es incapaz de dejar que el sentimiento de culpa recaiga sobre otra persona, y menos sobre él.

Se culpa a ella misma por no ser mejor para su familia, por no haber sabido adaptarse al mundo que la rodeaba desde que era una niña. Se culpa por no ser capaz de cumplir sus promesas y por dejar que sus sentimientos muchas veces la dominen.

Está claro que ser fuerte no es uno de sus potenciales. Y ciertas personas se están dando cuenta de ello, o al menos parece que pueden comenzar a sospecharlo.

Pues mientras Melody continúa encerrada en su cuarto valorando volver a forzarse a vomitar para sacarse la recurrente horrible sensación que le asfixia, Alan se siente traicionado, herido, menospreciado.

Duda de sus intenciones para con la chica que hace semanas conoció en una librería. Sabe que quiere estar cerca de ella, acariciarla, sentir que es suya, experimentar la seguridad de tener a alguien que sabes que no va a huir de tu lado.

Sin embargo, sus planes se han torcido desde el primer día, desde antes de que tomara la decisión de no separarse de ella. Es muy consciente de que está rompiendo una relación anterior, pero, por algún motivo, no le importa lo más mínimo. Se ha esforzado para que no sea así, pero su dependienta se ha colado de alguna manera en su cabeza, y ahora es imposible olvidarla o ponerla en un segundo plano.

La quiere y, por esa certeza, no puede permitir que Egan, su mejor amigo, se acerque más de lo debido a su chica. No es imbécil,

piensa frecuentemente, se ha percatado del comportamiento de su amigo cuando Melody le ronda cerca.

Y los celos lo carcomen, le sumen en una desesperación tan profunda que la única solución posible para alejarlos de él es hacerle saber a Melody lo mucho que le duele verla tan cercana a Egan. No importa cómo. Tampoco importa cómo adornará cada una de sus insistencias.

Para él, la competición dio comienzo en el momento en que ambos salieron esa mañana de Sopa de Letras recogidos en un abrazo fraternal.

La quiere, joder, la quiere tanto que se intenta convencer de que, sin ella, no podría seguir adelante, y qué mejor forma de mantenerla a su lado, si a ella también la convenciera de ello.

No obstante, ahora, después de enterarse de que Melody ha estado en su casa y de que su madre lo haya acribillado a preguntas queriendo saber cómo se encuentra, está cegado por el desprecio hacia la pequeña dependienta. Lo va a estropear todo, se va a cargar lo que estaban construyendo, eso era algo que tenía que quedar entre ellos dos, algo íntimo, privado.

Ella la ha cagado esta mañana al no responder a su mensaje, él se está alejando de la chica por la que estaba perdiendo la cabeza.

Pero, por el momento, va a alargar la espera un tiempo más. Es consciente de que Melody se debe estar devanando los sesos intentando averiguar cómo se encuentra después de la dramática llamada de la otra noche, además, ella misma lo ha demostrado apareciendo en su casa y lanzándole esa pregunta a su madre.

Durante unos instantes ha pensado que era una especie de castigo, pero después ha borrado esa idea de su mente, no le gusta esa palabra, pero tampoco puede definir el pequeño brote de placer que siente al saber que Melody, de una forma u otra, se está dando

cuenta de que él es su presente y su futuro, de que ha hecho mal al ignorarlo y al celarlo.

No se preocuparía por él de esa manera si no estuvieran destinados a estar juntos.

Así, con ese pensamiento, mira con una sonrisa de satisfacción la pantalla de su móvil, donde acaba de llegar un mensaje de Melody insistiendo en que le diga cómo se encuentra.

Por otro lado, Egan mira la pantalla de su teléfono por una razón totalmente distinta. Lleva casi dos horas en busca de un poema para enviarle a Melody que transmita todo lo que siente por ella, o al menos, en vista de lo imposible de la misión, que transmita cada uno de los sentimientos que ha experimentado desde que sus labios se besaron.

Se le acelera el corazón con tan solo imaginarla de nuevo tumbada en su cama y entre sus brazos. Sin embargo, sigue recordándose que, por mucho que lo necesite, no debe contarle nada a su hermana, por ahora Melody quiere mantenerlo en privado, o eso es lo que él ha captado, y en este momento guardar ese secreto no le puede importar menos.

Será paciente, porque no le ha pasado desapercibido el brillo extraño en los ojos de Melody. Verla de esa manera, devastada, lo alteró de una manera que jamás se hubiera imaginado. Lo primero en lo que pensó fue cuál sería la causa de su llanto, pues pese a la poca luz que los envolvía, era evidente que tenía los ojos inyectados en sangre y las mejillas ligeramente coloradas. Quiere solucionarlo, arreglar el daño que le han hecho. Anoche, en ese preciso momento, se sintió capaz de hacer cualquier cosa para protegerla o, al menos, para devolverle la alegría a los ojos, los mismos que, cuando se conocieron, brillaban de una forma tan especial que, desde entonces, no se los ha podido sacar de la cabeza.

No sabe de dónde ha salido esa ansia por hacerla sonreír cada vez que está a su lado, pero le ha hecho una promesa y, joder, nunca había estado tan seguro de querer cumplir algo.

Se revuelve el pelo, nervioso y hastiado por no encontrar ningún verso que le acabe de convencer. Al final, se pone de pie de un bote, dejando a un lado la cama, y se dirige hacia el cajón en el que esconde un maltratado paquete de tabaco.

Necesita comprar más, estas semanas ha fumado más de lo que le gustaría admitir y no sabe distinguir si es porque los exámenes de la universidad están a la vuelta de la esquina o porque estar cerca de Melody le hace sentir las cosas a una intensidad a la que no está acostumbrado.

Toma nota mental de no olvidarse el paquete mañana, lo va a necesitar. Ni siquiera tenía planteado quedar con ella, pues no sabía que no iba a resistir a la tensión que se respiraba entre ellos debajo de ese dichoso paraguas. Pero en el momento en el que se lanzó, fue consciente de la ansiedad que comenzó a recorrer cada fibra de su piel al imaginarse más de un par de horas separado de ella. Mucho menos pudo soportar la idea de no verla hasta el día siguiente.

Pero quiere hacerlo bien. Quiere ir despacio. Es la primera vez que siente algo tan fuerte por una chica y ni siquiera ha podido averiguar aún en qué momento se ha hecho adicto a ella.

Será paciente.

No tiene prisa.

Tiene mucho tiempo por delante.

Con unas pocas caladas acaba consumiendo el cigarrillo entre sus labios y, después, vuelve a enfrascarse en su búsqueda.

Cree haber encontrado algo.

Capítulo 34

Los cimientos de una muralla

Melody

Egan_21:07
«Ella camina en la belleza, como la noche.
De climas sin nubes y cielos estrellados;
Y todo lo mejor de la oscuridad y la luz
se encuentra en su aspecto y en sus ojos;
Así suavizada a esa tierna luz
Que el cielo niega al día chillón».
Lord Byron.

Mi vista no se ha podido separar de la sudadera azul oscuro que Egan me dejó anoche para entrar en calor y que yo me he traído por un despiste a casa. De hecho, el trozo de tela parece ser lo único que me ata a la realidad en estos momentos. Eso y el poema que Egan me ha enviado hace unas horas y que ya me he aprendido de memoria.

Son las únicas cosas que me recuerdan que tengo motivos para no caer en la desesperación por la situación que me ha acompañado durante todo el día. Las palabras hirientes de mi padre, la tristeza grabada en los ojos de mi hermana, el desdén en los de mi madre… Y la ausencia de Alan.

Esta última, por alguna razón, es la que ocupa todos mis pensamientos a todas horas. No puedo sacármelo de la cabeza,

porque hay momentos en los que pienso que merezco que Alan no quiera dirigirme la palabra al sentirse herido por mis actos, porque por mi culpa ahora guarda unas cicatrices en su muñeca que tal vez no le abandonen nunca. Pero, por otro lado, no puedo evitar pensar en que, tal vez, Alan es consciente de la agonía por la que estoy pasando y, aun así, decide no contestar a ninguno de los mensajes que le he enviado suplicando que me diga cómo se encuentra.

Borro ese pensamiento de mi cabeza.

Pero ¿y si…?

No.

Él no haría eso, no actuaría a conciencia de esa manera con tal de hacerme sufrir, aunque sus mentiras hacen que mis convicciones comiencen a tambalearse.

Los minutos pasan veloces, se acerca ya la una de la madrugada. Estoy agotada, los párpados me pesan por el sueño, pero cada vez que cierro los ojos no puedo evitar recordar la fotografía que todavía tengo guardada en la galería de imágenes.

Cansada, me obligo a recordarme que aún llevo puesta la ropa de esta mañana, la cual tiene impregnado el olor a lluvia. Me levanto de la cama y, con pesadez, me desvisto lentamente bajo la luz de las farolas que iluminan la calle y que se cuela a través de las transparencias de la cortina de la ventana.

Escondo la ropa sobre la silla del escritorio y, cuando estoy dispuesta a meterme en la cama e intentar conciliar el sueño de una vez por todas, no me resisto a pasar la mirada sobre el cajón en el que tengo guardado el pequeño cuaderno violeta donde antes escribía todos y cada uno de mis poemas.

La tentación me impulsa a cogerlo, pero sería absurdo, pues no encuentro las palabras para expresar nada de lo que siento. Pese a

todo, me siento vacía. Sin inspiración. Sin fuerzas para buscar dentro de mí los versos que demuestren que sigo viva.

Pero lo echo demasiado de menos. Extraño la costumbre de escribir religiosamente todas las noches antes de acostarme y, sobre todo, echo en falta la sensación de liberación que me recorría el cuerpo cuando cerraba el cuaderno y sabía que me había podido expresar tal y como me sentía, aunque fuera ante una hoja de papel.

Es ese anhelo el que me empuja hacia el cajón, abrirlo y sacar la portada violeta de entre los libros apiñados y los folios revueltos. Pesco un lápiz de una taza llena de bolígrafos y colores y me sumerjo en la calidez de las sábanas, en contacto con mi piel.

Los ojos se me aguan cuando abro el cuaderno por una página al azar y leo un poema que escribí cuando tenía dieciséis años y mi abuelo ya estaba ingresado en el hospital. Hablaba de las aventuras que aún teníamos por vivir, de todas las cosas que haríamos cuando le dieran el alta.

Paso algunas hojas más hasta llegar a los últimos versos que escribí, un poema sin acabar en el que gritaba el ansia que sentía por salir de allí, de descubrir mundo, de huir.

No recuerdo bien por qué lo abandoné, tampoco por qué no volví a escribir. Simplemente sé que la necesidad de expulsar todo lo que pensaba desapareció y, en vez de liberar mis pensamientos, comencé a almacenarlos para mí misma y a callarlos por miedo a darme cuenta de la crueldad de muchos de ellos.

No me gustaría leer algunas de las ideas que de vez en cuando se me pasan por la cabeza. No sé si estaría preparada para asumirlas.

Me veo a mí misma asomándome por encima de la barandilla del balcón de casa de los Miller.

No, no podría.

Sería tan fácil escribir sobre ello…

Estoy segura de que las palabras fluirían sobre el papel con una facilidad espeluznante.

Pero no puedo.

En vez de eso, pienso en lo reconfortante que sería escribir sobre Egan, sobre la necesidad de querer estar al lado de una persona en todo momento, pese a lo poco que nos conocemos. Me gustaría describir cómo es sentir sus labios contra los míos, cómo es experimentar el tacto de sus manos sobre mi cuerpo.

La electricidad que recorre nuestras venas.

Sin darme cuenta, me encuentro garabateando las primeras palabras y, en pocos minutos, termino de escribir las primeras líneas. Sonrío, me siento bien, los problemas vuelan lejos de la tinta y el papel.

Sigo escribiendo el inicio de la segunda estrofa cuando el viento del exterior golpea los cristales de mi ventana.

Continúo con una extrema facilidad cuando, de nuevo, algo choca bruscamente contra el cristal, haciendo temblar el marco que lo envuelve.

Me levanto asustada, algo grande y pesado ha debido de estamparse contra la ventana. La abro, dejando pasar el frío de la noche al interior del dormitorio, y me fijo en los arbustos que se encuentran justo debajo de mis pies. Pero nada.

—Chsssst. Dependienta.

El corazón me da un vuelco cuando veo la silueta de Alan dibujada entre las sombras de la calle.

—¿Alan? —susurro lo suficientemente fuerte para que pueda oírme.

—¿Puedo entrar?

Su alto tono de voz me hace mirar hacia la puerta de mi habitación para asegurarme de que no viene nadie, y después recorro con la vista las casas vecinas, comprobando que no haya nadie intentando averiguar a qué se deben esos gritos.

—Shhh… —Me llevo un dedo a la boca para que me entienda—. Baja el tono de voz, vas a despertar a mis padres, o a los vecinos.

—Lo siento.

Pienso en cómo se está dando esta situación. Llevo todo el día sin tener noticia de Alan y ahora, pasada la una de la madrugada, está frente a mi casa tirando vete a saber qué a la ventana de mi habitación para intentar entablar una conversación.

—Mis padres me van a matar como me vean hablando contigo a estas horas.

—Por favor, dependienta. Creo que necesitamos hablar.

Lo sé. Es más que urgente que hablemos. Necesito saber cómo está, calmar la angustia que tengo en el pecho por salvarlo de sí mismo. Pero, sobre todo necesito que me explique por qué me ha mentido respecto a la caza, a Claudia… Necesito saber qué más me está ocultando.

Sin embargo, necesito que se marche, es contradictorio, lo sé. Pero no puedo evitar sentirme incómoda con él en mi casa cuando hace un momento estaba escribiendo sobre los sentimientos que tengo por su amigo, cuando, literalmente, las últimas palabras que he plasmado hablaban sobre la calidez de sus labios sobre los míos.

Siento que estoy traicionando a Egan. Últimamente, siento que estoy traicionando a todo el mundo, incluida yo misma.

—No debería…

—Quiero que hablemos de lo de ayer, que aclaremos las cosas.

Y de esta manera es como Alan consigue hacerme cambiar de idea en un cerrar y abrir de ojos. Ha dado de lleno en mi flaqueza y

no puedo hacer más que asentir con la cabeza y sentirme tremendamente mal por lo que voy a hacer.

—Vale, está bien. Ve hacia la puerta.

Rezando para que nadie me oiga, salgo de puntillas del dormitorio, bajo las escaleras y me encamino hacia la puerta. Hace algunos días, la sensación que me corría por las venas al escaparme de casa para encontrarme con Alan en un parque no muy lejos de aquí era pura adrenalina. Ahora, es asfixia lo que me oprime.

Cuando abro, lo encuentro postrado sobre la alfombrilla y con una expresión serena que solo consigue arrancarme una nueva oleada de nervios.

Noto como mi corazón me grita que estoy haciéndolo mal.

Pero mi cabeza dicta una cosa muy distinta a lo que deseo.

—No hagas ningún ruido, si alguien se despierta, danos por muertos a los dos.

—Está bien, está bien.

Su expresión me dice que la situación le hace gracia, que incluso está disfrutando con esto. Así que cuando veo que, con una gran sonrisa en la cara, no piensa moverse, le cojo del dobladillo de la chaqueta que lleva puesta y lo arrastro escaleras arriba lentamente, hasta que nos encerramos en mi habitación.

—Puedes quitarte el abrigo, si quieres.

El alma se me cae a los pies cuando me doy cuenta de que he dejado la sudadera de Egan sobre los pies de mi cama. «No pasa nada», me digo, no es posible que él sepa a quién pertenece. ¿Pero y si sí?

Me lanzo sobre el colchón mientras Alan cuelga su abrigo en un pequeño perchero y, aprovechando que me da la espalda, escondo la sudadera bajo las sábanas.

Cuando se gira en mi dirección, no puedo evitar fijarme en sus brazos. Lleva una camiseta granate con mangas que apenas le llegan unos centímetros por encima de las muñecas, lo que hace que sea inevitable que termine por descubrirme a mí misma inspeccionando cada centímetro de su piel en busca de la herida que él mismo se causó hace menos de veinticuatro horas.

Mis ojos se detienen sobre su brazo derecho, concretamente en la zona donde la piel está descubierta y puedo entrever un par de rasguños que destacan por su color rojizo, en contraste con el tono de su camiseta.

Los nervios porque Alan se encuentre de nuevo en mi cuarto desaparecen, al igual que la parte de culpa que sentía por estar haciendo esto a espaldas de Egan. La otra parte, la que me castiga por ser la causante de esas heridas, se aviva con cada respiración que doy.

Y en ese momento no puedo ser consciente de otra cosa más que del hecho de que Alan está bien, pese a todo, sigue siendo Alan.

—Joder, Alan… —Me acerco a él y lo envuelvo en un abrazo, uno que necesitaba yo más que nadie—. Estás bien, menos mal…

—Estoy bien, Melody.

Su sonrisa me demuestra que así es y logra templar un poco mi ansiedad.

—Estaba muy preocupada, no sabía nada de ti desde ayer. Te he estado escribiendo.

—Lo sé.

Nos quedamos mirando sin decir nada, a la espera de que continúe hablando y me dé una explicación lógica de por qué no ha respondido a mis mensajes.

Pero él no dice nada, se queda callado y me repasa con la mirada lentamente, dejándome claro que no tiene nada más que decir.

—¿Lo sabes?

Tal vez esté siendo un poco paranoica, pero el hecho de que haya mirado todos mis mensajes y no me haya contestado, teniendo en cuenta la situación, me revuelve por dentro.

—Sí, pero tampoco es tan grave. Al fin y al cabo, tú hiciste exactamente lo mismo hace unas horas.

El recuerdo de la discusión que tuvimos anoche por teléfono por no haber respondido con urgencia a los mensajes de Alan viene hacia mí como un flechazo directo al pecho.

Trato de buscar una justificación a mis actos, pero cuanto más pienso en sus palabras, más me doy cuenta de que está en lo cierto.

Intento decirle que yo sí le contesté a sus mensajes, tal vez no con la frecuencia que a él le hubiera gustado, pero que sí lo hice.

Pero las palabras se quedan ancladas en mi boca.

No hay justificación que valga. Me lo merezco.

Hago un gran esfuerzo por convencerme de ello.

—Yo…

—Nada —sentencia—. Sabías cómo me sentía al saber que estabas en la misma casa que Egan, sabes que te necesito y, aun así, decidiste que era mejor disfrutar de una noche de chicas a preocuparte por mí.

—Claro que me preocupo por ti, a todas horas, Alan, no te lo llegas a imaginar.

—¿Y así me lo demuestras? ¿Ignorándome y provocándome celos?

La frustración comienza a calarme hasta los huesos. No quiero enfadarme con él, o al menos no quiero demostrar que comienzo a estar enfadada por cómo me está tratando. No quiero que se enfurezca conmigo y siento que eso es precisamente lo que está

pasando, aunque su mirada pasiva y los músculos relajados de su rostro chocan con sus palabras.

—No te he estado ignorando, simplemente no estuve pegada al móvil. Y, mucho menos he intentado ponerte celoso, ¡ni siquiera te he dado motivos!

—Has estado con él.

—¡No, no lo he hecho!

La mentira sabe a metal en los labios. Soy incapaz de decirle la verdad, pues sé con exactitud que, en cuanto le explique todo lo ocurrido en estas últimas horas, el fino hilo que me une a Alan se hará añicos. Lo perderé y las consecuencias serán nefastas.

Intento consolarme pensando en que no soy la única que se vale de las mentiras para conseguir lo que anhela, ya que él me ha estado engañando todo este tiempo.

Necesito respuestas.

Necesito calmar los latidos acelerados de mi corazón.

—No puedo creerte.

Los músculos de su mandíbula se tensan y un brillo de emociones pasa fugaz por sus ojos.

—Pues debes hacerlo, confía en mí, Alan.

Su respiración, ligeramente acelerada por la discusión, es la única respuesta que recibo. Puedo ver en su mirada la lucha interna que libra por querer confiar en mis palabras, pero también veo que algo se lo impide, cómo un recelo lo aleja de mí.

—No deberías haber ido a mi casa. Por cierto —se dirige hacia su abrigo y saca el cargador que este mediodía le había dado a Erin—, buena excusa.

—Necesitaba saber cómo estabas, quería asegurarme de que todo iba bien.

—Mi madre me ha estado acribillando a preguntas. Está preocupada por mí, ¿se puede saber qué le has dicho?

—No era mi intención preocuparla, pero… te aseguro que no le he dicho nada de lo que me has confesado. Te lo juro.

Por primera vez, bajo su mirada acusadora, me siento bien al saber que no estoy diciendo nada que no sea más que la verdad.

—Solo te lo he dicho a ti, confié en ti y tú has estado a punto de tirarlo todo por la borda. ¿Te das cuenta de lo que le harías a mi familia si se enterasen de esto?

Su mano viaja hasta la mía y la acerca hasta su muñeca, presionando las yemas de mis dedos en los superficiales cortes de su piel. Los ancla allí e impide que retroceda cuando noto la rugosidad bajo los dedos.

Trago saliva sintiendo como si mi garganta ardiera.

Intento de nuevo apartarme, no puedo seguir sintiendo sus heridas sobre mi piel, pero en cuanto Alan percibe mi movimiento aprieta todavía más su agarre.

—Nadie puede enterarse.

—Está bien, Alan… Déjame…

Esta vez, la que ejerce fuerza para liberarse de la jaula que forman sus dedos soy yo. Retrocedo unos pasos y al final consigo zafarme.

—No lo vuelvas a hacer.

Me masajeo la muñeca mientras lo miro a los ojos, viendo mi dolor reflejado en sus iris. No un dolor físico, si ignoro el calor que me han dejado sus huellas en mi piel, sino ese que te carcome por dentro. Y es que, en este momento, no sé qué es más doloroso, que le esté rogando que no vuelva a cortarse de esa manera o que necesite salir corriendo de mi propia habitación.

—Todo depende de…

—De mí, lo sé.

Da unos pasos hacia mí y, después, me acaricia algunos mechones de pelo que caen sobre mi rostro. El movimiento me congela en el sitio y, de forma automática, contengo la respiración al ver los movimientos de sus dedos.

Delicados, suaves, lentos. Una serie de contrastes con la imagen de Alan, o al menos con la imagen que estoy habituada a ver. Si fuera así siempre… sería mucho más fácil acercarme a él y cubrir todas sus grietas.

—No quiero que discutamos, dependienta.

—Yo tampoco, Alan.

Cuando sus dedos viajan hasta mi mandíbula retrocedo bruscamente. Esto no está bien. No quiero esto.

Veo en sus ojos una incredulidad marcada a fuego y después, nada. Una fina tela cubre cada una de sus emociones y lo único que me deja entrever es una expresión neutral que mantiene sus facciones en tensión.

—Me dijiste que odiabas cazar.

—No me lo pongas más difícil, Melody.

—No intento discutir, solo quiero que hablemos, ¿no es a eso a lo que has venido?

Las palabras salen atropelladas de mi boca en busca de remendar el poco tacto que he tenido. Suavizo mi mirada y ladeo la cabeza haciéndole saber que no pretendo acusarlo, solo saber la verdad. Necesito no sentirme engañada.

El peso de una maza me aprieta el pecho cuando, a causa de su largo silencio, pienso que va a volver a estallar en mi contra. Cuando abre la boca, me preparo para el golpe de rechazo.

—Lo dices por lo de esta mañana.

Lo expresa como si fuera más una afirmación que una pregunta.

—Sí.

—¿Y qué tiene de malo?

—Bueno, simplemente me ha sorprendido ver un diploma con tu nombre cuando pensaba que ibas obligado a cada una de las partidas que haces con tu padrastro.

—No te dije que lo odiaba.

Abro los ojos como platos. Recuerdo perfectamente las palabras que salían de sus labios aquella noche en la que hablamos por teléfono. Una cosa llevó a la otra y acabó saliendo el tema. Yo ya sabía que Alan no disfrutaba de este tipo de excursiones y, mucho menos, acompañado de su nueva figura paternal, pero ese día, con exactitud, expresó que no disfrutaba para nada de la caza.

—Que no te gusta, entonces.

—No lo recuerdo.

¿En serio?

—¿De verdad?

Desvía su mirada hacia mis manos, que aprietan la costura del pijama, y él continúa.

—Te lo habrás imaginado, eso es todo.

Siento que me va a estallar la cabeza cuando cientos de preguntas me abrasan la mente.

—Estoy muy segura de lo que me dijiste.

Lo miro, haciéndole saber que no estoy equivocada, y él clava sus ojos en mis pupilas de una forma tan chocante que, por un instante, me replanteo si no estará en lo cierto.

—No te preocupes, a veces malinterpretamos lo que las personas dicen.

Su tono de voz, lento, suave, aterciopelado, me conduce hacia una verdad de la que hace unos segundos dudaba.

—Con el estrés del trabajo, tu familia, lo mío…, es normal que acabes imaginando cosas que no son.

Una chispa de impotencia me recorre las venas al saber que cada una de las cosas que ha dicho son ciertas. Entiende por lo que estoy pasando, al igual que yo me esfuerzo por comprenderlo a él y cada uno de los surcos de su alma.

Tiene razón, a veces es demasiado. A veces me encuentro a mí misma soñando despierta en busca de una vía de escape del mundo real.

Quizá ese día ocurrió exactamente lo mismo, tal vez el cansancio y el sueño me estaban venciendo.

—Tienes razón, sí.

Una parte de mí sabe que hay algo escondido detrás de las palabras de Alan, que sus explicaciones están siendo mancilladas por una capa de engaño, pero la otra… es extremadamente más fácil y liberador sentir como el pecho se desinfla al percatarme de que era mi propia conciencia la que me turbaba. Seguir el ritmo de sus palabras y asumirlas resulta mucho más reconfortante que notar como las dudas te carcomen por dentro.

Me decanto por la opción que me permite respirar sin un peso en el corazón.

—¿Lo ves? Ahí tienes la respuesta a tu pregunta, necesitas descansar, tienes mala cara.

Reprimo el impulso de mirarme en un espejo para comprobar el aspecto que tengo. La vergüenza me inunda durante unos segundos, hasta que soy consciente de que ambos estamos rotos por dentro y ahora, en cierta medida, también lo estamos por fuera.

Por mucho que me hayan dolido las palabras que alguna vez me ha dirigido Alan o exasperado su presencia o persistencia en todas partes y en todo, lo cierto es que frente a él siento que puedo ser yo

misma, dejar de fingir que todo está bien. Puedo dejar al descubierto las ojeras que me pesan en los ojos y saber que él lo comprenderá, que no me juzgará, no por sentirme devastada.

Pero todavía hay una espina clavada en alguna parte de mí que me hace incapaz de acabar de derrumbar los muros que terminan por separarnos, que amenaza con cortar el hilo que nos une y que ya está demasiado tensado.

—Tengo otra cosa que preguntarte.

Alan se remanga las mangas hasta dejarlas sobre sus codos y después asiente con una expresión neutra, indicándome que continúe.

—¿Qué hay entre tú y Claudia?

—No sé a qué te refieres.

Por un momento, la expresión que mantenía, impasible ante mis preguntas, amenaza con tambalearse. El muro impenetrable que había construido en su mirada parece agrietarse, dejando a relucir cierta desconfianza, puede que incluso algún resquicio de vergüenza.

Decido no meter a Erin en la conversación, así que opto por la única opción que me queda.

—Creo que está interesada en ti —sopeso bien lo que estoy a punto de decirle y trago la saliva que me impide seguir hablando—, y creo que tú eres consciente de ello.

Una sonrisa de suficiencia se dibuja en sus labios, y uno de sus extremos se curva hacia arriba.

—Ah, eso.

—Sí, eso.

Comienza a caminar por la habitación con zancadas cortas pero determinadas. No es la primera vez que entra en mi dormitorio, recuerdo, debe saber dónde se encuentra cada cosa.

Finalmente, se detiene al lado de mi cama, extremadamente cerca de las tapas violetas de mi cuaderno, que resaltan sobre una bajera blanca y arrugada.

Un nudo, o puede que varios, se instalan en mi estómago y me llevo la mano al vientre, conteniéndome antes de dar muestra de la ansiedad que comienza a treparme por cada extremidad y que me insta a lanzarme sobre el pequeño cuaderno y esconderlo donde no pueda encontrarlo.

—Somos buenos amigos.

—¿Solo buenos amigos? —Mi voz suena rasposa a diferencia de la suya, suave como una melodía.

En vez de contestarme, atrapa el cuaderno con dos dedos y comienza a abrirlo con una parsimonia inquietante. El crujir de los folios, ya desgastados, es el único ruido que se reproduce en la habitación. Aunque yo estoy demasiado ocupada intentando centrar mi atención en algo que no sea el martilleo acelerado y constante de mi corazón.

—Eso es privado, Alan.

Lejos de escucharme o siquiera dignarse a alzar la mirada hacia mí, continúa pasando folio por folio, ahora moviendo sus pupilas rápidamente de extremo a extremo leyendo todo lo que alguna vez expresé allí.

Cuando sus ojos brillan con una fogosidad alarmante y su sonrisa se ensancha, dejando entrever una hilera de dientes limados y afilados, llego a la conclusión de que ha llegado a la última página escrita. Un fino cordel plateado que marca la página y que yo misma antes he dejado en esa posición acaba de confirmar mis sospechas.

—Por favor, para.

—No debes ocultarme nada, dependienta.

—Pero…

—Pero nada —me corta, ahora mirándome sin perder ese brillo en los ojos—, tú misma lo has dicho antes, nada de discusiones.

—Esto no tiene por qué llevar a una discusión, simplemente es algo íntimo.

—¿Acaso yo no te he confesado cosas íntimas? Mucho más importantes que unas cuantas palabras sin orden.

Sus últimas palabras me atraviesan afiladas como cuchillas. Ese era mi orden, un perfecto desorden de consonantes y vocales donde encontraba un mundo creado por mí misma, aislado de todos los demás. Ese desorden era lo único que me hacía respirar sin sentir que una montaña de emociones me estaba eclipsando.

Pestañeo varias veces antes de que el escozor en los ojos aumente.

—Me lo debes.

—De verdad que no es nada tan importante… No vale la pena.

—Oh, yo creo que sí —la burla en sus labios me tensa los músculos—, veamos: «Sus labios son como una constelación sobre una noche despejada. Te atraen, te obligan a clavar las pupilas en cada una de las estrellas que forman dos montes rosados. Fogosos, radiantes, tentándote a acercarte y quemarte. Sentirte abrasada por su delicadeza y…».

—¡Basta! Por favor, no sigas.

Debe de notar mi exasperación, porque de repente se detiene. Ha violado mi intimidad y ni siquiera he opuesto resistencia, me he quedado parada, escuchando como mis sentimientos salían narrados de sus labios. Siento como si me hubiese robado las palabras, como si hubiera absorbido todo el significado que guardaba en ellas.

Sin saberlo, Alan ha dejado una huella en el recuerdo de mi beso con Egan. Todos los versos que había escrito iban dirigidos hacia el

momento que ambos habíamos compartido esta mañana, uno que ni siquiera sabía que anhelaba con tanta desesperación.

Y ahora, Alan está allí, haciéndose partícipe de algo tan íntimo.

—¿En quién te has inspirado para escribir eso?

—En nadie.

—No me mientas.

Su sonrisa sigue curvada sobre su boca, sin embargo, puedo ver una sombra cruzando sus ojos.

Siento la garganta seca y las palmas de las manos algo húmedas. Las froto sobre la tela del pantalón y desvío mis ojos de su mirada por miedo a que pueda leerme. Me siento tan vulnerable en este momento que creo que no le sería para nada difícil.

Sin embargo, parece interpretar de una manera muy distinta mi silencio, pues sus pupilas se clavan en mis labios, helándome la piel. Una fuerza invisible me impulsa hacia atrás, pero cuando mi pie retrocede, él avanza dos pasos.

—Déjame inspirarte para que continúes con tu poema.

Capto el mensaje antes de que pueda terminar de hablar y experimento cómo algo dentro de mi lucha por gritar con todas sus fuerzas, me araña y me susurra que salga de ahí.

Pero Alan es más rápido, pues en un instante se encuentra a apenas pocos centímetros de mí. Y me siento atrapada de nuevo en una jaula invisible construida por su cuerpo y en parte por mi mente, pues, aunque podría seguir retrocediendo hasta la puerta, yo misma construyo una pared en mi espalda que me prohíbe hacer el mínimo movimiento.

—No.

Aunque solo puedo emitir un leve suspiro, estoy segura de que puede oírlo aunque no hay ningún tipo de reacción por su parte, pues en vez de aumentar el espacio que hay entre nuestros cuerpos,

acaba rebasando los pocos centímetros que me permitían respirar con normalidad.

Alza su mano derecha, todavía con el cuaderno, y lo apoya sobre mi pecho, justo en el lugar donde se esconde mi corazón.

—Alan, no es lo que…

—Déjate llevar, Melody.

El tono ronco de su voz y la palpitante llama en sus ojos me inmovilizan. No quiero, no lo quiero.

Su mano libre viaja hasta mi clavícula, donde traza unas caricias que me queman la piel y, finalmente, me agarra del cuello, acercando mi cara a la suya.

Su boca está demasiado cerca de la mía, nuestros pelos se enredan pareciendo uno y nuestras respiraciones palpitan en el aire al galope.

No, no, no, no…

Necesito respirar, necesito alejarme de él.

Reacciono antes de que roce sus labios con los míos y agarro la muñeca que me sujeta, apretando los dedos a su alrededor. Noto los cortes presionados contra mi piel.

—Para, Alan.

En vez de detenerse, deja caer el cuaderno y alcanzo a ver como algunos folios se doblan violentamente al impactar contra el suelo. Me agarra de la cintura y hace presión sobre esa zona al mismo tiempo que me acerca hacia él. Nuestras frentes acaban chocando en un delicado roce.

—Relájate.

—No.

Lucho por zafarme de su agarre, su mano en mi cintura me revuelve el estómago y un pinchazo en la garganta amenaza con hacerme derramar una lágrima.

Alan aumenta la presión de sus manos sobre mi cuerpo y comienzo a sentir como sus dedos se clavan en mi piel dejando una estela de dolor bajo su tacto.

Y parece ir en aumento, conforme pasan los segundos su ansia se va transformando en un agarre más fuerte sobre mi piel. Comienzo a marearme cuando su brazo inmoviliza mi cabeza y enreda sus dedos en mi pelo, tirando lentamente, para impedir que incline la cabeza hacia un lado.

—Me haces daño, Alan.

Su rostro comienza a tornarse borroso cuando siento que las lágrimas empiezan a acumularse en mis ojos, amenazando con derrumbarme en cualquier momento.

Y, sin llegar a ser consciente, dejo de respirar contra mi voluntad. No soy capaz de inspirar el poco aire que nos rodea. Siento que me ahogo, como si sus manos ahora se entrelazaran sobre mi garganta y presionaran con fuerza.

Me obligo a mí misma a reaccionar en cuanto la primera lágrima rueda por mi mejilla y me retuerzo bruscamente bajo sus brazos, pero resulta en vano, pues mi fuerza no es comparable con la que Alan está ejerciendo sobre mi cuerpo.

Es inútil, va a hacerlo y va a marchitar lo poco que queda vivo en mi interior.

Pero no llego a comprender en qué momento le he dado órdenes a mi cuerpo, solo percibo que mi mano se cierra bruscamente sobre sus heridas y presiono mis uñas sobre las costras, sintiendo cómo estas se humedecen cuando unas gotas de sangre se incrustan en mis dedos.

Como respuesta, Alan emite un gutural gruñido que se cuela en mi cuerpo y me hace temblar, amenazando con derribar los cimientos que me mantienen en pie.

Sus ojos llamean, pero en vez de retroceder por el dolor, en un movimiento rápido y determinado acerca su cara a la mía.

Apenas me da tiempo a reaccionar y, recogiendo las pocas fuerzas que me quedan e ignorando sus uñas clavándose en mi piel, contorsiono mi cuerpo en el único ángulo que me es posible, liberándome de su agarre.

Pero en vez de cargar sobre él la rabia que siento arrasándome por dentro, en vez de empujarlo, salgo corriendo en dirección a la puerta de mi dormitorio.

Me arden las mejillas por las lágrimas, ni siquiera soy capaz de visualizar el pomo con claridad.

—¿Qué cojones has hecho, dependienta?

Me giro sobre mí misma movida por la frustración y lo encuentro palpándose una muñeca dolorosamente roja. Un pinchazo de culpa me martillea, pero lo ignoro.

—¿Yo? ¿Se puede saber qué pretendías? Me estabas haciendo daño, joder, Alan. Te he dicho que no. ¿Qué es lo que no entiendes?

No pretendía gritar, de verdad que no quería hacerlo.

—¿Me estás oyendo?

Sus ojos viajan incontables veces desde las heridas magulladas hasta mí y, finalmente, después de lo que parecen horas, una tormenta de arrepentimiento se forma en su mirada mientras avanza hacia mí.

—No te acerques.

Levanto el brazo indicándole que no dé un paso más. El aire comienza a inundar mis pulmones.

—No pretendía hacerte daño, estaba descontrolado.

—No solo me has hecho daño, no me has escuchado. Joder, estaba casi suplicándote que no lo hicieras.

—Dependienta, yo te quiero, jamás te haría daño queriendo.

Me rompo en mil pedazos y seco las lágrimas que gotean desde mi barbilla, empapando la tela de mi pijama. Alan ha estado a punto de abusar de mí, en mi propia habitación, mientras mi familia está durmiendo a unos pocos pasos.

—Cuando quieres a alguien de verdad no lo dañas, ni siquiera aunque estés fuera de ti.

Se pasa nervioso las manos por el pelo y tira de los cortos mechones en un acto de frustración.

—Necesito que salgas de mi casa.

Soy incapaz de aguantar un minuto más con él entre estas cuatro paredes, las piernas amenazan con doblegarme sobre el suelo y los pulmones con jugarme una mala pasada. Incrusto las uñas en las palmas de mis manos, estabilizándome de nuevo en una habitación que da vueltas.

—No me alejes de ti, por favor. Solo era un beso.

—Por favor, vete.

No lo miro a los ojos cuando pasa por mi lado, rozando nuestros brazos. Un escalofrío me recorre la columna vertebral.

—Si me voy ahora, haré algo de lo que nos arrepentiremos los dos.

Su susurro es suficiente para ponerme el vello de punta. Está jugando con mis sentimientos, lo sé, pero soy incapaz de ver cómo su vida se escapa de entre mis manos.

Siento el terror en mis ojos cuando lo miro afligida.

—Si no me perdonas no podré seguir adelante, Melody.

—Alan…

Se me rompe la voz, consciente de cuáles son las siguientes palabras que voy a tener que pronunciar.

—¿Y bien?

—Te perdono, Alan. Pero ahora necesito estar a solas.

Una última lágrima termina colándose entre mis labios antes de que una sonrisa de satisfacción le ocupe el rostro, aplacándome.

—No hay problema. Mañana nos vemos, dependienta.

No le contesto, simplemente me limito a observarlo mientras recoge su chaqueta y la pasa sobre sus hombros.

Cuando abre la puerta, se gira una última vez hacia mí.

—Te quiero.

En ese momento pienso que nunca hubiera imaginado odiar unas palabras como esas. Me pregunto de qué forma me debe querer Alan para que dos palabras que esconden un significado tan profundo puedan sonar tan crueles.

Algo dentro de mí se hace pedazos.

Las estrellas deben experimentar algo semejante cuando comienzan a perder su resplandor, cuando advierten que su fuego interior está perdiendo la intensidad con la que antes deslumbraban el cielo.

Sé que todavía no se ha ido porque espera paciente mi respuesta.

Cojo aire.

Solo una vez más y podrás respirar en paz.

Bloqueo mis sentimientos, levantando un muro que impida a Alan ver lo que realmente grito dentro de mí.

Enmascaro mis sentimientos y, por un momento, pienso en que lo que voy a decir es cierto.

Lo consigo, casi puedo rozar con los dedos el sentimiento, casi.

—Te quiero.

Cuando desaparece de mi campo de visión siento que algo de mí se va con él.

Capítulo 35

Romper con todo

Las medialunas que Alan ha dejado en mi cintura se tornan de un color rosado cuando me acaricio la zona dolorida.

Esta vez no he sido yo la que me he grabado a fuego las uñas sobre la piel.

Y eso me rompe en pedazos.

Anhelo la sensación de alivio que experimento cuando son mis manos las que retuercen mi cuerpo, cuando el control lo tengo yo.

Presiono los dedos sobre la zona buscando esa sensación, luchando por recuperar el dominio de mi cuerpo, por olvidar que por un momento he perdido las riendas de mí misma.

No surte efecto, tan solo aumenta un dolor que, lejos de despejar mi mente, me provoca arcadas.

Todo es mi culpa.

Soy demasiado débil.

Demasiado ilusa.

La rabia contra mí misma me ciega y recojo el cuaderno del suelo. Verlo arrugado y doblado solo me hace arder más por dentro.

Soy igual que él.

Algo en mi interior se ha doblegado en vértices imposibles, al igual que los folios que sostengo entre mis manos, y por mucho que los estire para repararlos, sé que jamás volverán a ser lo que una vez fueron.

Somos un conjunto de poesías destinadas al fracaso.

A no ser escuchadas.

Y en un arrebato, los arranco, comienzo a destripar cada uno de los folios que ha quedado marcado por Alan. Los despedazo tal y como me gustaría hacer conmigo misma.

Llego al último trozo de papel escrito. Leo la parte del poema que he trazado esta noche e imagino todas las formas posibles en las que podría haberlo concluido.

Lo arranco del cuaderno y hago una bola con él.

Lo rompo en pedazos.

Esto es por mi culpa.

Una montaña de escombros de papel descansa junto a mis pies y, bajo un cúmulo de sueños y tinta, queda sepultada una parte de mí.

Capítulo 36

El archivo de los corazones rotos

Con frecuencia sentimos que estamos siendo observados constantemente, por nuestros familiares, amigos e incluso por todas esas personas desconocidas que tienden a sentenciarnos sin haberse dado la oportunidad de conocernos. Es por eso que esperamos impacientes y temerosos, agarrando las armas que poco a poco nos hemos ido construyendo, el juzgar de las personas.

Los tropiezos de cada día me habían hecho ir recolectando mis propias armas para defenderme de esas palabras envenenadas y evitar que me marchitaran poco a poco. Fui guardándolas en mi interior y, con el tiempo, aprendí a clasificar cada una según su utilidad, resguardándome en ellas, cada una archivada en lo que a mí me gustaba pensar que eran carpetas vacías con un nombre como titular, esperando ser llenadas.

La primera llevaba el nombre de Mamá, en ella guardaba una verdadera obra maestra y de gran peso y magnitud. Una armadura del color de la tristeza forjada en respeto, amor, obediencia y, sobre todo, miedo. Con ella puesta, eran mucho más llevaderos los encuentros y conversaciones con mi madre, las palabras hirientes rebotaban en la armadura y el impacto era menos notable. Pero, como todas las armaduras hechas de materiales inestables y frágiles, con el paso del tiempo fue deteriorándose. Abolladuras que se iban esparciendo a lo largo y ancho de la coraza, hasta que llegó un día

en que noté que ya no me protegía como antes, los sentimientos eran más intensos, arrolladores y aplastantes, tanto que su utilidad ya era nula.

Decidí guardarla y no volver a utilizarla, ya que, si iba a sufrir de igual manera, prefería hacerlo en cuerpo y alma.

Otra llevaba el nombre de Papá. En ella había archivadas dos armas diferentes. Estas no tenían una forma física en mi imaginación, simplemente detrás de cada letra se escondía un gran poder, que sin darme cuenta se fue apoderando de mí hasta el punto de que se fusionó con mi manera de ser.

Indiferencia era la primera.

Si los ojos no pueden ver, la boca no puede hablar y las orejas no pueden escuchar, no existe una posible comunicación y, por lo tanto, se construye una relación inexistente. Con mi padre funcionaba así, no hablábamos si podíamos evitarlo, él no me entendía y yo a él tampoco; aprendí a ignorar las pocas palabras que me dirigía, la mayoría insignificantes, solo un medio de soporte para mi madre, y, por último, evitaba encontrarme con él, cruzar una simple mirada, de esta manera las cosas eran menos incómodas. Era algo recíproco, al fin y al cabo, pues igual que yo era sorda, muda y ciega enfrente de él, mi padre también lo era para mí.

La otra arma, oculta entre las sombras, creo que jamás la llegué a utilizar, y si lo hice ni siquiera me percaté de ello, ya que funciona como un acto reflejo.

Se trata de la esperanza, un sentimiento que me parece que no se merece el nombre de arma, pues no debería ser utilizado para defenderse de alguien o de algo. Mi padre, después de todo, y esto justifica el nombre del arma anterior, era la persona que convivía conmigo a la que menos conocía y lograba comprender. Él, tan a lo suyo, encerrado en el mundo laboral y viviendo a la sombra de mi

madre. Con todo esto, no me sorprende que en su momento decidiera que la esperanza tenía un lugar en esa carpeta. Si había alguien del que esperaba que fuera diferente conmigo, ese era mi padre, la persona a la que menos percibía.

La tercera y penúltima carpeta, de un color rosa chillón muy infantil, llevaba el nombre de Ana impreso en la parte superior. A pesar de su apariencia dulce y tierna, en ella se encontraba, probablemente, el arma más peligrosa y difícil de manejar que construí. La espada más reluciente y afilada que podría haber creado, que junto con la armadura componía el uniforme digno de un caballero. Yo, por mi parte, no era ningún guerrero que luchara por defender a los demás, yo luchaba para protegerme a mí misma. Cuando intentaba utilizarla, mis brazos cedían ante el peso de sus materiales: orgullo, rebeldía, admiración, afecto, justicia, abandono, ausencia, necesidad y un poco de terquedad.

Toda esa mezcla de emociones contradictorias, pero poderosas, se negaron más de una vez a formar parte de mí y me hicieron parecer débil frente a mi hermana. No obstante, hubo otras veces en las que, haciendo acopio de todas mis fuerzas, logré alzar la espada y blandirla con fuerza. A una edad temprana me había tocado vivir con la ausencia de una hermana y unos padres, únicamente con la compañía de una persona. Más tarde, me quedé completamente sola.

La última carpeta, archivada detrás de todas las demás debido a su poca utilidad desde hace ya mucho, llevaba el nombre de Abuelo. Él fue mi pilar mientras estaba en vida y mi mayor confidente, pero, pese a todo, también hubo veces en las que necesité un arma preparada para ocultarme. Por supuesto, nunca la utilicé para defenderme de él, sino para ocultarle aspectos de mi vida que no veía necesario que él supiera.

Se trataba de una máscara en la que me inspiré después de ir a ver con el colegio el musical *El fantasma de la Ópera*. Toda ella era ideal, blanca y lisa. Me tapaba solamente la mitad de la cara, la parte de mí que no quería que mi abuelo viera por miedo a que me juzgara o rechazara, y dejaba al descubierto la otra mitad de mi cara, la que se mostraba ante él, yo misma.

La utilicé con frecuencia, sobre todo cuando él me preguntaba cómo estábamos en casa. Decirle que todo iba bien a secas y fingir que mis padres y mi hermana eran amables y comprensivos conmigo era mucho más fácil que confesarle lo sola que me sentía, a excepción de en esos momentos en los que estaba con él.

Hoy creo una nueva carpeta, una que lleva mi nombre.

Necesito protegerme de mí misma, puesto que las demás están perdiendo su utilidad.

Pero aún no sé qué debo guardar dentro.

Capítulo 37

Hey Jude

«Hey Jude, don't make it bad.
Take a sad song and make it better.
Remember to let her into your heart,
Then you can start to make it better».

THE BEATLES

Anoche viajé por un mundo de constelaciones. La mayoría de las estrellas nacen acompañadas, destinadas a cumplir su existencia lejos de la soledad que promete la oscuridad de una noche, pero, con el paso del tiempo, aquella que contiene más masa en su interior y supera a sus compañeras las acaba consumiendo. A veces las devora, arrasando con cualquier resquicio de luz que pueda quedar de ellas, otras explota en forma de innumerables átomos que destruyen todo a su alrededor y, si no se da ninguno de estos casos y no es capaz de poner fin a la vida de las estrellas que adornan su vida, las condena a un veloz viaje sin rumbo fijo por la galaxia, destinadas a contemplar el resto de constelaciones que aún siguen intactas.

En mi cielo, mil estrellas de porcelana y de diferentes colores resplandecían con la fogosidad propia de un fuego abrasador, de esos que te consumen hasta no dejar rastro de lo que una vez

fuiste. Todas ellas distintas, únicas, de diferentes tonalidades, formas o brillo.

Y aun así, unidas mediante una conexión inquebrantable que convertía su fragilidad individual en una fuerza cegadora.

Luchaba por llegar a ellas, por camuflarme entre los destellos de porcelana que desprendían, por identificarme en el brillo que solo ellas eran capaces de producir.

Yo era una estrella huérfana entre familias de constelaciones, estaba sola, sin más compañía que la mía propia, y por mucho que quisiera acercarme a ellas, formar parte de un todo, no era más que un extraño caso del universo de complejo estudio.

Mi abuelo me dijo una vez que yo era como esa colección de estrellas de porcelana. Él me regaló una que aún conservo reluciente en mi dormitorio; sin embargo, se olvidó de mencionar que, a veces, la singularidad puede ser un perjuicio más que una virtud.

La condición de sentirnos diferentes o incomprendidos nos distancia del resto. Tal vez yo era una de esas estrellas que había salido disparada de su núcleo familiar, condenada a contemplar cómo el resto del universo sigue girando, continuando su curso, mientras observa desde una soledad ensordecedora.

Las personas tendemos a crear constelaciones. Todos somos únicos y diferentes, pero necesarios los unos para los otros. Así, por necesidad, nos agrupamos, cumpliendo lo que otros no pueden por sus propios medios, haciendo crecer una comunidad estelar en la que algunos no son aceptados.

O, tal vez, estén destinados a otra constelación, y deban surcar el cielo nocturno en su búsqueda.

…

Buscaba con la mirada un Audi negro circulando por la carretera de enfrente de mi casa. Me había tomado toda la mañana y parte de la tarde comprender que la responsabilidad de una estrella huérfana es brillar en todo su esplendor pese a ser un alma solitaria, pues, si se deja llevar por la tristeza del abandono, tan solo conseguirá que su fuego interior comience a extinguirse.

Debe luchar por iluminar un fragmento del cielo por sí sola.

Yo, en cambio, tenía que encontrar la manera de no sumergirme en mis emociones hasta el punto de no hallar el retorno a la superficie. Debía esforzarme por iluminar el camino de salida de mis preocupaciones.

Y Egan, en ese preciso instante, era el punto estelar que más brillaba.

Las ruedas del coche chirrían cuando se detiene frente a mí. A través de la ventanilla, Egan asoma la cabeza, el ligero viento despeina sus rizos, y me dirige una sonrisa que termina por deshacerme.

Sus ojos relampaguean de una manera tan excitante al posarse sobre mí que solo eso es suficiente para aferrarme a su mera presencia y alejarme de todo aquello que me consume.

Un dulce calor comienza a crepitar en mi pecho y el batir de unas alas ya conocidas se instala en mi estómago, insistente.

—¿Estás lista para una tarde inolvidable?

Me arranca una sonrisa de los labios mientras abro la puerta del copiloto y me acomodo en el asiento. Su característico olor a menta envuelve el pequeño espacio de una manera enloquecedora, también distingo un olor afrutado y dulce que proviene de la parte trasera del coche.

Sus ojos me escanean hirvientes en cuanto me giro hacia él, y cualquier respuesta que estuviera a punto de darle se pierde en lo más profundo de mi garganta, incapaz de encontrar las palabras.

Me siento cohibida y a la vez excitada cuando sus pupilas se graban a fuego en mis mejillas, bajan a través de la clavícula y, finalmente, terminan anclándose en el dobladillo de la falda vaporosa y blanca que cubre mis piernas.

Su mano se posa sobre la mía, acaricia mis nudillos de una manera tan tranquilizadora que, por un momento, pienso si no me lo estoy imaginando.

—Hola.

—Tenía ganas de verte, Mel.

—Y yo a ti, Egan.

Después de una última caricia, sus manos de venas marcadas y perfectamente esculpidas viajan hacia el volante y nos ponemos en marcha hacia algún lugar que Egan se empeña en ocultarme.

—¿A dónde estamos yendo?

—Todavía no te lo puedo decir.

—Porfaaaa. —Alargo la última sílaba con la intención de darle algo de pena.

—No me vas a convencer.

Resoplo resignada e intento dibujar una mueca seria de fastidio. Sin embargo, acaba siendo una interpretación fallida cuando observo por el rabillo del ojo como Egan se alborota el pelo un par de veces, desparramando débiles rulos sobre su nuca y frente.

Una sonrisa dulce trepa por mis labios antes de que pueda contenerla.

Recuerdo el porqué de ese gesto repentino.

—¿Estás nervioso, Miller?

El tono juguetón sale con una naturalidad tan impropia de mí que me sorprendo. Luego, me dejo guiar por mis sentimientos y decido abrirme un poco más, descubrir qué faceta oculta surge de mi interior cuando estoy junto al chico que mantiene viva la poesía que todavía sigue en pie dentro de mí.

—No.

No me mira cuando responde a mi pregunta, sin embargo, atisbo como tensa ligeramente la mandíbula y cierra los ojos unos segundos antes de volverse hacia mí.

—Bueno, tal vez un poco.

Los latidos de mi corazón se aceleran sin previo aviso en un vuelco lleno de emociones.

—Yo también lo estoy, es mi primera cita.

Algo se ilumina en su mirada, lo noto cuando vuelve a centrarse en la carretera y sus labios se curvan en una sonrisa que, lejos de ser pícara, parece especialmente genuina.

Después de unos minutos, alarga los dedos hacia la pequeña radio y una canción que no había escuchado jamás comienza a reproducirse a través de los altavoces.

Melodías desconocidas suenan unas detrás de otras en un sinfín de acordes durante una buena parte del trayecto, el cual me paso analizando cada ápice de piel que no cubre la tela negra de su jersey de cuello vuelto, y que reluce blanca como la nieve. También me concentro en el tamborileo de sus dedos sobre el volante, al ritmo de las canciones, y en cómo, de vez en cuando, sus labios tararean la letra de alguna.

—Me encanta esta canción.

Siento un alivio tremendo cuando por fin puedo identificar lo que suena a través de los altavoces.

—¿Te gustan los Beatles?

—Cuando era pequeña, mi abuelo reproducía sus discos a todas horas.

—Mis padres siempre han tenido una pequeña obsesión con el blues. En casa no se escuchaba otra cosa.

—Seguro que algún día me podrías tocar alguna de esas canciones.

—Tal vez, aunque por suerte mi gusto musical ha evolucionado más allá de Robert Johnson.

—¿Quién?

—No me lo puedo creer, ¿en serio? —Asiento con las mejillas ardiendo—. Tendrías que haber visto a Claudia bailando muchas de sus canciones.

Alzo una ceja sorprendida e intento visualizar una versión más pequeña y tímida de Claudia bailando unos ritmos vibrantes como esos.

—No consigo imaginarla.

—Ya, no es algo que se vea todos los días.

Vuelve a girarse hacia mí, esta vez relajado y aparentemente cómodo. Me alegro de que se sienta así y, todavía más, de que esa sonrisa juguetona vuelva a sus labios y no se borre durante un buen rato.

Es extraño como un gesto que tan solo hace casi un mes que conozco puede convertirse en un sentimiento tan familiar y reconfortante. Como cada gesto de Egan, me hace sentir como si estuviera en el lugar adecuado.

—¿Qué música te gusta escuchar?

—Ninguna de nuestra época, o al menos, pocas de ellas. —Enrollo un mechón de pelo en mi dedo—. Crecí escuchando canciones de los sesenta a los ochenta y, a diferencia de ti —lo miro con las mejillas palpitando—, mis gustos no han evolucionado.

Guarda silencio unos segundos, dejando la voz de John Lennon de fondo.

Cuando despega la mirada de la carretera aprovechando que un semáforo se ha puesto en rojo, se gira sobre su asiento hacia mí.

—Eso te hace aún más especial.

Como una estrella huérfana.

El corazón se me encoge dentro del pecho y martillea mis costillas a un ritmo enloquecedor. Ni siquiera he acabado de digerir sus palabras, pero el tono con el que las ha dicho me ha marcado de una manera inexplicable. De alguna manera ha avivado la luz que debo mantener estable.

—Diferente, tal vez.

No consigo mirarlo a los ojos, ni siquiera alzar la voz lo suficiente, reticente a oír mis propias palabras.

—Te equivocas. Lo diferente y lo especial están extremadamente unidos.

Entrelaza sus dedos con los míos e, instintivamente, acaricio con el pulgar la palma de su mano. Una energía crece a nuestro alrededor, apacible, ardiente, amable y estimulante.

El sonido de un claxon a nuestra espalda me hace pegar un bote en el sitio y me percato de que el semáforo ha cambiado de color, probablemente hace un buen rato, mientras nos perdíamos entre miradas y caricias.

Egan arranca sacando la mano por la ventanilla para disculparse con el conductor, que luce un rostro impaciente y, al poco, en cuanto lo perdemos de vista, estallamos en risas.

Juro que sus carcajadas son algo parecido a lo más bonito que he escuchado en mi vida. Arrolladoras y electrificantes. Dulces y sensibles al mismo tiempo.

Mi risa queda opacada bajo la suya y, en este momento, lo agradezco con todo mi corazón.

Finalmente, la voz de Lennon desaparece en el ambiente y es sustituida por un estridente ritmo que hace vibrar momentáneamente mis músculos.

Egan acerca de nuevo su mano hacia la radio y retrocede la canción, dejando de nuevo que *Let it be* me inunde los sentidos.

—No te he dejado oírla.

En ese instante doy gracias a que el volumen esté lo suficientemente alto como para impedir que se oigan los latidos de mi corazón.

También agradezco que Egan esté centrado en la circulación pues, de lo contrario, habría visto cómo, dentro de mí, explotaba una luz cegadora.

…

—Muy bien, ahora necesito que cierres los ojos.

Llevábamos un buen rato de trayecto cuando su voz resalta entre las canciones que todavía se siguen reproduciendo.

—Mejor no pregunto, ¿no?

—Exactamente.

Cierro los ojos; noto que giramos en algunas direcciones hasta que pierdo el sentido de la orientación por completo.

—Vale, todavía no los abras.

Asiento con la cabeza e imagino una expresión burlona plasmada en su rostro.

El sonido de las ventanillas bajando me desconcierta durante unos segundos hasta que siento una fría brisa chocando veloz contra mi rostro. Un olor salado e inconfundible me inunda las fosas nasales y

abro los ojos, no me resisto a no ver lo que se encuentra tras mis párpados.

Las olas del mar rompen desenfadadas contra la arena pálida característica de Formby. Las pequeñas dunas que se forman a los pies del mar están solitarias, pues no hay nadie paseando a estas horas, y menos con este temporal, cuando el cielo comienza a oscurecerse a gran velocidad.

—¿Me has traído a la playa en pleno diciembre?

Una sonrisa orgullosa cubre sus facciones.

—No suele haber mucha gente y, además, el agua no está tan fría.

Abro los ojos como platos cuando menciona la temperatura del agua. ¿No pensará…?

—Es broma, es broma. De momento.

—¡Egan!

Se ríe y, poco después, encuentra un sitio en el que estacionar el coche.

Me quedo embelesada viendo el paisaje que se presenta frente a nosotros. Una mezcla de colores fundiéndose entre el mar y el cielo, el sonido del constante vaivén del agua arrastrándose sobre la arena…

—¿Preferirías hacer otra cosa?

Advierto en el tono de su voz un deje de inseguridad y respondo rápido, haciéndole ver que no preferiría estar en ningún otro sitio que no fuera este. Aunque, siendo sincera, si Egan me hubiera llevado a hacer una ruta de dos horas a pie tampoco me hubiera quejado, no, estando con él.

—Esto es perfecto.

Cuando veo que mi respuesta no acaba de convencerle, me acerco a su mejilla y le doy un beso, acariciándolo con mis labios y

disfrutando del olor a frutillas silvestres que desprende el champú que probablemente ha utilizado esta mañana.

Siento como su cuerpo se tensa bajo nuestro contacto y, cuando retrocedo unos centímetros, sus dedos me sujetan la mandíbula, tirando ligeramente mi cabeza hacia atrás con extrema delicadeza y, después, me besa.

Esta vez lo había visto venir, pero, aun así, mi cuerpo reacciona ante el roce de sus labios de tal manera que me hace perder la cabeza.

Lo disfruto como si fuera nuestro primer y último beso, perdiéndome en el lento movimiento de sus labios, en el roce de sus dientes y la calidez de su lengua acariciando mis comisuras. Le respondo con movimientos delicados, absorbiendo cada segundo del beso, sintiendo crecer un fuego en mi vientre, pero, después, cuando pasan los segundos y estrecho su pelo entre mis dedos, solo queda paz.

Me descubro entre sus brazos, dueña de una tranquilidad que no creía que fuera a experimentar. Con un sentimiento de seguridad cubriendo cada fibra de mi piel y de mi ser.

Cuando nos separamos, aún con las respiraciones aceleradas, todavía noto el calor de sus labios pegado a los míos, la electricidad de cada uno de sus gestos grabada en mi piel.

—¿Vamos?

—Sí.

Salimos del coche, abrazándome para entrar en calor mientras Egan se cubre con la chaqueta de piel, que ya le había visto puesta alguna vez, y recoge una bolsa de plástico de los asientos traseros mientras se enciende un cigarrillo en los labios.

—¿Qué llevas ahí?

—Ayer te empeñaste en pagar las magdalenas, hoy me toca a mí devolverte el favor.

—No era necesario, Egan.

Pero un calor alegre comienza a acaparar mi pecho.

—Shhh. Me lo agradecerás.

Caminamos entre vigas de madera y arbustos hasta llegar frente al mar. Nos acercamos un poco más, hasta el borde que separa la arena seca de la húmeda, oscurecida tras ser arrastrada por el agua salada.

Egan saca de la bolsa un pareo azul cielo y lo extiende a nuestros pies. Yo le ayudo a sujetarlo con algunas piedras que hemos cogido por el camino para impedir que la brisa marina se lo lleve.

Cuando nos sentamos, saca unos tápers llenos de uvas, mandarinas y frambuesas, y después, un plato cubierto con papel film a rebosar de galletas con pepitas de chocolate.

—Dime que son las galletas de tu madre.

—Recién hechas esta mañana.

—Tiene un don.

—Lo sé, me tuvo a mí.

Un brillo granuja cruza sus ojos y me sonríe enseñando una hilera de dientes perfectamente alineados. Le empujo el hombro, contagiándome la sonrisa.

—Por favor, no te lo creas tanto. Estas galletas están mucho más buenas que tú.

—¿De veras? No juzgues sin haberme probado antes.

Me ruborizo al instante y, por un momento, el aire arde en mis pulmones. Ni siquiera me había dado cuenta de que mis palabras podían sonar como una insinuación, pero ahora no puedo evitar imaginarme besando cada rincón de su cuerpo, amoldándome a él a la perfección.

Sus ojos brillan con una fuerza incomprensible y siento que yo debo de estar transmitiendo exactamente lo mismo.

—Aunque, de momento, dejaré que sigas pensando así.

—No voy a negar que ahora me ha entrado la curiosidad…

Sus bíceps, delgados pero musculosos, se tensan bajo la tela del jersey cuando se inclina hacia atrás, apoyando su peso sobre los codos.

Se mantiene en silencio mientras parece debatirse con él mismo. Yo espero paciente algún tipo de contestación, aunque debo admitir que, cuanto más tarda en responder, más siento el nudo instalarse en mi garganta.

Finalmente, sus ojos recorren mi rostro, relucientes, haciéndome sentir repentinamente la chica más afortunada del mundo.

—Quiero hacerlo bien. Quiero conocerte, disfrutar de cada segundo a tu lado y descubrir por qué es justamente contigo, Mel, por quien siento esto por primera vez.

Por un segundo, bajo el peso de sus palabras, creo que voy a romper a llorar.

O a gritar.

Incluso pienso que mi cuerpo, por sí mismo, va a abalanzarse sobre el suyo para besarlo con tal ímpetu que nos quedaremos sin aire que respirar.

Después sé que esto es justo lo que mi corazón anhelaba. La comprensión, la amabilidad y la delicadeza de una persona. La promesa de querer sin presiones, sin ultimátums.

—Egan…, no sé si es normal que sienta que te conozco de toda la vida, tener esta sensación y, al mismo tiempo, no saber apenas nada de ti. —Respiro el aire que reverbera entre nosotros y, haciendo frente a mi repentina timidez, recurro a la poesía que llevo dentro—. Solo estoy segura de una cosa: quiero explorar cada parte de ti,

encontrar en tu interior la familia de constelaciones a la que pertenezco. Solo sé que necesito que tú seas… que seas mi refugio. Quiero disfrutar de esto, saborearlo poco a poco, sin prisas y, de paso —una sonrisa dulce acaba adornando mis labios—, averiguar por qué es justamente contigo con quien siento esto por primera vez.

Respiro aliviada cuando por fin noto que todos mis sentimientos han salido a la luz, pero también me siento vulnerable, pues es la primera persona a la que abro mi corazón, llevada por el romanticismo. Quiero que acepte y acoja cada una de las palabras que le he expresado, que las proteja y las recuerde cada vez que sea incapaz de demostrarle con todo mi ser que él es la persona con la que sueño, con la que me imagino un final feliz.

Necesito aferrarme a él, decirle que me ha devuelto la inspiración para mis poesías, que se ha convertido en la llama que alimenta la luz que requiero para no acabar sumida en la oscuridad.

Pero en vez de todo eso, callo. Pues solo puedo percibir un abanico de emociones grabadas en sus pupilas antes de que se abalance sobre mí y estampe sus labios sobre los míos. Siento como nuestras respiraciones se hacen una, mezclándose y fundiéndose en una perfecta melodía dispar. Sus manos, recorriendo cada rincón de mi rostro y cuello, encienden cada partícula de mi piel, arrastrándome con una delicadeza apasionada hacia la locura.

Acaricio sus brazos y paseo las palmas de mis manos por su pecho, deleitándome con el tacto suave de la tela sobre mis dedos, ahogándome en la vorágine de emociones que poco a poco nos consumen.

Movida por el deseo que comienza a oprimir mi estómago y el ávido movimiento de su boca sobre la mía, muerdo ligeramente su labio inferior, provocando que un gruñido se atasque en su garganta.

Su cuerpo se va recostando sobre el mío hasta que mi espalda acaricia la tela azul que nos separa de la arena, él, presionando nuestros pechos, reparte besos escuetos sobre mi barbilla y después sobre mi mejilla.

Cuando baja hasta el rincón de mi cuello y hunde su cabeza en él, instintivamente arqueo la espalda en una explosión de placer y electricidad. Un gemido acaba escapando de mis labios.

Jamás me había sentido tan libre y deseada como en este momento.

Anhelo que ese instante no se acabe, que se convierta en una eternidad construida solo para nosotros dos.

Sin embargo, mi pie acaba chocando con un objeto, causando que algo se desparrame por la arena.

Nos separamos para ver qué ha ocurrido y, cuando su cuerpo sale de mi campo de visión, diviso un táper volcado y anaranjados trozos de mandarina cubiertos por diminutos granos de arena.

—Lo siento, lo siento.

Me incorporo y comienzo a recoger cada uno de los trozos de fruta que se han desperdiciado, todavía sintiendo un calor abrasador en cada extremo de mi cuerpo y el corazón a punto de desbocarse.

Ni siquiera acabo de ser consciente del momento que acabo de vivir, de la intimidad que acabo de compartir con Egan.

—Tranquila, no ha sido culpa tuya.

Se le escapa una risita mientras me ayuda a recoger los restos que quedan y a introducirlos en la bolsa de plástico.

Cuando termino, sacudo mis manos en la arena y, después, las llevo hacia mi pelo. La temperatura ha aumentado notablemente en cuestión de minutos y siento la urgencia de apartarme el pelo de la nuca para sentir el choque del aire frío sobre mi piel.

Cuando lo hago, noto algunos enredos en las puntas y los granitos de arena que se han quedado pegados a ellas.

Intento sacudirlas, pero en el intento solo consigo enmarañar todavía más los mechones de pelo que se mantenían intactos.

Resignada y con la frustración creciendo por mis venas, dimito y, avergonzada, decido pedirle ayuda a Egan.

—Yo, eh… ¿Podrías ayudarme? Tengo el pelo lleno de arena.

Vuelve a reírse. Las mariposas reanudan el batido de sus alas.

—Creo que eso ha sido culpa tuya. Ha debido ocurrir cuando te retorcías entre mis brazos, sí, me parece que ha sido cuando he comenzado a besarte el cuello y…

—¡Lo pillo, lo pillo!

Me pongo roja al instante, lo sé porque las mejillas me arden con intensidad. Todo esto es demasiado surrealista, demasiado bonito para ser verdad.

Se coloca de rodillas detrás de mí y comienza a revolver mi pelo. Siento que he apagado la llama del momento, primero derribando la fruta que había traído para ambos y, ahora, creando una escena vergonzosa, al menos para mí, en la que Egan intenta limpiarme el pelo pero solo consigue que se enrede más.

—Vale, creo que ya está…

—¿Seguro? Ha quedado muy enredado, ¿verdad?

—Bueno… ¿Tienes una goma de pelo?

Noto su voz cálida chocando contra mi nuca e invadiendo todos mis sentidos cuando se acerca hacia mi oreja y apoya su mano sobre mi hombro.

—Sí.

Le tiendo un pequeño coletero negro que llevaba en la muñeca y espero ansiosa su siguiente movimiento.

Él comienza a separar gruesos mechones y poco a poco, los entrelaza unos con otros.

—Si te hago daño, avísame.

—Tranquilo.

Mis palabras acaban saliendo en forma de un susurro, no puedo dejar de prestar atención a cada movimiento de sus manos anudando mi pelo. Tira delicadamente de él y, finalmente, lo deja caer sobre mi espalda.

Paso los dedos por el peinado improvisado que me acaba de hacer en un momento y los latidos de mi corazón se aceleran cuando percibo una trenza perfectamente tejida adornando mi cabeza.

—Mucho mejor.

Egan vuelve a mi lado con una sonrisa de satisfacción y me observa complacido.

—¿Dónde has aprendido a hacer trenzas?

—A mi hermana le encantaba jugar a las peluqueras de pequeña y la única manera de que no me utilizara como a una cobaya de laboratorio era aceptando que me enseñara a peinar a sus muñecas.

Río y niego con la cabeza. Envidio la relación que tiene con su familia, afectuosa y grata, especialmente con Claudia. Me lo imagino creciendo en un ambiente familiar en el que era mimado y querido de la misma manera que su hermana, ambos a la par.

Por un momento, mientras estos pensamientos me martillean la cabeza, lo noto demasiado lejos de mi alcance. Hemos crecido de maneras completamente distintas, él aparentemente bajo un amor acogedor, yo luchando contra el abandono y por labrarme un lugar en mi familia.

Me pregunto si sería capaz de comprenderme.

De aceptarme tal y como soy.

Con surcos en el alma y pétalos marchitos en mi interior.

La respuesta es algo que me asusta sobremanera.

Tengo que impedir que vuelva a ver mi fragilidad, el dolor que se acumula a pasos agigantados. Con él no puedo permitirme lucir rota, o al menos no todavía, cuando temo el momento en el que me rechace.

No podría soportar arrastrarlo conmigo a todas mis preocupaciones, compartir con él todo el dolor y la tristeza que a veces llego a sentir.

Sería demasiado cruel por mi parte.

Sé lo que es sufrir por otra persona, sentir su dolor como si fuera el tuyo propio. Alan me lo ha enseñado.

Me niego a que Egan pase por lo mismo, que sienta una dependencia hacia mí por temor a que los miedos me venzan en la batalla.

Quiero que decida estar a mi lado por la parte viva que ve en mí, no por compromiso con la parte que ya ha dejado de respirar.

—Gracias.

—Eres preciosa.

Ahora, más que nunca, me prometo que me esforzaré por brillar a su lado, que no permitiré que ninguna grieta se interponga entre los dos.

…

—Siempre he encontrado algo relajante en el mar, en cómo rompen las olas.

Estamos desde hace un rato estirados sobre el pareo, rozando nuestros brazos y manos en un vaivén de caricias inocentes. El crepúsculo que antes se reflejaba sobre el mar en cientos de

tonalidades anaranjadas y violáceas ha sido devorado por las olas, dejando sobre nuestras cabezas un inmenso cielo oscurecido salpicado de nubes grisáceas.

Cuando hemos terminado el pícnic, Egan ha ido al coche en busca de unas pequeñas velas para iluminarnos, pues pronto nos hemos visto tragados por la oscuridad.

La sombra de las débiles llamas titila sobre nuestras pieles, adornando el ambiente frío con un suave calor que desprende un ligero olor a la promesa de una noche efímera.

—A mí también me lo parece, sobre todo me encanta el sonido del agua regresando al mar.

—¿Qué más? —Su voz me produce un cosquilleo.

Giro la cabeza en su dirección, topándome con unos ojos que ya me están mirando. Las pecas que decoran algunas de sus facciones resplandecen a la luz de las velas.

—Quiero saber más de ti, lo que te gusta. También lo que detestas.

—Bueno…, me gustan los gatos; de hecho, tenemos uno en casa, no sé si pudiste verlo la noche que vinisteis a cenar. Y no me gustan nada las películas de ciencia ficción, nunca me han gustado.

Una sonrisa amable se extiende por su rostro, iluminando su mirada.

—Te toca —continúo.

—Vale, nunca me ha gustado leer, cada vez que intentaba coger un libro acababa perdiendo el interés a los pocos minutos. Y me encanta el cine, tienes que saber que estás infravalorando las películas de ciencia ficción.

Pierdo el hilo de sus palabras en cuanto dice que no le gusta la lectura. Para mí, leer es la posibilidad de viajar a otro mundo, de desconectar, de vivir todo aquello con lo que alguna vez soñaste.

—¿Cómo puede no gustarte leer? Cuando yo lo hago, me siento con un poder que no sabría describirte. Es la única oportunidad que te otorga el mundo de vivir la vida que has elegido y, cuando llegas al final de ese sueño, comienzas otro. Puedes ser lo que tú quieras, una dama del siglo dieciocho enamorada del campesino que trabaja en los huertos de su familia, un detective que persigue al hombre que le arrebató la vida al amor de su vida…, el mejor médico de todo Liverpool… —Le pincho con un dedo en el hombro—. Incluso podrías ser el villano de la historia, dando rienda suelta a todos los pensamientos intrusivos que alguna vez nos acechan sin sufrir ninguna de las consecuencias de nuestros actos.

El color caramelo de sus ojos se aclara cuando me observa con esa mirada brillante.

—Quiero ser uno de los mejores médicos en la vida real… Me gustaría asegurarme de que la vida que estoy viviendo es la que he decidido y… creo que merece la pena luchar por lo que sueñas si el mundo no te da la oportunidad que esperas a la primera.

Creo que podría enamorarme de Egan. Contagiarme de su seguridad, de sus aspiraciones y de sus sueños.

—Supongo que cuando tienes las ideas tan claras, solo te hace falta centrarte en tu propia historia.

Aparto mis ojos de los suyos, incómoda. Estar delante de él es como observar todo aquello que una vez he querido para mí: una meta que cumplir, entusiasmo por lo que de verdad te apasiona, una familia que te demuestra afecto.

Ni siquiera sé cómo librar las batallas que tengo en el presente.

Ni siquiera tengo la suficiente fuerza como para decirle a Alan lo que pienso, o a toda mi familia.

Y, aun así, tampoco he encontrado el valor para salir huyendo.

Por eso es que ni siquiera puedo plantearme llegar a algo en un futuro. ¿Por dónde debería comenzar? ¿En qué momento decides que tu historia merece la pena ser contada? No sé si de aquí a unos días o a unos años sucederá algo que cambie mi vida por completo, dándole el sentido que siempre he querido, pero mientras tanto, no hay nada más allá del ahora.

—O podemos vivir varias al mismo tiempo.

Pienso en mi abuelo, en el antes y el después que marcó mi vida. En la plenitud que fue sustituida por el vacío, cuando nuestra historia llegó a su fin y comenzó una nueva para mí. Nadie te prepara para el final de un cuento perfecto, incluso aunque sepas que todo principio tiene un final.

Los nuevos comienzos deberían estar llenos de promesas esperanzadoras, de alegrías e incluso de nuevos amores; sin embargo, el mío se inició con un dolor que jamás desaparecerá marcando el paso de los días, pronunciando todo aquello que antes no dolía tanto.

Necesito soltarlo.

Hablar de él con alguien, aunque sea solo de una parte.

Y ahora, con Egan sonriéndome y el mar luchando contra la corriente que lo zarandea, necesito abrirme, explicar la que una vez fue mi historia, o la de ambos.

—Me gustaría hablarte de alguien.

—No me digas que se trata de un ex insuperable.

—Insuperable, tal vez —le dedico una sonrisa—, pero no es eso. Es sobre mi abuelo.

Su sonrisa pícara se tambalea durante unos instantes antes de adoptar una expresión de comprensión que me anima a continuar. No separo mis ojos de una estrella que ha conseguido brillar entre las nubes que opacan el cielo mientras hablo.

—¿Sabes? Él fue quien decidió mi nombre. Le encantaba la música, la escuchábamos a todas horas.

—Me hubiera caído bien, entonces.

—Estoy segura.

Respiro el frío aire de la temprana noche intentando tranquilizar mis pulsaciones. Cuando recobro el control de los latidos de mi corazón, continúo.

—Él era mi mayor pilar, la persona a la que acudía siempre que tenía algún problema. Jamás he querido a nadie tanto como a él.

Egan entrelaza nuestros dedos y aprieta su mano con la mía, reconfortándome. Hablar de mi abuelo es más duro de lo que pensaba, sabía que dolería contar lo que he callado durante años, mi corazón me grita que todavía no estoy preparada.

Sin embargo, necesito continuar, porque, por mucho que duela, algo dentro de mí me impulsa a abrirme con Egan, a mostrarle una parte de mí que se ha mantenido oculta durante mucho tiempo. No toda, no quiero dejar entrever lo hundida que me dejó su pérdida, pero sí hacerlo partícipe de los buenos momentos que viví a su lado.

Quiero que lo aprecie de la misma manera que yo lo hice.

Aunque no lo conociera.

Por muy difícil que sea.

—Siempre cantaba una canción de los Beatles que les encantaba a mi abuela y a él.

Egan me interrumpe antes de que pueda continuar.

—¿Qué canción era?

—*Hey Jude*, tal vez la conozcas.

—Me encanta esa canción.

Mis labios se dejan vencer por una sonrisa alegre y una sensación parecida al calor se expande por mi pecho.

—Sonaba en todas partes cuando estaba con él, en la radio, en los vinilos… y cuando estos fallaban, él se encargaba de cantarla. Me explicó que, cada vez que Paul McCartney decía el nombre de «Jude», él lo sustituía por el nombre de mi abuela, Jazmine. Imagínate cómo quedaba la canción, entonces.

Egan se ríe y mi corazón se funde entre su melodía.

—Cuando fui mayor, averigüé que la canción había sido escrita para el hijo de Lennon, Jules, después del divorcio de sus padres, y que no se trataba de una canción de amor como mi abuelo me había hecho creer. En realidad, nunca me dijo que se tratara de una canción romántica, pero era pequeña y lo había interpretado así. —Esta vez sí me giro hacia Egan, el cual me está mirando, atento, y le dedico una sonrisa vergonzosa—. Siempre hablaba de lo enamorado que había estado de mi abuela, por lo que para mi yo de seis años esa era la única lógica posible.

Rememoro la letra de los Beatles en boca de mi abuelo. Aguanto hasta que el escozor de mis ojos desaparece.

—Trata sobre superar las dificultades de la vida, de la esperanza. De no rendirse y de luchar por llegar a la luz del final del túnel, Egan. Cuando lo comprendí, entendí por qué mi abuelo le dedicaba esa canción a mi abuela.

No hay muestra de amor más fuerte que dar apoyo incondicional a la persona a la que amas. Encargarte de hacerle ver la luz al final de cada uno de sus problemas y, si es necesario, de hacerla brillar con la máxima intensidad hasta que sea capaz de alcanzarla por sí misma.

Yo soy una estrella huérfana.

Y Egan es la estrella fugaz que ansío ver después de una noche que parece no consumirse.

Resplandeciente, alegre, fugaz.

Un fulgor momentáneo que demuestra que la singularidad puede iluminar un cielo sumido en la oscuridad, que nos anima a no perder nuestra propia luz interior.

Sin embargo, su presencia es más breve que su ausencia, y es esa cualidad de efímero la que termina por llevarse consigo las esperanzas que una vez albergaste.

Capítulo 38

La ceguera de la felicidad

Egan

Solía ir a Formby junto con sus padres y su hermana cuando era más pequeño. Adoraba pasear por el cinturón de pinos que le parecía sacado de un cuento de fantasía, caminar por la arena blanca, sentir como cada granito de esta se escurría entre los dedos de sus pies.

Tan solo tenía buenos recuerdos de ese lugar. Momentos felices que estaba seguro de que guardaría en su memoria por mucho tiempo.

Y fue justamente por eso por lo que, intentando decidir qué hacer en su primera cita con Melody, una verdadera cita, le pareció el lugar idóneo para disfrutar de una tarde en pareja.

«Joder», susurra para sí mismo después de ver como Melody atraviesa el portal de su casa tras una tarde extremadamente corta, fugaz. Porque ha sido perfecto. No puede llegar a imaginarse cómo podría haber mejorado este día.

Enciende la radio del coche y comienza a conducir en dirección a su casa.

Le es imposible borrar la sonrisa que todavía mantienen sus labios. Tampoco es que se esfuerce en hacerlo.

No tiene motivos para ello.

Porque todo está… bien.

Todo… brilla y, en este instante, cree que nada puede opacar la luz que se va extendiendo en su pecho. Empieza a comprender que, en su interior, es absurdo intentar refrenar ese sentimiento que crece a grandes pasos, cada vez más rápidos, mucho más veloces conforme pasan los días.

Se revuelve el pelo, necesita una ducha para sacarse la arena que se ha enredado en algunos de sus mechones. El olor a sal que impregna su piel, aunque no se haya metido en la fría agua.

Vuelve a sonreír. ¿O en todo este tiempo no había dejado de hacerlo?

Le gusta esta acumulación de emociones que se arremolinan en su estómago y, aunque le encantaría demostrarle al mundo cómo se siente en este mismo instante o, ya puestos, en todos y cada uno de los momentos que pasa junto a Melody, sabe que todavía no puede hacerlo.

Quizá sea lo correcto mantenerlo oculto a la vista de los demás, disfrutar del inicio de su relación de una manera tan íntima.

O, tal vez, deberían enviarlo todo a la mierda y no pensar en la opinión nadie.

Sabe que él escogería esa opción, sin dar lugar a las dudas.

Sin embargo, es feliz, con esto le basta. Ahora mismo, no necesita nada más.

Capítulo 39

Lágrimas y decisiones

Melody

Entro en el vestíbulo después de una despedida de diez minutos en el coche de Egan entre besos, caricias y risas.

Este miércoles hemos quedado en su casa para pasar el rato, aunque me ha asegurado que en cuanto se organice con los exámenes de la universidad me avisará de la hora a la que nos podemos ver.

En este momento no me importa que me diga que tan solo quedaremos cinco minutos, ni siquiera repararía en la hora a la que tuviera que ir a casa de los Miller. Solo puedo pensar en él, en sus besos, en su sonrisa granuja y en el brillo ámbar de sus ojos.

El domingo es Navidad, lo que quiere decir que por la noche se celebrará en casa de los Miller la fiesta que Claudia lleva organizando todo este mes con esmero. Así que queremos disfrutar de algunos momentos a solas antes de vernos sumergidos en la cena familiar a la que mi familia y nuestros amigos están invitados y encontrarnos bajo la atenta mirada de todos.

No me importaría que nuestras familias nos descubrieran entrelazando nuestros dedos o compartiendo alguna que otra mirada más íntima de lo que es común en unos simples amigos, sin

embargo, la única presencia que verdaderamente me preocupa es la de Alan.

No puedo evitar pensar en que también tendré que compartir la noche con él, con la persona a la que, en lo más hondo de mi corazón, todavía no he perdonado por lo que pasó la noche en que tuve que rogarle que se fuera de mi casa.

Me da vergüenza admitirlo, pero me da miedo la reacción que pueda tener al descubrirnos. Temo no ser lo suficiente cuidadosa y dejar entrever a Alan los sentimientos que he construido hacia su mejor amigo.

Pero ahora no solo depende de mí que mis emociones se mantengan encerradas y en secreto.

Por nada del mundo desearía volver atrás en el tiempo y que Egan nunca me hubiera confesado sus sentimientos hacia mí, que yo jamás hubiera abandonado la habitación de Claudia para adentrarme en la fría noche que me envolvía mientras una llamada me destrozaba el alma en mil pedazos.

La extraña felicidad que siento pese a todo, pese al peso cada vez más grande que noto en la espalda, me hace imposible arrepentirme de nada de lo que ha sucedido en estos pocos días.

Volvería a verme arrastrada hasta la barandilla de un balcón con tal de sentir lo que estoy sintiendo justo ahora.

Tal vez esté cometiendo un error mintiendo a la persona más frágil que he conocido, pero el saber que el chico con el que he pasado toda la tarde ha esperado a que entrara en casa para marcharse me inunda de una adrenalina que, lejos de pararme los pies, me impulsa a querer experimentar más.

A curar mis propias heridas.

Egan es el clavo al que me agarro con tal de librarme de todo lo que me envuelve, incluso de mí misma, y no me voy a permitir sentir

culpa por ello. Por querer salvarme.

No todavía.

—Estás a un paso de acabar los estudios, cariño. Tienes que ser consciente de la decisión que vas a tomar.

La voz de mi madre resuena desde el salón.

—Lo sé.

Ahora es mi hermana la que habla y, sin saber muy bien por qué, decido quedarme donde me encuentro, junto al perchero del que cuelgan gruesos abrigos, esperando las siguientes palabras.

—¿Estás segura de que él no quiere tener nada que ver?

—Lo ha dejado muy claro, mamá. No quiero volver a hablar del tema, por favor.

—Ese cabronazo no debería limpiarse las manos tan fácilmente.

El tono brusco de mi padre me sorprende. Pocas veces lo he oído maldecir, solo lo había visto así cuando se trataba de algún problema relacionado con el trabajo. Todo lo que conozco sobre su vida está relacionado con su oficio. Y ahora, sin embargo…

—Daniel, tranquilízate —interviene la voz autoritaria de mi madre.

—Tienes razón, lo siento, Ana.

—Necesitaba contároslo, no podía con esto yo sola.

—Y nos alegramos de que lo hayas hecho —la voz de mi madre adquiere ahora un tono amable—, pero entenderás que somos tus padres y que no podemos evitar preocuparnos por ti.

El silencio se hace presente, denso y asfixiante al tiempo que presiento que algo no va bien, que estoy a un paso de descubrir por qué Ana se está derrumbando y por qué se empeña en mantener, ahora más que nunca, las distancias conmigo.

Un engranaje parece comenzar a girar, encajando las piezas que quedaban sueltas.

Siento las lágrimas oprimiendo mi garganta.

Las náuseas me arrollan sin previo aviso.

Ana no me habría mentido… No habría fingido todo esto…

Me acerco, tropezando, al marco de la puerta que da al salón en el que los tres se encuentran sentados cara a cara. Mi madre, estrechando las manos de mi hermana entre las suyas, mi padre con la mirada perdida en algún punto de la estancia.

—No sé qué voy a hacer con los estudios, pero, aunque antes no estaba segura, he decidido… he decidido que voy a tenerlo.

De esta manera es como averiguas el poder de las verdades reveladas de una manera totalmente inesperada. Así debe de sonar el corazón cuando se rompe en mil pedazos, cuando lo poco que quedaba estable en ti se derrumba con la fuerza de una mentira descubierta.

Me mintió.

Ana me mintió.

Y ni siquiera sé cómo se puede mentir sobre algo tan importante como esto.

A mí, a su hermana.

Ambas miramos a la par el test que confirmaba su estado, estuve a su lado cuando su vida dio un vuelco vertiginoso. Le sequé las lágrimas con las que compartimos el mismo dolor.

Permitió que creyera en sus palabras, que me sintiera culpable por no haber estado a su lado cuando más lo necesitaba. Me apartó de su lado, rompiéndome y despreciándome, cuando simplemente quería ayudarla. Sentir que, por una vez, nos teníamos la una a la otra.

Guardé su secreto, esperé paciente a que tomara una decisión. La respeté, me vi reflejada en ella, comprendí su dolor, la falta de control que experimentó y que sigue sintiendo en cuanto a su vida.

Yo, más que nadie, podría haber estado a su lado. La hubiera comprendido, ayudado. La habría querido en voz alta como llevo haciendo todo este tiempo en silencio.

Y aun así…

¿Cómo?

Mis pies avanzan hasta ellos mientras las lágrimas surcan mis mejillas.

—¿Ana?

Mi hermana se levanta de un salto de la silla en la que estaba sentada, llevándose una mano al estómago por la sorpresa. Mis padres abren los ojos ante mi inesperada presencia.

No me esperaban, nunca lo hacen.

Y, sin embargo, aquí los tengo, observándome como si no encajara nada entre ellos, como si no perteneciera al núcleo familiar que han construido paralelamente a mí.

Analizándome mientras empiezo a sentir que me voy a desmayar en cualquier momento.

—No es lo que…

—Me has mentido —la interrumpo en un susurro.

El silencio nos envuelve mientras nuestros padres nos observan, incapaces de comprender lo que está sucediendo.

—¿Por qué? Pensaba que sabías que podías confiar en mí.

—Te advertí de que no podía confiar en nadie.

Su voz se rompe cuando termina de hablar, pero algo dentro de mí acaba tocando fondo. Siento que acabo de perder el control de todo, la habitación comienza a dar vueltas a nuestro alrededor y ahora ni siquiera sé que es verdad y qué no lo es.

¿Sobre qué más me han podido mentir Ana o mis padres?

La desesperación me comienza a inundar, el aire desaparece entre mis pulmones y la garganta parece ser sustituida por una lija.

Necesito sentir el aire fresco en la cara, sujetar mi corazón para que cese de una vez por todas su martilleo constante, que me taladra la cabeza.

Pero las palabras, sin saber muy bien cómo, acaban saliendo de mi boca antes de que me dé tiempo a huir hacia la seguridad del exterior de la casa.

—¡Se supone que era un secreto que yo ya conocía, Ana! No tenías por qué ocultarme nada y, aun así, preferiste mentirme y apartarme de tu lado. Joder, Ana, me mentiste a la cara mientras veías que me estaba derrumbando pensando que no había estado a tu lado en el hospital. ¡Me hiciste creer que habías abortado!

Las lágrimas mueren en el suelo tras caer de sus verdes iris ensombrecidos.

—No te mentí en cuanto a lo del hospital, ni sobre lo que había pasado esa tarde.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí?

La voz de mi madre rompe la tensión que poco a poco estaba creciendo entre ambas. No obstante, su grito no me tranquiliza, sino que me oprime todavía más por dentro.

—No voy a ser yo quién lo explique, Ana.

Sin embargo, mi hermana se queda callada, alternando su mirada entre yo y mi madre.

—¿Y bien? —vuelve a insistir.

—Melody ya estaba al tanto de mi embarazo.

Espero a que continúe, pero, de nuevo, vuelve a quedarse muda.

Mi madre me escudriña con una mirada acusadora, haciéndome retroceder unos pasos. Siento que todo esto se va a poner muy feo para mí.

—Al principio —me obligo a decir en vista de que mi hermana no piensa contarlo todo—, o al menos hasta que Ana decidió que era

buena idea decirme que había abortado.

Mis palabras salen opacadas, como si hubieran perdido la fuerza con la que intentaba transmitir mi decepción.

—Cariño, ¿por qué hiciste eso?

Un escalofrío me recorre la punta de los dedos clamándome que las clave en mi piel cuando oigo la voz amable de mi madre hacia Ana.

—Nunca he contado con ella, supongo que me arrepentí de haberle confiado algo tan importante para mí como esto. Tenía miedo de que os lo dijera.

Ahogo un sollozo que amenaza con doblegarme a los pies de mis padres.

Me siento morir lentamente.

Es extraña esta sensación, pero, entre lágrimas y escalofríos, lo único que puedo sentir es un vacío que se va adueñando de mí, consumiéndome por dentro.

Un precipicio sin final y oscuro se forma en mi pecho. Me arrastra hacia él.

Siempre ha podido contar conmigo, siempre estuve ahí, pero no brillaba lo suficiente como para hacerme ver, para que mi presencia fuera lo suficientemente significativa como para prestarme algo de atención.

Cada vez que intentaba acercarme, ella retrocedía dos pasos, distanciándose cada vez más.

Nunca he brillado bastante y ahora me parece ridículo querer recobrar toda la luz que alguna vez abandoné por el camino, tal vez sea mucho más fácil dejarme caer en las profundidades del precipicio y esperar a que la penumbra me envuelva.

—Eso no es cierto…

—Melody —mi madre me agujerea con la mirada—, no puedes reclamar confianza si no te dignas a involucrarte en la vida de tu hermana, o en la de cualquiera de tu familia. Ya te advertí que deberías comenzar a comportarte como tal.

—Pero…

Las palabras acaban estancadas en mi garganta.

—Pero nada, ahora no pretendas acusar a nadie por no confiar en ti.

Miro a mi padre en busca de apoyo, el que sea, aunque sea solo una mirada de complicidad, pero en cuanto mis ojos chocan con los suyos gira bruscamente la cabeza, encogiendo los hombros y dejándolos tensos en esa posición.

Me marchito un poco más.

Esto no puede estar pasando de verdad.

Me ahogo con mis propias lágrimas y toso como respuesta.

Necesito salir de ahí, ahora mismo no me importa haber sido engañada por una de las personas a las que más quiero, ni siquiera me importa que mi madre me esté culpando del engaño de Ana, haciendo recaer sobre mí el peso de la incapacidad de esta familia para cumplir con su labor.

De ser normal.

Mi única preocupación es huir, perder de vista a todo el mundo, arrancarme la piel a arañazos en la comodidad de la soledad.

Es por eso por lo que cedo.

—Tenéis razón, no merezco la confianza de ninguno de vosotros.

No levanto la vista del suelo, simplemente me limito a contener la respiración y girar sobre mis pasos, avanzando hacia las escaleras que me van a conducir a la promesa de una liberación que mi cuerpo pide a gritos.

Mis padres no me lo reprochan. Es mi hermana la que detiene mis pasos cuando decide hablar una última vez.

Siento el veneno de sus palabras clavándose en mi espalda.

—Deberías dejar de culpar a los demás por mentir o engañar cuando tú eres la primera en ocultar cosas a tu familia.

Me paro en seco, temiendo lo siguiente que pueda decir.

—¿Cuándo piensas decirles a papá y mamá que anoche colaste a un chico en casa?

No, no, no, no, no.

—Eso no es…

Pero no llego a pronunciar las siguientes palabras. No puedo permitirme mentir estando en la situación en la que me encuentro, no después de estar siendo juzgada justamente por eso.

—¿Es eso cierto Melody?

Mi padre baja los hombros, derrotado.

—Yo… no es lo que parece, de verdad.

—¡Hasta aquí hemos llegado! —Mi madre da una palmada en el aire mientras la ira se arremolina en sus ojos—. Vives la vida como si estuvieras en una de esas estúpidas historias que siempre estás leyendo, sin prestarle atención a los demás, siendo una egoísta.

El recuerdo de Alan diciéndome algo parecido me cala.

—Te hemos dado la libertad de escoger no estudiar, de poder trabajar sin ningún esfuerzo… ¿Y así es cómo nos lo agradeces? ¿Colando a chicos a hurtadillas en casa? Eso es propio de personas que no quiero en esta casa, Melody.

Miro a Ana, exhausta, rogándole sin palabras que me ayude, que retire lo que ha dicho solo con la intención de herirme.

¿Por qué?

¿Qué he hecho para merecer esto?

Yo solo quería… encajar. Con mi familia, con mis nuevos amigos, con Egan.

Y el mundo se niega a que levante cabeza, siempre pondrá a alguien en mi camino que me recuerde que no estoy hecha para merecer un final feliz.

Me lo creo.

Todo lo que me está pasando ha sucedido por priorizarme a mí misma, por pensar que, por un momento, podía llegar a ser la protagonista de mi propia historia.

Supongo que siempre he sido ese personaje secundario que meramente es utilizado como soporte en una historia mucho más interesante y apasionante. Uno que se desdibuja al estar a la sombra de las verdaderas figuras principales.

Irremediablemente destinado a no tener una continuación de su historia, relegado a un segundo plano.

Ana me dirige una mirada gélida, pero guarda silencio.

—Mamá, yo solo… De verdad…

Me siento impotente, me han robado el habla, la capacidad de expresar lo que verdaderamente quiero decir y ni siquiera me he dado cuenta del momento en el que ha sucedido esto.

—A eso me refiero —su voz me abofetea como una vaina envenenada y oxidada—, siempre eres tú. Y parece que darte tanta libertad solo ha hecho que empeorarte. Mírate —levanta una mano en mi dirección, señalándome—, ¿de dónde vienes?

—De la playa.

Mi voz sale en un susurro casi imperceptible.

Agacho la mirada por miedo a que puedan ver en mis ojos lo que escondo, que averigüen que he pasado la tarde con Egan, un chico que para nada es el mismo que ayer se coló en mi dormitorio y que tal vez Ana conozca con exactitud.

—En la playa… —Su risa sarcástica me eriza el vello corporal—. Esto se ha acabado, definitivamente. Se acabó el que vivas tu vida despreocupada y juegues con nuestra confianza mientras los demás nos partimos el lomo para mantener a esta familia.

—Trabajo en la librería, mamá. Los domingos son el único día libre que tengo.

Respiro profundo. Es siempre el mismo reproche.

Tal vez tenga razón.

Pero no sé qué debo hacer para demostrar que a mí también me importa mi familia.

Y nada es suficiente…

Nunca lo he sido.

—Trabajabas.

Nuevamente, el sonido de un vidrio rompiéndose en pedazos me rasga el alma. Bajo la cabeza para comprobar que es mi corazón el que se marchita en el suelo.

—¿Qué?

—Te has convertido en una irresponsable que no sabe valorar el esfuerzo del duro trabajo. Y esta es la última vez que actúas pensando que tienes la libertad de hacer lo que te plazca. —La tensión se podría cortar con un cuchillo mientras guarda silencio—. Mañana mismo vas a dejar tu trabajo en la librería.

Por favor, que esto sea una pesadilla.

Que esto no esté ocurriendo de verdad.

Esto no puede estar pasando, no me pueden arrebatar mi único lugar seguro.

—Mamá, papá, por favor…

—No es una sugerencia, es una orden. Vas a comenzar a obedecer a partir de ya. ¿Quieres trabajar? No vas a estar en casa

de brazos cruzados. Espabílate, busca un trabajo en el que te quieran por tu propia valía.

—No podéis obligarme a hacer esto…

—Sí que podemos, Melody.

Mi padre irrumpe en la conversación y me dirige una mirada neutra, lejos de la de comprensión que llegué a atisbar ayer por la tarde mientras hablábamos de mi abuelo.

—O mañana le dices a Tamara que dejas Sopa de Letras o seré yo misma la que le llame a primera hora para decirle que no te reciba ningún día más.

Guardo silencio unos segundos, concienciándome de lo que voy a decir. Parece que últimamente mis respuestas y mis palabras ya están determinadas antes siquiera de poder pensar en qué voy a contestar.

Siento que he perdido incluso las riendas de mis pensamientos y de mis decisiones.

Debo limitarme a asentir y agachar la cabeza, a contentar a las personas que tengo delante, a hacerles oír lo que verdaderamente desean, porque si no, ¿qué será de mí?

Me he perdido y no recordé dejar migas de pan por el camino para volver a encontrarme.

Estoy sola en un mundo de sombras que opacan mi luz.

Me he perdido y estoy cansada de buscarme.

—Vale.

…

Cuando me encierro en el baño después de escribir a Tamara diciéndole que me gustaría hablar con ella mañana, dejo escapar

todo lo que estaba conteniendo tras negarme a cenar con mis padres para poder subir de una vez por todas a mi dormitorio.

Sin embargo, el instinto me ha arrastrado hasta quedar frente al inodoro, temblando y con un sudor frío que recorre cada poro de mi piel.

Ya no me quedan fuerzas para derramar las lágrimas que sé que todavía se acumulan en lo más profundo de mí.

Me siento exhausta y desinflada, sin un rumbo fijo.

De hecho, de lo único de lo que parezco estar segura en estos instantes es de la necesidad de expulsar todo lo que guardo en el estómago, de abrirme la piel hasta que el dolor nuble el resto de mis emociones.

Me arrodillo, esta vez sin temor a lo que va a pasar a continuación, pues lo deseo más que nada en el mundo en este momento. El sentimiento de liberación, de desconectar mi mente.

Introduzco los dedos que ya conocen el camino en mi garganta y, maquinalmente, la rasgan sin necesidad de darles ninguna orden.

Todo resto de frutas y de galletas que he comido esta tarde junto a Egan desaparecen de mi cuerpo una vez detrás de otra. Soy incapaz de detenerme, pues, por mucho que me asustan la satisfacción y el consuelo que siento haciendo esto, no puedo controlar mis instintos.

Necesito menguar el ansia que trepa por mis entrañas.

Y esta es la única solución que conozco.

También me acaban abandonando todos los besos y caricias que hemos compartido bajo las titilantes llamas de las velas. La esperanza que hace unas horas experimentaba, desaparece también.

…

Esta mañana he sido incapaz de mantener el desayuno en mi organismo durante más de diez minutos antes de salir en dirección a Sopa de Letras. Los nervios me han estado carcomiendo durante toda la noche y apenas he podido pegar ojo pensando en qué voy a hacer a partir de ahora, en cómo me las voy a arreglar para conseguir un nuevo trabajo o, peor, de dónde sacaré las fuerzas para hacerlo.

Además, tampoco deja de rondarme la cabeza el hecho de que Alan vaya a estar junto a la puerta esperándome, como hace habitualmente. Ayer, mientras hacíamos nuestra recurrente llamada nocturna después de mucha insistencia por su parte, acepté hablar durante unos minutos que se acabaron convirtiendo en casi dos horas.

Apenas hablé, me limité a escuchar su discurso sobre el comportamiento insoportable de su padrastro y sobre cómo había pasado todo el domingo enganchado a una serie de televisión de la cual no recuerdo el nombre.

Sentí que le respondía o incluso me reía ante algunos de sus comentarios por impulso, aunque por dentro no sentía nada. Tampoco se lo quise hacer saber, al fin y al cabo, él iba a estar allí por la mañana, presente cuando tuviera que hablar con Tamara sobre lo ocurrido.

Preferí retrasar lo inevitable.

Ni siquiera me esmeré en analizar sus palabras para intentar averiguar si estaba volviéndome a mentir sobre su rutina o la relación con su padrastro.

En ese momento creía que no me importaba nada, que el vórtice que se había construido en mi interior había absorbido cada una de mis emociones y de mis pensamientos.

Esta mañana he descubierto que no es así, que las oleadas de pánico llegan de manera incontrolable e intermitente y me ha hecho falta vomitar la única tostada que había ingerido para volver a recuperar ese estado de aparente calma.

Finalmente, acabo llegando con las piernas agarrotadas a la puerta por la que tantas mañanas he entrado para comenzar una nueva jornada repleta de libros y clientes. Alan me está esperando justo enfrente, con las manos resguardadas en los bolsillos delanteros de sus tejanos.

Siento un nudo en el estómago al postrarme delante de él. Debo contárselo, no solo porque no debo ocultarle nada, sino porque es inevitable que se acabe enterando. Sin embargo, bajo esos ojos oscuros, parecidos al negro, me es imposible decir una palabra sin sentir que los míos comienzan a escocerme.

—Dependienta.

Se acerca a mí y me da un beso en la mejilla, demasiado cerca de la comisura del labio.

Me tenso inmediatamente y percibo que él se da cuenta.

—¿Pasa algo?

Ahora es mi oportunidad, la de explicarle todo lo que no le conté anoche por llamada. Sé que por complicada que sea nuestra relación, él va a poder comprenderme, solo tengo que controlar mis emociones.

Sin embargo, en cuanto hago el intento de separar los labios, una primera lágrima brota de mis ojos, y después la sigue un séquito incansable.

Sus brazos me rodean y me da un beso en la coronilla mientras acaricia las palmas de sus manos por mi espalda en movimientos regulares y lentos.

Sabía que necesitaba llorar, pero había sido incapaz hasta ahora. Simplemente me he roto, me he desbordado y mi cuerpo ha sido incapaz de contenerse.

—Se ha acabado, Alan.

A causa de mis sollozos, amortiguados por la tela de su jersey, pienso que no ha podido entenderme. Hasta que oigo su voz sobre mi pelo.

—¿El qué?

La tensión en su voz solo consigue derribarme un poco más. Odio esta sensación, pero siento que solo con él puedo romperme sin necesidad de querer recomponerme por miedo a que alguien descubra mis flaquezas.

Y no debería sentirme así, no después de que estuviera a punto de forzarme a besarlo aquella noche, o después de sus duras palabras o mentiras. Pero es cierto.

Me he convertido en una adicta a su presencia, porque por mucho que la mayor parte del tiempo me incomode, es la única persona con la que me puedo permitir perder los estribos. Ni siquiera tengo que darme permiso para hacerlo, mi cuerpo reacciona solo ante él.

Mientras Egan representa para mí un refugio en el que me siento lejos de cualquier dolor y los problemas desaparecen, Alan se ha convertido en el detonante de la tristeza que llevo acumulada desde hace mucho tiempo.

—Mis padres me han prohibido seguir trabajando en la librería.

Noto sobre mi sien como sus labios se curvan en una sonrisa.

—Pensaba que te estabas refiriendo a lo nuestro.

—No… —Ni siquiera hay un nosotros.

Me desinflo por completo al darme cuenta de que mi preocupación no le ha afectado en lo más mínimo, de que todo lo

que le preocupa gira en torno a la relación que se empeña en forjar entre nosotros.

Y yo, aunque forme parte de esa supuesta relación, quedo relegada a un rincón.

—Bueno, ¿y por qué lo han hecho?

Su tono de voz tranquilo me exaspera, necesitaba sentir que él también podía experimentar la tristeza que le estaba transmitiendo, al igual que yo sufro con él cada vez que está a punto de derrumbarse.

Me niego a arrastrar a alguien hacia el dolor que siento, ayer acabé de asegurarme de ello cuando me di cuenta de que era incapaz de hacerlo con Egan.

Pero no he podido resistirme a hacer partícipe a Alan de mis sentimientos y de mi tristeza, al igual que él hace conmigo, porque pensaba que él sí podría comprenderme.

Y mi corazón se parte en dos cuando percibo que no es así, que por mucho que yo viva su dolor en mis propias carnes porque cada ápice de mi alma se preocupa por el bienestar de la suya, él no va a ser capaz de corresponderme de la misma manera.

Siento que me he quedado sola con mis aflicciones, en una batalla de la que se sabe con exactitud quién va a ganar.

No pasa nada.

Alan no está obligado a comprender cada uno de mis actos.

—Discutí con ellos anoche. Dijeron que soy una egoísta que solo piensa en sí misma y mi madre me amenazó con que o dejaba yo el trabajo o ella misma se encargaría de hacerlo.

—Vaya… Mira el lado bueno, ahora tendrás mucho más tiempo libre.

Abro los ojos como platos y me separo de sus brazos.

—Puede que no fuera el trabajo de mis sueños, pero era un lugar en el que podía ser yo misma… Disfrutaba de ello y ha durado demasiado poco.

—Lo sé, lo sé —dice gesticulando en el aire, quitándole hierro al asunto—, pero piénsalo, ahora podremos pasar mucho más tiempo juntos…

—Alan.

Me seco las lágrimas con el borde de mi sudadera y lo miro exasperada.

—¿He dicho algo malo?

—Creo que no entiendes lo difícil que resulta esto para mí.

—Y yo creo que tú te estás empeñando en ignorar el lado bueno del asunto.

Resignada y con los ojos en brasas a causa de las lágrimas, me rindo.

—Está bien, está conversación no nos llevará a ninguna parte.

—Mira, creo que…

Tamara aparece azorada con varias bolsas y carpetas sobre los brazos. Algunos pelos despeinados se escapan del moño engominado que resalta el color castaño de sus ojos.

Me giro hacia ella, alisándome la melena y con los nervios a flor de piel.

No me pasa desadvertido cómo mira a Alan con una ceja alzada, incapaz de adivinar quién es. Tampoco es que nunca me haya visto con alguien de mi edad.

—¡Melody! ¿Cómo estás? Solo tengo algunos minutos, lo justo para hablar contigo, dejar estas cosas dentro y marcharme a la oficina. ¿Pasa algo? Ayer me preocupaste.

Me quedo aturdida ante la información, sin saber muy bien por dónde comenzar. No había pensado en qué decirle, estaba

demasiado agobiada como para imaginarme cómo iba a afrontar la situación.

Debo tardar mucho en contestar, pues le da el tiempo suficiente de reparar en mis ojos, los cuales debo tener enrojecidos e hinchados por el llanto de hace apenas unos pocos minutos.

Un destello de preocupación cubre sus pupilas antes de adoptar una expresión seria.

—Yo… quería hablar contigo sobre la librería.

—Si es porque necesitas ayuda, ya lo hemos hablado, de momento no me lo puedo permitir, además…

—No es eso.

La corto, deseando acabar con esto de una vez por todas. Me siento fatal por ella, también por mí. Esto no debería estar sucediendo.

Si Ana no nos hubiera descubierto…

Si Alan no hubiera aparecido bajo mi ventana…

Preferiría haber pasado la noche en vela preocupada por Alan y su bienestar que hacer frente a esta situación.

—No puedo seguir trabajando en Sopa de etras, Tamara.

—¿Qué?

El desconcierto le cubre la mirada.

—Lo siento, pero no está en mis manos.

Durante unos segundos guarda silencio y, después, una expresión de comprensión adorna su rostro. Por un momento pienso en que puede entender por qué he tomado esta decisión, que ha sido capaz de leer mis pensamientos.

—Comprendo. No voy a atosigarte a preguntas, además, entiendo que tu madre debe de estar al tanto.

—Sí.

Ojalá supiera que mi madre es el motivo por el que no puedo seguir trabajando para ella.

—Quería darte las gracias por esta oportunidad… Trabajar entre libros ha sido precioso.

Contengo las lágrimas que amenazan con volver a desbordarse.

—Has sido de mucha ayuda, de hecho, necesitaría un último favor.

—Claro.

—Necesito que hoy te encargues tú de la jornada, no tengo a nadie para sustituirte. Será el último día.

—No te preocupes.

—Está bien.

Tamara abre la puerta y se introduce deprisa hacia la trastienda para dejar los trastos que lleva encima.

Yo me dirijo al mostrador seguida de Alan y enciendo los interruptores.

—Te deseo lo mejor, Melody —me dice cuando vuelve y se encamina hacia la puerta.

—Gracias, Tamara.

Agarra el pomo y, antes de irse, se gira nuevamente hacia mí.

—Por cierto, siempre tendrás las puertas de esta librería abiertas, no lo olvides. Un libro es capaz de iluminar incluso los días más oscuros.

Tamara desaparece entre las calles bulliciosas y, de nuevo, siento como mi corazón se agrieta con cada paso que da, alejándose de mi campo de visión.

—¿Lo ves? —Alan interrumpe mis pensamientos—. No ha sido para tanto.

Cuando oigo el sonido de algo chocando contra el suelo, me pregunto cuántas veces puede romperse un corazón antes de acabar

lleno de fisuras e irreparable.

Ana

A veces me siento perdida en un bosque denso y sin color, carente de vida, de sonido. Y tengo miedo, porque me siento sola, rodeada de ramas sobresalientes que se retuercen en formas espeluznantes bajo las sombras de las copas de los árboles.

Es en esos momentos cuando más te necesito, Ana. Me hubiera gustado verte aparecer entre la oscuridad y apretarte la mano para saber que todo iba a estar bien, que mi miedo era algo irracional, pues no estaba sola.

Pero me he cansado de sentirme así, de sentirme abandonada por las personas a las que más quiero.

No quiero ser dura contigo, solo busco ser sincera. Quiero que me conozcas, que descubras quién es verdaderamente tu hermana pequeña. Una persona cobarde que siempre te ha envidiado, que siempre ha deseado el amor que nuestros padres te demostraban.

Pero también he sido tu hermana, esa que te regalaba dibujos, que llamaba a tu puerta por las noches cuando, por el miedo, no podía dormir, la que se rompió en mil pedazos cuando supo que te estabas derrumbando y no pudo hacer nada.

Siento no haber estado más por ti y siento que tú tampoco lo hayas estado por mí. Todo ha sido por mí culpa, tendría que haberte explicado cómo me sentía, ambas deberíamos haberlo hecho, para eso están las hermanas.

Sin embargo, no supimos cuidarnos.

Desearía volver a cuando éramos unas niñas para no separarme de ti y así aprender a quererte como te mereces.

Espero que algún día encuentres la manera de perdonarme.

Te quiere, tu hermana pequeña.

Capítulo 40

Alza tu voz, violeta, poderosa, brillante

Es extraño ser consciente de que estás haciendo algo por última vez. Normalmente, no nos damos cuenta de que jamás volveremos a ver o a hacer algo, simplemente sucede.

Cuando eres consciente de ello, no puedes evitar querer desprenderte de la sensación de pérdida. Aprovechas cada segundo al máximo, pero al mismo tiempo desearías que acabara cuanto antes.

Ahora, cuando le tiendo un libro envuelto en papel de regalo rosado a una clienta, no desearía nada más que recoger todas mis cosas, echar un último vistazo a los puntos de libro que cuelgan del techo y dejar atrás la librería para siempre.

Sin embargo, todavía me quedan unas dos horas y media de trabajo y el hecho de que Alan haya aprovechado cada segundo en el que no tenía nada importante que hacer para recordarme las muchas ganas que tiene de poder pasar más tiempo juntos ha alimentado mi ansia por desaparecer de ahí y resguardarme entre las cuatro paredes de mi dormitorio.

Es difícil comprender como algo que lleva formando parte de tu vida durante tan poco tiempo, apenas unos meses, puede pasar a ser un aspecto fundamental para el engranaje que nos hace funcionar día sí y día también.

He guardado parte de esta librería en lo más profundo de mi ser, de hecho, Sopa de Letras se ha adueñado de una parte de mí, pues sé que, en el momento en el que cierre por última vez su puerta, un pedazo de mi alma quedará atrapada entre montañas de libros.

Así funciona mi vida últimamente, me voy desprendiendo de todo lo que me conforma a pasos agigantados. Me estoy rompiendo, despedazando, y el mundo ni siquiera se digna a brindarme la oportunidad de recoger algunos de los retazos que quedan esparcidos por el suelo.

Me siento vacía.

Y tremendamente sola.

No sé en qué momento, a pesar de estar rodeada de gente, he comenzado a sentirme así.

Intento pensar en Egan, en nosotros mañana, en su gran casa del color del sol y, aun así, soy incapaz de sacarme ese sentimiento de encima.

—Melody.

La voz de Alan me arrastra de nuevo a la realidad.

—Perdona, ¿qué decías?

—Que si tenías pensado hacer algo.

—Ahora mismo, vender libros.

Levanto uno de los que tengo en la mano, mostrándoselo, antes de pasarlo por el lector de código de barras.

—Mañana. Tal vez podríamos hacer algo, pasar el día juntos.

Su voz adquiere un tono comedido a la espera de mi respuesta.

Pienso en que lo que menos me apetece en el mundo es buscar una excusa para librarme de los planes que seguro ya está maquinando en su cabeza, sin embargo le prometí que lucharía por construir una relación sana entre ambos, y mediante engaños no voy a conseguir nada por su bienestar.

No debo olvidarme de la promesa que le hice, por muy claro que me haya quedado que va a ser muy difícil de cumplir.

—Había pensado repartir algunos currículums por la mañana, vente conmigo. Aunque por la tarde tengo que ayudar en casa.

Pienso que una mentira a medias no nos hará daño a ninguno. Todavía no sé cuándo podré ver a Egan y no estaría de más demostrarles a mis padres que colaboro en casa, por lo que parte de lo que digo es verdad.

—Claro —suelta, evasivo y profiriendo un largo suspiro.

—¿Pasa algo?

Le tiendo en una bolsa de papel un par de libros al cliente que tengo enfrente y que pone la oreja en nuestra conversación.

Trago saliva, nerviosa, y esquivo su mirada cuando murmura un gracias entre dientes y se marcha.

—Se supone que ahora vas a ser libre, sin presiones ni horarios que te limiten el día. Creía que lo aprovecharías para pasar más tiempo juntos y, no obstante, mañana ya tienes cosas que hacer.

—Esto —me interrumpo para darle un punto de libro de regalo al último cliente que estaba en la cola detrás del mostrador— no son unas vacaciones, más bien un ultimátum que me han dado mis padres para que encuentre otro trabajo.

—Lo sé… pero tampoco te corre tanta prisa.

—Créeme —me llevo una mano a la frente para apartarme algunos mechones de pelo—, si me corre prisa. Si no encuentro nada cuanto antes, les estaré dando la razón.

—¿Y qué tendría de malo? Es tu vida, dependienta, no dejes que la controlen.

El aire comienza a tornarse denso y difícil de digerir.

—Ahora mismo lo que más necesito en mi vida es algo que me mantenga lejos de casa el mayor tiempo posible. Me he quedado sin

fuerzas para aguantar sus reproches, esperaba que tú lo entendieras.

—Y lo entiendo, pero también veo que estás haciendo una montaña de un granito de arena.

—No creo que sea así.

Dejo caer mis brazos a los costados, derrotada. No lo va a comprender.

—Ya lo creo. Piénsalo, mi caso sí que es complicado: vivo en una casa de mierda atestada de críos y con un padre que hace cualquier cosa con tal de amargarme la vida. Tú, en cambio, duermes cada día bajo un techo que debe ser veinte veces más grande que el mío y la única preocupación que tienes es que te has quedado sin trabajo y tienes miedo de que tus padres se enfaden contigo por ello.

—Alan…

—Y aun así, intento seguir adelante.

Recibo sus palabras como una bofetada inesperada y cruel. Las absorbo con detenimiento, tiene razón. Él está luchando por seguir adelante pese a todo y yo me estoy rindiendo a pasos agigantados cada vez que una piedra se cruza en mi camino.

Lo admiro y envidio al mismo tiempo, porque la senda en la que se ha convertido mi vida está repleta de baches insuperables que no sé cómo esquivar ni, mucho menos, hacer frente.

Tal vez me esté preocupando demasiado por algo que no merece tanto la pena.

Sí.

Su situación es peor que la mía. Yo no pude elegir la familia con la que he crecido, siempre he tenido que aceptar la naturaleza de mis padres y de mi hermana, hacerla parte de mí. Sin embargo, a Alan le han impuesto una forma de vida totalmente opuesta a la que tenía cuando apenas era un niño.

Se encuentra lejos de su antiguo hogar, con un padrastro que no lo acepta como hijo y condenado a ver cómo, aun así, su madre ha rehecho su vida, extendiendo raíces.

No contesto, le doy la razón a través del silencio. Me siento avergonzada por haber montado un escándalo al haber perdido el trabajo en Sopa de Letras delante de una persona que cada día lucha por no perder la fe en sí mismo.

Frente a alguien que me ha confesado sus preocupaciones y males.

Pequeñeces frente a verdaderos problemas, eso son mis quejas.

—No vas a dar el brazo a torcer, ¿verdad?

Claro que sí, ya lo he hecho. Solo que no puedo decirlo en voz alta sin sentir como una enorme bola me obstruye la garganta.

Me esfuerzo en buscar las palabras en mi interior para ser capaz, así, de admitir que mis problemas son patéticos en comparación con los suyos.

El pecho me arde y los pulmones claman por un choque de aire frío.

Entierro esa sensación en lo más profundo de mi ser y me concentro en hurgar todavía más dentro de mí.

Debo tardar demasiado en dar una respuesta, de nuevo, pues las facciones de Alan se han endurecido y en su mandíbula se transparenta una ligera vena inflamada.

—No me ignores, dependienta, ¿no te han enseñado nunca que eso es de mala educación?

—No lo he hecho, simplemente yo…

—¡No! —Retrocedo dos pasos detrás del mostrador ante su grito, sintiendo como el pálpito de mi sangre se acelera—. Por favor —utiliza un tono sarcástico—, deja de excusarte, es patético.

Lo sé, parece que todo lo que tiene que ver conmigo resulta serlo, incluso yo misma.

Pero su grito, el escalofrío que me ha recorrido la columna y sus ojos acuciantes observando mi cuerpo encienden las alertas que hay en algún rincón de mi subconsciente.

—No me grites en la librería, estoy trabajando, Alan.

No quiero que me grite nunca. Jamás.

—No hay nadie, Melody, estamos tú y yo solos.

De repente esa certeza se vuelve densa y pesada, hostil. Alan es libre de gritarme y de intimidarme sin que nadie sea testigo de ello, pues sé con total seguridad que seré incapaz de defenderme, de establecer una barrera entre los dos.

Hay algo en él que me paraliza, que me hace perder el dominio sobre mí misma. Ni siquiera sé cómo el otro día fui capaz de zafarme de su agarre mientras intentaba estampar sus labios sobre los míos.

Recé porque sucediera y las fuerzas acudieron a mí.

Pero hoy no las encuentro por ninguna parte, ni siquiera enterradas en algún recoveco oscuro de mi cuerpo.

Supongo que también las he perdido por el camino, en algún momento se debieron desprender de mí y ni siquiera me di cuenta de ello.

Soy patética, Alan tiene razón.

—Ya que tu trabajo es tan importante para ti y lo mío simplemente son tonterías —dice mientras se aleja y comienza a repasar con la mirada una alta estantería repleta de libros que queda a su izquierda—, deberías esforzarte más en tu último día.

—No hagas esto, no quiero discutir. Otra vez.

—No es mi culpa y, de hecho, hasta el momento nunca lo ha sido cuando se trata de nosotros.

Callo. Un poder invisible me sujeta de la garganta y aprieta con fuerza, susurrándome al oído que no diga nada.

—¿No quieres hablar conmigo, Melody? Bien, lo haré yo.

Sus dedos se detienen sobre un grueso lomo ceniza y resigue los bordes que lo surcan.

—Si discutimos es porque a veces sacas lo peor de mí. Te quiero tanto que no sé cómo controlar mis instintos cuando estoy a tu lado. Supongo que eso afecta a la peor parte de nosotros mismos, ¿no?

Lucho contra el escozor de mis ojos mientras me pregunto si alguna vez he conocido el verdadero significado de la palabra «querer». Somos tan distintos y tan opuestos que me planteo si su concepción del mundo y nuestros sentimientos es la correcta y la mía simplemente es una deducción errónea.

El amor conlleva felicidad, además de dolor y sufrimiento. Nunca me había planteado que también te impulsara a dañar a las personas, que fuera el motivo de ese sufrimiento hecho a conciencia.

Tal vez yo esté haciendo justamente eso, pero sin percatarme de ello.

Y Alan también.

Tal vez haya estado siempre equivocada y nunca haya aprendido a querer.

—Parece que siempre te resistes a querer ayudarme, que no es hasta que me ves suplicarte que te dignas a mirarme de verdad.

—He querido ayudarte todo este tiempo.

Las manos que antes me sujetaban la garganta me liberan para que el sonido de mi voz suene resquebrajado en el pequeño espacio que nos separa y, después, vuelven a clavarme sus garras.

—Te creo, tan solo te falta un poco más de empeño.

Finalmente, acaba extrayendo el grueso tomo de su sitio y se lo pasa de una mano a otra mientras se acerca al borde del mostrador tras el cual me encuentro.

Estoy tan concentrada en sus ojos lacerantes que, solo cuando oigo el brusco sonido de algo chocando contra el suelo, el corazón me da un respingo y mi mirada viaja hasta sus pies, donde ahora yace el libro que antes sujetaba.

—Ups.

Lucho contra la fuerza invisible que me oprime y, al final, consigo alzar mi voz.

—Recoge el libro, Alan.

Es un tono tembloroso, lejos de la seguridad con la que me imaginaba que iban a salir disparadas mis palabras después de haber recuperado el control de mis cuerdas vocales.

—Ha sido sin querer. —Se cruza de brazos y clava sus pupilas en mi rostro.

—Te creo, pero no puedes dejarlo tirado en el suelo.

—Por supuesto, pero para eso estáis tú y tu estupendo trabajo.

Su ironía me rasga la piel, afilada como cientos de cuchillas hundiéndose en mis extremidades.

No pretenderá…

—Podrías satisfacer a un cliente por última vez antes de dejar Sopa de Letras, al fin y al cabo, todavía sigues siendo una dependienta.

—No pienso…

—Ven.

Su voz, rígida y glacial parece tirar de los hilos que irremediablemente me atan a él, haciendo que, en contra de todo lo que deseo ahora mismo, mis pies acaben rodeando el mostrador y yo termine postrada frente a su cuerpo erguido y musculoso.

Cierro los ojos con todas mis fuerzas esperando lo siguiente. Un golpe, un empujón, cualquier cosa que acabe por romper mi cuerpo en pedazos. Ni siquiera soy consciente de que estoy valorando la posibilidad de que Alan arremeta contra mí.

Pero mi madre lo ha hecho centenares de veces cada vez que la decepciono.

Y para Alan solo he sido una decepción más desde que acudió a mí.

Me lo merezco. Pero no estoy preparada.

Aguanto la respiración y espero impaciente el siguiente movimiento.

—Agáchate y recógelo.

Sabía que las palabras son más dolorosas que cualquier forma de golpe en muchas ocasiones. Pero ahora, con las rodillas temblando, incapaz de obedecer su orden, preferiría un moratón grabado en mi piel que durase unos días hasta que desapareciera por completo a verme sometida a esta humillación.

Prácticamente me está pidiendo que me arrodille ante él y, lo único que roza el suelo antes que mis piernas, que comienzan a doblarse sobre el tomo que separa las puntas de nuestros zapatos, es una lágrima que no he podido contener.

Siento el peso de sus palabras hundiéndose en mis hombros, empujándome hasta el suelo y manejando mis manos para que recojan el libro con dedos temblorosos.

—No sabes lo excitante que te ves arrodillada entre mis piernas, dependienta.

Me levanto tan rápido que por un momento solo veo el color negro nublando los laterales de mi visión, pero no dejo que eso me desestabilice y, con el poco orgullo que me queda, le estampo con

fuerza el grueso libro en el pecho, haciéndolo retroceder unos pasos, trastabillando.

Puede que haya conseguido que me postre de rodillas frente a él con la excusa de que debo recoger el dichoso libro, que él mismo ha dejado caer con pésimas intenciones, pero no voy a permitir que convierta esta situación en algo jocoso y sexual con lo que pueda fantasear.

Todavía no he caído tan bajo.

Aún.

Sin embargo, mi cuerpo parece no tenerlas todas conmigo, pues mis manos comienzan a temblar de una forma frenética, gemelas a las de Ana cuando está al borde del colapso. Y el simple hecho de verme perdiendo el control de esta manera solo consigue que mis mejillas se humedezcan hasta tal punto que cada lágrima que me acaricia se convierte en una lija afilada.

—Esto sí que no me lo esperaba de ti. ¿Acabas de golpearme con un libro?

¿Lo he hecho? Técnicamente sí. Y me arrepiento en el instante en que sus ojos me abrasan y terminan por calcinarme.

—¿En serio? —Se acerca a mí, haciendo chocar nuestros pechos —. Como si no fuera suficiente el daño que me hago a mí mismo, ¿decides hacérmelo tú?

Un sollozo se escapa de mis labios antes de que pueda contenerlo.

Ya habíamos estado así de cerca, pero esta vez su cuerpo contra el mío parece vibrar amenazante, reteniéndome en el sitio de una manera mucho más asfixiante que la primera.

Ahora sí que he terminado por alejarlo de mí. Veo como ese hilo que antes nos unía, a pesar de esa constante tensión agonizante

entre nosotros, se corta justo por la mitad y se deshilacha a la velocidad del rayo.

Me he condenado a mí misma a las consecuencias de mis actos.

Sabía que si algo le pasaba a Alan gran parte de la culpa recaería sobre mí, pero ahora siento como esa certeza arremete contra mí como una avalancha, haciéndome todavía más consciente de que todo habrá sucedido por no ser capaz de controlar mis acciones, por pensar por un momento que podía llegar a ser fuerte.

Y sé que mi piel acabará marcada cuando su brazo se alza sobre mi cabeza, libro en mano.

A esto he llegado, a ser golpeada por uno de los libros de la librería en la que trabajaba por la persona a la que más he querido ayudar. Por una de las pocas personas que llegó a mi vida como la promesa de un nuevo comienzo lejos de todo dolor.

Pero el golpe nunca llega.

—¿Qué está pasando?

Una mujer robusta aparece detrás del imponente cuerpo de Alan.

—Nada —la voz intranquila de Alan hace que me apresure a secarme las lágrimas que todavía penden de mi barbilla—, yo ya me iba.

Lo último que hace antes de salir por la puerta, sin dirigirme una última mirada, es devolver el libro al hueco vacío de la estantería.

Cuando se va, el inconfundible aroma a pino que desprende todavía zumba en el aire, ahogándome.

La mujer, que parece haber llegado justo en el momento adecuado para salvarme, se abalanza sobre mí de improviso y me agarra de los brazos, extremadamente delicados en contraste con la brusquedad de su movimiento.

—¡Dios mío! ¿Te encuentras bien?

Mientras Alan levantaba su mano, ni siquiera se me pasó por la cabeza que alguien pudiera salvarme de lo inevitable, pero ahora que veo a esta mujer menuda y con las mejillas sonrojadas a causa de la excitación, sé que era justo lo que estaba clamando a gritos callados.

Quería que me salvaran, y eso ha hecho la persona que analiza cada centímetro de mi cuerpo mientras me pregunta cosas a las que no puedo prestar atención debido al *shock* en el que me encuentro.

Lo ha hecho, por mí. Pero ahora pienso en que nadie debería habernos visto en esta situación tan acalorada. Ni siquiera sé quién es esta mujer, pero no conoce a Alan, tampoco a mí. No puede llegar a comprender el porqué de sus actos, aunque yo tampoco pueda hacerlo a pesar de que todos y cada uno de ellos se acaben estampando contra mí.

¿Y si alguien se entera de lo que ha pasado? No es posible, nadie nos ha visto a excepción de ella. Un escalofrío me recorre el cuerpo y me apresuro a resguardarme de nuevo tras el mostrador.

—Estoy bien. Gracias.

—No lo creo… Perdón, ¿cómo te llamas?

—Melody.

—Melody, es imposible que estés bien después de lo que he visto.

—No es lo que…

Pero me corto de inmediato. ¿Qué es lo que debe de estar pensando ella? ¿Qué puedo decir para justificar las acciones de Alan?

—A veces puede ser complicado admitirlo, pero no estás sola. Si necesitas ayuda solo tienes que pedirla.

He llegado a la conclusión de que, con frecuencia, pedir ayuda no soluciona nada, tan solo aumenta el problema. Alan me la pidió a mí y solo hace falta observar el punto en el que nos encontramos.

—Lo sé.

—¿Necesitas que avise a alguien? Puedo hacer algunas llamadas y…

—¡No! —Sujeto la mano que comienza a teclear la pantalla de su teléfono móvil lo más delicadamente que puedo—. No hace falta, en serio.

—¿Segura?

—Sí, solo ha sido un malentendido. Es un buen chico.

—Todos lo son al principio, pero pocos terminan siéndolo.

Aguardo a que decida marcharse hasta que recuerdo que todavía estoy trabajando y me maldigo mentalmente.

Necesito salir de aquí.

—Perdona, seguro que necesitas algo. ¿En qué puedo ayudarte?

La mujer mueve las manos en señal de negación.

—Nada, no te preocupes, volveré otro día.

—No es molestia.

—Aunque sí que puedes hacer algo por mí. —Comienza a rebuscar en su bolso verde chillón, que ahora sujeta con una mano mientras hurga en su interior con la otra.

—Claro.

Después de unos segundos acaba extrayendo un pequeño cartoncito que extiende sobre el mostrador.

Una tarjeta morada con algo inscrito en blanco llama toda mi atención.

—Pertenezco a una asociación que ayuda a mujeres como tú. Vuelvo a repetírtelo, no estás sola y este camino puede ser muy difícil de sobrellevar. Hay centenares de personas en la misma situación, Melody, solo tienes que hacer escuchar tu voz.

—Yo…

—Sé que comprendes lo que te estoy diciendo, por favor, cuando estés lista, contáctanos.

Me quedo sin respiración unos minutos.

Nunca me había planteado la posibilidad de que esto pudiera llegar a pasarme. Ni siquiera lo había visto de esa manera hasta que esta mujer ha aparecido en Sopa de Letras para derrumbar la poca seguridad que me quedaba.

No somos vulnerables, ni tampoco frágiles por naturaleza, simplemente nos encontramos en un mundo lleno de esquinas afiladas y surcos en el camino y estos, en contra de nuestra voluntad, son los que terminan por marchitarnos.

Y al final del día, cuando el cielo se apaga y la oscuridad nos envuelve, lo único que nos une es un destello morado que esperamos que sea visto por alguien, por cualquiera.

Todas brillamos con la intensidad de ese color, aunque no lo hagamos conscientemente.

Yo me apresuro a atenuar el mío hasta hacerlo desaparecer.

Ahora no es por mi salud por lo que debo preocuparme.

Guardo la pequeña tarjeta en mi cartera y le dedico una amplia sonrisa a la mujer que todavía me mira, insistente.

—Gracias.

Capítulo 41

No consigo entenderte

Llego a casa exhausta, todavía muy consciente del peso de esa pequeña tarjeta en el interior de mi bolso. ¿En qué momento las cosas se han torcido tanto? Y, lo que es peor, ¿cómo he podido permitirlo?

Desde que esa mujer ha abandonado la librería no he podido sacarme de la cabeza la imagen de Alan a punto de… ¿pegarme? Es como si mi mente hubiese decidido reproducir ese recuerdo en bucle. Incesante, con la esperanza de agotar todas mis fuerzas y deseoso de llevarme al borde de la locura.

Algo dentro de mí me dice que nunca voy a poder olvidar ese momento, que se ha grabado en mi interior como el hierro ardiente que deja una marca en la piel sobre la que se posa. Y me esfuerzo por olvidarlo, de verdad, por no darle importancia. Pero creo que, a partir de ahora, voy a estar condenada a vivir con ello.

Ahora mismo, la idea de seguir respirando a sabiendas de todo lo que ha pasado me parece imposible.

¿Cómo voy a superarlo?

Las luces encendidas del salón y aquellas provenientes de la planta de arriba me advierten de que hay alguien en casa. Me desinflo completamente, solo necesitaba algo de descanso, un momento a solas en el que poder meditar y procesar todo lo ocurrido.

Y, sin embargo, la voz de mi hermana, probablemente hablando por teléfono, llega hasta mis oídos, creando un nuevo peso en mi pecho.

El timbre de su voz, nuevamente, inyecta en mi cabeza un nuevo recuerdo que me desarma. Ella delatándome frente a mis padres, la agonía que sentí anoche al saber que todo este tiempo me había estado mintiendo. Que me había utilizado.

Enrollo un mechón de pelo en mi dedo y, no sin antes coger una bocanada de aire, comienzo a subir las escaleras con la única intención de llegar a mi habitación y encerrarme en ella sin tener que toparme con mi hermana por el camino.

Sin embargo, mis esperanzas son en vano. Apenas tres escalones antes de llegar a mi destino, Ana aparece tras la puerta de su dormitorio y se encamina hacia mí.

Al principio parece no darse cuenta de mi presencia, no obstante, cuando nuestras miradas conectan, veo que se siente tan sorprendida e incómoda como yo en este momento.

No esperaba verme, y la entiendo, pues yo deseaba justo lo mismo.

—Ya estoy en casa. —Me maldigo en cuanto las palabras salen de mi boca, una parte de mí había prometido no volver a dirigirle la palabra. Y, sin embargo, aquí estamos.

—Ya lo veo. —Suena incómoda. Su voz no parece tan altiva como de costumbre.

Asiento, he quedado como una auténtica idiota. Debería haberme callado.

Decido seguir mi camino y, en el momento en el que doy un paso hacia delante con la intención de subir un nuevo escalón, Ana baja otro, haciendo que nos quedemos cara a cara, a punto de chocar.

—Lo siento —me disculpo. De nuevo, me muerdo la lengua.

Mi hermana pone los ojos en blanco y se aleja unos centímetros de mi cuerpo sin dejar de clavar sus pupilas en mí. Comienzo a sentirme incómoda, ¿debo seguir subiendo los peldaños que me quedan o quiere decirme algo?

Trago saliva y le devuelvo la mirada, quedándome inmóvil en mi sitio.

Al menos hasta que una sonrisa frustrada se dibuja en sus labios, provocando un escalofrío en mi columna que me obliga a retroceder unos pasos hasta que mi espalda choca contra la pared.

Me siento acorralada a pesar de la distancia que nos separa.

Quiero salir de aquí, de mi propia casa.

—¿Por qué te disculpas?

¿Qué…? Nuevamente vuelven a hacerme esa pregunta y, aunque lo hayan hecho en situaciones completamente diferentes, mi respuesta sigue siendo la misma. ¿Por qué lo he hecho?

—Yo estaba en medio y…

—¿Es que no te cansas de intentar aparentar ser tan buena? Estás intentando subir unas escaleras, no has matado a nadie, joder.

«Lo siento».

Guardo esas dos palabras en lo más profundo de mi garganta, muy consciente de que no debería volver a decirlas y, en vez de eso, opto por preguntar.

—¿Ser tan buena?

—No te hagas la ilusa. ¿Acaso no quieres echarme en cara nada de lo que pasó anoche? ¿Gritarme, empujarme o lo que te apetezca?

Me quedo muda ante sus palabras. ¿De veras espera que haga algo así… contra ella? Me ha roto en mil pedazos, no puedo negarlo, y a juzgar por su desesperada pregunta, algo me dice que no está contenta con lo que hizo y por ello espera una reprimenda.

Observo cómo cuadra los hombros. Está alerta, como si esperara que en cualquier momento pudiera saltar hacia ella.

—Yo no te haría eso.

—Ahí está, eres demasiado buena.

Sus continuas faltas de respeto comienzan a alterarme de verdad. Llevo aguantando un día de mierda que tan solo deseo poder olvidar. Quiero encerrarme en mi habitación y llorar hasta quedarme seca, sin hacer nada más que no sea respirar. Y aquí está ella, recriminándome por no ser… ¿una mala persona?

—¿Estás enfadada porque no soy una mala persona? —Verbalizo mis pensamientos, esperando recibir una respuesta.

—Lo que estoy es sorprendida de ver cómo te dejas pisotear, Melody.

Vale, no entiendo nada. Primero intenta arruinarme la vida, me miente, me utiliza como le viene en gana y, ahora está decepcionada por haberle dejado que me haga todo eso. Comienzo a pensar que todo esto no es más que una simple ilusión nacida de la desesperación que todavía siento creciendo en mi cuerpo.

—¿Y que más te da? Como bien sacaste a relucir ayer, no me conoces, no confías en mí, por lo que tampoco deberías preocuparte por lo que haga o deje de hacer.

—No me importa, me cabrea. Mucho más de lo que te imaginas. El abuelo se sentiría decepcionado si te viera… así.

Sé que ha dado en clavo, que por una vez está en lo cierto al cien por cien. Una parte perversa de mí agradece el hecho de que mi abuelo ya no esté con nosotros y que no pueda ver en quién me he convertido. No podría soportar la vergüenza que eso me causaría.

¿Y si Ana siente exactamente lo mismo por mí? ¿Y si se avergüenza de tener una hermana menor como yo?

—Por favor, ahora no finjas que te importo —y lo digo de verdad, pues en este momento mi corazón no puede soportar más mentiras, más dolor.

—Tú y yo nunca nos hemos llevado bien —¿por qué será?, pienso, sarcástica—, pero eso no significa que sea agradable ver cómo te rebajas tanto que da hasta pena.

—No tanta, teniendo en cuenta que no has dudado en mentirme y exponerme cuando más te ha convenido.

Por un momento no me creo lo que acabo de decir, sin embargo, en cuanto soy consciente de ello me doy cuenta de que tan solo he expresado lo que estaba pensando.

—Yo no soy mejor que tú, ni que papá o mamá.

—¿Y eso que quiere decir?

—Que a veces hace falta ser una cabrona para seguir adelante.

—Tu eres perfecta, Ana —pongo los ojos en blanco, estoy cansada de que me tomen el pelo—, todos lo saben, no intentes aparentar lo contrario.

—¿Crees que esto es ser perfecta? —Señala su vientre, dando una señal clara de a lo que se refiere.

Yo encojo los hombros, sin saber qué decir. El hecho de que se haya quedado embarazada a tan temprana edad y sin haberlo planeado no elimina el deseo que siempre he tenido de parecerme a ella, de ser como ella.

—Yo también estoy jodida, más que tú, incluso. Y aquí estoy.

Cierro la boca antes de poder rechistar, de decirle que eso no lo sabe, que es imposible que llegue a imaginarse cuanto dolor puedo llegar a acumular dentro.

—¿Y qué quieres que haga?

—No lo sé, pero espabila.

«Pero no sé qué es lo que tengo que hacer». «Quiero que tú me ayudes a averiguarlo». Me doy vergüenza a mí misma al pensar eso. Al querer que una persona que me ha hecho tanto daño siempre, me ayude a salir del pozo en el que ella ha contribuido a que caiga.

Es mi hermana, pienso.

No puedo evitar quererla.

Y, por un momento, antes de que continúe bajando las escaleras y desaparezca de mi campo de visión, veo algo en sus ojos que me hace cuestionarme si todo lo que me ha dicho ha sido porque realmente, en algún rincón recóndito de su corazón, me quiere o porque ha llegado a un punto en el que se siente avergonzada de convivir con una persona como yo.

No lo sé.

Tampoco tengo el valor para preguntarle.

Tan solo tengo la certeza de que esta es una de las conversaciones más sinceras que hemos tenido en mucho tiempo. Puede que esta haya sido la primera vez en que hayamos tenido una.

Siempre había pensado que me alegraría de que algún día mi hermana se abriera a mí sin verse obligada, sin que se encontrara en una situación en la que yo era la única persona con la que podría desahogarse, tal y como pasó cuando se hizo el test de embarazo.

Y, sin embargo, ahora tan solo puedo sentir un miedo atroz al pensar que, finalmente, mi hermana me ha dado por perdida.

Debería alegrarme por ello, siempre se ha esforzado por ponérmelo todo demasiado difícil.

Pero duele.

Otra parte de mí se va con ella. Desaparece.

Capítulo 42

Al final todo se desvanece, como una estrella fugaz

No estoy hecha para este mundo.

O puede que la vida simplemente sea demasiado selectiva, y nos deje a muchos a las puertas de alguna oportunidad, condenándonos a ser unos inadaptados el resto de nuestros días.

El martes dediqué toda la mañana y, después, las primeras horas de la tarde a repartir currículums en algunos establecimientos en los que se solicitaba personal, incluso envié mis datos por correo electrónico con la esperanza de que, de esta manera, pusieran más rápido su punto de vista en mí.

Un día después ya me han llegado notificaciones de la mitad de puestos de trabajos en los que apliqué comunicándome su negativa a aceptar mi solicitud.

¿El motivo principal? Falta de estudios y poca experiencia laboral en el sector.

Ha sido un golpe duro, ni siquiera me han dado la oportunidad de entrevistarme con ellos, de conocerme y, ahora, las recriminaciones de mi madre sobre mi incapacidad para seguir estudiando me carcomen por dentro.

Tal vez tenga razón.

Siempre he pensado que, si decidía dedicar años de estudio a algo en particular, debía de ser algo que verdaderamente me apasionara y me llenara, que me hiciera disfrutar de cada momento

que estuviera frente a un libro preparándome para alguna prueba de evaluación.

Y, sin embargo, es este ideal utópico el que me ha llevado a la situación en la que me encuentro ahora: sin metas, sin trabajo, sin estudios, con un futuro totalmente borroso ante mis ojos.

Tal vez esté destinada a… a nada.

Supongo que yo misma he buscado acabar de esta manera y merezco vivir durante un tiempo en la eterna incertidumbre, a la espera de que me elijan en algún trabajo.

Cada vez estoy más segura de que he olvidado cómo avanzar sin tropezar cada pocos pasos, de hecho, parece que últimamente todas y cada una de las cosas que hago o digo solo me conducen hacia un laberinto de emociones y sentimientos que me marchitan por dentro.

Siento que me estoy fallando a mí misma y, peor aún, a todos los que me rodean.

Creo que es justo por este motivo por el que no he sabido nada de Alan desde que se marchó de la librería pocos segundos después de que estuviera a punto de golpearme con aquel libro.

Todo se ha transformado, en poco tiempo, en un huracán que se ha llevado el poco control que tenía sobre mí misma, introduciéndose en mi mente, manifestándose en recuerdos en el umbral de mi casa, en mi dormitorio… incluso en el cuaderno, que nuevamente he vuelto a guardar con la intención de no volverlo a abrir en un tiempo.

No puedo evitar notar su presencia en cada uno de los lugares en los que ha estado, aunque ya no esté ahí.

Y sé que ese es el peso de mi conciencia castigándome por no haber podido cumplir con mi palabra y haber acabado destruyéndonos a ambos por el camino.

Incluso ha marcado mi despedida de Sopa de Letras.

Necesitaba que fuera especial, íntimo y, en cierta medida, familiar, pues ese había sido el hogar que me había acogido todas las mañanas con los brazos abiertos, el único sitio que agradecía mi presencia diaria, que no podía prescindir de mí, o al menos no tuvo la intención de hacerlo. Viví, por unas horas, entre sueños incrustados en tinta y páginas en los que sabía que podía adentrarme sin temor a sentirme rechazada.

Disfrutaba de la compañía de esos libros más que de la de ninguna otra persona.

Y, sin embargo, el último recuerdo que tengo de la librería se pudre en una parte de mi corazón, contiene tan solo la imagen de un Alan amenazante con un libro en la mano.

La última imagen que conservo de mí en ese mundo de ilusiones es una chica encorvada ante esa inesperada hostilidad que inundó cada uno de los rincones de la librería, que en cuanto él salió de Sopa de Letras sintió la amenaza de todos los lomos que podrían haber acabado sobre ella.

Y deseó huir del sitio en el que por poco había sido víctima de…

No puedo pensar en ello.

Lo que hizo Alan no está bien y, de hecho, si no me encontrara entrelazada a él como todavía siento que lo estoy, huiría hasta que ningún recuerdo de su cuerpo imponente me pudiera alcanzar.

Por esa razón yo tampoco he intentado contactar con él estos últimos días, una parte de mí clama a gritos que aproveche el momento para desaparecer de su vida. Otra, sin embargo, sabe que eso no va a ser posible, no si Egan está de por medio, incluso Claudia, Ruby, Susie o Amelia.

Estoy enredada en su vida, tanto que me es imposible desaparecer.

…

—Me alegro de volver a verte, Melody.

La señora Miller se encuentra frente a mí, apoyada en el marco de la puerta principal de su casa, mientras me invita a pasar al interior con un gesto de mano y una gran sonrisa dibujada en su cara.

Egan me ha enviado un mensaje este mediodía informándome de que a partir de las seis de la tarde estaría libre, sin embargo no he podido llegar hasta una hora después, pues tenía que dejar la casa a punto por si mis padres llegaban y yo todavía no había regresado.

Tengo miedo de parecer demasiado acalorada frente a Susan, agotada por la caminata que he conseguido recorrer en la mitad de tiempo de lo habitual.

—Y yo a usted.

Le sonrío, dejándome arropar por la extraña sensación familiar que me acoge entre los cimientos de la gran casa amarilla.

—Por favor, no me trates de usted, ¡me haces sentir mayor! Llámame Susan.

—Perdón, Susan.

Nos reímos ambas por lo bajo mientras cierra la puerta tras de sí. Esta vez, el olor a galletas recién horneadas no me recibe.

—Tranquila, cielo. Siento decirte que Claudia no está aquí, si la estás buscando… Posiblemente debe de haber salido con alguna de sus amigas…

—Ah, no te preocupes… —Susan levanta una ceja y su mirada hace que mis mejillas se tornen de un color sonrojado, a juzgar por el calor que me cubre la piel—. Lo cierto es que he venido a ver a Egan.

Una sonrisa se extiende sobre sus labios rosados e idénticos a los de su hijo, ensanchando el arco de cupido hasta que casi se

transforma en una línea recta.

Sus ojos centellean y siento cómo el estómago se me da la vuelta cuando sus pupilas insinuadoras parecen traspasarme hasta averiguar el motivo por el que he venido.

—Así que Egan…

—¡No! Quiero decir, sí —tomo una gran bocanada de aire antes de volver a hablar—, a Egan.

Esto es totalmente vergonzoso y abochornante.

Espero que, por un golpe de suerte, Egan aparezca bajando las escaleras y me salve de esta conversación. No obstante, eso no sucede.

—Ya decía yo que últimamente…

Sus palabras no llegan a salir de sus labios porque el sonido del teléfono que lleva en el bolsillo del pantalón comienza a sonar al ritmo de una melodía pegadiza. Lo extrae y, por el rabillo del ojo, llego a atisbar el nombre de mi madre grabado en la pantalla.

Siento que las palmas de mis manos comienzan a picarme por los nervios y por las preguntas que comienzan a bombardearme. ¿Por qué estará llamando a Susan?

Unos segundos después recuerdo que técnicamente comparten una «amistad» desde hace un tiempo y que el motivo más probable sea la cena que se organizará en unos días en esta casa y a la que toda mi familia está invitada.

Pero no puedo evitar recordar las palabras de mis padres sobre los Miller de aquella noche e, irremediablemente, siento un pinchazo de culpa por Susan, aunque yo no piense en ellos como un objetivo comercial.

—Vaya, lo siento —la mujer me mira aún con una luz alegre en los ojos antes de descolgar—, búscalo en su cuarto, ya sabes dónde está.

—Está bien.

Me giro en dirección a las escaleras de caracol, iluminadas por las pequeñas luces que simbolizan miles de estrellas, antes de oír mi nombre a mis espaldas.

Me giro y su sonrisa me derrite por dentro.

—Me alegro de que estés aquí. Me gustas.

No soy capaz de contestar a sus cariñosas y afectuosas palabras, así que me limito a devolverle la sonrisa y a dedicarle un leve movimiento de cabeza.

Después, subo contando mentalmente cada uno de los escalones en busca de tranquilizar los latidos de mi corazón y controlar la indomable sonrisa que se me ha quedado dibujada en los labios.

Cuando estoy frente a la oscura puerta, he llegado a la conclusión de que es una tarea inútil domar las pulsaciones que luchan por traspasarme el pecho, más aún cuando sé que Egan se encuentra justo detrás.

Golpeo un par de veces antes de llevarme las manos a los costados y apretar los puños para intentar domar la tensión que comienza a crecer cada vez más en mi cuerpo.

—Mel.

Su mirada ámbar me abraza calurosamente mientras los nervios me trepan por la garganta cuando una sonrisa pícara comienza a adornar su boca.

Quiero besarlo, reconocer sobre mis labios la textura de los suyos, el cosquilleo que me nubla la conciencia cuando nuestros cuerpos están demasiado cerca.

Sin embargo, me contengo. No sé si es lo correcto lanzarme un segundo después de haberlo visto y más sabiendo que su madre puede vernos perfectamente desde la planta de abajo.

—Siento haber llegado tan tarde, me ha sido imposible hacerlo antes.

—No te preocupes.

Se revuelve con una mano los rizos deshechos mientras lo sigo al interior de su dormitorio.

Tiene algunos libros de texto abiertos y tirados sobre la cama, revuelta y cubierta de subrayadores, bolígrafos negros y azules y montañas de tarjetas de colores. La guitarra acústica se encuentra apoyada en el suelo frente a la silla de su escritorio.

Me giro hacia él con una sonrisa en los labios que, poco a poco, va desapareciendo cuando lo encuentro con los ojos clavados sobre su colchón y una expresión de lo que me parece que es preocupación.

—¿Estás bien, Egan?

Ahora es a mí a quien mira, acercándose a mi cuerpo hasta que su mano está lo suficiente cerca como para alcanzar un mechón de mi pelo y recogerlo detrás de mi oreja, produciéndome un suave cosquilleo.

—Sí.

Y sus labios besan los míos como si hubieran estado un centenar de años anhelándolos.

Llevo las manos a su cuello para estabilizarme, temiendo derrumbarme ante el temblor de mis rodillas.

Nos besamos ardientes y suaves al mismo tiempo, tímidos y vivaces hasta que nos acabamos separando en busca de un poco de oxígeno.

—Te he echado de menos —dice mientras cierra los ojos y apoya su frente sobre la mía.

—Yo también.

Aprovecho para rodear su cintura con mis brazos, abrazándolo y disfrutando de la cercanía de su cuerpo junto al mío. Todavía no creo que esto esté sucediendo de verdad, me parece algo tan efímero… y, aun así, me siento volver a la vida cuando soy consciente de que estoy a su lado.

Pero su cuerpo parece no estar cómodo. Noto cómo sus músculos se agarrotan en sus brazos, los cuales deja caer a los costados.

Y comienzo a sentir un tremendo pavor al pensar que no está a gusto con mi compañía. Tal vez no tenía tantas ganas de verme como yo a él.

Siento que me falta el aire cuando la simple idea de que todo esto haya sido un momento de diversión para él comienza a destrozarme por dentro.

Si eso fuera cierto, no sabría cómo afrontar la decepción que me inundaría.

—Sé que te pasa algo —susurro con delicadeza, con miedo a que se aparte—, si quieres podemos vernos otro día…

—No pienses que no quiero estar contigo. Quería verte desde el mismo momento en el que te bajaste de mi coche el domingo.

Mi corazón parece comenzar a bombear la sangre que, por unos momentos, había dejado de recorrer mis venas.

Respiro, sintiendo el alivio inundar mis pulmones.

—Pues cuéntame qué ocurre.

Le agarro de la mano cuando retrocede un paso y me mira con un cúmulo de emociones impresas en su mirada.

—Es el jodido examen que tengo mañana, es… es imposible.

—Seguro que no lo llevas tan mal.

Intento tranquilizarlo, aunque siento que no está surtiendo mucho efecto.

—Créeme, no soy de los que dicen que llevan fatal un examen y luego sacan un diez.

—Bueno, pues déjame que te ayude.

—No quiero que pasemos el poco rato que podemos estar juntos estudiando, quería estar centrado solo en ti.

Me acerco a su cama, observando los papelitos de colores en forma de rectángulos que llevan inscritas diferentes definiciones y teoría sobre anatomía.

Los recojo, apilándolos sobre mis manos, y se los muestro con una gran sonrisa.

—Pues vamos a encontrar la manera de aprovechar el tiempo que estemos juntos y de que mañana apruebes el examen.

—Pero…

Me llevo una mano a los labios en signo de silencio.

—Hace un tiempo que no estudio, pero seguro que podemos hacer que sea divertido.

—Está bien —se acerca de nuevo hacia mí y apoya sus manos en mis caderas, haciendo que una corriente eléctrica me sacuda—, pero solo una hora, el resto del tiempo eres mía.

—Trato hecho.

Sin pensarlo, me acerco y, en un movimiento rápido, le plasmo un pico en los labios. Me quedo tan abrumada por lo que he hecho que lo siguiente que hago es limitarme a apartar algunos libros de encima del colchón y me siento, dando unos golpecitos enfrente de mí para invitarlo a que lo haga él también.

—He oído que el sistema de recompensas funciona muy bien.

—¿El qué?

Su sonrisa granuja se cuela en mi pecho, robándome el aire.

—Por cada acierto que haga sobre los términos que ponen en las tarjetas que tienes en la mano, me deberás un beso.

—¿Y si fallas?

Me gusta este sistema de estudio.

—Te los tendré que dar yo a ti.

—Eso es jugar sucio, sales ganando de todas formas.

—Tú también —da una palmada sobre el colchón, entusiasmado —, vamos a comenzar…

—Ni hablar. Así no aprenderás… tiene que ser algo más… ¡Lo tengo! Por cada respuesta que digas mal, me iré dos minutos antes de lo que tenía pensado.

—¿Y cuándo ibas a irte?

—Supongo que en una hora y media.

—Eso no es justo, Mel.

—«La vida es injusta», ¿recuerdas?

Recuerdo cuando me dijo eso bajo el paraguas la mañana en la que nos dimos nuestro primer beso y pongo total confianza en que se sepa a la perfección el temario y su preocupación se deba simplemente a los nervios.

—Voy a hacerlo bien.

…

—Vale. ¿Qué plano sagital divide al cuerpo en plano ventral y dorsal?

—El plano coronal.

Me acerco y le doy un beso, confirmándole que ha contestado bien. Lo cierto es que de momento solo ha fallado un par de preguntas y, aunque no tengo ni idea de lo que me habla, sé que no lleva tan mal el examen como él cree.

—Muy bien, a ver la siguiente… Las articulaciones entre superficies planas se denominan…

—¿Artrodias? No estoy muy seguro.

—De verdad que no sé cómo puedes pensar que vas a suspender mañana.

Dejo las tarjetitas sobre mi regazo, pues esta vez es él quien se acerca a cobrar su recompensa.

Podría pasarme la noche así, disfrutando de sus besos y de la forma en la que arruga las cejas cada vez que le digo que ha fallado una respuesta y le advierto de que acaba de restar dos minutos al tiempo que voy a estar con él.

Pero me duele la espalda y apenas siento las piernas después de tenerlas cruzadas durante tanto tiempo.

Miro la pantalla de mi móvil y me doy cuenta de que ya llevamos tres cuartos de hora entre definiciones médicas.

Solo un poco más.

Y así pasamos los últimos quince minutos, repasando términos y riéndonos cada vez que pronuncia mal algún nombre complicado.

—Creo que podría presentarme mañana contigo, quién sabe, tal vez apruebe y todo.

—No lo pongo en duda.

Por lo menos se ha cobrado unos veinte besos desde la última vez que he comprobado la hora y, por sorprendente que parezca, tan solo ha respondido mal dos cuestiones que se ha asegurado de memorizar.

—Está bien, la última: ¿Cuánto podría tardar en desangrarse la arteria femoral?

—Unos tres minutos, a lo mucho.

—¡Sí!

Elimino los pocos centímetros que nos separan y enredo mis brazos a su alrededor, abrazándolo con orgullo y dispuesta a darle el último beso que se merece.

Lo cierto es que la vergüenza y los nervios que sentía cuando llegué se han disipado por completo, a excepción de las mariposas que todavía, insaciables, revolotean en mi estómago cada vez que lo veo sonreír de esa manera tan típica suya, o cuando sus ojos se posan durante largos segundos sobre los míos.

—No.

—¿No quieres el último beso que te has ganado?

Me recorre la barbilla con el pulgar, lentamente y haciendo que se me corte la respiración.

—Prefiero guardármelo.

—Muy bien.

Se pasa los dedos por una ondulación que cae sobre su frente y después la despeina. No sabría cómo explicarlo, pero cada vez que hace ese gesto, por pequeño e inocente que sea, me transmite una tranquilidad que jamás había podido experimentar.

—Quiero recompensarte por aguantarme estudiando.

—El que lo ha bordado has sido tú, yo no he hecho nada.

—Estás aquí, conmigo.

Egan se levanta de la cama y va hacia la guitarra, que todavía sigue en el suelo. Su color caoba resalta sobre la pálida piel de él, destaca sobre su cuerpo de una manera perfecta, creando una imagen perfecta.

La recoge y, después de alcanzar una púa de encima de su escritorio, vuelve al sitio en el que estaba antes.

Sin poder evitarlo, llevo mis dedos a las cuerdas tensas y frías del instrumento, deleitándome al imaginar la de veces que Egan ha tenido que pinzarlas y acariciarlas.

Me siento parte de él y, solo con eso, noto cómo se me hincha el corazón de felicidad.

Aunque el dolor no desaparece.

Nunca lo hace.

Aunque cuando esté con Egan parezca camuflarse detrás de un telón que consigue eclipsarlo.

Puedo imaginarme que todavía sigue intacto, que en ningún momento ha comenzado a agrietarse y a perder las partes que lo conforman.

—Te dije que te enseñaría alguna de mis versiones.

—¿Vas a hacerlo?

—Te lo has ganado. Además, me apetece hacerlo, quiero enseñártelo.

—Entonces tendré que recitar alguno de mis poemas…

Noto como la ansiedad comienza a crecer en las raíces más profundas de mi cuerpo, no estoy preparada.

Y sé que Egan lo sabe.

—Tranquila, olvida el trato que hicimos. Cuando quieras y te sientas preparada, estaré encantado de escuchar algún poema que hayas escrito sobre mí.

—¡Oye! No he escrito nada sobre ti.

Lo hice. Acabé destrozándolo en mil pedazos.

—¿En serio? Porque yo estoy a punto de sacar un disco entero solo sobre ti.

Le doy un golpe amistoso en el hombro, incapaz de contener la risa que se me escapa de los labios.

—¿Qué canción es?

—Fue una de las primeras que aprendí a tocar, ni siquiera recuerdo cuántas horas pasé practicando.

Se coloca la guitarra sobre las piernas y acomoda su brazo sobre ella. Lo siguiente que hace escapa un poco de mi comprensión, pero sé que está regulando y tensando algunas de las cuerdas mientras comprueba que suenen como es debido.

—*Your song*, de Elton John.

Recuerdo pillar a mi padre escuchando una noche esta canción mientras terminaba de sacarle brillo al capó de su coche. Se lo veía feliz e infinitamente en paz mientras movía la mano con el trapo húmedo sobre la carrocería al compás de la música.

Al día siguiente yo ya la tenía agregada a mi lista de nuevas canciones favoritas.

Solo soy capaz de responderle con una gran sonrisa, enseñándole todos los dientes y dándole pie a que comience a hacer sonar los primeros acordes.

La melodía, preciosa y familiar al mismo tiempo, inunda la habitación y me hipnotiza. Por un momento, mientras lo observo tan concentrado, sin esa expresión de picardía que siempre lleva plasmada en el rostro, veo a un chico desnudo de todo lo demás, envuelto solo en la música que él maneja a su libre antojo.

Y sé, cuando me regala una sonrisa tímida y sincera, que lo quiero.

No podría decir en qué momento este sentimiento ha tomado forma y se ha convertido en una palabra.

Tampoco sé si es correcto comenzar a querer una persona a la que conoces desde hace tan poco tiempo.

Solo tengo la certeza de que cada fibra de mi piel arde en brasas cuando estoy cerca de él, que el aire se vuelve menos denso y que los problemas me abandonan.

Puede que haya olvidado cómo se debe querer después de todo este tiempo, pero conozco mis sentimientos, acepto cada uno de los latidos de mi corazón.

Y Egan marca el compás de cada uno de ellos cuando está a mi lado.

Guardo estos minutos como si fueran un tesoro preciado, esforzándome por recordar cada uno de los movimientos que realiza sobre las cuerdas, aunque me resulta imposible.

Sin embargo, sí que puedo grabar a fuego su imagen concentrada y la música que hace sonar entre nosotros.

—Ha sido precioso.

—¿De verdad te ha gustado?

—Te lo prometo, se te da realmente bien.

—Gracias.

Sus mejillas, por unos fugaces segundos, se tornan de un color rosado.

—¿Por qué Medicina?

—Desde pequeño tenía claro lo que quería hacer.

—¿Sabes? Mi hermana también está estudiando tu carrera, está en último año.

—Debe de gustarle de verdad.

—Sí, cuando mi abuelo comenzó a enfermar, decidió que quería ayudar a personas como él.

—Siento decirte que mis motivos no son tan sentimentales.

Una sonrisa trepa por sus labios.

—¿Ah, no?

—Bueno, cuando tenía siete años fui de excursión con el colegio a un parque a las afueras de la ciudad. Lo único que recuerdo de ese día es que un compañero acabó con una rama de un árbol atravesándole la pierna.

El estómago se me revuelve al escuchar sus palabras.

—Eso es…

—Repugnante, lo sé. Pensaba que iba a perder la pierna, pero, cuando a la semana siguiente regresó a clase como si no hubiera

pasado nada, decidí que yo quería hacer eso, poder reparar lo que parece que ya está perdido, ayudar a la gente de esa manera.

Tal vez Egan pueda repararme a mí, hace mucho que me perdí y nadie ha conseguido traerme de vuelta, ni siquiera yo misma.

—Estás tan seguro de lo que quieres… Ana te gustaría.

Por un momento siento un pinchazo de remordimiento por mis palabras, pero no puedo evitar sentirme acongojada delante de una persona que tiene claro a lo que quiere llegar, que siente pasión por lo que hace cuando yo todavía no sé qué es lo que prepararé mañana para comer.

Es horrible, porque lo admiro y al mismo tiempo me gustaría ser como él, incluso me gustaría hacerle saber lo que se siente al no poder controlar nada de lo que te rodea.

Así que opto por esconder estos últimos pensamientos.

Quiero que me vea contenta por él, que no averigüe que, por unos instantes, el sentimiento de inferioridad se adueña de mí, como cuando estoy junto a mi hermana.

—A mí me gustas tú.

—Ella es ambiciosa, preciosa… Es todo lo contrario a mí. —Mis palabras se van tornando susurros mientras me doy cuenta de su peso—. A veces no me creo que te hayas fijado en mí.

—Te he escogido a ti porque simplemente… brillas. Lo haces cuando estás rodeada de libros en Sopa de Letras, mientras ves una película, cuando cantas, cuando hablas de algo que verdaderamente te apasiona. Lo haces a todas horas y, créeme, es imposible que pases desapercibida en ningún sitio, no al menos para mí.

Me gustaría decirle a gritos entrelazados con besos que si consigo brillar de esa manera es porque estoy a su lado, porque solo él tiene la capacidad de verme de esa forma.

Y con eso me es suficiente.

No necesito que nadie más me perciba, no ahora, cuando estoy junto a él.

Porque con Egan no me importa saber que me estoy apagando como una estrella a punto de consumirse, la electricidad que siento entre nosotros consigue hacerme brillar de nuevo, durante unos instantes.

Me gustaría decirle todo eso, pero no puedo.

Si lo hiciera, perdería el brillo que él encuentra en mí. Me vería como un caso perdido de los que no tienen solución.

Y se alejaría.

Y yo acabaría por desaparecer.

Por eso opto por dejar que el ardor de mis mejillas me consuma, sabiendo que debo de estar roja, y dedicarle una sonrisa sincera.

También decido decirle una de las verdades que no quiero esconderle.

—Ya no trabajo en la librería.

—¿Qué?

—El lunes fue mi último día. Siento no haberte dicho nada.

—No te disculpes… Creía que estabas a gusto trabajando allí.

—Me he dado cuenta de que creo que era feliz cuando estaba en Sopa de Letras, incluso cuando estaba hasta arriba de trabajo.

Me río, aunque el sonido va perdiendo fuerza al mismo tiempo que mis labios vuelven a convertirse en una línea recta.

Egan deja la guitarra a un lado y se acerca a mí, rompiendo el espacio que nos separaba. Y, cuando su mano se posa sobre mi muslo de forma delicada, siento una oleada de emociones que me encogen en el sitio, pero, sobre todo, logro sentirme en un mar en calma.

—¿Qué ha pasado?

Podría decirle que me han despedido, ahorrándome la humillación de contarle la verdad. Pero siento que ya le estoy ocultando demasiadas cosas y hacer eso solo aumentaría el peso que siento en la espalda por las consecuencias de mis actos.

No obstante, no puedo contarle que mis padres me han presionado para que deje el trabajo. Tendría que explicarle el porqué, surgirían demasiadas preguntas y acabaría ahogándome entre mis propias palabras.

—Ha sido decisión propia, estoy bien.

—¿Estás segura?

Sus ojos preocupados me llaman a abrirme, a explicarle verdaderamente cómo me siento y todo lo que ha sucedido estos últimos días.

—Claro, quiero probar cosas nuevas.

Sonrío. Le muestro mis dientes mientras curvo las comisuras de mis labios de una manera forzada y punzante.

Y rezo porque funcione.

—Está bien, pero…

—¡Egan!

Susan irrumpe en la habitación, agitada y con el móvil en mano, alzándolo en el aire y sacudiéndolo.

—¡Mamá! Podrías haber llamado a la puerta…

La vergüenza me asalta bruscamente. Ahora siento más que nunca el tacto de la mano de Egan sobre mi muslo, expandiendo un calor que antes no era para nada tan fogoso.

Desearía esconderme debajo de las sábanas.

Pero la señora Miller no me presta atención, de hecho, parece tan alterada que no creo que sea consciente de que ha entrado en el dormitorio de su hijo como un mismísimo huracán.

—Es urgente, por fin han llamado.

—¿A estas horas?

—¡Sí! ¿Qué más da?

—Vale, vale, voy.

Egan se levanta de la cama de un bote, no sin antes dirigirme una sonrisa granuja que hace que mi estómago tiemble, y sale de la habitación apresurado, con el teléfono de su madre pegado a la oreja.

No alcanzo a oír lo que murmura antes de que desaparezca escaleras abajo.

¿Qué sucede?

—¿Ha pasado algo?

—Oh, no, no te preocupes, cielo.

La habitación, de repente, se vuelve mucho más pequeña al encontrarme a solas con Susan mientras sigo sentada sobre la cama de su hijo.

Se me comienzan a pasar por la cabeza la de imágenes que se ha podido imaginar la señora Miller al encontrarnos a los dos tan pegados y en estas condiciones.

Me levanto de la cama intentando no parecer demasiado agobiada y me acerco unos pasos a ella.

—Egan lleva unos cuantos meses pendiente de esta llamada, solo espero que todo salga bien.

—¿Él… él está bien?

Las dudas comienzan a asaltarme de una forma alarmante y, aunque una parte de mí me dice que no debo preocuparme tan rápido, las ansias por saber que Egan está bien y averiguar qué es eso tan importante que le tienen que decir comienza a arañarme las entrañas.

—Si todo sale bien, estará mejor que nunca.

La felicidad le realza cada uno de sus rasgos, delicados y puntiagudos, mientras me observa con unos grandes ojos.

—Lo siento, creo que no lo estoy comprendiendo.

—¡Oh! ¿Egan no te ha contado nada?

—Me parece que no, por lo visto.

Siento cómo algo pesado se instala en mi estómago.

—Es sobre sus estudios, hace un tiempo solicitó un programa de intercambio para estudiar en el extranjero, ¿te lo puedes creer?

—Intercambio…

Las palabras alegres de Susan tienen un efecto totalmente contrario en mí, pues en cuanto las percibo me rompen en pedazos.

¿Egan se va a ir?

¿A otro país?

Por un momento siento cómo pierdo la seguridad que había construido a su alrededor, como sus cimientos se tambalean.

Si él se va… yo…

No puedo perder a nadie más.

No a él.

No ahora.

—Sí, y si le dan una respuesta positiva… ¿quién sabe? Tal vez en unas semanas nos haya abandonado. Hizo la solicitud con bastante retraso, así que si lo aceptan será todo un milagro.

—Vaya, sería… genial.

—¡Crucemos los dedos!

Entrelaza dos pares de dedos en el aire y se gira sobre sus talones.

—Voy a ver cómo va todo, puedes acompañarme, si quieres.

—Oh, no, prefiero esperarlo aquí.

—Está bien, cielo.

Y Susan sale por la puerta, dejándome atemorizada por mis propios sentimientos en la habitación del chico al que ahora sé que quiero y, sin embargo, puede que esté a punto de perder.

He perdido mi trabajo, las últimas esperanzas que tenía en que mi familia me apreciara. Por intentar salvar a Alan me he perdido a mí misma y, aun así, aquí sigo, aferrada a lo único que me hace no querer abandonar lo poco que todavía me sujeta los pies en suelo firme.

Aferrándome con todas mis fuerzas a una persona que es fugaz, a sus sonrisas y al calor de su tacto y sus besos, a las mariposas que danzan en mi vientre cuando pienso en él, a sus ojos avellana y a la constelación de pecas que se extiende por cada centímetro de su cuerpo.

Porque lo he convertido en mi propio faro, resplandeciente en la noche en la que me he transformado, que allana el camino entre las aguas profundas impidiendo que me ahogue en ellas.

Pero si él se apaga, si se marcha, no sabré cómo retomar el camino del que hace tanto tiempo me desvié.

Siento que los ojos se me anegan en lágrimas y me apresuro a pestañear unas cuantas veces con tal de no comenzar a llorar en este mismo instante.

No quiero que nadie me vea así.

Así que me paso los siguientes minutos dando vueltas por la habitación sin prestar demasiada atención a lo que me rodea, pues mis pensamientos me arrastran hacia un lugar demasiado lejano.

Cuando el pomo de la puerta gira y Egan aparece con los ojos iluminados, sé que, aunque lo pude sostener con las palmas de mis manos, se me ha acabado escapando por entre los dedos.

—¿Te han dicho que sí?

Egan enarca una ceja, aun sin perder la alegría que rebosa en sus mejillas, y se acerca un poco.

Siento el impulso de alejarme, de retroceder, pues el tenerlo tan cerca solo consigue recordarme que en poco tiempo ya no estará a mi lado, que realmente esto era demasiado perfecto como para ser real.

Pero me quedo, ese es el poder que tiene en mí, me atrae y, lejos de consumirme, me hace querer brillar a su lado.

Y soy incapaz de sumergirme en la oscuridad cuando tengo un cielo estrellado a un suspiro de distancia.

—Supongo que te lo habrá contado mi madre.

—Sí.

—Quería decírtelo yo, de verdad.

—Tranquilo. Estabas esperando a que te confirmaran algo y, entiendo que te han dicho que sí, ¿no?

Hago un gran esfuerzo por simular la sonrisa más amable que puedo, intentar transmitir con mis ojos una felicidad que estoy muy lejos de encontrar.

—No puedo desaprovechar esta oportunidad.

Y lo entiendo.

Porque si yo estuviera en su lugar, no dudaría ni dos segundos en hacer las maletas y salir a descubrir mundo, en cambiar de aires, alejarme de todo esto y comenzar de cero con una nueva versión de mí misma.

Pienso en todo eso para él y, aunque sienta un pinchazo en el pecho, me alegro por lo que ha logrado. He podido ver la ilusión grabada en sus ojos cuando ha aparecido en su dormitorio.

Y no puedo hacer otra cosa más que aceptarlo.

Me acerco y lo abrazo, inspirando su aroma por miedo a que queden demasiadas pocas veces en las que pueda hacerlo.

—Me alegro mucho por ti, en serio. Tendrás que decirme cómo es… Espera, ¿a dónde vas a ir?

Me aparto un poco, pero sin separar mis brazos de su cuello, y le miro a los ojos.

—A España.

—Eso está muy… muy lejos.

En ese momento entiendo que los kilómetros son solo números y que la distancia a veces no puede medirse solo con ellos, pues en este instante, pese a que su nariz roza la mía y está a punto de besarme, lo siento más lejos que nunca.

Vuelve a transformarse en una estrella fugaz que me ha estado deleitando con su luz durante muy poco tiempo y que, ahora, cumpliendo su promesa callada, comienza a alejarse, desdibujándose, haciendo menguar su brillo hasta que solo queda un punto de luz imposible de alcanzar y, después, desaparece.

Capítulo 43

Todo se tuerce

Egan

Nunca se había sentido así. Arrepentido y feliz al mismo tiempo. Una mezcla de emociones y sentimientos tan intensos, que ahora le parece imposible expresar con palabras cómo se siente exactamente en este momento.

No puede existir una forma correcta de hacerlo.

No cuando le ha ocultado algo tan importante, al menos para él, a la chica con la que apenas había comenzado a tejer una relación. Una persona que verdaderamente le gusta. Acaban de empezar a conocerse y ya se siente abrumado por guardarse algo así para él.

Siente que la ha traicionado. Cree ser el único que ha ocultado algo en esta reciente relación.

Y eso le duele. Mucho.

Pero lo ha hecho por un buen motivo. Había tenido tiempo de meditarlo y, de haberse dado una situación contraria —en la que fuera ella la que tuviera que marcharse a otro país—, él se hubiese sentido vacío… demasiado solo.

No deseaba eso para Melody.

¿Cómo afrontas que la persona con la que estás comenzando a entablar una relación sentimental va a marcharse a cientos de

kilómetros de distancia? Tenía miedo de que, al decírselo, decidiera romper con lo poco que habían ido construyendo hasta entonces.

Le gustaba de verdad…, había algo más. Algo en ella que le hacía imposible concebir siquiera esa posibilidad.

Así que decidió no comentar nada por el momento. Todavía no tenía una respuesta definitiva por parte de la universidad de Barcelona, así que era muy posible que nunca llegara a irse de Liverpool, de su lado.

Si no era imprescindible, no la iba a hacer sufrir.

Porque, en su interior, tan solo tenía la certeza de que, si ella sentía exactamente lo mismo que él siente, darle una noticia de ese calibre tan solo conseguiría destrozarla.

No obstante, ahora ya no hay marcha atrás. Melody lo sabe; él se irá en menos de lo que esperaba. Ni siquiera se ha mentalizado para ello y la realidad se cierne sobre él con todas sus fuerzas.

Está feliz, por supuesto.

Uno de sus sueños está a punto de cumplirse.

Pero, aun así, no contaba con haber conocido a Melody cuando llegara este momento. Ahora… bueno, ahora todo está patas arriba.

Capítulo 44

Navidad

Melody

Egan se marcha la segunda semana de enero.

Pero es como si ya se hubiera ido. No puedo evitar sentir el dolor de su ausencia aun sabiendo que esta noche voy a cenar con su familia y, después, se celebrará una fiesta en su casa.

Tampoco puedo evitar pensar en que, al final, Alan va a conseguir lo que quería, que me alejara de Egan, aunque ahora ha sido totalmente en contra de mi voluntad. Esta noche estará allí y lo peor de todo es que no he vuelto a saber nada de él desde el incidente del lunes.

Estaba tan preocupada por mi situación familiar y por la partida de Egan que ni siquiera me había planteado ir detrás de él para suplicarle unas palabras. Ha sido una semana tranquila y a la vez inquietante, pues la parte negativa de no haber tenido nuestras llamadas o conversaciones habituales es que mi preocupación por él no ha hecho más que acrecentarse.

Una que lucho por eliminar, o al menos por no darle tanta importancia como le doy.

Pero resulta imposible, pues cada vez que cierro los ojos me viene la imagen de su muñeca magullada y, una vez que ese recuerdo inunda mi mente, no me lo puedo sacar de encima.

Ahora me siento tremendamente culpable, porque, pese a todo, he roto mi promesa. He dejado de ayudarlo, aunque jamás de preocuparme por su bienestar.

Y no encuentro las fuerzas para hacerle frente esta noche, pues sé que lo único que veré reflejado en sus ojos cuando me mire será una decepción grabada a fuego. Pero lo que más temo es que, en vez de decepción, encuentre ira, o ambas combinadas en un sinfín de emociones.

Si está enfadado, nadie puede asegurarme que no vuelva a pasar lo de la librería. Nadie puede prometerme que no me volverá a alzar la mano.

Podría estar tranquila pensando en que vamos a estar rodeados constantemente de gente, pero, aun así, soy incapaz de quitarme esa sensación de alerta e inseguridad de encima.

Termino aplicándome maquillaje sobre las ojeras que adornan mis ojos, como un recordatorio de lo poco que he dormido estos días y de las constantes pesadillas que me han atormentado cuando conseguía conciliar el sueño después de horas de insomnio.

También me pongo en los labios un poco de brillo rojo, a juego con el vestido corto y ajustado de terciopelo que he escogido para esta noche. Sus mangas abullonadas me arrancan una sonrisa.

Después, la borro y me extiendo crema hidratante sobre las manos, especialmente sobre las puntas de los dedos, agrietados y doloridos de tantas veces que han dibujado un camino de heridas en mi garganta.

Cuando termino, me miro una última vez en el espejo, rezando por conseguir estar presentable delante de la familia Miller y sus invitados. Sin embargo, a mis ojos nada puede ocultar y camuflar el desastre que soy por dentro, las piezas colgantes y despedazadas de mi alma.

Solo espero, por primera vez, que los demás se limiten a observarme de una manera superficial.

—¡En dos minutos nos vamos! Si no espabilas, te quedas aquí.

El grito de mi madre me obliga a arrancar la vista de mi imagen reflejada en el espejo.

«Es Navidad», me recuerdo.

«Respira y ten paciencia».

«Hoy no se acabará el mundo, solo tienes que aguantar hasta mañana».

—¡Ya voy!

Salgo de mi habitación, no sin antes coger el bolso, y bajo a toda prisa las escaleras por miedo a que me dejen plantada en un día como hoy.

Mis padres y mi hermana me esperan impacientes frente a la puerta del garaje, enfundados en trajes y vestidos elegantes que robarían el aliento a cualquier persona.

Mi padre lleva un traje negro ajustado a su complexión delgada que deja entrever una camisa de punto azulenca a juego con el vestido de dos piezas que viste mi madre, la tela brillante cae sobre las puntas de sus zapatos de tacón fino, rozando levemente el suelo.

Por último, Ana usa un largo vestido negro y suelto, que realza su pecho y desciende en capas de tela indefinidas.

Ayer oí como mi madre le aconsejó que no se pusiera nada ceñido, no cuando los primeros signos de su no tan secreto embarazo empezaban a aflorar.

Me alegra ver que mi padre ya no porta consigo la expresión taciturna que lo acompañaba la noche que conversamos y los días posteriores, ahora parece más relajado. También me tranquiliza descubrir a mi madre, durante las cenas, mirando

despreocupadamente y de forma disimulada el vientre de Ana con un signo de ternura brillando en sus ojos.

Han logrado superar el choque que supuso esa noticia y, de hecho, si es que es posible, creo que su amor por mi hermana ha aumentado notablemente, pues ahora no solo la ven a ella, sino que demuestran también su amor a la promesa que crece en su interior.

Y no puedo evitar notar como se me ablanda el corazón cuando me imagino la familia perfecta que conformarán los cuatro, rebosante de amor y de atención. No obstante, nunca me veo inscrita entre ellos.

De hecho, he llegado a la conclusión de que llegaría a ser un estorbo, aunque en el fondo de mí ya he comenzado a querer con locura al pequeño que crece en el interior de mi hermana.

—Muy bien, vámonos.

Mi padre reposa su mano sobre la espalda baja de mi madre y nos encaminamos hacia el coche en un silencio que tan solo se rompe con los murmullos de mis padres, demasiado bajos como para entenderlos.

Durante el viaje, este proceso se repite incontables veces.

—¡Bienvenidos!

—Veo que hemos llegado demasiado pronto.

El señor y la señora Miller nos reciben en la puerta, igual de elegantes o más que mis padres. Es imposible no reparar en los aires de riqueza que desprenden, aunque de una forma amable y sofisticada al mismo tiempo.

—Para nada, en poco llegarán los demás invitados.

Tras la calurosa bienvenida nos adentramos en la casa de los Miller, a rebosar de diversos aromas especiados que provienen de la cocina y que acaban por inundar todas las estancias de la planta baja.

La chimenea está encendida e ilumina el salón de un tenue color rojizo y anaranjado, convirtiéndolo en un espacio más acogedor y cálido de lo que ya lo es habitualmente.

—Melody, cielo —Susan se acerca a mí, abrazándome—, estás preciosa.

—Gracias, tú también lo estás, Susan.

Percibo por el rabillo del ojo como mi madre me dirige una mirada de reprobación.

Intento pasarlo por alto.

—Egan y Claudia están en sus dormitorios, acabando de arreglarse. Sube, seguro que quieren verte.

Aprovecho la invitación para escabullirme de todos ellos y no tener que verme escuchando aburridas conversaciones de negocios o interminables halagos. Cuando llego arriba, lo primero que veo es a una Claudia nerviosa saliendo del cuarto de baño en dirección a su dormitorio.

—Hola.

—Melody, ya habéis llegado.

Una sonrisa se le dibuja en los labios y se refleja en su mirada. Va cargada con una montaña de ropa arrugada, por lo que veo, diferentes prendas de fiesta de todo tipo de tonalidades.

—Ahora mismo, he subido para saludaros. ¿Necesitas que te ayude?

—No, no, tranquila —se ruboriza y me indica con la cabeza que la siga—, estaba decidiendo qué ponerme.

Deja el montón de ropa dentro del armario y cierra con fuerza la puerta con el fin de que esta no salga disparada de su interior y acabe desparramada sobre el suelo.

Cuando termina, se gira hacia mí y me señala el traje de dos piezas que se ha puesto.

—¿Qué te parece?

Claudia lleva un top de mangas largas y ajustadas de color blanco con escote terminado en hombros caídos, que realza su cuello, libre de cualquier mechón ondulado de pelo, pues ahora lo ha moldeado en un moño apretado que le despeja la cara.

Lo ha combinado con unos pantalones de traje anchos de la misma tonalidad de las plantas que adornan su habitación.

Va preciosa.

Se ve diferente, más segura de sí misma.

—¡Estás guapísima, Claudia!

Sus mejillas se sonrojan y una tímida sonrisa asoma en sus labios.

—Tú también estás muy guapa, sabía que el color rojo te sentaba genial.

—Gracias. Y, dime, ¿estás lista para esta noche?

—No me hables de la fiesta… He perdido la cuenta de a cuánta gente han invitado mis amigas. Todavía estoy a tiempo de cancelarla, ¿no?

Me acerco y le tomo de las manos en señal de apoyo.

—Seguro que todo sale genial, no te preocupes.

—Confío en ti.

Asiento con la cabeza mientras oímos el sonido de las risas de nuestros padres que provienen del salón.

—Supongo que tendré que bajar a saludar.

—Está bien, yo iré a ver a Egan.

Cuando me aseguro de que Claudia desaparece bajo las escaleras, que ahora se me antojan interminables, me dirijo con pasos temblorosos hacia el cuarto en el que sé que se encuentra él, uno que ya no se me presenta como un lugar infranqueable sino como un sitio en el que sé que puedo resguardarme de todo lo demás.

La inseguridad que me asalta en pocos segundos por miedo a no estar lo suficientemente guapa acaba ganando la batalla a la nostalgia que, con cada paso que doy, se iba acumulando en mi pecho, recordándome que no sé cuándo será la última vez que podré adentrarme en esta habitación, al menos a sabiendas de que él ya no estará cerca.

Me aliso con manos temblorosas la parte baja del vestido, con cuidado de no estropear la tela de terciopelo que lo cubre y, después de un suspiro, me digno a dar unos golpecitos en la puerta.

—¡Puedes pasar!

Entro sin pensármelo, cogiendo una bocanada de aire y clavando con todas mis fuerzas la vista en la moqueta grisácea que avanza junto con mis pasos.

Una parte de mí se muere por ver la reacción de Egan al verme vestida de una manera tan… diferente, supongo. Pero otra teme encontrar una mirada vacía de ese brillo especial que espero encontrar en sus ojos, el mismo que sé que debo tener grabado en los míos sin siquiera haberlo visto, tan solo sintiendo su presencia a unos pocos pasos de mí, justo enfrente.

—Has llegado, Mel.

El diminutivo de mi nombre en sus labios, como siempre, ejerce tal fuerza en mí que hace que, finalmente, tras una lucha interna, acabe alzando mi mirada hasta toparme con la suya.

Y no sé si me alegro o me arrepiento con creces de haberlo hecho, pues cuando observo con detenimiento sus facciones no puedo evitar verme arrastrada hacia el ardor que desprende su mirada, calentándome por dentro. Sus ojos brillan como si me hubiera visto por primera vez después de mucho tiempo, arrastra sus pupilas por el largo de mi vestido lentamente, sin detenerse en

el dobladillo final, y baja por mis piernas desnudas hasta los tacones que me alzan unos centímetros más de lo habitual.

El corazón me hierve bajo el peso de su mirada.

El arrepentimiento viene cuando me doy cuenta de que no he podido pasar por alto que Egan tan solo lleva puestos unos pantalones de lino color crema, dejando entrever, al inicio de su cintura, el dobladillo de unos calzoncillos negros que resaltan sobre su piel pálida.

También arremete con todas sus fuerzas cuando observo por el rabillo del ojo como sujeta una camisa de botones blanca que debería estar cubriéndole el torso, ahora desnudo, pendiendo de su mano.

Debo de estar igual de roja que mi vestido, probablemente con la boca entreabierta ante la falta de oxígeno y la alta temperatura que comienza a haber de repente en esta habitación.

Esto es… demasiado, y ni siquiera puedo apartar la mirada de su pecho descubierto, lechoso, sin ninguna imperfección.

En mi imaginación Egan era algo idílico, ahora creo que puedo decir que conozco la perfección en persona.

Lo repaso con las pupilas, grabando a fuego cada rincón de su cuerpo, advirtiendo que, bajo la ropa y sobre sus músculos ligeramente marcados, también se extienden como salpicaduras algunas que otras pecas.

Y me doy cuenta de que me encuentro mirando más allá de él, de que si pudiera encontrarle alguna imperfección solo sería capaz de verlo perfecto, como si nada en él pudiera cambiar la forma en la que mis ojos lo miran.

Y eso me da miedo, mucho.

Porque no quiero engañarme.

No quiero hacerme más daño del que me han hecho y del que yo misma me he causado.

Por eso temo que todo esto sea una fachada, que me esté perdiendo en él como ya me he perdido antes, sin saber encontrar un camino de vuelta. No quiero acabar enamorada de Egan y después averiguar que cada parte de él ha sido una simple ilusión creada por mi subconsciente, y que sea demasiado tarde para dar marcha atrás y esquivar el dolor que eso causaría en mí.

Pero cuando noto que los latidos de mi corazón se han acrecentado y una sonrisa adorna sus labios, sé que he vuelto a perderme.

No sé cómo ni cuándo, pero me he enamorado de Egan en tan poco tiempo que siento que mi cuerpo todavía no puede digerirlo.

Y me siento una tonta, pero sobre todo, una ilusa, porque el amor a primera vista y los enamoramientos repentinos solo suceden en libros y películas con final feliz. Y esto es la vida real, mis sentimientos son reales, pero sobre todo, Egan es real.

Lo que pasa cuando llevas media vida viviendo entre libros, siendo partícipe de cada una de las historias en las que tú no eres el protagonista es que, al abrir los ojos y darte cuenta de que a tu alrededor todavía sigue existiendo un mundo de carne y hueso, no sabes afrontar nada de lo que realmente conlleva todo esto.

Te encuentras siendo la protagonista de una historia que esta vez no has elegido, dueña de sentimientos que duelen de verdad y te calan en lo más profundo de tu ser.

Y ahora, lo único que sé con certeza es que quiero a Egan, aunque desconozca por completo cómo es verdaderamente el amor.

Tal vez sí que lo conocí, pero lo he olvidado.

Porque no quiero quererlo de la misma forma que Alan predica quererme a mí, de una manera en la que solo uno de los dos sale

beneficiado y el otro sufre.

No quiero un amor que duela para Egan.

No para alguien que brilla con tanta fuerza que es capaz de iluminar a todo aquel que esté a su alrededor.

Y, sin embargo, me encuentro en un constante morir y revivir cuando estoy a su lado: Muero cada vez que noto que la distancia emerge entre nosotros, creciendo a pasos agigantados, cuando pienso que no puede comprenderme porque soy incapaz de explicarle quién soy verdaderamente, cuando me doy cuenta de que la felicidad es demasiado efímera como para atraparla y hacerla eterna.

Vivo constantemente a su lado, cuando me sonríe, cuando entiende aquello que sí le dejo ver, cuando es atento, amable, cariñoso, cuando sus ojos brillan al cruzarse con los míos. Vivo cuando se cuela entre mis costillas y me hace sentir en casa, resguardada de cualquier ventisca.

—Estás preciosa.

El aire vuelve a mis pulmones. Vuelvo a la vida.

—¿Seguro?

Su mano se posa sobre mi cadera, trazando suaves círculos sobre la tela.

—Jamás te mentiría. A ti no.

Disfruto del silencio que se crea entre nosotros para absorber sus palabras, para armarme de valor y creerme cada una de las cosas que me dice.

Confío en él.

Es el único en quien puedo hacerlo.

—Tú también estás muy bien, aunque a medio vestir.

—Me has pillado a medias, pero estoy seguro de que ha sido una bienvenida de lo más acogedora.

Su sonrisa pícara se me contagia.

—Podrías quedarte así toda la noche, creo que nadie se quejaría.

Se da la vuelta para recoger un bote de perfume azul de encima de su mesita de noche, dándome la espalda.

—Prefiero reservarme para alguien especial.

Intento contenerme, pero mi mano acaba aterrizando sobre sus omóplatos. Siento cómo contrae los músculos cuando, movida por todos los sentimientos que tengo hacia él, comienzo a deslizar la punta de mis dedos por su piel.

Su cuerpo sube y baja al compás de su respiración algo más agitada que hace unos segundos, instándome a repasar su columna vertebral hasta llegar a sus caderas.

No puedo evitar pensar en que podría reseguir cada una de sus pecas, repartidas irregularmente, formando constelaciones.

Y eso es justo lo que hago.

Trazo cada parte de la piel desnuda hasta que encuentro una de sus pecas y vuelvo a comenzar.

—¿Quién? —Mi voz sale en un susurro.

—Solo tú, Melody.

Apenas me da tiempo de apartar mi mano de su espalda ni de permitir que mi corazón vuelva a su sitio cuando Egan se gira bruscamente, me agarra de las mejillas y estampa sus labios contra los míos.

Su lengua resigue la comisura de mis labios, devorándome, y después la entrelaza con la mía.

Y me dejo llevar, pues solo puedo pensar en que nuestros cuerpos reaccionan de la misma manera cuando estamos juntos, en que no hay mejor sonido que el de nuestras respiraciones hechas una, en el sabor de su boca sobre la mía y en el tacto de sus manos bajando lentamente hacia el final de mi vestido.

Me mira a los ojos y comprendo que me está pidiendo permiso. No sé para qué, pero me limito a asentir y a dedicarle una sonrisa antes de morderle delicadamente el labio inferior.

Sus manos me agarran del culo, aferrándose con fuerza, pero sin llegar a hacerme daño, y descubro una nueva forma de poder morir por el placer que Egan causa en mí.

Me atrae hacia él, haciendo chocar nuestros pechos.

Y entonces el beso comienza a suavizarse, no hay fogosidad, tan solo encuentro…, amor.

Lo noto en las caricias que ahora reparte por mis brazos, por cómo me levanta la barbilla para poder acceder mejor a mi boca.

Pero, sobre todo, por cómo late su corazón contra el mío.

Porque ambos laten movidos por la misma melodía, a un compás perfecto, idéntico.

—Deberíamos bajar.

Su voz me despierta de la ensoñación en la que había caído.

—Podríamos quedarnos aquí, los dos.

Hago un puchero, arrancándole una sonrisa de los labios. Pero es cierto, por mucho que este se haya convertido en mi refugio, no podemos alargar este momento infinitamente. Nuestras familias nos están esperando y pronto llegarán los demás, incluido Alan, si es que no lo han hecho ya.

El mero pensamiento me revuelve el estómago.

Todavía no estoy lista para verlo.

Pero tampoco puedo esconderme en esta habitación eternamente, hoy no.

No cuando siento que estoy jugando con fuego constantemente, cuando sé con certeza que, si alguien nos descubre y él se entera, acabaré de romperme.

—Mel.

—¿Sí?

—Sé que no quieres que los demás se enteren de esto —me señala y después se señala a sí mismo—, pero…

Me siento fatal, esto no está bien. Solo quería que ambos pudiéramos ser felices sin importar el resto y, sin embargo, lo único que estoy consiguiendo es hacerle daño.

—No siempre —le corto—. Solo necesito un poco de tiempo, solo un poco más. Quiero que esto salga bien.

—Yo también.

Su mano acaricia la mía, entrelazando nuestros dedos.

—Y no quiero que pienses que quiero mantener lo nuestro en secreto.

Pero en realidad es así y me recrimino mentalmente por haberle mentido, de nuevo. Estoy desesperada porque no deseo que nadie se entere de lo que ha sucedido entre Egan y yo. Me da igual el mundo, el resto de las personas que habitan en él, tan solo quiero que todos vean que por fin he encontrado a alguien que me ha devuelto las esperanzas de volver a ser feliz. Quiero que todos se den cuenta de que lo he logrado, necesito que Egan vea lo mucho que lo necesito.

Pero solo hace falta una persona para romper todo ese sueño. Porque él es más fuerte que yo y que el mundo al completo. Gira en torno a mí, absorbiéndome, convirtiéndose en mi centro de gravedad.

Si Alan se entera acabaremos destruidos los dos.

Y a veces me da miedo desaparecer.

Y, aunque me duela, ese miedo es más fuerte que el amor que siento por Egan.

Al menos por ahora.

—Puedo esperarte, Melody. Y si la cagamos no quiero que sea por querer ir deprisa.

—Lo sé. Pero tú te vas a ir… y yo me voy a quedar aquí. No me vas a esperar eternamente.

Una sombra de tristeza le nubla los ojos y yo me trago el pinchazo que ha acechado mi garganta.

—Pues aprovechemos el tiempo que tenemos.

—¿Y después?

La puerta se abre bruscamente al mismo tiempo que una Amelia preciosa se acerca a Egan con pasos efusivos y se lanza a su cuello para abrazarlo.

Apenas me da tiempo a reaccionar cuando Egan ya está hablando mientras se coloca la camisa.

—Podrías haber llamado antes de entrar.

—Necesito hablar contigo, Egan.

—¿Seguro que no puede esperar?

—No, es urgente.

La habitación se queda en silencio y, antes de que Amelia se dirija a mí, ya sé lo que me va a decir.

—Si no te importa, Melody, es algo privado.

Una sonrisa se dibuja en sus labios, está muy lejos de ser la Amelia del viernes con la que compartí una noche de chicas en esta misma casa.

Y algo se revuelve en mi interior.

Trago saliva y miro a Egan, el cual asiente con la cabeza y gesticula con los labios un «luego hablamos» mudo.

—Claro, os veo abajo.

—En serio, no puedes aparecer así, de repente, en mi habitación, ya no.

—¿A qué te refieres?

Cierro la puerta antes de averiguar por dónde sigue la conversación. Egan no le dirá nada, lo sé. Pero también es cierto que Amelia puede ser muy persuasiva con aquello que quiere.

Bajo las escaleras intentando despejar mis pensamientos y, cuando llego al final del tramo me dirijo a la primera persona que veo, Ruby.

Capítulo 45

El juego de Alan

Ruby me explica que Susie no vendrá a cenar, sino que llegará cuando vaya a dar comienzo la fiesta, después de pasar la noche con su familia en casa de sus tíos. Y, aunque me hubiera gustado tenerla aquí conmigo para sentirme más cómoda, me alegro por ella, porque debe de ser maravilloso querer disfrutar el día de Navidad de una cena rodeado de tu familia.

—Por lo menos no se va a perder la fiesta de Claudia, estaba muy emocionada.

—Seguro que se convierte en el alma de la fiesta.

—No me lo recuerdes, la última vez que salimos las dos tuve que pasarme la mañana siguiente aguantando sus vómitos.

—Vale, mejor me callo.

Ruby se ríe mientras niega con la cabeza, meciendo los rizos de su pelo sobre su cabeza, ahora recogidos en una coleta alta. Siempre he pensado que es una chica despampanante, con su mono a cuadros blancos y negros y su arrollador carácter que infunde alegría a quien está a su lado.

Susie es afortunada de ser tan cercana a ella. Yo me conformo con saber que ahora me considera una de sus amigas.

—Por cierto, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Déjame adivinar, tiene que ver con una rubia con muy mal genio.

Me ruborizo por sentirme tan entrometida, pero arriba, cuando Amelia ha irrumpido en el dormitorio de Egan, he presentido que algo no iba bien. Y necesito asegurarme de ello.

—No tienes por qué contestar, si no quieres.

—Voy a contarte lo que sé, que no es mucho.

Asiento con la cabeza mientras siento como los nervios comienzan a treparme por las piernas.

—Se ve que Nick, el chico del que nos habló —se detiene y espera a que asienta para afirmarle que lo recuerdo—, la engañó hace unos días con una chica de nuestro instituto.

—¿Qué?

—Sí, y por si fuera poco, se ve que esa chica no es precisamente muy cercana a Amelia.

—Debe de estar muy dolida.

—Yo creo que más bien debe de estar furiosa, ha tenido que ser un golpe duro para ella.

Me siento mal por Amelia, la he juzgado mal antes de saber por lo que estaba pasando, así que me prometo mentalmente que esta noche voy a intentar no perder los nervios por mucho que vea como vuelve a estar rondándole a Egan constantemente.

Porque sé que eso es justo lo que va a suceder. Las cosas siempre vuelven a su cauce y demasiado bien estaban yendo las cosas.

—¿Por qué querías saberlo?

—Bueno, yo… estaba arriba hablando con Egan y ha aparecido de golpe, prácticamente lanzándose a su cuello. Después, en otras palabras, me ha echado de la habitación.

—Vaya… no tienes por qué preocuparte.

Ruby me regala una sonrisa sincera que, lejos de tranquilizarme, me altera.

—¿Por qué no debería preocuparme?

Reprimo el impulso de llevarme una mano a un mechón de pelo y, en su lugar, me clavo las uñas en las palmas de las manos.

—Para Egan, Amelia siempre ha sido una amiga, nada más.

—Yo no… No…

—Voy a hacer como que yo no sé nada, pero es bastante obvio lo que pasa entre vosotros dos.

Pienso en negarme, decirle que no está en lo cierto, pero lo único que conseguiría es quedar como una patética mentirosa que intenta ocultar algo que, al parecer, ya ha salido a la luz, al menos para una persona.

Así que, en vez de eso, me limito a sentir como mis mejillas se sonrojan y barajar las únicas posibilidades que me quedan para responderle.

—Hemos decidido que no vamos a decírselo a nadie, por ahora.

—Si es por Claudia, te aseguro que no creo que le moleste o algo parecido.

—Por favor, es algo más… complicado.

—Entiendo.

Ojalá lo entendiera, viera todo lo que está sucediendo y quisiera ayudarme a salir del túnel sin salida en el que hace tiempo me he adentrado. Pero sé que solo lo dice para tranquilizarme.

—Mi boca está cerrada. —Hace el gesto de cerrarse los labios con una llave imaginaria y, después, la tira por detrás de su cabeza.

—Gracias.

—Por cierto, cambiando de tema, Alan te estaba buscando.

El dulce calor que proviene de la chimenea de los Miller desaparece en un cerrar y abrir de ojos, envolviéndome ahora un frío parecido al que sentí en el balcón de esta misma casa, al borde de la barandilla que separaba mi cuerpo del vacío.

Esto es lo que pasa cuando intentas evitar algo con todas tus fuerzas, que tarde o temprano te das de bruces con ello. No podemos huir eternamente.

Me tiene atrapada.

—¿Ya ha llegado?

—Sí, la última vez que lo he visto se estaba presentando a tus padres. Son muy amables, por cierto.

Le sonrío, mordiéndome la lengua para evitar decir que se equivoca.

—Iré a buscarlo entonces.

—Ve, yo iré con Claudia, hay demasiados adultos en esta casa.

Me siento desorientada cuando doy los primeros pasos hacia mi madre, a la cual veo de espaldas en la cocina, junto con mi padre y un cuerpo cubierto por un traje negro algo holgado que reconozco a la perfección.

No sé por qué, pero quiero arrancarlo lejos de mis padres, no quiero verlo junto a ellos… Es demasiado.

Verlos unidos, hablando entre sonrisas sinceras, es un constante recuerdo de cómo se han torcido las cosas en tan poco tiempo, de lo mucho que me he marchitado bajo el peso de las palabras y actos de cada uno de ellos.

—¡Vaya! Mira quién aparece por fin.

Mi padre me indica que me acerque con la mano y yo me uno a los tres bajo la atenta mirada de Alan calándome los huesos.

—Hola.

Lo miro a los ojos mientras mis labios se mueven solos como un acto voluntario bajo su presencia. Lleva el pelo más corto que la última vez que estuvimos juntos y, la posición en la que está, con una mano metida en el bolsillo delantero de su traje, le da un aire sereno, más seguro de sí mismo.

Pero, en vez de dar una respuesta, lo único que hace es mover ligeramente la cabeza a modo de saludo.

Me muerdo el labio inferior, prefiero mil veces antes sus palabras, por mucho que a veces puedan doler, a su silencio.

Porque no sé en lo que está pensando, es imposible leerlo.

—Alan nos contaba que su familia trabaja en el sector empresarial, como nosotros, y que hace unos años se mudaron a una casa a apenas unas manzanas de la nuestra. Tal vez los conozcamos de vista.

Lo primero que pienso es que no tengo ni idea de a qué se dedican los padres de Alan y, lo segundo, es que el edificio en el que vive junto con su familia no se encuentra a unas manzanas de casa, de eso sí estoy segura.

—No tenía ni idea.

—Nos encantaría conocerlos —habla mi madre ahora—, al final nos dedicamos al mismo mundo y somos casi vecinos.

—Mis padres suelen estar muy ocupados con trabajos por negocios, pero no duden de que les hablaré de ustedes.

Comienzo a marearme. ¿Por qué está haciendo esto? Está mintiendo a mis padres conmigo aquí, presente en la conversación, y aun así parece tan… tranquilo, como si nada de lo que estuviera diciendo le conmoviera lo más mínimo, como si el peso de sus mentiras fuera inexistente.

Todo lo contrario, en vez de eso, lo siguiente que hace es mostrar una gran sonrisa y, esta vez, se dirige a mí.

—¿Podemos hablar?

—Sí.

Me gustaría gritarle, exigirle que le diga la verdad a mis padres, que se perdone por cómo está manipulando a mi familia, por como lo ha hecho conmigo hasta ahora.

Porque ahora me doy cuenta. Tan solo me ha hecho falta ver esta faceta de Alan para llegar a la conclusión de que nunca he llegado a conocerlo por completo, de que todo lo que he visto de él no han sido más que las caras que él quería mostrarme.

Su amabilidad, sus gestos, su agarre sobre mi piel, sus gritos, su mirada intimidante, las amenazas con arrebatarse la vida si me alejaba de su lado…

Yo he sido la primera que ha caído en su juego.

Y he perdido.

Porque, pese a todo, soy incapaz de no pensar que en algún momento, cuando menos me lo espere, Alan volverá a hacerse daño.

Y no hay nada ni nadie que pueda quitarme la culpa por ello.

—Ha sido un placer conocerlos.

—Igualmente, cariño.

Mi madre se despide de Alan cuando nos alejamos de ellos hacia el recibidor, ahora completamente vacío.

—Les has mentido.

—Yo también me alegro de verte, dependienta. No he sabido nada de ti esta semana.

—¿Por qué lo has hecho?

No quiero escucharlo, no quiero volver a caer en su red. Esta vez pienso ser yo la que dirija la conversación.

—Quería impresionarlos.

—¿Y tienes que inventarte una vida para ello?

—Ambos sabemos cómo son tus padres, tú misma lo dijiste. Siempre seremos las ovejas negras y eso hace que a veces tengamos que cambiar un poco la realidad para encajar.

Tiene razón, no encajamos porque nuestro dolor nos hace diferentes. Incluso yo misma he comenzado a mentir a la persona

que más me importa para no sentir el dolor del rechazo de nuevo. Me he dado cuenta de que estoy desesperada.

Pero, aunque me duela admitir que puedo comprenderlo, me he cansado de sus mentiras y de sus manipulaciones.

—No conmigo o mi familia.

—¿Crees que te miento?

Sí. Y me siento fatal por no haberme dado cuenta antes, por no haber abierto los ojos cuando debía.

Pero sus palabras surten un efecto distinto en mí, pues su tono, lejos de ser el de una mera pregunta, suena amenazante.

—Creo que a veces me ocultas cosas.

—¿Y no es eso lo mismo? ¿De verdad piensas que te mentí con esto? —Alan se remanga la camisa blanca y deja relucir la muñeca en la que se realizó el corte, ahora apenas visible.

—No, por supuesto que no.

Pero no me escucha, está demasiado enfrascado en sus pensamientos como para prestarme atención.

De hecho, lo siguiente que hace es comenzar a desabotonarse la muñequera de su otra mano y, después, repite el mismo proceso que antes con la camisa, robándome el aire.

—¿Esto también te parece una mentira?

El trozo de piel que antes estaba intacto ahora parece una copia de su otro brazo. Rojo, abullonado, ligeramente amoratado.

Comienzo a sentir como me hundo entre sus cortes, sintiendo la presión de cada uno de sus trazos asfixiándome por la garganta.

Otra vez no.

No ha podido hacerlo.

Alan ha vuelto a cortarse mientras yo me enrollaba con su mejor amigo. Mientras me esforzaba por ignorarlo con todas mis fuerzas

por algo que nunca llegó a pasar en la librería porque una mujer acabó interrumpiéndonos.

Lo abandoné, luché por olvidarlo y estas son las consecuencias.

Soy una persona horrible.

Merezco que todo lo que está sufriendo Alan, el dolor que él mismo se está causando, me suceda a mí.

—Alan —mi voz sale apenas en un susurro—, no.

—Pensaba que te habías rendido conmigo, dependienta.

Lo hice. Quise hacerlo.

—Solo… necesitábamos un tiempo, dime que solo es esto, que no te has hecho más daño.

Me escuecen los ojos y me preparo para las lágrimas que sé que en breve comenzarán a rodar sobre mis mejillas.

—Lo siento mucho, de verdad.

Pero es él el que derrama una lágrima primero.

—El lunes estuve a punto de pegarte, Melody. —Se señala la muñeca.

—No es verdad, Alan. Escúchame, lo de la librería no puede volver a pasar, pero hacerte esto no va a solucionar nada.

—Fui un cobarde, ni siquiera tuve fuerzas para continuar.

—De eso nada, hiciste bien. Pero tienes que prometerme que vas a ser fuerte.

—¿Estarás a mi lado?

—Sí, pero tenemos que hablar de algunas cosas.

—Vale.

—No puedes gritarme, ni forzarme a besarte… y mucho menos puedes levantarme la mano. Se acabaron las mentiras. Si quieres que seamos amigos, así no va a funcionar, sobre todo cuando yo solo intento ayudarte.

—Te quiero.

Se acerca a mí, limpiándose las últimas lágrimas que todavía no habían rozado el suelo. Tiene la mandíbula tensa, aunque hace el intento de dibujar una sonrisa en sus labios.

—¿Me has escuchado?

Reúno todas las fuerzas que tengo, no me puedo creer que le esté haciendo frente y, aun así, siento que está demasiado centrado en mis labios como para prestarme atención.

—No te quiero como a una amiga, ya lo sabes. Lo que no entiendo es como puedes tardar tanto en darte cuenta.

—Alan, por favor, necesito que me digas que vas a pensar en lo que te he dicho.

Me araño la piel de las muñecas en un intento de aliviar la familiar ansiedad que comienza a recorrerme las venas. Esto no está saliendo como yo pensaba.

—Claro.

—¿De verdad?

—¿Desde cuándo eres tan insistente?

Desde que me he dado cuenta de que me he convertido en el único peón que queda en tu tablero, Alan.

No le contesto, tan solo me limito a apoyar la espalda contra la pared cuando su cuerpo se acerca más al mío.

—Dime que me quieres, hace mucho que no lo haces.

—Yo…

—El otro día no tuve fuerzas para continuar, pero no sé si podré soportar otro rechazo de tu parte.

—No puedes seguir haciendo esto.

—¿Expresarme contigo, decirte mis sentimientos?

—Decirme que si no hago lo que quieres te harás daño.

Se me rompe la voz en las últimas palabras, perdiendo el valor que había recopilado hasta ahora.

—Simplemente te ayudo a hacer lo que no puedes hacer por ti sola. Nunca me dices que me quieres, aunque sabes que necesito escucharlo de tus labios. —Su mano se acerca a mi boca, rozando la comisura de estos.

No puedo negárselo, está en lo cierto.

Todas las llamadas en las que me ha insistido en que se lo dijera, todas aquellas mañanas en las que me acompañaba durante la jornada en Sopa de Letras, esperando un «te quiero» cuando llegaba y otro cuando se marchaba.

Esas dos palabras han perdido todo el significado que una vez pudieron tener para mí. Dichas son simplemente eso, palabras huecas, carentes de sentimientos.

Y lo hacía, se lo decía todas las veces en las que él me lo pedía, de forma mecánica, autómata.

Por eso no sé por qué hoy me cuesta tanto, por qué no me resigno a decirle lo que tanto anhela para librarme de él durante unos instantes.

Pero tengo miedo. Siento que las paredes oyen, que en cualquier momento alguien puede descubrirnos, que Egan puede vernos.

Si eso pasara, volvería a morir, y esta vez no habría un punto de retorno.

La única persona que cree en mí por lo que soy dejaría de confiar en mí, se sentiría traicionada.

Pero se acerca todavía más, cortando el espacio que nos separaba y haciendo chocar nuestros pechos.

—Dímelo.

—Has dicho que pensarías en lo que te acabo de decir.

Mi respiración se acelera cuando sus ojos vuelven a anclarse en mi boca, hambrientos.

—No hemos hablado de esto. Si me quieres ayudar, solo tienes que decir esas dos palabras.

Rompo a llorar. No puedo más. Por mucho que lo intente, que luche por romper las cuerdas que me atan a él, siempre refuerza su agarre, siempre consigue volver a atraerme hacia él.

—¿Ni siquiera te importa que no sienta lo que estoy diciendo?

No me contesta, pero entre lágrimas, puedo ver el desconcierto grabado durante unos segundos en su mirada. Después vuelve a adoptar esa expresión neutra que tan bien conozco.

—Dilo.

—No…

Su mano pesca mi cintura, hundiendo sus dedos en la tela del vestido, sintiendo como me traspasan la piel por la fuerza que ejerce.

Se acerca a mi oreja, susurrando.

—Son solo dos palabras.

Oigo que alguien se acerca y siento como el mundo comienza a desmoronarse. Se acabó.

Los pasos paran.

Necesito salir de aquí.

Solo una vez más, me repito a mí misma como siempre.

Podrás salir de aquí. No te descubrirán.

—Te quiero.

Le respondo de la misma manera, en un susurro, por miedo a que me oigan.

—¿Lo ves? No era tan complicado.

Alan se separa de mí y comienza a alejarse, dejándome con la respiración agitada y temblando.

Me separo de la pared sintiendo como me arde el pecho mientras lo veo desaparecer cuando dobla una esquina.

Avanzo mirando al suelo, incapaz de hacer frente a esta casa, a las personas que hay aquí dentro, limpiándome las lágrimas que todavía cubren mis mejillas.

—Te estaba buscando.

Levanto la mirada de golpe, al punto del colapso de mi ritmo cardiaco.

Claudia me mira con los ojos abiertos y los labios fruncidos.

—La cena ya está en la mesa.

—Gracias, ahora voy.

Sus ojos viajan hasta mi cintura, adoptando una fugaz mirada de extrañeza y, luego, vuelve a posar sus ojos sobre los míos.

—¿Va todo bien?

—Sí, claro.

—De acuerdo, te espero en el salón.

Me quedo sola, de nuevo. Es imposible que no haya advertido mis ojos enrojecidos por las lágrimas o la respiración acelerada que cargo encima, pero, si lo ha hecho, ha preferido no decir nada.

Y se lo agradezco, no hubiera soportado tener que inventar alguna explicación para justificarme.

Aunque, por otra parte, me pregunto si de verdad algo como lo que está ocurriendo entre Alan y yo puede pasar tan fácilmente desapercibido para los demás, porque, por mucho que me esfuerce en escondernos, en camuflar todo lo que me está causando, no puedo evitar esperar que alguien lo advierta y decida ayudarme.

Recuerdo los ojos de Claudia sobre mi cintura y bajo la mirada hacia el trozo de tela que ahora tiene la silueta de lo que parece una mano, la de Alan, grabada en terciopelo.

La elimino con la palma de mi mano.

Ojalá fuera tan fácil borrar las marcas que se han formado en mi interior y que él también ha causado.

Capítulo 46

¿Verdad o reto?

La cena da comienzo religiosamente después de unas palabras de agradecimiento por parte del señor y la señora Miller. La mesa está preciosa y rebosante de comida: pavo asado con zanahorias y salsa de arándanos, patatas asadas, pudin e infinitas fuentes de verduras acompañadas de salsa.

Además, de manera previsora para aquellos que tienen un paladar más delicado, en el centro hay un gran recipiente de caldo con pasta.

Sin embargo, me paso la cena perdida en conversaciones en las que no tengo cabida, la mayoría entre los más adultos, todas girando alrededor del trabajo de nuestros padres. También termino sumida en las miradas de Alan y en la presencia de Amelia, sentada enfrente de mí y justo al lado de Egan, acaparando toda su atención con comentarios que se me hacen de lo más irritante.

Todavía tengo el estómago revuelto por la cercanía y las palabras de Alan en el recibidor, y los inminentes celos que estallan en mi cabeza acaban por arrancarme por completo el apetito que había perdido mucho antes de sentarme a la mesa.

Supongo que es por eso, por la creciente incomodidad que siento esta noche por lo que, cuando el señor Miller se levanta y hace saltar por los aires el corcho de una botella de vino tinto, decido que solo hay una solución para poder evadirme de mí misma.

Levanto la copa de cristal templado que tengo enfrente cuando el padre de Egan pregunta quién quiere un poco y, a partir de ese momento, pierdo la cuenta de las veces que termino pidiendo que la rellenen de nuevo, también de las miradas desaprobatorias de mis padres.

Con la tercera copa averiguo que no me gusta el vino, pero que no hace falta que algo nos resulte agradable para que se vuelva adictivo, más cuando comienzo a notar sus efectos en mí.

Alan sigue ahí, igual que Amelia y mis padres, incluso Egan y los demás, pero algo comienza a cambiar. El dolor comienza a mitigarse, convirtiéndose en un mero recuerdo que nunca te abandona, pero que termina perdiendo su característica punzada.

—No sabía que te gustaba el vino.

Egan me mira con una ceja alzada y una sonrisa grabada en los labios.

—Yo tampoco.

Nuestras risas se funden con el murmullo de la mesa y, mientras, me termino el último trago.

Decido que ya es suficiente, que no quiero acabar completamente borracha delante de mis padres y de los de Egan. Solo conseguiría apoyar el discurso de que soy una irresponsable, sin embargo, hay algo que el alcohol no puede hacer.

Eliminar el sentimiento abrasador de los ojos de Alan sobre mi piel.

Constante.

Incesante.

Parece que no se cansa, hambriento de cada parte de mi cuerpo.

Intento no prestarle mucha atención, pero me es imposible no sentir como su mirada recorre cada fibra de mi piel, cada centímetro de mi vestido.

Es como si no le preocupara que alguien lo descubriera mirándome de esa forma, como si fuera suya. Pero es normal, al fin y al cabo, pues yo soy la única que está jugando a esconder lo que es imposible, la que se empeña en ocultar la relación que hemos construido entre los dos.

Y me gustaría que fuera Egan el que me mirara así.

Pido otra copa y me prometo que esta va a ser la última antes de que dé inicio la fiesta de Claudia.

…

Nuestros padres, junto con mi hermana, terminaron marchándose dos horas y media después a un bar lo suficiente alejado como para asegurarse de que no deberíamos esperarlos hasta bien entrada la madrugada.

El sótano de los Miller apenas tardó tres cuartos de hora en estar atestado de adolescentes bailando, besándose por las esquinas y emborrachándose.

Yo, por mi parte, muevo el vaso que tengo en la mano y me embobo viendo como la bebida que hay dentro de él da vueltas de un lado a otro. Se parece a un remolino y eso me hace mucha gracia.

—Venga, Melody, vamos a jugar a un juego.

Claudia me coge de la mano mientras me río como si no hubiera un mañana y me lleva a rastras empujando con los hombros a la gente que baila como loca por todos los rincones del sótano.

—Claudia, Claudia, espera, mira. —Paramos en medio de un grupo de chicas que están saltando al ritmo de la música y le enseño el vaso, dándole vueltas—. Es… es… un puto remolino. —Siento como empiezo a llorar de la risa y, aunque sé que no tiene mucho

sentido el hecho de me esté riendo por ver como se mueve el licor, miro con entusiasmo a Claudia y veo como ella también empieza a reírse—. ¿Crees que me hará daño si me lo bebo?

—Me parece que te has pasado un poco con la bebida, ¿no?

—Qué va, solo me he tomado…

De repente siento como alguien choca contra mi espalda y hace que toda mi bebida se derrame sobre mis zapatos. Me doy la vuelta, enfadada, se han cargado mi remolino.

—¡Oye, podrías tener un poco de cuidado!

Fulmino con la mirada a la chica que se está disculpando conmigo cuando Claudia vuelve a arrastrarme y me lleva hacia la otra punta del sótano. Me da la sensación de que esta noche no queda rastro de la chica tímida que suele ser Claudia normalmente, me gusta, eso hace que esté mucho más abierta con los demás y que pueda pasárselo mejor.

—Tranquila, aquí tenemos de sobra.

—Joder, chica, vas bien cargada, ¿eh? —Ruby me rodea los hombros con un brazo y me estrecha contra su cuerpo. Yo le doy un beso en la mejilla y pienso que ella no va mucho mejor que yo.

—Seguro que tú me ganas, te he visto con la botella de brandy en la mano hace un rato, pillina.

—Puede, pero yo estoy mucho mejor entrenada que tú.

—Por poco tiempo. —Le cojo el vaso que tiene en la mano y le doy un buen trago antes de devolvérselo. La garganta me arde y hago un gran esfuerzo por no echar todo el líquido que me he metido en la boca. No sé qué es eso, pero sabe horrible.

—Dios, sí que vas mal. —Ruby empieza a reírse a carcajadas y yo me uno a ella pese al dolor de garganta que se me ha quedado después de ese trago.

Giro la cabeza en dirección a la improvisada pista de baile y veo como Amelia se acerca cogida de la mano de Egan. ¿Es que no se piensa separar de él en toda la noche? Siento como se me revuelve el estómago y me entra una opresión en la garganta que me hace dudar de si es porque tanto alcohol me va a hacer vomitar o porque voy a empezar a llorar ante la impotencia de no poder hacer nada para acercarme a Egan.

Me quema por dentro el no poder estar con él en este preciso momento, no poder tocar las ondulaciones de su pelo, su mandíbula, dibujar constelaciones por las pecas de su cuerpo. Me da miedo hacerlo por un motivo obvio, y el hecho de que el arma en la que se ha convertido para mí el alcohol esta noche ni siquiera me dé el valor suficiente para eso, me oprime de tal manera que pienso que me va a estallar la cabeza.

—Vale, ya estamos aquí.

Amelia se ajusta bien el escote, haciendo resaltar más sus pechos, y se acomoda bien el pelo. Egan me mira y le aguanto la mirada, sabiendo que lo más probable es que esto sea lo más cerca que voy a estar de él. Pero al instante siento como se me congela el cuerpo y se me acelera la respiración cuando me acaricia la mano con sus dedos fríos y, lentamente, de una manera tan disimulada que hace que me estremezca, empieza a subir su mano por mi brazo, acariciándome de una manera tan delicada que creo que, si no fuera porque mi cuerpo siempre se pone en máxima alerta cuando Egan está cerca, ni siquiera podría notar su contacto.

La burbuja que nos había empezado a envolver se rompe en cuanto Ruby se acerca a mi oreja y me susurra un «tranquila, la mayor parte del tiempo yo tampoco la soporto», y me regala una sonrisa que transmite, lo que me parece a mí, compasión.

No me enfado porque haya interrumpido ese pequeño momento que se estaba formando entre nosotros, pero si siento unas enormes ganas de darle otro trago a ese asqueroso licor del vaso de Ruby para animarme un poco y dejar de pensar en que, esté donde esté, Alan no me quita el ojo de encima.

—Muy bien, sentaos en el suelo, vamos, vamos. —Claudia se acerca con una botella de alcohol diferente en cada mano y nos sentamos todos en el suelo, formando un círculo—. Susie, ¿tienes los vasos?

—Aquí los tengo. —Susie da palmadas en el aire y reparte un vaso de chupito para cada uno.

Ruby me pasa una de las botellas ya abiertas y me indica que llene mi vaso. Lo hago y después se lo paso a Susie, a quien tengo a mi otro lado.

—¿A qué vamos a jugar? —pregunto en cuanto he acabado de rellenar el mío.

—A verdad o reto, por supuesto. —Amelia me contesta superentusiasmada y le aprieta la rodilla a Egan de la emoción. Yo no puedo evitar poner los ojos en blanco y soltar un soplido, parece que el alcohol al menos ha hecho que la vergüenza haya decidido abandonar mi cuerpo, solo un poco, pero con eso me conformo.

—¿Y los chupitos para qué son entonces?

—Si te niegas a decir una verdad tienes que bebértelo de un trago o también te pueden retar a beber todo lo que ellos quieran. Ten cuidado, pueden ser unos cabrones.

Miro a Egan emocionada por el juego, olvidándome de Amelia por un momento, y él me guiña un ojo mientras me regala esa sonrisa de la que sé que me estoy enamorando.

—Vale, ¿estáis todos listos?

Asentimos cuando Amelia pregunta:

—Espera, ¿alguien sabe dónde está Alan?

El cuerpo se me tensa por completo. Deseo con todas mis fuerzas que nadie vaya a buscarlo, solo necesito un poco de tiempo a solas, bueno, ahora no estoy lo que se dice muy a solas, pero necesito alejarme de él, no sentir su presencia todo el rato a mis espaldas.

—Ha ido a buscar más cervezas arriba, ha dicho que empecemos sin él.

—¡Empiezo yo, entonces! —Ruby se acomoda en su sitio y piensa en algo que decir—. Voy a empezar flojo, para que no os quejéis. —Nos mira a todos con los ojos entrecerrados y al final clava su mirada en Amelia—. Amelia, ¿verdad o reto?

—Verdad.

—¿Es verdad que si hoy fuera la última noche de tu vida te liarías con todos los tíos que hay en la fiesta?

—Solo con algunos que ya tengo en mente. —Amelia se ríe y le señala con un dedo a Ruby su chupito.

—¿Por qué tiene que beber ahora Ruby? —le pregunto a Susie en la oreja.

—Amelia ha dado a entender que no es verdad, así que Ruby tiene que beber.

—Pero así nos vamos a acabar las dos botellas en un cerrar y abrir de ojos. —Abro los ojos impresionada por la cantidad de alcohol que vamos a tener que beber todos y me empiezo a reír otra vez.

—De eso se trata, la última vez acabé tan borracha que le regalé mis pendientes de colores favoritos a una chica que no conocía de nada, ¿te lo puedes creer?

—¡Oh, lo siento mucho, Susie! A mí me gustan mucho los que llevas hoy puestos, no te pongas triste.

—Oye, vosotras dos, estad atentas u os vais a perder el reto que le está a punto de poner Amelia a Claudia.

—¡Ya lo tengo! Te reto a que te quites la prenda de arriba al menos durante esta ronda.

Miro a Claudia y pese a que las luces están apagadas y solo los focos de colores iluminan el sótano, me parece ver como se sonroja un poco. Yo simplemente la miro con una gran sonrisa en la cara y le levanto ambos pulgares en signo de apoyo. También veo como Egan niega con la cabeza mientras bebe de su vaso rojo.

—Está bien —y así, Claudia se queda en sujetador delante de todos—. Melody, te toca. ¿Verdad o reto?

Me quedo pensando en silencio mientras todos me miran esperando a que conteste algo. ¿Qué hago? Si escojo verdad, lo más probable es que acabe bebiendo y si escojo reto, para que mentir, también. Sin embargo, eso ahora mismo no me importa, necesito adrenalina en el cuerpo.

—Venga, vale, reto.

Todos vitorean cuando contesto y a Claudia se le dibuja una gran sonrisa en la cara.

—Está bien… emm, a ver, Melody, sabes que te quiero, ¿no?

Creo que estoy demasiado borracha como para darme cuenta de que Claudia acaba de decirme que me quiere, así que solo levanto una ceja como preguntándole a qué se refiere y asiento con lentitud.

—Bien, pues te reto a beberte todos nuestros chupitos.

Se me abren mucho los ojos y se me revuelve el estómago al pensar en que me tengo que beber todos esos chupitos de golpe, yo sola. A ver, sé que había dicho que el alcohol esta noche era mi mejor arma, pero una cosa es eso y otra muy diferente acabar vomitando durante lo que queda de la fiesta.

—Te has pasado, Claudia —suelta Egan, más serio de lo normal.

Lo miro y veo que tiene las cejas arrugadas y una expresión muy seria en la cara, ¿se ha preocupado por mí?

—Vamos, no es para tanto, Egan. —Claudia le da un pequeño empujón a su hermano.

—No tienes por qué hacerlo, Melody, no estás obligada. —Me quedo callada cuando me lo dice, clavando su intensa mirada en mis ojos, transmitiéndome un montón de sensaciones que no puedo describir ni identificar en estas condiciones. Solo me dedico a acogerlas y a sentir cada una de ellas con todas mis fuerzas.

—Si quieres, yo me bebo el mío mientras tú bebes los demás. —Claudia ya tiene el suyo en la mano cuando dice esto.

Bueno, de todas maneras voy a tener que acabar bebiendo.

—¿Estás lista? Una, dos y… ¡tres!

En cuanto digo tres me bebo el mío de un trago a la vez que Claudia se bebe el suyo y noto como la garganta me vuelve a arder y los ojos me escuecen por las lágrimas. Me tomo el de Ruby, Susie, Amelia y, por último, el de Egan, al cual, por cierto, le guiño un ojo antes de quitarle el vaso de las manos y tomármelo de un trago.

…

El tiempo pasa muy rápido mientras el juego va subiendo de nivel. A Susie la han retado a ligarse a una chica con gafas de culo de botella que había en un rincón del sótano hablando con sus amigos, y debo admitir que lo ha hecho muy bien, porque ha conseguido su número de teléfono. A Amelia la han retado a llamar a su exnovio, que, por suerte, no ha sido Nick. Claudia ha admitido cuál ha sido el mayor ridículo que ha hecho en su vida y Ruby ha tenido que gritar a los cuatro vientos que está completamente soltera, «más sola que la una»”, ha tenido que decir con todas sus

fuerzas. Yo me he dedicado a beber y Egan… bien, Egan ahora mismo está sin la camiseta de botones que llevaba puesta al principio de la noche y, si antes pensaba que estaba guapísimo, ahora pienso que este chico tendría que tener prohibido llevar cualquier tipo de prenda que le cubra el cuerpo.

Ya llevo un rato en el que literalmente todo me da vueltas y las luces rojas, azules, verdes y de otros colores se distorsionan creando una atmósfera que me ciega y me hace estar todo el tiempo cerrando y abriendo los ojos con fuerza. Creo que es una suerte que aún pueda distinguir los rostros de las personas que tengo alrededor, si soy sincera.

—V-Venga, esta va pa-pa-ra todos. —Miro a Claudia, la cual va tremendamente mal, y aunque apenas me siento las extremidades, comienzo a reírme demasiado fuerte, haciendo que ella me imite, y empezamos a enviarnos besos y a formar corazones con las manos.

—Deberíamos parar ya, ¿no os parece? —Egan se levanta de su sitio y me mira con unos ojos de súplica que nunca antes había visto en él, yo niego con la cabeza.

—Solo un ratito más, vamos —digo alargando mucho la «o» e intentando poner la mejor cara de niña buena que puedo para convencerle.

—Melody, vas muy borracha, en serio, mañana no te podrás mover del dolor de cabeza.

Siento como Amelia me fulmina con la mirada y se bebe su chupito de un trago para después volver a rellenarlo.

—¡Ey! Egan, deja tranquila a Melody, ahora me toca a mí. —Claudia coge su vaso y alza la mano hacia arriba con entusiasmo—. No seáis mentirosos. ¿Os habéis enrollado con alguien del grupo alguna vez? —Todos nos quedamos en silencio y mis ojos se van directamente a Egan, quien me está mirando con una pequeña

sonrisa en la boca. Siento como me entra calor de repente al pensar en todo, en nosotros, y en ese momento siento unas irresistibles ganas de acercarme a él y besarle—. Oh, vamos, ¿ni si-siquiera un besito? Bueno, pues entonces, todos a beber. ¡Por vosotros!

Susie pega un gritito y empieza a aplaudir muy sonriente, y me agarra tan fuerte del brazo que suelto un «ouch» por la presión que está haciendo.

—¡Esta canción me encanta! ¿Qué os parece hacer una última pregunta más y vamos a bailar?

Todos asienten y yo me uno a ellos. En realidad ya tengo ganas de parar de beber, es cierto lo que ha dicho Egan de que mañana voy a tener un dolor de mil demonios en la cabeza si no dejo de tomar en este instante y, aun así, sé que ya es demasiado tarde y no me podré librar.

—Pues yo decido a quién va dirigida. —Amelia se lleva un dedo a la barbilla haciendo ver que está muy concentrada pensando a quién va a escoger, y en menos de tres segundos suelta—: Melody, eres la afortunada.

—Ya basta, podemos dejarlo ya, es suficiente ¿no? —Egan se aparta de Amelia y veo por el rabillo del ojo como se pone a mi lado.

—Jooo, ¿y p-por qué yo? —Hablar me resulta algo completamente extraño, como si los labios me pesaran y las palabras se distorsionaran cada vez que salen de mi boca.

—Está claro, eres la que menos ha bebido de todos.

—E-eso no es ver-verdad.

—Amelia… Te estás pasando. —Egan me pone una mano en el hombro y se acerca a mi oreja para hablarme en un tono que solo yo pueda oír—. Vámonos, por favor, Melody.

—¿Verdad o reto? Melody.

Sé que no debería, lo sé y creo que no estoy segura de querer continuar jugando a esto, pero no sé si es por la adrenalina del momento, el alcohol que corre en estos instantes por mis venas o por el hecho de que solo quedemos Amelia y yo jugando, cosa que me irrita y me envalentona al mismo tiempo, que decido hacerlo por una última vez.

—Verdad.

—¿Cuál es tu mayor secreto? —No dudo ni por un momento en que esa pregunta la tenía pensada desde mucho antes de que acabara el juego, lo sé por la mirada que me dirige, esa cargada de intriga y una pizca de veneno—. Te estamos esperando.

Piensa, Melody, ¿cuál es tu mayor secreto?

Alan es mi mayor secreto, estoy segura.

Su nombre me viene a la cabeza claro como el agua, reluciente como una bombilla en medio de la oscuridad. Su obsesión, su control sobre mi vida, su manía de querer saber todo sobre mí, lo que hago en cualquier momento del día; todas esas cosas son mi mayor secreto, eso y el hecho de que sea el mejor amigo de Egan y amigo de todos los que están aquí conmigo jugando a este estúpido juego, y también de la persona que me acaba de hacer esa jodida pregunta, que tira y tira de mí, suplicándome que libere esa parte que escondo en mi interior, que me está marchitando por dentro, que amenaza con derrumbarme.

Miro a mi alrededor buscándolo con la mirada. Hace un rato que ha vuelto de buscar esas cervezas y ahora está sentado en el sofá, hablando y riéndose con algunos chicos y chicas, inconsciente o no del daño que me está haciendo. Y entonces la vuelvo a sentir, esa necesidad de gritar, de desahogarme, de explicar todo lo que me está pasando y siento a alguien, cualquiera que me pueda ayudar. Tira y tira de mí. En ese instante noto como las ganas de reír que

me había provocado el alcohol durante toda la noche se disuelven y las sustituyen unas enormes ganas de llorar.

Pero, antes de ser consciente de lo que hago, ya estoy hablando:

—Pu-pues veraa-ás, te-tengo un a-acosador per-personal y está aquí mismo, en la fiesta.

Capítulo 47

Un mañana, o tal vez no

Es verdaderamente increíble cómo, a pesar del alcohol que llevo encima, soy capaz de darme cuenta en un momento de las palabras que salen de mi boca. Siento como si la lucidez volviera a mí, como si volviera a tener el control de mi cuerpo, noto como mis uñas se clavan fuertemente en las palmas de mis manos a la espera de alguna reacción a lo que acabo de decir.

Mis ojos viajan rápidamente hacia Amelia, pero ella, al igual que todos, tiene la mirada clavada en algo que se encuentra justo detrás de mí. Miro a Egan, inquieta, tratando de encontrar un atisbo de emoción que demuestre que ha escuchado lo que he dicho, pero, al igual que los demás, sus ojos, levemente más abiertos de lo normal, se dirigen hacia el mismo lugar que parece mirar el resto.

En ese instante, el pitido que había sustituido por completo la música del sótano de los Miller sin que yo me hubiera dado cuenta desaparece bruscamente, haciendo que un golpe de realidad me rodee.

Algunos gritos y exclamaciones detrás de mí hacen que me dé la vuelta y por fin entiendo por qué Egan y los demás estaban tan expectantes a lo que sucedía allí.

—¡Chicos, basta!

Claudia sale corriendo en dirección a dos chicos que se están peleando en medio de la sala. Los golpes suenan duramente sobre

sus pieles y los gritos de ánimo del resto de la gente, que se dedica a grabarles con sus móviles, no hacen más que caldear aún más el ambiente.

Me levanto como puedo, sintiendo aún el mareo de todos los cubatas que llevo encima, pero ahora mucho menos molesto que antes, y voy lo más rápido posible detrás de Claudia.

Veo que Ruby viene tras de mí y, detrás de ella, los demás se acercan también a la pelea.

—¿Es qué no me oís? ¡Os vais a matar!

Los gritos de Claudia se pierden entre las voces de todos los invitados.

La gente comienza a empujarse para intentar ver con más precisión la pelea entre los chicos hasta que una chica mucho más corpulenta que yo me empuja, dándome un fuerte golpe en las costillas que me envía ligeramente hacia la derecha.

Cuando levanto la cabeza veo a Alan, en el otro lado de la pelea, animando a uno de los dos chicos, concretamente al que ahora se encuentra encima del otro, tumbado en el suelo y tapándose a duras penas la cara con los brazos para intentar protegerse, dándole puñetazos a diestro y siniestro por todo el cuerpo.

Los ojos de Alan llamean, arden en brasas de odio y, a la vez, de satisfacción por lo que está viendo, sus gritos, aunque tal vez no son mucho más altos que los del resto de las personas que animan la pelea, parecen resaltar sobre los demás, y son más graves y violentos.

Melody, no le prestes atención.

Pero ya es demasiado tarde, y es que, aunque sé que debo ignorarle, hacer como si no estuviera allí para que las cosas sean mucho más fáciles, no puedo hacer otra cosa más que hundirme en sus gritos, en su mirada y gestos salvajes. Me dejo llevar por el

pitido que nuevamente sustituye todo el barullo de mi alrededor, exceptuando su voz.

Parece como si mi mente decidiera jugar conmigo, hacerme una mala pasada, porque aunque no quiero, imágenes de nosotros dos sustituyendo a los chicos que se pegan y revuelcan en el suelo se forman en mi cabeza. Alan en el suelo, aprisionándome, y yo intentando zafarme de él inútilmente.

La respiración se me acelera a medida que los segundos pasan rápidamente.

Noto las pulsaciones de mi corazón en la garganta, donde se ha formado un nudo que me impide tragar bien.

Necesito salir de ahí, urgentemente, huir, pero mis pies están anclados en el suelo.

Melody, respira.

Uno…

Dos…

Tres…

Cierro los ojos intentando concentrarme para dejar a un lado todo esto, pero, finalmente, es el empujón de otra persona lo que me hace volver a la realidad. La música vuelve a sonar, y parezco recuperar la conciencia justo en el momento en el que algo pequeño, parecido a una figurita de porcelana, sale volando por los aires de entre la multitud y acaba estrellándose con una lámpara, haciendo que esta se haga añicos.

—¡Muy bien, se acabó! ¡Os quiero fuera de mi casa, ya!

Claudia grita desesperada mientras unas lágrimas ruedan por sus mejillas.

—Ya la habéis escuchado, ¡largo!

La voz prominente y seria de Egan logra por fin captar la atención de la multitud y los dos chicos dejan de pelearse para dirigirse

miradas de odio mientras son recogidos por sus respectivos amigos y sacados prácticamente a rastras del sótano junto con los demás.

Parece que la habitación no termina de vaciarse y cuando finalmente lo hace después de que Egan y Claudia le insistan a algunos que todavía seguían anclados en algún sillón o bebiendo, nos encontramos los siete a solas.

Claudia continúa derramando alguna lágrima cuando todo está más tranquilo y se agacha a recoger los restos de la lámpara, que han quedado esparcidos por el suelo.

—Claudia, para, vas a cortarte.

—Déjalo, Egan, papá y mamá van a matarme.

—Os ayudaremos a recoger todo esto.

Ruby se acerca unos pasos seguida de Susie, la cual porta una expresión inusualmente seria encima.

Me siento fatal, debería agacharme para ayudar a Claudia a limpiar el desastre que hemos causado entre todos y, aun así, todavía sigo demasiado en *shock* como para poder moverme.

La imagen de antes ha sido demasiado real, incluso todavía ahora puedo imaginarme las manos de Alan sobre mi cuerpo, inmovilizándome, amenazándome.

El alboroto me ha ayudado a quitarme de encima gran parte del ensimismamiento en el que había acabado a causa del alcohol, pero lo malo es que el miedo ha vuelto y, esta vez, ha regresado con más fuerza.

Soy incapaz de apartar la mirada de Alan, que se mueve de un lado a otro por la estancia, por miedo a que en cualquier momento se acerque a mí y se me lleve a rastras.

«Solo ha sido tu imaginación, solo ha sido eso».

Intento convencerme de ello, esforzarme por creerme que nada de lo que se me ha pasado por la cabeza podría llegar a suceder,

pero no creo en su palabra y, ahora, más que nunca, temo que el episodio de la librería vuelva a repetirse, o peor, que las cosas se nos acaben yendo de las manos.

—No hace falta, chicos, de verdad. Lo mejor será que os vayáis a casa.

—Claudia, en serio… —Susie se acerca y le pone una mano en el hombro.

—Esto ha sido cosa mía, ya nos veremos otro día.

—¿Segura? —insiste Ruby.

—Gracias, chicas, de verdad.

Veo como Claudia se encoge avergonzada por la situación y la punzada de dolor que eso me causa consigue devolverme un poco a la realidad.

Espero a acercarme a ella cuando veo que las tres se funden en un abrazo y, después, Susie y Ruby, seguidas de una Amelia que no ha mediado palabra, se despiden de nosotros con un escueto «adiós» y desaparecen escaleras arriba.

No pierdo el tiempo y, queriendo ayudar a Claudia de alguna manera, acabo en la misma posición que ella, recogiendo los trozos de lámpara que tengo a mi alcance.

—No es necesario, Melody, puedes irte con las chicas.

Avanzo sobre mis rodillas hacia Claudia con cuidado de no perder el equilibrio a causa de los estragos del alcohol, que aún hace mella en mi cuerpo, y cojo sus manos entre las mías.

—Ya te ayudé a limpiar esto, una vez más no me va a hacer daño.

—Mel.

Egan se dirige a mí mientras vuelve a ponerse la camisa que hace un rato se había quitado jugando a verdad o reto. Alan sigue absorto en sus pensamientos, lejos de la conversación que estamos teniendo.

—Quiero hacerlo.

Sé lo que quiere, que me marche y no me sienta mal por lo que ha pasado. Pero no puedo hacerlo, no puedo irme viendo a Claudia en este estado, destrozada, siendo una viva imagen de las veces en las que yo me he sentido así. No puedo dejar que cargue con el peso ella sola.

Tampoco puedo alejarme de él, no quiero que la noche termine de esta manera. Que este sea el último recuerdo que tenga de la primera y puede que última Navidad que ambos hemos pasado juntos.

—No voy a convencerte, ¿no? —Niego con la cabeza—. Está bien, tú —se dirige a Claudia al mismo tiempo que la ayuda a levantarse y le seca una lágrima de la mejilla—, antes de ponerte con esto sube arriba, aséate y tranquilízate. Todo va a estar bien, te lo prometo.

Claudia obedece a su hermano sin reproches y, antes de subir hacia la primera planta, posa sus ojos sobre Alan.

—¿Puedes acompañarme, por favor?

—¿Eh?

Alan parece volver a la realidad al oír a Claudia dirigirse a él, aunque sus pupilas no tardan en volver a recaer sobre mí.

Retrocedo incómoda en el suelo.

—Tío, acompáñala, hazme el favor.

—Sí, claro.

Egan y yo acabamos solos en el sótano, algo que agradezco después de toda esta noche. Sin embargo, sé que esto no va a acabar bien para mí, no cuando Alan se ha marchado con Claudia dejándonos a ambos sin la compañía de nadie más.

Solo me hace falta utilizar un poco la imaginación para saber cuáles serán las próximas acusaciones que recaerán sobre mí en cuanto Alan encuentre un momento para hablar conmigo a solas.

Me paso las manos por la cara, apartando algunos mechones que han acabado despeinados e inspiro profundamente.

Parece que todo lo que me rodea se rompe, que las cosas se empeñan en salir mal, en torcerse.

Y, aun así, nunca tengo las fuerzas suficientes para salir de este círculo vicioso en el que se ha convertido mi vida, simplemente me limito a seguir respirando, por mucho que duela.

—Vamos.

Egan me tiende la mano y yo se la cojo, insegura.

—Le he prometido a Claudia que la ayudaría a limpiar este desastre.

Me peleo un poco con la última palabra antes de procurar que salga bien de mis labios, esquivando la mirada de Egan, avergonzada por mi estado.

Doy gracias de que al menos ahora esté mucho mejor que apenas hace una hora.

—Lo sé, pero Claudia tardará un poco en volver y creo que tú también necesitas un respiro.

Asiento apretando los labios. Esto es vergonzoso y lo único que he hecho durante toda la noche ha sido resguardarme en el alcohol como una cobarde, sin tener en cuenta las consecuencias de ello o el grado de arrepentimiento que ya está comenzando a arrollarme.

Dejo que me guíe por las escaleras y, por un momento, pienso que vamos a salir al exterior frío de la calle para poder respirar un poco de aire puro, pero, cuando tuerce sus pasos hacia las escaleras que conducen a su dormitorio, las alertas de mi cuerpo saltan.

No puedo subir a su habitación sabiendo que Alan está en esa misma planta, a apenas unos metros de distancia.

Si me descubre…

No quiero imaginármelo.

—No es necesario que subamos, en serio.

—No voy a dejar que te caigas.

—No lo decía por eso.

Pienso en que soy totalmente capaz de subir las escaleras por mi cuenta, ya lo he hecho con las del sótano, con algún traspié, pero lo he conseguido. Sin embargo, Egan no capta en mis ojos que la causa por la que no quiero ir a su habitación no se acerca ni de lejos a ese pequeño problema con mi equilibrio.

En vez de contestarme, me rodea la cintura con su brazo y, con el otro, alza mis piernas en el aire, cogiéndome en volandas.

Me agarro con fuerza a su cuello por el movimiento inesperado, perdiendo la noción del tiempo y el lugar cuando nuestras narices se rozan por la cercanía de nuestras caras.

Esto no está bien.

Es perfecto.

Pero no ahora, cuando estoy borracha y Alan puede bajar de un momento a otro.

—Bájame, Egan, no hace falta que…

Pero termina callándome con un beso escueto en los labios, dejándome muda.

Abro los ojos de par en par, sintiendo la presencia de él, de Alan, por todas partes, juzgándome por lo que el chico que me coge en brazos y comienza a subir peldaños ha hecho.

Y me descubro a mí misma molesta con Egan por no prestar atención a que alguien nos estuviera viendo, por no comprender el miedo irracional que circula por mis venas, clavándose como alfileres oxidados.

Sé que no lo ha hecho con mala intención y estoy segura de que también sabía que no había nadie a nuestro alrededor antes de

besarme, pero aun así, no sabe que Alan puede enterarse, que puede estar oyéndonos en todo momento.

No es consciente de lo que un beso suyo puede acarrearme en estos momentos.

Me mantengo en silencio y alerta a cualquier movimiento mientras nos adentramos en su dormitorio, deliberando si debo seguir resignada por todo lo que ha pasado o no darle importancia, porque él no me conoce al completo, no sabe nada de mí más allá de lo que he decidido contarle.

Y es injusto castigarlo por eso.

Pero no puedo evitar sentir un dolor en el pecho, nuevamente, al afirmar por segunda vez esta noche que, a no ser que yo reúna el valor para hablar, nadie va a percatarse de que me estoy hundiendo en mis mentiras y en mis sentimientos.

Termina dejándome sobre su colchón, recordando la noche que pasamos juntos durmiendo en este mismo sitio.

Eso logra tranquilizarme un poco.

—¿Tienes frío?

—No, estoy bien.

Egan abre un cajón en el que advierto que guarda ropa interior y extrae de entre algunos calcetines un paquete de tabaco y un pequeño mechero violeta con llamas dibujadas.

Quiero disculparme por haberme molestado, aunque él ni siquiera lo sepa, pero sobre todo porque tengo la sensación de que le he arruinado la noche. Sé que la discusión que ha habido entre esos chicos y que ha terminado en pelea no ha sido culpa mía, ni siquiera sé quiénes eran, pero no puedo evitar culparme por haberme pasado toda la noche bebiendo, por haber estado a punto de perder el control de mi cuerpo y de mis palabras.

Y sé que, más que beneficiarme, he acabado siendo una carga para mí misma.

Pues puedo ver un deje de preocupación grabado en sus ojos cuando los posa sobre mí.

Yo también estaría preocupada por él si estuviera en su lugar.

Y el peso del dolor que me causa eso comienza a hacerse insoportable.

Pero me callo en cuanto lo veo vacilar al ponerse un cigarrillo entre los dientes y enciende el mechero, a punto de consumir el tabaco.

—Mejor luego.

Deja ambas cosas sobre el escritorio y se acerca a mí mientras se revuelve el pelo con las manos.

—Voy a traerte un café.

—No creo que vaya a sentarme muy bien.

—Lo sé, pero créeme, mañana el dolor de cabeza será menos insoportable.

—Egan, yo…

—Shhh, confía en mí, sé de lo que hablo.

Me calla dejándome las palabras en la boca, quería pedirle perdón, hacerle saber que esto es totalmente vergonzoso para mí.

Pero ya se ha ido cuando decido que quiero intentar volver a decírselo.

En el pasillo, al otro lado de la puerta cerrada de su dormitorio, oigo los pasos y la voz de Alan acercándose peligrosamente.

Me levanto de un bote de la cama y, sin darle tiempo a mi cabeza para pensar, retrocedo hasta que pego la espalda contra el frío cristal de la ventana, lo más lejos que puedo del otro extremo de la habitación.

No puede entrar, aquí estoy segura…

¿Pero y si piensa que Egan está aquí y entra para decirle algo? Me encontraría sola, en su dormitorio, indefensa, sin ninguna excusa para librarme de sus reproches.

—¡Solo quería que estuvieras conmigo un momento! Te has pasado toda la noche… ausente.

La voz de Claudia me quiebra el alma. Está dolida, mucho, y quiero salir y consolarla, decirle que todo va a estar bien. Pero soy yo misma la que reprimo el impulso de mis pies cuando hago el intento de avanzar hacia su voz.

—¿Se supone que debía haber pasado toda la noche contigo? Tengo una vida, joder.

Alan.

Él y su capacidad para herirte con sus palabras, con su tono de voz, con su mirada, que, aunque no puedo ver, logro imaginar como un recuerdo de todas y cada una de las que me ha dirigido.

—No lo sé, solo esperaba que tú y yo… Déjalo, esto es absurdo.

—Nos lo pasamos bien, eso es todo. No te comas la cabeza, Claudia.

Aguanto la respiración.

Mis sospechas sobre la supuesta relación entre ambos acaba de verse confirmada, aunque por lo que escucho, no es algo que realmente vaya en serio, al menos para él.

Porque para Claudia… Juraría que a ella… realmente le gusta.

Todas las veces en las que se ha acercado a él, cuando me dijo que él era la persona del grupo de amigos de su hermano con el que tenía más confianza, sus miradas hacia Alan, los momentos en los que se sonrojó cuando hablábamos de él…

Todo comienza a encajar.

Y yo me veo envuelta en todo esto, en el dolor de Claudia, al saber que Alan está jugando con sus sentimientos.

Los pasos inconfundibles de Alan resuenan de nuevo, fuertemente, acercándose cada vez más.

En un intento desesperado por camuflarme con las paredes, aguanto la respiración e inmovilizo cada una de mis extremidades con la esperanza de que, así, en el caso de que la puerta se abra, Alan no pueda verme.

Pero temo que me oiga, que note mi presencia, que los latidos acelerados de mi corazón latan demasiado fuerte.

Y este deja de bombear sangre cuando, a través de los ojos empañados en lágrimas, veo que el pomo de la puerta comienza a ceder.

Ya está, se acabó.

Todo el empeño en que no nos descubriera acaba de hacerse añicos, en un segundo.

Y todo es mi culpa.

—Si buscas a mi hermano, lo he visto irse abajo.

Nadie contesta, pero el pomo vuelve a su sitio y, de nuevo, el sonido de sus zapatos sobre el suelo comienza a hacerse cada vez más inaudible hasta que, por fin, desaparece.

Suelto el aire que he contenido hasta el momento, pero, sin embargo, algo no va bien.

Necesito respirar, coger todo el aire del que me he privado por miedo.

Frenar el latido frenético que amenaza con romperme el pecho.

Pero no puedo, los signos de la evidente ansiedad que me ha ido carcomiendo este último mes regresan con más fuerza, amenazando con doblegarme en el suelo.

Me araño las manos y la muñeca, buscando que el dolor de mis uñas contra mi piel me devuelva a la realidad, me permita volver a respirar.

Pero no funciona.

Lo único que consigo es agotar las pocas fuerzas que me quedan, haciendo que, poco a poco, la vista se me comience a nublar.

Y, en un último intento de intentar enfocar mis ojos en un punto en concreto de la habitación para evitar que el mareo me venza, lo único que consigo localizar es el pequeño mechero que Egan ha dejado encima de su escritorio justo antes de irse.

Tal vez…

Avanzo a trompicones hacia el objeto y, al segundo intento, lo alcanzo. Frío, metálico, la única esperanza que me queda para poder volver a respirar.

De olvidarlo todo.

Especialmente a él.

Vuelvo a sentarme sobre el colchón y, a tientas, acabo subiendo con manos temblorosas el bajo de mi vestido hasta que lo tengo enredado en mis caderas.

Solo serán unos segundos.

Después, calma.

Cuento hasta tres mentalmente y, alejando de mi mente cualquier pensamiento que clame por que no lo haga, presiono un pequeño botón y me dejo arrastrar por la pequeña pero afilada llama que nace del plateado cabezal.

Cuando se consume, tan solo me permito morderme el labio inferior antes de acercar el metal, ahora en brasas, a la piel interna de mi muslo izquierdo, cerca de la ingle.

Ahogo un grito en cuanto me siento arder, como si centenares de agujas se incrustaran en ese trozo tan pequeño de mi cuerpo.

Pero aguanto, porque, por fin, mis pulmones vuelven a funcionar.

Cuando noto que el contacto del mechero contra mi piel comienza a enfriarse, aparto la mano de mi pierna con cuidado, descubriendo

un círculo enrojecido que sé que, si tardo mucho en curar, acabará infectándose.

Una sensación de alivio me recorre las venas, no obstante, hay algo tan liberador en lo que acabo de hacer que no puedo evitar mirar el mechero de nuevo, frío, como si hace un momento no hubiera estado abrasante sobre mi piel.

Lo he hecho mal. He actuado como una idiota durante toda la noche, atemorizada por lo que pudiera pasar, entre la espada y la pared a causa de las amenazas disfrazadas de melancolía de Alan. He permitido que Egan y los demás me vieran vulnerable, sobrepasada.

Y me avergüenzo de mí misma por esos motivos.

Soy un desastre.

Merezco un golpe de atención.

Veo arder la llama de nuevo sobre mis dedos, dirigiéndose unos centímetros más arriba de la marca que comienza a tornarse de un férreo granate.

Y pongo los ojos en blanco cuando vuelvo a sentir el tacto familiar y electrificante quemando las fibras de mi piel. Sufro y disfruto al mismo tiempo, presa de una vorágine de emociones que me hacen apretar todavía más el mechero sobre mi pierna hasta el punto en el que no solo siento el dolor de la quemazón, sino que también el de la presión que ejerzo sobre mí misma.

Solo me detengo cuando noto una lágrima caer sobre los dedos que todavía sujetan el pequeño encendedor.

Me levanto después de recolocarme el vestido, dejando que las lágrimas rueden por mis mejillas libremente mientras, aguantando el escozor, me dirijo hacia el escritorio y dejo el mechero en el lugar en el que estaba.

Me cuesta hacerlo, como si algo dentro de mí me impidiera abandonarlo y me susurrara al oído que me lo guarde por si alguna vez vuelvo a necesitarlo.

Y estoy a punto de hacerlo, de dejarme guiar por mis instintos, por la voz que no teme actuar en contra de mí misma, cuando Egan aparece rompiendo el silencio de la habitación.

Ni siquiera me percato de que todavía sigo llorando hasta que veo su expresión preocupada y ya es demasiado tarde como para borrar las lágrimas.

Consigo alzar la voz antes de que pueda decir nada.

—No pasa nada, de verdad, Egan.

Logro captar como aprieta los dedos alrededor de la taza humeante, que desprende un olor a café que me revuelve el estómago, mientras decide si caminar hacia mí o seguir anclado en el umbral de la puerta.

—Tenemos que hablar.

—Es una tontería, no hay por qué preocuparse.

—Pues —parece que se decanta por la opción de acercarse a mí, cogiéndome de la mano y dirigiéndome de nuevo hacia su cama. Cuando se sienta en el extremo del colchón, abre las piernas y me coloca en el hueco que ha dejado libre, animándome a sentarme. Finalmente, lo hago, dándole la espalda y sintiendo su respiración en mi oreja—, tengo la sensación de que esa tontería no es la primera vez que te hace estar así.

Cojo la taza entre las manos cuando me la tiende y cierro los ojos al sentir el roce de mis muslos al presionar una pierna contra otra.

Decido centrarme en el contacto de su cuerpo con el mío, la respiración pausada de su pecho contra mi espalda.

Me permito reclinar la cabeza sobre su hombro e inspirar profundamente.

—¿Así cómo?

—Triste, como si no fueras feliz.

Su susurro, ronco sobre mi nuca, me estremece alertándome de que ha dado en el clavo.

¿Cuándo he dejado de ser feliz?

Aunque realmente eso no importa. Egan se ha dado cuenta.Hhe dejado que vea que estoy rota o, al menos, está comenzando a intuirlo.

Y esto me va a alejar de él. Es normal que no quiera a una persona tan rota a su lado, infectando cada momento bueno de su día a día, arruinando su felicidad por momentos.

—Creo que contigo lo soy, Egan.

—Pero quiero que estés segura de ello, no simplemente que lo creas. Quiero verte como lo hice la vez que nos conocimos. Porque no soporto encontrarte con lágrimas en los ojos, verte así.

—Entiendo que no quieras estar conmigo.

Ya está. El momento que más temía que llegara lo he terminado causando yo misma.

—Mel —su mano viaja hacia mi barbilla y, con cuidado, ladea mi cabeza hasta que mis ojos conectan con los suyos—, ¿quién ha dicho eso?

—No quiero hacerte daño, Egan, mucho menos arrastrarte a mis problemas.

—Pues resulta que ya es demasiado tarde, porque me gustas, de verdad, y eso conlleva querer ayudarte si crees que algo no va bien.

—No quiero que te veas obligado.

Quiero aceptar su ayuda, abrazarla con los brazos abiertos y estrecharla contra mi pecho, pero no puedo evitar sentir que todo esto ya lo he vivido, que, de una forma retorcida, se está volviendo a repetir el momento en el que Alan, consumido por su dolor, me pidió

ayuda aquella noche y yo, inconsciente de dónde me estaba metiendo, acabe dejándome llevar por su dolor, pero sobre todo, por su manipulación.

Y aunque sé que yo no soy así, que nunca le haría algo parecido a Egan, me es imposible no pensar que, en algún momento, mi dependencia de él crezca tanto que, al final, Egan termine atrapado en mis sentimientos.

—No lo estoy, si no quisiera hacerlo no estaría aquí contigo. Tampoco te habría hecho un café para la resaca, es mi especialidad.

A veces solo hace falta resignarse y dejarse llevar.

—Ya estaba rota antes de que me conocieras.

—Entonces daremos media vuelta y buscaremos los momentos en los que no lo estabas.

—No creo que eso sea posible.

Soy consciente de que me está tendiendo la mano para sacarme del laberinto en el que me he perdido. Por fin alguien me ha encontrado y me ofrece el camino de vuelta a un resguardo, a un lugar seguro. Pero ese lugar se desvaneció hace mucho, mi abuelo ya no está, no puedo volver a él, a cuando era feliz a su lado, tampoco puedo retroceder en el tiempo y decidir no conocer a Alan, no puedo cambiar la forma en la que descubrí que Ana estaba embarazada. Tampoco puedo decirle a la niña que una vez fui que no se asomara a la habitación de su hermana para evitar ver como se deshacía del dibujo que con tanta ilusión le había hecho. Mucho menos podría decirle a una versión pasada de mí misma que se muestre más firme frente a la relación con sus padres, que procure no ser tan vulnerable a sus palabras y a sus actos.

Que no tema los días en los que el sol no brilla y todo parece sumido en una oscuridad de la que el mundo no va a poder escapar, porque siempre hay una salida, siempre vuelve a salir el sol.

Todo eso ya ha pasado y ha dejado mella en mí. Me ha moldeado el alma, me ha transformado, pero, sobre todo, me ha hundido.

Y ni siquiera sé si quiero salir del sitio en el que estoy, una se acaba adaptando a los cambios y, cuando lo hace, cuando olvida todo lo que vivió y sintió antes de perderse, comienza a temer todo lo que podría venir si decidiera dar un paso adelante.

Lo desconocido da miedo.

Y a veces, lo que está por venir puede ser mucho peor que lo que ahora nos parece un mundo.

Me he acostumbrado a vivir con el dolor incrustado en el pecho y siento que, en vez de querer despojarme de él, lo único que soy capaz de hacer es dejarme consumir por él.

No puedo volver a sufrir como lo estoy haciendo ahora, por eso me he dado cuenta de que tampoco tengo el valor de descubrir lo que puede haber más allá del mañana.

No quiero volver a sentirme así.

Pero la perspectiva de un futuro me parece aterradora.

—Pues te ayudaré a buscar cosas que te hagan volver a sonreír de verdad.

—Apenas me conoces, ¿cómo sabes que no te equivocas?

—Porque no me contradices.

Decido dar un trago al café, ya más frío que hace unos minutos. Me arrepiento al instante. El estómago se me revuelve y unas arcadas me amenazan con vomitar.

—No creo que esto vaya a ayudarme mucho.

Su risa rompe la tensión que se había creado hace un momento, aunque la promesa de sus palabras todavía sigue flotando en el aire.

—Ahora es desagradable, pero mañana me lo agradecerás.

—Si tú lo dices…

Espero que no se haya dado cuenta de que he aprovechado el repentino mal sabor de boca que me ha dejado el café entre los labios para cambiar el rumbo de la conversación.

—Necesito hacerte una pregunta, y te prometo que ya dejo el tema.

—¿Seguro?

—Por hoy, claro.

—No creo que haya nada más que hablar después de esto, literalmente eres la única persona con la que me he abierto de esta manera.

—No me voy a rendir tan fácilmente, Mel.

Sus rizos me arrancan una sonrisa cuando me hacen cosquillas justo debajo de la oreja, lo que me hace dejar de estar pendiente por unos segundos del incansable escozor en los ojos que no me abandona. También de la sensación de que los párpados comienzan a pesarme.

—Está bien.

—Antes, cuando estábamos jugando en el sótano y Amelia te ha preguntado cuál es tu mayor secreto, te ha cambiado la cara.

—Bueno, a nadie le gustaría tener que revelar cuál es el suyo.

—Lo sé, pero me has parecido asustada.

Pienso en el miedo que he sentido al pensar en que he estado a punto de decir que Alan es mi mayor secreto, más aún, cuando he estado a punto de decir que él es mi «acosador personal». ¿Qué hubieran pensado de mí? Probablemente, se hubieran puesto de su lado, él siempre ha estado allí y a mí apenas me acaban de conocer.

Pero ahora tengo la oportunidad de decirlo.

Se me viene a la cabeza la sensación de liberación que podría sentir al fin.

—No lo sé.

El cansancio se va apoderando de mí y el vaivén de la respiración de Egan contra mi espalda, meciendo nuestros cuerpos en un suave movimiento, solo acrecienta mi cansancio, subiendo desde la punta de mis dedos y extendiéndose por todas mis articulaciones.

—Si alguien o algo te estuviera haciendo daño, me lo dirías, ¿verdad?

Ahora es el momento. Egan me está dando el último empujón que necesitaba para soltarlo, para liberarme, sin embargo, ¿de qué serviría decir el nombre de Alan, cuando he descubierto tantas cosas que nos pueden hacer daño en el mundo que he perdido la cuenta?

No sabría por dónde comenzar y sería demasiado cruel escoger a Alan de entre todas esas cosas, más sabiendo que Egan lo considera un amigo.

Los ojos se me cierran de nuevo y, en un intento desesperado de alejarme de esta conversación y de esta pregunta, me dejo vencer por el sueño.

Lo último de lo que soy consciente es del tacto de Egan sobre mis manos, cogiendo la taza de café, ya fría y, después, de sus brazos recostándome sobre la cama.

Es demasiado tarde como para pensar en que todavía tengo que ayudar a Claudia a limpiar el sótano o en que Alan tal vez sigue rondando por la casa, pues en cuestión de segundos me veo sumergida en un nuevo sueño.

Capítulo 48

Nunca fue mi intención

Alan

La situación se le está escapando de las manos, eso es innegable. Piensa en aquel día en el que decidió comenzar esa peculiar relación con Claudia, la hermana de su mejor amigo, contra todos los pronósticos.

Aunque, al reflexionar, suele convencerse de que, para él, en esa relación no hay nada extraño. Él solo quería divertirse, pasar un buen rato con una chica que le atraía físicamente.

Tan solo eso.

Nunca pensó que acabaría provocando ese tipo de sentimientos.

Claro está que solo había pensado en sí mismo, que jamás se planteó que Claudia podría llegar a sentir algo genuino por él.

Y, ahora, se encuentra bajando las escaleras de casa de los Miller con una furia que cree no poder contener ni un segundo más en su cuerpo. La sangre le hierve en las venas, la mente le va a mil por hora intentando comprender cómo puede ser merecedor del amor de una chica tan… buena.

Pero, en realidad, lo que le cabrea no es que Claudia sienta algo por él —lo que implica que la relación puramente física y superficial que había entre ellos acaba de llegar a su fin—, sino el hecho de que no debería ser la hermana de su amigo la que anhelara ese

acercamiento sentimental entre ellos. No. Tendría que haber sido Melody. La chica por la que ha perdido la cabeza.

La persona por la cual ha dejado de quedar con Claudia tan a menudo.

Apenas se han visto dos veces a lo largo del mes y el motivo está claro.

No entiende por qué el mundo se esfuerza tanto en ponerle las cosas difíciles. Está haciendo todo, todo lo que está en su mano para alcanzar aquello que desea, para conseguir a la persona que quiere y, sin embargo, cada día se siente más vacío, más decepcionado consigo mismo y con su dependienta.

Porque esto no estaría pasando si ella hubiera querido ceder de una vez por todas; él no se sentiría así si la situación no se estuviese alargando tanto.

No estaría tan… furioso.

Capítulo 49

¿Qué debo hacer?

Egan

Tan solo puede limitarse a acariciarle el pelo mientras la observa. En toda la noche esta es la primera vez que ve a Melody verdaderamente serena… en paz. Algo, en lo más profundo de su ser, le dice no, le grita que algo está sucediendo con la chica que ahora duerme entre sus brazos.

Pero ¿qué…?

Ni siquiera sabe por dónde comenzar a atar cabos. No sabe qué es lo que le está haciendo tanto daño por dentro y tampoco tiene ninguna pista de ello. ¿Debería haber estado más atento? ¿Debería saber ya de qué se trata? No puede evitar martillearse la cabeza con esa clase de preguntas, se siente culpable por no poder hacer nada para ayudarla.

Y es que ¿cómo se supone que debería sentirse después de la conversación que acaban de tener, una que ni siquiera ha finalizado y, aun así, le ha dejado con un muy mal sabor de boca?

La había encontrado llorando en su dormitorio minutos después de dejarla sola.

¿Había pasado algo en ese breve tiempo que hubiese provocado sus lágrimas?

¿Es algo mucho más profundo que la chica de la que cree estar enamorándose lleva arrastrando desde hace tiempo?

«Ya estaba rota antes de que me conocieras».

Esas palabras le han destrozado por dentro, más de lo que ya estaba después de verla tan… hundida, asustada. Después de ver como las lágrimas le habían dejado las mejillas y la nariz enrojecidas.

Pero, al fin y al cabo, piensa mientras se estira los rizos de la cabeza, esa escueta frase puede ser la única pista que le dé Melody de lo que en realidad debe de estar sucediendo en su interior.

No sabe lo que es, pero si está seguro de algo es de que no tiene la menor intención de que acabe con la relación que están construyendo. Todavía no está listo para dejarla marchar, se asegura mientras resigue el pómulo de Melody con extrema delicadeza.

¿Cómo ha podido llegar ella a pensar que iba a dejarla?

No tenía motivos antes de esto para hacerlo, incluso aun sabiendo que en poco tiempo miles de kilómetros de distancia los van a separar, mucho menos lo va a hacer ahora que salta a la vista que necesita su ayuda, un apoyo.

Y él está dispuesto a dárselo hasta el final.

—¿Qué me estás ocultando? —susurra, incapaz de contener los pensamientos guardados en su cabeza, esperando una respuesta que sabe que, de momento, no va a llegar.

La recuesta sobre el colchón con extremo cuidado, pues, aunque una parte de él desearía que despertase y le diera una contestación a su última pregunta, la otra sabe que no debe insistir, no debe presionarla, no si quiere que ella confíe en él plenamente.

No está acostumbrado a verse en estas situaciones.

Siempre ha sabido qué hacer, cómo actuar. Nunca ha dudado en ayudar a alguien que necesitara de su apoyo, como por ejemplo su

hermana, nunca ha tenido dudas sobre lo que hacer para animar a esas personas.

Y, sin embargo, ahora se encuentra más perdido que nunca.

Pues, por un momento, mientras se levanta y avanza hacia la puerta de su cuarto, incapaz de seguir buscando algo en el rostro de Melody que le desvele cuál es su dolor, llega a pensar que, tal vez, nunca llegue a deducir qué es lo que está ocurriendo. Teme que Melody no confíe lo suficiente en él como para expresar sus sentimientos.

Le aterroriza llegar a la conclusión de que, por primera vez, no encuentra la manera de ayudar a alguien que le importa.

Capítulo 50

Un poco más cerca de ti

Melody

Me despierto lejos del cuerpo que ha crecido junto a mí a lo largo de toda mi vida.

Duerme tranquilo entre los brazos del chico al que quiere mientras yo, por fin, saboreo el gusto de la libertad.

Plácido, suave, dulce.

Me gustaría escribir un poema sobre la imagen que presencio justo enfrente de mí.

Dejar plasmada en palabras la sensación de verme en paz por unos momentos, sin miedo a que nada se pueda torcer.

Necesito contárselo. Sé que no puede estar muy lejos, no ahora.

—¿Abuelo?

Pero no contesta, porque sé, en lo más profundo de mí, que esto solo es un sueño.

—Abuelo, creo que sé cómo conseguir ser feliz.

Algo dentro de mí cambia, una voz me susurra que pronto volveremos a estar juntos, que volveré a sonreír como a Egan le gustaría.

Capítulo 51

El mundo y yo

Me despierto por culpa de un pinchazo de dolor en la cabeza.

—Buenos días.

Me giro, y me encuentro de frente con el rostro de Egan. Es la segunda vez que me despierto a su lado y me siento llena.

No sé qué hora debe ser, ni cuánto he dormido.

Solo sé que me he despertado… tranquila.

Y que por las mañanas Egan adquiere una belleza natural que me roba el aliento. Tiene unas ojeras ligeramente grabadas bajo los ojos y los labios algo hinchados y cortados. Su cuerpo está tan cerca del mío que siento cómo su calor corporal me calienta.

Afuera, por lo que llego a atisbar a través de la ventana de su dormitorio, todavía es de noche.

—Buenos días.

—¿Cómo te encuentras?

—Con un poco de dolor de cabeza, pero podría ser mucho peor.

—Dale gracias al café.

—Dormir a tu lado también ayuda.

—En realidad hace poco que he subido.

Un bostezo se escapa de sus labios, contagiándome.

—¿Qué? Espera, ¿qué hora es?

—Las cinco de la mañana, he estado limpiando el desastre de anoche.

—Joder, tendría que haberos ayudado, ¿por qué no me has despertado?

—Estabas muy guapa durmiendo —me acaricia la mejilla, acercándome aún más a él—, además, Claudia tampoco bajó a ayudar, debió de quedarse dormida mucho antes que tú.

—¿Alan te ayudó?

Debería preocuparme por no haberme despedido de él anoche, más aún por las crecientes sospechas que debe de tener ahora mismo al verme por última vez con Egan y, después, haberme perdido de vista.

He sido una descuidada y, ahora, lo más probable es que Alan esté totalmente decepcionado conmigo.

¿Y si…?

Joder.

¿Y si esto era lo único que faltaba para que decidiera de una vez por todas acabar con todo? Ayer, antes de la cena, me lo dejó muy claro.

Y yo apenas tardé unas horas en acabar durmiendo en la cama de la persona a la que me hizo prometer que no me acercaría.

—El tío se largó después de acompañar a Claudia arriba.

Sus palabras me hacen respirar con un poco más de tranquilidad.

—¿Se fue… sin más?

—Sí, ni siquiera se despidió, lleva un tiempo bastante irritable.

—Lo siento.

—No es tu culpa.

Me da un beso en los labios, reconfortándome.

Pero lo cierto es que sí que es mi culpa, es toda mía. Si no le hubiera hecho enfurecer, si no lo hubiera decepcionado tantas veces en vez de ayudarlo, si no me hubiera resistido tanto a decirle «te quiero».

Tal vez Alan hubiera mejorado.

Y todo sería mucho más fácil.

—También lo siento por lo de ayer, fue vergonzoso.

—Sabía que tarde o temprano te vería borracha, no has cometido ningún crimen.

—Pues que sepas que ha sido mi primera borrachera.

—Oh, ¿de veras? —Sus dedos viajan hacia mi estómago y siento como se me contraen los músculos—. Me siento afortunado de haber estado presente, entonces.

Soy demasiado lenta como para anticiparme y, en un abrir y cerrar de ojos, sus dedos comienzan a moverse sobre una zona sensible en un ataque de cosquillas.

—¡Para!

—No te escucho, ¿estabas diciendo algo?

Me atraganto entre risas e intento sujetarle las manos para que pare, pero es más rápido y, sin darme tiempo a reaccionar, acaba sujetando mis muñecas con una mano y, con la otra, continúa su ataque incesante.

—¡Por favor, Egan!

Pero no escucha.

—Te juro que si no paras…

—¿Qué vas a hacer?

Y se detiene con una gran sonrisa en la cara. Esa que me encanta.

Me acerco y le planto un beso en los labios. Eso es todo lo que puedo hacer ahora mismo, viéndolo acostado a mi lado, con los labios rosados y el rostro cansado por la falta de horas de sueño.

Y así acabamos enredados entre las sábanas y nuestras piernas, perdidos entre besos y abrazos.

«No me hace falta nada más», pienso.

Y es que hoy, a pesar de que aún no ha salido el sol, todavía siento el escozor entre mis piernas (señal de una marca que probablemente jamás me abandone) y de que en lo más hondo de mí sepa que estoy a un suspiro de tomar una decisión que me pone el vello de punta, me he despertado feliz.

…

Hundo mis manos en su pelo cuando por fin se queda dormido. Después de repetirle varias veces que no era necesario que me acompañara a casa alegando que tenía que dormir unas cuantas horas y que se merecía descansar, he conseguido convencerlo diciéndole que me encargaría de llamar a un taxi y que, cuando llegue a casa, se lo haré saber.

Verlo dormido me ha recordado que esto, nosotros, tenemos una fecha de caducidad. No habría manera de que nuestra relación funcionase a 1.493 kilómetros de distancia, más aún sabiendo que me quedaré aquí sola, con mis padres y mi hermana, pero sobre todo con Alan.

Sé que, si nos diéramos una oportunidad, lejos de mejorar por la idea de tenerlo a mi lado, acabaría cayendo en picado en un pozo demasiado profundo como para poder salir de él y eso no sería justo para Egan, no podría soportar que él se diera cuenta de que mientras rehace su vida en un nuevo país, persiguiendo su sueño, yo me he quedado estancada y rota en mil pedazos.

Poco a poco llego a la conclusión de que no estaré en su vida por mucho más tiempo.

Por eso, cuando finalmente me levanto de la cama, salgo del dormitorio sin mirar atrás, decidida a averiguar cómo,

aparentemente, duele más la partida de una persona antes de que se vaya que cuando, finalmente, desaparece.

La calle me recibe fría y solitaria, lo agradezco.

Estoy a punto de sacar el móvil de mi bolso para llamar a un taxi cuando me doy cuenta de que hacía mucho que no disfrutaba de estar sola, sin un montón de gente alrededor. Hasta ahora, las largas horas que pasaba en mi casa sin compañía se me hacían interminables, indecisa por no poder averiguar si prefería quedarme sola o, al contrario, estar junto a mi familia.

Hoy, sin embargo, en vez de sentir miedo solo de pensar en el largo camino que me queda hasta casa bajo la luz tenue de la luna y la inexistente presencia de personas en la calle, como le pasaría a cualquier mujer, respiro en busca de algo que anhelo.

Encuentro la paz en el silencio de las calles, en la luz cambiante de los semáforos funcionando aunque no haya ningún coche circulando por las vías.

Absorbo esa sensación hinchando los pulmones y sintiendo como las comisuras de mis labios se curvan hacia arriba.

Llega un punto en el que piensas que estás tan dolida y rota por dentro que ves improbable que algo consiga hacerte todavía más daño.

Aprieto los puños y comienzo a caminar, tomando un desvío, sabiendo muy bien por donde quiero trazar mi camino.

El paseo marítimo reluce bajo la luz de la luna y las estrellas, enmarcando una playa que colisiona con un cielo tan oscuro que opaca la vista.

Es precioso.

Tranquilo.

Me gustaría pasar los últimos momentos de mi vida aquí.

Rodeada de una noche que parece eterna, protegida por el sonido de las olas meciéndose con cuidado antes de romper contra la arena.

Cierro los ojos y respiro el aire salado y frío que me envuelve.

Y le pido al universo que se lleve mi dolor de una vez por todas. Le digo que todavía no estoy lista para afrontar el mundo sola, pero tampoco para dejarlo escapar.

Sin embargo, es el mundo el que no me responde.

Porque del cielo solo cae lluvia y es inútil regalar oraciones al firmamento aun cuando sabemos que estas no van a obtener respuestas.

Cuando llego a casa temblando por el frío que se ha arraigado en mi piel, lo hago con una cosa clara: cuando me vaya no se lo diré a nadie. Lo último que deseo es causar un dolor anticipado a la gente que quiero, hacerles todavía más daño.

Capítulo 52

Un principio y un fin

Siento las piernas entumecidas por el agua helada y salada que me cubre hasta los muslos. Hace un rato que he dejado de sentir los pinchazos causados por la baja temperatura del mar. Sin embargo, cuando el aire azota con fuerza la zona superior de mi cuerpo, que todavía sigue expuesto a la luz de la luna ligeramente cubierta por nubes grisáceas, consigue arrancarme unos ligeros temblores.

Me entretengo mirando los remolinos que se forman a mi alrededor, aunque me pregunto si no será porque algún pez, debajo del agua y sin importarle mi inusual presencia, se mueve con ligereza siguiendo el curso de su vida.

Atrás, en la orilla, oigo las voces de mis padres entre risas, consciente de que deben de estar mimando a su nieto, rebosante de vida.

Me adentro unos pasos más hacia las profundidades del mar cuando me doy cuenta, con una sonrisa en la cara, de que en esta playa se ha dibujado un principio y un final. Ambos conviven al mismo tiempo.

Sé cuál es mi papel y no tengo miedo.

Jamás he estado tan segura de algo en mi vida.

Poco a poco, robándome la respiración con una sensación placentera, el agua acaba cubriendo mis pechos. No me había dado

cuenta de que estaba desnuda hasta que no siento ninguna prenda de tela adherida a mi piel.

Supongo que todos nos vamos como llegamos al mundo: desnudos de cualquier preocupación, sin nada que nos ampare frente a lo que está por venir.

Cuento hasta tres, como me enseñó mi padre a hacer antes de aprender a bucear. Durante esos segundos expandía con fuerza mis pulmones absorbiendo todo el aire que me era posible y, después, me sumergía incapaz de saber por cuánto tiempo podría estar debajo del agua.

Esta vez no respiro, tampoco siento ninguna necesidad de hacerlo.

Tres. Me sumerjo. Cierro los ojos, nunca me ha gustado el picor de la sal en las pupilas. Pasados unos interminables segundos, mis extremidades luchan por devolverme a la superficie, pero algo dentro de mí me mantiene en el sitio, haciendo fuerza hacia abajo.

Y me dejo llevar. Evito pensar en los movimientos frenéticos de mi pecho y en los espasmos de mi cuerpo.

Después, solo hay calma.

Las voces de mis padres desaparecen.

Me despierto envuelta en sudor, con el pelo revuelto y pegado a la coronilla.

Ha sido solo un sueño.

Miro el reloj y advierto que son las diez de la mañana, sin embargo, lo siguiente que hago es tumbarme de nuevo y cerrar los ojos. Esta mañana no tengo prisa, no hay nadie esperándome abajo, tampoco me necesitan en ningún otro sitio.

Me cubro hasta la barbilla, presa de un frío ensordecedor y, con la mente en paz, rememoro cada momento y sensación del sueño.

Solo ha sido un sueño.
Pero se siente demasiado real.

Capítulo 53

Lucha o ríndete

Observo a mi madre desde el umbral de la puerta del salón. Es la primera vez que la veo desde anoche y, mientras yo debo tener un aspecto devastador a causa del cansancio, la resaca y el mal sueño, ella parece igual de serena, de perfecta, que siempre.

Está sentada en el sofá, con una pierna doblada sobre la otra, rodeada de montañas de papeles que analiza con las cejas arrugadas.

Las manos, con las que subraya y sujeta los informes, se sacuden en un ligero temblor constante que podría pasar desapercibido para cualquiera, pero no para mí, pues identifico muy bien ese movimiento, igual al que he visto en repetidas ocasiones en Ana o en mí misma.

Por un instante, uno fugaz, me siento más cerca de ella.

De hecho, no me doy cuenta de que he comenzado a andar hacia ella, hasta que nuestros pies chocan.

—Buenos días. —Mi voz sale débil, como si no quisiera sonar demasiado fuerte y sacarla de su concentración.

—Ya era hora de que salieras de la cama.

No levanta la mirada hacia mí mientras habla, ni siquiera noto cierto reproche en sus palabras, tan solo indiferencia. Son casi las doce del mediodía y todavía me siento demasiado cansada como para que me afecte su poca sensibilidad.

—No me encuentro muy bien.

—Es lo que tiene salir hasta tarde.

Esta vez sí que clava sus ojos en los míos y, por un segundo, siento que las piernas me tiemblan. Mi cuerpo se ha acostumbrado a estar en constante alerta cada vez que ambas estamos cerca la una de la otra, especialmente cuando nos encontramos a solas.

—¿Lo pasasteis bien anoche? —Decido probar a ser amable.

Me siento junto a ella, todo lo alejada que puedo del montón de folios que cubren parte del sofá.

—Los Miller son buenas personas, es agradable pasar un rato con ellos.

Asiento, dándole la razón, contenta de que, finalmente, estemos de acuerdo en algo.

Sin embargo, comienzo a arrepentirme al instante de haber iniciado este acercamiento, pues, unos segundos después, ese característico silencio incómodo se adueña de la estancia.

Así que decido volver a probar.

—¿Mucho trabajo?

—Esto —señala el salón y después me mira con suficiencia— no se consigue tan solo con chasquear los dedos.

Y lo siento como una advertencia, una recriminación por mi actual estado de desempleada. Aunque no se me olvida que, si eso es así, es gracias a ella.

Pienso en ello, en el vacío que siento tras haber dejado atrás Sopa de Letras y todo lo que eso conlleva. ¿Qué pasaría si…?

Decido tentar a la suerte.

—Mamá, echo de menos la librería.

—Si hubieses pensado en lo que hacías, tal vez ahora podrías estar allí.

—Lo sé —lo entiendo, de verdad que sí—, en serio. Sé que lo hice mal, no debería haber dejado entrar a un chico en casa, pero…

—¿Acaso tienes alguna justificación para ello?

Al fin, hace a un lado los papeles que todavía estaban sobre su regazo y se gira, centrando toda su atención en mí.

Sé cuáles son los motivos por los que dejé entrar a Alan en casa, claro que tengo una justificación para ello, varias, de hecho. Sin embargo, mi voz interior me dice que no puedo explicarle la verdad y que, aunque lo hiciera, de nada serviría, pues no la podría hacer entrar en razón.

Así que me guardo la única explicación posible en un rincón de mi pecho y me limito a morderme el interior de mi mejilla.

—No es lo que piensas, yo nunca… No quería faltaros al respeto.

Mi madre asiente, haciéndome creer que puede llegar a comprenderme. Sin embargo, luego habla.

—No estoy tan segura de ello. Tu hermana tenía razón… —Baja la mirada hacia su pierna, todavía cruzada y se quita una mota de polvo inexistente— No sé en quién te has convertido.

Me duele. Mucho. Sus palabras me hieren como si me acabara de clavar un cuchillo entre las costillas.

Mamá y Ana siempre han estado muy unidas, ella fue la primera hija, la niña obediente y perfecta que nada hacía mal. Responsable y decidida, una viva imagen de su madre. Por ello, no me sorprende que piense exactamente igual que mi hermana, que la defienda hasta cuando está poniendo en duda la confianza en su otra parte de la familia.

Así que, después, cuando llegué yo… Bueno, supongo que dedujo, junto a mi padre y con el tiempo, que no era posible que su segunda hija pudiera llegar a alcanzar las expectativas tan altas que ya había dejado Ana.

He llegado a la conclusión de que me dieron por perdida.

Un caso por el que no merece la pena esforzarse, pues, por mucho que intentes corregirlo, no solucionas nada, no consigues que cambie.

Cojo aire.

—Pero soy yo, Melody, mamá.

—Sé bien quién eres, eres mi hija.

—Entonces, ¿por qué no….? —comienzo a decir.

—Como he dicho, te conozco y no voy a dejar que sigas actuando sin pensar en las consecuencias. Yo he sido igual que tú, joven, sin preocupaciones, esperaba que la vida me lo pusiera todo hecho en el camino, que los problemas se solucionasen sin tener que esforzarme.

Comienzo a pensar que realmente no me conoce, para nada. Que tiene una percepción muy distinta de la que en realidad es su hija. ¿De verdad piensa eso de mí?

—Pero luego me di cuenta de que eso no es así —continúa—. O te esfuerzas por conseguir lo que quieres o nunca conseguirás nada. Y esa es la gran diferencia entre tú y yo, Melody. Entre tu hermana y tú.

—No lo entiendo —confieso a punto de soltar la primera lágrima.

—Te rendiste incluso antes de saber por lo que debías luchar. Siempre has sido una conformista que no espera nada de la vida.

—Eso no es… —¿Es cierto? Una parte de mí comienza a deducir que tal vez y solo tal vez, mi madre sí sabe exactamente quién soy.

—Claro que sí. No estoy dispuesta a ver como una de mis hijas desperdicia su vida.

Y, por fin, la entiendo.

Comprendo su resentimiento hacia mí, la frustración que debe de sentir al ver que no soy capaz de levantar cabeza ante el mínimo

obstáculo que se pone en mi camino. La entiendo, sí, pero una parte de mí sabe que eso no es suficiente para justificar muchas de sus acciones contra mí, su falta de cariño hacia su propia hija.

Tan solo demuestra que ella tampoco ha sabido manejar esta situación y que ambas nos encontramos igual de perdidas en cuanto a esto, en cuanto a mí se refiere.

—Empieza a espabilar, Melody, o llegará el día en el que querrás avanzar y ya habrás perdido tu oportunidad.

Capítulo 54

La complejidad de las palabras

—Me siento muy mal por tu hermana.

Hoy estoy de buen humor. Los problemas siguen allí, pero parece que en algún momento he adquirido la práctica de ignorarlos, resignándome a no intentar hacerles frente. Veo a Egan en la pantalla, ha acabado uno de sus exámenes más pronto de lo que esperaba y ha aprovechado para salir antes de clase.

En estos momentos solo puedo pensar en el revoloteo que siento en el estómago y en el palpitar acelerado de mi corazón.

También en Claudia y en los mensajes que no me ha contestado, en los que le preguntaba si estaba bien después de lo ocurrido durante la fiesta.

—Se pasa las tardes encerrada en su cuarto, cabreada con el mundo. Además, me parece que la ha tomado conmigo.

—¿Por qué dices eso?

—Estos días me ha estado evitando y, cuando intento hablar con ella, digamos que no es un alma misericordiosa.

—Podríamos hacer algo para animarla.

—¿Un maratón de películas y atiborrarla a palomitas?

—O algo diferente, que le haga olvidar lo que pasó en Navidad.

Por un momento se me pasa por la cabeza que tal vez Claudia no está dolida tan solo por el tema de la fiesta, sino que puede que, en parte, la discusión que tuvo con Alan la haya afectado con creces.

Yo también lo estaría, dolida, después de las palabras que intercambiaron.

La imagen de Alan se me viene a la cabeza, zumbante y puntiaguda. Ahora no quiero pensar en él ni en el hecho de que sé que lo tengo que llamar, dar alguna señal de vida, puesto que él no la da y eso me está matando por segundos.

Aunque me reconforta saber que si hubiera pasado algo grave lo hubiera sabido, además, algo en mi interior me dice que, de ser así, Alan se hubiera encargado de hacerme saber que toda la culpa de lo que estaba a punto de hacer es mía y solo mía.

Me centro en Egan, solo en él.

—Hace un par de semanas me dijo que hacía mucho que quería irse de acampada.

—¿Con este frío?

—¿Y por qué no?

Pienso en ello, en todos en algún lugar entre la naturaleza durmiendo bajo tiendas de campaña. Es perfecto, aunque no puedo evitar sentir un pinchazo de decepción conmigo misma al darme cuenta de que, por un momento, no he imaginado a Alan con nosotros.

Cada vez se me hace más difícil estar junto a él, pues siento que me absorbe y me desestabiliza. Siempre que estoy en su compañía acabo consumida en mis propios retazos.

Y aun así, me prometo que luego lo llamaré, que me aseguraré de que está bien.

Mi intento por ignorarlo ha sido un gran error, no solo porque ahora tema las consecuencias, sino porque también, en estos días extrañamente tranquilos, sé que no ha estado bien. Quería ayudarlo, quiero hacerlo porque noto que ha comenzado una cuenta atrás y

no sé muy bien de quién son los latidos que marcan el compás de los segundos agonizantes y eternos que van pasando.

—El viernes no dan lluvias.

—Pues entonces yo hablo con los demás, seguro que se apuntan.

Nos quedamos en silencio y juraría que puedo oír su respiración pausada.

—¿Conoces Moonlight Muse?

Aguanto la respiración, un tanto avergonzada, esperando su respuesta.

—Tiene nombre de grupo de música.

Me río y siento como la risa se le contagia.

—Tal vez, pero no. Es un nuevo local de Lark Lane que organiza actividades sorpresa para parejas, cómo pintar cuadros, decorar tartas, cerámica…

Me callo en cuanto noto el silencio a través de la llamada y me percato de que tal vez me he precipitado al proponérselo, tal vez ni siquiera le guste…

—¿Me estás pidiendo una cita, Mel?

Siento mis mejillas arder y me aparto el móvil de la oreja como si de esa manera pudiera alejar con él la vergüenza que trepa por mis entrañas.

—Puede no serlo, si no quieres…

—Pensaba que nunca ibas a pedírmelo.

Me gustaría besarlo ahora mismo, poder admirar su rostro y descubrir si sus ojos brillan en este instante como deben hacerlo los míos.

—Entonces, ¿reservo para mañana?

—Sí.

Apenas tardo unos minutos en reservar hora a las seis de la tarde y ya siento los nervios en la punta de mis dedos cuando pulso el

botón de confirmar.

—Tengo ganas de verte, Mel.

Por unos momentos, tengo la sensación de que con esto podría llegar a sentirme plena, de que sus palabras y él serían suficientes para despejar la neblina de pensamientos que han dejado los sueños que he tenido estos últimos dos días.

Pero la marea es más fuerte que cualquier pretensión que tenga de aguantar la respiración por más tiempo.

Borro esa imagen de mi cabeza, sabiendo que no tardará en regresar.

Todavía tengo tiempo, Egan todavía está aquí, conmigo.

—Y yo a ti.

…

No puede ser tan complicado.

No debe serlo.

Han pasado casi diez minutos desde que me he decidido a llamar a Alan, sin embargo, no he podido hacer otra cosa más que pasarme el móvil de una mano a otra, nerviosa.

Acabo tirándome sobre el mullido edredón de mi cama, carente del brillo de su color al no recibir los reflejos del sol del exterior, totalmente opacado por la lluvia torrencial que golpea con fiereza las ventanas.

Debería comprobar que todas las ventanas estén completamente cerradas.

Pero sé que lo están, me he asegurado de ello hace un par de horas.

Aunque me ayudaría a retrasar lo inevitable…

Enfadada conmigo misma, resoplo y, con la idea en mente de que no me puede pasar nada porque estoy resguardada en mi habitación y Alan demasiado lejos, detrás de una pantalla, inicio la llamada.

El teléfono se descuelga y yo cierro los ojos con fuerza.

—¿Alan?

—Veo que el sótano de los Miller no se te ha comido.

Hago caso omiso de sus palabras hirientes y me centro en lo importante.

—Me alegro de que estés bien.

—¿Y eso cómo lo sabes? Ni siquiera te despediste de mí después de la fiesta.

—Te marchaste de un momento para otro.

Confío en las palabras de Egan y en lo que me contó que ocurrió después de que Alan discutiera con Claudia. Solo rezo para que mis palabras suenen convincentes.

—No quería molestar a los tortolitos, admite que disfrutaste cuando te quedaste a solas con él.

—No pienso admitir nada, Alan. —No sé por qué, pero esperaba que la conversación no fuera de esta manera, creía que podríamos mantener una charla sin que ambos acabáramos subidos por las paredes, sin sentir el dolor punzante de sus palabras—. Tampoco te he llamado para discutir, te marchaste, eso es todo.

—Eso no explica por qué no me has llamado estos días.

Presiono los dedos contra mis párpados, no tengo excusa, tampoco quiero mentirle, pero una parte de mí me insta a confrontarlo, me susurra que ya no tengo nada que perder.

Ya he jugado todas mis cartas y he perdido, un intento más no me librará del dolor que me ha causado.

—Tampoco tú lo has hecho.

Bufa, para y luego vuelve a resoplar.

—Se supone que yo soy el que está mal y tú la que quieres ayudar, no tendría que ser yo el que vaya detrás de nadie.

—¿Acaso crees que así funciona una amistad?

—Solo sé que te has rendido y que ya no me quieres.

Otra vez no. Sé cómo acabará la conversación si sigue por este camino.

Parpadeo varias veces para evitar que las primeras lágrimas de impotencia se derramen de mis ojos.

—No puedo seguir ayudándote si me tratas así, Alan. Esto no está bien.

—No te trato de ninguna manera, dependienta.

—Me haces daño.

Se me rompe la voz cuando pronuncio las últimas sílabas, sintiendo una tremenda liberación pero al mismo tiempo una gran congoja.

—No es cierto.

—Lo es, sé que no quieres hacerlo.

—Te equivocas —por un momento pienso que se refiere a que lo hace siendo consciente de cada uno de sus actos—, yo no te hago daño.

—Tenemos que hablarlo, quiero que estemos bien, que nos apoyemos el uno en el otro.

Intento endulzar las palabras, aunque por dentro me arde la garganta bajo el veneno de mi propia voz.

—Eres tú la que me hace daño diciéndome todas estas cosas, haciéndome parecer el responsable de que ya no quieras saber nada de mí.

—No es así…

Pero me hace callar.

—Y lo peor es que sabes que con eso solo vas a conseguir herirme más y no te importa.

Voy a contestarle, pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta como si fueran incapaces de formarse. ¿Eso es cierto? Todo lo que estoy haciendo, huir de él como puedo, intentar guardar distancias entre nosotros, envalentonarme para llevarle la contraria aunque por dentro esté temblando de miedo… lo he hecho aun sabiendo que solo empeoraría las cosas.

Y no me he detenido.

Ni siquiera para pensar en las consecuencias de mis actos.

¿En qué me he convertido? Yo no soy así, no quiero serlo.

Pero me doy cuenta de que algo que está roto y dolido solo puede causar dolor, pues es su condición de ser. Puede intentar aparentar que sus piezas todavía siguen unidas por una fuerza infranqueable, pero su verdadera naturaleza siempre acaba saliendo a la luz.

No necesito más demostración de esto que mirarme a mí misma. Estoy rota, tal vez siempre lo he estado y desde la muerte de mi abuelo tan solo he conseguido hacerme todavía más añicos, y lo único que he hecho a lo largo de mi vida ha sido dañar y decepcionar a las personas que me importan. Me he limitado a ver como todo lo que tocaba acababa desvaneciéndose o rompiéndose.

Y Alan es un reflejo de mí misma.

No puedo culparlo por no saber actuar sin hacerme daño, tal vez no sepa hacerlo de otra manera porque está igual de consumido que yo.

—Lo siento, sé que no he actuado bien.

—Lo sé.

Vuelve el silencio. Me gustaría seguir hablando del tema, sonsacarle una disculpa por todo lo que ha pasado, por no saber ver

el daño que me está haciendo. Pero no puedo hacerlo, no cuando me doy cuenta de que si insisto solo estaré siendo más egoísta.

Así que, en un intento desesperado, giro el rumbo de la conversación.

—Este viernes tal vez nos vayamos de acampada.

—Egan me ha comentado algo, supongo que también habrá hablado contigo.

—De hecho, ha sido Ruby —miento.

Ignoro el nudo que se me forma en la garganta, atorada de las muchas mentiras que estoy acumulando.

—Me parece una basura de plan.

—Yo creo que puede ser divertido.

—Si tú lo dices…

Me quedo pensando unos segundos y algo dentro de mí parece reaccionar ante sus palabras.

—Entonces, ¿eso es que no vas a venir?

—¿Y dejar que te alejen todavía más de mí? Ni en broma. Quién sabe, con suerte podremos escaparnos a ver las estrellas juntos.

Aprieto las uñas contra las palmas de mis manos y deseo con todas mis fuerzas que esa noche el cielo esté completamente nublado, tanto que ni el brillo de la luna pueda luchar contra la oscuridad de las nubes.

Me siento agotada, como si la conversación que apenas ha durado unos minutos hubiera absorbido todas mis fuerzas.

—¿Hablamos más tarde?

—Te llamo esta noche.

—Sí, claro.

«Como siempre», me digo a mí misma.

Quiero colgar, hago el intento. Sin embargo, un sentimiento de culpa comienza a crecerme en lo más profundo de mis entrañas.

Le he hecho mucho daño, mucho.

Tal vez…

Me digo que no va a pasar nada porque lo diga una vez.

A través de la pantalla, sin verlo directamente, tiene que resultar mucho más sencillo.

Carraspeo un poco, buscando las palabras en mi garganta ahora seca e, ignorando mi subconsciente, hablo.

—Te quiero.

Parece que esas dos palabras le chocan, dejándolo mudo, como si no se esperara que pudieran salir de mí por propia iniciativa.

Y lo entiendo, nunca las he pronunciado sin que él las dijera antes.

—Y yo, dependienta.

Capítulo 55

Un dulce movimiento

Alan cubre con caricias mi cuerpo, desde la extensión de mis brazos hasta el último recoveco de mi cintura.

No respiro, tampoco encuentro las fuerzas para abrir los ojos y verlo plantado delante de mí, recorriéndome con sus pupilas que noto clavadas sobre mi piel.

Si no lo veo, si no compruebo que es real, tal vez este momento se haga mucho más fácil. Los minutos se convertirán en veloces segundos y, en breve, volveré a estar sola.

—Esto es para ti, sé que lo estás deseando. Yo soy el único que puede ayudarte a hacerlo, porque te comprendo.

Sus dedos dejan de investigar sobre mi cuerpo y, después de unos segundos en los cuales vacilo y me planteo si afrontar su imagen ahora que lo noto alejado de mí, Alan deja caer con pasmosidad algo punzante sobre mis manos, amenazando con desgarrarme las palmas.

El sobresalto me hace separar los párpados, pesados como si hubieran estado una eternidad cerrados. Una hoja, afilada y resplandeciente, resalta sobre mi piel pálida.

—Yo te enseñé cómo hacerlo.

Sujeto con una mano el instrumento, observando cada uno de sus vértices y el brillo que desprende en sus curvas.

Me sujeta por la muñeca y, aunque su tacto me sorprende, no puedo evitar pensar en que lo había visto venir, sabía cuál iba a ser su próximo movimiento y, aun así, no me había apartado, porque algo en su voz me instaba a hacerle caso, a seguir cada una de sus palabras.

En lo más profundo de mí ansiaba que volviera a enseñármelo.

El metal acaba sobre su piel, justo donde tantas otras veces he visto rasguños dibujados. Después se hunde, perforándolo.

Yo simplemente me limito a abrir los ojos de par en par, esperando ver derramarse las primeras gotas de sangre, el primer vestigio de una herida en el lugar en el que la hoja cada vez se clava más.

Pero no hay nada.

Al menos hasta que soy yo la que siente un dolor punzante en la muñeca, acompañado de una sensación húmeda y caliente.

Con miedo, veo el corte reproducido en mi piel, profundo y agonizante.

Pero una extraña sensación de satisfacción acaba sacándome una sonrisa de los labios cuando percibo que, pese a ser yo la que está empuñando el arma en su contra, no le estoy causando ningún daño, sino que me lo estoy haciendo a mí misma.

Alan me obliga a desviar el objeto hacia su otra muñeca, repitiendo el mismo acto que he hecho anteriormente, ahora más furioso, desesperado y, esta vez, en vez de clavar mis ojos en su piel en busca del resultado, acabo centrando toda mi atención en mi otra muñeca, que se desgarra.

—¿Lo ves? No es tan complicado como crees.

Levanto la mirada. Por primera vez en todo este rato, clavo mis ojos en los suyos y me sorprende la gran gratitud que siento hacia

él, por darme el valor que yo no he tenido, por impulsarme a hacer algo que, aunque me niego a aceptar, llevaba un tiempo deseando.

—Gracias —susurro.

Capítulo 56

Un jarrón y muchos recuerdos

—Gracias por venir a Moonlight Muse y confiar en nosotros para que os propongamos una actividad en la que disfrutar con las personas a las que queréis.

Egan y yo nos miramos divertidos a causa de la pomposidad de las palabras del trabajador que se dirige al grupo de personas que hemos reservado para la misma hora.

El hombre, delgado y alto, con una barba plateada perfectamente recortada sobre su mandíbula y un peinado en forma de tupé a juego con esta, nos indica con una mano que lo sigamos hacia el interior del local, donde, gracias a la insonorización de las paredes preparadas para algunas actividades en concreto, según nos dice, el golpeteo de la lluvia del exterior desaparece.

—¿Qué crees que tendremos que hacer?

Egan apoya su mano en mi espalda mientras nos dirigimos a una puerta cerrada.

—Ni idea. En la última publicación del local dijeron que habían estado haciendo retratos de sus acompañantes.

—Tal vez tengamos que posar desnudos para practicar la escultura.

Su mirada insinuante me sacude por dentro y siento mis mejillas arder. Por un momento me imagino la escena en mi cabeza y creo que solo consigo ruborizarme más, así que me limito a dirigirle una

mirada de advertencia, aunque no sin una gran sonrisa en la boca. Quiero que esto salga bien, lo necesito.

—Qué gracioso.

—Muy bien, antes de nada me presento, soy Michael. Si durante estas dos horas necesitáis cualquier cosa, solo tenéis que pedírmelo. —Michael silencia los murmullos de los demás con su voz—. Ahora, cada uno deberá coger un delantal y un par de guantes de estas cajas —dice señalándolas, justo a un lado de sus pies.

—¿Una clase de cocina, tal vez? —me dice Egan mientras se pasa los guantes de plástico por los dedos.

—Déjame a mí. —Divertida, me acerco a su espalda y le quito de las manos las cuerdas del delantal que, sin éxito, intenta anudar.

—Gracias, ¿quieres que te eche una mano?

Cuando termino de hacerle el lazo, asiento con la cabeza y dejo que sus manos se posen sobre mis caderas durante unos segundos.

—Creo que ahí no está el delantal.

—Lo sé, pero me parece que todos aquí están aprovechando esta excusa para hacer exactamente lo mismo que yo.

Las palmas de sus manos comienzan a calentar algo en mi interior, y el hecho de que me haya dicho eso con su boca pegada a mi oreja, erizando mi vello, solo hace que aumentar la sensación.

Desearía estar sola en estos instantes con él, disfrutar de esto tan solo en su compañía.

También se me pasa por la cabeza la pregunta de si esto sería así si viviéramos juntos, si nos tendríamos que ayudar a atarnos el delantal cada vez que quisiéramos hacer uso de la cocina, nuestra cocina. Daría gracias a nuestra torpeza por dejarme disfrutar de sus caricias y por tener la excusa perfecta para sentir su tacto sobre mi cuerpo.

Finalmente, se encarga del delantal, y Michael, sin esperar a que terminemos, continúa hablando mientras introduce una llave en la cerradura de la puerta y la abre de par en par.

—Hay un espacio reservado para cada pareja, os podéis poner donde os apetezca.

No logro ver el interior de la sala hasta que la media docena de personas que teníamos delante acaba adentrándose en ella.

—Cerámica —me digo más a mí misma que a Egan.

Le aprieto el brazo, entusiasmada por la simple idea de pasar dos horas moldeando arcilla. Parece una tontería, pero es algo que nunca he hecho y, aun así, me encanta.

—Muy a lo *Ghost*.

Egan me coge de la mano con una gran sonrisa en la cara y me guía hacia un torno eléctrico rodeado de dos taburetes y una mesa llena de los utensilios que podemos usar: esponjas, raspadores, un rodillo y algunas espátulas y pinceles de diferentes tamaños.

—¿Lo has hecho alguna vez? —le pregunto mientras me siento en mi sitio y miro con atención todos los instrumentos.

—Solo una, cuando tenía unos cinco años, así que no recuerdo gran cosa.

Egan mira con atención el torno que tenemos justo enfrente y, con las cejas arrugadas, coloca un pie sobre el pedal y lo pisa, haciendo que el platillo comience a girar cada vez más rápido.

—Mierda.

Me río mientras veo como retira el pie del pedal en un movimiento brusco.

—Procurad no pisar demasiado fuerte el pedal si no queréis que la arcilla salga volando —Michael se acerca a nosotros con una mirada divertida y nos tiende una gran cantidad de la masa—, a no ser que seáis unos expertos, claro.

La verdad, no podría estar más a gusto.

—Creo que eso ha ido por ti.

Egan adopta una expresión chulesca y se acerca ligeramente hacia mí, de forma que quedamos frente a frente.

—Qué graciosa —dice, imitando mis anteriores palabras.

—El plan es sencillo —la voz de Michael se oye por encima de las de todos nosotros—, consiste en crear lo que queráis con vuestras propias manos, ayudándoos mutuamente. Es una tarea que puede ayudar mucho al entendimiento y la comunicación entre vosotros.

La gente se pone manos a la obra en un cerrar y abrir de ojos, cuchicheando para decidir qué es lo que quieren hacer.

—Puedes elegir tú, yo no tengo mucha imaginación para estas cosas.

Me quedo pensando largo y tendido, alternando mi mirada entre Egan y la masa de arcilla que ahora descansa sobre el torno.

Una punzada de dolor en el pecho me da una idea.

—Podríamos hacer algo para que te lleves a España, de recuerdo.

Sus labios adoptan esa sonrisa que tanto me gusta, que lo define tan bien.

—¿Un jarrón? —pregunta.

—Ya me lo imagino en la entrada de tu casa, acaparando toda la atención.

Su sonrisa me confirma que hemos llegado a un acuerdo, así que comenzamos mojando como podemos la arcilla y, esta vez, soy yo la que se encarga de pisar el pedal, esperando que la masa no salga por los aires como nos ha advertido Michael.

Aunque al principio nos cuesta, en unos minutos nuestro jarrón va cogiendo forma, alargado y ligeramente redondeado en la parte de la base.

—En realidad —comienza Egan, con un dije de vergüenza en la voz—, todavía no he encontrado donde vivir cuando me mude.

Lo miro sorprendida, aunque con cierto dolor en los ojos.

Este tema es demasiado delicado para mí, aunque, teniendo en cuenta el tono de su voz y el extraño brillo que han adoptado sus ojos, creo que para él también es complicado hablar de ello.

—Apenas faltan dos semanas para que te marches.

—Lo sé. —Suelta un bufido mientras se esfuerza en mantener recto el torso del jarrón—. Pero la residencia de la universidad que me ha aceptado ya está llena, así que tengo que encontrar algún piso, lo que es extremadamente complicado.

—Me imagino. Si quieres, podría ayudarte a buscar.

Me ofrezco y me estremezco solo de imaginarme buscándole piso en España a Egan, aun cuando no quiero que se vaya. Mi corazón me grita que es totalmente contradictorio, que no debería ayudarlo a que se aleje de mí, pero solo deseo que se vaya feliz, sin ninguna preocupación, quiero que esté emocionado por su viaje y no lo hará si no tiene un sitio donde dormir.

Me centro totalmente en el jarrón, o al menos lo que se supone que será un jarrón, pues se está torciendo en un ángulo extraño.

—Sé que ha sido demasiado repentino.

—Un poco.

—No quiero alejarme de ti.

Quiero decirle que yo tampoco, que siento que me es imposible respirar cuando tan solo me imagino en que en poco ya no va a estar. Pienso en contestarle que yo seguiré aquí, en Liverpool, en la ciudad que siempre será suya, a la que sé con certeza que, con frecuencia o no, regresará, que lo esperaré junto con su familia, pero lo cierto es que no estoy segura de que eso sea verdad.

Lo cierto es que no sé dónde estaré para cuando él decida volver.

—Allí serás feliz, estoy segura.

Esperaba parecer convencida con mis palabras; sin embargo, me maldigo mentalmente cuando noto la tristeza impregnada en cada una de ellas.

Egan parece notarlo, porque solo se limita a asentir y a centrar de nuevo su vista en un jarrón que cada vez parece menos lo que debería ser.

—Creo que tendremos que empezar de nuevo.

Con cierto temor, pienso que se está refiriendo a nosotros, pero cuando levanto la vista y lo veo preocupado mirando la arcilla, vuelvo a respirar con normalidad.

—Me parece que sí.

—Espera.

Egan se levanta de su sitio y, con cuidado de no manchar mucho el taburete, lo levanta y lo coloca justo detrás de mí.

—Si lo hacemos a la par, desde un mismo punto de vista, tal vez salga mejor.

Me sonrojo al notar su pecho contra mi espalda y, por primera vez en la tarde, agradezco no tenerlo delante, pues se me ha debido de quedar una cara de tonta que ni con arduo esfuerzo podré borrar en un rato.

Mis ojos se cierran inconscientemente cuando entrelaza sus dedos con los míos y nos manchamos un poco la zona de la piel que no está cubierta por los guantes, antes transparentes y ahora totalmente marrones.

—¿Aprendiste esto viendo *Ghost* o cuando solo tenías cinco años?

—¿Sabes que cuando estás concentrada te muerdes el labio? Lo haces constantemente.

Olvido por completo la pregunta que le había hecho antes, sintiendo demasiado calor de repente. No se me pasa desapercibida

la idea de pedirle a Michael que encienda el aire acondicionado a pesar de que estamos a finales de diciembre.

—No me había dado cuenta.

—A mí me encanta.

Piso el pedal del torno y sumergimos nuestras manos, aún unidas, en la arcilla.

Finalmente, después de una media hora mejorando imperfecciones, el jarrón vuelve a cobrar la forma que queríamos lograr en un principio, incluso creo que ha quedado mucho mejor.

No sé cómo, pero hemos acabado con los brazos totalmente salpicados y manchados de arcilla mojada, sin duda somos los más sucios de toda la sala, pero eso hace que el momento sea todavía aún mejor.

—Tengo una idea.

Nuestras manos se sueltan por primera vez en todo este tiempo y Egan coge un pincel de la mesita.

—Podríamos dibujarle las olas del mar por aquí —señala la parte más ancha y cercana a la base del jarrón—, me recordará a las playas de Liverpool y a nuestra primera cita.

A nosotros.

Nos recordará a los dos, los momentos en los que ambos fuimos felices.

Y con eso siento que mi corazón se hincha de esperanza. Sé que él estará bien, solo hace falta que me recuerde de la forma más bonita que pueda, cuando sonreía a su lado. Con eso me basta, con que guarde ese recuerdo de mí, con que no me olvide.

Me alegro de que vuelva a estar detrás de mí, así me es mucho más fácil disimular mis ojos anegados en lágrimas.

—Quedará perfecto.

Ambos sujetamos el pincel del revés, dibujando en la arcilla con la punta de madera de este mientras procuro girar el torno lo más lentamente que puedo.

Las olas no quedan espléndidas, más cuando son dos manos al unísono las que las dibujan.

Pero son perfectas, he procurado grabar cada uno de mis recuerdos con él en todos los trazos.

—Chicos, chicas —Michael, al cual había olvidado completamente, se dirige a todos nosotros—, siento deciros que tan solo quedan diez minutos de vuestro tiempo. Os recomiendo que apuntéis vuestros nombres en las tarjetas que ahora os daré para señalar de quién es cada obra. Podréis venir a recoger la vuestra después de año nuevo, cuando estén completamente secas.

—Ha terminado demasiado rápido.

Asiento con la cabeza, sintiendo como durante estas dos últimas horas he estado viviendo una vida paralela a todo el dolor que arrastro.

Ignorándolo.

Pero ahora, cuando sé que irremediablemente el tiempo sigue pasando, las horas se me echan encima, el temor de que esto acabe se intensifica.

Apuntamos nuestros nombres en el papel que Michael nos ha entregado y lo dejamos junto a nuestro jarrón.

Antes de marcharnos lo miro por última vez.

Es demasiado frágil, delicado. Puede romperse en cualquier momento.

Por un momento me veo a mí misma dejándome atrás en esa sala.

Camuflada e igual entre todas las figuras de arcilla.

La mano de Egan me guía hacia los baños que nos han indicado para que podamos limpiarnos los restos de arcilla que se nos han quedado pegados al cuerpo.

Me miro en el espejo que tengo enfrente. Nada ha cambiado, estoy igual que siempre, simplemente me veo algo más borrosa que la última vez que vi mi reflejo, como si en cualquier momento pudiera desvanecerme, como si mi imagen luchara por seguir intacta.

Y sé que la próxima vez que lo observe, mi reflejo estará más borroso.

Cuando salgo, me encuentro a Egan esperándome con una gran sonrisa en la cara.

Siento que me falta el aire.

Me duele verlo, respirar a su lado.

Sin embargo, le quiero con cada fibra de mi piel y ya no me pregunto cómo este sentimiento ha podido florecer tan rápido, tan solo me dejo guiar por los latidos de mi corazón y lo acepto. Acepto que él no va a poder salvarme, que la felicidad que me brinda es efímera por mucho que intento exprimirla al máximo.

Lo quiero y, con eso, me siento morir con una sonrisa en los labios.

—Egan —sus ojos arden sobre mi piel y aprovecho esa intensidad para entrelazar nuestros dedos—, prométeme que no me olvidarás cuando me vaya.

—No podría.

Me paso el viaje de vuelta dividida en dos. Por una parte, me siento en las nubes después de esta tarde, por el simple hecho de estar con Egan. Sé que he disfrutado de cada momento a su lado y puedo asegurar que no me arrepiento en absoluto de haberle

propuesto este plan, por mucho que al principio me diera miedo sentir un rechazo por su parte.

Pero, por otro lado, me siento vacía y ausente. Todo el peso de los problemas y el dolor que antes apenas notaba ahora se me han echado de encima, impaciente por haber estado esperando, redoblando sus fuerzas.

Me pregunto si es normal encontrarse de esta manera. Sentirse al mismo tiempo reconfortada y perdida.

—Me alegro de haber hecho esto contigo, Mel.

—Y yo, tenemos que repetirlo.

Si es normal estar haciendo planes para un futuro que en tu interior se ha ido desdibujando. Imaginando escenas que, en lo más profundo de ti, sabes que no van a reproducirse.

Me doy una bofetada mental. Egan ya no va a estar aquí. Es probable que nunca volvamos a hacer esto.

—No lo dudes. —Egan se queda pensativo y me pregunto si es porque en este momento está pensando exactamente lo mismo que yo—. Mel, me alegra ver que ya no estás tan triste como el otro día.

Sus palabras me chocan y, sorprendentemente, me hieren.

No estoy triste, no, estoy destrozada, por dentro y por fuera. Y, aun así, no entiendo cómo nadie puede verlo.

Esta tarde me he reído con sinceridad, sí, he disfrutado de cada segundo a su lado, incluso ha logrado que me enamore más de él, pero, ¿es que no puede ver que detrás de todo eso está la verdadera Melody?

La que siente dolor al abrir los ojos por las mañanas, al caminar, al comer, al respirar.

En este momento me gustaría salir huyendo del coche, ni siquiera sé por qué, pero me clavo las uñas en las manos para impedir que los impulsos me dominen.

—Uno no está triste eternamente.

Me digo a mí misma que eso es cierto, que el dolor, tarde o temprano, aminora.

Y si no lo hace por sí solo, una debe buscar la manera de que suceda.

…

Cuando entro en casa y consigo esquivar a mis padres alegando que no tengo ganas de cenar, me muevo impulsivamente hacia mi cuaderno violeta, ese que prometí que no iba a volver a coger nunca más.

Ver las páginas arrugadas me encoge el corazón y, cuando llego al último tramo escrito, allí donde se ven los restos de la página que arranqué aquella noche, siento un pinchazo cruzando mi pecho.

Me repito que esto es lo que necesito, expulsarlo todo, gritar sobre una hoja de papel. Tal vez, si logro sincerarme conmigo misma a través de la poesía, todo cambie, el río vuelva a su caudal.

Cojo un lápiz y una goma y me tumbo sobre la cama, esperando que la inspiración me llegue como una vieja amiga, con la misma facilidad con la que lo hacía antes.

Sin embargo, pasan los minutos y tan solo consigo dibujar garabatos.

El reloj marca una hora pasada y todavía no he sido capaz de escribir un verso coherente, que de verdad transmita mis sentimientos.

Fue tan fácil aquella noche escribir sobre Egan, recuerdo. Sin embargo, la presencia de Alan y lo que pasó parece haberse llevado cualquier resquicio de inspiración que pudiera conservar aún.

Me fuerzo a plasmar alguna palabra, lo que sea.

Y lo consigo, pero el resultado no me gusta.

Unas lágrimas de impotencia acaban derramándose sobre el papel, emborronando lo poco que había conseguido escribir, como si el mundo se empeñara en hacer desaparecer todo lo que una vez me llenó de vida.

Ya no encuentro las palabras que antes siempre guardaba dentro de mí y expresaba sin ningún impedimento en forma de estrofas.

Cierro el cuaderno con un golpe brusco, rompiéndome todavía más por dentro.

Y me permito llorar.

Por mi familia, por mi abuelo, por las palabras que ya no soy capaz de expresar, por la futura despedida de Egan, por qué él no me comprende y yo no dejo que lo haga, por Alan, pero sobre todo, por mí, especialmente por mí.

Y, con cierta amargura, me doy cuenta de que antes, cuando le he pedido a Egan que no se olvidara de mí, no lo he dicho pensando en su despedida, en su viaje a España, sino que lo he hecho pensando en mí, en cuando yo ya no esté.

Él tampoco se ha dado cuenta, al menos no en el momento en el que la súplica ha salido de mis labios.

Lloro de nuevo, esta vez solo por mí.

Capítulo 57

Empuña y escribe

No me sorprendo al ver la tinta roja desparramándose sobre el papel cuando clavo en él la punta del bolígrafo que empuño, tampoco cuando su olor metálico inunda mis fosas nasales.

Escribo, escribo y escribo.

Desbordando pensamientos y sentimientos, todos dirigidos a las personas que una vez he querido.

Me duele la mano por la fuerza que ejerzo sobre el papel, también la muñeca por el incansable movimiento de mis palabras, pero continúo, pienso que si no lo hago me quedarán muchas cosas por decir, demasiadas palabras silenciadas.

Y me doy cuenta de que esto es todo lo que me queda: dejar conciencia de todo lo que me ha exprimido por dentro a lo largo de mi vida, tanto lo bueno como lo malo, los momentos felices y aquellos en los que pensé en rendirme.

También dedico un tiempo a explicar los motivos por los que estos últimos momentos han acabado venciendo en el campo de batalla en el que me convertí.

En el plácido dolor del sueño, las palabras no causan heridas a las personas a las que van dirigidas, tan solo a las que las verbalizan.

Capítulo 58

Bajo un manto de estrellas y fresnos

—No me puedo creer que estemos haciendo esto.

Claudia se remueve nerviosa mientras avanzamos por un sendero boscoso en busca de un claro que Egan asegura que está a solo unos cuantos metros de distancia.

Llegamos a nuestro destino hace apenas media hora y, después de dejar mi coche y el de Egan aparcados en una zona destinada a turismos, todos nos hemos cargado con nuestras respectivas mochilas y un par de tiendas de campaña lo suficiente grandes como para que quepamos esta noche.

Cuando Egan me dijo que no debía preocuparme por ello, ya que Ruby y Amelia podían traer las suyas, sentí un gran alivio. Nunca he ido de acampada, no estoy familiarizada con la naturaleza y el hecho de saber que este no es un lugar en el que esté permitido acampar solo hace que acrecentar mis nervios y que entienda a la perfección a Claudia.

—Relájate, por aquí nunca pasan los agentes forestales.

Egan rodea a su hermana por los hombros, unos metros por delante de mí.

—Eso no tiene gran importancia —exclama Susie, fatigada—, que se nos coma un animal salvaje sí debería preocuparnos.

—¡Anda ya! No exageres, Susie —Amelia se dirige a la pelirroja esquivando un par de piedras del suelo que amenazan con

desestabilizar sus botines con plataforma—, como mucho podemos encontrarnos algún zorro.

—Pues espero que ese zorro solo se te coma a ti.

Ahogo una risita frente al comentario de Susie y al ver la expresión de fastidio que adopta Amelia. Sin embargo, esta parece no darle mucha importancia y, rápidamente, vuelve a posar su atención en el sendero con la intención de procurar no caerse.

—Me parece que no has venido muy cómoda para una excursión por el bosque.

Ruby avanza con unos pasos envidiosamente ágiles hacia mí con una expresión risueña en la cara.

—No creía que tuviésemos que andar tanto.

Miro avergonzada el grueso vestido de lana negro que llevo puesto y que me llega hasta la mitad del muslo y las finas medias que terminan por cubrir la piel que queda a la vista. Por lo menos he tenido la brillante idea de ponerme unas zapatillas planas y lo suficientemente cómodas como para no tener que ir esquivando las imperfecciones del suelo, como Amelia.

Me avergüenzo por unos instantes hasta que me doy cuenta de que ya es demasiado tarde para remediarlo.

—En la mochila llevo un par de mallas y un paravientos. Si quieres, cuando acabemos de montarlo todo, puedes cambiarte.

Su oferta me tienta con creces. No es que ahora esté pasando especialmente frío, voy lo suficiente abrigada con la chaqueta gruesa que he decidido traer, sin embargo, mi cuerpo se estremece con tan solo pensar en la bajada de temperatura que dará inicio en cuanto el cielo comience a oscurecerse.

—Gracias, aunque por ahora estoy bien.

—De acuerdo. —Caminamos unos metros en silencio hasta que Ruby vuelve a alzar la voz—. Por cierto, ¿todavía tengo que seguir

fingiendo que no sé nada sobre lo tuyo con Miller o puedo sacar las garras en tu defensa cuando Amelia se acerque más de lo debido a él?

El corazón se me desboca por la garganta cuando Ruby nombra a Egan sin ningún tipo de escrúpulo.

Tal vez ella no le da importancia, pero yo he sido incapaz de pasar desapercibidos los pasos austeros de Alan a una distancia extremadamente corta de nuestras espaldas. Se ha pasado todo el trayecto en silencio, incluso cuando he ido a recogerlo a su casa, solo se ha limitado a asentir ligeramente con la cabeza. El resto del camino simplemente me ha ido dirigiendo miradas furtivas, como si en el fondo se estuviera debatiendo entre perdonarme por lo del otro día o no.

Ese sentimiento me ha ido carcomiendo y haciéndome sentir todo este rato sobre un delgado hilo que se retuerce bajo mis pies, colmado por el peso de mi subconsciente al saber que Alan probablemente todavía me guarda cierto rencor.

—Todavía no —me limito a decir.

Ella asiente con un leve movimiento de cabeza y yo me muerdo la lengua frente al impulso que nace en lo más profundo de mis entrañas de decirle todo lo que siento, de contarle la verdad de por qué me da tanto miedo hacer pública mi relación con Egan.

En vez de eso, giro ligeramente la cabeza y clavo mis ojos en Alan, el cual tiene la mirada perdida entre la maleza del bosque.

Parece notar el calor de mis pupilas sobre su cuerpo, pues de un momento a otro su mirada me cala el alma, haciendo que vuelva a centrar la vista en mi camino, esforzándome por prestar toda mi atención a la nueva discusión que están teniendo Susie y Amelia enfrente de nosotros.

Lo intento, de verdad que lo hago, pero ahora, por mucho que me limite a analizar las palabras de ambas chicas luchando por desconectar mi mente, solo puedo sentir cómo todos y cada uno de mis movimientos son analizados y minuciosamente escrutados.

Sé que, si en este instante diera media vuelta, me toparía con los ojos abrasadores de Alan perforándome.

Acabamos llegando al lugar que Egan nos había prometido unos veinte minutos después y, debo decir que es uno de los paisajes más bonitos que he visto en toda mi vida.

La hierba húmeda se extiende ante nosotros hasta un horizonte cortado por el azul del cielo, el cual comienza a adornar la puesta de sol, anaranjada y rojiza. Hay algunos árboles que rodean, formando un irregular círculo, toda la explanada, grandes arces blancos y fresnos que dibujan sombras sobre el campo verde salpicado de violetas.

—Es precioso —suelto en un suspiro causado por el cansancio y la emoción.

—El lugar perfecto para pasar la noche —añade Egan con una sonrisa orgullosa.

Nuestras miradas se acaban encontrando y, por un momento, me olvido de la inquietud que llevaba portando durante los últimos minutos del camino.

—¿Montamos las tiendas?

Alan se pone delante de todos nosotros con los brazos cruzados con un tono impaciente.

—Sí, mejor hacerlo antes de que anochezca.

Amelia, después de decir esto, es la primera que comienza a desenfundar su tienda de campaña de la bolsa de tela en la que venía guardada, y los demás la imitamos, poniéndonos manos a la obra.

Una hora después, tras algunas discusiones por no poder clavar debidamente las piquetas que sujetan las tiendas de campaña al suelo, nos encontramos mirando satisfechos el trabajo hecho mientras Egan y Alan terminan de cubrir los suelos del interior con unas lonas impermeables, para evitar que nos calemos a causa de la humedad durante la noche.

—¿Creéis que cabemos las cinco en una misma tienda de campaña?

—La verdad es que yo no pienso dormir con mi hermano.

—Tal vez, si nos apretujamos lo suficiente…

—No os preocupéis, chicas —anuncia Amelia—, yo puedo dormir con los chicos, si queréis.

Me atraganto con mi propia saliva al imaginarme la escena y creo que Ruby lo advierte.

—No hará falta, que se queden ellos con la pequeña y con su testosterona.

Y, aunque me parece algo extraño, Amelia acaba por darle la razón a Ruby y rápidamente Susie se pone a organizar la manera en la que vamos a colocar nuestros correspondientes sacos de dormir.

—Chicos, siento deciros que os ha tocado la peor tienda.

Susie aprovecha que ambos salen al exterior a reunirse con nosotras para adelantarse hacia la tienda en la que vamos a dormir, sin darles tiempo a que contesten.

Alan arquea una ceja y mira a Claudia, como preguntándole a qué se refiere Susie.

Esta baja la mirada en cuanto sus ojos se chocan y sus mejillas se tornan de un delicado rosáceo.

—Hemos pensado que cabemos todas juntas en esa —dice, señalando a Susie, que se adentra en la tienda más grande.

—Como queráis, así tendremos más sitio nosotros.

Lo siguiente que hacemos es vaciar nuestras mochilas y preparar los sacos en los que vamos a dormir y, aunque me gustaría pensar que esto me recuerda a aquel día en el que todas hicimos una fiesta de pijamas en el dormitorio de Claudia, no puedo evitar pensar en que esta vez en la habitación contigua no dormirá solo Egan, sino que Alan estará más presente que nunca.

Con un pinchazo en el vientre, advierto que fuera ya ha empezado a anochecer, así que saco la linterna que guardé en el último momento antes de salir de casa y, avisando a las chicas, salgo hacia el exterior, agradeciendo el aire fresco que me azota la cara.

Veo que Egan está a unos metros de distancia, colocando unas grandes piedras en forma de semicírculo en el espacio vacío que hay entre ambas tiendas. Una luz parpadeante y en movimiento dentro de la que va a compartir con Alan me advierte de que este todavía sigue en su interior.

No me lo pienso y me acerco a él.

—Es imposible que veas algo.

Lo alumbro con la luz amarillenta que desprende la linterna, descubriendo que lleva las manos manchadas de musgo por cargar con las piedras.

—No me quedan manos para alumbrar el suelo.

Cuando termina, se yergue y se sacude el polvo de las palmas mientras, con un bufido, se aparta algunos mechones de pelo que le habían caído sobre los ojos.

No soy consciente cuando, sin darme cuenta, mis pies han avanzado hacia él y mis manos agarran algunas ondulaciones y las apartan de su frente.

—No tengo muy claro si unos amigos deberían estar tan cerca el uno del otro.

Sus ojos se clavan en mis labios durante unos segundos y me estremezco.

—Creo recordar que nosotros somos más que amigos.

—En privado, tal vez.

El estacazo que me producen sus palabras en el pecho me hace retroceder unos pasos, alejándome de él. No ha dicho nada que no sea verdad, pero sus palabras me duelen como si estuvieran envenenadas y me dejaran la piel en carne viva.

Debe notar mi reacción, puesto que no tarda en intentar remediar sus palabras.

—Lo siento, no debería haber…

—¿Qué estáis haciendo?

Por un momento, los latidos de mi corazón cesan y descubro que en todo este tiempo nunca me había alegrado tanto de ver como Alan se acerca a nosotros, aunque lo haga con una expresión taciturna en la cara y me interrogue con la mirada.

—No te preocupes —le digo a Egan en un susurro, intentando camuflar el escozor de mis palabras—. Egan estaba colocando unas piedras.

—Sí —carraspea y me dirige una última mirada antes de clavarla en Alan—, para que podamos sentarnos. No es lo más cómodo que hay, pero algo es algo.

—Deja que te eche una mano, entonces.

—No hace falta, justo acabo de terminar. Iré a la tienda a lavarme un poco las manos y a coger una linterna.

—En ese caso —anuncia Alan dirigiéndose a mí—, dependienta, quiero enseñarte algo.

Un nudo se instala en mi garganta y, aunque no estoy muy segura de querer quedarme a solas con Alan, asiento con la cabeza

y sigo sus pasos con la esperanza de poder mitigar la ansiedad que comienza a crecer en mi interior tras las palabras de Egan.

Debo arreglarlo.

Si quiero exprimir al máximo estas dos últimas semanas junto a Egan antes de que se marche de intercambio necesito hacer las cosas bien, abrir mi corazón y ponerlo por delante de todos mis temores.

Me digo a mí misma que, si Egan no tuviera que irse, en algún momento deberíamos haber decidido hacer lo nuestro público y hubiera estado igual de mal alargar la situación más de lo debido.

Así que decido que más vale arrancar la tirita de un tirón y no dejar que el arrepentimiento me consuma.

Pero por ahora me limito a dejarlo a mis espaldas y a prometerme que, en cuanto tenga un momento a solas, me sinceraré con él.

—Te dije que veríamos las estrellas, dependienta.

El cielo se cierne sobre nosotros anunciando la llegada de una noche fría y húmeda, tornándose de un azul oscuro que, rápidamente, se transforma en negro. Al final, allá donde nuestras vistas logran alcanzar, un manto de estrellas se esparce sobre altos fresnos que carecen de la gran mayoría de sus hojas.

Por un momento, presenciar esto a su lado no me parece la peor idea del mundo. Las vistas y el ligero aire que alborota nuestro pelo logran calmarme.

—Seguro que cuando acabe de anochecer las podremos ver aquí, justo sobre nuestras cabezas.

Su sonrisa es la única respuesta que recibo, pero es suficiente.

Aguardo durante unos minutos a que diga algo más, con miedo a que el silencio se haga cada vez más incómodo, pero me sorprendo al ver que eso no sucede, estamos tan ocupados intentando

acaparar con nuestros ojos la mayor parte del cielo iluminado que lo demás queda en un segundo plano.

El recuerdo de la noche que compartimos en el parque, cuando me alentó a escaparme de casa, me viene a la mente.

Y una sonrisa se dibuja en mis labios.

Añoro el Alan que era por entonces, antes de que todo pasara, antes de que me dijera lo que sentía por mí. Añoro poder respirar tranquila a su lado sin miedo a decepcionarlo y a salir herida por ello.

Las voces de los demás comienzan a oírse tras las tiendas, anunciando que por fin han dejado atrás el resguardo de su comodidad descubriendo el frío que comienza a atravesar el aire con fuerza.

—Deberíamos decirles que vengan a ver esto.

—Quiero hacer esto contigo, sin los demás. Además, si son un poco listos, no tardarán en darse cuenta y vendrán.

Miro sobre mi espalda y no logro distinguir a Egan ni a las chicas, pues los árboles me tapan la vista. Me pregunto si se estarán preguntando dónde estamos.

Y eso sí que comienza a incomodarme, haciendo que el estado de paz que habíamos creado empiece a desmoronarse.

También pienso en Claudia y en mí, en lo mucho que me dolería descubrir a Egan con Amelia apartados del resto, viendo las estrellas, una escena que podría malinterpretarse con gran facilidad.

Alan acerca su mano a la mía y, en un movimiento un poco brusco, intenta entrelazar nuestros dedos, a lo que yo reacciono apartando el brazo hacia atrás con demasiada impulsividad.

Esto no está bien, nada bien.

Vuelvo a pensar en Egan y en la conversación que hemos tenido antes de que haya encontrado la oportunidad de salir huyendo de él

y en las promesas que me he hecho a mí misma en cuanto a nuestra relación. Y sé que, aunque no he sido demasiado buena cumpliendo la promesa que le hice a Alan, no quiero hacerlo mal con Egan.

Tomo una decisión que me parte el alma en pedazos, pero, aun así, me sigo aferrando a un clavo ardiendo pensando en que Alan aceptará una amistad entre nosotros.

—No podemos continuar así, Alan.

—¿Qué es lo que te molesta ahora, Melody?

Suspiro y centro toda mi atención en el cielo ya totalmente oscurecido.

—Quiero que seamos amigos, solo eso. Ya no puedo seguir intentándolo, Alan, porque duele demasiado. No quiero engañarme a mí misma, pero sobre todo no quiero engañarte a ti. Sé que de esta manera solo te estoy haciendo daño en vez de ayudarte.

—«Solo eso»…

No me atrevo a mirarlo, no encuentro las fuerzas para hacerlo, pero su tono irónico impregnado en su voz me anuncia que va a ser mucho más complicado de lo que esperaba.

—Me pides demasiado, dependienta.

—Piénsalo —exhalo—, podría ayudarte mucho mejor si me libro de la presión de autoconvencerme de que lo nuestro va más allá de una amistad.

Tal vez no son las mejores palabras y estoy centrando la cuestión demasiado en mí, pero no quiero arriesgarme a nombrar a Egan, no antes de hablar con él y decirle que estoy lista para crear un «nosotros» definitivo.

—Dime que no es por él, dímelo y haré lo que me pidas. No tiraré la toalla, pero te respetaré.

Me debato entre darle la razón o decirle la verdad, pero ambas opciones son demasiado crueles.

—Seguiré queriéndote si me dices que Egan no tiene nada que ver, no estarás sola. Sabes que yo soy el único que te puede comprender.

Pero me es imposible volver a prometerle algo cuando he fracasado con creces anteriormente. Hacerlo sería continuar alimentando el círculo que se ha ido construyendo entre los dos a modo de relación y no estaría quitándome ningún peso de la espalda, tan solo lo acrecentaría.

—Si no lo haces —reclama con una voz autoritaria—, pensaré que eres una sucia mentirosa, como llevo sospechando desde hace un tiempo.

Y, sorprendentemente, son sus crudas palabras las que me hacen tomar una decisión. En mi interior algo me dice que ya no tengo nada que perder.

Recojo el dolor de sus palabras y lo acoplo a mí, asumiendo que eso es todo lo que puedo hacer.

—Lo siento, no puedo hacerlo.

Y, sin decir nada más, doy media vuelta y me alejo lo más rápido que puedo de la persona que sé con certeza que, ahora, tiene todas las armas para destruirme.

—Estaba a punto de llamarte, pensaba que se te habría comido un zorro.

Susie se acerca a mí en cuanto diviso a todos sentados en semicírculo en las piedras que Egan ha colocado sobre la hierba.

—Estaba con Alan viendo las estrellas, aunque ahora ya se ven bien desde aquí —digo mientras levanto la mirada hacia el cielo.

—Otro al que no encontraba por ninguna parte.

Por un momento pienso que me lo está diciendo a mí, pero cuando sus ojos se clavan justo por detrás de mi cabeza, sé que Alan ha regresado.

—Os estábamos esperando para cenar, estoy muerta de hambre.

Me fuerzo a reír ante su comentario y a asentir.

—Sí, claro. Espera que vaya a por un par de sándwiches y voy con vosotros.

—Te acompaño.

—Yo iré a por mis cosas —declara Alan, y se va.

Susie me sigue hasta la tienda de campaña y cojo una pequeña botella de agua y la cena que me había preparado con prisas en casa.

Dejo mi linterna entre los pies, enfocando hacia arriba, como los demás, y me sumerjo en la conversación que están teniendo y con la que voy un poco perdida por haber llegado tarde.

—Mañana tenemos que hacer algo, ¡no puede ser que vaya a ser fin de año y no tengamos ningún plan! —Ruby nos mira con cara de fastidio.

—Tienes razón —Ruby pone cara de sorpresa cuando Amelia la apoya—, no pienso quedarme en casa sabiendo que la gente va a estar de fiesta toda la noche.

—¿Y qué proponéis? —pregunta Egan.

Me muerdo el carrillo cuando nuestras miradas se encuentran y veo grabado en sus ojos un fugaz sentimiento de arrepentimiento.

—Pues salir por ahí —afirma Claudia.

—Y pillar un buen pedo —termina Alan.

—¿Y a ti qué te ha dado ahora por las fiestas? Antes nunca salías —le pregunta Egan a su hermana con una ceja enarcada.

—Supongo que he cambiado y, míralo de esta manera, así, de paso, celebramos tu despedida.

Ante la expresión de tristeza de los demás, a excepción de Alan, que mantiene su rostro inexpresivo de siempre, intuyo que Egan ha

debido explicarles que dentro de poco se marchará a España a continuar sus estudios.

—Yo estoy con Claudia —exclama Susie, entusiasmada.

—All Night estará abierto hasta las cuatro de la mañana y no piden entradas.

Amelia se refiere a una de las discotecas más famosas de toda la ciudad, en la que suelen hacer la vista gorda cuando se trata de dejar entrar a menores. Aun así, se ha ganado una muy buena reputación entre los más jóvenes y algún que otro adulto.

—Decidido pues, mañana os quiero ver a todos bien sexis a las once delante de la puerta de la discoteca.

Ruby da por finalizada la conversación sin dar lugar a reproches y yo me alegro de tener una excusa para no tener que pasar la noche en casa con mis padres y Ana.

Seguro que no me ponen ninguna objeción.

Son casi las tres de la madrugada cuando, entre bostezos, nos damos las buenas noches y nos dirigimos a nuestras tiendas de campaña. Ahora mismo me arrepiento de no haberle pedido a Ruby que me prestara la ropa que me había ofrecido esta tarde, sin embargo, me animo al pensar que estoy apenas a unos metros de poder ponerme el grueso pijama que me he traído.

A pesar del frío que cubre cada hueso de mi cuerpo, me ofrezco a esperar fuera de la tienda a que las demás se cambien, ya que todas juntas no cabremos dentro mientras nos desvestimos.

Me entretengo observando las siluetas de Egan y Alan recortadas sobre la tela de su tienda a causa de las linternas encendidas en el interior. Distingo a Egan sentado con las piernas cruzadas, dando tragos de una botella mientras Alan se saca la sudadera por la cabeza y hace ademán de bajarse los pantalones.

Aparto la mirada de inmediato y me esfuerzo por lograr ver algo a nuestro alrededor, ahora que no hay ninguna luz que ilumine el bosque. Me siento un poco intimidada.

—¡Melody, ya puedes entrar!

Cuando entro, me encuentro a Amelia, Claudia y Susie cubiertas hasta la coronilla y a Ruby haciéndome un hueco para que pueda sentarme sobre mi saco de dormir.

—Han caído de un plumazo en cuanto se han tumbado. Es sorprendente la facilidad con la que se duermen.

Nos reímos y niego con la cabeza mientras saco con dificultad el pijama de mi mochila.

—Acuéstate tranquila, no tardo nada.

—Está bien, para cualquier cosa despiértame a mí, dudo que ellas se enteren.

—Gracias, buenas noches, Ruby.

—Descansa.

Y lo cierto es que ella tarda unos tres minutos en caer en un sueño profundo.

Me quedo en silencio sin saber muy bien qué hacer. El sueño todavía no ha arremetido contra mí a pesar de las altas horas de la madrugada que son y el inquietante silencio que se extiende a nuestro alrededor me pone en una constante alerta.

Escucho el crujir de unas ramas y hojas secas en el exterior y me estremezco. No me gusta ser la única que se ha quedado despierta, me hace sentir desprotegida.

Pasan los minutos y estoy tan concentrada en identificar los ruidos que provienen de fuera que ni siquiera reparo en que todavía no me he desvestido ni me he puesto el pijama.

Finalmente, incapaz de estar un segundo más dentro de la tienda de campaña, me armo de valor y salgo a gatas al exterior, donde me

sorprende ver que la luz de la luna ha logrado iluminar tenuemente el claro, haciendo que sea mucho más fácil que mis ojos se adapten a la oscuridad de la noche.

Me abrazo a mí misma intentando protegerme del frío, negándome a volver a entrar a por la chaqueta para no despertar a las chicas. Me siento mucho más segura aquí, en el exterior, donde puedo comprobar que los ruidos que me mantenían distraída simplemente son el crujir de las hojas por el choque del aire.

Y creo que no soy la única que lo piensa cuando oigo la cremallera de la tienda de los chicos abrirse.

En un principio pienso que es Alan que, sin que sepa cómo, se ha dado cuenta de que he salido de mi tienda sin la compañía de nadie y viene a retomar la discusión de antes. Sin embargo, cuando logro ver una pequeña llama brotar en el aire y prender un cigarrillo, sé que se trata de Egan.

Ahora es mi oportunidad de disculparme con él, de ser sincera.

Me acerco a él sin pensármelo mucho y me detengo cuando estoy a unos pasos de él.

—¿Tú tampoco puedes dormir?

—¿Mel? —Se gira bruscamente hacia mí y sonrío al ver su cara de sorpresa—. Me has asustado.

—Perdón, no era mi intención.

—Ven —acaba recortando la distancia que nos separaba y me pasa un brazo sobre los hombros—, vas a acabar helada.

—Supongo que esta vez no tienes una sudadera para darme.

Exhala el humo que tenía en la boca y me quedo mirando sus labios durante varios segundos. Me gustaría besarlo, pasar tanto rato junto a él y no poder tocarlo y hacer como si todo fuese bien es desgarrador, como si me ataran las manos a la espalda y fuera incapaz de liberarme. Ahora podría lanzarme, saborear sus labios

estando casi segura de que nadie nos está observando, sin embargo, me digo que primero tenemos que hablar.

—Tengo una en la mochila, sujétame el cigarrillo y entro a buscarla.

Me pone el pequeño trozo de papel entre los dedos antes de terminar de hablar, no obstante, antes de que se aleje de mí, se lo impido cogiéndolo del anorak que compruebo que todavía no se ha quitado.

—No hace falta, no quiero que molestes a Alan.

Y es cierto, lo que menos deseo ahora es darle a Alan motivos para enfurecerse más conmigo, servirle en bandeja esta escena y la oportunidad de echarme en cara que soy una mentirosa.

—¿Seguro?

—Sí, además, tú tampoco vas muy abrigado, así te hago compañía.

Su sonrisa me infunde esperanzas de que todo va a salir bien.

—¿Sabes qué? De eso nada. —Se saca el anorak con gran agilidad aprovechando que todavía tengo su cigarrillo entre mis dedos consumiéndose y, cuando termina, lo pinza con los dedos—. Ten, ponte esto. —Me tiende el abrigo con seguridad y lo deja caer sobre mis brazos.

—No pienso aceptarlo, ¡te vas a poner malo!

—Para nada, nunca lo hago.

—Eso no es posible, no…

—Si no te lo pones tú, seré yo mismo el que te lo ponga.

Suelto un bufido y, sin ganas de discutir, termino cediendo.

Para cuando acabo de pasármelo por la cabeza y los brazos, compruebo que Egan me analiza con sus ojos avellana, dulces y pacientes.

Y es eso lo que me impulsa a hablar, el saber que, aunque en el fondo él no se siente cómodo con la situación, se empeña por hacer las cosas bien y sigue mirándome como si yo fuera la luz que más brilla en comparación con el manto de estrellas que cubre nuestras cabezas.

—Lo de antes no ha estado bien, el modo en el que he reaccionado.

Egan va a darle otra calada al cigarrillo cuando comprueba que ya se ha consumido, así que extrae una caja de tabaco del bolsillo delantero de sus pantalones, se enciende uno nuevo lo coloca entre sus labios mientras se alborota el pelo.

—He sido un idiota al decirte eso.

—Solo has dicho la verdad.

Su mano viaja hasta mi mejilla y me acaricia. Cierro los ojos al sentirla sobre mi piel y por unos segundos me permito despejar la mente.

—Pero te dije que te esperaría, y voy a seguir haciéndolo.

—Yo…

—Lo voy a hacer por mucho que quiera estar a tu lado a cada momento, acariciarte y cogerte de la mano, por mucho que quiera besarte cada vez que sonríes de esa manera que tanto me gusta.

Pienso que voy a romper a llorar si no lo suelto ya, más aún después de sus palabras, de hacerme sentir querida después de tanto tiempo. Porque yo siento exactamente lo mismo por él y sería un acto demasiado egoísta por mi parte guardarme esos sentimientos solo para mí.

—Ya no quiero esperar más. Quiero estar contigo de todas las formas posibles, cuando estemos a solas y frente a toda la ciudad. Solo quiero eso.

«Te quiero a ti».

Pero las palabras se quedan estancadas en mi garganta, incapaces de salir.

No puedo evitar recordar a Alan cuando estas intentan salir de mi boca.

Así que me las guardo, prometiendo que encontraré la forma de empuñarlas y de volver a encontrar su significado.

—¿De verdad?

—Estoy completamente segura.

Egan tira el cigarrillo al suelo y, después de comprobar que se ha apagado totalmente, me devora los labios como si hiciera una eternidad que no los probara y yo le correspondo sintiendo que por fin estoy haciendo algo bien.

Añoraba su tacto y el sabor de su boca, sus movimientos y caricias sobre la mía.

Lo estrecho más contra mí, resguardada por la noche que cubre con su oscuridad cualquier vestigio de vergüenza que pueda tener en estos instantes.

Cuando nos separamos, entrelaza su mano con la mía y me guía, entre montones de violas que todavía siguen en pie a pesar de las bajas temperaturas, hacia el interior del bosque.

No lo cuestiono, tan solo me dejo llevar por él, los latidos de mi corazón y su pulgar acariciando la palma de mi mano.

Un suave aire frío comienza a soplar mientras nos vemos rodeados de árboles, cada vez más alejados de las tiendas de campaña, hasta que las perdemos de vista. Sin embargo, el frío desaparece del aire que respiro a medida que avanzamos y noto su presencia cada vez más cerca de mí, calentándome por dentro y acrecentando los nervios que hacen batir mariposas en mi estómago.

Y cuando nos detenemos, apenas dedicamos unos segundos a mirarnos antes de que nuestros labios vuelvan a unirse, necesitados y anhelantes.

Me dejo guiar por sus movimientos sobre la tela de mi vestido, sintiendo sus manos sobre mis caderas y después sobre mi culo al mismo tiempo que yo aprovecho para hundir mis dedos en sus rizos y tiro con algo de fuerza hasta que un gruñido sale de su garganta y sonríe sobre mis labios, sin abandonarlos.

Podría pasarme una eternidad así, recogida entre sus brazos, rodeada de una naturaleza que observa y calla. Finalmente, nos separamos para coger aire, aunque es algo complicado cuando siento cada fibra de mi piel electrificada bajo su atenta mirada, arrastrándome hacia él.

Y solo puedo entregarme.

Lo miro a los ojos dejando que absorba cada una de las emociones que emana mi cuerpo mientras noto como un denso calor se cuela en el ambiente. Él no aparta la mirada en ningún momento y conforme pasan los segundos siento como los nervios van desapareciendo y, en su lugar, la necesidad de acercarme a su cuerpo y recorrerlo entero con las yemas de mis dedos se intensifica. Necesito tocarlo, sentirlo más cerca de lo que ya estamos.

—Egan… —Su nombre se me escapa inconscientemente de los labios, en un susurro, haciendo que me ardan las mejillas y la temperatura de mi cuerpo aumente en un total descontrol.

—¿Sí?

Alarga su mano hasta tocar la mía. Primero es un simple roce, una caricia, pero en cuanto sus ojos bajan hasta mis labios y escucha como se me corta la respiración, agitada por el remolino de emociones que estoy sintiendo en este mismo instante, la agarra con

fuerza y estira de mí hacia él haciendo que nuestros pechos choquen.

Subo una mano por su abdomen, acariciando la suave tela de su camiseta lentamente, y la dejo justo encima de su pecho, observando cómo sube y baja al ritmo de su respiración irregular y agitada.

No soy capaz de decir ni una sola palabra, simplemente repito su gesto y observo sus suaves y carnosos labios rojos por el frío a la vez que paso mi mano por su piel, recorriendo su marcada mandíbula, descendiendo hasta el cuello y bajando lentamente hasta su antebrazo.

—Estás tiritando —dice mientras me acaricia la mandíbula y la sujeta haciendo que mis ojos se claven en los suyos.

Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba tiritando, pero si de algo estoy segura, es de que no es por el frío, puesto que aunque estemos en medio de un bosque en pleno invierno, con una ropa que no es para nada la adecuada para esta época del año y el frío aire nos golpeé con fuerza, la temperatura a nuestro alrededor es de todas las maneras posibles menos fría. Es imposible sentir frío estando pegada al cuerpo de esa persona que hace que todo lo que hay a mi alrededor arda y al mismo tiempo deje de existir.

—Ten por seguro que no es por el frío, Egan.

Y en un cerrar y abrir de ojos, sus labios se estampan contra los míos. Todo dentro de mí estalla y las mariposas que revoloteaban en mi estómago se convierten en dragones. Me besa apasionadamente, como si en este mismo instante no existiera nada más que nosotros dos besándonos con una desesperación palpable.

Me agarra fuertemente de la cadera y me acerco lo máximo que puedo a él, queriendo sentir todo su cuerpo pegado al mío, sin nada

que nos separe, y enredo mis dedos en su espeso pelo, tirando de sus perfectos rizos para acercarlo aún más a mí.

—Ahora mismo te llevaría a mi casa.

Deja de besarme la boca para comenzar a besarme el cuello, pasando su lengua por las zonas más sensibles y dándome pequeños mordiscos que me hacen soltar leves gemidos y que me tiemblen las piernas. Me agarro fuertemente a su camisa para evitar que las piernas me fallen.

—Pues lo tenemos bastante difícil teniendo en cuenta que estamos en medio de un bosque.

Egan suelta un pequeño gruñido sobre mi cuello y se me eriza la piel al sentir su aliento contra mí.

—Tienes razón.

Se separa y me coloca algunos mechones de pelo detrás de la oreja para después darme un beso en la frente.

—¿Quieres que volvamos a las tiendas? No quiero que estés incómoda, ya tendremos más tiempo cuando estemos en casa.

—¿Tú quieres volver?

De repente me entra miedo al pensar en que Egan prefiere irse a las tiendas con los demás en vez de aprovechar este momento que tenemos a solas. No hay nada que desee más ahora que perderme en este bosque con él, y aun así siento esa inseguridad dentro de mí que me repite una vez detrás de otra que no soy lo suficiente para Egan, que él siempre preferirá a los demás por encima de mí.

—Créeme, me quedaría la noche entera aquí, contigo.

Y así, sin más, esa llama que se estaba apagando dentro de mí vuelve a encenderse con el doble de fuerzas y me hace olvidarme de todo. De que estamos a apenas unos metros de las tiendas donde duermen los demás, de que yo soy la tímida en esta relación que tenemos entre los dos, de que en cualquier momento alguien nos

puede ver y las cosas se pueden joder de tal manera que todo lo que teníamos construido se derrumbe en un abrir y cerrar de ojos.

—Pues hagámoslo.

No le da tiempo a responderme cuando le beso con fuerza, entrelazando nuestras lenguas a un ritmo perfecto y armonioso y, al mismo tiempo, feroz y descompasado. Lo empujo suavemente sin dejar de besarle ni separarme un milímetro de él, hasta que su espalda choca contra el tronco de un inmenso árbol y lo aprovecha para apoyarse en él y abrir un poco las piernas de modo que pueda colocarme entre ellas.

—¿Te he dicho alguna vez que eres preciosa? —Egan desliza sus manos congeladas por debajo de mi vestido, tocando mi vientre, haciendo dibujos invisibles sobre mi piel.

Me estremezco al sentir sus manos sobre mi cuerpo, piel con piel. Es la primera vez que me tocan de una manera tan íntima y sensual y lo único que puedo hacer es cerrar los ojos y asentir con la cabeza, emitiendo una especie de gruñido que sale de lo más profundo de mi garganta.

Finalmente, respiro profundo y logro encontrar las palabras, antes perdidas.

—Me haces sentir completa, de todas las formas posibles, Egan.

Y entonces Egan vuelve a separarse de mí y me mira fijamente a los ojos. Tiene una mezcla tan grande de sentimientos en su profunda mirada que me es imposible saber de qué se trata. Sin embargo, sí puedo sentir como una presión crece en mi estómago.

—Melody, yo… —Le cojo rápidamente de una mano para que pare de hablar.

—Lo siento, la he cagado, no tendría que haber dicho nada, a veces no sé lo que digo…

—No, no es eso. —Egan me corta e inspira profundamente cerrando los ojos durante unos instantes.

—¿He hecho algo mal?

Y vuelve otra vez ese miedo. Alan se me viene a la cabeza haciendo que el frío se cuele en el ambiente que habíamos creado entre los dos. Sus gritos, amenazas, la intimidación en sus gestos y mirada, me estremezco solo de imaginarme a un Egan así, me da miedo volver a cagarla, es algo que suelo hacer últimamente.

—Te quiero.

La respiración se me corta, el mundo, al contrario que antes, me da vueltas y los ojos se me abren de par en par al escuchar lo que ha salido en apenas un susurro de los labios de Egan.

—¿Qué?

—Creo, creo que te quiero.

¿Alguien, alguna vez, ha logrado expresar con palabras coherentes lo que significa el éxtasis? Si algo tengo claro es que por mucho que le dé vueltas al significado de este sentimiento, jamás lograré describir cada una de las emociones que se acumulan en el cuerpo de una persona cuando lo siente, me resulta imposible, es tan puro, tan verdadero e intenso que simplemente te limitas a experimentar cada una de las emociones que explotan dentro de ti.

En el instante en que esas dos palabras salen de su boca siento cómo pierdo el control absoluto de mi cuerpo, ya no me pertenezco a mí misma, los colores del bosque se vuelven más intensos, el calor que nos envuelve parece quemar cada fibra de mi piel y en este mismo momento siento que podría rozar el cielo con las puntas de los dedos.

«Te quiero», mi voz interior parece gritar dentro de mí, rezando por que Egan pueda escucharlo y saber que siento exactamente lo mismo por él.

Pero una cruda realidad me golpea con fuerza, y es que ya no sé lo que significan las palabras «te quiero» para mí, sé lo que siento, joder, creo que jamás en mi vida había tenido tan claro mis sentimientos por una persona, pero hace ya semanas que estas palabras han perdido el valor que me parece que deberían tener en este instante, puede que incluso antes ya no las conociera con exactitud.

La realidad es que Alan me ha forzado a decir «te quiero», todos y cada uno de ellos una fachada, una mentira que se ha vuelto una costumbre entre nosotros.

La realidad es que me he convencido a mí misma de que sí es posible querer a alguien. La pura realidad de todo esto es que ha crecido un miedo dentro de mí al expresar este sentimiento, por miedo a que no sea real, a que sea solo una simple ilusión.

No estoy preparada para decirlo en voz alta.

—Yo…

Egan me acaricia el pelo y susurra.

—Tranquila, no quiero forzarte a que me contestes.

—Pero…

—Pero necesito soltarlo ya de una jodida vez, porque cada vez que te veo, que te beso o que te toco, siento que voy a explotar, joder. Mel, eres como la música para mí, te has convertido en una jodida adicción en mi vida que no puedo dejar.

«Tú también lo eres para mí».

Pero las palabras no salen, y me recrimino por eso.

Egan apoya su cabeza junto a la mía y roza nuestras narices. Le beso de la manera más delicada que puedo absorbiendo cada uno de los sentimientos que me ha expresado. Y es lo que hago, no voy a permitir que nadie oprima lo que siento por Egan, y por mucho que sea incapaz de responderle con esas mismas palabras, opto por

intentar demostrarle todo lo que siento a través de mis besos y caricias.

Subo mis manos hasta sus mejillas y las acaricio suavemente a un compás perfectamente sincronizado con nuestros labios.

—Egan —susurro contra sus labios a la vez que noto como me arden las mejillas—, no puedo expresarlo con palabras, pero déjame que te demuestre lo que siento por ti.

No le doy tiempo a que me responda, quiero hacerlo, demostrarle cada uno de mis sentimientos hacia él.

Nuestros cuerpos parecen entenderse a la perfección, el roce de nuestros labios expresa cada una de las palabras que soy incapaz de decir, nos lo decimos todo, lo sentimos todo.

Egan me acaricia la cintura y me acerca más hacia él, haciendo presión con su cuerpo en el tronco del árbol, y yo aprovecho para unir nuestros cuerpos sin dejar ningún espacio entre nosotros, un movimiento que hace que, sin más, el beso se profundice, que sus labios comiencen a besarme con más intensidad, que su mano izquierda suba a mi pelo y lo apriete con fuerza.

Le correspondo con la misma intensidad, sintiendo una electricidad que me recorre la columna de arriba abajo y que me hace arquearme contra su cuerpo, gimiendo sobre sus labios.

—Joder, Mel…

Lleva sus manos hacia mi culo y lo aprieta con fuerza, haciéndome gemir, perder la noción del tiempo y olvidarme completamente de en dónde estamos.

No me importa nadie en este momento, solo Egan y el deseo que siento por él.

Sin pensarlo, subo mis manos a sus hombros y lo empujo suavemente hacia abajo. Acabamos los dos sentados en el suelo, yo a horcajadas sobre él y besándole en el cuello mientras Egan respira

entrecortadamente en mi oreja y su aliento me eriza el vello del cuello.

Las hojas del suelo me hacen cosquillas en las rodillas, una sensación agradable que me hace ser aún más consciente de lo que estamos haciendo, de dónde estamos, del riesgo de todo esto.

—Ven.

Egan me coloca bien encima de él, haciendo que nuestros cuerpos encajen perfectamente, y vuelve a besarme mientras suavemente hace círculos en mis caderas, entonces es cuando el beso se suaviza, se vuelve mucho más sensual, más íntimo.

Sus manos cada vez hacen un poco más de presión y noto como todo su cuerpo se tensa debajo del mío, haciendo que un calor electrificante se extienda rápidamente y de una forma arrolladora desde mi pecho hasta cada extremo de mi cuerpo.

Inconscientemente, dejándome llevar por el deseo y el abrasador cosquilleo que siento en la parte baja del vientre, comienzo a mover suavemente mis caderas sobre él, meciéndome, haciendo rozar nuestros cuerpos en un vaivén de electricidad.

No soy consciente del tiempo que pasa hasta que habla de nuevo.

—Creo que me he equivocado de Melody. —Egan me mira a los ojos con esa sonrisa tan suya que me emboba mientras intensifica el movimiento de mi cuerpo con sus manos.

Un espasmo me recorre el cuerpo entero, como si algo hubiera estallado dentro de mí, haciéndome arquear la espalda y echar la cabeza hacia atrás sin control alguno.

Cuando nuestras miradas vuelven a coincidir, lo noto en sus ojos, todos los sentimientos y las emociones plasmadas en su mirada, el deseo, el amor… Quiero ser suya, que recorra cada rincón de mí con sus manos y con sus labios, que me haga olvidarme de todo.

Le pongo una mano en la boca para que borre esa sonrisa que tiene plasmada en la cara, pero al hacerlo soy yo la que no puede evitar sonreír como una tonta al tener su rostro tan cerca de mí.

—Cállate, tonto.

Noto su sonrisa bajo mi mano y no me doy cuenta de que ha separado una de sus manos de mi cadera hasta que la noto delicadamente sobre mi muñeca, haciendo el intento de apartarla de su boca.

La adrenalina del momento me hace ser más rápida que él, y en un movimiento consigo ser yo la que agarra su muñeca con decisión, acariciando con los dedos la palma de su mano.

De repente la tensión entre nosotros crece, no hay palabras, solo miradas que lo dicen todo, que me aprietan por dentro y hacen que me estremezca de pasión e incluso de pura felicidad.

Nuestras respiraciones son entrecortadas y aceleradas y, no sé si es por eso, o porque soy incapaz de aguantar más la tensión que hay entre los dos que, sin pensarlo, lentamente comienzo a bajar su mano haciendo que acaricie mi cuerpo.

—Mel…

Nuestras miradas no se separan en ningún instante y solo cuando mi mano acompaña a la suya hacia mi ingle puedo ver como Egan abre los ojos con sorpresa y la respiración se le acelera.

—¿Sí?

—¿Estás segura?

Lo observo en silencio, siendo muy consciente de la presión de su mano en la zona de mi vientre. Puedo ver los nervios y el deseo grabados en su rostro, en cada partícula de su cuerpo, pero no es hasta que de su boca sale un leve suspiro entrecortado que soy consciente de lo que hago, de lo que quiero en este instante, de que le necesito.

Simplemente asiento como respuesta y suelto su mano, dejando que sea él el que la descienda lentamente.

Me besa y lo siento todo, mis manos agarradas fuertemente a sus hombros, mis ojos cerrándose y dejando que una explosión blanca de emociones nuble mis sentidos.

…

Las estrellas cubren el cielo al completo, excepto aquellas zonas que están tapadas por algunas nubes relucientes por el reflejo de la luna.

Jamás me había sentido de esta manera. Mientras estaba entre los brazos de Egan parecía que solo estuviésemos nosotros dos, no me acordaba de nada ni de nadie, ha sido simplemente perfecto.

Ahora hace un rato que nuestras respiraciones han vuelto a la normalidad y que estamos tumbados sobre las espesas montañas de hojas que cubren el suelo mientras observamos el cielo; sin embargo, puedo sentir el repiqueteo de mi corazón en el pecho.

Por el rabillo del ojo observo nuestras manos entrelazadas, una imagen que grabo a fuego en mi interior en busca de inmortalizar este momento, por miedo a que algún día no lo pueda recordar, aunque no creo que eso sea posible.

Egan gira la cabeza y yo le imito, quedando cara a cara.

«Te quiero».

Las palabras se quedan atascadas en mi garganta, luchando por salir a la superficie y por ser escuchadas, pero no puedo, mi subconsciente no me lo permite.

Quiero mostrarle lo que siento una vez más, aclararle que él no es el único que tiene esos sentimientos, que es correspondido.

Con cuidado pongo nuestras manos entrelazadas sobre mi pecho, justo donde el pálpito de mi corazón se nota a la perfección.

—Esto es lo que siento por ti, Egan.

—Mel… no quiero presionarte, de verdad —lo dice apenas en un susurro, algo que no sé cómo, pero aclara aún más mis sentimientos por él.

—¿Lo notas?

Le sonrío esperando su respuesta y siento que me da un vuelco el corazón cuando en su rostro se dibuja esa sonrisa que tanto me gusta, que mezcla su picardía con la inocencia, la calidez con un fuego abrasador.

—Sí.

Tercera parte

Lancé un grito de auxilio a través de la poesía y todos aplaudieron sin entender que me estaba muriendo.

LUIS PARDO

Capítulo 59

Cuando ya no queda nadie

Regresamos a las tiendas una hora después, cuando el calor de nuestros cuerpos ya ha perdido su fuerza y el frío de la noche comienza a cernirse con ímpetu sobre nuestra piel.

Rozamos nuestros labios una última vez antes de despedirnos y, cuando me dirijo hacia la tienda, consumida todavía por la ensoñación, solo puedo pensar en que ya no debo tener miedo, tan solo hace falta que siga mirando hacia el frente.

Abro con cuidado la cremallera de la tienda de campaña con la esperanza de no despertar a ninguna de las chicas, sin embargo, en cuanto doy el primer paso dentro, el grito de terror de Susie, al que se le unen las demás, adormiladas, me hace gritar a mí también.

Por unos momentos, con el corazón desbocado, pienso que tengo algo detrás; sin embargo, cuando todos sus ojos se posan sobre mí entiendo que he sido yo quien las ha asustado.

—¡Dios, Melody, pensaba que se había colado un zorro!

Susie me mira con el corto cabello pelirrojo alborotado y los ojos desorbitados.

—Lo siento, no era mi intención despertaros.

—Pero si son… —Amelia coge su móvil y mira la hora con los ojos entrecerrados— ¡casi las cinco!

—¿Dónde estabas? —me pregunta Ruby con una ceja alzada.

—¿Y por qué no te has cambiado? —añade Claudia.

Me ahogo buscando respuestas válidas para todas sin mencionar que me he estado enrollando con el hermano de una de ellas hasta hace apenas unos minutos.

—Necesitaba ir al baño, bueno, ya sabéis, al bosque.

Espero que mis palabras sean creíbles y que no reparen en que mi saco de dormir está totalmente liso y sin abrir todavía. Además, mi pijama aún sigue cuidadosamente doblado sobre él.

—Me quedé dormida, ni siquiera me acordé de ponerme el pijama.

Parece que mi mentira surte efecto entre las chicas, a excepción de Ruby, que me mira con ojos curiosos y, después de unos segundos, una sonrisa traviesa se dibuja en sus labios.

Por un momento pienso que va a hacer algún comentario, que va a insinuar cualquier cosa que tenga que ver con Egan o a cuestionar alguna de las excusas que les he dado, no obstante, cuando centra su mirada en Susie y la pincha con el dedo, sé que no dirá nada.

—¡No me digas que pensabas que se te iba a comer un zorro!

—Tal vez, pero con suerte hubiera pillado primero a Claudia y a Amelia.

—¡Oye! —exclaman las mencionadas con el ceño fruncido.

Después, estallamos en risas y aprovecho el momento para sentarme como puedo sobre mi cama improvisada y comienzo a desvestirme, entre empujones, para ponerme el pijama. No sé cómo, pero, al final, las chicas terminan por desvelarse y alargamos la charla, los gritos y las risas hasta que el sol comienza a salir y a iluminar el claro en el que nos encontramos.

Yo no pego ojo, tampoco hubiera podido hacerlo, no después de saber que me he entregado a Egan por completo.

…

No salimos de nuestro resguardo hasta que el reloj marca las nueve y nos sentimos demasiado agobiadas y apretujadas como para seguir más tiempo encerradas las cinco en una tienda diminuta.

—Por fin —exclama Ruby estirando sus extremidades al aire—, necesitaba mover el culo de ese sitio.

—No vuelvo a hacer esto en mi vida.

Susie levanta el rostro hacia el sol, dejando que sus rayos le bañen la piel.

—¿Te lo has pasado bien? —Me acerco a Claudia y le regalo una sonrisa—. Egan estaba convencido de que esto te alegraría después de lo que pasó en Navidad.

—Es demasiado bueno conmigo, más aún después de esta semana, pero sí, la verdad es que lo he disfrutado. Aunque la próxima vez traeremos más tiendas de campaña.

Me rio y me esfuerzo por imaginarnos a todos haciendo esto de nuevo sin la compañía de Egan. Un nudo se instala en mi garganta y me quito la imagen de la cabeza.

No puedo.

Un rato después de que Amelia haya ido a despertar a los chicos, estos salen a la luz del día bostezando y con unas botellas de agua en la mano.

No puedo evitar darme cuenta de cómo Claudia centra su mirada en Alan y un deje de tristeza le impregna los ojos.

—¿Estás bien?

Quiero preguntarle por la discusión que tuvieron, por sus sentimientos hacia la persona que me ha roto por dentro, porque no puedo evitar sentirme fatal al darme cuenta de que probablemente está sufriendo por la misma persona por la que yo también he sufrido.

Pero me muerdo la lengua, pues no quiero parecer una entrometida que los oyó aquella noche, mientras me escondía en el dormitorio de su hermano.

—Sí, claro. Estaba pensando en que no sé cómo aguantaremos esta noche sin apenas haber pegado ojo.

Después de un improvisado desayuno sobre las piedras que Egan amontonó anoche, recogemos todas nuestras cosas mucho más rápido que cuando llegamos y nos encaminamos hacia los coches por un sendero que ahora ya conocemos.

Solo puedo pensar en llegar a casa y no abandonar la cama hasta que el día haya avanzado lo suficiente como para que no me duela todo el cuerpo y desaparezcan las ojeras que, con seguridad, deben de estar adornando mis ojos.

Noto un suave tirón en el brazo cuando me doy cuenta de que Egan se ha colocado a mi lado.

—¿Has podido dormir algo?

Su voz, ronca y melosa, me arranca un escalofrío que me recorre la columna y me hace recordar cada uno de los segundos que compartimos anoche.

Noto como se me encienden las mejillas y clavo los ojos en el suelo, esperando que el calor abrasador que ha comenzado a trepar por mis piernas se disipe.

—Nada.

—Yo tampoco.

Nuestras risas me llenan el pecho de una corriente de paz.

—He estado pensando —dice, bajando la voz—, año nuevo, vida nueva. No hace falta que les digamos nada ahora, esperemos a la noche, cuando estén todos más despejados y algo borrachos.

Los nervios se me anudan en la garganta y en el estómago, amenazando con doblarme de un pinchazo de dolor.

Lo he hecho. Le he dicho a Egan que estaba lista para no esconderme más, me he prometido a mí misma que no le haría más daño. Sin embargo, esta noche se presenta ante mí demasiado cerca, robándome el aire y las oportunidades de pensar en cómo se lo va a tomar Alan.

Le he mentido cruelmente, aunque nunca afirmé nada a pesar de sus insistencias.

Cierro los ojos y me lo imagino delante de mí, con una mirada decepcionada y las facciones endurecidas a causa del enfado. También me lo imagino levantándome la mano como aquella vez en la librería, sin que ahora haya nadie para protegerme.

—¿Te preocupa cómo puedan reaccionar? —opto por decir.

—No me importa lo que puedan pensar, solo quiero que tú y yo estemos bien. Además, alargar unas horas más esto de mantener una relación secreta es bastante morboso.

Lo empujo, chocando mi hombro contra el suyo a modo de respuesta.

Sé que se ha esforzado por respetar lo que le pedí y me ha demostrado que puedo confiar en su palabra. Ahora solo me queda demostrarle que él también puede confiar en la mía antes de que me eche atrás y me arrepienta de haber querido dar un paso adelante, en vez de mantenerme rezagada en la situación en la que hemos estado hasta ahora.

Jugando a camuflar mis sentimientos por miedo a que Alan nos descubriera.

Cuando llegamos al parking, las chicas se suben al coche de Egan, ya que viven mucho más cerca de él, y yo noto como la temperatura del ambiente cae en picado en cuanto me veo a solas, encerrada en mi coche, con Alan como copiloto.

No ha dicho nada en toda la mañana, ni siquiera hemos cruzado una mirada.

Y eso me desconcierta, porque no sé si está enfadado, si simplemente no está de ánimos para hablar o si, de un momento a otro, va a explotar contra mí.

Arranco el coche sin mirar atrás y, en silencio, nos adentramos en la carretera. Tan solo puedo notar el latir de mi corazón bombeando sangre por todas mis arterias y me esfuerzo por estar concentrada en lo que hago antes de perder el control del coche.

Me sorprendo al volver a sentir la habilidad de Alan para hacerme sentir marchitada, como si el mundo que me rodea se apagase y se consumiera, sin decir una palabra.

—Has disfrutado de esta noche.

Su voz, neutral y un poco tosca, envuelve el pequeño espacio. Exactamente no sé si me lo está preguntando o simplemente se trata de una afirmación, así que opto por seguirle la conversación, desesperada porque la tensión que hay entre los dos se disipe.

—Sí, ¿y tú?

—No me digas.

Esta vez me mira y yo me permito apartar unos segundos la vista de la carretera para aguantarle la mirada. Algo no anda bien, lo noto en la manera en la que abre las fosas nasales al inspirar, en cómo los músculos de la mandíbula le palpitan, pero sobre todo, en sus ojos, lo noto en el brillo refulgente que desprenden.

Y el universo se traga mis palabras y cualquier capacidad que tuviera para poder formular una respuesta.

Mi mente se queda en blanco y un horrible terror consigue hacerse con el control de mi cuerpo.

«Lo sabe».

Algo en mi interior me dice que esto no se debe solo a la conversación que tuvimos ayer, a su decepción creciente conmigo. Todo en mí me dice que lo ha averiguado de alguna forma.

Desesperada, miro en el salpicadero el tiempo que queda para llegar a su casa y percibo que van a ser los diez minutos más largos de mi vida.

Su mano viaja hacia la radio y, sin pedir permiso, con rápidos movimientos, va cambiando las cadenas hasta que se detiene en una en la que suena una canción estridente que desconozco. Pasados unos minutos, cuando termina, vuelve a repetir el proceso.

El aire comienza a escasear en mis pulmones, como si cada movimiento de muñeca que hace Alan al girar la pequeña ruedecilla se llevara un poco, me asfixiara.

Al final, notando como los dedos comienzan a temblarme ligeramente, agarro con fuerza el volante hasta que mis nudillos se vuelven blancos y con una mano bajo la ventanilla, agradeciendo el choque del aire frío que me corta la piel a toda velocidad.

Probablemente vaya más rápido de lo permitido.

Pero no me importa, necesito llegar de una vez por todas.

Al fin, después de interminables cambios de canales y canciones interrumpidas a la mitad, llegamos al gran edificio de ladrillos.

—Ya estamos —digo, esperando que esa sea la única despedida que desea de mí, pues no tengo fuerzas para vocalizar nada más.

Pero Alan no se mueve de su sitio, ni siquiera hace el intento de desabrocharse el cinturón.

Trago saliva con fuerza y lo observo unos segundos más.

—¿Alan?

—Dependienta, pon el coche en marcha.

Unas inmensas ganas de vomitar me amenazan, siento como un cosquilleo recorre mis dedos, todavía un poco magullados,

pidiéndome que los introduzca en mi garganta.

Lucho por ignorar esa sensación con todas mis fuerzas.

—Ya estás en casa, Alan.

Gira su cuerpo hacia el mío y alarga un brazo hasta que su mano acaba posándose sobre los tejanos que me había puesto antes de salir de la tienda esta mañana.

—¿Qué estás…?

—Vamos a ir a tu casa y ahí hablaremos de un par de cosas.

Estoy a punto de decirle que no, de negarme rotundamente a hacer lo que me pide, pero su mano comienza a ejercer fuerza sobre mi pierna, incrustando los dedos en mi piel como si pudieran traspasar la tela de los pantalones.

Y me encuentro atrapada.

Deseo cerrar los ojos y no volver a abrirlos más.

Cualquier cosa menos soportar sus palabras y sus reproches otra vez.

No puedo seguir rompiéndome, no si no quiero acabar como en todos los sueños que he tenido estos últimos días y que no me abandonan aun cuando me esfuerzo por mantener los párpados abiertos.

Y aun así, me descubro calentando el motor antes de secarme una lágrima que baja por mi mejilla y conducir hasta nuestro próximo destino.

Cuando entro en mi habitación después de comprobar que no hay nadie en casa, descubro que mi gata está tumbada bajo las ramas postizas del árbol de Navidad que adorné hace casi un mes. Me obligo a dibujar una sonrisa, sin embargo, lo único que siento es un tirón en la comisura de mis labios que me recuerda que Alan está detrás, siempre ha estado ahí.

—¿Alguna vez alguien te ha dicho que está muy mal ocultarle cosas a los demás?

Sigo sin girarme, incapaz de quedar cara a cara con él.

—O puede que lo hagas a conciencia y que disfrutes con ello.

Por el rabillo del ojo veo como Alan comienza a caminar por mi dormitorio a pasos lentos, pasando por mi lado pero sin detenerse.

Me quedo estática en el sitio, apretando los puños en los costados, esperando a que la tormenta pase y a qué Alan desaparezca de mi habitación si lo deseo con suficiente empeño.

Yo lo he traído a mi casa porque no he tenido el valor de enfrentarle.

Esto es mi culpa.

—Es gracioso —continúa con un tono irónico—. Anoche, serían las cinco de la mañana cuando vuestros gritos me despertaron.

Sus ojos, ahora al alcance de los míos, me desarman.

—Al principio pensé que había pasado algo, pero luego os oí. —Lanza una risa sarcástica al aire y continúa caminando—. Deberíais de haber hablado más flojo, dependienta. Y, sorprendentemente, justo cuando te preguntaban dónde habías estado, Egan apareció en la tienda.

Los ojos me escuecen por las lágrimas. Se acabó, lo ha descubierto. Y ahora, ahora…

—Dime, ¿fue una coincidencia que ambos estuvierais a esas horas fuera, en pleno bosque, o le sujetaste la polla mientras meaba?

Me atraganto con mi propia saliva y mis lágrimas, y tan solo puedo balbucear cosas incoherentes en busca de alguna palabra que pueda salvarme.

Pero ya no hay nada que consiga hacerlo y no pienso mentirle de nuevo, no cuando eso solo conseguiría enterrarme más en mi propia tumba.

—Me has engañado, una vez detrás de otra. ¿Os reíais a mis espaldas después de que te follara o eso era antes?

—Nosotros no…

Intento responderle, decirle que Egan no sabe nada de la complicada relación que tengo con él, que jamás me he burlado de su situación, pero me calla con un fuerte ladrido.

—¡Pobre! No me digas que estás esperando a hacerlo en un momento especial.

—Alan…

—Recuerdo que con Amelia lo hacía hasta en los baños de las discotecas. Lo más probable es que esté alargando el momento hasta que tenga que irse a España para dejarte de piernas cerradas.

Sé que todo lo que está diciendo no es cierto, que tan solo lo hace con la intención de hacerme daño y, aunque intento convencerme de ello, lo cierto es que consigue lo que se ha propuesto.

—Dime, ¿es eso lo que quieres? —Se lleva las manos al pelo y tira de él—. ¡Yo te lo ofrecí todo! Y aun así, lo preferiste a él.

Encuentro el valor de hablar después de todo este rato.

—No es una cuestión de escoger, yo le… le…

Y de nuevo, no puedo expresarlo en voz alta sin que la culpa me arrolle con fuerza, me recuerde que he sido una cobarde. Y, aun con todo, algo en mi interior se niega a pronunciar esas palabras delante de Alan porque sé el daño que le pueden hacer.

Y me recrimino por eso, porque él no repara en medir ninguna de las suyas, ninguno de sus insultos puntiagudos y envenenados. Simplemente se limita a lanzarlos y a dar en el blanco.

—¿Quieres?

Espera a que le conteste; sin embargo, me quedo callada y hago lo único que me veo capaz de hacer, aguantarle la mirada, o al

menos lo hago hasta que advierto que, de nuevo, la ira estalla en sus ojos.

—Por favor, dependienta, tú no sabes lo que es querer.

Sí que lo sé, lo sé…, solo que no de la forma adecuada.

—No sabes qué es lo que quieres hacer con tu vida, no sabes encajar en tu familia y te esfuerzas de una forma patética por intentar hacerlo con unas personas que conoces de ¿cuánto?, ¿cuatro días contados? De verdad, si no sabes hacer eso, ¿cómo vas a saber querer a una persona?

Por favor, ya vale… Por favor.

—Basta, Alan, te lo suplico.

Poco a poco siento como las piernas comienzan a fallarme y la vista se me nubla. Mi cuerpo me pide a gritos que me derrumbe, que deje de luchar por mantenerme en pie y me deje vencer por la ansiedad. Pero no quiero hacerlo, todavía no, pues sé que en el momento en el que toque fondo delante de él no encontraré la manera de levantarme.

—¡No! —Se acerca peligrosamente rápido a mí y, en un revuelo, me pesca el brazo, apretándolo.

—Por-por favor —le suplico entre llantos.

No quiero que me pegue, no quiero que lo haga… No…

Pero se aparta cuando se da cuenta de lo que está haciendo, lo puedo ver reflejado en sus ojos. En su lugar, se acerca con grandes zancadas al árbol de Navidad, del cual mi gata sale disparada y con el lomo erizado, y arranca, sacudiéndolo, la estrella de porcelana que me regaló mi abuelo y que lo coronaba hasta hace unos segundos.

—Suelta eso, Alan.

Mi cuerpo se pone en alerta, mis ojos dejan de derramar lágrimas, ahora lo único que me importa es la reluciente estrella que

Alan sujeta en su mano, alzada en el aire y mostrándomela con un gesto triunfante.

—Es importante para ti, ¿verdad? No es gran cosa —dice, observándola con cara de repugnancia—, no la echarás de menos.

—¡No lo hagas, por favor! Te lo pido, haré lo que quieras —acabo soltando en un suspiro cansado y con la garganta en carne viva.

—Ya no quiero nada de ti, si algo ha quedado demostrado es que yo soy mucho más fuerte que tú. Mírate, llorando por una figurita. Esto es lo único que sabes querer, un trozo de porcelana. —Se pasa el regalo de mi abuelo de una mano a otra con lentitud—. Me dijiste que me querías —esta vez su voz suena resquebrajada—, sucia mentirosa.

En un arrebato, me lanzo hacia él e intento alcanzar la estrella, pero él es mucho más alto que yo, así que cuando la alza sobre su cabeza, aunque pataleo y salto para cogerla, me resulta imposible.

—¡Dámela! —grito. Juraría que es el grito más desgarrador que he oído en mi vida, y saber que lo he proferido yo es como clavarme una puñalada en el corazón.

—He dicho que no.

Y la suelta.

Intento pillarla al vuelo con el corazón en la garganta, pero se me escapa entre los dedos.

Y aunque cae a gran velocidad, puedo ver cada giro que da en el corto espacio que recorre hasta el suelo, memorizo cada una de sus puntas antes de ver cómo se hace añicos junto a mis pies.

Y caigo junto a los restos del regalo más preciado que conservaba, junto a lo poco que me quedaba de mi abuelo.

Me desplomo, dejándome vencer por el mundo, por él y por mí misma.

Dejo de escucharlo, su voz es sustituida por un pitido agudo que me perfora los tímpanos y lo único que puedo oír, aparte de eso, son mis gritos de desesperación ahogados en lágrimas que ni siquiera soy consciente de que estoy profiriendo.

Sumerjo las manos a tientas entre el mar de pedazos de porcelana en busca de lo único que sé que ha podido sobrevivir a la caída y, cuando toco algo frío y redondeado del tamaño de la punta de mi meñique, sé que he dado con la perla que antes estaba en el centro de la estrella.

Lucho por coger aire, aunque sé que me estoy ahogando, y entonces grito, esta vez siendo consciente de lo que digo.

—¡Fuera! ¡Largo de mi casa, ya! ¡Fuera, fuera, fuera, fuera!

Lo enfrento con la mirada aunque sé que es una batalla perdida, mantengo mis ojos clavados en él hasta que se acerca a la puerta y la abre con un gesto de impaciencia en el rostro.

—Espero no verte esta noche, Melody.

Y se va.

Me encojo en el suelo incapaz de hacer otra cosa más que acunar sobre mi pecho el único trozo que ha salido ileso del regalo que me hizo mi abuelo aquellas Navidades.

Lo he perdido todo, cualquier cosa que antes pudiera lograr hacerme feliz o sonreír se esfuma delante de mí, sustituido por una inmensa nube negra que me consume y me asfixia. No quiero seguir, ya no quiero. Me he cansado de luchar, de fingir, de ser como soy, de fracasar una vez detrás de otra.

Ya no encuentro nada a lo que agarrarme, y la única persona que podía ser mi salvavidas se marcha en pocos días.

Lo he perdido todo, lo he perdido todo…

—¿Se puede saber qué ha pasado aquí?

A duras penas consigo ver la silueta de mi hermana dibujada a unos pasos de mí, agachándose para ver el estropicio que hay entre mis manos y el suelo.

—¿Eso es…?

Asiento con la cabeza, incapaz de oír de su boca el nombre de la estrella, ella sabe bien lo importante que era para mí.

—Escúchame —Ana se acerca aún más a mí cuando ve que no le presto atención y me sujeta las mejillas con ambas manos, empapándose con las lágrimas—, Melody, escúchame. Sé que duele, lo sé, pero no puedes quedarte ahí tirada en el suelo. Mamá y papá están en el garaje, levántate y aséate, no pueden verte así, ¿lo entiendes?

Asiento a duras penas y acepto sus manos para ayudarme a ponerme en pie.

Las piernas me flaquean después de dos intentos de mantenerme estable, pero al final logro avanzar unos pasos hasta el escritorio y me sujeto con fuerza a la madera.

—Gracias.

—Estaré abajo.

Preocupada, Ana me dirige una última mirada que me revuelve por dentro, antes de irse y cerrar la puerta tras de sí, dejándome sola y perdida. Ni siquiera sé qué es lo que tengo que hacer, debería recoger los trozos puntiagudos desperdigados por el suelo, pero no puedo, el simple movimiento de ir hacia ellos me comprime.

Cierro los ojos con fuerza, obligándome a dejar de llorar y, cuando me duelen por la presión, los abro.

Primero solo veo puntitos negros, después, lo siguiente que alcanzo a ver es mi bolso, colgado de un extremo de la silla de mi escritorio.

Y corro, me lanzo a él como si dentro pudiera estar la respuesta a todos mis problemas, como si ahí se encontrara lo único que puede salvarme.

Lo abro con manos temblorosas y extraigo la pequeña tarjeta morada que me dio esa mujer en la librería. Saco el móvil del bolsillo trasero de mis pantalones y comienzo a marcar el número, equivocándome un par de veces a causa de la vista borrosa.

Cuando lo tengo, espero oír de nuevo su voz a través de la llamada.

Siento como se me amontona el último mes en la garganta, desesperado por salir a la luz, necesito explicarle a alguien como me siento, rogarle ayuda a quien sea.

Espero.

Espero.

Y espero.

Y la llamada llega a su fin.

Nadie ha contestado.

Vuelvo a intentarlo.

Nada.

Y entonces comprendo que me he quedado sola y que esta vez nadie va a surgir de entre las sombras para salvarme.

Capítulo 60

Un último verso

Acabo encontrando las fuerzas para agacharme y apilar sobre mi mesita de noche los trozos más grandes de porcelana que han estado en el suelo casi dos horas. Durante todo este tiempo me he limitado a observarlos y a sentirme identificada con cada uno de ellos.

No he bajado a saludar a mis padres, ni siquiera sé si Ana tendría la esperanza de verme aparecer como nueva, como si nada hubiese pasado.

Si solo hubiese llegado unos minutos antes, lo suficiente como para poder defenderme de Alan, todo sería diferente. Me convenzo de que ella lo habría hecho, de que, de encontrarme en la situación en la que estaba, hubiera podido percibir, al igual que yo, las palabras amenazantes de Alan y hubiera intervenido.

Sin embargo, eso no ha sucedido.

Con cada paso que doy, recogiendo los restantes pedazos, la neblina negra y espesa que antes me asfixiaba se va disipando, dejando que me inunde una extraña sensación de tranquilidad, pero sobre todo, de liberación.

Y es que, rota en mil pedazos, solo he podido tener la certeza de que llega un momento en el que sabes que la tristeza te ha devorado por completo, el instante en el que te das cuenta de que

las ganas de seguir adelante, de luchar por lo que quieres, han perdido frente al abandono y la indiferencia.

Ya no hay rastro de ese arco iris que tiñe nuestros sentimientos en un sistema aleatorio e irregular, solo encuentras oscuridad dentro de ti, una mancha negra que se ha extendido por completo por cada rincón de tu ser, marcándote poco a poco, recordándote, adoptando la forma de tu subconsciente, que ya no hay nada que valga la pena, que la batalla ya está perdida.

Esta voz infame solo te da soluciones rápidas y sencillas, a la vez liberadoras y desquiciantes.

Hacía tiempo que sabía que la felicidad no es algo fácil de conseguir, a veces incluso resulta imposible. ¿Alguien llega a ser feliz alguna vez? ¿Merece la pena sufrir tanto por una promesa que tal vez nunca llegue a cumplirse?

La tristeza, la desesperación, la soledad, la angustia, el desconsuelo, todo eso y un sinfín de sinónimos más son algo que no gastamos tiempo en buscar y aun así encontramos con la mayor facilidad.

Y si lo permites, te arrollan, acaban contigo, se incrustan dentro de ti y te hacen prisionera de ti misma.

He dejado que eso me pase.

Les he abierto las puertas, cada vez con menos empeño por impedirlo.

Ahora bailan y se regocijan dentro de mí en una dulce danza macabra que no cesa, que no me deja descansar.

Se han adueñado de mí.

Ya no encuentro los motivos para seguir siendo feliz, ni siquiera aquello que sé con extrema certeza que me tendría que llenar de felicidad puede hacerlo, ya no.

Y duele, duele ver que estás tan podrida por dentro.

Duele no sentir nada aun cuando te gritas a ti misma: «Siente».

Ya no los encuentro, ya no.

Con una extraña ligereza en las piernas, me dirijo de nuevo hacia el escritorio, donde me siento y extraigo unos cuantos folios blancos y un bolígrafo negro.

El simple intento de hacerlo me duele en cada extremidad del cuerpo y me retuerce los órganos, pero mi mente no deja de repetirme una vez detrás de otra el sueño que tuve hace un par de noches, aquel en el que me despedía de todos mis seres queridos.

Y eso es justo lo que quiero hacer, quiero que todas y cada una de las personas que han sido importantes para mí me recuerden cuando, tarde o temprano, termine por clavar la espada en la arena ensangrentada y me deje vencer por mi enemigo.

Por mí misma.

No podría irme sin pedirles perdón, sin luchar por tratar de hacerles ver lo difícil que ha sido seguir dando pasos hacia delante cuando el mundo giraba en una dirección contraria. Anhelo que me comprendan o, al menos, despedirme pensando que he intentado que lo hagan.

Lloro cuando le dedico unas palabras a mamá, emborrono con gotas saladas la tinta de la carta que reservo para papá y siento que dejo el mundo atrás cuando le reveló a Ana lo que siempre me guardé.

Escribo dos más, esta vez sin lágrimas, hace mucho que se han agotado, que han dejado de brotar de mis ojos aun cuando siento la imperiosa necesidad de estallar, de derramar hasta la última gota que quede dentro de mí.

Ni siquiera me he percatado del paso de las horas ni el cambio de luz en mi habitación a medida que el sol se iba escondiendo en el horizonte, tan solo lo descubro cuando noto la falta de visibilidad a

la hora de escribir un nombre en el sobre en el que introduzco la última carta.

Cuando termino, pienso en Egan y en que aún no he encontrado las palabras para decirle adiós. Hasta hace unos días pensaba que él sería el primero en pronunciarlas, que el motivo de nuestra despedida iba a ser totalmente diferente.

Pero ahora, cuando el temor que iba creciendo dentro de mí, primero de manera inocente y después de una forma arrolladora, ha salido a la luz, me quedo en blanco como cuando la inspiración me abandonaba y, aun así, me esforzaba por escribir un par de versos, esperando sentirme mejor conmigo misma.

Y es por eso por lo que decido que, a pesar de la advertencia de Alan, esta noche debo verlo. No sé si podré hallar las palabras que guardo para él antes de que la noche se cierna completamente sobre el cielo, pero lo que sí sé es que necesito volver a absorber cada uno de sus rasgos y escuchar su voz antes de ponerle un punto y final a nuestra historia.

Me pongo mi vestido negro favorito, necesito ponérmelo una última vez, sentirme bien al verme reflejada en un espejo.

Cuando lo hago, tan solo puedo ver una imagen distorsionada de mí misma, como si todos los retazos de mi ser se estuvieran esforzando por mantenerse unidos. Los labios hinchados, la punta de la nariz ligeramente roja, haciendo juego con mis ojos inyectados en sangre. Mi piel pálida, la pequeña cicatriz que tengo justo debajo de la mandíbula, el lunar que se esconde en la entrada de mi cabello, ese mechón rebelde de pelo que, sobre mi oreja izquierda, se niega a crecer y se transforma en un indomable rizo.

Repaso cada uno de mis rasgos, porque aunque sé que siempre han estado ahí, ahora siento que los veo por primera vez, que nunca

les había dado la suficiente importancia. Esa era yo antes de que todo se me echara encima y sigo siéndolo, solo que ahora lo aprecio.

—Adiós.

Guardo una de las cartas en mi bolso, sé exactamente a donde me quiero dirigir antes de ir a All Night.

Cuando bajo, mis padres y Ana están tomándose un té mientras ven la televisión.

—Voy a salir esta noche —anuncio.

Una de las cosas buenas de que mis padres no me presten la suficiente atención es que jamás les ha importado que les avise de las cosas con poca antelación. Mi presencia nunca ha sido primordial para ellos y esta noche no será la excepción.

—¿Con los hijos de los Miller? —pregunta mi madre.

—Sí.

—No tienes buen aspecto.

Ana me mira con los ojos entornados, pero me limito a apartar la mirada de la suya, y me encuentro con los ojos acuosos de mi padre.

Por un momento pienso que ha leído mis intenciones, que sabe perfectamente todo lo que se está maquinando en mi cabeza, el brillo en sus ojos lo delata. No obstante, carraspea y da un trago de su taza de té, volviendo a centrar su atención en la televisión.

—Estaremos en casa, te quiero de vuelta antes de que amanezca.

—Gracias.

Pero ya no estoy frente a ellos, o al menos eso es lo que me parece a mí. Dejan de prestarme atención en cuanto ese agradecimiento sale de mis labios y, en vez de salir corriendo, me detengo unos segundos a observarlos.

A mamá con su batín de seda sobre los hombros, que conserva desde hace cinco años, cuando mi padre se lo regaló por su

cumpleaños. A papá, que no ha abandonado su traje aunque su jornada laboral haya finalizado, y a Ana, con la mano sobre su vientre, trazando pequeños círculos con el pulgar.

«Os quiero».

Me convenzo de que me han oído y me encamino hacia el garaje.

…

El cementerio se encuentra vacío, con su aspecto lúgubre de siempre. Antes, cuando era pequeña, no podía caminar entre las tumbas sin ir cogida de la mano de alguno de mis padres, recuerdo que el terror me recorría las venas desde el primer momento en el que mi pie pisaba el camino terroso que cruza toda la explanada.

Hoy me siento segura, hoy no tengo miedo.

Sé que hoy él está más cerca que nunca.

Cuando llego a la pálida lápida de piedra que se encuentra debajo de un ciprés de ramas curvadas, sonrío.

—Hola abuelo, te he echado de menos.

Extiendo mi chaqueta en el suelo y me siento sobre ella, quedado frente a la inscripción tallada que reza un «A Oliver, siempre serás una melodía en nuestros corazones».

Intento reprimir el nudo que se forma en mi garganta sin embargo, no me hace falta con él.

—Siento haber tardado en venir, las cosas han cambiado desde la última vez.

Alargo la mano hasta rozar los pétalos marchitos de la rosa que le traje la última vez que vine a visitarlo.

Una lágrima rueda por mi mejilla mientras dejo junto a las flores marchitas la carta que le corresponde.

—He conocido a un chico, se llama Egan. Es inteligente, amable, bueno y un poco granuja. Toca la guitarra y conoce nuestros grupos favoritos, te hubiera caído bien. —Aguanto la respiración y entonces estallo—. Y me quiere, abuelo, me ha dicho que me quiere. Desde que te fuiste, él ha sido la primera persona que me ha dicho esas palabras.

Rompo a llorar incapaz de seguir, pero me obligo a ello.

—Te echo de menos, mucho, cada día, a cada hora y a cada momento. Me dejaste sola, me abandonaste en un mundo que jamás me ha ofrecido un lugar y, cuando por fin logro encontrar a una persona que me hace sentir viva, se marcha. Siempre acabo abandonada, perdida…, sola. Pensé que sería fuerte, que podría hacerlo por ti, pero estoy cansada…, abuelo, estoy muy cansada.

Me abrazo a mí misma en busca de calmar el temblor que comienza a sacudirme.

—Y necesito parar, descansar. Porque me duele cada vez que respiro, cada vez que abro los ojos y cuando los cierro por las noches. Me duele no ser valiente para poder enfrentarme a lo que he dejado que me haga daño, pero, sobre todo, me duele no tenerte a mi lado para que me digas que es lo que debo hacer.

Clavo las uñas en mi piel.

—Papá me dijo que tú eras mi lugar en el mundo y ya no estás en él. Siento haberte decepcionado, a todos, pero estoy dispuesta a buscarte y a encontrar mi lugar, aunque eso signifique dejar todo lo demás atrás. No te preocupes, ya no me queda nada.

Y por fin, encuentro las palabras que estaba buscando. Aquí, entre el silencio de los cuerpos que descansan, como yo anhelo hacer, y bajo la luz amarillenta de las farolas, nace de nuevo mi inspiración.

—Tengo que hacer una última cosa.

Corro al coche y rebusco en la guantera una libreta y un bolígrafo desgastado.

Cuando regreso, las palabras rasgan las puntas de mis dedos, desesperadas por salir, clamando ser vertidas.

Me siento en el lugar de antes y escribo. Redacto hasta que me duele la muñeca, hasta que vierto el último latido de mi corazón en el papel.

Después, me encargo de hacer un sobre con las hojas restantes y, cuando introduzco la carta y una historia que necesitaba contarle, lo cierro.

Acaricio la superficie vacía con las yemas de mis dedos.

Y trazo el nombre de la persona que, para mí, sigue brillando como una estrella fugaz: «Egan».

Abuelo

Te perdí cuando tenía dieciséis años. Sin embargo, cada uno de los días que viví a tu lado me sentí protegida, fui feliz. No recuerdo haberlo sido de la misma manera desde entonces.

He aprendido mucho desde que te fuiste: cómo las personas nos dañamos entre nosotras consciente e inconscientemente, lo fácil que es romper un corazón y lo mucho que cuesta volver a repararlo, que las palabras pueden doler más que los golpes, que el mundo es una prueba que solo los más valientes superan.

Sin embargo, hay algunas cosas que todavía no he conseguido descifrar: cómo conseguir decir «adiós» sin que pienses que el corazón se te va a romper en pedazos, cómo lograr encajar aunque todo vaya en tu contra, cómo superar el dolor de una pérdida, aprender a avanzar sin él. Tampoco he averiguado cómo ayudar a las personas que me importan sin romperme por el camino, cómo ser feliz, aunque cada día surjan motivos para rendirte.

Porque quería serlo, de verdad que quería alcanzar esa felicidad que todos predican.

Me pregunto si no será que las personas nos desvivimos por intentar aparentar que estamos conformes con nuestra vida, que no necesitamos nada más allá de lo que ya tenemos; si tan solo nos limitamos a vivir de sueños esperanzadores que en el fondo sabemos que no vamos a alcanzar.

Tal vez sea así, o no.

Quiero que sepas que luché, que no me rendí cuando recibí el primer estacazo.

Me falló la valentía, quizá tuve que creer un poco más en mí y seguir a mi corazón, que desde que el primer latido me advirtió que me estaba adentrando por el camino incorrecto.

Pero no lo hice.

Y no sabes cuánto me arrepiento de ello.

Gracias por escucharme, siempre lo hiciste y sé que todavía lo haces.

Capítulo 61

No estoy bien, solo lo parece

Egan

Comienza a sospechar que ha sido demasiado positivo en cuanto a su relación con Melody y estos pensamientos no se deben precisamente a recientes dudas en cuanto a esta, más bien todo lo contrario.

Se excusa con el resto del grupo, quienes esperan junto a él frente a la puerta de All Night a que llegue Melody, quien ya se retrasa, para apartarse algunos metros de ellos, lejos de sus ojos analizantes, y poder llevarse un cigarrillo a los labios.

Lo enciende con urgencia.

Lo consume todavía más rápido.

Ni siquiera es consciente de habérselo fumado, de haber notado el sabor amargo en la boca.

Así que vuelve a sacar uno de la cajetilla y repite la misma acción, esta vez procurando no mostrarse tan ansioso.

Porque, aunque ha intentado evitarlo, el miedo a que todo termine desmoronándose ha acabado saliendo a la luz, especialmente después de haber aceptado que ese sentimiento feroz y abrasador que se iba extendiendo en su interior no era otra cosa sino el amor que siente hacia su… novia.

La palabra suena ridículamente perfecta en su cabeza, ni siquiera puede llegar a imaginarse lo bien que sonará entre sus labios cuando por fin pueda decirlo sin tapujos frente al resto.

La quiere, no le cabe duda. No ahora, después de la noche pasada.

Se lo había confesado a Melody hace apenas unas horas y todavía siente el recuerdo de esas dos palabras en su boca, esperando volver a salir a la luz.

Ni siquiera le importa que ella no haya contestado a sus palabras con unas iguales, pues sus actos han demostrado todo lo que necesitaba para saber que ese sentimiento es recíproco.

Y tal vez, piensa irónicamente, mientras juguetea con la boquilla del cigarrillo entre sus dientes, hubiese sido mucho más fácil si Melody se hubiese mostrado impasible frente a su confesión.

Pues ahora, la mera idea de tener que marcharse en lo que le parece un suspiro, le causa un dolor en el pecho que nunca antes había conocido.

Hasta el momento solo había podido ver con buenos ojos su partida de Liverpool, estaba ansioso por su nueva vida, por las expectativas que tenía. Y ahora, aunque todos esos sentimientos persisten, no puede evitar imaginarse estar separado de ella durante tanto tiempo.

No es justo que hayan tenido tan poco tiempo para disfrutar el uno del otro, para conocerse de las maneras más íntimas y superficiales posibles.

¿Tiene ella una relación tan buena con su familia como la que él comparte con la suya?

¿Prefiere el café antes que el té?

¿Qué es lo que más le importa en este mundo?

¿Le gustaría vivir de escribir poesías o es un simple pasatiempo, su forma de ver la vida?

Se alisa las arrugas inexistentes de su camisa, intentando no alterarse. Quiere pensar que podrá responder a todas esas preguntas tarde o temprano, que llegará un día en el que no tendrá dudas sobre la chica a la que sabe que quiere mantener a su lado.

Él quiere abrirse de igual forma con ella.

Y, sin embargo, ahora esa posibilidad le parece de lo más remota, casi imposible.

Pero… ¿y si se arriesgara?

Una idea que le parece una auténtica locura se le pasa por la cabeza. Es arriesgado, lo sabe, pero, llegados a este punto, prefiere arriesgarse a proponerle esta precipitada idea a arrepentirse por no saber lo que podría haber pasado.

Nunca ha tenido dudas a la hora de actuar.

Siempre ha procedido de frente, sin arrepentirse de sus propias decisiones.

No dejará que esta sea la primera vez.

Capítulo 62

Punto final

Melody

Los encuentro delante de la puerta de la discoteca a las once y diez. He sido la última en llegar.

—¡Pensábamos que no ibas a venir! No contestabas a los mensajes.

Susie me abraza y yo me quedo estática sin saber muy bien qué hacer, lo único que deseo es acercarme a Egan y pasar el máximo tiempo que pueda a su lado.

Me siento extraña, como si una parte de mí se hubiera quedado junto a mi abuelo o encerrada en mi dormitorio.

Las extremidades me pesan y el aire se ha tornado mucho más denso que hace unas horas.

Encuentro la mirada de Egan con una expresión de alivio grabada en su rostro cuando Susie se aleja. Y consigue robarme el poco aire que habían alcanzado mis pulmones. Va vestido con unos pantalones de lino a juego con el color de sus ojos y una camisa de botones blanca y gruesa, entreabierta en la parte superior.

Voy hacia él, clavando mis pupilas en las suyas, dibujando una sonrisa en los labios que no sabía qué sería capaz de esbozar.

—Sí, pensaba que no ibas a venir.

La voz de Alan se hace oír justo detrás de mí, grave.

—Pues ya estoy aquí.

No lo miro. No soy capaz de hacerlo. Esta noche no es para él, es mía, solo mía.

—¿Vamos a seguir aquí plantados o entramos de una vez? Quiero llevar unas copas encima antes de medianoche —dice Amelia con un tono cansado en la voz.

—Sí, sí, vamos, vamos.

Ruby nos anima a entrar empujándonos por la espalda hasta que llegamos a un par de seguratas que nos piden nuestra identificación. Egan, Claudia, Alan y yo pasamos sin ningún problema. Sin embargo, cuando las chicas enseñan las suyas, los hombres se quedan mirándolas un largo rato antes de asentir con la cabeza.

—Creía que no nos iban a dejar pasar.

Claudia es la primera en adentrarse, cohibida por miedo a que los seguratas cambien de opinión y echen a las chicas por ser menores de edad, así que enseguida me veo arrastrada hacia dentro del establecimiento. Apenas hay algunas pocas luces de colores que iluminan el interior de la discoteca, la cual se divide en dos plantas y un espacio reservado para la zona VIP.

La gente baila, grita y salta, y se puede palpar en el aire la excitación e impaciencia de cada uno de ellos porque el reloj marque la medianoche.

Yo comienzo a marearme. Todos los colores, la gente apelotonada que reparte empujones para hacerse un camino entre la multitud, la música estridente que nunca ha acabado de encajar conmigo… No debería estar aquí.

No creo que pueda soportar ver las expresiones felices que me rodean mientras siento que yo me he quedado atrapada en un pozo sin salida, como una mancha de pintura negra en medio de un

cuadro iluminado por una interminable variedad de colores alegres, vistosos y vibrantes.

—¿Me acompañas a pedir algo de beber?

Ruby me coge de la mano sin que me dé tiempo a contestarle y, antes de que mis pies comiencen a moverse siguiendo su ritmo, me fijo en Egan, pues no quiero alejarme de él, algo dentro de mí me grita que no puedo perder ni un solo instante sin estar a su lado.

Sin embargo, cuando mis ojos lo alcanzan, lo encuentro enfrascado en una conversación animada con Alan, ajeno a todo el remolino de sentimientos que tengo en mi pecho, presionándome el corazón.

—¡No vayas tan rápido!

Después de unos minutos esforzándonos por hacernos un hueco entre la gente amontonada en la barra, logramos apoyarnos sobre la superficie pegajosa, que desprende un olor difuso a muchos licores.

—¿Dos ron-cola?

—Esta noche no —Ruby me regala una sonrisa—, mejor un poco de agua.

Lo último que necesito es perder el control como hace apenas unos días, arruinarlo todo, sentir que una vez más acabo decepcionando a la persona que quiero por no saber llevar las riendas de mí misma.

—Tal vez algo menos aburrido… —me anima Ruby con un tono alegre.

—¿Qué os pongo, chicas?

Un camarero rubio y de ojos azules se acerca a nosotras mientras se limpia las manos en un trapo húmedo. Percibo como los labios de Ruby se abren ligeramente y sus ojos se agrandan más de lo normal antes de recuperar la compostura.

—Un mojito de menta para mí y para mi amiga un… —Me mira con una ceja alzada.

—Un zumo de piña.

—No tardo nada.

El chico se va con los ojos de Ruby clavados en su espalda y, cuando se pierde dentro de una puerta que debe dar a algún tipo de almacén, ella vuelve a centrar su atención en mí.

—Eso me gusta más. —Su mano aprieta mi brazo y un escalofrío me recorre.

Siento como la oscuridad tira de mí, como si hubieran atado unas cuerdas invisibles a mis muñecas y estas se esforzaran por hacerme retroceder, como si supieran que este no es el lugar en el que debería estar, que no encajo entre todas estas personas, ni siquiera al lado de Ruby.

Pero decido utilizar la poca fuerza que me queda por última vez.

Todavía no.

Aún no estoy lista para marcharme.

Así que las retengo, me retengo a mí misma.

—¿El camarero o mi elección de bebida?

—Ambos, me parece.

—Aquí tenéis, chicas.

De nuevo, el chico de ojos azules se presenta ante nosotras, acaparando toda la atención de la chica con la que hace apenas unos segundos estaba hablando. Y un pinchazo de envidia y de algo más que no consigo descifrar me envuelve por dentro cuando Ruby, igual de vivaz que siempre, inicia una conversación con él.

Olvidándose de mí.

La observo, los observo a ambos. La sonrisa insinuante que el rubio le regala a Ruby cada vez que ella termina de decir algo, como él se extiende sobre la barra para quedar cada vez más cerca de

ella, como Ruby aprovecha algo gracioso que él ha dicho para alzar su mano y posarla sobre su antebrazo.

Con un pinchazo de tristeza dejo un billete sobre la barra y me doy la vuelta, consciente de que, una vez más, me encuentro en un lugar que no está hecho para mí y en el que no soy necesaria.

Cuando me alejo de la barra entre trompicones y con la vista clavada en el vaso de plástico que contiene el zumo de piña, solo puedo pensar en una cosa: encontrar a Egan y, después, huir.

Finalmente acabo llegando a un rincón vacío, lo suficiente alejado de la multitud. Aprovecho para analizar la estancia, encontrar entre los centenares de cabezas y cuerpos sudados un rostro conocido, su inconfundible presencia.

Pero nada.

Comienzo a sentir una ansiedad creciente al darme cuenta de que me he quedado sola, de que me he alejado de la única persona que conocía mientras perdía al resto por el camino.

Las risas estridentes de un grupo de amigos que se encuentra a un par de metros de mí me causan náuseas y un molesto picor en los brazos y el cuello. Sus voces se cuelan en mi cabeza, agudas y punzantes, son otro recordatorio de que no encajo aquí, nunca lo he hecho.

Me llevo el vaso a los labios con las manos temblorosas, buscando aliviar mi garganta reseca, pero, cuando doy el primer trago, el sabor, parecido al del metal, me hace retroceder unos pasos y termino por volcar la bebida en el suelo a causa de un traspié.

Solo era un zumo, lo sé, pero mi cuerpo parece rechazar todo lo que me envuelve.

Así, sintiéndome mareada y perdida, desesperada por encontrar a alguien, a quien sea que reconozca, me introduzco de nuevo entre el montón de gente y comienzo a buscar con ojos perdidos.

Noto los cuerpos sudorosos chocar contra mí en roces difusos que no llego a apreciar del todo mientras bailan y se contornean. Soy consciente de los roces de mi cuerpo con los del resto, sin embargo, me parecen un espejismo, como si mi cuerpo no pudiera reaccionar o reconocer su tacto sobre mi piel, tan solo un leve cosquilleo.

En mi cabeza solo suena la música de los altavoces opacando el resto de gritos y voces. Tan solo puedo enfocarme en mis pies y en seguir adelante.

Sin embargo, desorientada y habiendo perdido la cuenta del tiempo que debo llevar dando vueltas por la planta baja sin rumbo fijo, percibo que una mano envuelve mi brazo y gira completamente mi cuerpo, acercándome hacia él.

Hacia Egan.

El volumen de la música vuelve a la normalidad, y soy consciente de que todo este tiempo mi cabeza la había utilizado como escudo frente a las voces de las personas desconocidas que me envolvían, y los latidos de mi corazón dejan de palpitar frenéticos en mis oídos.

—Joder, por fin te encuentro, llevo media hora buscándote.

Un alivio me recorre las extremidades al saber que él no se había olvidado de mí.

—Lo siento, estaba con Ruby, ella… —Señalo hacia la barra, que ahora queda demasiado lejos de nosotros, pero no alcanzo a verla en el sitio en el que estaba antes de marcharme, tampoco diviso al camarero que nos ha atendido—. Bueno, estaba allí hace un momento.

En realidad ni siquiera soy consciente de si realmente hace tan solo unos pocos minutos que la he dejado hablando con el chico de ojos azules y me he perdido o si, por el contrario, el paso del tiempo me ha engullido por completo.

—No te disculpes, quería estar contigo cuando dieran las doce.

Su mano viaja hasta mi mejilla y sus dedos me acarician delicadamente, como si hubiera advertido mi estado y tuviera miedo de romperme. Yo lo agradezco, porque ni siquiera estoy segura de que eso no pueda pasar de un momento a otro.

Por un instante, mi instinto más profundo, ese que he desarrollado durante este último mes, se pone en alerta y quiere apartar la mano de Egan de mi piel, pero lo único que hago es contar hasta tres mentalmente y, después, alejo ese pensamiento de mí.

«Ya no debes tener miedo».

«No vale la pena».

«Esta noche él no existe para mí».

Quiero decirle que yo también estaba buscándolo, que solo quiero estar a su lado cuando finalice el año, sintiendo como su mano sujeta la mía con fuerza, reconfortándome frente al miedo que trepa por mis entrañas y que para él es inexistente.

Pero me limito a acunar su mano, aun en mi mejilla, contra la mía, y a entrelazar nuestros dedos.

Y me permito imaginarme todo lo que podríamos haber hecho juntos si nuestra historia no terminara esta noche. Creo que podría haber llegado a ser feliz. Si no me hubiera rendido.

Another Love comienza a sonar a través de los altavoces, haciendo que la gente empiece a cantar en coro la letra de la canción, a todo pulmón.

Una sonrisa trepa por mis labios, reconozco por primera vez una melodía que me es familiar.

—Baila conmigo, por favor. —La súplica sale de mis labios en forma de susurro, sin embargo, cuando sus manos se amoldan a mis caderas y da un paso hacia mí, sé que me ha oído.

Nuestros cuerpos se mecen con suavidad, entrelazados, mis manos rodeando su cuello y las suyas trazando círculos en mis caderas, ascendiendo sus dedos de vez en cuando por mi columna como si quisiera recorrer cada centímetro de mi espalda, como aquella vez que yo lo hice buscando constelaciones en su cuerpo.

Me dejo llevar. Cierro los ojos y lo siento todo. El dolor, el amor, la tristeza, esas palabras que quiero gritarle pero que no puedo expresar, la falta de oxígeno a mi alrededor, su nariz contra la mía, el miedo a estar siendo observada por Alan, su pelo ondulado haciéndome cosquillas en la mejilla, su aliento sobre mi oreja, nuestros pasos desacompasados con las notas de la melodía que flota en el aire.

«I wanna cry and I wanna love, But all my tears have been used up».

Pero lo que de verdad siento, la emoción que consigue inundarme por completo, es gratitud. Hacia él, hacia cada uno de los gestos y palabras que me ha dedicado, porque aun sin saber la batalla interior que he estado librando, ha conseguido infundirme ánimos para que no me rindiera.

Y no lo culpo por haber fracasado. No se puede salir victorioso de todas las batallas.

—Gracias, de verdad.

Esas palabras son lo más cerca que estoy de poder decirle todo lo que siento, de sincerarme con él, al menos sin hacerlo a través del papel.

—Bailaré contigo siempre que me lo pidas.

«No es solo por eso».

—¿Incluso aunque no te sostengas en pie?

—Encontraría las fuerzas para hacerlo.

Sus palabras me provocan un fuerte escozor en los ojos. Y lo abrazo. Con todas mis fuerzas. Hasta que el aire se escapa de mis pulmones. Me gustaría decirle que yo haría exactamente lo mismo por él, pero he acabado haciendo todo lo contrario.

Continuamos abrazados realizando movimientos lentos hasta que la canción llega a su fin.

Pero me sigo aferrando a él.

No estoy lista para dejarlo ir.

No puedo.

Y…

—¡Está bien, está bien! —La voz de la DJ que se encuentra en la planta superior se hace oír a través de un micrófono—. El año está llegando a su fin y no podríamos terminarlo sin hacer una cuenta atrás como Dios manda, ¿no os parece?

Las exclamaciones estallan por todo el espacio, dibujándole a Egan una sonrisa enorme en los labios.

Me separo un poco de él, pero sin apartar mis brazos de su cuello.

Y le regalo la primera sonrisa sincera que he logrado dibujar esta noche.

Porque me alegro de llegar a un final así, con él, con esos ojos brillando por mí, con los labios del chico al que quiero a pocos centímetros de los míos.

«Diez».

Su boca deja un beso sobre mi mejilla.

«Nueve».

Ahora sobre la otra.

«"Ocho».

Un beso sobre mi sien.

«Siete».

Y otro en el lóbulo de mi oreja.

Me estremezco y cierro los ojos.

«Seis».

Sus labios sobre mi mandíbula.

«Cinco».

Sobre mi cuello.

«Cuatro».

Se recrean en ese espacio y un gemido se escapa de mi garganta. Todo se desvanece.

«Tres».

Sus ojos conectan con los míos y, como otras veces, no logro descifrar lo que hay en ellos, tan solo puedo identificar escrito en sus pupilas las palabras que anoche me regaló: «Te quiero».

—Vente conmigo, Mel. Vente conmigo a España.

«Dos».

—¿Qué?

«Uno».

Y su boca recorre la mía con un anhelo que me sobrecoge y me deja paralizada durante unos segundos, todavía con su propuesta flotando en el aire, con mi respuesta atascada en alguna parte de mi interior.

Correspondo al beso, consciente de que acaba de romper todos mis esquemas, de que ha conseguido tambalear todas las ideas que se habían construido en mi cabeza a lo largo del día.

Sé que lo que me ofrece es una oportunidad, la última que se me va a presentar antes de que tome una decisión.

—No me jodas. —Egan rompe el beso con un enfado latente en su rostro.

¿Qué…?

Sus ojos se clavan en algo que hay justo detrás de mí, fogosos y en brasas. Aprieta la mandíbula y se aleja, dando largas zancadas.

Cuando me giro comprendo por qué ha reaccionado de esa manera.

Alan reposa las manos sobre el culo de Claudia mientras sus bocas se besan con desesperación.

Un nudo extraño se instala en mi estómago y lo único que hago es apartar a la gente que, celebrando la entrada al año nuevo, se amontona en mi camino, separándome cada vez más de Egan.

Cuando lo alcanzo, ya está sobre ellos, apartando de un empujón a Alan del cuerpo de su hermana.

—¿Qué mierdas estás haciendo, tío?

Su grito exasperado desconcierta a Alan durante unos segundos, los suficientes como para que este clave su mirada en mí y se le dibuje una pequeña sonrisa en los labios.

Las náuseas me inundan y deseo salir de allí. Él es un recordatorio de todo lo que me ha hecho daño.

—Egan, escúchame, no pasa nada.

Claudia se interpone entre ambos chicos, los cuales mantienen los puños apretados a los costados y se acuchillan con la mirada.

Parece que su voz consigue llamar la atención de su hermano, pero este no le contesta.

—¿Desde cuándo?

Su pregunta sale en un tono dolido y frustrado de su boca. Me encojo en el sitio a la espera de la respuesta de Alan, sin embargo, lo único que recibe Egan a cambio es un silencio eterno, de esos que te dejan en una espera agonizante.

Después habla.

Lo rompe todo.

—Me parece, tío —su tono sarcástico me eriza el vello mientras veo a lo lejos como Amelia, Ruby y Susie se acercan con una expresión preocupada—, que no deberías preocuparte por tu hermana y por mí cuando tienes un problema mucho más grave justo delante de tus narices.

—No estoy para tus mierdas de juegos, Alan.

Las chicas llegan justo cuando noto que empiezo a palidecer.

—Dime, ¿de verdad conoces a la chica que te estás tirando? —Sus ojos ahora se clavan como dagas en mi cuerpo y siento como todos lo imitan, intimidándome y haciendo que unas primeras lágrimas broten de mis ojos. Sé con certeza lo que está haciendo.

—No vuelvas a hablar así de ella.

Egan da unos pasos hacia Alan, encarándose a él con la mandíbula palpitante.

—Dependienta, ¿se lo dices tú o se lo digo yo?

Sus dientes afilados se muestran ante mí con la amenaza de devorarme, de robarme hasta la última palabra, la voz. Y lo logra, pues tan solo puedo permanecer callada notando el sabor salado de mis lágrimas en el paladar.

—Mel, ¿qué está diciendo?

—No, no, Egan, mejor te lo cuento yo. Es gracioso en realidad, pero mientras Melody jugaba a los novios contigo, también lo estaba haciendo conmigo.

En los ojos de Egan algo parece romperse y yo me esfuerzo por abrir la boca y explicar la verdad, hacerle saber que eso no es cierto, no de esa manera.

Pero Alan me corta.

—Joder, tío, ¿has estado alguna vez en su habitación? Yo unas cuantas veces. Me enseñó sus poemas, me buscaba

constantemente, me ha dejado entrar en su casa a hurtadillas, me ha hecho promesas que no suelen hacerse entre amigos.

Egan hace un rato que ha dejado de mirar a Alan para clavar su mirada en mí, decepcionado.

—Dice que yo soy el único que puede comprenderla. ¿Te suena algo de lo que te estoy diciendo o contigo se dedicaba a conquistarte de otra manera? ¿Tal vez abriéndose de una forma completamente distinta?

Egan se queda callado y sé que Alan lo interpreta de una manera completamente alejada de la realidad.

—Joder, no quería hacer de esto una competición, pero ya puestos, Egan, ¿cuántas veces te ha dicho que te quiere?

Silencio.

Los latidos de mi corazón se ralentizan y un pitido inunda todos mis sentidos. Miro a mi alrededor y tan solo puedo ver las expresiones de rechazo de las chicas mientras me observan, a Claudia alternando una mirada dolida entre Alan y yo.

A Egan, sabiendo que estas últimas palabras han acabado por romper la idea que tenía de mí. Veo, con mis propios ojos, como una persona es capaz de dejar de querer a otra en tan solo unos minutos, como todo un amor se deconstruye con la misma velocidad con la que surgió.

Me convenzo de que lo que veo en sus ojos es eso.

Porque si acepto que lo he perdido todo será mucho más fácil.

Veo como la oportunidad que me había ofrecido se desvanece, junto con él, con todo lo que fue para mí.

—Ya veo… Me parece que he ganado, entonces. Creo recordar que a mí, hasta hace unos días, me lo decía casi a diario.

—Vete a la mierda.

Egan empuja a Alan y comienza a alejarse mientras se tira de algunos rizos que caen sobre su frente.

Y, sin saber cómo, atrapo su mano con la mía, rezando por que me deje hablarle, expresarme, porque me escuche una última vez.

—Egan, escúchame, no es lo que…

Sus ojos me taladran y mis dedos dejan de ejercer fuerza sobre su mano, cayendo a un costado de mi cuerpo.

El labio inferior me tiembla y comprendo lo que quiere de mí.

—Déjame, Melody.

Y desaparece, engullido por una masa de personas que se han quedado escuchando la discusión que hemos tenido.

El mundo me da vueltas, las cuerdas que me apresaban las muñecas ahora me cortan la circulación y amenazan con romperme los huesos, rogándome a gritos que vuelva a un lugar seguro, lejos de todo esto.

Me giro una última vez para descubrir que el grupo que hasta hace unos minutos consideraba como mis amigos me rechaza con la mirada.

—Claudia, deja que te lo explique a ti.

—En serio, Melody, deja de intentarlo. —Ruby me lanza una mirada triste, coge a Claudia del brazo y se la lleva, seguida por Susie, que gira la cabeza una última vez hacia mí antes de doblar una esquina.

—Menuda zorra, la verdad es que me has sorprendido.

Amelia me mira por última vez y se va, siguiendo el mismo camino que las chicas, dejándome sola con mi acosador personal.

Con la persona que se ha encargado de escribir un punto final a mi historia antes de que pudiera hacerlo yo.

—¿Por qué?

Susurro entre lágrimas.

Y lo miro a los ojos, soportando el mayor dolor que he sentido en mucho tiempo.

—Si no eres mía, no lo serás de nadie.

No necesito nada más para comprender que cada uno de los pasos que di desde el día en el que conocí a Alan en la librería me han conducido a este momento. Fui tropezando constantemente sin darme cuenta de que me había adentrado en un camino pedregoso que no está hecho para ser recorrido.

Y abandoné el mío para intentar trazar el suyo.

Desearía no haberlo conocido nunca.

Desearía que no hubiera sido él quien introdujera en mí la idea del suicidio.

También que ese pensamiento no se hubiera extendido tan rápido dentro de mí, pudriendo todo lo que alcanzaba a su paso.

—Tú ganas, Alan.

Y, sintiéndome segura de lo que voy a hacer, sujeto con fuerzas la correa de mi bolso y me encamino hacia la salida.

El frío de la noche me abraza y me acoge. Yo dejo que lo haga, sintiéndome querida por última vez por la soledad.

Y allí lo encuentro. Sentado en la acera con un cigarrillo entre los labios, con los ojos clavados en el cielo estrellado.

Cruzo sin importarme si algún coche circula a estas horas de la noche y me acerco hacia él, extrayendo la carta que escribí hace unas horas.

—Sé que no quieres verme y que no quieres saber nada de mí. —Reprimo las ganas de llorar que me azotan cuando sus ojos se clavan en los míos—. Pero necesito pedirte una última cosa.

La única respuesta que recibo son sus labios dando una larga calada al cigarrillo.

Una lágrima se escapa de mis ojos y comprendo que es el momento.

Le tiendo la carta con manos temblorosas y espero hasta que sus dedos se cierran sobre ella y su mirada interrogativa me atraviesa.

—Esto es todo lo que puedo ofrecerte.

—Mel…

Pero no me detengo a escuchar lo que quiere decirme, no si va a rechazar las palabras que tengo para él. Necesito que las tenga, aunque no quiera leerlas.

Solo me basta con saber que tal vez algún día descubra la verdad, puede que llegue a comprenderme.

Capítulo 63

Ser valiente

He intentado quererle con una sonrisa en mis labios, pero no puedo evitar sentir como detrás de cada sonrisa se esconde un gran esfuerzo por no derramar ninguna lágrima. Sé con exactitud lo que siento por él, cada uno de los sentimientos que brotan siempre que estamos juntos.

Lo quiero tanto que fingiría todas esas sonrisas con tal de hacerlo feliz, sin importar mi dolor. Pero creo que él no podría interpretar ese papel por mí, no cuando me acerco peligrosamente a un abismo que ni siquiera él sabe que existe, no cuando es incapaz de comprenderme.

A veces lo culpo por eso, por no darme un abrazo cuando lo necesito, unas palabras de consuelo. Pero la única culpable soy yo, yo lo he apartado de todo lo que me hace daño mediante engaños y secretos.

No puedo esperar recibir su apoyo si me cierro en banda cada vez que quiero gritar en alto lo mucho que odio todo lo que me rodea, aunque haya días en los que sienta que una pizca de felicidad me inunda por dentro.

Estoy cansada de escribir estúpidos poemas viendo como la tinta se emborrona cada vez que una gota cae sobre el papel áspero. No son más que palabras, garabatos en los que lucho por desahogarme y que acaban siendo un intento fallido de vía de escape.

Me gustaría huir, dejarlo todo atrás, a todos: a mamá, a papá, a Ana, a Alan…, incluso a Egan. No podría permitirme arrastrarlo conmigo, hacerlo partícipe de cada una de mis recaídas, ni siquiera me queda esperanza para pensar que estar junto a él podría curarme, apartarme lentamente del precipicio.

Es algo que no puedo permitirme imaginar.

Quiero que sea feliz, que conozca gente, que salga a divertirse, que encuentre las palabras para crear sus propias composiciones. Me hubiera encantado ayudarle, escribirle canciones para unirnos en algo tan intangible como la música, pero que, al mismo tiempo, significa tanto.

Y eso sucederá, al menos, la primera parte. Viajará a España para luchar por sus sueños mientras yo me quedo en algún lugar que aún no consigo imaginar, sonriendo por él, derramando lágrimas por cada momento que podríamos haber vivido.

Ahora es el momento, está dejando de creer en mí y ese es justo el impulso que necesitaba, saber que lo he perdido, o al menos, saber que irremediablemente lo estoy perdiendo.

Le he engañado, le he ocultado algo imposible de perdonar.

Le he traicionado y me he traicionado a mí misma, aunque sabía que esto pasaría. Sabía que nos iba a arrastrar hacia un final doloroso donde la verdad acabaría saliendo a la luz.

Siempre lo hace, afilada como una daga.

Y, sin embargo, soy incapaz de acabar con nosotros, con la relación que hemos formado en tan poco tiempo, pero que me ha hecho vibrar como nunca antes.

Soy una egoísta.

Una cobarde.

Pero es innegablemente valiente pensar en todo eso y aceptarlo. O eso quiero creer.

Capítulo 64

El abrazo de la soledad

Dicen que, ante todo, en todo momento debemos recordar lo que nos hace ser felices y aferrarnos a esa luz a la cual la gente se empeña en otorgarle el poder de salvarnos de nuestros momentos más oscuros, de aquellos que parecen ser un túnel lúgubre y tenebroso, sin salida, de aquellos momentos que nos arrebatan todas las energías de nuestro cuerpo, hasta el último suspiro, que nos arrebatan la vida.

Llevo todo el trayecto viendo en mi cabeza, una vez detrás de otra, esas imágenes y momentos que alguna vez me hicieron sentir feliz, que me hicieron sentir viva.

Es difícil describir la sensación que siento al hacerlo. Sé que tuve momentos en los que fui feliz, o al menos, pude rozar la felicidad con la punta de mis dedos.

Sin embargo, sabes que ninguno de tus esfuerzos dará resultado cuando la soledad, aquella que comenzó siendo tu enemiga y que con el paso del tiempo se ha convertido en tu única compañía, te abraza cálidamente por la espalda como nunca antes nadie lo había hecho, cuando te mira directamente a los ojos y te sonríe delicadamente haciéndote sentir finalmente segura.

Sabes que tus pies han llegado al borde del acantilado cuando la música que antes recorría tu cuerpo como una energía electrificante y te ponía el vello de punta ahora solo causa lágrimas interminables,

muy lejos de aquellas otras que te emocionaban y te hacían sentir viva. El origen de estas son los recuerdos que cada letra de la melodía inyecta en tu memoria como dardos envenenados.

Esos momentos oscuros de tu vida se vuelven a hacer presentes, cada vez con más fuerza que la anterior, y te sumergen en una inmensa e irremediable desesperación.

Sabes que tus esperanzas han culminado cuando esas súplicas lanzadas al aire, tal vez hacia algún dios o al universo, no han sido escuchadas y te das cuenta de que todas ellas han sido en vano cuando admites que esta es tu realidad.

Sin embargo, siempre tenemos la opción de aceptarla con todos sus dolores y esperanzas fallidas o, simplemente, podemos decidir no vivirla.

Tal vez es cierto que a veces es mejor aceptarnos a nosotros mismos y no cambiar cada vez que nuestro mundo se tambalea, aceptar nuestra realidad, pero también es cierto que el hecho de mantenerte en pie día tras día es un trabajo muy pesado y agotador, uno que tiene su propia voz y que en cada momento de flaqueza te susurra al oído que te rindas y dejes de luchar.

Llego a casa con el corazón desbocado y la garganta en carne viva. Todas las luces están apagadas, el silencio reina en todos los rincones a excepción del suave ronroneo de mi gata, tumbada sobre la alfombra del salón mientras dormita.

Me acerco a ella y acaricio su pelaje blanco y esponjoso.

—Siempre fuiste mi mejor compañera.

La dejo descansar después de que zarandee su cola, cansada de mis caricias, y subo a mi habitación con la esperanza de encontrarme con mis padres o Ana por el camino, pero cuando llego a la planta de arriba las habitaciones están cerradas y el silencio comienza a hacerse ensordecedor.

Podría entrar en sus dormitorios, despertarlos y abrirme en canal. Pero hablar nunca ha sido lo mío, así que recurro al camino más fácil, a las cartas que escribí para ellos y que todavía descansan en mi habitación.

Cuando las recojo, bajo con cuidado de no hacer ruido y las dejo encima de la mesa del salón después de estrecharlas contra mi pecho.

Luego miro por una última vez hacia atrás, me encierro de nuevo en mi dormitorio y respiro. Solo respiro.

Capítulo 65

Un cielo pardo

«Me pregunto si las estrellas
se iluminan con el fin de que,
algún día, cada uno pueda
encontrar la suya».

El Principito

Jamás se me había hecho tan complicado respirar.

Es como si los pulmones se negaran a dejar pasar el oxígeno que nos empeñamos en consumir y, cuando ceden, un fuego abrasador termina por quemarnos las entrañas.

—No soy una cobarde.

Araño la piel de mi muñeca ante el picor que no me ha abandonado desde que estaba en la discoteca.

—No soy una cobarde. No soy una cobarde.

Me clavo las uñas en la piel, buscando alivio, intentando descifrar qué es lo siguiente que debo hacer.

Me siento vacía, como si hubieran extraído cada uno de los sentimientos y emociones que antes me conformaban, como si mi cuerpo tan solo fuese el recubrimiento de lo que una vez fui.

—No lo soy, no lo soy, no lo soy, no lo soy.

Me tiro de algunos mechones de pelo, desesperada por encontrar algo de paz, por dejar de sentir tanto dolor. Odiándome porque eso

sea lo único que todavía no se ha desprendido de mí.

—¡No soy una cobarde, joder!

Mis piernas me fallan y caigo. El sonido de mis rodillas chocando contra el suelo me ensordece, me estremece y me rompe en pedazos.

Lo único que queda a mi vista son los trozos relucientes de la estrella que me regaló mi abuelo por Navidad.

El picor en las muñecas continúa, extendiéndose por los brazos, subiendo por mi cuello, volviéndome loca.

Me arrancaría la piel, me desharía de todo lo que me hace sufrir.

Con la respiración entrecortada gateo hasta la mesita de noche y observo el desastre que hay sobre ella. Eso es todo lo que queda de mí.

Avanzo un poco más y una lágrima rueda por mi mejilla cuando un pequeño trozo de porcelana se clava en la palma de mi mano.

La observo y veo un par de gotas de sangre brotar de la herida.

Ese sueño regresa a mi mente, reluciente y vibrante. Alan enseñándome cómo hacerlo, dándome el valor para dar el siguiente paso.

Esta vez no lo necesito a él, puedo hacerlo por mí misma.

Respiro. Alcanzo el trozo más afilado de porcelana que encuentro y la perla blanca que descansaba junto al montón.

Respiro.

Arrastrándome, incapaz de levantarme, apoyo la espalda contra la gruesa pata de la cama, quedando frente a la ventana por la que se cuela la tenue luz de la luna y de las farolas de la calle, que iluminan el rincón en el que me encuentro.

Miro a través de ella, tomando conciencia de que no voy a volver a ver las estrellas, de que hace unas semanas vi mi última luna llena. Observo la calle, aquella por la que de pequeña aprendí a

montar en bici, los patios verdes de los vecinos donde a veces sacaban aquellos trastos de los que se querían desprender y los ponían en venta.

Me doy cuenta de que esta mañana ha sido la última vez que he visto el sol brillar en lo alto de nuestras cabezas, iluminando un cielo azul, entre las nubes blancas y grisáceas. Y yo me he quedado encerrada en mi cuarto, no he sentido por última vez sus rayos sobre mi piel, el calor que estos desprenden aun cuando el frío te cala los huesos.

He perdido la oportunidad de absorber por última vez los colores vibrantes que solo se dejan ver cuando la noche todavía queda demasiado lejos.

Niego con la cabeza y me concentro.

—Estás haciendo lo correcto.

Sí, es lo que debo hacer.

Sujeto con una mano el trozo punzante y reluciente de porcelana y lo alzo sobre mi piel. El pulso me tiembla y el trozo cae al suelo. No se rompe. Lo cojo de nuevo y repito el movimiento, esta vez apretándolo tan fuerte que siento como su curva afilada se clava en mis dedos, realizando cortes superficiales.

Y siento una explosión de dolor cuando trazo el primer corte sobre la fina piel de mi muñeca. Por unos segundos me mareo y se me nubla la vista. Nunca había sentido un dolor así, supongo que estaba tan acostumbrada a sufrir por dentro que, una vez que el dolor se exterioriza, mis flaquezas salen a la luz.

La sangre comienza a brotar en gruesas líneas que forman senderos rojos sobre mi piel.

Repito el movimiento otra vez, más arriba.

Y más arriba.

Y un poco más.

Hasta que solo veo rojo y pierdo la fuerza con la que estrechaba en la palma de mi mano la pequeña perla blanca.

Las náuseas me invaden y cambio de brazo, repitiendo el mismo proceso en la muñeca derecha.

Y sigo.

Continúo sin pensar en nada.

En nada.

Tan solo en el dolor que me hace morderme el labio hasta sentir un sabor metálico cada vez que me corto.

Ni siquiera sé si esto será suficiente, si el mundo lo aceptará como una rendición. Si con esto conseguiré lo que quiero.

Tan solo me guío por la electrificante sensación de placer que me envuelve, esa que viene después del dolor.

Comienzo a marearme cuando veo la sangre que empieza a manchar el suelo y la parte baja del vestido que todavía llevo puesto. Al ver lo que yo misma me he causado.

Pero no encuentro el arrepentimiento.

Dejo caer la porcelana al suelo y esta vez sí que se hace añicos.

—Lo has hecho.

Entumecida por el dolor, me tumbo, observando las tablas que cubren el techo.

Me concentro en el tacto de la perla sobre las yemas de mis dedos, aunque este cada vez se hace menos notable, pues siento como pierdo la sensibilidad en los brazos y en las manos.

Sonrío.

No sé por qué.

Pero una sonrisa se dibuja en mis labios.

Y cierro los ojos, dejando pasar el tiempo, dejándome consumir por el paso de los segundos.

Solo hay negro.

Una interminable mancha negra que me absorbe.

Cuando los vuelvo a abrir, noto en mis oídos las pulsaciones de mi corazón, bombeando sangre más lentamente de lo habitual.

El techo se ha abierto y un manto de estrellas me acoge desde lo alto del cielo. Nunca había visto una noche tan preciosa como esta, brillante, reluciente.

El dolor ha desaparecido, lo único que siento es el frío tacto de la perla, todavía en mi mano y sobre mi pecho.

Pienso en mamá y en papá, en Ana y su bebé.

«Vente conmigo, Mel».

Pienso en Egan, en su propuesta, en lo mucho que lo quise y en lo mucho que lo decepcioné.

Y recuerdo cuando le hablé de *Hey Jude*, del significado que tenía para mí. Por un momento me planteo si mi abuelo se empeñó tanto en enseñarme esa canción porque sabía que algún día me rendiría. Si no encontraría en su letra la esperanza de forjarme una luz al final del túnel.

Me pregunto si, cuando murió, mi abuelo se convirtió en una estrella con el fin de iluminarme el camino, de guiarme en la oscuridad.

Sin embargo, jamás me dio una pista de cuál sería él entre las infinitas que se encuentran en el cielo.

«Hey jude… don’t be afraid, you were made to go out and get her».

Decido que, aunque me haya rendido, hay algo que debo hacer antes de que las estrellas dejen de brillar.

Sentirlo entre mis labios, ser valiente de una vez por todas.

Intento hablar, pero mi voz sale como un rasguño en el aire.

Pero no me rindo, no con esto.

—Egan…, Egan, te quiero.

Y, por un momento, mientras sonrío y me dejo llevar por el dulce sabor de la satisfacción y de la rendición, veo su rostro sobre el mío. Sus ojos pardos convirtiéndose en mi nuevo cielo.

Y me dejo llevar por ellos. Me sumerjo y cierro los ojos.

Egan

Siento que tengo tantas cosas que decirte que no sé por dónde comenzar.

Llegaste a mi vida como una luz de esperanza, me ayudaste a volver a sentirme viva, de hecho, durante un tiempo, cuando estaba a tu lado, me imaginaba en un lugar seguro en el que todos los problemas, todo lo demás, quedaba en un segundo plano.

Me encantaba escucharte tocar tus propias versiones a guitarra, me encanta, al igual que me encanta pasar mis dedos entre los rulos de tu pelo, trazar constelaciones sobre tus pecas, observarte mientras te fumas ese cigarrillo que reservas para cuando tú y yo estemos a solas.

Me he enamorado de cada pedazo de ti, de cada sonrisa, de cada palabra que sale de entre tus labios.

Sé que tal vez no te he podido mostrar mis sentimientos como me hubiera gustado, como a los dos nos hubiera gustado, y es algo de lo que me arrepentiré siempre.

Me odio a mí misma por haber tenido miedo de decirte lo que mi corazón gritaba desconsoladamente, por no haber luchado porque fuéramos simplemente tú y yo.

«Tú y yo», suena precioso, suena a un cuento con final feliz.

Pero no estamos predestinados a ello, Egan, siento que la vida decidió que yo no merecía un final perfecto, y puedo llegar a comprenderlo.

Y no te preocupes, conseguirás recordarme sin que el dolor se adueñe de ti. Solo estás a un paso de conseguir tu sueño.

Jamás lo olvides, no necesitas a nadie más que a ti mismo.

Prometiste que acabarías con la tristeza que tenía grabada en la mirada y quiero que sepas que solo tú eras capaz de hacer eso. Pero ya era demasiado tarde, ni siquiera yo me había dado cuenta de ello.

No quiero que te sientas culpable, nunca me has fallado. Por eso te quiero.

Siento no habértelo dicho antes, no haber podido pronunciar unas palabras tan simples como esas. Te quiero desde el momento en el que me abrazaste y me dijiste que todo iba a estar bien.

Te quiero.

Te quiero.

Te quiero.

Fuimos una perfecta melodía, pero todas las canciones tienen un final.

Una carta no es suficiente para darte la despedida que te mereces y por eso no quiero alargarme mucho más.

Has formado parte de mis primeras y últimas experiencias, forjando recuerdos que espero que se mantengan conmigo, pues han sido lo más cercano a la felicidad que he podido experimentar.

Gracias por todo, Egan.

Gracias por ver en mí lo que yo misma no supe descubrir.

Gracias por sujetarme de la mano aunque no supieras que me estaba cayendo.

Gracias por quererme.

Capítulo 66

La verdad

Egan
45 minutos antes

No sabe si estrechar el sobre entre sus manos hasta reducirlo a un montón de papel o dejarse guiar por la extraña sensación que lo envuelve desde que Melody ha salido con los ojos enrojecidos y, entre lágrimas, le ha dado el sobre y se ha marchado sin escuchar lo que él quería decirle.

Y se debate entre ambas cosas.

Lo hace mientras se termina el cigarrillo que tenía en los labios y coge uno nuevo del paquete, lo enciende y lo termina con nerviosismo.

Porque algo no va bien.

¿De dónde ha sacado Melody ese sobre? ¿Lo ha llevado toda la noche consigo? ¿Tenía pensado dárselo antes de que la cosa se complicara tanto?

No sabe cómo, pero las cosas se han jodido en un abrir y cerrar de ojos. Todo iba bien, estaba ilusionado porque todo fuera bien entre ambos. Ni siquiera se había imaginado que algo así pudiese llegar a pasar. Porque creía conocerla lo suficiente, aunque no a la perfección, lo suficiente como para pensar que Melody no sería capaz de hacerle algo así.

Hasta hace unos minutos estaba convencido de que ella era diferente, de que era una persona a la que, por encima de todas las cosas, quería en su vida de todas las formas posibles.

En lo más profundo de su ser, espera que dentro de ese trozo de papel haya una explicación. Que ella le diga que todo lo que Alan ha contado es una estúpida broma de mal gusto.

Y es eso lo que le impulsa a romper la superficie del papel blanquecino en el que su nombre está escrito con una tinta azul desgastada.

Dos folios minuciosamente doblados caen sobre sus piernas.

Se enciende un nuevo cigarrillo y escoge aquel en el que ve su nombre encabezando unas líneas que se presentan dolorosamente interminables.

Se detiene a observar la letra delicada y redondeada de Melody y se la imagina escribiendo con sus propias manos cada palabra con un intenso dolor en el pecho.

Y lee.

Y se rompe con cada línea que deja atrás y con la que se intuye que continuará.

Porque esa no es la verdad que él quería escuchar, eso es una despedida que le nubla la mente y el corazón. Que echa por tierra todas las suposiciones que habían comenzado a sucederse, interminables, en su cabeza, que hace desaparecer todo resquicio de ira o decepción que podía quedar en su interior.

Porque la desesperación le come las entrañas cuando llega al punto final y necesita más, necesita saber que eso no es lo que cree que es.

Se levanta del suelo y se tira del pelo hasta que siente que, si continúa, se lo arrancará.

Y comienza a leer la segunda carta.

Y allí encuentra la verdad que tanto buscaba y que, ahora, ya no está tan seguro de poder enfrentar. En esas palabras conoce al fin a la verdadera Melody, pero, sobre todo, conoce la historia que tuvo con Alan.

Y la tristeza se funde con la ansiedad; y la ansiedad se entrelaza con una furia cegadora; y esta lo consume y le hace avanzar hacia el problema que ha puesto su mundo y el de Melody patas arriba.

El que ha acabado con las esperanzas que una vez pudo tener.

Y la furia se mezcla con el miedo.

Porque el miedo reina por encima de todo lo demás.

No puede dejarla ir, no así.

Ahora que sabe la verdad, no puede imaginarse ni un solo minuto de su vida aceptando esa despedida de tinta borrosa como lo último que conserve de ella.

Capítulo 67

¿Por qué?

Egan
30 minutos antes

Dos miembros de seguridad de All Night sacan a rastras a un chico delgado y de pelo rizado con las manos magulladas y ensangrentadas. Detrás de él, sostienen a otro más alto y musculoso con el labio partido y goteando una sangre ennegrecida, y un ojo amoratado e hinchado.

Los empujan al frío de la calle, donde algunas personas los observan mientras cuchichean sobre lo que ha podido pasar entre ambos.

—Desaparece, ¿me has oído? Desaparece de mi vida, de la de mi hermana, pero, sobre todo, desaparece de la vida de Melody.

Egan se abalanza contra Alan de nuevo, con los ojos enrojecidos y un sinfín de emociones, de rabia, de impotencia, de dolor y de miedo. Anegados en lágrimas que todavía no se permite derramar.

—No vas a decirme lo que debo hacer.

Alan escupe al suelo una mezcla de saliva y sangre y se atraganta cuando el chico que una vez fue su amigo lo coge por el cuello de la camisa y le corta la respiración.

Por primera vez en mucho tiempo siente miedo.

Sus mentiras y manipulaciones se le echan encima como un huracán furioso, como un tornado que le roba la respiración.

—No tenías ningún derecho a hacerle eso… Joder, tío, ¿por qué?

Pero no hay respuesta, Alan se mantiene callado y se muerde la lengua con todas sus fuerzas. Porque sabe por qué lo hizo… ¿o tal vez no está tan seguro? Pero ahora mismo le asusta demasiado exponer sus verdaderos motivos.

—¡Contéstame! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué cojones te pasa?

Los gritos llaman de nuevo la atención de los guardias de seguridad y estos caminan con pasos decididos hacia ellos.

El más grande y musculoso se interpone entre los dos y, con un fuerte empujón, los termina separando, haciéndolos trastabillar.

—Largaros o llamamos a la policía.

Y Egan lo comprende. Sabe que no debe perder el tiempo con él, no cuando todavía puede seguir palpando cada una de las palabras que Melody le dejó escritas, cuando sabe que, si no lo hace ahora, la habrá perdido para siempre.

—Púdrete, Alan.

Y corre.

Corre sin que le importen las personas que debe apartar de su camino. Sin escuchar los insultos y amenazas de todos aquellos a los que empuja, sin dejarse vencer por las lágrimas que le nublan la visión.

Porque cuando enciende el motor del coche, tan solo puede pensar en una cosa. En ella.

Y en llegar a tiempo.

Capítulo 68

Borrón y cuenta nueva

Alan
20 minutos antes

Observa a Egan mientras se aleja a toda velocidad de él. Le duele cada una de las extremidades de su cuerpo y no sabe si eso se debe a los golpes que acaba de recibir del que hasta hace poco era su amigo o porque sabe que ha metido la pata hasta el fondo.

No sabe en qué momento ha comenzado a hacérsele tan difícil respirar.

Tampoco entiende por qué todo ha tenido que torcerse de esta manera. Él solo quería ser feliz, conseguir por una vez en su vida algo que verdaderamente creía querer.

Y, sin embargo, la rabia y el rencor, dos emociones que jamás ha sabido domar, le han conducido por el camino erróneo. Le han hecho cometer el único error en el que sabía que no debía caer, romper el fino hilo que todavía lo unía a su dependienta.

Si es que de alguna forma todavía existía una manera de recomponer las cenizas en las que se había convertido su relación.

¿Había hecho mal en romper la estrella de porcelana a la que tanto aprecio parecía tener? No lo cree, era la única manera de que Melody pudiera ser verdaderamente consciente del dolor que él sentía en lo más profundo de su ser tras haberse visto traicionado.

Ella hizo lo único que él le había pedido que no hiciera: no debía acercarse a Egan, ni siquiera concebir esa idea. Y, sin embargo, no dudó en hacerlo.

Probablemente Melody jamás se detuvo a meditar cuánto iba a dañarle a él su acercamiento a Egan. Es una persona egoísta que no merece el amor que él estaba dispuesto a darle.

Así que, ¿había hecho lo correcto sacando a la luz una parte de todo lo que había sucedido entre ellos durante este último mes? Bien, solo puede llegar a la conclusión de que ella se lo merecía, de que si él no había podido conseguir que fuera suya no se iba a quedar de brazos cruzados viendo cómo su amigo sí lo lograba.

Cómo ella continuaba con su vida sin importarle como pudiera sentirse él.

Se rasca la mandíbula, notando la barba incipiente sobre la yema de sus dedos, cuando la persona a la que menos le apetece ver en estos momentos aparece en su campo de visión, cada vez más cerca, hasta que, finalmente, se encuentran cara a cara.

Claudia se planta ante él, aunque no puede evitar guardar cierta distancia. Percibe cierto temor en sus ojos pardos.

Ya había visto ese sentimiento grabado en otras pupilas con anterioridad.

En las de Melody.

¿Es eso lo que él provoca en las personas?

—Todo lo que has dicho ahí dentro era verdad.

Claudia no se molesta en formular la frase como si realmente fuera una pregunta, todo lo contrario, parece una rotunda afirmación, cosa que, en el fondo, él agradece, pues en estos momentos no tiene la cabeza como para inventarse alguna excusa sobre lo sucedido o dar explicaciones.

Así que simplemente asiente, esquivando su mirada.

—Has estado jugando conmigo todo este tiempo. —Otra afirmación que corta el aire que los separa como si se tratase de un cuchillo.

—No exageres —responde con cierta duda.

Claudia aprieta sus labios con fuerza. Hace un momento que ahora le parece una eternidad, mientras se besaban en una esquina de la discoteca, pensaba que por fin Alan se había dado cuenta de que quería estar con ella. Por primera vez había mostrado un acercamiento hacia ella delante de todo el mundo…, delante de Egan.

Estaba segura de que eso debía ser una confirmación de su amor.

Y ahora no puede evitar preguntarse si esos besos solo han sido un acto de despecho hacia Melody, una manera retorcida de llamar su atención.

¿La ha utilizado? ¿Siempre lo ha hecho?

—Dime —susurra con la voz entrecortada, a punto de las lágrimas — que antes de conocerla esto era real.

Alan presta especial atención al gesto que hace Claudia con las manos, refiriéndose a ambos. ¿Por qué no lo entiende? ¿Por qué nunca ha sido capaz de comprender que él no quería tener nada serio con ella?

—¿De verdad sigues con eso? Sabes de sobra que lo nuestro nunca fue en serio.

—Te equivocas, ahora lo sé. Yo pensaba…

—¿Que te quería? —termina de decir Alan por ella.

Claudia se muerde el labio unos segundos, sintiendo como acaban de robarle las palabras de la boca, sintiéndose estúpida al escucharlas en la de Alan, como si no valiesen nada.

—Pensaba que yo te gustaba.

—Y me gustas —dice Alan. Claro que le gustaba, ella es buena y siempre ha estado ahí para él. Sabe que se ha entregado a él completamente. Sin embargo… ¿quererla? Esa posibilidad queda demasiado lejos.

—No te atrevas. —Por primera vez en esta dolorosa conversación, la debilidad de Claudia se ve sustituida por la determinación.

—Es la verdad, Claudia.

—La verdad, Alan, es que eres repugnante.

Él ve como las mejillas de la chica se tiñen de un rojo intenso. Siempre le había gustado que pudiera sonrojarse tan rápido. Por un momento, siente cierto remordimiento al saber que también ha perdido eso.

Porque, sin esforzarse, llega a la conclusión de que esta noche no solo ha perdido a Melody, también Claudia está a punto de cortar de raíz cualquier posibilidad de retomar lo que habían sido.

Le repugna darse cuenta de que esto es algo muy parecido a un *déjà vu*.

—Yo siempre he estado para ti, ¡lo hubiese dado todo por ti! —grita, irritada, pero, sobre todo, desbordada de dolor—. Y tú has preferido a la chica nueva antes que a mí, a alguien que, visto lo visto, salta a la vista que no siente lo mismo por ti.

Alan guarda silencio.

Sabe que Claudia está en lo cierto y eso tan solo consigue enfurecerlo todavía más.

—Duele, ¿verdad? Darte cuenta de que alguien a quien quieres jamás va a darte lo que tú das por él.

En estos momentos Claudia se odia por no poder hacer que su voz suene decidida y, en vez de eso, las palabras salgan temblorosas de su boca. No obstante, por primera vez en su vida se siente

orgullosa de no haberse guardado las que otras muchas veces ha retenido en su garganta.

Está cansada de sufrir en silencio.

No piensa volver a hacerlo.

Nuevamente, Alan no contesta. De hecho, en estos momentos la ira le nubla tanto la mente que se queda en blanco, y solo es capaz de apretar los dientes hasta que estos rechinan como signo de protesta.

Quiere darse la vuelta y largarse de ahí.

No quiere escuchar las palabras de Claudia, no quiere averiguar si puede llegar a sentir pena por ella, algo de empatía.

¿Quién la ha tenido con él?

¿Por qué unas personas que nunca han intentado comprenderle merecen su empatía, su comprensión?

Tal vez Claudia lo haya intentado en alguna ocasión, se haya esforzado por hacerlo. Sin embargo, nunca fue suficiente, nunca vio en ella a una igual, tal y como le pasó con Melody.

—Puede que sea verdad que nunca ha habido nada entre nosotros, pero yo jamás lo sentí así, por lo que dame el gusto de terminar yo misma con lo que sea esto.

—No hay nada que… —comienza a excusarse Alan.

—¿Dar por terminado? Creo que sí, porque esta es la última vez que tú o alguien vuelve a utilizarme a su antojo. Tal vez soy tímida, demasiado incluso, y tal vez tú y los demás estáis acostumbrados a que calle todo lo que pienso, a que nunca rechiste. Bien —coge aire y suspira—, eso, definitivamente, acaba hoy.

Llegados a este punto, Alan lo ve todo rojo. La sangre le hierve en las venas.

—Tú siempre serás así —espeta con todo el veneno que es capaz de acumular en su voz—. Vivirás siempre con el miedo de que

alguien pueda hacerte daño, dando tu brazo a torcer para evitar una confrontación. ¿Crees que por decir lo que piensas has cambiado? En unas horas volverás a ser la chica a quien le da miedo mirar a alguien directamente a los ojos, la que se avergüenza por el simple hecho de existir.

Una mano vuela a la mejilla de Alan, tan rápido que lo sorprende. No lo ha visto venir.

La cara le estalla de dolor, recordándole los otros golpes que ha recibido antes por parte del hermano de la chica que le acaba de dar un guantazo.

Quiere retorcerle la mano con la que le ha abofeteado.

Demostrarle de la única manera que sabe que no puede volver a hacer eso.

Sin embargo, antes de que pueda decir o hacer nada, Claudia se adelanta.

—Puede ser, pero eso es problema mío, así que, hazme un favor a mí y a todos, Alan. No vuelvas a dirigirme una mirada, ni una sola palabra. Haz lo que quieras con tu vida, pero ¡deja de joder a los demás!

Y nuevamente se queda solo, viendo como otra persona huye de él con la intención de no regresar jamás.

¿Es que nadie se da cuenta de que él es la víctima de esta historia?

Comienza a avanzar por la calle con pasos comedidos y tranquilos. Tal vez esto haya ocurrido por un buen motivo. Quizá necesita alejarse de todo y de todos, de estas personas, para poder sentirse valorado.

Sabe que es lo que debe hacer.

Uno debe saber cuándo es el momento de retirarse, de darse por vencido.

Tal vez haga las maletas cuando llegue a casa y parta en busca de su padre, o quizá desaparezca por un tiempo. Borrón y cuenta nueva.

No sabe con seguridad qué es lo siguiente que va hacer, pero, si de algo está seguro, es de que es el momento de dejar ir a las personas que alguna vez le han hecho daño. Está dispuesto a comenzar su propia historia sin dar cabida a los remordimientos.

Ahora mismo, está seguro de que jamás se arrepentirá de lo que ha hecho.

Le consuela saber que actuó según lo que su corazón le dictaba.

Y por eso merece una segunda oportunidad, una en la cual no estará ninguna de las personas que hasta ahora formaban parte de su vida.

Capítulo 69

El eco del dolor

Egan

Golpea la puerta con todas sus fuerzas, aunque el dolor en los nudillos clame que se detenga, que respire.

Grita.

Grita.

Y grita.

—¡Abridme, joder!

Y sigue golpeando y haciendo temblar la puerta hasta que una luz ilumina el interior de la casa.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí?

Margaret se encuentra en el recibidor, sujetándose un batín de seda sobre los pechos, cubriéndose la piel descubierta y con unas ojeras adornando sus ojos.

Egan no espera a que le deje entrar, sino que se encamina hacia dentro mientras se revuelve el pelo y la desesperación le sube por las entrañas.

—¿Dónde está?

—No sé de lo que me estás hablando, deberías volver a casa. Llamaré a tus padres.

Margaret hace el intento de pasar por su lado, pero él se interpone.

—¡No! Margaret, de verdad, dime dónde está Melody.

—Mira, no sé a qué viene esto, pero esta broma no tiene ninguna gracia.

—No es una broma, joder, no lo es…

Sin saber qué más hacer y conteniéndose para no buscar la habitación de Melody y entrar en ella sin el consentimiento de su madre, hace lo único que hará que Margaret confíe en él.

Saca la carta de despedida que guardaba en el bolsillo trasero de su pantalón, la desdobla y se la entrega con un gesto desesperado.

—Léela.

—¿Qué es esto?

—Por favor, lee.

Margaret comienza a leer lo que hay escrito en ella y, a medida que sus ojos descienden sobre el trozo de papel, las facciones se le suavizan y se lleva una mano al pecho.

Su voz resquebrajada rompe el silencio que había crecido entre ellos.

—¿De… de dónde la has sacado?

—Mel me la dio hace un rato, antes de irse de la fiesta. Ella… Ella no está bien. Necesito encontrarla.

Margaret le devuelve la carta y da unos pasos desorientados hacia el frente, perdiendo el equilibrio, descomponiéndose.

Cuando sus piernas comienzan a fallar, avanza hacia el salón y se apoya en lo primero que consigue alcanzar, la mesa en la que descubre tres sobres cuidadosamente colocados sobre la madera.

Recoge con un pinchazo en el pecho aquel que lleva inscrito «Mamá» y, con impaciencia, lo abre y comienza a leer.

Lee y siente cómo su alma empieza a desprenderse de ella, como cae en trozos al suelo.

Lee y se lleva una mano temblorosa a la boca, conteniendo un sollozo desgarrador.

Termina y siente como una parte de ella ha muerto al finalizar las líneas que su propia hija ha escrito.

Egan mira horrorizado la escena, incapaz de apartar los ojos de los sobres que contienen el nombre de «Papá« y «Ana»".

Y así descubre cómo Melody ya tenía planeado esto desde antes de encontrarse esa noche, se da cuenta de que ha bailado con ella, la ha besado, le ha propuesto que se fuera con él y le ha dado la espalda mientras ella ya había escrito su historia y había llegado al final.

—Melody…

Margaret deja caer la carta a sus pies y corre, corre aunque sus piernas se lo impiden y asciende por las escaleras aferrándose con todas sus fuerzas a la barandilla, apoyando una mano en la pared y con la respiración entrecortada.

Y Egan la sigue igual de confundido y perdido.

Observa cómo la madre de Melody se queda quieta delante de una puerta cerrada y una lágrima rueda por su mejilla, lenta y agonizante.

—¿Es su habitación?

Margaret tan solo se limita a asentir y a hacerse a un lado cuando Egan, sin pensárselo, agarra el pomo y tira de él.

Y la ve. Allí, tendida en el suelo, con el vestido negro que llevaba antes de perderla de vista.

Y un charco de sangre cubriendo el suelo en el que se encuentra.

—¡Mel!

Se acerca a ella y se arrodilla junto a su cuerpo, todavía caliente, su pecho subiendo y bajando lentamente a causa de una respiración lenta y dolorosa.

Tiene los ojos abiertos, todavía los tiene abiertos y parpadea.

—Mel, no, no, no, no me hagas esto, no lo hagas.

La sujeta por las mejillas y la zarandea, le grita, deja derramar lágrimas sobre su rostro.

—Egan… Egan, te quiero.

El corazón se le encoge cuando ve cómo sus ojos se cierran y su cabeza cae hacia un lado.

—Y yo, preciosa, pero, por favor, despierta… Despierta, Mel… ¡Joder, Mel, despierta!

Un grito agonizante cruza la habitación y Margaret se desploma en el suelo, manchándose las manos de la sangre que ahora queda bajo sus rodillas.

—¡Daniel! —Se ahoga entre sus lágrimas, pero no cesa—. ¡Daniel!

El padre no tarda en aparecer por el umbral de la puerta con una expresión preocupada en el rostro, seguido de Ana, que palidece en cuanto ve la escena que tiene ante los ojos.

—No.

Es lo único que puede decir, pues en ese momento piensa que ella debería estar en el lugar de su hermana, recuerda todo el daño que le ha causado y como se ha esforzado por apartarla de su lado a lo largo de toda su vida.

Se lleva una mano al vientre y le reza. Le pide a su abuelo que todavía no se la lleve. Todavía tiene que arreglar lo que ha causado, solucionarlo… No puede perder a su hermana.

Daniel retrocede sobrecogido y desaparece de la habitación para volver unos segundos después con el teléfono pegado a la oreja y balbuceando algo que Egan no puede comprender, ni siquiera puede prestarle atención.

Está demasiado ocupado observando la sangre que mancha las palmas de sus manos, la que ahora cubre la cara de Melody tras

haberle sujetado las mejillas.

Y se siente caer de un precipicio, siente cómo su vida se le escapa de entre las manos.

Capítulo 70

Las cuerdas de una melodía

Melody

Por un instante veo a mi abuelo frente a mí.

Vestido con su cárdigan azul favorito y esos pantalones de goma grises que tantas veces le había visto puestos. Su pelo blanco arremolinado hacia atrás, el hoyuelo de su mejilla izquierda marcado cuando sonríe y el de su barbilla siempre presente.

Cuando se da la vuelta y me da la espalda siento que se me encoge el corazón. He luchado mucho para volver a encontrarlo y no puedo permitir que se marche de nuevo.

Pero me siento respirar otra vez cuando lo descubro colocando el vinilo de los Beatles que le regalé en un tocadiscos y la famosa melodía de *Hey Jude* comienza a sonar en el aire.

—Siempre me ha gustado esta canción.

Su voz, apagada y algo rasposa, me eriza el vello. Hacía demasiado que no lo sentía así, tal real, tan cerca.

Los compases y las primeras notas nacen traducidas en la música procedente de las cuerdas de una guitarra, punzadas y rasgadas.

No hay voces, no hay letra. Tan solo el sonido de una guitarra acústica que choca contra mí y me hace retroceder.

Capítulo 71

Un nuevo amanecer

Siento un cosquilleo en las puntas de los dedos, entumecidos y agarrotados. También cómo un calor se expande por mis extremidades con lentitud y parsimonia.

Me cuesta separar los párpados cuando un pinchazo cruza mi cabeza y un pitido mecánico y constante comienza a sonar, aturdiéndome.

Lo primero que veo es un gran ventanal de marcos blancos en una pared lisa y del mismo color. Los rayos del sol que atraviesan las nubes grisáceas y oscuras del cielo se cuelan donde sea que me encuentre, chocando contra mi piel, produciéndome una dulce sensación en el cuerpo.

Intento incorporarme, pero me detengo cuando me doy cuenta de que no estoy tumbada en mi cama, sino en una camilla de sábanas azules y delgadas.

Y esta no es mi habitación, ni estas las paredes de mi casa.

El árbol de Navidad que antes se encontraba en una esquina tampoco está.

Y yo estoy sola.

La respiración se me entrecorta y un sollozo escapa de mis labios.

No puede ser…

Bajo la mirada y me encuentro con mis manos. Los dedos de mi mano derecha vendados y algo rojizos, ambos brazos cubiertos de

vendas amarillentas que trepan por mi piel ejerciendo una presión que me marea y me aturde.

Una vía sobresale de mi brazo izquierdo. Un gotero funcionando, ensordeciéndome con cada gota de suero que se desliza a través del pequeño tubo que nos conecta. Una máquina traduce mis latidos en pitidos agudos que llenan la habitación, apagando el silencio.

Tan solo tengo un vago recuerdo de lo que pasó antes de despertarme. Egan sentado en la acera fumándose un cigarrillo, yo dejando una carta sobre la lápida de mi abuelo, mis manos en el volante conduciendo hasta casa, la mirada acusatoria de todos… Alan con esa sonrisa afilada.

No estoy segura de que todo haya sucedido en ese orden, tampoco de si simplemente todas las imágenes que mi cabeza me repite una vez detrás de otra son tan solo maquinaciones de mi subconsciente.

Pero de lo que sí que estoy segura es de que he hecho algo malo, de que no debería estar aquí.

Observo aturdida y algo confusa el resto de la habitación, demasiado grande y cerrada para una sola persona. Un televisor colgado en la pared de enfrente, varios sillones grises desgastados a mi izquierda. Una guitarra acústica reposando sobre una pequeña y baja mesa de cristal.

Una lágrima brota de mis ojos y a esta le siguen otras más.

En la puerta, blanca igualmente y con varios carteles de información médica, un gran número quince grabado en una chapa.

El sonido de un grifo, proveniente de una puerta marrón que se encuentra a unos escasos dos metros de mí, acapara toda mi atención.

Después, mi madre aparece con un aspecto cansado, los párpados hinchados y los labios cortados y ensangrentados.

—Mamá.

Me asusto al oír mi propia voz, áspera, como si hubiera sido sustituida por una lija. Pero, cuando veo sus ojos posarse sobre los míos, todo lo demás se desvanece. Tan solo quedan sus lágrimas y las mías.

—¿Melody? —Primero se acerca con pasos cautos, como si tuviera miedo de que, al acercarse, pudiera desaparecer, después, cuando parece darse cuenta de lo que sucede, su mirada se ilumina y corre hacia mí—. ¡Melody!

Sus brazos me rodean y apoya su cabeza en mi hombro mientras solloza y se estremece bajo mi contacto cuando le devuelvo el abrazo. Hacía mucho que mi madre no me abrazaba…, que no sentía su amor por mí de una manera tan esclarecedora.

—Mi pequeña…

Dejo que me acaricie el pelo y que sus manos me tranquilicen con su vaivén constante pero calmado. También espero paciente cuando observo como pulsa un pequeño botón rojo sobre mi cabeza y se enjuga los ojos.

—Mamá, ¿qué ha pasado?

Parece dudar unos segundos cuando le pregunto, como si se debatiera pensando qué respuesta podría ser la más adecuada. Y yo comienzo a impacientarme al ver que tarda demasiado en decantarse por una.

—Nada… nada, cariño. Solo ha sido un susto.

No la comprendo, ¿por qué está tan cariñosa conmigo?, ¿por qué parece que cada uno de sus gestos están meticulosamente medidos, como si tuviera miedo de que pueda romperme?

—No lo entiendo, yo, no…

La puerta se abre y las voces del pasillo que consigo divisar se cuelan hasta la habitación, seguidas de un hombre alto y

engominado vestido con una larga bata blanca que sujeta un portafolio en sus manos. Detrás, mi padre aparece vestido con un traje arrugado y con las mejillas sonrojadas. Se para abruptamente cuando nuestras miradas se encuentran.

—Me alegra verte despierta.

Una voz grave me hace apartar la vista de él y fijarme en el doctor, que acaba de llegar hasta mí y se ha sentado sobre un extremo de la camilla.

Tan solo me limito a regalarle una media sonrisa como respuesta.

—Dime, ¿recuerdas cómo te llamas?

Su pregunta me confunde un poco, pero accedo a decirle lo que quiere escuchar, desesperada porque de sus labios salga la explicación de por qué estoy en un hospital y mis padres parecen haber pasado horas llorando.

—Melody.

—¿Y qué me dices de tu apellido?

—Harvey.

—De acuerdo. —Veo que apunta algo en su portafolios y luego vuelve a dirigirse a mí—. Diecisiete años, ¿cierto?

—Dieciocho, en realidad.

—Era una prueba, la has superado. —Me regala una sonrisa a la que no puedo corresponder y, después, se dirige a mis padres—. Me gustaría hablar con ella a solas, quiero que esté tranquila.

—Sí, claro.

Mi madre se alisa la camisa de botones arrugada y se dirige hacia la puerta, junto a mi padre. Cuando están a punto de irse, alcanzo a ver los ojos claros de mi hermana asomar por el marco de la puerta y un pelo ondulado inconfundible que me causa un aleteo en el estómago.

Está aquí.

Está aquí.

Está…

Mi padre cierra la puerta y me quedo a solas con el doctor.

—No me he presentado, soy el doctor Evans.

Me tiende una mano para que se la estreche, sin embargo, cuando estoy a medio camino de alzar la mía para hacerlo, mis ojos vuelven a caer en las vendas de mis dedos y muñecas y me quedo inmovilizada.

Finalmente dejo caer de nuevo el brazo y me revuelvo, incómoda.

—¿Sabes por qué estás aquí?

—No estoy segura.

Sus manos apuntan veloces sobre el papel y se muerde el carrillo mientras lo hace.

—Es algo normal, Melody. Perdiste mucha sangre y eso puede afectar a nuestra memoria.

—No acabo de entenderlo, ¿cuánto tiempo llevo aquí?

—Has estado inconsciente diez horas.

—¿Por… por qué?

La mirada del doctor Evan se ensombrece durante unos segundos. Carraspea antes de alargar una mano y colocarla sobre la mía.

—Te encontraron esta madrugada en tu habitación con unos cortes bastante profundos en los brazos y en las muñecas.

Un fogonazo estalla en mi cabeza y me siento caer.

Caigo.

Caigo.

Y caigo.

Recuerdo estar en mi dormitorio. Mi mano empuñando un trozo punzante de porcelana. La sangre manchándolo todo.

—Perforaste tus arterias radiales y eso causó una gran hemorragia. ¿Lo entiendes?

Me quedo callada con la mirada perdida en nuestras manos, incapaz de alzar la vista y afrontarlo.

—No pasa nada, pero necesito que lo entiendas. Tu presión arterial bajó rápidamente, por eso te desmayaste, pero tuviste mucha suerte, Melody, te encontraron justo después de sufrir un choque hipovolémico y tuvimos tiempo de hacerte una transfusión de sangre.

Noto el sabor salado de las lágrimas en mis labios y me atraganto.

—¿Por qué tengo todos los recuerdos borrosos?

—Al haber una pérdida tan grande de sangre, el oxígeno no puede llegar correctamente a los órganos. Nuestro cerebro es muy sensible —dice, señalándose la cabeza con el bolígrafo.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos y agradezco que él lo respete y no intente presionarme para que hable, que no vuelva a asaltarme con información de todo lo que me sucedió.

Observo la ventana, el sol y el cielo azul.

Pensé que no volvería a verlos, que el mundo no me daría una segunda oportunidad.

Y aquí estoy, rodeada de gente que se empeña en que me aferre a todo lo que me hizo tomar esa decisión.

—¿Por qué?

Su mirada interrogativa me anima a continuar con un nudo en la garganta.

—¿Por qué os habéis esforzado en salvarme?

Su suspiro inunda la habitación.

—Tienes personas a tu lado que no podrían soportar perderte, Melody. Ellos han sido los que te han salvado, nosotros simplemente

hemos hecho nuestro trabajo. Todo el mundo merece una segunda oportunidad, solo necesitas encontrar a las personas que te la brinden.

—¿Y si yo no la quería?

—Desde mi ignorancia, nadie quiere irse del todo. Siempre debe haber algo por lo que luchar.

—A veces no tenemos fuerzas para luchar por los demás.

—Lo sé. Por eso ahora, Melody, por quien vas a tener que luchar es por ti misma, y por nadie más.

Me sumerjo entre lágrimas y me avergüenzo de todo lo que he hecho, por haber causado tanto sufrimiento a mi familia…, a Egan. Creía que cuando me fuera habría dolor, pero no así, no de esta manera.

Cuando he visto el rostro de mis padres… por un momento he pensado… que tal vez todos cometemos errores.

—¿Cómo? —pregunto con la voz rota.

—La doctora García será tu psicóloga, ella te dará esa respuesta.

Le agradezco en un murmullo sus palabras, aunque una parte de mí todavía sigue pensando que nadie debería haberse esforzado tanto por salvarme, por traerme de vuelta. Luego, se acerca hacia la puerta mientras apunta algo más, tira del pomo y deja que entren en un torbellino mis padres, Ana, Egan… y a Susie, Ruby, Claudia y Amelia.

Se me anegan los ojos en lágrimas.

El doctor Evans se gira hacia mí una última vez y, entre el murmullo naciente en la habitación, habla.

—Recuerda, nada dura para siempre, aprovechémoslo mientras podamos.

Cuando se marcha me sumerjo en una montaña de emociones que ni yo misma puedo llegar a comprender. Me asaltan sin previo

aviso y me asfixian cuando las chicas que esta madrugada me juzgaban con la mirada se acercan a mí y me abrazan, robándome el aire.

Siento un respingo cuando sus cuerpos rozan las vendas de mis brazos.

No las miro a los ojos, no después de lo que he hecho, no soy capaz de afrontar sus expresiones, no quiero averiguar si lo que sienten es alivio, compasión, pena o miedo.

—¿Cómo te encuentras? —Ruby es la primera en alzar la voz, algo ronca.

Lo medito mirando las puntas de mis dedos. No lo sé. ¿Cómo se supone que debe sentirse una persona que acaba de intentar suicidarse y hace apenas unos minutos se ha despertado, descubriendo que su intento ha resultado fallido?

¿Cuando ni siquiera sé si me alegro de ver de nuevo a todas las personas que una vez me han importado o me odio más a mí misma por seguir aquí?

—Un poco adormecida.

—Debes de estar hasta arriba de calmantes.

Susie ahoga un grito cuando Ruby le propina un codazo en el hombro.

—Siento mucho haberte dicho eso, Melody.

Amelia deja su mano sobre la mía y siento que sus ojos se posan sobre mis mejillas. No puedo recordar exactamente qué es lo que me dijo, así que tan solo me limito a asentir con la cabeza esperando que ese pequeño gesto valga para hacerle saber que acepto sus disculpas.

—Si podemos ayudarte en algo, por favor, dínoslo —termina por decir Ruby.

Levanto la cabeza, las miro por primera vez a la cara. Observo a Claudia, que no ha dicho nada hasta ahora y me examina con los ojos acuosos y brillantes por las lágrimas.

Y siento su dolor traspasar sus pupilas hasta chocar conmigo, haciéndome temblar y llorar. Ahogarme entre lágrimas.

—No… no recuerdo bien qué pasó anoche. Es… es co-como si hubieran intentado borrarme los recuerdos.

Claudia me seca una lágrima que baja por mi mejilla y asiente.

—Por favor, os lo pido, contádmelo todo.

Parece que están a punto de abrirse y decirme lo que ocurrió de verdad, de hacerme recordar, pero mi madre aparece entre ellas y, con una voz suave y calmada, una que hacía tiempo que no escuchaba, las interrumpe.

—Chicas, tal vez sea mejor que lo dejéis para otro día.

Siento un pinchazo de dolor al oír sus palabras, me gustaría gritarle y negarme, decirle que las deje continuar, que necesito saber lo que pasó, que no puedo seguir viviendo entre imágenes difusas y frases a medio terminar.

Pero entonces lo veo a él, sentado en uno de los sillones desgastados, con las manos enredadas en su pelo y la vista clavada en el suelo.

Y la vergüenza y el arrepentimiento se tragan mis palabras.

Me despido con un gesto de cabeza de las chicas cuando Claudia me dice que volverán mañana o cuando yo esté lista y las sigo con la mirada hasta que desaparecen de la habitación, haciendo que la tensión aumente por segundos y que el aire se torne denso.

—Lo siento.

Me incorporo y siento un leve mareo. Aparto de mis piernas las sábanas que me cubren, dejando a la vista que tan solo voy vestida con una fina bata azul cielo decorada con pequeños puntos blancos.

Esto es demasiado, necesito salir de aquí, alejarme de ellos, de la culpa que me carcome por dentro, de la vergüenza que me consume.

Me siento sobre el borde de la cama y, cuando veo que mi padre se acerca con pasos ligeros hacia mí, sujeto el gotero, que se sostiene sobre un portasueros, y me levanto.

Y el mundo se me viene encima.

Pierdo el control de mis piernas, la cabeza comienza a darme vueltas y la visión se torna borrosa durante unos segundos que se me hacen interminables, tanto que necesito apoyar una mano sobre la pared por miedo a caerme.

Sin embargo, antes de que pueda palpar su tacto rugoso, unos brazos se cuelan por debajo de mis costillas y me sujetan contra su pecho. Por un momento pienso que es mi padre, que ha llegado hasta mí, preocupado, sin embargo, cuando alzo los ojos encuentro a Egan a escasos centímetros de mi rostro.

Respirando pausadamente, pero con un ligero temblor en las fosas nasales, escrutándome con los ojos enrojecidos como si quisiera comprobar que estoy bien, que no me he causado más daño.

Por unos instantes le mantengo la mirada, desconcertada, pero cuando comienzo a tomar el control de mis extremidades, agacho la cabeza y me centro en mis pies, desnudos, y sobre el frío suelo de baldosas.

—Tienes que descansar.

Su voz me encoge por dentro, me sacude, nuevamente me recuerda todo lo que he hecho.

—Necesito ir al baño.

Doy un paso hacia delante y él avanza conmigo, sin soltarme. Me exaspera por su presencia tan cercana, la vergüenza y la culpa

aumentan.

—Puedo hacerlo yo sola —respiro. Vuelvo a respirar—. Necesito hacerlo yo sola.

Sus manos parecen dudar unos segundos sobre mi cuerpo, pero después, en un gesto dubitativo, se aleja. Me deja libre. Y aprovecho el momento.

Me encierro en el baño y, cuando compruebo que un pestillo cuelga del extremo superior derecho de la puerta, lo coloco y me siento segura, alejada de todos y de todo.

—Melody, abre la puerta.

La voz de mi madre, que comienza en un susurro y después acaba en un matiz autoritario, me revuelve el estómago y retrocedo hacia el lavabo, aun sabiendo que no puede entrar, que aquí estoy segura.

Que la única que puede hacerme daño soy yo misma.

—Ábrela, Melody, haz caso a tu madre.

Esta vez detecto la falta de autoridad de mi padre en su voz temblorosa y frágil.

Observo como el pomo de la puerta gira y gira, como una fuerza exterior intenta abrirla, sin éxito.

Y la ansiedad vuelve a mí como una vieja amiga, demoledora, arrasando con todo, arrancándome todas las lágrimas que en algún momento se han debido acumular en mi interior.

—Por favor, no nos hagas llamar al doctor Evans. Sal y habla con nosotros.

Mi madre sigue insistiendo y, conforme continúa, más segura estoy de que no quiero salir de mi nuevo escondite.

Cuando las lágrimas acaban por empapar mis mejillas, apoyo mi espalda contra la puerta y, poco a poco, me deslizo hasta el suelo, absorbiendo el frío con cada fibra de mi piel.

Aprovecho el silencio que se ha hecho en la habitación para examinar mis vendajes. En un primer momento, siento repulsión, rechazo al ver mi piel, mi cuerpo demacrado, pero, poco después, un pinchazo perverso de curiosidad me arrastra y llevo los dedos hasta el borde de las vendas en mi brazo derecho y tiro.

Tiro y tiro.

Descubriendo mi piel.

Dejando a la luz lo que los demás querían ocultarme. El dolor que yo misma me he causado. Las heridas que en un futuro se convertirán en cicatrices eternas que me recordarán constantemente lo que una vez fui capaz de hacer.

Reprimo una arcada al ver las heridas abultadas y la piel amoratada e hinchada.

Y el dolor aparece.

Como si mientras los cortes estaban ocultos lo hubiera estado también el dolor. Pero ahora que puedo verlos, lo siento todo, todo.

—¿Sigues ahí?

La voz de Ana me arrastra a la realidad y, aunque al principio me cuesta, termino por apartar los ojos de mi brazo.

—No he podido irme a ninguna parte.

—No te preocupes, estamos solas. Les he pedido que salieran un momento.

—¿Por qué?

El silencio que sigue a mi pregunta me hace pensar que me está mintiendo, que solo intenta convencerme de que salga.

—No creo que lo mejor sea que te presionen, ¿no crees?

—¿Desde cuándo sabes qué es lo mejor para mí?

Sorbo por la nariz esperando una respuesta, esperando no haberla alejado con mi contestación, por afilar la daga.

—No lo sé, nunca lo he sabido. —Su voz se atenúa hasta que calla y, luego, vuelve a hablar—. Pero ayer… esta madrugada, cuando te he visto, pensé… creí que no volvería a sentir tu voz. Y ahora que te escucho, no me importa hacerlo a través de una puerta.

—No quería haceros daño.

—No sé por qué lo hiciste, Melody, y no voy a presionarte para que me lo cuentes. Hace un mes tú fuiste paciente conmigo, ahora me toca a mí serlo contigo. Y siento que te hiciéramos pensar, todos, que tu muerte no nos dolería.

Su voz se rompe al final de sus palabras y contengo el aliento.

—Pero estamos destrozados. No te imaginas lo mal que lo han pasado papá y mamá, lo mal que lo he pasado yo y, ahora, tienen miedo de que te hayas encerrado para terminar lo que empezaste. Temen que vuelvas a intentarlo.

Ni siquiera lo había pensado.

Volver a intentarlo, asegurarme de que esta vez exista un punto de no retorno.

Mi silencio parece inquietarla.

—No lo hagas. Melody, dime algo, lo que sea.

—Sigo aquí.

—¿Lo has pensado? —Su voz baja considerablemente, como si no quisiera que nadie nos escuchara—. ¿Sigues pensando en ello?

Sé a lo que se refiere. Y yo me pregunto lo mismo.

Miro mis heridas, la vía que sale de mi brazo, el gotero que mantiene mi dolor a raya.

Pienso en mi abuelo, en que por mucho que yo esté aquí, él no ha regresado conmigo.

—Creía que, al hacerlo, volvería a estar con él. Volvería a ser feliz, a poder respirar sin que doliese tanto, Ana.

—Todavía puedes serlo, aquí, con nosotros. Nos has dado una lección y quiero, necesito, que sigas demostrándonos que eres más fuerte y valiente que todos nosotros juntos.

—No es tan fácil como suena.

—Nadie ha dicho que lo sea. Pero ¿para qué tenemos piernas si no es para levantarnos y seguir caminando cada vez que nos caemos?

Cierro los ojos y contengo la respiración.

Y me levanto, porque, por primera vez desde que he abierto los ojos, me doy cuenta del alivio que corre por mis venas al sentir de nuevo el peso de mi pelo sobre mis hombros y mi espalda, al escuchar la voz de mi hermana, al haber visto los rostros de mis padres, el de Egan.

Pensaba que estaba sola.

Pero…

Pero…

—Quiero explicarle a mi hijo que mi hermana es una guerrera, quiero que seas tú quien se lo digas. Quiero verlo crecer a tu lado, quiero que reciba el amor de su tía. Quiero que diga tu nombre cada vez que te vea, cada vez que se acuerde de los momentos que habéis vivido juntos, quiero que los conozca por ti, y no por lo que yo podría haberle contado de una persona a la que nunca llegó a conocer.

Siento como rompe a llorar y su respiración se entrecorta.

—Sé que te querría aunque no te conociera, yo me encargaría de ello, pero prefiero que lo haga mientras lo abrazas, mientras juegas con él, mientras sopla las velas por su cumpleaños, quiero… quiero…

Abro la puerta movida por la necesidad de abrazarla, de sentirla contra mi pecho, entre mis brazos.

Y es lo que hago en cuanto la encuentro de pie frente a la puerta, con las mejillas rojas y los ojos inundados en lágrimas.

—Te quiero, Melody. Siempre te he querido.

Le mojo el suéter con las lágrimas y de repente me siento tremendamente mal al recordar las palabras que le dejé escritas antes de encerrarme en mi dormitorio.

—¿Leíste la carta?

Asiente con la cabeza sobre mi hombro y me estrecha más en sus brazos.

—Siento no haberlo dicho antes, siento haberlo hecho mal.

—Me parece que las dos deberíamos aprender a decir «te quiero» más a menudo.

Nos quedamos en silencio unos segundos y, después, sin saber por qué, las dos rompemos a reír. Sé que no está bien reírse en una situación como esta, pero una parte de mí se alegra de volver a escuchar mi risa, porque, por primera vez, siento a Ana cerca de verdad, siento cómo la niña que una vez fui salta de alegría al poder estar junto a su hermana.

Y asiento para mí misma.

Porque me lo debo, se lo debo a la Melody de cinco años que hizo aquel dibujo, a la de dieciséis que perdió a la persona que más quería. Les debo volver a reír, volver a intentar ser feliz.

—Eso me recuerda…, tengo algo para ti.

Ana se aparta de mí y se seca las lágrimas con la manga del suéter. Después, rebusca en el bolso que todavía cuelga de su hombro y extrae una pequeña fotografía.

—Quiero que te la quedes.

Me la tiende y observo que tengo entre mis manos una ecografía en la que se ve una pequeña mancha blanca en medio de la oscuridad.

Recorro la imagen con los dedos, la pequeña cabeza que comienza a vislumbrarse.

Y la estrecho contra mi pecho.

—Gracias.

Ana me ayuda a subir a la camilla, me cubre las piernas con las sábanas y recoloca el cojín de mi espalda.

—Si te parece, voy a decirles que todo está bien.

—Sí, claro.

Me quedo sola, de nuevo, pero esta vez con una sensación diferente en el pecho.

Con la seguridad de que la soledad pronto va a desaparecer.

Con la certeza, después de mucho tiempo, de que fuera hay cuatro personas que me quieren.

Y eso me da la fuerza que necesito para prometerme que lucharé por ver un nuevo amanecer cada día.

Capítulo 72

Una perla blanca

Toco con la punta de los dedos las heridas de mi brazo descubierto mientras espero a que regresen.

A una parte de mí le parece imposible no volver a pensar en ello, no volver a recaer. Es como si ese pensamiento estuviera guardado en algún rincón de mi cabeza, inalcanzable, irreparable, repitiéndome una vez tras otra que tarde o temprano volveré a hacerlo, volveré a intentarlo.

La otra… la otra se aferra al movimiento de mi pecho, que sube y baja mientras respiro.

—¿Estás mejor?

Aparto la mano en un movimiento brusco y escondo el brazo bajo las sábanas cuando Egan cierra la puerta tras de sí y se acerca a mí, sin la compañía de nadie.

Es extraño, antes de todo, esto era lo que quería, estar a solas con Egan, lejos de mi familia y, ahora, desearía con todas mis fuerzas que mis padres y Ana hubieran entrado con él en la habitación, que no me hubieran dejado a solas con la persona a la que he traicionado.

No ahora, cuando no sé lo que se esconde tras sus ojos, cuando no puedo descifrar su mirada cuando se sienta en el borde de la camilla, a escasos centímetros de mí.

—Solo necesitaba un momento.

—Lo entiendo, pero…

Parece dudar y calla, esperando encontrar las palabras.

—No voy a intentarlo de nuevo, si eso es lo que os preocupa.

Mi voz suena tosca y afilada y me arrepiento al segundo cuando veo como mis palabras chocan contra él, causándole un brillo triste en los ojos.

—Perdón, no quería ser tan brusca.

Me muerdo el labio inferior cuando nace el silencio entre nosotros. Y tan solo me limito a observarlo. Los labios ligeramente hinchados y blanquecinos, el pelo más revuelto que de costumbre, los nudillos magullados.

—Mel, pensaba que te perdía. Creía que había llegado demasiado tarde.

Un dolor se expande por mi pecho, acrecentando la pregunta que se está formando en mi cabeza.

—¿Llegado?

Su mano sube hasta mi pelo y lo acaricia. Cierro los ojos inconscientemente y dejo que el aire entre en mis pulmones, luchando por tranquilizar los latidos de mi corazón.

—Cuando te fuiste, leí las cartas que me dejaste. Ni siquiera sé cómo llegué a tu casa, tan solo pensaba en llegar a ti, en llegar a tiempo.

La imagen de Egan en mi habitación me revuelve el estómago y comienzo a sentir cómo las lágrimas se acumulan en mis ojos.

—Tú… ¿Tú me viste antes de que me trajeran al hospital?

Veo en sus ojos cristalinos por las lágrimas una afirmación antes de que pueda decirme nada. Y eso termina por romperme, termina por hundirme en el sentimiento de vergüenza que ha estado arremetiendo contra mí desde que he abierto los ojos.

—Yo te encontré, Mel… Si hubiera tardado un poco más… no sé, no sé lo que hubiera pasado.

Poco a poco, como pequeños fogonazos de recuerdos, la imagen de Alan junto a Claudia comienza a formarse en mi cabeza. Sus palabras, todo lo que dijo tergiversando la verdad, Egan saliendo de la discoteca negándose a hablar conmigo.

Me gustaría recordarlo con detalle, saber exactamente cómo sucedió todo; sin embargo, con eso me basta, porque recuerdo el dolor que sentí en ese instante, el dolor que vi reflejado en sus ojos.

—Después de todo lo que dijo Alan, viniste a buscarme —susurro más para mí que para él.

—Siento no haber querido escucharte cuando intentaste hablar conmigo, tal vez, si lo hubiera hecho, nada de esto habría pasado.

—No es tu culpa. —Trago saliva antes de continuar—. Ya había tomado una decisión antes de eso.

—¿Por qué?

—Supongo que hacía mucho tiempo que estaba al borde de un acantilado y solo hacía falta un empujón para que cayera.

Me seca una lágrima de la mejilla mientras se debate en decir algo.

Al final lo hace.

—Alan fue ese empujón.

Aunque lo afirma, hay un deje de interrogación en su voz, como si esa afirmación consiguiera revolverle por dentro.

—Es complicado, mucho más complicado que eso. Rompió a conciencia lo único que me quedaba de mi abuelo como castigo por… —me digo que debo ser valiente, que debo comenzar a serlo—, por quererte.

—Ese cabrón es un… —pero lo corto antes de que pueda continuar.

—Debes entender que no puedo dejar caer toda la culpa en Alan, llevaba mucho perdida, en casa no me sentía querida, perdí el trabajo que me mantenía a flote, que conseguía alejarme de todo.

—Me tenías a mí, me sigues teniendo.

—No quería arrastrarte conmigo, no te quería hacer sentir responsable de mi decisión.

—¿Como él hizo contigo?

Recuerdo la segunda carta que le escribí en el cementerio, una en la que le explicaba toda la historia que había vivido con Alan, el juego que realizó conmigo, cada uno de los momentos que pasamos juntos. Necesitaba que lo supiera, que, al menos, aunque yo ya no estuviera, pudiera conocer la verdad y uno de los motivos que me empujaron a intentar suicidarme.

Así que, consciente de que sabe la respuesta e incapaz de decirla en voz alta, de escucharla de mi propia voz, me quedo callada, esperando que eso le baste como una afirmación.

—No quiero volver a verlo, Egan. No puedo. Si lo hago, no sé…, no soy lo suficientemente fuerte.

Sin previo aviso me abraza. Me presiona contra su pecho con una delicadeza que no sabía que pudiera tener.

Y descubro que ahora ese va a ser el modo de actuar de todas las personas que me rodean: con el temor a ejercer demasiada fuerza sobre mí y que pueda romperme.

—Eres más fuerte que él, pero sobre todo eres mejor que Alan. Quisiste ayudarlo aun cuando te estabas rompiendo a pedazos, aun cuando él contribuía a que eso sucediera.

—Fui una tonta.

Sus labios viajan hasta mi mejilla y me besa, suave pero intensamente.

—Fuiste la Melody de la que me he enamorado.

Aguanto la respiración los siguientes segundos en los que nos mantenemos abrazados y, cuando se aparta, sus ojos viajan hacia el brazo en el que ya no hay unas vendas tapando mis cortes.

Encuentro miedo en su mirada, también compasión, pero, después, pestañea y tan solo puedo percibir un halo de comprensión en sus pupilas.

—Se te infectarán si no los cubres.

—Necesitaba verlos.

Su mano viaja hasta los cortes, pero, antes de que sus dedos toquen mi piel, vacila y se queda inmóvil. Finalmente, deja caer los dedos sobre la palma de mi mano, trazando delicados círculos.

—¿Qué te ha pasado en los nudillos?

Hace un intento de apartar su mano de la mía, pero lo alcanzo antes y entrelazo nuestros dedos. Nuestros cortes se unen y siento un escalofrío en la espalda.

—Nada importante.

—Egan, puedes contármelo.

Suspira derrotado y me regala una media sonrisa avergonzada.

—Digamos que tuve una charla no demasiado amistosa con Alan antes de ir a tu casa.

Un nudo se instala en mi garganta y un miedo atroz me zarandea por segundos.

¿Y si Alan ahora está tan enfurecido que decide venir y terminar con lo que empezó? No estoy enfadada con Egan, siento miedo por los dos, por lo que Alan pueda hacer si decide devolverle el golpe a la persona que ahora mismo estrecha con más fuerzas sus dedos contra los míos.

—Yo no soy así, no quiero que lo pienses. —Sus ojos me dicen que está diciendo la verdad—. Perdí el control, solo pensaba en hacerle el mismo daño que él te ha hecho a ti… y a mi hermana.

Asiento con la cabeza aún con el miedo corriendo por mis venas.

—Está bien, no pasa nada.

Mi voz sale en un susurro alterado y, cuando mis ojos viajan hacia la puerta, sé que advierte mis temores, el miedo a que Alan pueda aparecer de un momento a otro en la habitación.

—Escúchame —sus manos me sujetan por las mejillas y hace que nuestros ojos se anclen los unos a los otros—, él no va a venir, no va a volver. Y si lo hace, estaré a tu lado para que no le dé tiempo ni siquiera a rozarte un pelo.

Bajo la mirada hasta sus labios y luego admiro cada uno de sus rasgos.

—¿Confías en mí?

—Siempre lo he hecho, Egan.

Acorto los pocos centímetros que nos separaban y dejo que mis labios rocen los suyos. Me corresponde al beso antes de que me dé tiempo a cerrar los ojos. Apenas abrimos nuestros labios, es más bien un roce que grita todo lo que nos hemos querido decir hasta el momento.

Y me parece perfecto.

Cuando nos separamos, apoya su frente sobre la mía. Su respiración cálida sobre mis mejillas, sus pestañas haciéndome cosquillas.

—Cuando entré en tu habitación tenías esto en la mano.

Lo sigo con la mirada mientras rebusca en el bolsillo de los pantalones que llevaba anoche y extrae una pequeña perla blanca.

Ni siquiera recordaba que la hubiera estrechado contra mí mientras me cortaba en el suelo de mi habitación, pero ahora que la veo, tan solo puedo sentir el aleteo de dragones volando en mi estómago, mi corazón acelerado y mi respiración entrecortada.

—Gracias. —Me la da y la acaricio con la punta de los dedos—. Formaba parte del regalo que me hizo mi abuelo y que Alan rompió.

La observo, única entre mil semejantes.

Y recuerdo que no eran las estrellas las que se diferenciaban entre ellas, sino lo que contenían en su interior lo que las hacía singulares.

—Vente conmigo, por favor. Quiero estar a tu lado, quiero ayudarte, pero no desde la distancia, necesito poder besarte cada mañana y abrazarte cada noche, sanar todas las heridas que sé que escondes dentro. Deja que te ayude a escribir tu nueva historia, déjame formar parte de ella.

Lo miro a los ojos y sonrío, sonrío con fuerza. Porque hace falta mucho más para lograr opacar el brillo de una estrella, el de una persona. Nos podemos romper en mil pedazos y seguir caminando, sentir que el aire se torna denso y abrasador y seguir respirando, nos podemos ver arrastrados por el miedo y, aun así, seguir luchando.

Y es que, cuando pensamos que nos estamos apagando, que no hay nada que pueda alimentar de nuevo nuestro fuego interior, tan solo debemos encontrarnos a nosotros mismos. Cerrar los ojos y buscarnos, buscarnos hasta agotar nuestras fuerzas, apoyarnos en cualquier oportunidad que se nos presente y seguir trepando y trepando, huyendo de la oscuridad, buscando la felicidad.

Nosotros somos los protagonistas de nuestra propia historia y nadie tiene el poder de robarnos la luz que nos hace destacar entre los demás.

Algunos nacemos siendo estrellas huérfanas, destinados a iluminar un trozo del cielo más oscuro por nuestra cuenta.

Tan solo nos hace falta recordar que el cielo es demasiado grande como para rendirnos y no seguir buscando, no seguir luchando por

encontrar nuestro lugar en el mundo, nuestra propia constelación.

Capítulo 73

Epílogo

> «Mujer, despierta; el rebato de la razón se hace oír en todo el universo; reconoce tus derechos. […] Cualesquiera sean los obstáculos que os opongan, podéis superarlos; os basta con desearlo».

OLYMPE DE GOUGES; La Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadanía, 1791

Dos años después

Tardé cuatro días en lograr hablar con mi psicóloga. No encontraba el valor para abrirme a una nueva persona en mi vida, para dejarle ver todas mis heridas y los surcos que se habían formado en mi alma.

En un primer momento, me pidió que comenzara desde el principio, desde el momento en el que comencé a sentir que, en vez de avanzar, me estaba quedando atascada en un punto de no retorno. Yo no sabía por dónde empezar. Una parte de mí quería hablarle de la niña pequeña que sentía que sus padres no le daban el cariño que merecía; otra, de la adolescente de dieciséis años que conoció la soledad cara a cara. Pero, sobre todo, había algo dentro de mí que me pedía gritar todo lo que había sucedido ese último

mes, vaciarme por dentro, sentir que, de una vez por todas, todo el dolor que se había ido acumulando comenzaba a disiparse.

Por eso, cuando al cuarto día, rendida frente a mi poca cooperación, me propuso comenzar por donde yo quisiera para después ir uniendo las piezas del puzle en el que transformó mi vida, escogí las emociones más recientes.

«Conocí a Alan en Sopa de Letras a principios de diciembre».

Las visitas semanales se alargaron durante casi cinco meses, haciendo de la doctora García mi mayor confidente, el pozo en el que podía volcar todas mis emociones y mis pensamientos.

La segunda semana de enero me diagnosticó depresión, anudando mi intento de suicidio con cada uno de los síntomas que había padecido durante meses y que, sin embargo, no había sabido ver.

En febrero… en febrero hablamos de Alan y de lo que significaba para mí, de la huella que había grabado en mi interior. Hablamos del maltrato psicológico que ejerció sobre mí, del papel decisivo que tuvo a la hora de que yo tomara la decisión de suicidarme, de cómo sus actos y sus palabras me guiaron por un camino de espinas y de que esos cortes iban a dejar unas cicatrices eternas en mi alma.

Poco a poco fui encajando todas y cada una de las señales de un abusador emocional, relacionándolas con la complicada relación que construimos. La negación, cuando le quitaba importancia a aquello que me afectaba. El aislamiento, cuando quiso alejarme de Egan y, posteriormente de Ruby, Susie, Amelia y Claudia, cuando se empeñaba en hacerme recordar que yo era la oveja negra de mi familia. La desvalorización, con cada comentario despectivo y acusatorio hacia mi persona. La manipulación y el control en cada uno de sus gestos y palabras, en el chantaje emocional con el que me tenía atrapada. Sus amenazas de suicidio si no me comprometía

a una relación sentimental con él, si no cumplía con sus expectativas. También estuvo aquella vez que me levantó la mano, que intentó abusar de mí forzándome a besarlo.

Me costó un gran esfuerzo asumir que nada de eso había sido mi culpa, aceptar que yo no había hecho nada malo.

Aceptar que por el azar yo fui el pozo en el que Alan volcó toda su rabia y dolor.

Recuerdo aquel día de lluvia y viento en el que la doctora García aplazó una de nuestras sesiones para llevarme a una reunión organizada por la asociación del hospital que lucha contra la violencia de género.

Me condujo hacia una pequeña sala de paredes revestidas de pancartas moradas, de puños levantados al aire y rostros de mujeres dibujados con pinceladas inspiradoras. Cuando entré, sentí un miedo atroz al ver a una decena de mujeres dispuestas a abrirse y explicar su experiencia.

Ese día no hablé, tan solo escuché, incapaz de asimilar que yo era una de ellas, que en algún momento había comenzado a formar parte del gran colectivo de mujeres que han sido víctimas del machismo alguna vez en su vida.

Una semana después, tras meditarlo pacientemente y durante horas, le pedí que me llevara de nuevo a una de esas sesiones.

Y entonces hablé.

Hablé.

Grité.

Lloré.

Y todas y cada una de ellas me acompañaron con sus lágrimas, me sujetaron en mis subidas y bajadas, en los momentos en los que los recuerdos me robaban el habla.

Y allí encontré la primera constelación de la que formé parte.

Unas semanas después, salí al patio de casa con la carta que le escribí a Alan aquella noche y un mechero. Aprendí que, en ocasiones, tenemos que averiguar cuál es el momento en el que debemos dejar el pasado atrás y comenzar a enfrentar un futuro lleno de nuevas posibilidades. Y yo no podía hacer eso si no conseguía sacar a Alan de mi cabeza. Los recuerdos de todo lo sucedido seguían ahí, siempre seguirán ahí, pues avanzar no significa olvidar, al igual que los sentimientos que sentía hacia él, que todavía siento, continuaban siendo igual de puntiagudos e hirientes.

Así que decidí hacer aquello de lo que más me arrepentía de no haber hecho.

Despedirme de él como creía que me merecía.

Escribí todo lo que sentía, volqué en mis palabras todo resquicio de dolor que aún flotaba en mi corazón, expresando todo lo que me hubiese gustado decirle antes de perderlo de vista para siempre, de no saber nada más de él.

«Adiós, Alan».

Y la vi prender con lágrimas en los ojos.

Cuatro meses después de despertar en el hospital, hice las maletas y me despedí de mis padres después de muchas insistencias y promesas. En un principio se negaban a dejarme marchar, más aún después de todo lo ocurrido. Temían perderme para siempre, lo veía grabado en sus miradas cada vez que sacaba el tema durante las cenas o por las tardes, cuando volvían del trabajo.

Porque sí, con la llegada de un nuevo año, también llegó la bienvenida a una nueva forma de vida. Más tiempo en familia, trabajar por esforzarnos en demostrarnos afecto, por aprender a escucharnos, a comprendernos.

Descubrí en mi padre un reflejo de mí misma que no conocía. En mi madre, un punto de seguridad y amor que siempre había anhelado. En mi hermana… en Ana encontré la otra mitad que siempre me había faltado.

Poco a poco, fui aprendiendo a quererlos de una forma sana, todavía sigo haciéndolo.

Y ellos lo hicieron conmigo.

Y fue gracias a esa naciente confianza que el 8 de mayo me despedí de ellos en el aeropuerto, y casi tres horas después aterricé en España, donde Egan me esperaba con un ramo de lilas en las manos.

Recuerdo abrazarlo y besarlo como había anhelado durante esos largos cinco meses de espera. Decirle «te quiero» hasta que el aire comenzó a escasear en mis pulmones.

También guardo en un hueco de mi corazón la forma en la que él respondió a cada uno de mis gestos y palabras con los mismos sentimientos grabados en su piel.

Del mismo modo, mi nueva psicóloga me esperaba con los brazos abiertos, esforzándose por hacerme ver lo mucho que aún tenía por decir.

La llegada del verano fue extremadamente calurosa en Barcelona, donde Egan había alquilado un pequeño apartamento en el que ahora vivimos. Un dormitorio lo suficientemente grande como para albergar una cama de matrimonio y un par de mesitas de noche; un salón de paredes blancas decoradas con un estilo bohemio y un par de guitarras, un diminuto cuarto de baño, un pequeño balcón con vistas a las concurridas calles, una cocina de baldosas amarillas, un jarrón de cerámica con olas dibujadas en el recibidor rectangular.

En esas calles, con la llegada de las camisetas de manga corta y tirantes, aprendí a aceptar las cicatrices de mis brazos. A acoger las

miradas de aquellas personas que, de vez en cuando, se quedaban observando más tiempo del debido lo que una vez fueron heridas. A aceptar las puntuales preguntas sobre lo ocurrido de los nuevos amigos que Egan hizo en la universidad y que, con el paso de los meses, se convirtieron también en los míos.

A la compasión grabada en los ojos de los clientes que atendía en la cafetería donde ahora trabajo.

Y, cuando todo eso me afectaba más que de costumbre, en los días en los que cada una de las miradas me estremecían, cuando ni yo misma era capaz de aceptar las cicatrices de mi cuerpo, era Egan el que se encargaba de besar cada una de ellas, de recordarme que soy la persona más bonita, valiente y fuerte que ha conocido.

Porque en eso consiste la vida, en caerte y levantarte, en rendirte y, luego, recoger todas las fuerzas que te es posible para retomar tu camino.

Había mañanas en las que me despertaba agradecida por seguir respirando un día más, otras en las que el dolor me consumía y me empujaba de nuevo hacia el acantilado por el que una vez caí.

Y es que, una vez que piensas en el suicidio, esa idea se queda guardada en tu mente como una fiel compañera, de por vida.

En diciembre, celebramos nuestro primer año como pareja. Egan me sorprendió con una pequeña caja de terciopelo en cuyo interior había una diminuta cadena que atravesaba la perla blanca que meses antes formó parte de la estrella de porcelana que mi abuelo me regaló.

Yo le regalé el poema que le debía.

Ahora, un año después, arrastro la pesada maleta hacia mi antigua habitación, o el que supongo que siempre será mi cuarto. Cuando abro la puerta, observo la cama perfectamente hecha, el

suelo y los muebles sin una mota de polvo, aquel rincón en el que me encontraron tirada en el suelo.

Algo peludo se acomoda entre mis pies y, cuando bajo la vista, veo a mi gata ronroneando y moviendo ligeramente la cola.

Dejo el equipaje como puedo, le acaricio el lomo y me apresuro a bajar al salón donde mi familia y la de Egan me esperan para celebrar la Nochevieja.

Aunque hayan pasado dos años, todavía persisten las miradas cautas dirigidas hacia mí, recalcando que hoy se cumple exactamente ese tiempo desde mi intento de suicidio.

Sin embargo, me dejo llevar por la alegría que se respira en el aire, por las sonrisas de mis padres y los abrazos cariñosos que me regalan los de Egan. Por las eternas conversaciones con Claudia, pues tenemos demasiado que contarnos y poco tiempo para hacerlo. Me alegro de haber podido hablar con ella de todo lo sucedido, de que me diera la oportunidad de explicarle que es lo que pasó realmente. La felicidad que me inunda al saber que mañana nos reencontraremos con nuestras amigas, Susie, Ruby y Amelia, a las cuales, a pesar de que hablo con ellas con frecuencia, hace demasiado que no veo.

Y, a las doce me dejo consumir por besos y caricias, envolver por serpentinas y canciones navideñas. Por los brazos de Egan que me rodean por la espalda, y por las palabras que susurra en mi oído:

—Te quiero, Mel.

—Te quiero, Egan.

Me giro y hundo mis manos en su pelo, tirando de sus rulos, absorbiendo cada fibra de su piel con la mirada.

—¿No le vas a dar un abrazo a la *tita* Melody?

Olivia, la preciosa hija de Ana, se acerca a mí andando entre trompicones y me abraza las piernas.

Me separo de Egan y la cojo en brazos, estrechándola contra mí con fuerza y cubriéndola de besos. Ella es uno de los motivos por los que cada día me recuerdo que ha valido la pena seguir luchando, porque su sonrisa, con esos dientes de leche, tiene la suficiente luz como para iluminar una estancia al completo.

—*Tita*.

Olivia juega con mi pelo mientras repite esa palabra una vez y otra. Cuando llegué a España oí que un niño llamaba así a su tía, así que, en cuanto la pequeña comenzó a hablar y pude estar junto a ella, no tardé en enseñarle a llamarme así.

Con un manotazo, su pequeña mano termina sobre mi muñeca descubierta y, movida por su inocencia, comienza a reseguir las cicatrices de mi piel con la punta de sus dedos.

Trazando dibujos imaginarios.

Encogiéndome el corazón.

Ana, que no le ha quitado la vista de encima en todo este rato, lo percibe y se acerca con la intención de separarla de mí, pero niego con la cabeza y llamo la atención de la pequeña.

—Son marcas de guerra.

Alan

Desde hace unas semanas lucho por aferrarme a la idea de que las heridas pueden sanar con el tiempo. De que al final todo pasa, todo ocurre por un motivo.

Cuando te conocí me sentía tan sola que era capaz de aferrarme a cualquier cosa que me hiciera sentir viva, incluso a un clavo ardiendo. Te presentaste ante mí como la representación de todo lo que era, eras el amigo que necesitaba, el único que parecía poder comprenderme.

Al principio los dos éramos ovejas negras.

Y luego, con la misma facilidad con la que nuestra confianza creció, se rompió.

Creí cada una de tus palabras, te antepuse ante todo, pero, sobre todo, te antepuse a mí misma. De alguna manera me convencí de que mi vida no era tan importante como la tuya.

Me acostumbré a vivir con el miedo de que en algún momento pudiera sucederte algo, pero, sobre todo, con el temor de que, si eso ocurriera, fuera culpa mía.

Alan, llegué a convencerme de ello, de que todo lo que te sucedía, tus cambios de humor, tus gritos, tus prohibiciones, tu afán por querer controlar mis palabras y mis actos se debían a que no era capaz de cumplir la promesa que te hice de la forma en la que a ti te hubiera gustado.

He estado tan centrada en contentarte, en hacer que estuvieras bien, que ahora no sé cómo retomar las riendas de mi vida. No sé cómo salvarme.

Porque al final, la que ha salido perdiendo de este juego al que solo tú sabías que estábamos jugando, he sido yo.

¿Y sabes qué? Dicen que para poder perdonar a una persona hay que ser fuerte, solo de esa manera puedes dejar el dolor a un lado y seguir adelante. Pero yo hace mucho que dejé de serlo, me rendí en alguna parte del camino que no consigo descifrar.

Me gustaría perdonarte.

Una parte de mí querría hacerlo.

La otra no entiende cómo se puede hacer tanto daño a una persona, cómo se puede perdonar algo así.

Me gustaría recuperar el brillo morado que me arrebataste y mostrártelo.

Pero ni siquiera sabría por dónde comenzar.

No creo que seas consciente del daño que me has hecho, al fin y al cabo, la villana de esta historia he acabado siendo yo.

Pero, Alan, duele, duele tanto que ya no veo la manera de volver a ser feliz.

Me has enseñado que no es imposible querer, sino que existen formas incorrectas de hacerlo. Tú optaste por la que tan solo sabe herir, por la que no siente compasión por la persona a la que se profesa ese amor.

Solo me queda decirte que no te culpo por lo que voy a hacer.

Es mi decisión y, por una vez, me alegro de haberla tomado sin temor a las consecuencias, sin miedo a cómo pudieras reaccionar.

Ahora mismo, este es el mayor acto de valentía que puedo hacer frente a ti.

Agradecimientos

Escribir *Mil estrellas y tú* ha sido un proceso largo, pero sobre todo, de aprendizaje y aceptación. Siempre he pensado que las personas tenemos mucho que decir, solo que a veces no encontramos la manera de hacerlo. Yo hallé la mía entre montañas de libros y papel.

Comencé a redactar la novela cuando apenas tenía dieciséis años, un proyecto oculto para todos, excepto para mi gata, Iris, que me hacía compañía de vez en cuando mientras redactaba las primeras líneas.

Así surgió la historia de Melody, Alan y Egan, nacida en secreto, entre pensamientos intrusivos y un poco de imaginación. Pero, sobre todo, a partir de la experiencia y del dolor, con la misión de hacer llegar a las personas la voz de aquellas que han sufrido el acoso y el dolor del mundo sobre sus hombros.

Así que, gracias, vida, por hacerme ver que dar un paso hacia delante puede ser infinitamente doloroso, por susurrarme al oído que el universo es demasiado grande como para rendirnos. Por hacerme ver que no tenemos que tener en cuenta cuántas veces nos caemos, sino la fuerza con la que nos levantamos una vez detrás de otra.

Gracias a mis padres, que, sin saberlo, han sido una fuente de inspiración para cada una de estas páginas. Sus consejos, sus sonrisas, los pequeños gestos en los que me siento identificada.

Todo esto ha formado parte de cada pedacito que ahora se ha convertido en libro.

Gracias a mi hermano, Iván, por demostrarme lo que es contar con un amor como el tuyo, por ayudarme a construir la relación de Melody y Ana, a darme cuenta de que, en ocasiones, es el hermano mayor el que debe tomar como modelo que seguir a su hermano pequeño.

Gracias a las personas que, ignorantes de esto, me han ayudado a construir diálogos y escenas que rezuman una realidad aplastante. Gracias por aleccionarme de esa manera, por demostrarme que el dolor a veces puede ser pasajero y, otras, simplemente está destinado a formar parte de ti.

Sin todo eso no habría una historia que plasmar.

Pero, sobre todo, me agradezco a mí misma este proyecto. Porque esto va por ti, pequeña Carla, por cada lágrima derramada y por cada sentimiento guardado. Por cada momento en el que sentiste miedo de los demás, pero, sobre todo, de ti misma. Por todas aquellas veces en las que optaste por callar en vez de gritar.

Por las cicatrices que se formaron en tu interior y de las cuales nació Melody.

Biografía



Carla Vega (Terrassa, 2005), a pesar de haber pasado una infancia en la que los libros no tuvieron una gran importancia, no tardó en descubrir con la entrada de la adolescencia un mundo lleno de historias y sueños que podían hacerse realidad con tan solo utilizar la imaginación. Desde entonces, la lectura se ha convertido en una de sus principales vías de escape, un *hobby* que, con el tiempo, le hizo darse cuenta de que quería ser capaz de crear historias tan fascinantes como las que leía.

Dar voz a las fuentes incontrolables de pensamientos, sentimientos y escenarios ficticios que revoloteaban en su cabeza resultó ser la manera más eficaz para una joven tímida de sacar a la luz todo aquello que no podía expresar en voz alta. Comenzó redactando pequeños relatos para la escuela, algunos de ellos premiados y, pasados los años, decidió dar un paso más allá, escribir su primera novela: *Mil estrellas y tú*.

Amante de la fantasía, la historia, la filosofía y el romance, sueña con llegar a un público que no tenga miedo a enfrentarse a las emociones más intensas, haciendo conocer al mundo sus historias.

Contacta con la autora en redes:

carlavega_24

Tiktok: @carla__vega

Mil estrellas y tú
Carla Vega

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.
Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© Carla Vega, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2025

ISBN: 978-84-08-30239-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

http://www.planetadelibros.com/editorial/click-ediciones/94

Otros títulos de Click Ediciones

Hay magia en el país del hielo
Cristina Meraki

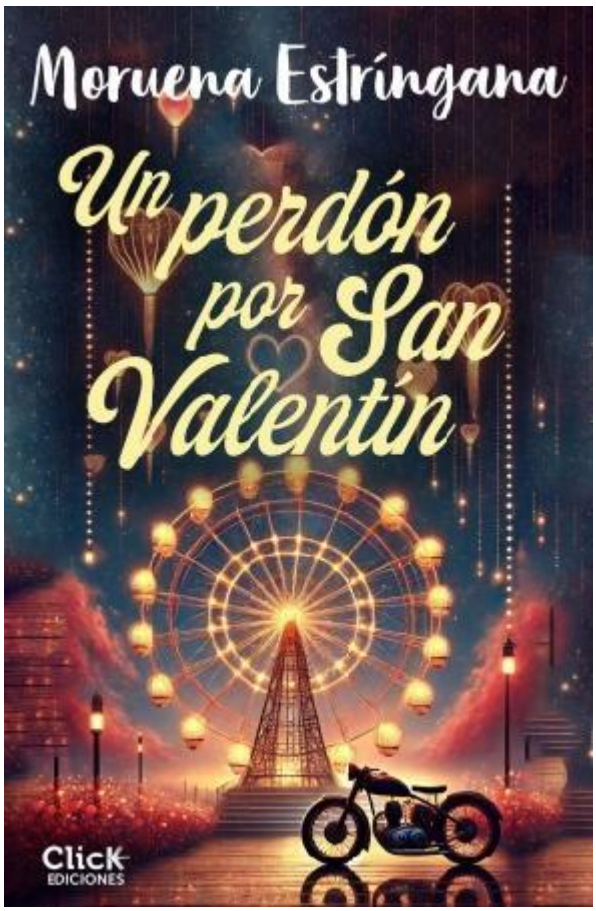
Querida Abril
Cristina Aleixandre

Regálame un sueño
María Beatobe

Mecida por el viento
Laura Toves

La leyenda de la mariposa azul
Calista Sweet

Hasta las estrellas y vuelta
Iria Núñez


Moruena Estríngana
Un perdón por San Valentín
Click
EDICIONES

Un perdón por San Valentín

Estríngana, Moruena
9788408302360
250

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una novela romántica y entrañable perfecta para quienes creen en el destino.

Illiam lo fue todo para Lorelay. Su historia terminó en pedazos, dejando dos corazones rotos. Para sobrevivir sin su primer amor, decidió odiarlo. Pero ahora, al ver a su hermano enfrentarse a su primera experiencia amorosa, comprende que fue injusta con Illiam. Once años después, por fin se atreve a escribirle.

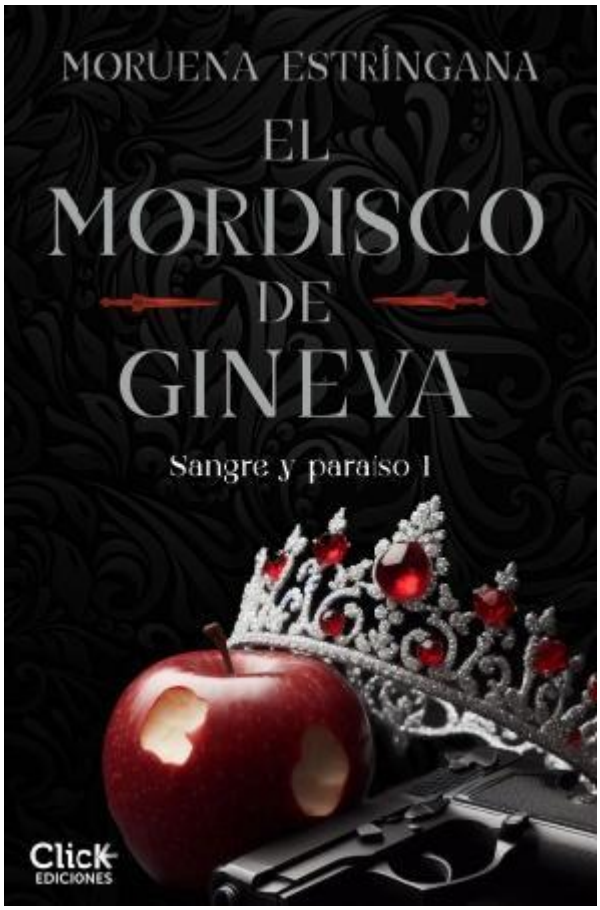
¿Qué probabilidades hay de que, el mismo día en que tu prometida cancela tu boda, recibas un mensaje de tu ex pidiéndote perdón tras más de una década de silencio? Tal vez ninguna… pero eso es exactamente lo que le sucede a Illiam. Con el apoyo de sus amigos, decide regresar al pueblo de Lorelay. Quiere cerrar ese capítulo, avanzar, descubrir qué rumbo tomar.

El problema es que, en cuanto la ve, deja de ser el hombre que es ahora y vuelve a ser aquel chico que se dejaba llevar por el amor. Pero su vida está lejos de allí, solo es una visita… algo fácil de olvidar cuando sus ojos se encuentran.

¿Serán solo unos días para despedirse o el comienzo de algo más fuerte, más maduro, más real?

Con esta novela, Moruena Estríngana encapsula la belleza de las segundas oportunidades y la magia de un amor destinado, mezclando humor, pasión y emoción como solo ella sabe hacerlo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El mordisco de Gineva

Estríngana, Moruena
9788408298243
240

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una historia de amor prohibido y supervivencia en un mundo donde amar puede ser peligroso.

En un barrio dominado por la mafia italiana, Gineva Giordano ha vivido bajo el control de su padre, uno de los capos más temidos. Su destino parece sellado en un matrimonio arreglado, pero en un acto de desafío, acepta la propuesta de Renzo Romano, el enemigo jurado de su familia.

Lo que comienza como una alianza estratégica pronto se convierte en una relación marcada por la pasión, la confianza y los secretos. Entre guerras territoriales y traiciones familiares, Gineva deberá encontrar su lugar en un mundo implacable donde el amor es un riesgo y la venganza, una moneda de cambio.

Renzo, atormentado por un pasado violento, ha aprendido a sobrevivir sin ataduras, pero Gineva lo obliga a cuestionarlo todo. Juntos, desafían un destino escrito con sangre, sabiendo que en la mafia solo hay dos opciones: vencer o morir.

Moruena Estríngana demuestra una habilidad excepcional para tejer una historia Mafia-Romance intensa y absorbente, logrando que cada escena rebose de tensión, emoción y profundidad, manteniendo al lector atrapado en un torbellino de sentimientos hasta la última página. Cerrará esta bilogía con "La tentación de Mirabella".

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La fuerza de la atracción

Estríngana, Moruena
9788408286325
260

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Quién puede ser capaz de amar a una bestia?

Becky no ha tenido una vida fácil. Guardar el secreto de los inmortales desde su infancia, la ha hecho ser una niña solitaria y rarita. Pero ahora ya es adulta y tiene como meta comerse el mundo y no dejar que nadie la detenga.

Y mucho menos su jefe, un inmortal del siglo XIX con sangre real que además de estar muy bueno, es un capullo integral. Va listo si piensa que, por ser un príncipe, inmortal, y su jefe va a doblegarla. Becky piensa hacerle la vida imposible al vikingo.

Derick por su parte perdió hace años al gran amor de su vida y lleva desde entonces deseando la muerte. Algo que no llegará siendo inmortal. Su vida es gris, sin color ni ilusión, hasta que Becky aparece como un huracán y pone todo patas arriba.

La desea con tanta fuerza que a su lado olvida a su gran amor y eso es algo que no quiere que pase.

Ahora toca saber si es más fuerte el nuevo deseo que ese amor del pasado que no le deja avanzar. Y mientras descubre qué camino tomar los Lidelse esperan entre las sombras para acabar para siempre con su vida.

Moruena Estríngana regresa con una novela en tono romantasy que gustará a todos los lectores y lectoras que buscan un apasionado romance en un mundo en el que los seres mágicos campan a sus anchas por el mundo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Destinada a ti

Estríngana, Moruena
9788408286356
240

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Quién puede ser capaz de amar a una bestia?

Ragnar siempre ha sido un ser solitario, le gusta vivir su vida sin complicaciones, sobre todo debido a que, hace más de mil años, su odiosa hermanastra lo maldijo arrebatándole toda capacidad de sentir y condenándolo a un incesante odio.

En medio de su solitaria inmortalidad, nada ni nadie ha logrado penetrar el muro de la indiferencia que lo rodea, hasta que Erin aparece en su vida. Desde el momento en que sus miradas se cruzan, una inexplicable conexión se despierta entre ellos, como si sus almas se reconocieran y buscaran la una en la otra.

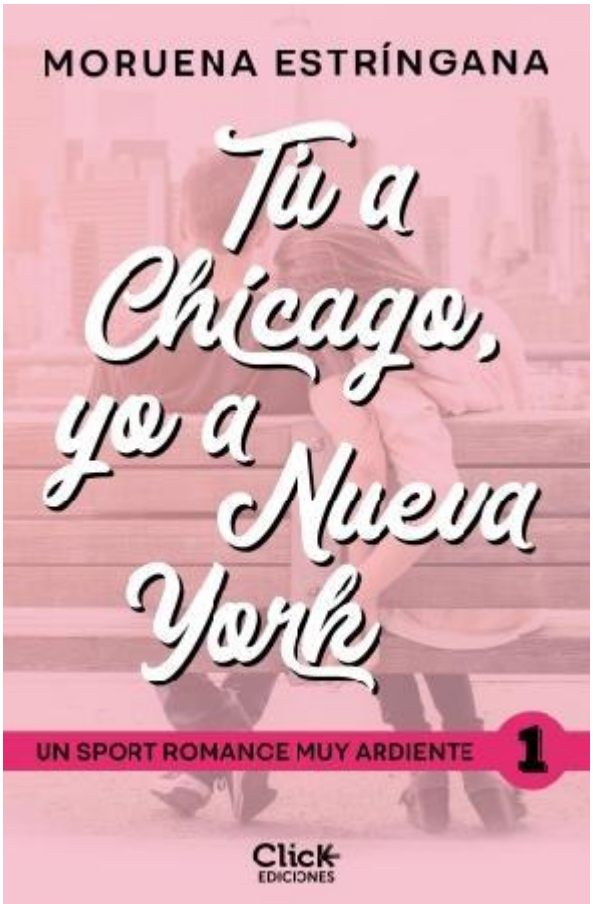
Por su parte, Erin intuye que hay algo profundamente diferente en Ragnar y no puede ignorar el torbellino de emociones que Ragnar despierta en ella. Cada vez que sus ojos se encuentran, siente una mezcla de temor, deseo y una atracción magnética que la desconcierta. Pero el amor, ese sentimiento que debería ser reparador y dulce, parece un lujo que no se atreve a permitirse. Erin

lucha con la idea de abrir su corazón a alguien que, a primera vista, parece no tener uno.

¿Podrá el amor ser más fuerte que las maldiciones?

Moruena Estríngana nos invita, una vez más, a sumergirnos en un universo donde lo romántico y lo fantástico se entrelazan, ofreciendo a sus lectores una historia apasionante ambientada en un mundo donde lo mágico es tan real como el latido desbocado de dos corazones predestinados a encontrarse.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Tú a Chicago, yo a Nueva York

Estríngana, Moruena
9788408293972
250

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Fingir que se desean era parte del juego… hasta que la pasión entre Joss y Elara se volvió peligrosamente real.

Él hará lo que sea por jugar en el NHL.

Ella hará cualquier cosa por escapar de su padre.

Juntos harán creer a todos que se desean como a nadie.

Hasta que se les vaya de las manos.

Elara y Everly son mellizas, pero su vida juntas se limita a las vacaciones de verano. Desde pequeñas, sus padres decidieron separarlas, con cada una viviendo con un progenitor distinto, y encontrándose solo en festividades y durante el verano. Acordaron que, al empezar la universidad, ambas lo harían en la ciudad del otro, intercambiando así sus mundos.

Ahora, el momento ha llegado. Elara está deseando empezar la universidad y estar lejos de su madre. Con quien no ha tenido una

vida fácil. Everly, en cambio, ha optado por tomarse un año sabático, queriendo elegir con calma su futuro académico en un retiro.

Elara descubre que empezar la universidad en la casa de su padre va a ser más complicado de lo que imaginaba porque esta espera que ahora adopte el papel de su hermana a su lado. Sobre todo, en las fiestas de empresa o eventos. Elara no ha nacido para eso, no está preparada para codearse con la Jet Set de New York y cuando creía que las cosas no podían empeorar más, se cruza en su camino Joss, el antiguo novio de su hermana por quien sintió un auténtico flechazo hace años.

Aunque Elara piensa que sus caminos están destinados a no cruzarse, el destino tiene sus propios planes. Entre ellos, la atracción es inevitable y, a pesar de los secretos y el cambio de Joss, la chispa entre ambos promete encender una historia apasionante, queriendo o no.

Pero Joss tiene una única meta en su vida, acabar en la liga profesional de Hockey, y por ella, hará lo que sea…Poco queda en él del chico que conoció Elara, ahora la oscuridad es lo único que gobierna en su mirada porque desde hace tiempo, solo le importa el mismo.

Moruena Estríngana nos sumerge en la fascinante historia de dos mellizas separadas por las decisiones de sus padres, pero unidas por un lazo inquebrantable. Una historia con un toque oscuro y escenas ardientes que te harán suspirar.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)